1.

El Cid convoca a sus vasallos; éstos se destierran con él.

Adiós del Cid a Vivar.

(Envió a buscar a todos sus parientes y vasallos, y les dijo cómo el rey le mandaba salir

de todas sus tierras y no le daba de plazo más que nueve días y que quería saber quiénes

de ellos querían ir con él y quiénes quedarse.

A los que conmigo vengan que Dios les dé muy buen pago;

también a los que se quedan contentos quiero dejarlos.

Habló entonces Álvar Fáñez, del Cid era primo hermano:

"Con vos nos iremos, Cid, por yermos y por poblados;

no os hemos de faltar mientras que salud tengamos,

y gastaremos con vos nuestras mulas y caballos

y todos nuestros dineros y los vestidos de paño,

siempre querremos serviros como leales vasallos."

Aprobación dieron todos a lo que ha dicho don Álvaro.

Mucho que agradece el Cid aquello que ellos hablaron.

El Cid sale de Vivar, a Burgos va encaminado,

allí deja sus palacios yermos y desheredados.

Los ojos de Mío Cid mucho llanto van llorando;

hacia atrás vuelve la vista y se quedaba mirándolos.

Vio como estaban las puertas abiertas y sin candados,

vacías quedan las perchas ni con pieles ni con mantos,

sin halcones de cazar y sin azores mudados.

Y habló, como siempre habla, tan justo tan mesurado:

"¡Bendito seas, Dios mío, Padre que estás en lo alto!

Contra mí tramaron esto mis enemigos malvados".

2

Agüeros en el camino de Burgos

Ya aguijan a los caballos, ya les soltaron las riendas.

Cuando salen de Vivar ven la corneja a la diestra,

pero al ir a entrar en Burgos la llevaban a su izquierda.

Movió Mío Cid los hombros y sacudió la cabeza:

"¡Ánimo, Állvar Fáñez, ánimo, de nuestra tierra nos echan,

pero cargados de honra hemos de volver a ella! "

3

El Cid entra en Burgos

Ya por la ciudad de Burgos el Cid Ruy Díaz entró.

Sesenta pendones lleva detrás el Campeador.

Todos salían a verle, niño, mujer y varón,

a las ventanas de Burgos mucha gente se asomó.

¡Cuántos ojos que lloraban de grande que era el dolor!

Y de los labios de todos sale la misma razón:

"¡Qué buen vasallo sería si tuviese buen señor!"

4

Nadie hospeda al Cid.

Sólo una niña le dirige la palabra para mandarle alejarse.

El Cid se ve obligado a acampar fuera de la población, en la glera.

De grado le albergarían, pero ninguno lo osaba,

que a Ruy Díaz de Vivar le tiene el rey mucha saña.

La noche pasada a Burgos llevaron una real carta

con severas prevenciones y fuertemente sellada

mandando que a Mío Cid nadie le diese posada,

que si alguno se la da sepa lo que le esperaba:

sus haberes perdería, más los ojos de la cara,

y además se perdería salvación de cuerpo y alma.

Gran dolor tienen en Burgos todas las gentes cristianas

de Mío Cid se escondían: no pueden decirle nada.

Se dirige Mío Cid adonde siempre paraba;

cuando a la puerta llegó se la encuentra bien cerrada.

Por miedo del rey Alfonso acordaron los de casa

que como el Cid no la rompa no se la abrirán por nada.

La gente de Mío Cid a grandes voces llamaba,

los de dentro no querían contestar una palabra.

Mío Cid picó el caballo, a la puerta se acercaba,

el pie sacó del estribo, y con él gran golpe daba,

pero no se abrió la puerta, que estaba muy bien cerrada.

La niña de nueve años muy cerca del Cid se para:

"Campeador que en bendita hora ceñiste la espada,

el rey lo ha vedado, anoche a Burgos llegó su carta,

con severas prevenciones y fuertemente sellada.

No nos atrevemos, Cid, a darte asilo por nada,

porque si no perderíamos los haberes y las casas,

perderíamos también los ojos de nuestras caras.

Cid, en el mal de nosotros vos no vais ganando nada.

Seguid y que os proteja Dios con sus virtudes santas."

Esto le dijo la niña y se volvió hacia su casa.

Bien claro ha visto Ruy Díaz que del rey no espere gracia.

De allí se aparta, por Burgos a buen paso atravesaba,

a Santa María llega, del caballo descabalga,

las rodillas hinca en tierra y de corazón rogaba.

Cuando acabó su oración el Cid otra vez cabalga,

de las murallas salió, el río Arlanzón cruzaba.

Junto a Burgos, esa villa, en el arenal posaba,

las tiendas mandó plantar y del caballo se baja.

Mío Cid el de Vivar que en buen hora ciñó espada

en un arenal posó, que nadie le abre su casa.

Pero en torno suyo hay guerreros que le acompañan.

Así acampó Mío Cid cual si anduviera en montaña.

Prohibido tiene el rey que en Burgos le vendan nada

de todas aquellas cosas que le sirvan de vianda.

No se atreven a venderle ni la ración más menguada.

5

Martín Antolínez viene de Burgos a proveer de víveres al Cid.

El buen Martín Antolínez, aquel burgalés cumplido,

a Mío Cid y a los suyos los surte de pan y vino;

no lo compró, que lo trajo de lo que tenía él mismo;

comida también les dio que comer en el camino.

Muy contento que se puso el Campeador cumplido

y los demás caballeros que marchan a su servicio.

Habló Martín Antolínez, escuchad bien lo que ha dicho:

"Mío Cid Campeador que en tan buen hora ha nacido,

descansemos esta noche y mañana ¡de camino!

porque he de ser acusado, Cid, por haberos servido

y en la cólera del rey también me veré metido.

Si logro escapar con vos, Campeador, sano y vivo,

el rey más tarde o temprano me ha de querer por amigo;

las cosas que aquí me dejo en muy poco las estimo."

Tirada 6

El Cid, emprobrecido, acude a la astucia de Martín Antolínez.

Las arcas de arena.

Habla entonces Mío Cid, que en buen hora ciñó espada:

"¡Oh buen Martín Antolínez, el de la valiente lanza!"

Si Dios me da vida he de doblaros la soldada.

Ahora ya tengo gastado todo mi oro y mi plata,

bien veis, Martín Antolínez, que ya no me queda nada.

Plata y oro necesito para toda mi compaña,

No me lo darán de grado, lo he de sacar por las malas.

Martín, con vuestro consejo hacer quisiera dos arcas,

Las llenaremos de arena por que sean muy pesadas,

bien guarnecidas de oro y de clavos adornadas.

7

Las arcas destinadas para obtener dinero de dos judíos burgaleses.

Bermejo ha de ser el cuero y los clavos bien dorados.

Buscadme a Raquel y Vidas, decid que voy desterrado

por el rey y que aquí en Burgos el comprar me está vedado.

Que mis bienes pesan mucho y no podría llevármelos,

yo por lo que sea justo se los dejaré empeñados.

Que me juzgue el Creador, y que me juzguen sus santos,

no puedo hacer otra cosa, muy a la fuerza lo hago.

8

Martín Antolínez vuelve a Burgos en busca de los judíos.

A lo que el Cid le mandó, Martín Antolínez marcha,

atraviesa todo Burgos, en la judería entraba,

por Vidas y por Raquel con gran prisa preguntaba.

9

Trato de Martín Antolínez con los judíos.

Éstos van a la tienda del Cid.

Cargan con las arcas de arena.

A los judíos encuentra cuando estaban ocupados

en contar esas riquezas que entre los dos se ganaron.

Les saluda el burgalés, muy atento y muy taimado:

"¿Cómo estáis, Raquel y Vidas, amigos míos tan caros?

En secreto yo querría hablar con los dos un rato".

No le hicieron esperar; en un rincón se apartaron.

"Mis buenos Raquel y Vidas, vengan, vengan esas manos,

guardadme bien el secreto, sea a moro o a cristiano,

que os tengo que hacer ricos y nada habrá de faltaros.

De cobrar parias a moros el rey al Cid le ha encargado,

grandes riquezas cogió, y caudales muy preciados,

pero luego se quedó con lo que valía algo,

y por eso se ve ahora de tanto mal acusado.

En dos arcas muy repletas tiene oro fino guardado.

Ya sabéis que don Alfonso de nuestra tierra le ha echado,

aquí se deja heredades, y sus casas y palacios,

no puede llevar las arcas, que le costaría caro,

el Campeador querría dejarlas en vuestras manos

empeñadas, y que, en cambio, les deis dinero prestado.

Coged las arcas del Cid, ponedlas a buen recaudo,

pero eso tiene que ser con juramento prestado

que no las habéis de abrir en lo que queda de año."

Raquel y Vidas están un rato cuchicheando:

"En este negocio hemos de sacar nosotros algo.

Cuando el Cid cobró las parias, mucho dinero ha ganado,

de allá de tierra de moros gran riqueza se ha sacado.

Quien muchos caudales lleva nunca duerme descansado.

Quedémonos con las arcas, buen negocio haremos ambos,

pondremos este tesoro donde nadie pueda hallarlo.

Pero queremos saber qué nos pide el Cid en cambio

y qué ganancia tendremos nosotros por este año."

Dice Martín Antolínez, muy prudente y muy taimado:

"Muy razonable será Mío Cid en este trato:

poco os ha de pedir por dejar su haber en salvo.

Muchos hombres se le juntan y todos necesitados,

el Cid tiene menester ahora de seiscientos marcos."

Dijeron Raquel y Vidas: "Se los daremos de grado".

"El Cid tiene mucha prisa, la noche se va acercando,

necesitamos tener pronto los seiscientos marcos".

Dijeron Raque y Vidas: "No se hacen así los tratos,

sino cogiendo primero, cuando se ha cogido dando".

Dijo Martín Antolínez: "No tengo ningún reparo,

venid conmigo, que sepa el Cid lo que se ha ajustado

y, como es justo, después nosotros os ayudamos

a traer aquí las arcas y ponerlas a resguardo,

con tal sigilo que en Burgos no se entere ser humano".

Dijeron Raquel y Vidas: "Conformes los dos estamos.

En cuanto traigan las arcas tendréis los seiscientos marcos".

El buen Martín Antolínez muy de prisa ha cabalgado,

van con él Raquel y Vidas, tan satisfechos del trato.

No quieren pasar el puente, por el agua atravesaron

para que no lo supiera en Burgos ningún cristiano.

Aquí veis cómo a la tienda del famoso Cid llegaron;

al entrar fueron los dos a besar al Cid las manos.

Sonrióse Mío Cid, y así comenzara a hablarlos:

"Sí, don Raquel y don Vidas, ya me habíais olvidado.

Yo me marcho de Castilla porque el rey me ha desterrado.

De aquello que yo ganare habrá de tocaros algo,

y nada os faltará, mientras que viváis, a ambos".

Entonces Raquel y Vidas van besarles las manos.

Martín Antolínez tiene el trato bien ajustado

de que por aquellas arcas les darán seiscientos marcos,

bien se las han de guardar hasta el cabo de aquel año,

y prometido tenían y así lo habían jurado,

que si las abrieran antes queden por perjuros malos

y no les dé en interés don Rodrigo ni un ochavo.

Dijo Martín Antolínez: "Raquel y Vidas, lleváos

las dos arcas cuanto antes y ponedlas a resguardo,

yo con vosotros iré para que me deis los marcos,

que ha de salir Mío Cid antes de que cante el gallo."

¡Que alegres que se ponían cuando los cofres cargaron!

Forzudos son, mas cargarlos les costó mucho trabajo.

Ya se alegran los judíos en los dineros pensando,

para el resto de sus días por muy ricos se juzgaron.

10

Despedida de los judíos y el Cid.

Martín Antolínez se va con los judíos a Burgos.

Raquel coge a Mío Cid la mano para besarla:

"Campeador, el que en buena hora se ciñó la espada,

hoy de Castilla os vais para las tierras extrañas.

Vuestra suerte así lo quiere, grandes son vuestras ganancias.

Una piel morisca quiero de rico color de grana,

humildemente os pido me la traigáis regalada."

"Concedido, dijo el Cid, la piel os será mandada,

si no, la descontaréis de lo que valen las arcas".

Los cofres de Mío Cid los judíos se llevaban,

el buen Martín Antolínez por Burgos los acompaña.

Así con muy gran secreto llegaron a su morada.

Tendieron un cobertor por el suelo de la cámara

y encima de él una sábana de tela de hilo muy blanca.

Contó Don Martín de un golpe trescientos marcos de plata,

con la cuenta le bastó, sin pesarlos los tomaba,

los otros trescientos marcos en otro se los pagaban.

Cinco escuderos traía y los cinco llevan carga.

Cuando acabó Don Martín, a los judíos hablaba:

"En vuestras manos, Raquel y Vidas, están las arcas

mucho ganáis, bien merezco que me deis para unas calzas".

11

El Cid, provisto de dinero por Martín Antolínez, se dispone a marchar.

Entonces Raquel y Vidas allí a un lado se apartaron:

"En verdad que esta ganancia él es quien nos la ha buscado."

Dicen: "Martín Antolínez, burgalés bien afamado,

merecido lo tenéis, os daremos buen regalo,

calzas os podréis comprar, buena piel y rico manto.

La donación os hacemos, don Martín, de treinta marcos,

y bien los habréis merecido si nos guardáis este trato,

que vos sois el fiador de aquello que hemos pactado."

Lo agradece don Martín, recibe los treinta marcos,

de su casa quiere irse, ya se despide de ambos.

Por Burgos atravesó, el Arlanzón ha pasado,

encamínase a la tienda de Mío Cid bienhadado.

Ruy Díaz le ha recibido, abiertos ambos los brazos:

"Ya estás aquí, don Martín Antolínez, fiel vasallo,

Dios quiera que llegue el día en que pueda darte algo."

"Aquí estoy, Campeador, y buena ayuda os traigo,

para vos seiscientos marcos, y para mí treinta he sacado.

Mandad recoger la tienda y a toda prisa partamos;

que en San Pedro e Cardeña nos coja el cantar del gallo.

Veremos a vuestra esposa, esa prudente hijadalgo.

Muy corta sea la estancia, de Castilla no salgamos,

así es menester, que el plazo del destierro va expirando."

12

El Cid monta a caballo y se despide de la catedral de Burgos,

prometiendo mil misas al altar de la Virgen.

Esto dicho, manda el Cid alzar su tienda en seguida.

El Cid y todos los suyos cabalgan a mucha prisa.

La cara de su caballo vuelve hacia Santa María

alza la mano derecha y la cara se santigua:

"A ti lo agradezco, Dios, que el cielo y la tierra guías;

que con vos en deuda quedo de haceros cantar mil misas".

Hoy a Castilla abandono, del rey me arroja la ira:

¡quién sabe si he de volver en los días de mi vida!

Que vuestro poder me valga al marcharme de Castilla,

y que él me ayude y me acorra de noche como de día.

Si así lo hacéis, Virgen Santa, y si la suerte me auxilia

a vuestro altar mandaré muchas cosas y muy ricas,

que con Vos en deuda quedo de haceros cantar mil misas."

13

Martín Antolínez se vuelve a la ciudad.

Con mucho dolor se arranca el Campeador de allá.

Las riendas soltaron todos, empiezan a cabalgar,

Dijo Martín Antolínez, aquel burgalés leal:

"Vuelvo a Burgos, que a mi esposa despacio tengo que hablar

y advertir a los de casa de lo que en mi ausencia harán.

Si el rey me quita mis bienes poco se me importará.

Con vos estaré otra vez cuando el sol quiera rayar."

14

El Cid va a Cardeña a despedirse de su familia.

Don Martín se torna a Burgos, su camino el Cid siguió,

llegar quería a Cardeña, el caballo espoleó

y con él los caballeros que de su compaña son.

Aprisa cantan los gallos y quebrar quiere el albor

del día, cuando a San Pedro llega el buen Campeador.

Estaba el abad don Sancho muy buen cristiano de Dios,

rezando a San Pedro apóstol y a Cristo Nuestro Señor:

"Tú, que eres guía de todos, guíame al Campeador."

15

Los monjes de Cardeña reciben al Cid.

Jimena y sus hijas llegan ante el desterrado.

A la puerta llaman; todos saben que el Cid ha llegado.

¡Dios, qué alegre que se ha puesto ese buen abad don Sancho!

Con luces y con candelas los monjes salen al patio.

"Gracias a Dios, Mío Cid, le dijo el abad don Sancho,

puesto que os tengo aquí, por mí seréis hospedado."

Esto le contesta entonces Mío Cid el bienhadado:

"Contento, de vos estoy y agradecido, don Sancho,

prepararé la comida mía y la de mis vasallos.

Hoy que salgo de esta tierra os daré cincuenta marcos,

si Dios me concede vida os he de dar otro tanto.

No quiero que el monasterio por mí sufra ningún gasto.

Para mi esposa Jimena os entrego aquí cien marcos;

a ella, a sus hijas y damas podréis servir este año.

Dos hijas niñas os dejo, tomadlas a vuestro amparo.

A vos os las encomiendo en mi ausencia, abad don Sancho,

en ellas y en mi mujer ponedme todo cuidado.

Si ese dinero se acaba o si os faltare algo,

dadles lo que necesiten, abad, así os lo mando.

Por un marco que gastéis, asl conveto daré cuatro."

Así se lo prometió el abad de muy buen grado.

Ved aquí a doña Jimena, con sus hijas va llegando,

a cada una de las niñas la lleva una dama en brazos.

Doña Jimena ante el Cid las dos rodillas ha hincado.

Llanto tenía en los ojos, quísole besar las manos.

Le dice: "Graciias os pido, Mío Cid el bienhadado.

Por calumnias de malsines del reino vais desterrado."

16

Jimena lamenta el desamparo en que queda la niñez de sus hijas.

El Cid espera llegar a casarlas honradamente.

"¡Merced os pido, buen Cid, noble barba tan crecida!

Aquí ante vos me tenéis, Mío Cid, y a vuestras hijas,

de muy poca edad las dos y todavía tan niñas.

Conmigo vienen también las damas que nos servían.

Bien veo, Campeador, que preparáis vuestra ida;

tenemos que separarnos estando los dos en vida.

¡Decidnos lo que hay que hacer, oh Cid, por Santa María!"

Las dos manos inclinó el de la barba crecida,

a sus dos niñitas coge, en sus brazos las subía,

al corazón se las llega, de tanto que las quería.

Llanto le asoma a los ojos y muy fuerte que suspira.

"Es verdad, doña Jimena, esposa honrada y bendita,

tanto cariño os tengo como tengo al alma mía.

Tenemos que separarnos, ya los veis, los dos en vida;

a vos os toca quedaros, a mi me toca la ida.

¡Quiera Dios y con Él quiera la Santa Virgen María

que con estas manos pueda aún casar nuestras hijas

y que me puede ventura y algunos días de vida

para poderos servir, mujer honrada y bendita!"

17

Un centenar de castellanos se juntan en Burgos para irse con el Cid.

¡Qué gran comida le hicieron al buen Cid Campeador!

Las campanas de San Pedro tañían a gran clamor.

Por las tierras de Castilla iba corriendo el pregón

de que se va de la tierra Mío Cid Campeador.

¡Cuántos dejaron su casa, su tierra o su posesión!

En aquel día en la puente que pasa el río Arlanzón

júntanse muchos guerreros, mas de ciento quince son.

Todos iban en demanda del buen Cid Campeador.

Llega Martín Antolínez, con ellos se reunió,

y se van para San Pedro en donde está su señor.

18

Los cien castellanos llegan a Cardeña y se hacen vasallos del Cid.

Éste dispone seguir su camino por la mañana.

Los maitines en Cardeña.

Oración de Jimena.

Adiós del Cid a su familia.

Últimos encargos al abad de Cardeña.

El Cid camina al destierro; hace noche después de pasar el Duero.

Cuando supo que venían Mío Cid el de Vivar

y que su compaña crece, con que más fuerza tendrá,

aprisa monta a caballo, y a recibirlos se va.

¡Cómo se sonríe el Cid cuando ya a su vista están!

Van acercándose todos para su mano besar.

Habló entonces Mío Cid con palabras de verdad:

"Yo ruego a nuestro Señor y Padre Espiritual

que a los que por mí dejáis vuestra casa y heredad

antes de morir os pueda con otros bienes pagar,

que lo que perdéis, doblado os lo pudierais cobrar".

Muy contento estaba el Cid porque se le juntan más

y muy contentos los hombres que al destierro con él van.

Del plazo de nueve días seis están pasados ya

y nada más que tres días les quedaban por pasar.

Mandado tenía el rey a Mío Cid vigilar,

por que si, pasado el plazo, en sus reinos aún está

ni por oro ni por plata se pueda el Cid escapar.

Ya se va acabando el día, la noche quería entrar,

a todos sus caballeros el Cid los manda juntar.

"Oídme, varones, y que esto no os sirva de pesar,

poco tengo pero quiero a todos su parte dar.

Ahora fijáos muy bien en lo que voy a mandar:

quiero que al amanecer, cuando el gallo cantará,

sin perder tiempo mandéis los caballos ensillar.

A maitines en San Pedro ya tañerá el buen abad

y él nos rezará la misa de la Santa Trinidad.

En cuanto acabe la misa echemos a cabalgar,

el plazo ya viene cerca, mucho tenemos que andar".

Así como el Cid lo manda sus caballeros harán.

Pasándose va la noche, viene la mañana ya,

cantan los segundos gallos, y comienzan a ensillar.

Tañe el abad a maitines, mucha prisa que se dan.

Mío Cid y su mujer para la iglesia se van.

Echóse doña Jimena en las gradas del altar

y a Dios reza, lo mejor que ella sabía rezar,

por que a Mío Cid le guarde el Señor de todo mal.

"A Ti, Señor glorioso, Padre que en el cielo estás:

hiciste el cielo y la tierra, al tercero día el mar,

luna y estrellas hiciste y el sol para calentar,

en Santa María madre fuiste Tú carne a tomar

y en Belén te apareciste conforme a tu voluntad.

Pastores te glorifican, laudos te van a cantar,

llegan tres reyes de Arabia que te vienen a adorar

y que se llaman Melchor y Gaspar y Baltasar,

oro, incienso y mirra ofrecen con toda su voluntad.

A Jonás salvaste Tú cuando se cayó en el mar,

a Daniel, de los leones también le fuiste a salvar,

en Roma la salvación llevaste a San Sebastián,

libraste a Santa Susana de aquel falso criminal;

por nuestra tierra quisiste treinta y dos años andar

enseñándonos milagros que nunca se han de olvidar,

hiciste vino del agua, de la piedra hiciste pan,

a Lázaro resucitas, porque así es tu voluntad:

dejaste que te prendieran, luego te dejas llevar

al Gólgota y en la cruz te dejas crucificar;

de tu cruz a cada lado sendos ladrones están;

entra el uno en paraíso, pero el otro no entrará;

desde la cruz gran milagro hiciste, Padre eternal:

Longinos, el ciego aquél, que no vio la luz jamás,

con su lanza en el costado te hiere y te hace sangrar,

va la sangre lanza abajo, sus manos hubo de untar,

alza las manos Longinos, y se las lleva a la faz,

abre los ojos y a todas las parte se pone a mirar;

desde entonces creyó en Ti, se salvó de todo mal.

De la tumba en que te ponen supiste resucitar,

a los infiernos bajaste porque fue tu voluntad,

rompes sus puertas y sacas a muchos santos de allá.

Rey de los reyes Tú eres, Padre de la humanidad,

en Ti creo, a Ti te adoro con toda mi voluntad

y a San pedro ahora le pido que a Ti me ayude a rogar

por el Cid Campeador, que Dios le guarde de mal.

Y que si hoy nos separamos vivos nos vuelva a juntar."

Ya la oracion se termina, la misa acabada está,

de la iglesia salieron y prepáranse a marchar.

El Cid a doña Jimena un abrazo le fue a dar

y doña Jimena al Cid la mano le va a besar;

no sabía ella qué hacerse más que llorar y llorar.

A sus dos niñas el Cid mucho las vuelve a mirar.

"A Dios os entrego, hijas, nos hemos de separar

y sólo Dios sabe cuándo nos volvamos a juntar."

Mucho que lloraban todos, nunca visteis más llorar;

como la uña de la carne así apartándose van.

Mío Cid con sus vasallos se dispone a cabalgar,

la cabeza va volviendo a ver si todos están.

Habló Minaya Álvar Fáñez, bien oiréis lo que dirá:

"Cid, en buena hora nacido, ¿vuestro ánimo dónde está?

Pensemos en ir andando y déjese lo demás,

todos los duelos de hoy en gozo se tornarán,

y Dios que nos dio las almas su consejo nos dará.

Al abad don Sancho vuelve de nuevo a recomendar

que atienda a doña Jimena y a las damas que allí están,

a las dos hijas del Cid que en San Pedro han de quedar;

sepa el abad que por ello buen premio recibirá.

Ya don Sancho se volvía, Álvar Fáñez le fue a hablar:

"Si veis venir a más gente para buscarnos, abad,

les diréis que el rastro sigan y marchen a buen andar,

sea en yermo o en poblado ya nos podrán alcanzar".

Sueltan entonces las riendas, empiezan a cabalgar,

que el plazo para salir iba acabándose ya.

Mio Cid aquella noche duerme en Espinaz de Can;

de todas partes guerreros se le vienen a juntar.

Otro día de mañana empiezan a cabalgar.

De su tierra va saliendo el Campeador leal,

San Esteban deja a un lado, aquella buena ciudad.

Por Alcubilla pasó, Castila se acaba ya,

la calzada de Quinea luego hubieron de pasar,

por Navas de Palos van el río Duero a cruzar

y el Cid en la Figueruela descanso manda tomar.

De todas partes guerreros se le vienen a juntar.

19

Última noche que el Cid duerme en Castilla.

Un ángel consuela al desterrado.

En cuanto que fue de noche el Cid a dormir se echó,

le cogió un sueño tan dulce que muy pronto se durmió.

El arcángel San Gabriel a él vino en una visión:

"Cabalgad, Cid -le decía-, cabalgad, Campeador,

que nunca tan en buena hora ha cabalgado varón,

bien irán las cosas vuestras mientras vida os dé Dios."

Mío Cid al despertar la cara se santiguó.

20

El Cid acampa en la frontera de Castilla.

El Cid, después de signarse, a Dios se fue a encomendar

mucho contento tenía del sueño que fue a soñar.

Otro día de mañana empiezan a cabalgar,

último día es del plazo, un día queda no más.

En la sierra de Miedes acampan a descansar,

a la derecha de Atienza, que es tierra de moros ya.

21

Recuento de las gentes del Cid.

Todavía era de día, no se había puesto el sol,

revistar quiere a su gente Mío Cid Campeador;

sin contar a los de a pie, gente de mucho valor,

lleva el Cid trescientas lanzas cada cual con su pendón.

Tirada 22

El Cid entra en el reino moro de Toledo tributario del rey Alfonso.

"En cuanto sea temprano, cebada a las bestias dad.

Luego que coma el que quiera y los que no a cabalgar.

Esa sierra tan bravía la tenemos que pasar

y a la noche ya las tierras del rey quedarán atrás.

Luego el que quiera buscarnos dar con nosotros podrá".

De noche pasan la sierra, llega la mañana ya

y por esa loma abajo empiezan a caminar.

En medio del alto bosque que allí en la montaña está

manda acampar Mío Cid y pienso a las bestias dar.

Dice a sus hombres que aquella noche tendrían que andar

y ellos, tan buenos vasallos, por muy contentos se dan

que todo lo que les mande su señor ellos lo harán.

Antes del anochecer empiezan a cabalgar

para que no les descubran quiere el Cid de noche andar.

Toda la noche anduvieron, ningún reposo se dan.

Al lugar de Castejón, que junto a Henares está,

Mío Cid una emboscada les quería preparar.

23

Plan de campaña.

Castejón cae en poder del Cid

por sorpresa.

Algara contra Alcalá.

Toda la noche emboscados el Cid y los suyos pasan,

que así se lo aconsejó Álvar Fáñez de Minaya.

"Cid Campeador que en buena hora ceñiste la espada,

ya que a Castejón tenemos tendida buena celada,

vos os quedaréis aquí con cien hombres a la zaga

y yo haré una correría con doscientos en vanguardia;

con Dios y con vuestra suerte será la empresa ganada."

Díjole el Campeador: "Muy bien hablaste, Minaya.

Corred la tierra sin miedo, por valor no quede nada. ~

Hasta más abajo de Hita llegad, y a Guadalajara

hasta la misma Alcalá acérquense las vanguardias,

la riqueza de esa tierra que de botín se la traigan

y que por miedo a los moros no vayan a dejar nada.

Y con los otros cien hombres me quedaré aquí a la zaga;

de amparo nos servirá Castejón, por mí guardada.

Si a los que corréis la tierra alguna cosa os pasa

un aviso mandaréis en seguida a retaguardia.

Del socorro que os lleve se ha de hablar en toda España".

Va nombrando a los guerreros que en la correría marchan

y a los otros que se quedan allí con él a la zaga.

Rompen albores del día y se acerca la mañana.

Va saliendo el sol. ¡Dios mío, qué hermoso que despuntaba!

Las gentes de Castejón ya todas se levantaban,

las puertas de la ciudad abren y afuera se marchan,

camino de sus trabajos, de las tierras que labraban.

Todos se van y las puertas abiertas se las dejaban.

Es muy poca aquella gente que en Castejón se quedara

y la que está por los campos anda muy desparramada.

Sale el Cid del escondite que le sirve de emboscada,

sin tropiezo a Castejón entero la vuelta daba.

Moros y moras que encuentra a todos los apresaba

y a los ganados aquellos que por el contorno andan.

Mío Cid Campeador hacia la puerta cabalga:

cuando se ven asaltados los hombres que la guardaban,

mucho miedo que tuvieron, déjanla desamparada.

De la ciudad por las puertas ya el Campeador se entraba.

En la mano Mío Cid desnuda lleva la espada

y a quince mató, de moros que a su paso se encontrara.

A Castejón ha ganado con todo el oro y la plata.

Ya cargados del botín sus caballeros llegaban,

déjanselo a Mío Cid, que no lo aprecian en nada.

Mientras iban los doscientos tres hombres de la vanguardia

corriendo tierras sin miedo y mucho las saqueaban.

Hasta Alcalá se pasea la bandera de Minaya

y desde allí dan la vuelta otra vez con la ganancia

por río Henares arriba y junto a Guadalajara.

De la correría aquella mucho botín se llevaban

tanto ganado de ovejas, tanto ganado de vacas,

tantas ropas de valor, tantas riquezas sin tasa.

Muy orgullosa se yergue la bandera de Minaya

y no hay nadie que se atreva a atacarlos por la espalda.

Con rico botín volvía esa valiente compaña.

Miradlos ya en Castejón donde Mío Cid estaba.

El Campeador guardado deja el castillo y cabalga,

a recibirlos salía, le acompaña su mesnada

y con los brazos abiertos acoge el Cid a Minaya.

"¿Estáis aquí ya, Álvar Fáñez, el de la atrevida lanza?

En vos puse con razón, al mandaros, mi esperanza.

El botín mío y el vuestro júntense, y de la ganancia

os daré la quinta parte, si vos la queréis Minaya."

24

Minaya no acepta parte alguna en el botín y hace un voto solemne.

"Mucho que os lo agradezco, Campeador afamado:

de este quinto del botín, que ponéis entre mis manos

por contento se daría hasta Alfonso el Castellano.

Pero yo os lo devuelvo, Mío Cid, en paz estamos.

Quiero prometer a Dios, a Aquél que está allí en lo alto,

que mientras yo no me harte, montado en mi buen caballo,

de lidiar bien con los moros y vencerlos en el campo,

hiriéndolos con la lanza, poniendo a la espada mano,

mientras no vea la sangre chorrearme codo abajo

estando delante el Cid, ese guerrero afamado,

ni tomará ni un dinero del Campeador mi mano.

Ya me quedaré con algo si es que algo bueno os gano,

pero todo esto de ahora para vos, buen Cid, guardadlo."

25

El Cid vende su quinto a los moros.

No quiere lidiar con el rey Alfonso.

Las riquezas del botín están ya todas juntadas.

Ha pensado Mío Cid, que en buen hora ciñó espada,

que acaso el rey don Alfonso tras él mande sus compañas

y que a atacarle vendrían todas las reales mesnadas.

Las riquezas del botín manda repartir sin falta

y que los repartidores su recibo a todos hagan.

Los caballeros del Cid muy buena porción alcanzan:

le dieron a cada cual unos cien marcos de plata,

y a los peones les toca la mitad justa y sin falta.

Pero allí a nadie podía venderla ni regalarla,

ni quiere llevar cautivos Mío Cid en su campaña.

Con gente de Castejón habló, y a Guadalajara

e Hita manda a preguntar por cuánto se la compraban,

aunque muy poco le diesen por toda aquella ganancia.

Ofreciéronle los moros sus tres mil marcos de plata.

Del botín la quinta parte a Mío Cid se le guarda.

Mío Cid aquella oferta muy gustoso la aceptaba.

Al tercer día el dinero le fue entregado sin falta.

Pensó entonces Mío Cid que él y toda su compaña

en un castillo tan chico no pueden tener morada,

defenderlo sí podrán, mas les faltaría el agua.

"Vencidos están los moros, la paz con ellos firmada,

el rey Alfonso atacarnos podría con su mesnada.

Dejar quiero a Castejón, óiganme todos, Minaya.

26

El Cid marcha a tierras de Zaragoza, dependientes

del rey moro de Valencia.

Esto que voy a decir no os dé que pensar mal:

por más tiempo en Castejón no nos podemos quedar;

está cerca el rey Alfonso y aquí a buscarnos vendrá.

Mas no asolaré el castillo, que se lo quiero dejar

a cien moros y a cien moras a quien daré libertad,

y así por lo que les quito no podrán de mí hablar mal.

Pagados estáis ya todos, nadie queda por pagar,

mañana al romper el día otra vez a cabalgar,

que con mi rey don Alfonso no querría yo luchar".

Aquello que dice el Cid mucho agrada a los demás,

del castillo que tomaron todos muy ricos se van

y los moros y las moras bendiciéndolos están.

Marchan Henares arriba lo más que pueden andar,

las Alcarrias han pasado y cabalgan más allá,

por esas cuevas de Anguita ahora los veréis pasar,

cruzan el río y se entran por el campo de Taranz,

caminan por esas tierras lo más que puedan andar.

Entre Fariza y Cetina Mío Cid iba a albergar

buen botín iba cogiendo por la tierra donde va.

No pueden saber los moros qué intenciones llevará.

Al otro día cabalga Mío Cid el de Vivar,

Alhama ya la ha pasado, Hoz del río abajo va,

y ya a Bubierca y a Ateca se las ha dejado atrás

y por fin junto a Alcocer Mío Cid ha ido a posar,

en un otero redondo y fuerte van a acampar,

cerca está el Jalón, el agua no se la podrán quitar.

Aquel pueblo de Alcocer piensa Mío Cid tomar.

27

El Cid acampa sobre Alcocer.

Todo el otero ha ocupado, allí sus tiendas armaba;

unas las pone en la sierra, otras junto al río planta.

Mío Cid Campeador que en buen hora ciñó espada

alrededor del otero y muy cerca ya del agua

hacer un foso muy hondo a sus varones mandaba,

así no podrán los moros sorprenderlos a mansalva

y además les da a entender que el Cid allí se quedaba.

28

Temor de los moros.

Por todas aquellas tierras fue la noticia volando

de que el Cid Campeador junto a Alcocer ha acampado

que a tierra de moros vino y deja la de cristianos;

los campos que estaban cerca no se atreven a labrarlos.

Muy alegres que se ponen Mío Cid y sus vasallos;

el castillo de Alcocer tributo les ha pagado.

Tirada 29

El Campeador toma a Alcocer mediante un ardid.

Esa gente de Alcocer al Cid ya le daba parias

y los de Terrer y Ateca también ya se las pagaban

a los de Calatayud esto muy mal les sentaba.

Allí Mío Cid estuvo por más de quince semanas.

Cuando ve el Campeador que Alcocer no se entregaba

un ardid se le ha ocurrido y fue a hacerlo sin tardanza:

las tiendas manda quitar, deja una sola plantada,

y se va Jalón abajo, con bandera desplegada,

todos con loriga puesta y ceñidas las espadas:

taimado es el Cid y quiere tenderles una celada.

Los de Alcocer que lo vieron ¡Dios y cómo se alababan!

"Ya se le ha acabado al Cid todo el pan y la cebada.

Cargados van con las tiendas, una sola queda alzada.

A guisa de derrotado el Campeador se marcha,

vamos a asaltarle ahora, sacaremos gran ganancia,

que, si no, los de Terrer para ellos han de tomarla,

y si cogen el botín no querrán cedernos nada;

las parias que nos cobró hoy las volverá dobladas."

Para salir de Alcocer mucha prisa que se daban.

Cuando el Cid ya los vio fuera hace como que se escapa.

Jalón abajo corría, muy en desorden andaba.

Decían los de Alcocer: "¡Ay, que el botín se nos marcha!"

Ya todos, grandes y chicos, a salir se apresuraban,

con el ansia de coger, de lo demás se olvidaban:

abiertas dejan las puertas, nadie se queda a guardarlas.

Mío Cid Campeador hacia atrás volvió la cara,

vio que entre ellos y el castillo un gran espacio quedaba,

manda volver la bandera y a gran prisa espoleaban.

"¡Heridlos, mis caballeros, sin temor, el Cid gritaba,

que con la ayuda de Cristo nuestra será la ganancia!"

Ya vuelven todos revueltos por medio de la llanada.

¡Dios, qué grande era el gozo de todos esa mañana !

Mío Cid con Álvar Fáñez adelante cabalgaba,

tienen muy buenos caballos que a su voluntad andaban,

ya entre el castillo y los moros los dos guerreros entraban.

Los vasallos de Mío Cid sin piedad sus golpes daban,

en poco más de un momento a trescientos moros matan.

Con muy grandes alaridos los que estan en emboscada

para adelante salían, hacia el castillo tornaban,

con las espadas desnudas a la puerta se paraban.

Ya van llegando los suyos, la batalla está ganada.

Ved cómo el Cid conquistó Alcocer por esta maña.

30

La seña del Cid ondea sobre Alcocer

Pedro Bermúdez llegó con la bandera en la mano

y en el castillo la planta, allá en el sitio mas alto.

Habla entonces Mío Cid, Ruy Díaz el bienhadado:

"Gracias al Señor del cielo, gracias a todos sus santos,

mejor vivienda tendremos ahora dueños y caballos.

31

Clemencia del Cid con los moros

Prestadme oído, Álvar Fáñez y los demás caballeros:

al tomar este castillo un gran botín hemos hecho;

muertos los moros están, con vida a muy pocos veo.

Estos moros y estas moras no hemos de poder venderlos,

con cortarles la cabeza poca cosa ganaremos,

nosotros somos los amos, sigan ellos en el pueblo,

viviremos en sus casas y de ellos nos serviremos."

32

El rey de Valencia quiere recobrar a Alcocer.

Envía un ejército contra el Cid

Mío Cid con sus ganancias allí en Alcocer está;

la tienda que en el otero dejara manda quitar.

A los de Ateca y Terrer el triunfo dio gran pesar

y a los de Calatayud también pesándoles va.

Al rey de Valencia entonces con un mensaje se van,

dícenle que ese que llaman el Cid Ruy Díaz de Vivar,

por ira del rey Alfonso, de Castilla echado está,

que fue a acampar a Alcocer, bien defendido lugar,

y que por una emboscada el castillo es suyo ya.

"Si no vienes a ayudarnos, Teca y Terrer perderás,

perderás Calatayud, que ya no podrá escapar,

y allá a orillas del Jalón ha de irte todo muy mal,

y al otro lado, en Siloca, lo mismo te pasará.''

Cuando lo oyó el rey Tamín siente profundo pesar.

"Tres buenos emires veo aquí en torno mío estar.

Sin tardar, dos de vosotros os marcharéis para allá

con tres mil moros que lleven buenas armas de luchar.

Con los que hay en la frontera, que bien os ayudarán,

coged vivo a ese cristiano y conducídmelo acá.

Puesto que se entró en mis tierras reparación me dará."

Ya cabalgan tres mil moros, ya se echan a caminar

aquella noche en Segorbe se quedan a reposar.

Otro día de mañana empiezan a cabalgar,

y la noche aquella en Celfa se paran a descansar.

A los moros de frontera los han mandado llamar,

de todas partes acuden a juntarse muchos más.

Por fin salieron de Celfa, la que llaman de Canal,

anduvieron todo el día, ningún reposo se dan,

y a Calatayud llegaron esa noche a descansar.

Por todas aquellas tierras muchos pregoneros van

y gente muy numerosa se les venía a juntar.

Los emires Galve y Fáriz al frente de ellos están,

al buen Cid Rodrigo Díaz a Alcocer van a cercar.

33

Fáriz y Galve cercan al Cid en Alcocer

Ya han acampado los moros, sus tiendas allí las plantan;

sus fuerzas iban creciendo, muchas gentes hay juntadas.

Centinelas avanzados de los moros se destacan

y armados hasta los dientes de día y de noche andan.

Muchos son los centinelas y mucha la hueste armada.

A Mío Cid y los suyos ya les han cortado el agua,

las mesnadas de Ruy Díaz salir quieren a batalla,

el que en buen hora nació muy firme se lo vedaba.

Tuvieron así cercado al Cid más de tres semanas.

34

Consejo del Cid con los suyos.

Preparativos secretos.

El Cid sale a batalla campal contra Fáriz y Galve.

Pedro Bermúdez hiere los primeros golpes.

Al cabo de tres semanas cuando la cuarta va a entrar,

Mío Cid de sus guerreros consejo quiere tomar:

"El agua nos la han quitado, puede faltarnos el pan

y escaparnos por la noche no nos lo consentirán.

Muy grandes sus fuerzas son para con ellos luchar,

decidme vos, caballeros, qué es lo que hacerse podrá".

Habla el primero Minaya, caballero de fiar:

"De Castilla la gentil nos desterraron acá,

si no luchamos con moros no tendremos nuestro pan.

Seiscientos somos nosotros y aún creo que algunos más,

no nos queda otro remedio, por Dios que en el cielo está:

en cuanto amanezca el día vayámoslos a atacar".

Díjole el Campeador: "Así quería oír hablar

ya sabía yo, Minaya, que os habríais de honrar".

A los moros y a las moras afuera los manda echar

para que el intento suyo no lo vayan a contar.

Por el día y por la noche se empiezan a preparar.

Otro día de mañana cuando el sol quiere apuntar,

armado está Mío Cid y aquellos que con él van.

El Campeador habló lo que ahora me oiréis contar:

"Todos nos saldremos fuera, ninguno aquí quedará,

tan sólo estos dos peones que la puerta han de guardar.

Si morimos en el campo al castillo nos traerán,

si ganamos la batalla gran botín nos tocará.

Vos, Pedro Bermúdez esta bandera mía tomad;

como sois bravos la habréis de llevar con lealtad,

mas no os adelantéis sin que me lo oigáis mandar".

Al Cid le besó la mano, la bandera fue a tomar.

Abren las puertas y afuera del castillo salen ya.

Las avanzadas al verlos al campamento se van.

¡Qué prisa se dan los moros! Todos se empiezan a armar.

Del ruido de los tambores la tierra se va a quebrar.

Viérais allí a tanto moro armarse y en lucha entrar.

Al frente de todos ellos dos grandes banderas van,

y los pendones mas chicos ¿quién los podría contar?

En las filas de los moros empieza el avance ya,

con Mío Cid y los suyos se querían encontrar.

Dijo el Cid: "Estáos todos quedos en este lugar;

que nadie salga de filas sin que me lo oiga mandar".

Aquel buen Pedro Bermúdez no puede aguantarse más,

bandera en mano comienza su caballo a espolear.

"¡Que el Creador nos asista, Cid Campeador leal!

En medio de aquella tropa voy la bandera a llevar,

los que deben defenderla ya me la defenderán".

Dijo entonces Mío Cid: "¡No lo hagáis, por caridad!"

Repuso Pedro Bermúdez: "Tal como digo se hará".

Su caballo espoleó y entra donde había más.

Los moros ya la bandera le quieren arrebatar,

hiérenle, más la loriga no se la pueden quebrar.

Dijo entonces Mío Cid- "¡Valedle, por caridad!"

35

Los del Cid acometen para socorrer a Pedro Bermúdez

Embrazaron los escudos delante del corazón,

las lanzas ponen en ristre envueltas con su pendón,

todos inclinan las caras por encima del arzón

y arrancan contra los moros con muy bravo corazón.

A grandes voces decía el que en buen hora nació:

"¡Heridlos, mis caballeros, por amor del Creador,

aquí está el Cid, don Rodrigo Díaz el Campeador!"

Todos caen sobre el grupo donde Bermúdez entró.

Éranse trescientas lanzas, cada cual con su pendón.

Cada guerrero del Cid a un enemigo mató,

al revolver para atrás otros tantos muertos son.

36

Destrozan las haces enemigas

Allí vierais tantas lanzas, todas subir y bajar,

allí vierais tanta adarga romper y agujerear,

las mallas de las lorigas allí vierais quebrantar

y tantos pendones blancos que rojos de sangre están

y tantos buenos caballos que sin sus jinetes van.

A Santiago y a Mahoma todo se vuelve invocar.

Por aquel campo caídos, en un poco de lugar

de moros muertos había unos mil trescientos ya.

37

Mención de los principales caballeros cristianos

¡Qué bien que estaba luchando sobre su dorado arzón

don Rodrigo de Vivar, ese buen Campeador!

Están con él Álvar Fáñez, el que Zurita mandó

el buen Martín Antolínez, ese burgalés de pro,

Muño Gustioz que en la misma casa del Cid se crió,

Martín Muñoz el que estuvo mandando Montemayor,

ÁIvar Salvadórez y el buen Álvar Alvaroz,

ese Galindo Garcíaz, buen guerrero de Aragón,

y el sobrino de Rodrigo por nombre Félez Muñoz.

Con ellos la tropa entera del Cid en la lucha entró

a socorrer la bandera y a su Cid Campeador.

38

Minaya, en peligro.

El Cid hiere a Fáriz

Al buen Minaya Álvar Fáñez le mataron el caballo

pero a socorrerle fueron las mesnadas de cristianos.

La lanza tiene quebrada, a la espada metió mano,

aunque luchaba de pie buenos tajos iba dando.

Ya le ha visto Mío Cid Ruy Díaz el Castellano,

se va para un jefe moro que tenía buen caballo

y con la mano derecha descárgale fuerte tajo,

por la cintura le corta y le echa en medio del campo.

Al buen Minaya Álvar Fáñez le fue a ofrecer el caballo.

"Cabalgad en él, Minaya, que vos sois mi diestro brazo.

Hoy de todo vuestro apoyo me veo necesitado;

muy firmes están los moros, no ceden aún el campo:

es menester que otra vez fuertes les arremetamos".

Montó a caballo Minaya, y con su espada en la mano

por entre las fuerzas moras muy bravo siguió luchando.

Enemigos que él alcanza la vida les va quitando.

Mientras tanto Mío Cid de Vivar el bienhadado

al emir Fáriz tres tajos con la espada le ha tirado

le fallan los dos primeros, el tercero le ha acertado;

ya por la loriga abajo va la sangre destilando,

vuelve grupas el emir para escaparse del campo.

Por aquel golpe del Cid la batalla se ha ganado.

39

Galve, herido, y los moros, derrotados.

El buen Martín Antolínez un buen tajo a Galve da,

los rubíes de su yelmo los parte por la mitad,

la lanza atraviesa el yelmo, a la carne fue a llegar;

el rey moro el otro golpe ya no lo quiso esperar.

Los reyes Fáriz y Galve derrotados están ya.

¡Qué buen día que fue aquel, Dios, para la cristiandad!

Por una y por otra parte los moros huyendo van.

Los hombres de Mío Cid los querían alcanzar,

el rey Fáriz en Terrera se ha llegado a refugiar,

pero a Galve no quisieron abrirle la puerta allá;

a Calatayud entonces a toda prisa se va.

Pero el Cid Campeador le persigue sin parar

y va detrás del rey moro hasta la misma ciudad.

40

Minaya ve cumplido su voto.

Botín de la batalla.

El Cid dispone un presente para el rey.

Al buen Minaya Álvar Fáñez bueno le salió el caballo,

de esos moros enemigos ha matado a treinta y cuatro;

de tajos que dio su espada muy sangriento lleva el brazo:

por más abajo del codo va la sangre chorreando.

Dijo Álvar Fáñez: "Ahora ya contento me he quedado,

a Castilla las noticias en seguida irán llegando

de que en batalla campal victoria el Cid ha ganado".

Muchos moros yacen muertos; pocos con vida dejaron,

que al perseguirlos sin tregua alcance les fueron dando.

Van volviendo los guerreros de Mío Cid bienhadado;

andaba el Campeador montado en su buen caballo,

la cofia lleva fruncida, su hermosa barba mostrando,

echada atrás la capucha y con la espada en la mano.

A sus guerreros miraba, que ya se van acercando.

"Gracias al Dios de los cielos, Aquél que está allí en alto,

porque batalla tan grande nosotros la hemos ganado".

El campamento morisco los del Cid le saquearon,

armas, escudos, riquezas muy grandes se han encontrado.

Los hombres de Mío Cid que en el campamento entraron

se encuentran, de los moriscos, con quinientos diez caballos.

¡Gran alegría que andaba por entre aquellos cristianos!

Al ir a contar sus bajas tan sólo quince faltaron.

Tanto oro y tanta plata no saben dónde guardarlo

enriquecidos están todos aquellos cristianos

con aquel botín tan grande que se habían encontrado.

Los moros que los servían al castillo se tornaron

y aún mandó el Campeador que les regalaran algo.

Gran gozo tiene Ruy Díaz, con él todos sus vasallos.

Repartir manda el dinero y aquellos bienes ganados,

en su quinta parte al Cid tocáronle cien caballos.

¡Dios, y qué bien que pagó Mío Cid a su vasallos,

a los que luchan a pie y a los que luchan montados!

Muy bien que lo arregla todo Mío Cid el bienhadado,

los hombres que van con él satisfechos se quedaron.

"Oídme, Álvar Fáñez Minaya, vos que sois mi diestro brazo:

de todas esas riquezas que el Creador nos ha dado cuanto

para vos queráis cogedlo con vuestra mano.

Para que se sepa allí, quiero a Castilla mandaros

con nuevas de esta batalla que a moros hemos ganado.

Al rey don Alfonso, al rey que de Castilla me ha echado

quiero hacerle donación de treinta buenos caballos,

cada uno con su silla, todos muy bien enfrenados,

todos con sendas espadas de los arzones colgando".

Dijo Minaya Álvar Fáñez: "Yo lo haré de muy buen grado".

Tirada 41

El Cid cumple su oferta a la catedral de Burgos

"Aquí tenéis, Álvar Fáñez, oro bueno y plata fina

esa alta bota con ello la llenaréis hasta arriba,

en Santa María de Burgos por mí pagaréis mil misas

y lo que os sobre dadlo a mi mujer y a mis hijas,

que recen mucho por mí en las noches y en los días

que si Dios vida me diere han de llegar a ser ricas".

42

Minaya parte para Castilla

Muy contento está Álvar Fáñez de aquello que el Cid ha hablado.

Los hombres que con él marchan ya los tenía contados.

A las bestias dan cebada, la noche se había entrado.

Mío Cid habla a los suyos, que a todos los ha juntado.

43

Despedida

"¿Os vais a marchar, Minaya, a Castilla la gentil?

A todos nuestros amigos muy bien les podéis decir

que Dios nos quiso valer y vencimos en la lid.

Acaso cuando volváis aún nos encontréis aquí;

si no, hasta donde os digan que estamos debéis seguir.

Por la espada y por la lanza nos ganamos el vivir,

si no, en esta tierra pobre no podremos resistir

y creo yo que tendremos al fin que marchar de aquí".

44

El Cid vende Alcocer a los moros.

Todo está ya preparado, al alba salió Minaya

Mío Cid Campeador queda allí con su mesnada.

Estéril y pobre es aquella tierra tan mala.

Todos los días al Cid Campeador le espiaban

los moros de la frontera con otras gentes extrañas.

El rey Fáriz ya está bueno, con él de consejos andan.

Entre los moros de Ateca y los que en Terrer moraban

y los de Calatayud, villa más rica, preparan

un convenio y por escrito lo ponen en una carta:

"Que Alcocer les venda el Cid por tres mil marcos de plata".

45

Venta de Alcocer

(Repetición)

Mío Cid el de Vivar ya tiene Alcocer vendido

mucho pagó a los vasallos que al destierro le han seguido.

Caballeros y peones, a todos los hace ricos,

no hay ya un pobre entre los hombres que marchan a su servicio.

Quien a buen señor le sirve, siempre vive en paraíso.

46

Abandono de Alcocer. - Buenos agüeros.-El Cid se

asienta en el Poyo, sobre Monreal

Cuando iba el Cid el castillo de Alcocer a abandonar

moros y moras cautivos se empezaron a quejar.

"Te vas, Mío Cid, contigo nuestras oraciones van.

Mucho agradecemos todos lo que nos quisiste dar"

Cuando sale de Alcocer Mío Cid el de Vivar

aquellos moros y moras empezaron a llorar.

Se despliega la bandera, el Campeador se va.

Por río Jalón abajo se empiezan a encaminar,

pájaros de buen agüero entonces vieron volar.

Mucho en Terrer se alegraron, en Calatayud aún más,

pero en Alcocer les pesa: con el Cid no estaban mal.

Mientras tanto Mío Cid seguía su cabalgar,

por fin acampó en un cerro que está sobre Monte Real,

Alto y grande el cerro era, al mirarle asombro da,

por ninguno de sus lados se le podría asaltar.

A la ciudad de Daroca tributo le hace pagar,

lo mismo a la de Molina que del otro lado está,

y la tercera a Teruel, que está puesta más acá;

ya tiene el Cid en su mano a Celfa la del Canal.

47

Minaya llega ante el rey.

Éste perdona a Minaya, pero no al Cid

¡A Mío Cid de Vivar, téngale Dios en su gracia!

A Castilla se ha marchado Álvar Fáñez de Minaya

y ya los treinta caballos al rey se los presentaba;

al verlos buena sonrisa le viene al rey a la cara.

"¿Quién te ha dado esos caballos, por Dios del cielo, Minaya?"

"Mío Cid Campeador, que en buen hora ciñó espada.

Después que le desterrasteis Alcocer ganó por maña,

y de esto al rey de Valencia un mensaje le llegaba:

manda que le pongan cerco y que le corten el agua.

El Cid sale del castillo, en campo abierto luchaba,

venció a dos emires moros en aquella gran batalla.

Cuantiosos, señor, han sido el botín y la ganancia,

a vos, gran rey, Mío Cid este regalo os manda,

dice que los pies os besa, os besa las manos ambas

y que le tengáis merced, así el Creador os valga."

Díjole entonces el rey: "Aún muy poco tiempo pasa

para que hombre desterrado, que del rey perdió la gracia

pueda volver a acogérsele al cabo de tres semanas.

Pero por venir de moros tomo lo que me regala

y me alegro de que el Cid logre tan buena ganancia.

Y sobre todo lo dicho, os perdono a vos, Minaya,

vuestros honores y tierras otra vez os sean dadas,

a vuestro gusto salid y entrad, que estáis en mi gracia;

mas del Cid Campeador no puedo deciros nada".

48

El rey permite a los castellanos irse con el Cid

"Minaya, con todo esto algo me queda que hablar:

de todos estos mis reinos podrán, si quieren, marchar

hombres buenos y valientes y a Mío Cid ayudar.

Libres los dejo, y prometo no confiscar su heredad".

El buen Minaya Álvar Fáñez las manos le fue a besar:

"Gracias os doy, rey Alfonso, nuestro señor natural;

esto concedéis ahora, otra vez cederéis mas.

Siempre nos contentaremos, rey, con vuestra voluntad".

Díjole el rey: "Álvar Fáñez, de esto ya no hay más que hablar.

Marchad libre por Castilla, todos os dejen andar,

y sin temor a castigo, al Cid iréis a buscar".

49

Correrías del Cid desde el Poyo.

Minaya con doscientos castellanos, se reúne al Cid

Hablemos ahora de aquél que en buen hora ciñó espada.

Ya sabéis que en una altura muy elevada acampaba,

y mientras que dure el mundo, con gente mora o cristiana,

el cerro de Mío Cid llamarán a esa montaña.

Desde allí el Campeador muchas tierras saqueaba,

todo el valle del Martín buenos tributos le paga.

Hasta el mismo Zaragoza noticias del Cid llegaban,

no les da gusto a los moros, firmemente les pesaba.

Allí estuvo Mío Cid por más de quince semanas:

cuando vio el Campeador que se tardaba Minaya,

con todos los que le siguen de noche se puso en marcha;

el cerro y el campamento abandonados dejaba

y más allá de Teruel el Campeador pasaba,

hasta pinares de Tévar a descansar no se para.

Todas las tierras aquellas mucho que las saqueaba

y ya también Zaragoza la tiene sujeta a parias.

Después de hacer todo esto, al cabo de tres semanas

ya ha llegado de Castilla Álvar Fáñez de Minaya;

trae doscientos caballeros que todos ciñen espada

y no se pueden contar los de a pie que le acompañan.

Cuando ha visto Mío Cid aparecer a Minaya

al correr de su caballo va a abrazarlo sin tardanza,

en la boca le besó y en los ojos de la cara.

Minaya le cuenta todo, no quiere encubrirle nada.

La faz del Campeador sonrisas la iluminaban.

"Gracias al Dios de los cielos, gracias a sus fuerzas santas,

mientras que vida tengáis a mí me ira bien, Minaya".

50

Alegría de los desterrados al recibir noticias de Castilla

¡Dios, qué alegre que se puso la hueste de desterrados

porque Minaya Álvar Fáñez ya de Castilla ha llegado,

porque les trae noticias de sus parientes y hermanos

y de aquellas compañeras que en su casa se dejaron!

51

Alegría del Cid

(Serie gemela)

¡Dios, qué alegre que se puso el de la barba crecida

de que allí en Burgos pagara Álvar Fáñez las mil misas

y de que noticias traiga de su mujer y sus hijas!

¡Qué contento estaba el Cid y qué grande su alegría! "

Álvar Fáñez, ojalá viváis aún muchos días.

Más valéis vos que yo no. ¡Qué misión tan bien cumplida!"

52

El Cid corre tierras de Alcañiz

Pero no perdía el tiempo Mío Cid el bienhadado:

a doscientos caballeros escógelos por su mano

y a correr aquellos campos muy de noche se marcharon.

Esas tierras de Alcañiz yermas las iban dejando,

por esos alrededores todo lo van saqueando.

A su punto de partida al tercer día tornaron.

53

Escarmiento de los moros

Pronto corrió la noticia por aquellas tierras todas,

gentes de Monzón y Huesca estaban muy pesarosas;

pero de que dieran parias se alegran en Zaragoza

porque ellos de Mío Cid no temen ninguna cosa.

54

El Cid abandona el Poyo.

Corre tierras amparadas por el conde de Barcelona

Con todo el botín aquel al Cerro tornando van,

todos iban muy alegres porque han hecho buen ganar.

Muy contento está Álvar Fáñez, el Cid muy contento está.

Su proyecto dice el Cid, ya no lo puede callar:

"Oíd, caballeros, ahora, voy a hablaros de verdad:

el que no cambia de sitio perder puede, no ganar,

así que al amanecer echemos a cabalgar,

el campamento se deje y sigamos más allá".

Se mudó entonces el Cid hasta el puerto de Alucat

desde allí se alarga a Huesca y luego hasta Montalbán.

En aquella correría diez días fueron a echar.

Por todas aquellas partes la nueva corriendo va

de que el Cid, el desterrado, está haciendo mucho mal.

55

Amenazas del conde de Barcelona

Esos mensajes corrieron por aquellas tierras todas,

por fin llega la noticia al conde de Barcelona

de que Mío Cid Ruy Díaz le corre su tierra toda;

mucho pesar le causó, por grave afrenta lo toma.

56

El Cid trata en vano de calmar al conde

El conde era fanfarrón y dijo una vanidad:

"¡Grandes daños me está haciendo Mío Cid el de Vivar.

Aquí en mi corte Rodrigo gran agravio me hizo ya

porque me hirió a mi sobrino, sin quererlo reparar.

Ahora saquea las tierras que bajo mi amparo están

sin que yo le desafíe ni haya roto su amistad.

Puesto que él busca pelea yo se la iré a demandar".

Muy grandes fuerzas tenía, a prisa llegando van,

entre moros y cristianos muchos se juntan allá

y por fin marchan en busca de Mío Cid de Vivar.

Tres días con sus tres noches hubieron de caminar

y a Mío Cid alcanzaron allá en Tévar, el pinar.

Tantos son, que sin esfuerzo creen que le cogerán.

Con el gran botín que lleva Mío Cid el de Vivar

de una alta sierra desciende, al valle llegando está.

Un mensajero del conde don Ramón le va a avisar.

Mío Cid, cuando le oyó, este mensaje le da:

"Decid al conde que esto no debe tomarlo a mal,

de lo suyo nada llevo, déjeme marchar en paz".

A lo cual repuso el conde: "Eso no será verdad.

Lo de ahora y lo de antes todo me lo pagará

y ya sabrá el desterrado a quién se atrevió a ultrajar".

Se ha tornado el mandadero a toda velocidad.

Entonces muy bien comprende Mío Cid el de Vivar

que batalla con el conde ya no la puede evitar.

57

Arenga del Cid a los suyos

"Mis caballeros, poned a resguardo la ganancia,

luego a prisa preparáos, armáos de todas armas,

porque el conde don Ramón nos quiere dar gran batalla,

de moros y de cristianos mucha gente le acompaña,

no nos dejarán tranquilos, si no es por lucha, por nada.

Ya que tras nosotros viene, aquí sea la batalla:

cinchad bien a los caballos y armáos de todas armas:

ellos vienen cuesta abajo, sólo llevan puestas calzas,

traen malas sillas coceras y las cinchas aflojadas;

nosotros sillas gallegas y botas sobre las calzas.

Con sólo cien caballeros venceremos sus mesnadas,

antes que lleguen al llano atáquenlos nuestras lanzas,

por cada uno herido tres sillas se irán vaciadas.

Verá Ramón Berenguer a quién quería dar caza

hoy en el pinar de Tévar por quitarle su ganancia".

58

El Cid vence la batalla

Gana la espada Colada

Todos están ya dispuestos, cuando el Cid así hubo hablado,

las armas bien empuñadas, bien firmes en los caballos.

Allá por la cuesta abajo ven las fuerzas de los francos

y en el hondo de la cuesta, y ya muy cerca del llano,

mandó que los atacaran Mío Cid el bienhadado.

Sus caballeros la orden cumplieron de muy buen grado;

los pendones y las lanzas bien los iban empleando,

hieren a unos, y a otros los arrojan del caballo.

Ya ha ganado la batalla Mío Cid el bienhadado,

allí al conde don Ramón por prisionero ha tomado,

ganó la espada Colada que vale más de mil marcos.

59

El conde de Barcelona, prisionero.

Quiere dejarse morir de hambre

Así ganó esta batalla, a gran honra de sus barbas.

Cogió al conde don Ramón y a su tienda le llevaba,

a hombres de su confianza los mandó que le guardaran.

Le deja allí, y de la tienda al Campeador se marcha;

por todas partes los suyos a juntársele llegaban.

Muy contento que está el Cid, muy grandes son las ganancias.

A Mío Cid don Rodrigo gran comida le preparan;

pero el conde don Ramón no hacía caso de nada,

los manjares le traían, delante se los plantaban,

él no los quiere comer y todos los desdeñaba.

"No he de comer un bocado por todo el oro de España,

antes perderé mi cuerpo y condenaré mi alma,

ya que tales malcalzados me vencieron en batalla".

60

El Cid promete al conde la libertad

Mío Cid Campeador bien oiréis lo que ahora dijo:

"Comed, conde, de este pan, bebed, conde, de este vino

de cautiverio saldréis si hacéis lo que yo os digo,

si no, en todos nuestros días no veréis ningún ser vivo".

61

Negativa del conde

"Comed, comed, don Rodrigo, tranquilo podéis estar,

pero yo no comeré, el hambre me matará".

Hasta pasados tres días no se vuelve el conde atrás.

Mientras ellos sé reparten lo que hubieron de ganar

no logran que coma el conde ni una migaja de pan.

62

El Cid reitera al conde su promesa

Pone en libertad al conde y le despide

Dijo entonces Mío Cid: "Conde, habéis de comer algo,

que si no queréis comer nunca más veréis cristianos,

mas si coméis a mi gusto, como os tengo mandado,

a vos, conde don Ramón, y a dos de estos fijosdalgo

de prisión os soltaré y saldréis de entre mis manos.

Al oírlo don Ramón mucho que se fue alegrando.

"Si vos, don Rodrigo, hacéis eso que me habéis hablado,

por el resto de mi vida quedaré maravillado".

"Pues comed, conde, comed, y cuando hayáis acabado

a vos y a dos caballeros la libertad he de daros.

Mas, de lo que habéis perdido y yo ganado en el campo

sabed, conde, que no pienso devolveros ni un ochavo,

que mucha falta nos hace y andamos necesitados.

Cogiendo de vos y de otros hemos de irnos ayudando,

y nos durará esta vida lo que quiera el Padre Santo,

que eso le toca al que el rey fuera de su reino ha echado".

Alégrase el conde y pide el agua para las manos,

ya se la ponen delante, diéronsela sin retraso.

Con esos dos caballeros por Mío Cid designados,

comiendo iba el conde y come don Ramón de muy buen grado.

Sentado está junto a él Mío Cid el bienhadado:

"Conde, si no coméis bien como os tengo mandado,

aún os quedaréis conmigo, no habremos de separarnos".

Dijo el conde: "Comeré, Mío Cid, de muy buen grado".

Él y los dos caballeros, a comer se apresuraron;

contento se pone el Cid, que allí los está mirando,

de ver que el conde Ramón trabajo daba a las manos.

"Cid, si así lo permitís, ya quisiéramos marcharnos

a prisa cabalgaremos si nos dan nuestros caballos;

desde el día que fui conde no comí tan de buen grado,

el sabor de esta comida de mí no será olvidado".

Tres palafrenes le dieron, los tres muy bien ensillados,

danles buenas vestiduras, ricas pieles, ricos mantos.

Entre los dos caballeros el conde se ha colocado.

Hasta el fin del campamento con ellos va el Castellano:

"Ya os vais, conde Ramón, franco os vais, pues sois franco,

agradecido os quedo por lo que me habéis dejado.

Si acaso os da la idea, conde, de querer vengarlo

y me venís a buscar, mandadme antes un recado:

o me llevaré lo vuestro o vos de lo mío algo".

"Quedáos tranquilo, Cid, de ese peligro estáis salvo;

eso por pago lo dejo por lo que queda de año.

Y de venir a buscaros, ni siquiera hay que pensarlo".

63

El conde se ausenta receloso

Riqueza de los desterrados

El conde picó el caballo y ya comenzaba a andar,

volviendo va la cabeza para mirar hacia atrás.

Miedo tiene porque cree que el Cid se arrepentirá;

por todo el oro del mundo Mío Cid no haría tal,

deslealtades así no las hizo el Cid jamás.

El conde ya se ha marchado, da la vuelta el de Vivar,

juntóse con sus mesnadas y muy alegre que está

por el botín que de aquella batalla les quedará:

tan ricos son que no pueden ni su riqueza contar.

CANTAR SEGUNDO

Bodas de las hijas del Cid

Tirada 64

El Cid se dirige contra tierras de Valencia

Aquí se empieza el poema de Mío Cid el de Vivar.

Ya ha poblado Mío Cid aquel puerto de Alucat,

se aleja de Zaragoza y de las tierras de allá,

atrás se ha dejado Huesca y el campo de Montalbán

de cara a la mar salada ahora quiere guerrear:

por Oriente sale el sol y él hacia esa parte irá.

A Jérica gana el Cid, después Onda y Almenar,

y las tierras de Burriana conquistadas quedan ya.

65

Toma de Murviedro

Ayudóle el Creador, el Señor que está en el cielo,

y con su favor el Cid pudo tomar a Murviedro.

Bien claro ha visto que Dios siempre le va socorriendo.

En la ciudad de Valencia ha cundido mucho miedo.

66

Los moros valencianos cercan al Cid.

Éste reúne sus gentes

Arenga

Aquello a los de Valencia muy poco gusto les da.

En consejo se reúnen y al Cid fueron a cercar.

Marcharon toda la noche; cuando el alba fue a rayar,

allí cerca de Murviedro sus tiendas van a plantar.

El Campeador al verlos se empieza a maravillar:

"¡Alabado sea Dios, Señor espiritual!

Nos metimos en sus tierras, les hacemos mucho mal,

el vino suyo bebemos y nos comemos su pan.

Con buen derecho lo hacen si nos vienen a cercar,

como no sea con lucha esto no se arreglará.

Salgan mensajes a aquéllos que nos deben ayudar,

los unos vayan a Jérica y los otros a Alucat,

desde allí pasen a Onda y después hasta Almenar,

que las gentes de Burriana se vengan ya para acá.

Pronto tiene que empezarse esta batalla campal.

Nuestro provecho en Dios fío que con ella crecerá".

Al pasar el tercer día todos juntados están.

Mío Cid el bienhadado entonces empieza a hablar:

"Sálveos el Creador, mesnadas, y ahora escuchad:

después de que nos salimos de la limpia cristiandad

-y no fue por nuestro gusto, no se pudo remediar--,

gracias a Dios nuestras cosas siempre hacia adelante van.

Hoy las gentes de Valencia nos han venido a cercar;

si en estas tierras nosotros nos quisiéramos quedar,

muy firmemente a estos moros tenemos que escarmentar".

67

Fin de la arenga del Cid

"Cuando se pase la noche y ya venga la mañana,

tenedme bien preparados los caballos y las armas;

entonces iremos todos a atacar a su mesnada.

Hombres desterrados somos, estamos en tierra extraña,

en la lucha se ha de ver quién merece la soldada".

68

Minaya da el plan de batalla

El Cid vence otra lid campal

Toma de Cebolla

Oíd ahora lo que el bueno de Álvar Fáñez quiso hablar:

"Mío Cid, lo que habéis dicho como os place se hará,

dadme a mí cien caballeros, no os quiero pedir más,

vos con los otros que quedan de frente iréis a atacar.

Heridlos sin compasión, atacad sin vacilar,

que yo con los otros ciento por otro lado iré a entrar

y fío en el Dios del cielo que el triunfo nuestro será".

Muy bien le parece al Cid lo que Minaya fue a hablar.

La mañana ya llegó y se empezaron a armar,

sabe cada cual el puesto que en la batalla tendrá.

Con el alba Mío Cid contra los moros se va:

"Por Jesucristo y Santiago que allá en los cielos están,

atacad, mis caballeros, a esos moros de verdad.

Aquí está Rodrigo Díaz, aquí está el Cid de Vivar".

Viérais allí tanta tienda romper y desbaratar ;

los postes los arrancaban, se empiezan a derrumbar.

Pero los moros son muchos y se quieren recobrar.

Minaya por otro lado ya los venía a atacar;

los moros, mal que les pese, por derrotados se dan,

a uña de caballo escapan los que pueden escapar.

A dos emires mataron en la caza que les dan

y hasta la misma Valencia van los cristianos detrás.

Grandes ganancias ha hecho Mío Cid el de Vivar,

todo aquel campo saquean, luego se vuelven atrás.

Con las ganancias que llevan en Murviedro entraban ya,

una alegría muy grande se corre por el lugar.

A Cebolla toman luego y tierras de más acá.

Miedo tienen en Valencia, no saben lo que se harán;

ya va haciendo mucho ruido la fama del de Vivar.

69

Correrías del Cid al sur de Valencia

A la otra parte del mar también se corre su fama.

Muy alegre estaba el Cid, muy alegres sus compañas,

porque Dios les ayudó y ganaron la batalla.

Sus batidores envía, por la noche iban de marcha,

hasta Cullera se acercan, después suben hasta Játiva,

y luego camino abajo hasta Denia se acercaban.

Por todas aquellas costas mucho a los moros quebrantan.

Conquistan Peña Cadiella con sus salidas y entradas.

70

El Cid en Peña Cadiella

Cuando el Cid Campeador conquistó Peña Cadiella,

gran disgusto fue cundiendo por Játiva y por Cullera

ya no pueden recatar su dolor los de Valencia.

71

Conquista de toda la región de Valencia

Por esas tierras de moros, apresando y conquistando,

durante el día durmiendo, por las noches a caballo,

en ganar aquellas villas pasa Mío Cid tres años.

72

El Cid asedia a Valencia

Pregona a los cristianos la guerra

Esos moros de Valencia escarmentados están,

no se atreven a salir ni quieren irle a buscar,

todas sus huertas las tala, hacíales mucho mal,

y esos tres años seguidos el Cid los deja sin pan.

Quéjanse los de Valencia, no saben lo que se harán,

porque de ninguna parte su pan podían sacar.

Padre a hijo, hijo a padre, ningún amparo se dan,

ni de amigo para amigo se podían consolar.

Muy mala cuita es, señores, el tener mengua de pan.

A las mujeres y niños de hambre se les ve finar,

el dolor tienen delante, no se pueden remediar.

Por el gran rey de Marruecos entonces quieren mandar,

pero con los almohades empeñado en guerra está,

ningún amparo les dio y no los quiso ayudar.

Al Cid, cuando se enteró, mucha alegría le da;

de noche deja Murviedro y se pone a cabalgar,

a Mío Cid le amanece en tierras de Monreal.

Por Aragón y Navarra pregones mandaba echar

y hasta tierras de Castilla mensajeros suyos van.

Quien quiera dejar trabajos y ganarse buen caudal,

con el Cid vaya, que tiene deseos de guerrear,

y cercar quiere a Valencia por darla a la Cristiandad.

73

Repítese el pregón

(Serie gemela)

"Quien quiera venir conmigo para cercar a Valencia

-de voluntad ha de ser, pero ninguno por fuerzales esperaré tres días allá en Canal de la Celfa".

74

Gentes que acuden al pregón

Cerco y entrega de Valencia

Esto dijo Mío Cid, el Campeador leal,

tórnase para Murviedro que ganada tiene ya.

Mucho corren los pregones y por todas partes van;

al sabor de la ganancia no quieren quedarse atrás;

mucha gente se le acoge de la buena cristiandad.

Por todas partes noticias del Cid fueron a sonar,

muchos se juntan al Cid y muy pocos se le van.

Creciendo va la grandeza de Mío Cid de Vivar.

Al ver junta tanta gente ya se empezaba a alegrar.

El Campeador entonces ya no quiso esperar más,

a Valencia se encamina y sobre Valencia da.

Bien la cercó Mío Cid, ni un resquicio fue a dejar:

viérais allí a Mío Cid arriba y abajo andar.

Un plazo dio por si alguien venirles quiere a ayudar.

Aquel cerco de Valencia nueve mese puesto está;

cuando el décimo llegó la tuvieron que entregar.

Por toda aquella comarca grandes alegrías van

cuando el Cid ganó a Valencia y cuando entró en la ciudad.

Los que luchaban a pie hoy son caballeros ya,

y el oro y plata ganados ¿quién los podría contar?

Ricos son todos los hombres que con Mío Cid están.

El quinto de la ganancia el Cid lo manda tomar

en dineros acuñados treinta mil marcos le dan

y además le tocan bienes que no se pueden contar.

¡Qué alegres se ponen todos, qué alegre el Cid de Vivar,

cuando en alto del alcázar su enseña vieron plantar!

75

El rey de Sevilla quiere recobrar Valencia

En reposo estaba el Cid ya con todas sus compañas,

cuando a aquel rey de Sevilla la noticia le llegaba

de que tomaron Valencia y que ninguno la ampara;

a atacarlos vino entonces con treinta mil hombres de armas.

Allí cerca de la huerta libraron los dos batalla,

derrótalos Mío Cid el de la crecida barba.

Ha legado la pelea hasta muy cerca de Játiva,

al ir a pasar el Júcar ya van en derrota franca,

cuando cruzaron el río sin querer bebían agua.

Aquel gran rey de Sevilla con tres heridas escapa.

A Valencia torna el Cid con toda aquella ganancia.

Buen botín fue el de Valencia al ser la ciudad tomada,

pero de esta gran victoria provecho más grande sacan.

Le tocaron, al que menos, unos cien marcos de plata.

Las cosas de Mío Cid ya véis lo bien que marchaban.

76

El Cid deja su barba intonsa

Riqueza de los del Cid

Mucha alegría cundió entre todos los cristianos

que en esa guerra acompaña a Mío Cid bienhadado.

Ya le crecía la barba, mucho se le va alargando,

que había dicho Rodrigo cuando salió desterrado:

"Por amor del rey Alfonso, que de su tierra me ha echado,

no entre en mi barba tijera, ni un pelo sea cortado

y que hablen de esta promesa todos, moros y cristianos".

El Campeador está en Valencia descansando,

con él Minaya, que no se separa de su lado.

Sus vasallos más antiguos de riqueza están cargados.

A todos los que al salir del reino le acompañaron

el Cid casas y heredades en Valencia les ha dado.

La bondad de Mío Cid ya la van ellos probando.

Y los que después vinieron también reciben buen pago.

Comprende el Cid que ahora éstos, con lo que habían ganado,

si se pudiesen marchar lo harían de muy buen grado.

Y esto manda Mío Cid, de Minaya aconsejado:

que a cualquier hombre de aquéllos que con él ganaron algo,

que de él no se despidiese declarándose vasallo,

le prendan en donde puedan y donde sea alcanzado

y su riqueza le quiten y en horca sea colgado.

Ya se queda todo esto por el Cid bien arreglado,

y con Minaya Álvar Fáñez se seguía aconsejando:

"Si os parece, Minaya, querría hacer un estado

de los hombres que aquí están y algo conmigo ganaron:

los pondremos por escrito y todos serán contados,

si alguno quiere ocultarse o si de menos le echamos

tendrá que volver su parte a estos mis buenos vasallos

que me guardan a Valencia por sus murallas rondando".

A lo cual dijo Minaya: "Es consejo muy sensato".

77

Recuento de la gente del Cid

Éste dispone nuevo presente para el rey

Manda a todos que a la Corte se le vengan a juntar

y cuando están reunidos lista les hizo pasar:

tres mil seiscientos tenía Mío Cid el de Vivar.

Sonríe el Campeador, de tan alegre que está:

"A Dios y a Santa María gracias, Minaya, hay que dar.

Con mucho menos salimos de mis tierras de Vivar,

ahora tenemos riquezas y aún hemos de tener más.

Si así os place, Minaya, y no os parece mal,

mandaros quiero a Castilla donde está nuestra heredad.

A nuestro rey don Alfonso, que es mi señor natural,

de estas ganancias que hemos conquistado por acá

darle quiero cien caballos, ídselos vos a llevar,

por mí besadle la mano, y con empeño rogad

que a mi mujer y a mis hijas, que allí en Castilla están,

si a tanto alcanza su gracia, me las deje ya sacar.

Ya mandaré yo por ellas, sabed cómo eso se hará:

a la mujer y a las hijas de Rodrigo el de Vivar

se irá a buscar con tal pompa que a gran honra llegarán

hasta estas tierras extrañas que hemos podido ganar".

Entonces dijo Minaya: "De muy buena voluntad".

Por orden del Cid cien hombres con Álvar Fáñez irán

que en el viaje le sirvan conforme a su voluntad.

Cuando de hablar acabaron se empiezan a preparar.

A San Pedro de Cardeña mil marcos manda llevar

y de ellos que den quinientos a don Sancho, el buen abad.

78

Don Jerónimo llega a Valencia

Cuando con estas noticias todos se están alegrando

de tierras de por Oriente un gran clérigo ha llegado:

el obispo don Jerónimo era por nombre llamado.

Mucho entendía de letras, es en todo muy sensato,

lo mismo a pie que a caballo era guerrero esforzado.

Al Cid mayores provechos él quería irle buscando,

suspirando está por verle luchar con moros en campo:

y dice que si se hartan de lidiar y herir sus manos

nunca tendría ningún cristiano que lamentarlo.

Cuando lo oyó Mío Cid, muy satisfecho así ha hablado:

''Oídme, Minaya Álvar Fáñez, por Aquel que está en lo alto,

siempre que Dios nos ayude bien es que lo agradezcamos;

en la tierra de Valencia fundar quiero un obispado,

se lo daré a don Jerónimo, buen caballero cristiano.

En Castilla también esto, Minaya, podréis contarlo".

79

Don Jerónimo hecho obispo

Mucho le gustó a Álvar Fáñez lo que dice don Rodrigo.

A este bueno don Jerónimo ya le nombraron obispo.

Danle por sede Valencia, donde puede ser muy rico.

¡Dios entre aquellos cristianos había gran regocijo

de que en tierras de Valencia tuviesen señor obispo!

Ya la Minaya muy alegre despidióse y ha partido.

Tirada 80

Minaya se dirige a Carrión

Estas tierras de Valencia tranquilas están y en paz

cuando Minaya Álvar Fáñez para Castilla se va.

Los altos de su viaje no os los quiero contar.

Preguntó por don Alfonso, dónde le podría hallar;

dícenle que a Sahagún el rey marchó poco ha,

que fuese para Carrión donde le puede encontrar.

A Minaya estas noticias gran alegría le dan

y llevando sus presentes ya se dirige hacia allá.

81

Minaya saluda al rey

Don Alfonso el castellano de misa estaba saliendo.

He aquí a Minaya Álvar Fáñez cómo llega tan apuesto,

las dos rodillas ha hincado delante de todo el pueblo,

y a los pies del rey Alfonso púsose con mucho duelo,

las dos manos le besaba, y empezó a hablar, tan discreto:

82

Discurso de Minaya al rey

Envidia de Garci Ordóñez

El Rey perdona a la familia del Cid

Los infantes de Carrión codician las riquezas del Cid

"Merced, nuestro rey Alfonso, por amor del Creador.

Estas manos os las besa Mío Cid el luchador,

que le hagáis merced os pide, válgaos el Creador.

Los pies os besa y las manos cual cumple a tan gran señor.

Vos, rey, le habéis desterrado, le quitasteis vuestro amor,

pero aunque está en tierra extraña el Cid su deber cumplió,

a esos pueblos que se llaman Jérica y Onda ganó,

Almenar ha conquistado, Murviedro, que es aún mayor,

a Cebolla gana luego y el pueblo de Castejón,

Peña Cadiella, la villa que está en un fuerte peñón;

con todas estas ciudades ya de Valencia es señor.

Obispo hizo por su mano Mío Cid Campeador,

cinco batallas campales libra y todas las gano.

Grandes fueron las ganancias que le ha dado el Creador,

aquí tenéis las señales, la verdad os digo yo.

Estos cien gruesos caballos buenos corredores son,

de ricos frenos y sillas todos llevan guarnición,

Mío Cid, señor, os ruega que los toméis para vos,

que es siempre vuestro vasallo y os tiene por señor".

Alzó la mano derecha el rey y se santiguó:

"De estas ganancias tan grandes que logró el Campeador,

por San Isidro bendito, me alegro de corazón,

me alegro de las hazañas que hace el Cid Campeador

y recibo estos caballos que me manda en donación".

Se alegró el rey, pero al conde Garci Ordóñez le pesó:

"Parece que en tierra mora ya no hay hombres de valor

cuando tanto hace y deshace Mío Cid Campeador".

Dijo el rey: "Conde García, no sigáis hablando, no;

de todos modos el Cid mejor me sirve que vos".

Entonces habla Minaya, el esforzado varón:

"Merced os demanda el Cid, que si os place, señor,

a su esposa y a sus hijas deis vuestro permiso vos

para salir del convento en donde el Cid las dejó

e ir a Valencia a juntarse con el Cid Campeador".

Entonces contesta el rey: "Pláceme de corazón.

Mientras vayan por mis reinos les daré manutención;

guárdenlas todos de mal, de ofrenta y de deshonor.

Cuando a la frontera lleguen esas damas cuidad vos

de servirlas cual se debe, e igual el Campeador.

Ahora, guardias y mesnadas, escuchad con atención:

No quiero que pierda nada Mío Cid Campeador,

a todos los caballeros que le tienen por señor

lo que yo les confisqué hoy se lo devuelvo yo,

aunque sigan con el Cid no pierdan su posesión,

seguros estén de daño o mal en toda ocasión;

esto lo hago por que siempre sirvan bien a su señor".

Álvar Fáñez de Minaya al rey las manos besó.

Sonriese don Alfonso. ¡Dios, qué hermosamente habló!

"Aquellos que quieran irse con el Cid Campeador

venia les doy, váyanse en gracia del Creador.

Más ganaremos con esto que con otro desamor".

Oíd lo que hablan aparte los infantes de Carrión:

"Mucho cunden las hazañas de este Cid Campeador,

en casarnos con sus hijas ganaríamos los dos,

pero vergüenza tenemos de decirlo, porque no

es el suyo buen linaje para condes de Carrión".

A nadie se lo dijeron y así la cosa quedó.

Álvar Fáñez de Minaya del buen rey se despidió.

"¿Os vais ya, Minaya? Id en gracia del Creador.

Un oficial de palacio quiero que vaya con vos.

Si os lleváis a las damas, sírvanlas a su sabor,

hasta el confín de Medina las guarde mi protección,

desde allí en adelante la del Cid Campeador".

Ya se despide Minaya, de la corte se marchó.

83

Minaya va a Cardeña por doña Jimena

Más castellanos se prestan a ir a Valencia

Minaya en Burgos

Promete a los judíos buen pago de la deuda del Cid

Minaya vuelve a Cardeña y parte con Jimena

Pedro Bermúdez parte de Valencia para recibir a Jimena

En Molina se le une Abengalbón

Encuentran a Minaya en Medinaceli

Los infantes de Carrión ya decididos están,

cuando se marcha Álvar Fáñez vanle un rato a acompañar:

"Vos que tan bueno sois siempre hacednos hoy la bondad

de llevar nuestros saludos a Mío Cid el de Vivar.

Con nosotros como amigos puede Mío Cid contar".

Dijo Minaya. "Ese encargo nunca me puede pesar".

Minaya su marcha sigue, los infantes vuelven ya.

Encamínase a San Pedro donde las damás están.

¡Qué gozo tan grande tienen cuando le ven asomar!

Ya se ha apeado Minaya, a San Pedro va a rezar,

cuando acabó la oración hacia las damas se va:

"Humíllome a vos, señora, que Dios os guarde de mal,

que también a vuestras hijas las quiera el Señor guardar.

Os saluda Mío Cid, desde allí donde él está,

riqueza y salud tenía cuando yo le fui a dejar.

Por gracia del rey Alfonso ya quedáis en libertad

de veniros a Valencia, que ahora es nuestra heredad.

Si os ve el Campeador las tres sanas y sin mal,

todo le será alegría, no le quedará un pesar".

Contestó doña Jimena: "Si Dios quiere, así será.

Por mandato de Álvar Fáñez tres caballeros se van

con mensaje a Mío Cid, a Valencia, donde está.

"Decid al Campeador, a quien Dios guarde de mal,

que a su mujer y a sus hijas concede el rey libertad,

mientras vayan por sus reinos provisiones les dará.

Que dentro de quince días, si Dios nos guarda de mal,

su mujer con las dos niñas y yo estaremos allá,

y además estas señoras que compañía les dan".

Idos son los caballeros lo mandado cumplirán,

en San Pedro de Cardeña Minaya se quedará.

Vierais allí caballeros de todas partes llegar,

irse quieren a Valencia con Mío Cid de Vivar.

A Álvar Fáñez le pedían que los quisiera ayudar

y Minaya contestaba: "Yo lo haré de voluntad".

Sesenta y cinco a caballo ya se fueron a juntar,

más cien que tiene Minaya, que se trajera de allá;

las damas en su viaje buena compaña tendrán.

Quinientos marcos le dio Álvar Fáñez al abad

y los otros ya veréis en qué los quiso emplear:

Minaya a doña Jimena, a sus hijas y además

a todas aquellas damas que acompañándolas van,

con esos quinientos marcos tiene pensado comprar

las mejores vestiduras que en Burgos pueda encontrar,

con palafrenes y mulas que sean buen de mirar.

Cuando en la ciudad de Burgos las compras hechas están

y aquel bueno de Minaya a San Pedro vuelve ya,

he aquí que Raquel y Vidas a sus pies vanse a arrojar:

"Merced, merced, Álvar Fáñez, caballero de fiar,

si Mío Cid no nos paga, nuestra ruina esto será,

al interés renunciamos si nos vuelve el capital".

"Yo lo hablaré con el Cid si Dios me lleva hasta allá,

por lo que vos le ayudasteis buena merced os dará".

Dijeron: "Quiéralo así la divina voluntad,

si no, de Burgos saldremos y le iremos a buscar".

El buen Minaya Álvar Fáñez para San Pedro se va;

muchas gentes se le acogen, se preparan a marchar,

a la hora de despedirse gran duelo tuvo el abad:

"Adiós, Minaya Álvar Fáñez, el Creador os valdrá,

de parte mía las manos al Campeador besad,

que de este monasterio nunca se quiera olvidar,

con su amparo este convento medre por siempre jamás,

que si el Cid así lo hace en honra suya será".

Dijo Minaya: "He de hacerlo con muy buena voluntad".

Allí todos se despiden y empiezan a cabalgar,

con ellos va el palatino que los tiene que guardar.

Por todas las tierras reales mucha comida les dan.

De San Pedro hasta Medina cinco días tardarán.

A Álvar Fáñez y a las damas en Medina tenéis ya.

De los que el mensaje llevan ahora pasemos a hablar:

cuando de él se hubo enterado Mío Cid el de Vivar,

le plugo de corazón, gran alegría le da,

y así como oiréis ahora, así comenzaba a hablar:

"Quien buen mandadero envía tal razón debe esperar.

Tú, Muño Gustioz, y tú, Pedro Bermúdez, marchad,

con don Martín Antolínez, ese burgalés leal.

Vaya también don Jerónimo, sacerdote de fiar,

y cien hombres bien armados por si hubiera que luchar.

Por tierras de Albarracín primero debéis pasar,

después seguid a Molina que está puesta más allá.

Abengalbón que la tiene es moro amigo y de paz;

con otros cien caballeros él os acompañará,

y subiendo hacia Medina, lo mas que podáis andar,

a mi mujer y a mis hijas, que con Minaya vendrán

por lo que a mí me dijeron, allí podréis encontrar.

Entonces con grandes honras conducídmelas acá.

Yo me quedaré en Valencia, que mucho me fue a costar

y gran locura sería dejarla sin amparar.

Yo me quedaré en Valencia, que Valencia es mi heredad."

Cuando el Cid esto hubo dicho empiezan a cabalgar

y todo el tiempo que pueden anduvieron sin parar.

Albarracín lo pasaron, en Fronchales están ya,

al día siguiente llegan a Molina a descansar.

Aquel moro Abengalbón, cuando supo a lo que van,

muy bien que los recibió y muy contento que está:

"¿Sois vosotros los vasallos de mi amigo natural?

Sabed que vuestra llegada gran alegría me da".

Ese buen Muño Gustioz habló sin más esperar: .

"De parte de Mío Cid os queremos saludar,

cien caballeros de escolta os manda el Cid preparar,

que su mujer y sus hijas en Medinaceli están,

quiere que vayáis por ellas y se las traigáis acá,

y que hasta Valencia de ellas no os queráis separar".

Dijo Abengalbón: "Lo haré de muy buena voluntad".

Una gran comida a todos aquella noche les da

y a la mañana siguiente empiezan a cabalgar,

ciento sólo le pidieron pero él con doscientos va.

La sierra bravía y alta ya se la dejan atrás,

luego cruzan la llanura de la Mata de Taranz,

mucha confianza tienen, sin ningún recelo van,

por el valle de Arbujuelo ya se aprestan a bajar.

Allí en Medina Álvar Fáñez con gran precaución está,

al ver venir gente armada gran sospecha le fue a dar,

envía dos caballeros que averigüen la verdad;

sin perder tiempo partieron, de muy buena gana van,

uno se queda con ellos, otro se vuelve a avisar:

"Son fuerzas de Mío Cid que nos vienen a buscar.

Ved aquí a Pedro Bermúdez que se quiere adelantar,

Muño Gustioz, vuestro buen amigo, viene detrás,

luego Martín Antolínez, el de Burgos natural,

el obispo don Jerónimo, ese clérigo leal.

El alcaide Abengalbón con sus fuerzas también va,

por dar gusto a Mío Cid que mucho le quiere honrar.

Todos forman una tropa, en seguida llegarán".

Dijo Minaya: "A caballo. Los iremos a encontrar".

Muy de prisa que montaron, no se querían tardar;

cien caballeros salían, todos de muy buen mirar,

en caballos muy hermosos con cubiertas de cendal

y petral de cascabeles; con escudo al cuello van,

sendas lanzas en las manos, con su pendón cada cual.

Quiere Minaya que vean cómo se sabe portar

y como trata a las damas que a Castilla fue a buscar.

Los primeros batidores a llegar empiezan ya,

las armas toman, ce ponen con las armas a jugar.

Por allí junto a Jalón grandes alegrías van.

Los otros ante Minaya se iban todos a humillar.

Luego, el moro Abengalbón, que mirándoles está,

con gesto muy sonriente a Minaya fue a abrazar,

según la costumbre mora, beso en el hombro le da.

"Dichoso el día, Minaya, en que os vengo a encontrar.

A esas damas traéis vos que honra nos vienen a dar,

a las dos hijas del Cid, a su esposa tan leal.

Tal es la suerte del Cid y todos le hemos de honrar,

aunque poco le quisiéramos no se le puede hacer mal,

se quedará con lo nuestro, sea por guerra o por paz.

Por muy torpe tengo yo al que no ve esta verdad'.

84

Los viajeros descansan en Medina

Parten de Medina a Molina

Llegan cerca de Valencia

Al oírle sonrió Álvar Fáñez de Minaya:

"Bien lo veo, Abengalbón, que sois amigo sin tacha;

si Dios me lleva hasta el Cid, y le ve otra vez mi alma,

lo que hicisteis por nosotros no se quedará sin paga.

Vámonos ya a descansar, ]a cena está preparada".

Contéstale Abengalbón: "Mucho me place aceptarla,

y antes que pasen tres días la devolveré doblada".

En Medinaceli entran, los atendía Minaya;

todos quedan muy contentos de la cena que tomaran.

Al oficial de palacio despedirse ya mandaban.

Honrado quedará el Cid, que allá en Valencia se estaba,

de aquellos ricos festines que en Medina aderezaran.

Todo lo costea el rey y nada pagó Minaya.

Pasada está ya la noche, ha venido la mañana,

todos oyeron la misa y en seguida cabalgaban.

De Medinaceli salen, el río Jalón pasaban,

por el Arbujuelo arriba muy de prisa espoleaban,

la llanura de la Mata de Taranz atravesaban,

llegan por fin a Molina, la que Abengalbón mandaba.

El obispo don Jerónimo, el buen cristiano sin tacha,

por de día y por de noche a las tres damas guardaba,

con un caballo a su diestra y otro detrás con sus armas.

Álvar Fáñez de Minaya a su lado le acompaña.

Ya se entran en Molina, villa rica y bien poblada.

Allí el moro Abengalbón les sirve y nada les falta.

De todo lo que quisieron no echaron de menos nada,

y las mismas herraduras el moro las costeaba.

A las damas y a Minaya ¡Dios. cuánto que los honraba!

Otro día de mañana en seguida cabalgaban,

hasta la misma Valencia el moro los acompaña,

de lo suyo iba gastando, de ellos no tomaba nada.

Y con estas alegrías y estas noticias tan gratas

ya están cerca de Valencia, a tres leguas mal contadas.

A Mío Cid de Vivar, que en buen hora ciñó espada,

hasta dentro de Valencia un aviso le mandaban.

Tirada 85

El Cid envía gentes al encuentro de los viajeros

Alegre se puso el Cid como nunca más ni tanto,

de aquello que más quería la noticia le ha llegado.

A doscientos caballeros que salgan les ha mandado

a recibir a Minaya y a las damas hijasdalgo.

Él se estará allí en Valencia guardándola y vigilando,

sabe muy bien que Álvar Fáñez ya traera todo cuidado.

86

Don Jerónimo se adelanta a Valencia para preparar una procesión

El Cid cabalga al encuentro de Jimena

Entran todos en la ciudad

Todos estos caballeros ya reciben a Minaya,

a las damas, a las niñas y a los que acompañan.

Mandó Mío Cid a aquellos servidores es de su casa,

que guarden bien el alcázar y las otras torres altas

y que vigilen las puertas con sus salidas y entradas.

Manda traer a Babieca, poco ha que le ganara

del rey moro de Sevilla en aquella gran batalla,

aún no sabe Mío Cid, que en buen hora ciñó espada,

si será buen corredor y si muy en seco para.

A la puerta de Valencia, donde bien a salvo estaba,

ante su mujer e hijas quería jugar las armas.

Con grandes honras de todos son recibidas las damas,

el obispo don Jerónimo el primero se adelanta,

de su caballo se apea, a la capilla marchaba

y con los que allí encontró, que preparados estaban,

con sobrepelliz vestida y con las cruces de plata,

van a esperar a las damas y a aquel bueno de Minaya.

Mío Cid el bienhadado se retrasaba:

túnica de seda viste, muy crecida trae la barba,

ya le ensillan a Babieca, muy bien que le enjaezaban,

se monta en él Mío Cid y armas de palo tomaba.

En el nombrado Babieca el Campeador cabalga,

arranca a correr y dio una carrera tan rauda

que todos los que le vieron maravillados estaban.

Desde aquel día Babieca fue famoso en toda España.

Al acabar la carrera ya Mío Cid descabalga,

y va adonde su mujer y sus dos hijas estaban.

Al verle doña Jimena a los pies se le arrojaba:

"Merced, Cid, que en buen hora fuiste a ceñirte la espada.

Sacado me habéis, oh Cid, de muchas vergüenzas malas:

aquí me tenéis, señor, vuestras hijas me acompañan,

para Dios y para vos son buenas y bien criadas".

A la madre y a las hijas mucho el Cid las abrazaba

y del gozo que tenían todos los cuatro lloraban.

Esas mesnadas del Cid muy jubilosas estaban,

jugaban a juegos de armas y tablados derribaban.

Oíd lo que dijo Rodrigo, que en buen hora ciñó espada:

"Vos, doña Jimena mía, querida mujer y honrada,

y las dos hijas que son mi corazón y mi alma,

en la ciudad de Valencia conmigo haced vuestra entrada,

en esta hermosa heredad que para vos fue ganada".

Allí la madre y las hijas las dos manos le besaban

y en medio de grandes honras las tres en Valencia entraban.

87

Las dueñas contemplan a Valencia desde el alcázar

Con Mío Cid al alcázar su esposa y sus hijas van,

cuando llegaron las sube hasta el más alto lugar.

Vierais allí ojos tan bellos a todas partes mirar:

a sus pies ven a Valencia, cómo yace la ciudad,

y allá por el otro lado tienen a la vista el mar.

Miran la huerta, tan grande y tan frondosa que está,

y todas las otras cosas placenteras de mirar.

Alzan entonces las manos, que a Dios querían rezar,

por lo bueno y por lo grande de aquella hermosa heredad.

Mío Cid y sus mesnadas todos contentos están.

El invierno ya se ha ido y marzo quería entrar.

Noticias os daré ahora del otro lado del mar

y del rey moro Yusuf que allí en Marruecos está.

88

El rey de Marruecos viene a cercar a Valencia

Pésale al rey de Marruecos el triunfo de don Rodrigo:

"En mis tierras y heredades muy firme que se ha metido

y se lo agradece todo a su Señor Jesucristo".

Entonces el de Marruecos llamar a sus fuerzas hizo

y cincuenta veces mil guerreros ha reunido.

Ya se entraron por el mar, en las barcas van metidos,

se encaminan a Valencia en busca de don Rodrigo.

Arribaron ya las naves, ellos a tierra han salido.

89

Ya llegaron a Valencia del Cid tan buena conquista,

allí plantaron sus tiendas esas gentes descreídas.

Por fin al Campeador le ]legan estas noticias.

90

Alegría del Cid al ver las huestes de Marruecos

Temor de Jimena

"¡Loado sea el Creador y Padre Espiritual!

Los bienes que yo poseo todos ahí delante están,

con afán gané a Valencia, la tengo por heredad,

como no sea por muerte no la puedo yo dejar.

A Dios y a Santa María gracias les tengo que dar

porque a mi mujer e hijas conmigo las tengo acá.

La suerte viene a buscarme del otro lado del mar,

tendré que vestir las armas, que no lo puedo dejar,

y mi mujer y mis hijas ahora me verán luchar.

Verán en tierras extrañas lo difícil que es estar,

harto verán por sus ojos cómo hay que ganar el pan".

A su mujer y a sus hijas al alcázar súbelas.

"Por Dios, Mío Cid, ¿qué es ese campamento que allí está?"

"Jimena, mujer honrada, que eso no os dé pesar,

para nosotros riqueza maravillosa será.

Apenas llegada y ya regalos os quieren dar,

para casar a las hijas aquí os traen el ajuar".

"Gracias os doy, Mío Cid, y al Padre Espiritual".

"Mujer, en este palacio y en esta torre quedad:

no sintáis ningún pavor porque me veáis luchar,

que Dios y Santa María favorecerme querrán

y el corazón se me crece porque estáis aquí detrás.

Con la ayuda del Señor la batalla he de ganar".

91

El Cid esfuerza a su mujer y a sus hijas

Los moros invaden la huerta de Valencia

Izadas están las tiendas; ya rompe el primer albor,

en las huestes de los moros a prisa suena el tambor.

Contento está Mío Cid. Dijo: "¡Qué buen día es hoy!"

Pero a su mujer del miedo le estalla el corazón

y las hijas y las damas también sienten gran pavor,

que en lo que tienen de vida no oyeran tal retemblor.

Acaricióse la barba el buen Cid Campeador:

"De esto saldremos ganando, no tengáis más miedo, no,

porque antes de quince días, si así place al Creador,

esos tambores morunos en mi poder tendré yo;

mandaré que os los muestren y así veréis cómo son.

Don Jerónimo irá luego a colgar tanto tambor

en el templo de la Virgen, madre de Nuestro Señor."

Éste es el voto que hizo Mío Cid Campeador.

Las damas van alegrándose y ya pierden el pavor.

Esos moros de Marruecos, que muy corredores son,

se iban metiendo en la huerta sin sentir ningún temor.

92

Espolonada de los cristianos

Los ha visto el centinela y empieza a tañer la esquila,

prestas están las mesnadas de la gente de Ruy Díaz.

Con muchas ganas se arman y ya salen de la villa.

Donde se topan con moros acométenlos aína,

y de las huertas aquellas los echan con gran mancilla.

Más de quinientos mataron los del Cid en este día.

93

Plan de batalla

Hasta el mismo campamento van los cristianos detrás,

harto han hecho ya aquel día y se empiezan a tornar.

El buen Álvar Salvadórez cautivo se queda allá.

Con el Cid se van volviendo los que comen de su pan.

Vio lo que han hecho, pero ellos se lo cuentan, además.

Al gran Cid Campeador mucha alegría le da:

"Mis caballeros, oídme, esto aquí no ha de quedar,

si hoy ha sido día bueno, mañana mejor será,

cuando vaya a amanecer todos armados estad,

el obispo don Jerónimo la absolución nos dará,

la misa nos dirá luego, y entonces a cabalgar.

No puede ser de otro modo, los iremos a atacar

en el nombre de Santiago y del Señor Celestial.

Más vale que les ganemos que ellos nos quiten el pan".

Álvar Fáñez de Minaya allí también quiso hablar:

"Si así lo queréis, buen Cid, a mí mandadme algo más,

ciento treinta caballeros, dadme, bravos en lidiar;

atacad vos por un lado, los míos por otro irán,

en una o en otra parte, o en ambas, Dios nos valdrá".

Entonces contesta el Cid: "De muy buena voluntad".

94

El Cid concede al obispo las primeras heridas

El día saliendo va y ya la noche es entrada,

no tardan en prepararse aquellas gentes cristianas.

Por segunda vez se oían los gallos antes del alba;

el obispo don Jerónimo una misa les cantaba,

cuando la misa acabó buena absolución les daba.

"El que en la lucha muriere peleando cara a cara

de sus pecados le absuelvo y Dios cogerá su alma.

A vos, Cid Campeador, que en buen hora ciñó espada,

una misa os acabo de cantar esta mañana,

y en cambio pediros quiero que me otorguéis una gracia,

y es que los primeros golpes sean dados por mi espada".

Díjole el Campeador: "Aquí os queda otorgada".

95

Los cristianos salen a batalla

Derrota de Yusuf

Botín extraordinario

El Cid saluda a su mujer y sus hijas

Dota a las dueñas de Jimena

Reparto del botín

Ya todos muy bien armados salen por Torres de Cuarto;

Mío Cid a sus vasallos bien los iba aleccionando.

Hombres de gran confianza en las puertas se dejaron,

monta entonces Mío Cid en Babieca, su caballo,

que de todas guarniciones iba muy bien preparado.

Han salido de Valencia, ya la bandera sacaron,

son cuatro mil menos treinta los que el Cid lleva a su lado

y a cincuenta mil de moros sin miedo van a atacarlos.

Minaya con Álvar Álvaroz éntrase por otro lado,

y plúgole al Creador que pudiera derrotarlos.

El Cid hiere con la lanza, luego a la espada echa mano,

a tantos moros mató que no pueden ser contados,

le va por el codo abajo mucha sangre chorreando.

Al rey Yusuf de Marruecos tres golpes le ha descargado,

pero el moro se le escapa a todo andar del caballo

y se le mete en Cullera, castillo muy bien armado;

hasta allí le sigue el Cid por ver si puede alcanzarlo,

con otros que le acompañan de aquellos buenos vasallos.

Desde Cullera se vuelve Mío Cid el bienhadado,

muy alegre del botín tan grande que han capturado.

Ve cuánto vale Babieca, de la cabeza hasta el rabo.

La ganancia de aquel día toda por suya ha quedado.

De aquellos cincuenta mil moros que habían contado,

no pudieron escaparse nada más que ciento cuatro.

Las mesnadas de Ruy Díaz saquearon todo el campo,

entre la plata y el oro recogieron tres mil marcos,

y lo demás del botín no podían ni contarlo.

Alegre está Mío Cid, muy alegres sus vasallos

de que Dios les ayudara a aquella victoria en campo.

Después que al rey de Marruecos así hubieron derrotado,

dejóse el Cid a Álvar Fáñez de todo aquello cuidando

y con sus cien caballeros en Valencia ya se ha entrado.

La cofia lleva caída, el yelmo se lo ha quitado,

así entró sobre Babieca y con la espada en la mano.

Recíbenlo allí las damas que le estaban esperando,

ante ellas para, tiró de las riendas al caballo:

"Ante vos me humillo, damas, gran honor os he ganado,

vos me guardabais Valencia y yo vencía en el campo.

Esto Dios lo quiso así, y con Él todos sus santos,

cuando por venir vosotras tal ganancia nos han dado.

Ved esta espada sangrienta, ved sudoroso el caballo,

es así como se vence a los moros en el campo.

Rogad a Dios que os viva todavía algunos años

y muchos os besarán, en vasallaje las manos".

Esto dijo Mío Cid, luego bajo del caballo.

Cuando ya estuvo en el suelo y le ven descabalgado,

las damas y las dos niñas, la esposa que vale tanto,

ante el Cid Campeador las dos rodillas hincaron.

Vuestras somos y Dios quiera que aún nos viváis muchos años".

Volvieron con él las damas y entran todos en palacio.

Con el Cid van a sentarse en muy preciosos escaños:

"Mi mujer doña Jimena, ya que así lo habéis rogado

a las damas que trajisteis y os han servido tanto

quiero casar con algunos de estos mis buenos vasallos;

a cada una de ellas le daré doscientos marcos

y que sepan en Castilla que sirvieron a buen amo.

De casar a vuestras hijas ya se hablará más despacio".

Allí todas se levantan, van a besarle las manos

y una alegría muy grande corrió por todo el palacio.

Tal como lo dijo el Cid así lo llevan a cabo.

El buen Minaya Álvar Fáñez seguía afuera en el campo

con los hombres que reparten, escribiendo y recontando:

de tiendas y ricas armas y de vestidos preciados

no se puede ni pensar los muchos que se encontraron.

Ahora quisiera deciros del botín lo mas granado:

y es que no pueden ni echar cuenta de tantos caballos

que andan con ricos arreos y no hay quien quiera tomarlos;

los moros de aquella tierra se sacaron también algo;

y además de todo esto a Mío Cid bienhadado

de los mejores que cogen le tocaron mil caballos.

Cuando al partir la ganancia al Cid le tocaron tantos

es que los demás quedaban, también ellos, bien pagados.

¡Y qué de tiendas lujosas con postes bien trabajados

se sacaron del botín Mío Cid y sus vasallos!

La tienda del rey de moros, la más rica que encontraron,

dos postes la sostenían que de oro están labrados.

Mío Cid Campeador a todos los ha mandado

que allí la dejen plantada y no la toque cristiano:

"Tal tienda que como ésta de Marruecos ha pasado

enviarla quiero al rey don Alfonso el Castellano.

Así verá que es muy cierto que el Cid va medrando algo".

Todas aquellas riquezas en Valencia las entraron.

El obispo don Jerónimo, sacerdote muy honrado,

cuando acabo de lidiar con los moros a dos manos,

no podía echar la cuenta de tantos como ha matado.

Botín de mucha valía le tocara en el reparto

y a más el Cid Don Rodrigo de Vivar, el bienhadado,

de la quinta parte suya el diezmo le ha regalado.

96

Gozo de los cristianos

El Cid envía nuevo presente al rey

En Valencia están alegres todas las gentes cristianas,

tantos dineros tenían, tantos caballos y armas.

Doña Jimena y sus hijas alegres también estaban

y aquellas damas que ya se tenían por casadas.

El bueno de Mío Cid no perdía tiempo en nada:

"¿En dónde estáis, grande hombre? Venid para acá, Minaya.

La ganancia que os toca os la tenéis bien ganada,

y a más de mi quinta parte os digo con toda el alma

que toméis lo que quisiereis: con lo que quede me basta.

Mañana al romper el día habéis de marchar sin falta,

con caballos de esta quinta que me tocó en la ganancia,

todos con sillas y frenos, todos con sendas espadas;

por amor de mi mujer y mis hijas adoradas,

por habérmelas mandado a donde e]las deseaban,

estos doscientos caballos al rey el Cid le regala,

que no piense don Alfonso mal del que en Valencia manda".

Ordena a Pedro Bermúdez que se marche con Minaya.

Otro día de mañana muy a prisa cabalgaban

con doscientos caballeros que llevan en su compaña;

dirán al rey que Mío Cid ambas manos le besaba,

que de esta lid que Rodrigo de Vivar tiene ganada,

doscientos buenos caballos en regalo se los manda,

que siempre le servirá mientras que viva su alma.

Tirada 97

Minaya lleva el presente a Castilla

Salidos son de Valencia y ya empezaron a andar.

Muchas riquezas llevaban, bien tienen que vigilar.

Andan de día y de noche, ningún reposo se dan,

la sierra que parte el reino la tienen pasada ya,

y por el rey don Alfonso empiezan a preguntar.

98

Minaya llega a Valladolid

Aquellas sierras y montes, aquellos ríos pasaban,

llegan a Valladolid, donde el rey Alfonso estaba.

Aviso le mandan Pedro Bermúdez y el buen Minaya

de que envíe a recibir a toda aquella compaña

que Mío Cid de Valencia con sus regalos le manda.

99

El rey sale a recibir a los del Cid

Envidia de Garci Ordóñez

Alegre se puso el rey como nunca visteis tanto,

mandó cabalgar a prisa a todos sus fijosdalgo,

y el rey fue de los primeros que montaron a caballo

por recibir los mensajes que le manda el bienhadado.

Los infantes de Carrión también allí se encontraron

y ese conde don García, del Cid enemigo malo.

Aquello a los unos place y a los otros va pesando.

A la vista tienen ya a los del Cid bienhadado,

un ejército parecen, no semejan enviados,

el rey don Alfonso al verlos estábase santiguando.

Minaya y Pedro Bermúdez son los primeros llegados,

los dos echaron pie a tierra, se apean de los caballos.

Delante del rey Alfonso, con los hinojos hincados,

los dos besaron el suelo, los pies al rey le besaron.

"Merced, merced, rey Alfonso señor nuestro tan honrado,

en nombre de Mío Cid este suelo y pies besamos,

a vos tiene por señor, llámase vuestro vasallo.

Mucho aprecia Mío Cid la honra que le habéis dado.

Pocos días ha, señor, que una batalla ha ganado

contra ese rey de Marruecos que rey Yusuf es llamado:

a cincuenta mil guerreros los ha vencido en el campo,

inmensas son las ganancias que en la lucha se sacaron,

en ricos se han convertido allí todos sus vasallos;

estos caballos os manda, rey, y os besa las manos".

Dijo entonces don Alfonso: "Recíbolos de buen grado.

Agradezco a Mío Cid este don que me ha enviado.

Espero que llegue el día en que por mí sea premiado".

Esto a muchos les plació y besáronle las manos.

Al conde García Gómez mucho aquello le ha pesado,

él y diez parientes suyos allí a un lado se apartaron.

"Es maravilla del Cid que su honra crezca tanto;

con la honra que él se gana estamos muy afrentados.

¡Qué fácilmente que vence reyes moros en el campo,

como si estuvieran muertos él les quita sus caballos!

Raro sería si de esto no nos viniera algún daño".

100

El rey muéstrase benévolo hacia el Cid

Entonces estas palabras fue el rey Alfonso a decir:

"A Dios y a San Isidoro agradezco este gentil

don de doscientos caballos que me envía Mío Cid.

Mientras que mi reino dure mejor me podrá servir.

A vos, Minaya, y a vos, Bermúdez, que estáis aquí,

mandaré que se os dé ricamente de vestir,

y todas las buenas armas que vos quisiereis pedir,

por que lleguéis más apuestos delante de Mío Cid.

Tres caballos os regalo, podéis cogerlos de aquí.

Contento estoy y ya oigo una voz dentro de mí

que me dice que estas cosas han de parar en buen fin".

101

Los infantes de Carrión piensan casar con las hijas del Cid

Ya le besaron las manos y se entran a descansar,

manda el rey darles de aquello de que hayan necesidad.

Ahora de los dos infantes de Carrión os quiero habla;

en pláticas reservadas y misteriosas están.

"La prosperidad del Cid muy para adelante va,

le pediremos sus hijas para con ellas casar,

se crecerá nuestra honra y así podremos medrar".

Y allí con estas razones al rey Alfonso se van.

102

Los infantes logran que el rey trate el casamiento

El rey pide vistas con el Cid

Minaya vuelve a Valencia y entera al Cid de todo

El Cid fija el lugar de las vistas

"Esta merced os pedimos, a vos, el rey y señor:

queremos, si esta demanda tiene vuestra aprobación,

que nos pidáis a las hijas de Mío Cid Campeador,

casar queremos con ellas, honra será de los dos".

El rey Alfonso un gran rato meditando se quedó:

"Yo he echado de esta mi tierra al buen Cid Campeador,

trabajé yo por su mal y él por mi bien trabajó,

y no sé si el casamiento querrá aceptármelo o no,

mas ya que vos lo queréis hablemos de la cuestión".

A Álvar Fáñez de Minaya y a Bermúdez, a esos dos

mensajeros de Ruy Díaz, el rey entonces llamó,

y a un aposento cercano con ellos dos se apartó.

"Minaya y Pedro Bermúdez, escuchad esta razón:

Muy bien que me está sirviendo Mío Cid Campeador,

y como él se lo merece le concederé perdón;

que venga a verse conmigo, si gusta, vuestro señor.

Otras novedades hay en esta mi corte, y son

que don Diego y don Fernando, los infantes de Carrión,

con las hijas de Mío Cid quieren casarse los dos.

Llevad vos este mensaje, que así os lo ruego yo,

decídselo de mi parte al buen Cid Campeador.

A honra lo habrá de tomar, que irá ganando en honor,

si por bodas emparienta con infantes de Carrión".

Habla Minaya, a Bermúdez muy bien que le pareció:

"Al Cid se lo rogaremos cual lo habéis mandado vos

y después el Cid que haga lo que tenga por mejor". "

Decid a Rodrigo Díaz el que en buenhora nació

que en sitio que a él le convenga podremos vernos los dos

y en el lugar que designe será nuestra reunión.

En aquello que yo pueda ayudarle quiero yo".

Los mensajeros del Cid al rey le dicen adiós,

y Minaya con los suyos hacia Valencia marchó.

Cuando supo que venía, el buen Cid Campeador

a prisa monta a caballo, a recibirlos salió,

sonreía Mío Cid y mucho los abrazó.

Dijo Rodrigo: "Álvar Fáñez, Pedro Bermúdez, ¿sois vos?

En pocas tierras se encuentran varones como estos dos.

¿Cuáles noticias me manda don Alfonso, mi señor?

¿Está contento de mí? ¿No quiso aceptarme el don?"

Dijo Minaya: "Lo acepta con alma y con corazón.

Muy satisfecho se queda y os vuelve a su favor".

Dijo Mío Cid entonces: "Gracias, gracias, Creador".

Y luego los mensajeros le transmiten la razón

de que le rogaba Alfonso, rey de Castilla y León,

de que a sus hijas las casase con infantes de Carrión,

que con eso habrá de honrarse y de subir en honor;

así lo aconseja el rey con el alma y corazón.

Cuando lo oyó Mío Cid, aquel buen Campeador,

un rato muy dilatado pensativo se quedó:

"Mucho le agradezco esto a Cristo, Nuestro Señor:

echado fui de la tierra, me quitaron el honor,

con gran trabajo gané esto que poseo yo.

Agradezco a Dios que el rey me haya vuelto a su favor

y que me pida mis hijas para los dos de Carrión.

Minaya, Pedro Bermúdez, decidme vosotros dos

de estas bodas proyectadas cuál sea vuestra opinión".

"A nosotros nos parece lo que os parezca a vos".

Dijo el Cid: "De gran linaje vienen esos de Carrión,

andan siempre con la corte, muy orgullosos que son;

estas bodas, en verdad, no me gustarían, no,

pero si el rey lo aconseja, él que vale más que nos,

bien podemos en secreto discutir esa cuestión,

y que Dios el de los cielos nos inspire lo mejor".

"Además de todo esto, Alfonso, vuestro señor,

dijo que querría veros en donde os plazca a vos:

de veros tiene deseo y tornaros su favor,

luego vos decidiréis lo que convenga mejor".

Contestó entonces el Cid: "Pláceme de corazón".

Entonces dijo Minaya: "El rey Alfonso mandó

que el lugar de la entrevista sea escogido por vos".

"Si así lo ordenara el rey, dijo allí el Campeador,

hasta donde él estuviera iría a buscarle yo

para honrarle cual se debe a nuestro rey y señor.

Pero ya que así lo quiere acéptole yo el honor

y a orillas del río Tajo, ese que es río mayor,

podemos entrevistarnos cuando quiera mi señor".

Ya están escritas las cartas, el Cid muy bien las selló;

con dos caballeros suyos a prisa las envió:

lo que quiera el rey Alfonso eso hará el Campeador.

103

El rey fija plazo para las vistas

Dispónese con los suyos para ir a ellas

Por fin, a aquel rey honrado le presentaron las cartas,

cuando las vio don Alfonso de corazón se alegraba.

"Saludadme a Mío Cid, que en buen hora ciñó espada:

celébrese la entrevista al cumplirse tres semanas;

si yo vivo para entonces me encontraré allí sin falta".

Los mensajeros del Cid ya sin tardar se tornaban.

De una parte y de otra parte a las vistas se preparan.

¿Quién vio nunca por Castilla tanta mula bien preciada,

tanto hermoso palafrén de buen aire y buena marcha,

caballos tan bien criados y corredores sin tacha,

tanto vistoso pendón encajado en buenas astas,

escudos que en medio llevan guarnición de oro y de plata,

cendales de Alejandría, tantos mantos, pieles tantas?

Provisiones abundantes el rey enviar mandaba

a orilla del Tajo, donde la entrevista se prepara.

Un séquito numeroso al rey Alfonso acompaña.

Los infantes de Carrión con gran alegría andan,

mucho compran, unas cosas las deben y otras las pagan,

porque con aquella bodas ellos ya se figuraban

que tendrán cuanto quisieran de oro y plata.

El monarca don Alfonso muy de prisa cabalgaba

con condes y ricos hombres y con muy grandes mesnadas.

Los infantes de Carrión su buen séquito llevaban.

Leoneses y gallegos al rey Alfonso acompañan

y no se pueden contar las mesnadas castellanas.

Allí soltaron las riendas, para la entrevista marchan.

Tirada 104

El Cid y los suyos se disponen para ir a las vistas

Parten de Valencia

El rey y el Cid se avistan a orillas del Tajo.

Perdón solemne dado por el rey al Cid

Convites

El rey pide al Cid sus hijas para los infantes

El Cid confía sus hijas al rey y éste las casa

Las vistas acaban

Regalos del Cid a los que se despiden

El rey entrega los infantes al Cid

Allá dentro de Valencia, Mío Cid Campeador,

sin demora a la entrevista muy bien que se preparó.

Tanta buena mula, tanto palafrén de condición,

muy buenas armas y mucho buen caballo corredor

y tantos mantos y pieles y capas de gran valor.

La gente chicos y grandes, vestidos van de color.

Álvar Fáñez y el buen Pedro Bermúdez aquellos son,

Martín Muñoz es el otro que mandó a Montemayor,

con el Martín Antolínez, ese burgalés de pro,

el obispo don Jerónimo, clérigo de lo mejor,

Álvar Salvadórez y el buen Álvar Álvaroz,

el valiente caballero que llaman Muño Gustioz

y ese Galindo García el que vino de Aragón.

Todos éstos se preparan a ir con el Campeador,

y los demás caballeros que vasallos suyos son.

Al buen Álvar Salvadórez y a Galindo el de Aragón,

a éstos les ha encomendado Mío Cid Campeador

que le guarden a Valencia con alma y con corazón,

y que los demás estén bajo el mando de ellos dos.

De las puertas del alcázar esto Mío Cid mandó:

ni de día ni de noche no las abra nadie, no.

Dentro se queda su esposa, quedan sus hijas las dos,

en las que Cid tiene puestos el alma y corazón,

y todas aquellas damas que sus servidoras son.

Ha dispuesto Mío Cid como prudente varón

que no salgan del alcázar esas damas mientras no

haya tornado a Valencia el que en buen hora nació.

Espuelas pican y el Cid con los suyos se marchó,

caballos de armas llevaban que muy corredores son,

Mío Cid se los ganara, no se los dieron por don.

El Cid va para las vistas que con el rey concertó.

Un día antes que llegue Mío Cid, el rey llegó.

Cuando vieron que venía ese buen Campeador,

a recibirle salieron con grandes muestras de honor.

Al verlos adelantarse, el que en buen hora nació

a todos sus caballeros que parasen los mandó,

menos a unos pocos de ellos que quiere de corazón;

con esos quince vasallos del caballo se apeó,

cual lo tenía pensado, el que en buen hora nació.

De rodillas se echa al suelo, las manos en él clavó,

aquellas yerbas del campo con sus dientes las mordió

y del gozo que tenía el llanto se le saltó.

Así rinde acatamiento a Alfonso, rey de León.

Ante los pies del monarca de esta manera cayó,

no le gusta al rey Alfonso verle en tal humillación:

"Levantáos, levantáos, mi buen Cid Campeador,

besar mis manos os dejo, pero besar los pies no,

si no lo hiciereis así, no os vuelvo mi favor".

Con las rodillas hincadas seguía el Campeador:

"Merced os pido, buen rey, vos, mi natural señor,

que ante vos arrodillado me devolváis vuestro amor,

y puedan oírlo todos los que están alrededor".

Dijo el rey: "Así lo haré con alma y con corazón,

aquí os perdono, Cid, y os vuelvo mi favor,

desde hoy en todo mi reino acogida os doy yo".

Habló entonces Mío Cid, fue a decir esta razón:

"Gracias, el perdón acepto, Alfonso, rey y señor,

al cielo le doy las gracias y después del cielo a vos,

y a todas estas mesnadas que están aquí alrededor".

Con las rodillas hincadas las dos manos le besó,

se levanta y en la boca al rey otro beso dio.

Todos los que están allí se alegran de corazón.

Sólo al conde Garci Ordóñez y a Álvar Díaz les pesó.

Habla entonces Mío Cid, fue a decir esta razón:

"Mucho que se lo agradezco al gran Padre Creador,

porque me ha vuelto su gracia don Alfonso, mi señor,

ahora de día y de noche tendré la ayuda de Dios;

que seáis mi huésped, os ruego, si así os place, señor".

Dijo el rey: "Hacerlo así no sería justo, no,

vos acabáis de llegar, y anoche he llegado yo;

hoy habéis de ser mi huésped, Mío Cid Campeador,

y ya mañana se hará lo que más os plaza a vos".

Bésale la mano el Cid, a su demanda cedió.

Entonces le saludaron los infantes de Carrión:

"Os saludamos ¡oh Cid, que en tan buen hora nació!

en todo lo que podamos amigos somos los dos".

Repuso allí Mío Cid: "¡Quiéralo así el Creador!"

Al en buenhora nacido Mío Cid Campeador,

el rey, aquel día entero, por su huésped le tomó.

No se harta de estar con él, le quiere de corazón,

mucho le mira la barba que tan larga le creció.

A todos los que allí están el Cid los maravilló.

El día ya va pasando y ya la noche se entró.

Otro día de mañana muy claro salía el sol.

Mío Cid el de Vivar a los suyos ordenó

que preparasen cocina para tantos como son;

muy satisfechos quedaron de Mío Cid Campeador,

tenían mucha alegría y todos acordes son

en que no han hecho en tres años una comida mejor.

Otro día de mañana, así como sale el sol,

el obispo don Jerónimo una misa les cantó.

A la salida de misa el rey a todos juntó:

"Infanzones y mesnadas, condes, oíd con atención

el ruego que voy a hacer a Mío Cid Campeador,

que sea para su bien ojalá lo quiera Dios.

Vuestras hijas, Cid, os pido, doña Elvira y doña Sol,

para que casen con ellas los infantes de Carrión.

Me parece el casamiento honroso para los dos,

los infantes os las piden y les recomiendo yo.

Y pido a todos aquellos que están presentes y son

vasallos vuestros o míos, que rueguen en mi favor.

Dádnoslas, pues, Mío Cid, y que os ampare Dios".

"No querría yo casarlas, repuso el Campeador,

que no tienen mucha edad, las dos muy pequeñas son.

De mucho renombre gozan los infantes de Carrión,

buenos son para mis hijas y aún quizá para mejor.

Yo di vida a estas dos niñas, pero las criasteis vos;

a lo que mandéis estamos, rey Alfonso, ellas y yo.

Aquí están, en vuestras manos, doña Elvira y doña Sol,

dadlas a quien vos queráis, que siempre será en mi honor".

"Gracias, dijo el rey, a todos los de esta corte y a vos".

Entonces se levantaron los infantes de Carrión

y van a besar las manos al que en buenhora nació.

Allí cambian sus espadas con el Cid Campeador

en prenda de pacto. Luego el rey don Alfonso habló:

"Gracias, Cid, a ti, tan bueno y preferido de Dios,

por darme vuestras dos hijas para infantes de Carrión.

En mi mano yo las tomo, doña Elvira y doña Sol,

y por esposos les doy los infantes de Carrión.

A vuestras hijas las caso, la licencia me dais vos,

que en vuestro provecho sea, ojalá lo quiera Dios.

Aquí tenéis, Mío Cid, los infantes de Carrión,

yo me vuelvo desde aquí, con vos irán ellos dos.

Trescientos marcos de plata en ayuda les doy yo,

que los gasten en las bodas o en lo que quisiereis vos.

Cuando hayáis llegado todos a Valencia la mayor

vuestras hijas y los yernos, que ya vuestros hijos son.

haced de ellos cual os plazca, Mío Cid Campeador".

Recíbelos Mío Cid, al rey las manos besó:

"Mucho que os lo agradezco, como a mi rey y señor,

vos me casáis a mis hijas, no soy quien las casa yo".

La palabra está empeñada, las promesas dadas son,

al otro día de mañana, en cuanto saliere el sol,

cada cual se tornará allí de donde salió.

Grandes cosas hizo entonces Mío Cid Campeador,

vierais allí gruesas mulas, palafrenes de valor,

tantas buenas vestiduras que de mucho coste son,

todo aquello de regalo el Cid Ruy Díaz lo dio

a aquellos que se lo piden, y a nadie dijo que no.

Sesenta de sus caballos regala el Campeador.

Muy contentos se van todos de aquella gran reunión,

tenían que separarse, que ya la noche llegó.

El rey a los dos infantes de la mano los cogió,

y así se los fue a entregar a Mío Cid Campeador.

"Aquí tenéis vuestros hijos, pues que yernos vuestros son:

desde hoy como queráis, Mío Cid, mandadlos vos;

que os sirvan como padre y os guarden como señor".

"Mucho lo agradezco, rey. Quiero aceptar vuestro don.

Dios que en los cielos está os dé muy buen galardón".

105

El Cid no quiere entregar las hijas por sí mismo

Minaya será representante del rey

"Ahora una merced os pido, a vos mi rey natural:

ya que casáis a mis hijas según vuestra voluntad,

nombrad vos quien las entregue, mis manos no las darán

y los infantes de eso no se podrán alabar".

Respondió el rey: "Este buen Álvar Fáñez lo será.

Cogedlas y a los infantes se las iréis a entregar

tal como lo hago yo ahora, cual si fuese de verdad,

en todas las velaciones las tenéis que apadrinar,

cuando volvamos a vernos todo se me ha de contar".

Dijo Álvar Fáñez: "Señor, pláceme de voluntad".

106

El Cid se despide del rey

Regalos

Todas las cosas se hicieron como se habían pensado.

Dijo el Cid: "Rey don Alfonso, señor mío tan honrado,

en recuerdo de estas vistas, quered aceptarme algo.

Traigo treinta palafrenes, todos bien enjaezados,

treinta caballos ligeros, todos muy bien ensillados,

aceptadlos y dejadme, señor, besaros las manos".

"Mío Cid, me tenéis ya de tanto obsequio colmado.

Estos caballos acepto que vos me habéis regalado,

y que quiera el Creador y con Él todos los santos

que ese placer que me dais os sea muy bien premiado.

Cid Ruy Díaz de Vivar, vos mucho me habéis honrado,

me servís muy bien y estoy contento de tal vasallo.

Si Dios me da vida, Cid, yo os premiaré con algo.

Al Señor os encomiendo, de esta entrevista me marcho

y Dios quiera dar buen fin a lo que aquí concertamos".

107

Muchos del rey se van con el Cid a Valencia

Los infantes acompañados por Pedro Bermúdez

En su caballo Babieca el Cid Ruy Díaz montó:

"Aquí lo quiero decir ante mi rey y señor:

quien desee ir a las bodas o recibir algún don

puede venirse conmigo, no habrá de perderlo, no".

De su señor don Alfonso el Cid ya se despidió,

no quiere que le acompañe, de él allí se separó.

Vierais allí caballeros, y muy apuestos que son,

besar las manos al rey Alfonso en señal de adiós.

"Concedednos vuestra gracia y dadnos vuestro perdón,

al mando del Cid nos vamos a Valencia la mayor.

Veremos las bodas de los infantes de Carrión

y de las hijas del Cid doña Elvira y doña Sol".

Mucho que le place al rey y a todos permiso dio,

crece el séquito del Cid, pero el del rey se amenguó,

mucha gente es la que va con Mío Cid Campeador.

Para Valencia caminan la que en buenhora ganó.

A don Diego y don Fernando por compañía les dio

al buen don Pedro Bermúdez, al buen don Muño Gutioz;

no tiene el Cid en su casa un caballero mejor.

Ellos así irán sabiendo cómo son los de Carrión.

Con ellos va Ansur González, bullanguero y hablador,

muy largo de lengua era y no tanto de valor.

Muchas honras hacen a los infantes de Carrión.

Ya los tenéis en Valencia, la que Mío Cid ganó.

Y cuando más se acercaron su alegría era mayor.

A don Pedro y a don Muño les dice el Campeador:

"Que tengan un buen albergue los infantes de Carrión

y vos quedáos con ellos, que así os lo mando yo.

Cuando venga la mañana y en cuanto que apunte el sol

a sus esposas verán, doña Elvira y doña Sol."

108

El Cid anuncia a Jimena el casamiento

Al llegar la noche todos se marcharon a sus casas,

Mío Cid Campeador en el alcázar entraba,

Doña Jimena y sus hijas allí dentro le esperaban

"¿Sois vos, Cid Campeador, que en buenhora ciñó espada?

Por muchos años os vean los ojos de nuestras caras".

"Gracias a nuestro Señor aquí estoy, mujer honrada,

conmigo traigo dos yernos que gran honra nos deparan:

agradecédmelo, hijas, porque estáis muy bien casadas".

109

Doña Jimena y las hijas se muestran satisfechas

Allí le besan las manos su mujer y sus dos hijas

y todas las otras damas de quien ellas se servían.

"Gracias a Dios y a vos gracias, Cid, de la barba crecida,

cosas que vos decidáis son cosas bien decididas.

Nada les ha de faltar, mientras viváis, a mis hijas".

"Padre, cuando nos caséis seremos las dos muy ricas".

110

El Cid recela del casamiento

"Mi mujer, doña Jimena, sea lo que quiera Dios.

A vos os digo, hijas mías, doña Elvira y doña Sol,

que con este casamiento ganaremos en honor,

pero sabed que estas bodas no las he arreglado yo:

os ha pedido y rogado don Alfonso, mi señor.

Lo hizo con tanta firmeza, tan de todo corazón,

que a aquello que me pedía no supe decir que no.

Así en sus manos os puse, hijas mías, a las dos.

Pero de verdad os digo: él os casa, que no yo".

111

Preparativos de las bodas

Presentación de los infantes Minaya entrega las esposas a los infantes

Bendiciones y misa

Fiestas durante quince días

Las bodas acaban, regalos a los convidados

El juglar se despide de sus oyentes

Entonces se comenzó a adornar todo el palacio,

los suelos y las paredes con tapices los taparon,

telas de púrpura y seda y muchos paños preciados.

¡Cuánto gusto os daría comer en aquel palacio!

Los caballeros del Cid todos se fueron juntando.

Van entonces a buscar a don Diego y don Fernando:

ya cabalgan los infantes, caminan para palacio

con muy buenas vestiduras, ricamente ataviados.

¡Qué bien y con qué humildad e el alcázar entraron!

Los recibe Mío Cid, con el todo sus vasallos.

Al Cid y a doña Jimena los infantes saludaron;

luego fueron a sentarse en un magnífico escaño.

Todos los de Mío Cid, prudentes y mesurados,

tenían puesta la vista en su señor bienhadado.

El Campeador Ruy Díaz entonces se ha levantado:

"Ya que tenemos que hacerlo, no hay para qué retardarlo:

venid acá, buen Minaya, a quien tanto quiero y amo,

aquí tenéis mis dos hijas, póngolas en vuestras manos.

Sabéis que con don Alfonso en hacerlo así quedamos,

en nada quiero faltar a lo que está concertado:

dárselas a los infantes de Carrión con vuestras manos,

que la bendición reciban y esto se vaya acabando".

Álvar Fáñez contestó: "Yo lo haré de muy buen grado".

Las dos se ponen en pie, él las cogió de la mano,

y a los de Carrión, Minaya así entonces les va hablando:

"Ante Álvar Fáñez estáis presentes los dos hermanos;

por mano del rey Alfonso, que me lo tiene mandado,

estas damas os entrego -y son las dos hijasdalgo-,

tomadlas vos por mujeres para honra y bien de los cuatro".

Recíbenlas los infantes de corazón y buen grado,

al Cid y a doña Jimena les van a besar la mano.

Cuando hubieron hecho esto se salieron del palacio,

todos a Santa María de prisa se encaminaron.

El obispo don Jerónimo revistióse apresurado

y en la puerta de la iglesia ya los estaba esperando,

bendiciones les echó, la misa les ha cantado.

Cuando salen de la iglesia cabalgan a muy buen paso,

al arenal de Valencia todos los del Cid marcharon.

¡Dios, qué bien que juegan armas Ruy Díaz y sus vasallos!

El que en buenhora nació tres veces mudó el caballo.

Satisfecho se halla el Cid de lo que estaba mirando.

Buenos jinetes allí los de Carrión se mostraron.

Con las damas se volvieron y ya en Valencia han entrado,

muy ricas bodas se hacen en el hermoso palacio.

Al otro día el Cid manda que planten siete tablados

y, antes de comer, las tablas de los siete derribaron.

Quince días bien cumplidos aquellas bodas duraron

y al cabo de ellas empiezan a marcharse los hidalgos.

Ruy Díaz el de Vivar, Mío Cid el bienhadado,

entre mulas, palafrenes y corredores caballos

lo menos un centenar de bestias ha regalado

y además muchos vestidos y ricas pieles y mantos,

y dinero de oro y plata que no es posible contarlo.

También se ponen de acuerdo de Mío Cid los vasallos

y a todos los invitados hicieron buenos regalos.

Al que algo quiere llevarse bien que le llenan las manos;

ricos vuelven a Castilla los que a las bodas llegaron.

Ya todos aquellos huéspedes de Valencia van marchando,

despídense de Ruy Díaz, Mío Cid el bienhadado,

despídense de las damas y de todos los hidalgos,

muy satisfechos se marchan del Cid y de sus vasallos.

Agradecidos hablaban de lo bien que les trataron.

También están muy alegres don Diego y don Fernando,

los infantes de Carrión, hijos del conde Gonzalo.

Ya han regresado a Castilla los huéspedes invitados,

Mío Cid y sus dos yernos en Valencia se han quedado.

Allí moran los infantes muy cerca de los dos años,

en Valencia todo el mundo hacíales agasajos.

Muy contento estaba el Cid, muy contentos sus vasallos.

Ojalá quiera la Virgen María y el Padre Santo

que salgan bien estas bodas al que así las ha casado.

Las coplas de este cantar aquí se van acabando.

Que Dios creador os valga y con Él todos sus santos.

CANTAR TERCERO

La afrenta de Corpes

Tirada 112

Suéltase el león del Cid

Miedo de los infantes de Carrión

El Cid amansa al león

Vergüenza de los infantes

Estaba el Cid con los suyos en Valencia la mayor

y con él ambos sus yernos, los infantes de Carrión.

Acostado en un escaño dormía el Campeador,

ahora veréis qué sorpresa mala les aconteció.

De su jaula se ha escapado, y andaba suelto el león,

al saberlo por la corte un gran espanto cundió.

Embrazan sus mantos las gentes del Campeador

y rodean el escaño protegiendo a su señor.

Pero Fernando González, el infante de Carrión,

no encuentra dónde meterse, todo cerrado lo halló,

metióse bajo el escaño, tan grande era su terror.

El otro, Diego González, por la puerta se escapó

gritando con grandes: "No volveré a ver Carrión.

"Detrás de una gruesa viga metióse con gran pavor

y, de allí túnica y manto todos sucios los sacó.

Estando en esto despierta el que en buen hora nació

y ve cercado el escaño suyo por tanto varón.

"¿Qué es esto, decid, mesnadas? ¿Qué hacéis aquí alrededor?"

"Un gran susto nos ha dado, señor honrado, el león."

Se incorpora Mío Cid y presto se levantó,

y sin quitarse ni el manto se dirige hacia el león:

la fiera cuando le ve mucho se atemorizó,

baja ante el Cid la cabeza, por tierra la cara hincó.

El Campeador entonces por el cuello le cogió,

como quien lleva un caballo en la jaula lo metió.

Maravilláronse todos de aquel caso del león

y el grupo de caballeros a la corte se volvió.

Mío Cid por sus yernos pregunta y no los halló,

aunque los está llamando no responde ni una voz.

Cuando al fin los encontraron, el rostro traen sin color

tanta broma y tanta risa nunca en la corte se vio,

tuvo que imponer silencio Mío Cid Campeador.

Avergonzados estaban los infantes de Carrión,

gran pesadumbre tenían de aquello que les pasó.

113

El rey Búcar de Marruecos ataca a Valencia

Así estaban los infantes dolidos de gran pesar,

cuando fuerzas de Marruecos Valencia quieren cercar.

Allí en el campo de Cuarto van los moros a acampar,

cincuenta mil tiendas grandes allí plantadas están.

Mandábalos el rey Búcar, de quien habréis oído hablar.

114

Los infantes temen la batalla

El Cid los reprende.

Al Cid y a todos los suyos gran contento les entró,

van a tener más ganancias y dan las gracias a Dios.

Pero mucho lo sintieron los infantes de Carrión,

y al ver tanta tienda mora muy poco gusto les dio.

Entonces los dos hermanos se apartaron a un rincón:

"Calculamos las ganancias, pero los peligros no.

Ahora aquí en esta batalla tendremos que entrar los dos,

me parece que ya nunca volveremos a Carrión

y que enviudarán las hijas de Mío Cid Campeador."

Aunque hablaban en secreto, los oye Muño Gustioz

y fue a contarlo en seguida a Rodrigo su señor.

"Ahí tenéis a vuestros yernos. De tan valientes que son

al ir a entrar en batalla echan de menos Carrión.

Idlos vos a consolar, por amor del Creador,

que no entren en la batalla y se estén en paz los dos.

Con vos nos basta a nosotros y ya nos valdrá el Señor."

Mío Cid el de Vivar muy sonriente salió:

"Dios os guarde, yernos míos, los infantes de Carrión,

mis hijas en vuestros brazos están, más blancas que el sol.

Yo suspiro por batallas y vosotros por Carrión.

Quedáos aquí en Valencia, holgad a vuestro sabor,

que de luchar con los moros ya entiendo bastante yo

y a derrotarlos me atrevo con merced del Creador."

115

Mensaje de Búcar

Espolonada de los cristianos

Cobardía del infante Fernando

(Laguna el manuscrito: cincuenta versos que se suplen con el texto de la "Crónica de

veinte reyes.")

Generosidad de Pedro Bermúdez

Cuando estaban hablando de esto envió el rey Búcar al Cid que le dejase Valencia y se

marchase en paz; que, si no, le pagaría todo lo que había hecho. El Cid dijo a aquél que

trajera el mensaje: "Id a decir a Búcar, a aquel hijo de enemigos, que antes de tres días

ya le daré yo lo que pide."

Al día siguiente mandó el Cid que se armasen todos los suyos y salió contra los moros.

Los infantes de Carrión le pidieron entonces atacar en primer lugar, y cuando el Cid ya

tuvo formadas sus filas, don Fernando, uno de los infantes, se adelantó para ir a atacar a

un moro llamado Aladraf. El moro, cuando le vio, arrancó también contra él, y el

infante, con el gran miedo que le infundió el moro, volvió riendas y huyó, y ni siquiera

se atrevió a esperarle.

Pedro Bermúdez, que iba junto a él, cuando vio aquello fue a atacar el moro, luchó con

él y le mató. Luego cogió el caballo del moro y se fue tras el infante que iba huyendo, y

díjole: "Don Fernando, tomad este caballo y decid a todos que vos matasteis al moro, su

dueño, y yo lo atestiguaré."

El infante le dijo: "Don Pedro, mucho os agradezco lo que decís."

"Ojalá llegue algún día en que esto pueda ser pagado."

Allí el infante y don Pedro los dos juntos se tornaron.

Don Pedro dice que es cierto lo que cuenta don Fernando.

Mucho le ha gustado el Cid y también a sus vasallos.

"Todavía creo yo, si quiere el que está en lo alto,

que luchando en campo abierto mis dos yernos serán bravos".

Así hablaba el Cid, y mientras las fuerzas se iban juntando

y en las huestes de los moros los tambores van sonando;

por maravilla lo tienen muchos que aquellos cristianos

que nunca vieran tambores porque son recién llegados.

Más que todos se asombraban don Diego y don Fernando;

si atendieran a su gusto de allí se habrían marchado.

Oíd ahora lo que habló Mío Cid el bienhadado:

"Ven acá, Pedro Bermúdez, tú, mi sobrino tan caro,

cuídame tú de don Diego, cuídame de don Fernando,

que los dos son yernos míos y cosa que mucho amo.

Los moros, si Dios ayuda, no han de quedar en el campo."

116

Pedro Bermúdez se desentiende de los infantes

Minaya y don Jerónimo piden el primer puesto en la batalla

"Yo os digo, Mío Cid, y espero esa caridad,

que este día los infantes por ayo no me tendrán,

acompáñelos quien quiera, que a mí poco se me dan.

Yo en vanguardia con los míos los moros iré a atacar

y vos con los vuestros, Cid, aquí a retaguardia estad,

y si hubiere algún peligro ya me vendréis a ayudar."

El buen Minaya Álvar Fáñez entonces se fué a acercar:

"Escuchad lo que os digo, Cid Campeador leal,

esta batalla de ahora el Señor es quien la hará,

vos gozáis de su favor, y con vos ha de luchar.

Decidnos a cada uno dónde tiene que atacar

y todos su obligación cual vos mandéis cumplirán.

Con Dios y con vuestra suerte veamos lo que va a pasar."

Mío Cid dijo: "No hay prisa, tengamos tranquilidad."

Llega entonces don Jerónimo, muy armado que está,

delante de Mío Cid se fue el obispo a parar:

"Hoy os he dicho la misa de la Santa Trinidad;

si he salido de mi tierra y aquí os vine a buscar

es por ganas que tenía de algunos moros matar,

honrar quiero yo mis armas y mi orden sacerdotal

y ser en esta batalla quien primero atacará.

Traigo yo pendón y armas que de lejos se verán,

si así place al Creador hoy las querría ensayar,

porque así mi corazón tranquilo se quedará,

y vos, Mío Cid, por eso aún me estimaríais más.

Si ese favor no me hacéis de aquí me quiero marchar"

Dijo entonces Mío Cid: "Tal como queréis se hará,

allí estan los moros, id vuestras armas a probar,

de aquí veremos nosotros qué tal pelea el abad."

117

El obispo rompe la batalla

El Cid acomete

Invade el campamento de los moros

El obispo don Jerónimo hizo una buena arrancada

y fue a atacar a los moros allí donde ellos acampan.

Por la suerte que tenía y por lo que Dios le amaba

de sus dos golpes primeros dos enemigos mataba.

Ya tiene rota la lanza y metió mano a la espada.

¡Cómo se esfuerza el obispo, Dios mío, qué bien luchaba!

A dos mató con la lanza y ahora cinco con la espada.

Pero son muchos los moros y en derredor le cercaban,

muy grandes golpes le dieron, pero la armadura aguanta.

Mío Cid el bienhadado los ojos en él clavaba,

por fin embraza el escudo, baja el astil de la lanza

y espolea a su Babieca, el caballo que bien anda:

ya va a atacar a los moros con el corazón y el alma.

Entre las filas primeras el Campeador se entraba,

a siete tira por tierra, y a otros cuatro los mataba.

Así empieza la victoria que aquel día fue lograda.

Mío Cid con sus vasallos detrás de los moros anda.

Vierais romper tantas cuerdas y quebrar tantas estacas

y con sus labrados postes tiendas que se desplomaban.

Los del Cid a los de Búcar fuera de sus tiendas lanzan.

118

Los cristianos persiguen al enemigo

El Cid alcanza y mata a Búcar

Gana la espada Tizón

De sus tiendas les arrojan y persiguiéndoles van:

Vierais allí tantos brazos con sus lorigas cortar,

tantas cabezas con yelmo por aquel campo rodar

y los caballos sin amo correr de aquí para allá.

Aquella persecución siete millas fue a durar.

Mío Cid a aquel rey Búcar a los alcances le va:

"Vuélvete, Búcar, decía, viniste de allende el mar

y al Cid de la barba grande cara a cara has de mirar,

los dos, hemos de besarnos, pactaremos amistad."

Repuso Búcar: "¡Que Dios confunda a un amigo tal!

Espada tienes en mano y te veo espolear,

se me figura que quieres en mí tu espada ensayar.

Mas si no cae mi caballo y ningún tropiezo da,

no te juntarás conmigo como no sea en el mar."

Responde entonces el Cid: "Esto no será verdad."

Buen caballo tiene Búcar, grandes saltos le hace dar,

pero Babieca el del Cid a los alcances le va.

Mío Cid alcanza a Búcar a tres brazas de la mar,

alza su espada Colada, un fuerte golpe le da,

los carbunclos de su yelmo todos se los fue a arrancar,

luego el yelmo y la cabeza le parte por la mitad,

hasta la misma cintura la espada fue a penetrar.

El Cid ha matado a Búcar aquel rey de allende el mar,

ganó la espada Tizona, mil marcos de oro valdrá.

Batalla maravillosa y grande supo ganar.

Aquí se honró Mío Cid y cuantos con él están.

119

Los del Cid vuelven del alcance

El Cid, satisfecho de sus yernos; ellos, avergonzados

Ganancias de la victoria

Con las ganancias que han hecho a Valencia iban tornando;

cada cual va recogiendo lo que encuentra por el campo.

Por fin a las tiendas llegan con su señor bienhadado.

Mío Cid Rodrigo Díaz, Campeador afamado:

viene con sus dos espadas, las dos que él estima tanto,

por el campo de batalla al correr de su caballo;

la cara trae descubierta, capucha y yelmo quitados,

la cofia a medio poner sobre el pelo descansando.

Ya por todas partes van llegando sus vasallos.

El Campeador entonces algo ve que le ha gustado,

alza la vista y se queda hacia adelante mirando:

por allí ha visto venir a don Diego y don Fernando

los infantes de Carrión, hijos del conde Gonzalo.

Alégrase Mío Cid, sonriente les ha hablado:

"¿Sois vosotros, yernos míos? Por hijos os tengo a ambos,

ya sé que estáis muy contentos de lo bien que habéis luchado,

a Carrión mandaré yo mensajeros a contarlo,

también dirán que al rey Búcar la batalla le ganamos.

Fío en Dios nuestro Señor y fío en todos sus santos

que de esta victoria todos saldremos muy bien pagados."

Álvar Fáñez de Minaya en este instante ha llegado,

escudo al cuello, con mucha señal de espada marcado;

de los golpes de las lanzas Minaya no hacía caso

y aquellos que se los dieron con ninguno le acertaron.

Le va por el codo abajo mucha sangre chorreando,

arriba de veinte moros Minaya había matado:

"Gracias a Nuestro Señor, el Padre que está en lo alto,

y a vos gracias, Mío Cid de Vivar el bienhadado.

A su rey Búcar matasteis, la batalla les ganamos,

para vos son estos bienes y para vuestros vasallos.

También vuestros yernos, Cid, hoy aquí se han señalado,

están hartos de lidiar con los moros en el campo."

Dijo el Cid: "Contento estoy de que así se hayan portado,

si hoy ya son buenos, mañana aún habrán de ser bravos."

De verdad lo dijo el Cid y ellos lo toman a escarnio.

Todas aquellas ganancias a Valencia ya han llegado,

alegre está Mío Cid como todos sus vasallos,

a cada cual le tocó de ración seiscientos marcos.

Los yernos de Mío Cid aquel dinero tomaron

que les toca del botín y lo ponen a recaudo,

creen que en todos sus días ya nada habrá de faltarlos.

Todo el mundo allí en Valencia iba muy bien arreado,

comía a su placer y llevaba buenos mantos.

Gran alegría que tienen Mío Cid y sus vasallos.

120

El Cid, satisfecho de su victoria y de sus yernos

(Repetición)

Gran día fue aquel en la corte del Campeador,

la batalla la ganaron y él al rey Búcar mató.

Alza Mío Cid la mano, la barba se acarició:

"Gracias a Cristo que es de todo el mundo Señor,

hoy por fin he visto eso que tanto quería yo,

y es que mis yernos lucharon conmigo en campo los dos.

He de mandar mensajeros a que cuenten en Carrión

que nos son de gran provecho y pelean con valor."

Tirada 121

Reparto del botín

Muy grandes son las ganancias del Cid y de sus vasallos,

a más de lo que tenían lo que ahora les ha tocado.

Mandó Mío Cid Ruy Díaz de Vivar el bienhadado

que de aquel botín tan grande que en la batalla ganaron

a cada cual se le dé lo que es justo en el reparto

y que el quinto que a él le toca tampoco fuese olvidado.

Todos lo hicieron así y muy cuerdos se mostraron.

De su quinta parte tocan al Cid seiscientos caballos

y acémilas de otras clases y muchos camellos, tantos

que de los muchos que había no fue posible contarlos.

122

El Cid, en el colmo de su gloria, medita dominar a Marruecos

Los infantes, ricos y honrados en la corte del Cid

Tales ganancias ha hecho Mío Cid Campeador:

"Gracias a Dios de los cielos y de este mundo Señor,

ahora me sobra riqueza, antes todo me faltó,

tengo bienes, oro y tierras, heredades de valor,

y a mis hijas las casé con infantes de Carrión,

gano todas las batallas por gracia del Creador

y moros como cristianos de mí tienen gran pavor.

Por Marruecos, donde están las mezquitas, va la voz

de que una noche a asaltarlos llegará el Campeador.

Ellos así se lo temen, pero no lo pienso yo:

no tengo que ir a buscarlos, en Valencia estoy mejor,

que ellos me darán tributo si así lo quisiera Dios,

y a mí me lo pagarán o a quien les designe yo.

Muy grandes gozos tenían en Valencia la mayor

todas aquellas mesnadas de Mío Cid Campeador

por la victoria en que habían luchado de corazón;

también los yernos del Cid contentos están los dos,

valía cinco mil marcos la parte que les tocó:

por muy ricos se tenían los infantes de Carrión.

Todos van hacia la corte de Mío Cid Campeador,

allí estaba don Jerónimo, aquel obispo de pro,

Álvar Fáñez de Minaya, caballero luchador,

y otros muchos que en su casa el Campeador crió.

Cuando entraron en la corte los infantes de Carrión

fue a recibirlos Minaya en nombre de su señor:

"Venid acá; mis parientes, honra ganamos por vos."

De verlos llegar se alegra Mío Cid Campeador:

"Yernos míos, aquí está mi mujer, dama de pro,

aquí están ambas mis hijas, doña Elvira y doña Sol:

que os abracen, infantes, y os sirvan de corazón.

Gracias a Santa María, madre de Nuestro Señor,

de estos casamientos vuestros iréis ganando en honor.

Buenos mensajes irán a las tierras de Carrión."

123

Vanidad de los infantes

Burlas de que ellos son objeto

Entonces empieza a hablar el infante don Fernando:

"Gracias a Dios Creador, y a vos, Mío Cid honrado,

tantos bienes poseemos que no pueden ser contados,

por vos ganamos en honra y por vos hemos luchado,

a los moros que vencimos allí en el campo y matamos

a aquel rey que los mandaba, Búcar, un traidor probado.

Pensad, Cid, en vuestras cosas, lo nuestro está en buenas manos."

Los vasallos de Mío Cid sonríen al escucharlos:

que en perseguir unos, otros en luchar, se señalaron

y en ninguna parte vieron a don Diego y don Fernando.

Por todas aquellas burlas que en la corte les gastaron,

y porque siempre con risas los están escarmentando,

los infantes de Carrión tienen pensamientos malos.

Se fueron a hablar aparte, bien se ve que son hermanos.

Pero aquello que ellos traman no queremos ni escucharlo.

"Vámonos para Carrión, ya hace mucho que aquí estamos,

son tan crecidos los bienes que aquí no hemos ganado

que aunque viviéramos mucho no podríamos gastarlos."

124

Los infantes deciden afrentar a las hijas del Cid

Piden al Cid sus mujeres para llevarlas a Carrión

EI Cid accede

Ajuar que da a sus hijas

Los infantes dispónense a marchar

Las hijas despídense del padre

"Pidamos nuestras mujeres a este Cid Campeador.

Diremos que las llevamos a heredades de Carrión

para que vean allí las tierras que nuestras son.

Saquémoslas del amparo de Mío Cid Campeador,

y por el camino haremos lo que nos plazca a los dos

antes que nos pidan cuentas por aquello del león.

De gran linaje venimos, somos condes de Carrión.

Muchos bienes nos llevamos que valen mucho valor,

escarnio haremos a las hijas del Campeador.

Con estos bienes seremos ya ricos hombres los dos:

podremos casar con hija de rey o de emperador.

De gran linaje venimos, somos condes de Carrión;

escarnio haremos a las hijas del Campeador

antes que nos pidan cuentas por aquello del león."

Después de puestos de acuerdo a la corte van los dos,

hicieron callar a todos, Fernán González habló:

"Nuestro Señor os bendiga, Mío Cid Campeador,

pedimos a vuestra esposa, pedimos primero a vos

y a Minaya y a los otros que están aquí alrededor

que nos den nuestras mujeres, esposas por bendición,

para llevarlas a aquellas tierras nuestras de Carrión:

de lo que en arras les dimos tomaran ya posesión

y así verán vuestras hijas las tierras que nuestras son,

y que han de ser de los hijos que nos nazcan a los dos."

No receló ningún mal Mío Cid Campeador:

"Llevadlas y de algo mío yo les haré donación;

vosotros disteis por arras unas villas de Carrión,

yo quiero darles ahora tres mil marcos de valor,

y mulas y palafrenes que de buena talla son

y unos veloces caballos de montar para los dos

y trajes y vestiduras de oro y seda en profusión.

Os daré mis dos espadas, Colada y Tizona; no

olvidéis que las gané en el campo, a lo varón

si os entrego a mis hijas por hijos os tengo yo.

Para allá os me lleváis las telas de corazón.

Que sepan allí en Castilla y en Galicia y en León

con qué riqueza tan grande hoy os despido a los dos.

Servid bien a mis dos hijas, que vuestras mujeres son,

que si las sirviereis bién os daré buen galardón."

A todo dicen que sí los infantes de Carrión.

Sus hijas les ha entregado Mío Cid Campeador,

y empiezan a recibir lo que el Cid les regaló.

Cuando ya estuvieron hartos de recibir tanto don

mandan cargar las acémilas los infantes de Carrión.

Mucho rebullicio había por Valencia la mayor,

cada cual sus armas coge, en su caballo montó

por despedir a las hijas del Cid, que van a Carrión.

Iba a comenzar la marcha la despedida llegó.

Entonces las dos hermanas doña Elvira y doña Sol

van a hincarse de rodillas ante el Cid Campeador:

"Merced os pedimos, padre, válgaos el Creador,

vos nos habéis engendrado, nuestra madre nos parió,

señor y señora nuestros, estáis delante los dos.

Ahora, padre, nos mandáis a las tierras de Carrión

y fuerza nos es cumplir aquello que mandáis vos.

Así merced os pedimos, nuestro buen padre y señor,

que mandéis noticias vuestras a las tierras de Carrión."

Las abraza y en la boca las besa el Cid a las dos.

125

Jimena despide a sus hijas

El Cid cabalga para despedir a los viajeros

Agüeros malos

Esos abrazos y besos la madre dobles los daba:

"Id con Dios, dijo, hijas mías y que el Creador os vaga,

el amor de vuestro padre y el mío os acompañan.

Id a Carrión, que tenéis allí heredades y casas;

me parece a mí, hijas mías, que os tengo bien casadas."

A su padre y a su madre las dos manos besaban,

les dan el Cid y su esposa su bendición y su gracia.

Ya don Rodrigo y los suyos a cabalgar empezaban,

llevan muy ricos vestidos, muchos caballos y armas.

Los infantes de Carrión dejan Valencia la clara,

adiós dijeron a sus compañeros y a las damas.

Por la puerta de Valencia salen corriendo las armas,

alegre va Mío Cid y aquellos que le acompañan.

Pero ha visto en los agüeros Mío Cid bien a las claras

que aquellos dos casamientos han de tener una tacha.

Mas no puede arrepentirse, que ya casadas estaban.

126

El Cid envía con sus hijas a Félez Muñoz

Último adiós. El Cid torna a Valencia

Los viajeros llegan a Molina

Abengalbón les acompaña a Medina

Los infantes piensan matar a Abengalbón

"¿Dónde estás, sobrino mío, dónde estás, Félez Muñoz?

Primo de mis hijas eres, quiéreslas de corazón;

mando que vayas con ellas hasta el mismo Carrión,

que veas las heredades que para mis hijas son

y que con esa noticia vuelvas al Campeador."

Félez Muñoz le contesta: "Con alma y con corazón."

El buen Minaya Álvar Fáñez ante Mío Cid paró:

"Mío Cid, volvamos ya a Valencia la mayor,

que si así nos lo permite Nuestro Padre y Creador

un día iremos a verlas a esas tierras de Carrión."

"A Dios os encomendamos, doña Elvira y doña Sol;

portáos como sabéis que a mí me gusta las dos."

Allí añadieron los yernos:. "Ojalá lo quiera Dios."

Grandes sentimientos hubo en esa separación:

el padre con las dos hijas lloraba de corazón,

igual hacen los vasallos de Mío Cid Campeador.

"Escucha sobrino mío, escucha Félez Muñoz,

que descanséis en Molina una noche quiero yo

por saludar a mi amigo el buen moro Abengalbón;

que reciba a mis dos yernos como él sepa mejor;

dile que envío a mis hijas allá a tierras de Carrión;

en lo que ellas necesiten, que las sirva a su sabor,

y que luego hasta Medina las acompañe a las dos.

Por todo lo que él hiciere le daré buen galardón."

Como la uña de la carne el Cid de allí se arrancó.

Ya vuelve para Valencia el que en buenhora nació

y siguen por su camino los infantes de Carrión.

Al llegar a Albarracín todo el mundo descansó,

al otro día de prisa cabalgan los de Carrión,

ya llegaron a Molina, que es del moro Abengalbón.

El moro cuando lo supo se alegra de corazón

y con muchos alborozos a recibirlos salió.

¡Qué bien que los sirve en todo aquello que se ofreció:

Al otro día con ellos el buen moro cabalgó

y doscientos caballeros que a acompañarlos mandó.

Ya atravesaron la sierra, la que llaman de Luzón,

el valle del Arbujuelo pasan, y junto al Jalón

en lo que Ansarera llaman el descanso se tomó.

A las dos hijas del Cid regalos el moro dio

y dos hermosos caballos ofrece a los de Carrión.

Lo hace todo por cariño a Mío Cid Campeador.

Cuando ven tantas riquezas como el buen moro sacó

allí entre los dos hermanos urdieron una traición.

"Cuando dejemos a las hijas del Campeador

si pudiéramos matar a este moro Abengalbón

esas riquezas que él tiene serían para los dos.

Tan seguro lo tendremos como aquello de Carrión

y no podrá exigirnos nada el Cid Campeador."

Mientras que estaban urdiendo los infantes su traición

un moro que el castellano sabía los entendió

y sin guardar el secreto se lo dice a Abengalbón.

"No te fíes de esos hombres, yo te lo digo, señor,

que tu muerte están tramando los infantes de Carrión."

127

Abengalbón se despide amenazando a los infantes

Ese buen de Abengalbón, moro valiente y leal,

con doscientos caballeros jugando las armas va;

delante de los infantes por fin se viene a parar,

esto que les dice el moro mucho gusto no les da:

"Si no fuera por respeto a Mío Cid de Vivar,

haría yo con vosotros algo que diese que hablar:

devolvería sus hijas al Campeador leal

y vosotros a Carrión no tornaríais jamás."

128

El moro se torna a Molina, presintiendo la desgracia de las hijas del Cid

Los viajeros entran en el reino de Castilla

Duermen en el robledo de Corpes

A la mañana quédanse solos los infantes con sus mujeres y se preparan a maltratarlas.

Ruegos inútiles de doña Sol

Crueldad de los infantes

"Decidme: ¿qué os he hecho, infantes de Carrión?

Yo sin malicia os sirvo, vos tramáis mi perdición.

De vosotros me separo, gente mala y de traición.

Con vuestro permiso marcho, doña Elvira y doña Sol,

poco me importa la fama de infantes de Carrión.

Quiera Dios, y así lo mande, Él que de todo es Señor,

que de estas bodas resulte contento el Campeador."

Esto les ha dicho el moro y para atrás se tornó.

Iban jugando las armas cuando pasan el Jalón,

como hombre de buen seso a Molina se volvió.

Ya se marchan de Ansarera los infantes de Carrión,

de día y de noche andan, no se dan descanso, no,

dejan a la izquierda Atienza, un fortísimo peñón,

ya la gran sierra de Miedes detrás de ellos se quedó

y por esos montes Claros cabalgan más y mejor.

A un lado dejan a Griza, la que Álamos pobló,

y las cuevas donde a Elfa este Álamos encerró.

San Esteban de Gormaz allá a la diestra se vio.

En el robledal de Corpes entraron los de Carrión,

las ramas tocan las nubes, muy altos los montes son

y muchas bestias feroces rondaban alrededor.

Con una fuente se encuentran y un pradillo de verdor.

Mandaron plantar las tiendas los infantes de Carrión

y esa noche en aquel sitio todo el mundo descansó.

Con sus mujeres en brazos señas les dieron de amor.

¡Pero qué mal se lo cumplen en cuanto que sale el sol!

Mandan cargar las acémilas con su rica cargazón,

mandan plegar esa tienda que anoche los albergó.

Sigan todos adelante, que luego irán ellos dos:

esto es lo que mandaron los infantes de Carrión.

No se quede nadie atrás, sea mujer o varón,

menos las esposas de ellos, doña Elvira y doña Sol,

porque quieren solazarse con ellas a su sabor.

Quédanse solos los cuatro, todo el mundo se marchó.

Tanta maldad meditaron los infantes de Carrión.

"Escuchadnos bien, esposas, doña Elvira y doña Sol:

vais a ser escarnecidas en estos montes las dos,

nos marcharemos dejándoos aquí a vosotras, y no

tendréis parte en nuestras tierras del condado de Carrión.

Luego con estas noticias irán al Campeador

y quedaremos vengados por aquello del león."

Allí los mantos y pieles les quitaron a las dos,

sólo camisa y brial sobre el cuerpo les quedó.

Espuelas llevan calzadas los traidores de Carrión,

cogen en las manos cinchas que fuertes y duras son.

Cuando esto vieron las damas así hablaba doña Sol:

"Vos, don Diego y don Fernando, os lo rogamos por Dios,

sendas espadas tenéis de buen filo tajador,

de nombre las dos espadas, Colada y Tizona, son.

Cortadnos ya las cabezas, seamos mártires las dos,

así moros y cristianos siempre hablarán de esta acción,

que esto que hacéis con nosotras no lo merecemos, no.

No hagáis esta mala hazaña, por Cristo nuestro Señor,

si nos ultrajáis caerá la vergüenza sobre vos,

y en juicio o en corte han de pediros la razón."

Las damas mucho rogaron, mas de nada les sirvió;

empezaron a azotarlas los infantes de Carrión,

con las cinchas corredizas les pegan sin compasión,

hiérenlas con las espuelas donde sientan mas dolor,

y les rasgan las camisas y las carnes a las dos,

sobre las telas de seda limpia la sangre asomó.

Las hijas del Cid lo sienten en lo hondo del corazón.

¡Oh, qué ventura tan grande si quisiera el Creador

que asomase por allí Mío Cid Campeador!

Desfallecidas se quedan, tan fuertes los golpes son,

los briales y camisas mucha sangre los cubrió.

Bien se hartaron de pegar los infantes de Carrión,

esforzándose por ver quién les pegaba mejor.

Ya no podían hablar doña Elvira y doña Sol.

129

Los infantes abandonan a sus mujeres

(Serie gemela)

Lleváronse los infantes los mantos y pieles finas

y desmayadas las dejan, en briales y camisas,

entre las aves del monte y tantas fieras malignas.

Por muertas se las dejaron, por muertas, que no por vivas.

¡Qué suerte si ahora asomase el Campeador Ruy Díaz!

Tirada 130

Los infantes se alaban de su cobardía

"Los infantes de Carrión por muertas se las dejaron

Ni la una ni la otra darse podían amparo

Los de Carrión por aquellos montes se van alabando:

"Ya de aquellos casamientos estamos muy bien vengados,

no debimos por mancebas siquiera, haberlas tomado,

porque para esposas nuestras son de linaje muy bajo.

La deshonra del león ya se va vengando."

131

Félez Muñoz sospecha de los infantes

Vuelve atrás en busca de las hijas del Cid

Las reanima y las lleva en su caballo a San Esteban de Gormaz

Llega al Cid la noticia de su deshonra

Minaya va a San Esteban a recoger las dueñas

Entrevista de Minaya con sus primas

Así alabándose iban los infantes de Carrión.

Pero ahora quiero hablaros del buen Félez Muñoz,

aquel sobrino de Ruy Díaz el Campeador.

Él también con los demás hacia adelante siguió,

pero iba de mala gana, corazonada le entró,

de los otros se separa, allí a un lado se quedó

y en la espesura del monte se esconde Félez Muñoz:

esperará allí a sus primas, hijas del Campeador,

o verá qué es lo que han hecho con ellas los de Carrión.

Ya los ha visto venir y lo que hablaban oyó,

no sospechan los infantes que está por alrededor,

que si ellos le hubieran visto, no escapara vivo, no.

Los caballos espolean y ya se alejan los dos.

El rastro que ellos dejaron lo sigue Félez Muñoz

y por fin a sus dos primas desmayadas encontró.

Llamándolas: "Primas, primas", del caballo se apeó,

lo ata por la rienda a un árbol, hacia ellas se dirigió.

"Primas mías, primas mías, doña Elvira y doña Sol,

muy mala hazaña que hicieron los infantes de Carrión.

Su castigo han de llevar por la voluntad de Dios."

Las acorre y en su acuerdo ya van volviendo las dos:

de tan traspuestas que estaban aún no tenían ni voz.

Partíansele las telas de dentro del corazón

al decirles: "Primas, primas, doña Elvira y doña Sol,

despertad, que aún es de día, primas, por amor de Dios,

ya pronto va a anochecer y me da mucho temor,

no nos coman estas fieras que andan por alrededor." .

Ya volvían en su acuerdo doña Elvira y doña Sol,

abren los ojos y ven al bueno Félez Muñoz:

"Primas mías, tened ánimo, por amor del Creador.

En cuanto me echen de menos los infantes de Carrión

en seguida en busca mía saldrán en persecución

y aquí moriremos todos si no nos socorre Dios."

Entonces con mucho duelo empieza a hablar doña Sol:

"Todo os lo pagará Mío Cid Campeador,

dános ahora un poco de agua, por amor del Creador."

Entonces con el sombrero que lleva Félez Muñoz

-nuevo y recién estrenado de Valencia le sacóde la fuente coge agua y a sus primas se la dio:

muy lastimadas estaban y de beber las hartó.

Se alzan del suelo y se sientan, que él así se lo rogó.

Animos les iba dando, les alivia el corazón;

por fin las dos se esforzaron, en sus brazos las cogió

y en seguida a su caballo las sube Félez Muñoz;

con el manto que llevaba a sus dos primas cubrió,

al caballo por la rienda coge y de allí las sacó.

Por aquellos robledales que tan solitarios son

van los tres; cuando salieran ya se había puesto el sol.

A aguas del Duero llegaron, y entonces Félez Muñoz

en Torres de Doña Urraca a sus dos primas dejó,

y él solo hasta San Esteban de Gormaz continuó:

A Diego Téllez, vasallo de Álvar Fáñez se encontró,

cuando oye lo que pasaba pésale de corazón,

busca allí cabalgaduras y vestidos de valor

y se vuelve adonde estaban doña Elvira y doña Sol;

entonces a San Esteban de Gormaz trajo las dos

y como él mejor sabia con gran honra las sirvió.

Las gentes de San Esteban de Gormaz honradas son,

al saber lo que pasaba les pesó de corazón,

tributo ofrecen a las hijas del Campeador.

Allí se quedaron ellas hasta encontrarse mejor.

Mientras, se iban alabando los infantes de Carrión.

Por todas aquellas tierras la noticia se corrió,

al bueno del rey Alfonso pésale de corazón.

Por fin mensajeros llegan a Valencia la mayor;

cuando le dan la noticia a Mío Cid Campeador

durante un rato muy largo pensativo se quedó

y luego alzando la mano, la barba se acarició.

"¡Alabado sea siempre Cristo, del mundo Señor!

¡Buena honra que me han dado los infantes de Carrión!

Lo juro por esta barba que jamás nadie mesó:

no se saldrán con las suyas los infantes de Carrión,

a mis dos hijas muy bien tengo que casarlas yo.

El Cid y toda su corte tenían mucho dolor

Álvar Fáñez lo sentía con el alma y corazón.

Con el buen Pedro Bermúdez ya Minaya cabalgó,

y con Martín Antolínez, ese burgalés de pro.

A doscientos caballeros con ellos el Cid mandó.

Que anduviesen día y noche su señor les ordenó

y que traigan a sus hijas a Valencia la mayor.

Prisa se dan a cumplir lo que manda su señor,

de día y noche cabalgan, no toman reposo, no.

Por fin llegan a Gormaz, castillo de gran valor,

y allí, por sólo una noche, el descanso se tomó.

Entonces a San Esteban ya la noticia llegó

de que se acerca Minaya a buscarlas a las dos.

La gente de San Esteban, como muy buenos que son

a Minaya y a los suyos muy bien que los recibió;

de vino, trigo y viandas tributo les ofreció.

Minaya, . aunque no lo acepta, agradecido quedó.

"Muchas gracias quiero daros, varones de discreción

por vuestra ayuda y respeto en eso que nos pasó,

mucho que os lo agradece desde allí el Campeador

y asimismo desde aquí mucho lo agradezco yo.

¡Por el Dios que está en los cielos, que tendréis buen galardón!"

Lo que Minaya les dijo les da gran satisfacción

y al descanso de la noche toda el mundo se marchó.

A sus dos primas fue a ver Minaya, el noble varón,

sus miradas le clavaron doña Elvira y doña Sol:

"Con tanto gozo os vemos como al mismo Creador.

Agradecédselo a Él si estamos vivas las dos.

Cuando hayamos descansado en Valencia la mayor

ya os iremos contando la pena que nos pasó".

132

Minaya y sus primas parten de San Esteban

El Cid sale a recibirlos

Álvar Fáñez y las damas llorando los tres están.

Entonces Pedro Bermúdez así les empieza a hablar:

"Doña Elvira y doña Sol, no tengáis cuidado ya,

sanas y vivas estáis y libres de todo mal,

si buena boda perdisteis, mejor la podréis ganar.

Ya ha de venir algún día que os podamos vengar".

Esa noche descansaron, que alegres de verse están;

otro día de mañana empiezan a cabalgar.

Aquellos varones de San Esteban de Gormaz

a despedirlos salieron y entreteniéndolos van

hasta Río Amor; de allí se volvieron para atrás.

Minaya con las dos damas su camino seguirá.

La Alcoceba cruzan, dejan a la derecha Gormaz

y luego por donde dicen Vadorrey van a pasar;

en el pueblo de Berlanga se quedan a descansar,

otro día de mañana echaron de nuevo a andar.

En Medina se pararon esa noche a reposar

y a otro día hasta Molina en una jornada van.

El buen moro Abengalbón alégrase de verdad

y a recibirlos salía de muy buena voluntad.

Por amor de Mío Cid una gran cena les da.

Y de aquí para Valencia en derechura se van.

Al que en buen hora nació ya la noticia le dan,

a prisa monta a caballo, a recibirlos saldrá,

iba jugando las armas de lo gozoso que está.

Mío Cid Campeador a sus hijas fue a abrazar,

las besa, ya se sonríe, ahora oiréis lo que dirá:

"¡Sois vosotras, hijas mías! ¡Que Dios os guarde del mal!

Acepté yo vuestras bodas por no saberme negar.

Mas espero del Señor que allá en los cielos está

que otra vez mejor casadas vuestro padre os verá.

De mis yernos de Carrión Dios me tiene que vengar".

A Mío Cid sus dos hijas las manos van a besar.

Jugando todos las armas se entraron en la ciudad.

¡Qué gozo tan grande tuvo su madre al verlas llegar!

No quiere perder el tiempo Mío Cid el de Vivar,

con sus fieles caballeros hablando en secreto está,

a Alfonso rey de Castilla mensajes piensa enviar.

133

El Cid envía a Muño Gustioz que pida al rey justicia

Muño habla al rey en Sahagún, y le expone su mensaje

El rey promete reparación

"¡Aquí estás, Muño Gustioz, tú mi vasallo de pro?

¿Muño Gustioz que en buenhora en mi casa se crió?

A Alfonso, rey de Castilla, irás con esta misión:

en mi nombre bésale la mano de corazón,

que vasallo suyo soy y él es mi rey y señor;

la deshonra que me han hecho los infantes de Carrión

que la sienta él como suya en el alma y corazón,

él fue quien casó a mis hijas, porque no se las di yo.

Ahora que las abandonan con ese gran deshonor,

la deshonra que a nosotros nos tocara de esa acción,

sea poca o sea mucha, es toda de mi señor.

Lleváronse los infantes riquezas que mías son,

esta afrenta se me añade a aquel otro deshonor.

Que los cite el rey a juntas o a cortes deseo yo;

páguenme lo que me han hecho los infantes de Carrión,

que llevo un rencor muy grande dentro de mi corazón".

Esto dijo y en seguida cabalga Muño Gustioz.

A dos caballeros manda con él el Campeador

y a escuderos que en su casa de Vivar el Cid crió.

Mucho corren, atrás dejan a Valencia la mayor,

ni de día ni de noche no se dan reposo, no.

Muño Gustioz a su rey en Sahagún encontró:

rey es de toda Castilla, de las sierras de León,

de Asturias con la ciudad de Oviedo San Salvador,

y en Galicia hasta Santiago de todo es rey y señor,

todo los condes gallegos tributarios suyos son.

Aquel buen Muño Gutioz, apenas descabalgó

fue a humillarse ante los santos y a rezar al Creador.

Al palacio donde estaba la corte se dirigió

con sus caballeros que le tratan como a señor.

En cuanto entraron, el rey de Castilla y de León

a Muño Gustioz ha visto y al punto le conoció;

levántase don Alfonso, muy bien que les recibió.

Delante del rey Alfonso las dos rodillas hincó

el mensajero del Cid y al rey los pies le besó.

"¡Merced, oh rey, a quien tantos reinos le dicen señor!"

Los pies y manos os besa Mío Cid Campeador,

él vuestro vasallo es y os tiene por señor.

A sus hijas las casasteis con infantes de Carrión,

casaron con gente alta, porque lo queríais vos.

Ahora ya sabéis la honra que a nosotros nos tocó

y cómo nos afrentaron los infantes de Carrión:

azotaron a las hijas de Mío Cid Campeador

y en el robledal de Corpes las dejaron a las dos

azotadas y desnudas, en tan grande deshonor,

allí entre las bestias fieras y los pájaros de Dios.

Ahora ya están con su padre, en Valencia la mayor.

Por esto el Cid os suplica como vasallo a señor

que a juntas, cortes o vistas llaméis a los de Carrión,

que si afrentado está él vuestra afrenta es aún mayor.

Que toméis parte en ese duelo desea el Campeador

y que le den los infantes debida reparación".

Muy callado y pensativo un rato el rey se quedó:

"Verdad te digo que esto pésame de corazón

en eso que tú me has dicho veo que tienes razón;

yo fui quien casó a sus hijas con infantes de Carrión,

por su provecho lo hice, que su bien quería yo.

¡Ojalá que tales bodas no se hicieran nunca, no!

Tanto como Mío Cid pésame de corazón,

les mantendré en su derecho, por que así me valga Dios.

Nunca había yo creído que le hicieran tal acción.

Que corran mis pregoneros por mis reinos mando yo,

que en la ciudad de Toledo convoquen a reunión

de cortes, y a todos llamen, al conde y al infanzón;

allí mandaré que acudan los infantes de Carrión

y que justicia le hagan a Mío Cid Campeador.

No ha de quedar resentido si puedo evitarlo yo".

134

El rey convoca corte en Toledo

"Vos, Muño Gustioz, decidle a Mío Cid bienhadado

que se puede preparar a venir con sus vasallos

a Toledo y que le doy siete semanas de plazo.

Por amor de Mío Cid esas cortes yo las hago.

Saludádmelos a todos y que esperen confiados

que esto que ahora les ocurre aún acabará en honrarlos."

Muño Gustioz se despide y a Mío Cid ha tornado.

El rey, como había dicho, por suyo toma el cuidado;

no quería perder tiempo don Alfonso el Castellano,

manda que salgan sus órdenes para León y Santiago,

a Portugal y Galicia mensajeros ha mandado,

a la gente de Carrión y a todos los castellanos:

sepan que cortes reúne en Toledo el rey honrado,

que al cumplir siete semanas allí estuviesen juntados,

y al que no venga a la corte no le tendrá por vasallo.

Así por todos sus reinos todo lo van preparando

para que saliera bien lo que el rey tiene mandado.

135

Los de Carrión ruegan en vano al rey que desista de la corte

Reúnese la corte

El Cid llega el postrero

El rey sale a su encuentro

Muy pesarosos están los infantes de Carrión

por las cortes que en Toledo don Alfonso convocó;

tienen miedo de que vaya Mío Cid Campeador.

Con sus parientes hablaron, y al rey rogaron los dos

que les dispense el deber de ir a aquella reunión.

Dijo el rey: "No le he de hacer, por gracia del Creador,

porque a esas cortes vendrá Mío Cid Campeador,

reparación le debéis, que agravio tiene de vos.

Quien no obedezca y no vaya a las cortes mando yo

que se salga de mis reinos y que pierda mi favor".

Ya ven que tienen que hacerlo los infantes de Carrión.

Entonces con sus parientes celebraron reunión

y aquel conde García en esa junta se halló:

es enemigo del Cid, siempre daño le buscó,

éste es el que a los infantes de Carrión aconsejó.

Ya iban todos a la corte, porque el plazo se cumplió:

Don Alfonso el Castellano de los primeros llegó,

el buen conde don Enrique, el buen conde don Ramón

-este conde padre fue de aquel buen emperador-,

después el conde don Froila y el buen conde don Birbón.

De todos aquellos reinos fue mucho sabio varón,

de las tierras de Castilla se encuentra allí lo mejor.

Allí está el conde García, al cual Crespo de Grañón

llaman todos, Álvar Díaz, ese que en Oca mandó,

Azur González, Gonzalo Ansúrez el de León,

y Pero Ansúrez, parientes todos de los de Carrión.

Diego y Fernando en Toledo estaban también los dos

con un gran bando de gente que allí les acompañó;

maltratar a Mío Cid era su mala intención.

De todas partes del reino mucha gente se juntó,

pero aún no había llegado el que en buenhora nació

y aquella tardanza al rey le tiene de mal humor.

Al quinto día por fin a la corte el Cid llegó;

a Álvar Fáñez de Minaya adelantarse mandó

para que bese las manos en su nombre a su señor

y le diga que esa noche llegará el Campeador.

Cuando lo oye don Alfonso se alegra de corazón,

con un buen golpe de gente el monarca cabalgó

y ha salido a recibir al que en buenhora nació.

Los atavíos del Cid y los suyos ricos son

y el séquito que traía es digno de tal señor.

En cuanto divisa al rey de Castilla y de León

de su caballo se apea Mío Cid Campeador,

ante el rey quiere humillarse y honrarle como señor.

Don Alfonso, que lo ve, en seguida le atajó:

"Mío Cid, por San Isidro, no me hagáis humillación,

montad a caballo, Cid, me disgustaréis si no.

Hoy tenemos que besarnos con alma y con corazón,

que de eso que a vos os duele yo también tengo dolor.

¡Que os den honra las cortes, ojalá lo quiera Dios!"

"Amén", dijo Mío Cid, ese buen Campeador;

y al rey primero en la mano, luego en la boca besó.

"¡Alabado sea el cielo, porque os veo, señor!

Ante vos me humillo, rey, ante el conde don Ramón,

ante el conde don Enrique y caballeros de pro.

Dios guarde a nuestros amigos y más que a ninguno a vos.

Mi mujer doña Jimena -que es dama de condición-

os ruega, igual que mis hijas, doña Elvira y doña Sol,

que os doláis con nosotros de aquella afrenta, señor".

Dijo el rey: "Mucho me pesa, eso bien lo sabe Dios".

136

El Cid no entra en Toledo

Celebra vigilia en San Servando

Don Alfonso hacia Toledo quería volverse ya;

pero el Cid aquella noche no quiso el Tajo pasar.

"Merced os pido, señor, a quien Dios libre de mal,

entrad vos, rey don Alfonso, en Toledo, la ciudad,

en San Servando me quiero yo con los míos quedar,

que muchas de mis compañas esta noche llegarán.

La noche la velaré rezando en este lugar

y mañana al ser de día entraré en esa ciudad

y antes de comer el Cid ante la corte estará".

Le contesta don Alfonso: "Pláceme de voluntad".

El rey de Castilla entonces en Toledo se fue a entrar

y el Cid en aquel castillo de San Servando se está.

Manda que enciendan candelas y las lleven al altar,

quiere velar en aquel paraje de santidad,

a Dios estarse rogando, con Él en secreto hablar.

Álvar Fáñez de Minaya y los otros que allí están

cuando vino la mañana dispuestos se encuentran ya.

137

Preparación del Cid en San Servando para ir a la corte

El Cid va a Toledo y entra en la corte

El rey le ofrece asiento en su escaño

El Cid rehúsa

El rey abre la sesión

Proclama la paz entre los litigantes

El Cid expone su demanda

Reclama Colada y Tizón

Los de Carrión entregan las espadas

El Cid las da a Pedro Bermúdez y a Martín Antolínez

Segunda demanda del Cid

El ajuar de sus hijas.

Los infantes hallan dificultad para el pago

Dicen maitines y prima, del día al primer albor,

y la misa se ha acabado antes de que salga el sol;

todos los del Cid hicieron ofrendas de gran valor.

"Vos, Álvar Fáñez Minaya, que sois mi brazo mejor,

y el obispo don Jerónimo conmigo vendréis los dos.

Vengan además don Pedro Bermúdez, Muño Gustioz,

el buen Martín Antolínez, que es un burgalés de pro,

Álvar Salvadórez y el buen Álvar Álvaroz,

Martín Muñoz, el vasallo que en tan buen punto nació,

y además mi buen sobrino que llaman Félez Muñoz.

También me llevo a Mal Anda, que es hombre muy sabidor,

y a don Galindo García, ese bueno de Aragón.

Y complétese hasta ciento con los que mejores son.

Sobre túnicas mullidas armaduras de valor

vestid, ponéos lorigas que reluzcan como el sol;

y encima de ellas las pieles y armiños, todo blancor;

que no se vean las armas. apretad bien el cordón,

bajo los mantos espadas de buen filo tajador,

que de esta manera quiero ir ante las cortes yo

para pedirles derecho y exponerles mi razón.

Si algún desmán me buscasen los infantes de Carrión,

donde tenga esos cien hombres podré estarme sin pavor".

Allí respondieron todos: "Bien nos parece, señor" .

Y se vistieron conforme les mandó el Campeador.

No tarda mucho en vestirse el que en buenhora nació:

en calzas de muy buen paño sus dos piernas las metió,

pónese encima zapatos que tienen mucha labor.

Camisa de hilo se viste, tan blanca era como el sol,

de buen oro y buena plata todas las presillas son,

muy bien se le ajusta al puño, porque él así lo encargó.

Rico brial de brocado encima se colocó,

de sus labores de oro bien relucía el fulgor,

y luego una piel bermeja, doradas sus franjas son,

que siempre llevaba puesta Mío Cid Campeador.

Los cabellos con un lienzo de hilo fino se cubrió,

tejido estaba con oro, hecho con mucho primor:

así quiere defenderse el pelo el Campeador;

larga tenía la barba, se la ató con un cordón,

para que nadie le ofenda tomaba esa precaución.

Cubierto va con un manto que era de mucho valor,

a todos los que lo vean les causará admiración.

Con esos cien caballeros que prepararse mandó

cabalga el Cid; del castillo de San Servando salió.

Así va para las cortes aquel buen Campeador.

Del caballo se ha apeado allí en la puerta exterior;

el Cid con todos los suyos con gran dignidad entró,

él iba en medio de todos y los ciento alrededor.

Al ver entrar en la corte al que en buenhora nació,

el rey Alfonso, que estaba sentado, se levantó;

y aquel conde don Enrique y aquel conde don Ramón

y los demás de la corte hacen como su señor,

con gran honra recibieron al que en buenhora nació.

No se quiso levantar ese conde de Grañón

ni aquellos otros que forman el partido de Carrión.

Al Cid el rey don Alfonso de las manos le cogió

"Sentáos aquí conmigo, Ruy Díaz Campeador,

aquí en este mismo escaño de que vos me hicisteis don,

aunque a algunos pese, más que nosotros valéis vos".

Gracias le da muy rendidas el que Valencia ganó:

"Sentáos en vuestro escaño, que vos sois rey y señor;

aquí a un lado con los míos deseo quedarme yo".

Lo que dijo el Cid al rey le place de corazón.

En escaño torneado ya Mío Cid se sentó,

esos ciento que le guardan se ponen alrededor.

Todos los que hay en la corte miran al Campeador,

y aquellas barbas tan luengas cogidas en el cordón;

bien se le ve en la apostura que es un cumplido varón.

De vergüenza no podían mirarlo los de Carrión.

Don Alfonso de Castilla entonces se levantó:

"Oídme, mesnadas, y a todos os ampare el Creador.

Desde que soy rey no he hecho todavía más que dos

cortes, las unas en Burgos y las otras en Carrión,

las terceras en Toledo he venido a hacerlas yo

por amor de Mío Cid el que en buenhora nació,

para que le hagan justicia los infantes de Carrión;

como todos sabéis ya, le hicieron gran deshonor.

Que sean jueces los condes don Enrique y don Ramón

y los condes que del bando de los infantes no son.

Muy entendidos sois todos, fijad bien vuestra atención

y haced justicia, que cosas injustas no mando yo.

Los bandos de las dos partes que se estén en paz los dos,

pues juro por San Isidro que a todo alborotador

he de arrojarlo del reino y perderá mi favor.

Yo siempre estaré del lado del que tenga la razón.

Ahora que haga su demanda Mío Cid Campeador

y veremos qué responden los infantes de Carrión".

El Cid besa al rey la mano y luego se levantó:

"Mucho que os agradezco, como a mi rey y señor,

que por amor hacia mí a cortes llamarais vos.

He aquí lo que pido a los infantes de Carrión:

porque a mis hijas dejaron no siento yo deshonor,

el rey verá lo que hace, que es el rey quien las casó;

pero al llevárselas ellos de Valencia la mayor,

como quería a mis yernos con alma y con corazón

les di Colada y Tizona, mis espadas, esas dos

espadas que yo gané como las gana un varón,

porque con ellas se honrasen y os sirviesen a vos.

A mis hijas las dejaron en el robledal; si no

querían ya de lo mío y si perdieron mi amor,

que me vuelvan las espadas, que yernos míos no son.

Dicen entonces los jueces: "Está muy puesto en razón".

Dijo el conde don García: "Démosle contestación".

A hablar fueron en secreto los infantes de Carrión

con sus parientes y el bando que allí les acompañó.

A toda prisa lo tratan, deciden ya una razón:

"Por sus hijas no nos pide cuentas el Campeador,

lo tenemos que tomar esto como gran favor.

Si ahí acaba su demanda podemos darle las dos

espadas; cuando las tenga se irá de la corte y no

tendrá ya ningún derecho ese Cid Campeador".

Esto dicho, todo el bando a la corte se volvió:

"Merced, merced, rey Alfonso, vos que sois nuestro señor,

no lo podemos negar, sus dos espadas nos dio;

ya que tanto las desea y pide el Campeador

devolvérselas queremos estando delante vos".

Allí Colada y Tizona sacaron los de Carrión,

las dos espadas entregan en manos de su señor,

al desenvainarlas todo en la corte relumbró,

los pomos y gavilanes de oro purísimo son.

A todos los hombres buenos maravilla les causó.

El rey llama a Mío Cid y ambas espadas le dio,

las toma el Campeador y la mano al rey besó,

luego se vuelve al escaño de donde se levantó.

En las manos las tenía, mirándolas se quedo,

bien las conoce, no pueden cambiarlas por otras, no.

Todo el cuerpo se le alegra, sonríe de corazón.

Entonces alza la mano, la barba se acarició:

"Yo juro por estas barbas, éstas que nadie mesó,

que os iremos vengando, doña Elvira y doña Sol".

A su sobrino don Pedro por su nombre le llamó

el Cid, y alargando el brazo la Tizona le entregó:

"Tomadla, sobrino mío. que va ganando en señor".

Luego a Martín Antolínez, ese burgalés de pro,

llama el Cid, su brazo tiende y Colada le entregó:

"Martín Antolínez sois vasallo de lo mejor,

tomadme vos esta espada, que la gané a buen señor,

a Ramón Berenguer de Barcelona la mayor.

Para que me la cuidéis muy bien os la entrego yo.

Sé que si algo os ocurre, o si se ofrece sazón,

sabréis ganaros con ella, don Martín, honra y valor".

Al Cid la mano le besa y la espada recibió.

Entonces se puso en pie Mío Cid Campeador.

"Gracias al Señor del cielo y gracias a vos, señor,

en esto de las espadas ya estoy satisfecho yo,

pero otra queja me queda contra infantes de Carrión.

Cuando a mis hijas sacaron de Valencia la mayor,

en oro y plata entregué tres mil marcos a los dos;

esa acción me la pagaron ellos con su mala acción,

devuélvanme mis dineros, que ya mis yernos no son".

¡Dios, y como se quejaron los infantes de Carrión!

Dijo el conde don Ramón: "Contestad que sí o que no".

Entonces así responden los infantes de Carrión:

"Ya le dimos sus espadas a Mío Cid Campeador,

para que más no pidiese; su demanda ya acabó".

Ahora oiréis lo que contesta ese conde don Ramón:

"Fallamos, si así le place a nuestro rey y señor,

que a la demanda del Cid debéis dar satisfacción".

Dijo entonces don Alfonso: "Así lo confirmo yo".

Allí vuelve a levantarse Mío Cid Campeador:

"De todo el dinero aquel que os he entregado yo,

decid si lo devolvéis o dadme de ello razón".

A hablar aparte se fueron los infantes de Carrión,

pero no encuentran escape, que muchos dineros son,

y se los gastaron todos los infantes de Carrión.

Ya se vuelven a la corte y dicen está razón:

"Mucho nos está apremiado el que Valencia ganó;

ya que tiene tanto empeño del dinero que nos dio

le pagaremos en tierras del condado de Carrión".

Dicen entonces los jueces, al oír esta confesión:

"Si así lo quisiere el Cid, no le diremos no,

pero en nuestro parecer tenemos por muy mejor

que aquí mismo su dinero volváis al Campeador".

Al oír estas palabras el rey don Alfonso habló:

"Muy bien sabemos nosotros lo que toca a esta razón

y cosa justa demanda Mío Cid Campeador.

De esos dichos tres mil marcos doscientos los tengo yo,

me los dieron por regalo de boda los de Carrión.

Dárselos quiero, que están hoy arruinados los dos,

entréguenselos al Cid, el que en buenhora nació;

si ellos tienen que pagar no quiero el dinero yo".

El infante don Fernando así entonces contestó:

"Dinero no lo tenemos ya ninguno de los dos".

Ahora oiréis lo que dirá el buen conde don Ramón:

"El dinero de oro y plata os lo habéis gastado vos;

sentencia damos nosotros aquí ante el rey y señor

que lo paguen en especies y acepte el Campeador".

Ya ven que no hay más remedio que pagar los de Carrión.

Vierais allí traer tanto buen caballo corredor,

tantas mulas bien criadas, palafrenes de valor,

y tantas buenas espadas con muy rica guarnición.

Los de la corte lo tasan y el Cid así lo aceptó.

Sin contar esos doscientos marcos que el rey le ofreció

mucho pagan los infantes al que en buenhora nació.

De lo ajeno les prestaron, que lo suyo no bastó.

Esta vez muy mal burlados escapan los de Carrión.

138

Acabada su demanda civil, el Cid propone el reto

Las cosas dadas en pago Mío Cid las tiene ya,

a sus hombres las entrega, ellos las custodiarán.

Pero cuando esto se acaba aún queda una cosa más.

"Merced, mi rey y señor, por amor de caridad:

la queja mayor de todas no se me puede olvidar.

Que me oiga la corte entera y se duela con mi mal:

los infantes de Carrión me quisieron deshonrar,

sin retarlos a combate no los puedo yo dejar".

Tirada 139

Inculpa de menos-valer a los infantes

"Decidme, ¿qué os he hecho, infantes de Carrión?

¿Cuándo de burlas o veras, ofenderos pude yo?

Ante el juicio de la corte hoy pido reparación.

¿Para qué me desgarrasteis las telas del corazón?

Al marcharos de Valencia yo os entregué mis dos

hijas con buenas riquezas y con el debido honor.

Si no las queríais ya, canes de mala traición,

¿por qué fuisteis a sacarlas de Valencia la mayor?

¿Por qué las heristeis luego con cincha y con espolón?

En el robledal quedaron doña Elvira y doña Sol

a la merced de las fieras y las aves del Señor.

Estáis, por haberlo hecho, llenos de infamia los dos.

Ahora que juzgue esta corte si no dais satisfacción".

140

Altercado entre Garci Ordóñez y el Cid

Allí el conde don García de su escaño se levanta:

"Merced, mi rey y señor, el mejor de toda España.

Para estas cortes solemnes el Cid avezado estaba.

Tanto la dejó crecer que muy luenga trae la barba,

los unos le tienen miedo, a los otros los espanta.

Los infantes de Carrión son de una sangre muy alta,

no los merecen las hijas del Cid ni cual barraganas.

Por esposas verdaderas ¿quién quiso que las tomaran?

Conforme a derecho hicieron, están bien abandonadas,

todo eso que dice el Cid Ruy Díaz no vale nada".

El Campeador entonces se ha echado mano a las barbas:

"Alabado sea Dios que en cielo y en tierra manda;

son largas, porque con mucho regalo fueron criadas.

Conde, ¿qué es lo que tenéis que echar en cara a mi barba?

Desde el día que nació con regalo fue criada,

ningún hijo de mujer se atrevió nunca a tocarla,

ni me la han mesado hijos de moras ni de cristianas

como yo mesé la vuestra en el castillo de Cabra.

Cabra cogí, y a vos, conde, bien os cogí de la barba,

y no hubo rapaz allí que de ella no os tirara;

de la que yo os arranqué aún se os nota la falta,

aquí la traigo conmigo en esta bolsa guardada".

141

Fernando rechaza la tacha de menos-valer

El infante don Fernando entonces se levantó

y dando muy altas voces ahora oiréis lo que allí habló:

"Mío Cid, dejad ahora, dejad esa alegación,

todo ese dinero vuestro aquí ya se os pagó.

Que no crezca más el pleito que hay entre nosotros dos.

De familia ilustre somos los infantes de Carrión,

hemos de casar con hija de rey o de emperador

y no nos pertenecían hijas de simple infanzón.

A vuestras hijas dejamos con derecho y con razón,

y hoy valemos más que antes, no menos, Campeador".

142

El Cid incita a Pedro Bermúdez al reto

En el buen Pedro Bermúdez el Cid posa su mirada:

"Habla ahora, Pedro el mudo, tú varón que tanto callas.

Que si ellas son hijas mías, de ti son primas hermanas,

lo que me digan a mí a ti te hiere en la cara,

si yo soy quien les contesto no podrás entrar en armas".

143

Pedro Bermúdez reta a Fernando

El buen Pedro Bermúdez entonces empieza a hablar,

se le trababa la lengua, con las palabras no da,

pero cuando se soltó ya no la sabe parar:

"Vuestras costumbres, oh Cid, bien conocidas me están,

en las cortes siempre el mudo me habéis querido llamar.

Bien sabéis, Campeador, que en eso no puedo más,

mas si hay que hacer algo digo que por mí no quedará.

Mientes, infante Fernando en eso que fuiste a hablar,

gracias al Campeador valías tu mucho más.

Ahora tus mañas y tretas aquí las voy contar:

recuerda cuando en Valencia tuvimos que pelear;

el honor de ser primero le pediste al Cid leal,

al primer moro que viste le querías atacar,

pero antes de que se acerque ya te echabas a escapar.

Si no estoy yo allí, Fernando, hubieras salido mal;

arranco en busca del moro y tú te quedas atrás,

a mis primeras lanzadas el moro vencido está,

el caballo le quité, a ti te lo fui a entregar,

hasta este día de hoy no se lo dije a mortal.

De aquella muerte del moro ante el Cid y los demás

como de proeza tuya bien te supiste alabar,

y todos te lo creyeron, que ignoraban la verdad.

En ti aunque seas hermoso, lo cobarde puede más.

Fernando, lengua sin manos, ¿cómo te atreves a hablar?

144

Prosigue el reto de Pedro Bermúdez

Díme, Fernando González, contéstame a esta razón:

¿No te acuerdas de Valencia, de aquel lance del león,

cuando estaba el Cid dormido y la fiera se soltó?

¿No te acuerdas, dí, Fernando, qué hiciste con el pavor?

Meterte bajo el escaño de Mío Cid Campeador,

allí te entraste, Fernando, mucho has perdido en valor.

El escaño rodeamos guardando a nuestro señor,

hasta que fue a despertarse el que Valencia ganó,

se levanta del escaño, se encamina hacia el león,

la fiera dobla la testa, a Mío Cid aguardó,

se dejó coger del cuello, en la jaula le metió.

Cuando se vuelve a la cámara el buen Cid Campeador

vio que todos sus vasallos estaban alrededor;

por sus dos yernos pregunta, pero a ninguno encontró.

A ti, en persona, te reto porque eres malo y traidor,

delante del rey Alfonso quiero sostenerlo yo

por las dos hijas del Cid, doña Elvira y doña Sol.

Porque allí os las dejasteis, hoy menos valéis los dos

y aunque varones seáis y ellas dos mujeres son,

de todas maneras ellas valen mucho más que vos.

Y cuando sea la lucha, si lo quiere el Creador

te venceré y tú tendrás que confesarte traidor.

De todo lo que ahora he dicho, la verdad defiendo yo".

Entre el infante y don Pedro así quedó la razón.

145

Diego desecha la inculpación de menos-valer

Habla allí Diego González. Escuchad bien lo que dijo:

"Familia de condes somos, y de linaje más limpio.

¡Ojalá estos casamientos nunca se hubieran cumplido

por no emparentar así con Mío Cid don Rodrigo!

De abandonar a sus hijas aún no nos arrepentimos

mientras que les quede vida les quedarán los suspiros,

y en cara les echarán la afrenta que les hicimos.

En contra del más valiente sostendré lo que ahora digo:

que por haberlas dejado muy honrados nos sentimos".

146

Martín Antolínez reta a Diego González

El buen Martín Antolínez allí se fue a levantar:

"Alevoso, calla, calla, eres boca sin verdad.

Aquel lance del león no se te debe olvidar,

por la puerta te saliste, muy escapado, al corral

y allí te fuiste a meter tras la viga del lagar;

de sucios no te sirvieron ya ni el manto ni el brial.

Yo en la lid lo mantendré, así no se quedará:

aunque a las hijas del Cid las fuisteis a abandonar,

vosotros menos valéis, ellas valen mucho más.

Cuando se acabe la lucha por tu boca lo dirás,

que eres traidor y embustero y no dijiste verdad".

147

Asur González entra en la corte

La disputa de estos dos en ese punto ha quedado,

cuando he aquí que Asur González vino a entrar por el palacio,

manto de armiño llevaba, su brial iba arrastrando,

muy encarnado venía, que está recién almorzado.

En las palabras que habló muy poco seso ha mostrado.

148

Asur insulta al Cid

"Oh, señores de la corte, ¿cuándo se oyó cosa tal?

¡Que ganamos en nobleza por Mío Cid el de Vivar!

Váyase ya al río Ubierna, sus molinos a arreglar

y a cobrarse él las moliendas como acostumbrado está.

¿Pero quién le manda a él con los de Carrión casar?"

149

Muño Gustioz reta a Asur González

Mensajeros de Navarra y de Aragón piden al Cid sus hijas

para los hijos de los reyes

Don Alfonso otorga el nuevo casamiento

Minaya reta a los de Carrión

Gómez Peláez acepta el reto, pero el rey no fija plazo

sino a los que antes retaron

El rey amparará a los tres lidiadores del Cid

El Cid ofrece dones de despedida a todos

(Laguna. Prosa de la Crónica de veinte reyes).

El rey sale de Toledo con el Cid

Manda a éste a correr su caballo

Muño Gustioz se levanta y estas palabras habló:

"Calla, Asur González, que eres malo, alevoso y traidor.

Primero de todo almuerzas, luego vas a la oración

y los que besas bien sienten de tu comida el olor.

Nunca dices la verdad ni al amigo ni al señor,

para todos eres falso, y aún más para el Creador.

En tu amistad yo no quiero tener ninguna porción.

Y ya te haré confesar que eres cual te digo yo".

Dijo el rey Alfonso: "Esta disputa ya se acabó,

los que se han desafiado lucharán, sálveme Dios".

Apenas han acabado de hablar de aquella cuestión

entraron dos caballeros, toda la corte los vio:

Ojarra, Íñigo Jiménez son los nombres de los dos.

El infante de Navarra al primero le envió,

el otro era un enviado del infante de Aragón.

Besan las manos al rey de Castilla y de León,

y en nombre de los infantes pídenle al Campeador

sus hijas para ser reinas en Navarra y Aragón,

por esposas las querían, tiénenlo por gran honor.

Cuando acabaron, la corte escuchando se quedó.

Allí entonces se levanta Mío Cid Campeador:

"Merced, merced, rey Alfonso, vos sois mi rey y señor.

Esto que ahora pasa mucho lo agradezco al Creador,

que a mis hijas me las pidan de Navarra y de Aragón.

Vos, rey Alfonso, a mis hijas las casasteis, que yo no,

en vuestras manos, oh rey, vuelvo a poner a las dos;

sin vuestro mandato, rey honrado, nada haré yo".

Se levanta el rey y a todos que se callaran mandó.

"Os ruego, Cid de Vivar, prudente Campeador,

que aceptéis el casamiento y quiero otorgarlo yo.

Que queden en estas cortes arregladas ya las dos

bodas, que os han de dar, Mío Cid tierra y honor".

Levantóse Mío Cid, al rey las manos besó:

"Si a vos os agrada así, yo lo concedo, señor".

Entonces contesta el rey: "Dios os dé buen galardón.

Ojarra, Ínigo Jiménez, escuchadme bien los dos:

en honrado casamiento ahora os otorgo yo

las hijas de Mío Cid, doña Elvira y doña Sol,

para aquellos dos infantes de Navarra y Aragón,

que sus mujeres legítimas las hagan con todo honor".

Allí Ojarra se levanta, la mano del rey besó,

Íñigo Jiménez hace lo mismo, y luego los dos

besaron las de Rodrigo Díaz el Campeador.

Ya están hechas las promesas, juramentos dados son

de que todo se ha de hacer cual se ha dicho o aún mejor.

De los que había en la corte mucha gente se alegró,

pero no estaban contentos los infantes de Carrión.

El buen Minaya Álvar Fáñez entonces se levantó:

"Merced yo os pido ahora, como a mi rey y señor.

Y no le pese que hable a Mío Cid Campeador,

que en estas cortes a todos he oído decir su razón,

y ahora quisiera decir ésta que he pensado yo".

A eso le contesta el rey: "Pláceme de corazón,

ya podéis hablar, Minaya, lo que os cuadre mejor".

"A la corte yo le pido que me oiga con atención:

muy gran queja tengo de los infantes de Carrión.

En nombre del rey Alfonso mis dos primas les di yo,

por esposas las tomaron, esposas por bendición,

grandes riquezas les dio Mío Cid Campeador,

ellos las abandonaron, con todo nuestro dolor.

Por malos y por traidores ahora aquí os reto yo.

De la familia de los Vani-Gómez sois los dos,

de ese linaje salieron condes de prez y valor,

mas bien sabemos que hoy de muy malas mañas son.

Muy agradecido estoy a nuestro Dios Creador

porque piden a mis primas doña Elvira y doña Sol

para esposas los infantes de Navarra y Aragón.

Como mujeres legítimas las teníais antes vos,

ahora besaréis las manos, cual señoras, a las dos

y las tendréis que servir, mal que os pese el corazón.

Loado sea el rey Alfonso, alabado el Creador,

que así va creciendo en honra Mío Cid Campeador.

En todas vuestras acciones sois tal como digo yo,

si hubiere aquí quien responda o quien dijere que no,

aquí está Álvar Fáñez, que es valiente como el mejor".

Acaba Minaya y Gómez Pelayo se levantó:

"¿Qué vale lo que habéis dicho, Minaya, en esa razón?

Muchos hay en esta corte tan valientes como vos,

y si hay alguien que lo niegue mal daño le anuncio yo.

Si salimos bien de ésta, porque así lo quiere Dios,

ya después iremos viendo todo lo que aquí se habló".

Dijo entonces don Alfonso: "Acabe esta discusión;

que ninguna de las partes haga más alegación.

Mañana será el combate, en cuanto que salga el sol,

de estos tres con estos tres, porque tres los retos son".

Entonces se levantaron los infantes de Carrión:

"Mañana no puede ser, dadnos, rey, plazo mayor,

nuestras armas y caballos los tiene el Campeador,

y antes tendremos que ir a las tierras de Carrión"

Don Alfonso se volvió hacia el Cid Campeador:

"Rodrigo, sea esta lucha, en sitio que mandéis vos".

Dijo entonces Mío Cid: "Eso no lo haré, señor,

antes volveré a Valencia que ir a tierras de Carrión".

Le repuso don Alfonso: "Sea así, Campeador.

Dadme vuestros caballeros bien armados, Cid, que yo

conmigo los llevaré y seré su protector.

Esos caballeros vuestros os garantizo que no

han de sufrir atropello de conde ni de infanzón.

Aquí en las cortes el plazo os señalo a ellos y a vos,

que a cabo de tres semanas en las vegas de Carrión

tenga lugar el combate estando delante yo.

Quien no acuda en ese plazo pierda toda su razón:

se declarará vencido y quedará por traidor".

Se dan por notificados los infantes de Carrión.

Mío Cid el de Vivar las manos al rey besó:

"Mis tres caballeros en vuestras manos pongo yo,

aquí os los encomiendo como a mi rey y señor.

Todos van bien preparados para cumplir su misión.

Vuelvan con honra a Valencia, por amor del Creador".

Entonces repuso el rey: "Ojalá lo quiera Dios".

Allí se quita el capillo Mío Cid Campeador,

la cofia de hilo que lleva era blanca como el sol,

ya se soltaba la barba desatándose el cordón.

En la corte todo el mundo de mirarle no se hartó.

Va hacia el conde don Enrique y hacia el conde don Ramón,

mucho que los ha abrazado, les ruega de corazón

que de sus riquezas tomen las que quisieren los dos.

Igual hace con los otros que del bando suyo son:

lo que quisieren tomar a todos les ofreció;

unos hubo que aceptaron, otros dijeron que no.

Aquellos doscientos marcos al rey se los perdonó

y además cuanto le gusta Mío Cid le regaló.

"Merced, rey Alfonso, os pido, por amor del Creador.

Ahora que todas las cosas ya las arreglasteis vos,

os beso las manos, quiero con vuestra gracia, señor,

volverme para Valencia, con afán la gané yo".

(Falta una hoja en el manuscrito. Se suple con un pasaje en prosa de la Crónica de

veinte reyes.)

Entonces mandó dar el Cid, a los enviados de los infantes de Navarra y Aragón, bestias

y todo aquello de que hubieran menester, y los despidió.

El rey don Alfonso cabalgó con todos los varones ilustres de su corte para salir

acompañando al Cid, que se salía ya fuera de la villa. Y cuando llegaron a Zocodover,

díjole el Rey: "Don Rodrigo debíais hacer arrancar ahora a ese caballo del que tan bien

he oído hablar". El Cid sonrió y dijo: Señor, aquí en vuestra corte hay muchos varones

ilustres y con disposición para hacer eso, mandadlos a ellos que corran con sus caballos.

Y el rey le dijo: "Cid, es cierto lo que decís; pero preferiría yo que hiciérais correr ese

caballo, por complacerme".

Tirada 150

El rey admira a Babieca, pero no lo acepta en don.

Últimos encargos del Cid a sus tres lidiadores

Tórnase el Cid a Valencia

El rey en Carrión

Llega el plazo de la lid

Los de Carrión pretenden excluir de la lid a Colada y Tizón

Los del Cid piden al rey amparo y salen al campo de la lid

El rey designa fieles del campo y amonesta a los de Carrión

Los fieles preparan la lid

Primera acometida

Pedro Bermúdez vence a Fernando

El Cid entonces espoleó el caballo y le hizo correr tan de firme que todos se

maravillaron de aquella carrera.

Don Alfonso alza la mano, la cara se santiguó:

"Por San Isidro lo juro, San Isidro el de León,

que en las tierras de Castilla no hay otro tan buen varón".

Mío Cid en el caballo adelante se llegó,

ha ido a besarle la mano a su buen rey y señor:

"Me mandaste cabalgar Babieca, el buen corredor,

caballo así no le tienen moros ni cristianos, no.

En regalo os le ofrezco, mandad cogerle, señor".

Dijo entonces don Alfonso: "Eso no lo quiero yo,

que si tomo ese caballo no tendrá tan buen señor:

un caballo como éste cumple a un varón como vos,

para derrotar a moros y hacer la persecución.

Al que quitárosle quiera, no le valga el Creador,

por vos y por el caballo, honrado me tengo yo".

Entonces se despidieron y la corte se marchó.

A los que van a luchar el Cid les amonestó.

"Martín Antolínez, Pedro Bermúdez vosotros dos

oíd, tú, Muño Gustioz, mi buen vasallo de pro:

estad firmes en la lucha, como cumple a buen varón,

que buenas noticias vuestras en Valencia tenga yo".

Dijo Martín Antolínez: "¿Por qué lo decís, señor?

Todo queda a nuestro cargo, cumpliremos la misión:

quizá os hablen de muertos, pero de vencidos no"

Mucha alegría le da al que en buenhora nació.

De los que eran sus amigos de todos se despidió.

Para Valencia va el Cid, el rey va para Carrión.

Aquel plazo de las tres semanas ya se cumplió.

A su tiempo se presentan los tres del Campeador,

van a cumplir el encargo que les diera su señor,

los ampara don Alfonso, rey de Castilla y León.

Dos días esperan a los infantes de Carrión;

llegan bien provistos de armas y caballos; con los dos

vienen todos sus parientes y entre todos se acordó

que intenten llevar aparte a los del Campeador

y matarlos en el campo deshonrando a su señor.

Muy mal propósito era, y ninguno lo emprendió

por el miedo que les daba don Alfonso, el de León.

Los del Cid velan las armas y rezan al Creador;

ya se ha pasado la noche y apunta el primer albor;

de ricos hombres allí un buen golpe se juntó,

que quieren ver esta lucha en las vegas de Carrión.

Y el más alto de entre todos, don Alfonso, el de León,

que defenderá el derecho, pero la injusticia no.

Ya se vestían las armas los del buen Campeador,

dispuestos están los tres, que son de un mismo señor.

En otro lugar se armaban los infantes de Carrión,

su pariente Garci Ordóñez muchos consejos les dio.

Tras mucho hablar entre sí, al rey pidieron los dos

que Colada y que Tizona no entren en lucha, y que no

púdiesen lidiar con ellas los del Cid Campeador;

se arrepentían de haberlas devuelto los de Carrión.

Así lo piden al rey; pero no se lo aprobó:

"Allí en la corte ninguna espada se exceptuó.

Bien os servirán las vuestras, si buenas espadas son,

igual servirán las suyas a los del Campeador.

Salid al campo de lucha, infantes de Carrión,

menester es que luchéis como lucha un buen varón,

que no ha de quedar la cosa por los del Campeador.

Si saliereis bien del campo ganaréis un gran honor,

pero si fuereis vencidos no me culpéis a mí, no,

porque todo el mundo sabe que esto buscasteis vos".

Ya se iban arrepintiendo los infantes de su acción,

por deshacerlo darían todo lo que hay en Carrión.

Armados estaba ya los tres del Campeador,

entonces el rey Alfonso a verlos bien se acercó;

oiréis lo que dicen a don Alfonso, el de León:

"Os pedimos al besaros la mano, rey y señor,

que entre nosotros y ellos el fiel juez lo seáis vos,

valednos si es en derecho, pero si es injusto, no.

Aquí tienen su partido los infantes de Carrión,

quien sabe si habrán pensado alguna maquinación.

En vuestras manos, oh rey, nos puso nuestro señor,

defendednos en justicia por amor del Creador".

Dijo el rey: "Así lo haré con alma y con corazón".

Trae los caballos, muy buenos y corredores que son,

las sillas las santiguar, por que los ayude Dios,

al cuello llevan escudos con dorada guarnición

en el centro; empuñan lanzas de buen hierro tajador,

las tres lanzas que sacaron todas llevan su pendón.

Muchos buenos caballeros andan allí alrededor.

Salen al campo que con mojones se señaló.

Estaban ya convenidos los tres del Campeador,

cada cual a un enemigo para atacarle escogió.

Estaban al otro lado los infantes de Carrión;

iban bien acompañados, que mucha familia son.

Nombra el rey jueces que digan lo que es justo y lo que no,

con los que luchan les manda que no tengan discusión.

Cuando estaban en el campo, el rey don Alfonso habló:

"Oíd lo que voy a deciros, infantes de Carrión:

debió esta lucha en Toledo ser, mas no quisisteis vos,

por eso a estos caballeros de Mío Cid Campeador

bajo mi guarda los traje a estas tierras de Carrión.

Luchad conforme a derecho, no queráis la sinrazón,

que si alguien quiere injusticia, para vedarlo estoy yo,

y no le iría muy bien en Castilla ni en León".

¡Que pesarosos estaban los infantes de Carrión!

Con los dos jueces el rey los mojones señaló

que cierran el campo; todos se apartan alrededor.

Bien explicado les queda a todos los seis que son

que está vencido quien salga del campo que se marcó.

La gente despeja el campo, hacia atrás se retiró,

a seis lanzas de distancia de la raya se quedó.

Ya les sortean el campo, ya les partían el sol,

salen los jueces, los bandos frente a frente están los dos.

Arremeten los del Cid contra los tres de Carrión,

arremeten los infantes a los del Campeador.

Cada uno al adversario que le tocaba atendió.

Embrazaban los escudos delante del corazón,

bajan las lanzas, envuelta cada cual en su pendón,

las caras las inclinaron por encima del arpón,

a los caballos los pican con la espuela, y pareció

que todo el suelo temblaba cuando el ataque empezó.

Cada cual en su adversario tiene puesta la atención.

Se juntan los tres del Cid con esos tres de Carrión,

ya los tenían por muertos los que están alrededor.

Ese buen Pedro Bermúdez, el que primero retó

con aquel Fernán González cara a cara se juntó,

los escudos se golpean ambos sin ningún pavor.

El de Carrión a don Pedro su escudo le traspasó,

pero le ha dado en vacío, la carne no le alcanzó,

y por dos sitios el asta de su lanza se quebró.

El golpe aguanta don Pedro, ni siquiera se inclinó,

él ha recibido el golpe, mas con otro contestó.

Por la guarnición del centro el escudo le horadó,

todo lo pasa la lanza, que nada se resistió.

En el pecho se le clava, muy cerca del corazón;

la loriga en tres dobleces lleva puesta el de Carrión,

se rompen los dos primeros, el último resistió,

pero tan fuerte fue el golpe que dio el del Campeador,

que con túnica y camisa la loriga se le entró

en la carne; por la boca mucha sangre le salió.

Se le rompieron las cinchas, ninguna le aprovechó,

y el caballo, por la cola, en tierra le derribó.

Por muerto le da la gente que estaba allí alrededor;

clavada tiene en el cuerpo la lanza; don Pedro echó

mano a la espada, y el otro, que a Tizona conoció,

no espera el golpe y confiesa: "Por vencido me doy yo".

Se lo otorgaron los jueces y don Pedro le dejó.

151

Martín Antolínez vence a Diego

Martín y Diego González se acometen con las lanzas,

tan fuertes fueron los golpes que se les quebraron ambas.

El buen Martín Antolínez echa mano de la espada,

todo el campo relumbró, era tan limpia y tan clara.

A su enemigo dio un golpe que de través bien le alcanza,

el casco que lleva encima a un lado le derribaba

y las correas del yelmo del golpe quedan cortadas;

el acero hasta la cofia y la capucha llegaba,

y todo, capucha y cofia, con la espada se lo arranca,

el pelo le va rozando, hasta la carne se entraba,

trozos del yelmo y la cofia por aquel campo rodaban.

Cuando descarga este tajo la tan preciosa Colada

comprende Diego González que con vida no se escapa,

tira riendas al caballo para que vuelva la cara,

la espada lleva en la mano, mas no se atreve a emplearla.

El buen don Martín entonces le arremete con la espada,

un golpe le dio de plano, que de filo no le alcanza.

Allí oyerais al infante las grandes voces que daba:

"Váleme, Señor glorioso, líbrame ya de esta espada".

El caballo refrenó, por escapar de Colada,

fuera del campo le lleva, don Martín dentro quedaba.

"Don Martín, venid acá, el rey Alfonso gritaba,

por todo lo que habéis hecho la lid está bien ganada".

Y aquello que dice el rey los jueces lo confirmaban.

152

Muño Gustioz vence a Asur González

El padre de los infantes declara vencida la lid

Los del Cid vuelven cautelosamente a Valencia

Alegría del Cid

Segundos matrimonios de sus hijas

El juglar acaba su poema

Quiero contaros ahora algo de Muño Gustioz,

y con ese Asur González cómo se las arregló.

Muy grandes golpes se dieron en los escudos los dos.

Asur González, que era muy forzudo y de valor,

el escudo le traspasa al buen don Muño Gustioz;

tras de pasarle el escudo la armadura le quebró,

mas no le coge la carne, la lanza en vacío dio.

Cuando este golpe recibe, otro da Muño Gustioz,

por la guarnición del centro el escudo le partió,

no se pudo resguardar, la armadura le rompió,

le hiere a un lado del cuerpo, que no junto al corazón,

por la carne se le ha entrado la lanza con el pendón,

al otro lado del cuerpo más de un palmo le asomó,

un tirón le dio a la lanza, de la silla le movió

y al ir a sacar la lanza en tierra le derribó:

rojos han salido el asta y la punta y el pendón.

Que estaba herido de muerte todo el mundo se creyó:

Muño recobra la lanza y a rematarla marchó,

pero el padre del infante grita: "No le hiráis, por Dios,

vencido ha sido en el campo, esta lucha se acabó".

Los jueces dicen: "Así lo hemos oído los dos".

Que despejaran el campo el rey Alfonso mandó,

las armas que allí quedaron él para si las tomó.

Se van como muy honrados los tres del Campeador,

que ya han ganado esta lucha, por gracia del Creador.

Muy grandes son los pesares por las tierras de Carrión.

A los del Cid que de noche salgan el rey les mandó

para que no les asalten ni tengan ningún temor.

De día y noche marchaban, que muy diligentes son,

ya los tenéis en Valencia con el Cid Campeador:

por malos dejaron a los infantes de Carrión,

bien cumplieron el mandato que les diera su señor.

¡Cuánto se alegra de aquello Mío Cid Campeador!

Envilecidos se quedan los infantes de Carrión.

Quien a damas escarnece y así abandona a traición,

que otro tanto le acontezca o alguna cosa peor.

Pero dejemos ya a esos infantes de Carrión,

muy pesarosos están de sus castigos los dos.

Hablemos ahora de este que en tan buenhora nació.

¡Qué grandes eran los gozos en Valencia la mayor,

por honrados que quedaron los tres del Campeador!

La barba se acariciaba don Rodrigo, su señor:

"Gracias al rey de los cielos mis hijas vengadas son,

ya están limpias de la afrenta esas tierras de Carrión.

Casaré, pese a quien pese, ya sin vergüenza a las dos".

Ya comenzaron los tratos con Navarra y Aragón,

y todos tuvieron junta con Alfonso, el de León.

Sus casamientos hicieron doña Elvira y doña Sol,

los primeros fueron grandes pero éstos son aún mejor,

y a mayor honra se casan que con esos de Carrión.

Ved cómo crece en honores el que en buenhora nació,

que son sus hijas señoras de Navarra y Aragón.

Esos dos reyes de España ya parientes suyos son,

y a todos les toca honra por el Cid Campeador.

Pasó de este mundo el Cid, el que a Valencia ganó:

en días de Pascua ha muerto, Cristo le dé su perdón.

También perdone a nosotros, al justo y al pecador.

Éstas fueron las hazañas de Mío Cid Campeador:

en llegando a este lugar se ha acabado esta canción.

)1(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

La vida de

y de sus fortunas y adversidades

Anónimo

Lazarillo de Tormes

)2(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

PRÓLOGO

YO POR BIEN TENGO QUE COSAS tan señaladas, y por ventura nunca

oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la

sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle

algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite; y a

este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que

no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son

todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello. Y

así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo

son. Y esto, para ninguna cosa se debría romper ni echar a mal, si

muy detestable no fuese, sino que a todos se comunicase,

mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar della algún

fruto; porque si así no fuese, muy pocos escribirían para uno

solo, pues no se hace sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser

recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus

obras, y si hay de qué, se las alaben; y a este propósito dice Tulio:

«La honra cría las artes». ¿Quién piensa que el soldado que es

primero del escala, tiene más aborrecido el vivir? No, por cierto;

mas el deseo de alabanza le hace ponerse en peligro; y así, en las

)3(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

artes y letras es lo mesmo.

Predica muy bien el presentado, y es hombre que desea mucho

el provecho de las ánimas; mas pregunten a su merced si le pesa

cuando le dicen: «¡Oh, qué maravillosamente lo ha hecho vuestra

reverencia!» Justó muy ruinmente el señor don Fulano, y dio el

sayete de armas al truhán, porque le loaba de haber llevado muy

buenas lanzas. ¿Qué hiciera si fuera verdad?

Y todo va desta manera: que confesando yo no ser más santo

que mis vecinos, desta nonada, que en este grosero estilo escribo,

no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los

que en ella algún gusto hallaren, y vean que vive un hombre con

tantas fortunas, peligros y adversidades.

Suplico a vuestra M. reciba el pobre servicio de mano de

quien lo hiciera más rico si su poder y deseo se conformaran. Y

pues V. M. escribe se le escriba y relate el caso por muy extenso,

parecióme no tomalle por el medio, sino por el principio, porque

se tenga entera noticia de mi persona, y también porque consideren

los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues

Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que,

siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen

puerto.

)4(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

TRATADO PRIMERO

Cuenta Lázaro su vida, y cuyo hijo fue

ues sepa V.M. ante todas cosas que a mí llaman Lázaro

de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez,

naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento

fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre,

y fue desta manera. Mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de

proveer una molienda de una aceña, que está ribera de aquel río,

en la cual fue molinero más de quince años; y estando mi madre

una noche en la aceña, preñada de mí, tomóle el parto y parióme

allí: de manera que con verdad puedo decir nacido en el río. Pues

siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías

mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo

que fue preso, y confesó y no negó y padeció persecución por

justicia. Espero en Dios que está en la Gloria, pues el Evangelio

los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada

contra moros, entre los cuales fue mi padre, que a la sazón estaba

desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un

caballero que allá fue, y con su señor, como leal criado, feneció su

P

)5(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese,

determinó arrimarse a los buenos por ser uno dellos, y vínose a

vivir a la ciudad, y alquiló una casilla, y metióse a guisar de comer

a ciertos estudiantes, y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos

del Comendador de la Magdalena, de manera que fue frecuentando

las caballerizas. Ella y un hombre moreno de aquellos que las

bestias curaban, vinieron en conocimiento. Éste algunas veces se

venía a nuestra casa, y se iba a la mañana; otras veces de día llegaba

a la puerta, en achaque de comprar huevos, y entrábase en casa.

Yo al principio de su entrada, pesábame con él y habíale miedo,

viendo el color y mal gesto que tenía; mas de que vi que con su

venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien, porque siempre

traía pan, pedazos de carne, y en el invierno leños, a que nos

calentábamos. De manera que, continuando con la posada y

conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito, el

cual yo brincaba y ayudaba a calentar. Y acuérdome que, estando

el negro de mi padre trebejando con el mozuelo, como el niño

vía a mi madre y a mí blancos, y a él no, huía dél con miedo para

mi madre, y señalando con el dedo decía: «¡Madre, coco!».

Respondió él riendo: «¡Hideputa!».

Yo, aunque bien mochacho, noté aquella palabra de mi

hermanico, y dije entre mí:

«¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros

porque no se ven a sí mesmos!»

Quiso nuestra fortuna que la conversación del Zaide, que así

se llamaba, llegó a oídos del mayordomo, y hecha pesquisa, hallóse

que la mitad por medio de la cebada, que para las bestias le daban,

hurtaba, y salvados, leña, almohazas, mandiles, y las mantas y

sábanas de los caballos hacía perdidas, y cuando otra cosa no

tenía, las bestias desherraba, y con todo esto acudía a mi madre

para criar a mi hermanico. No nos maravillemos de un clérigo ni

fraile, porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus

devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el

amor le animaba a esto. Y probósele cuanto digo y aun más, porque

a mí con amenazas me preguntaban, y como niño respondía, y

descubría cuanto sabía con miedo, hasta ciertas herraduras que

po rmandado de mi madre a un herrero vendí.

Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron, y a mi madre

pusieron pena por justicia, sobre el acostumbrado centenario, que

en casa del sobredicho Comendador no entrase, ni al lastimado

Zaide en la suya acogiese. Por no echar la soga tras el caldero, la

triste se esforzó y cumplió la sentencia; y por evitar peligro y

quitarse de malas lenguas, se fue a servir a los que al presente

vivían en el mesón de la Solana; y allí, padeciendo mil

importunidades, se acabó de criar mi hermanico hasta que supo

andar, y a mí hasta ser buen mozuelo, que iba a los huéspedes por

vino y candelas y por lo demás que me mandaban.

En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual,

pareciéndole que yo sería para adestralle, me pidió a mi madre, y

ella me encomendó a él, diciéndole como era hijo de un buen

hombre, el cual por ensalzar la fe había muerto en la de los Gelves,

y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre,

y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano.

Él le respondió que así lo haría, y que me recibía no por mozo

sino por hijo. Y así le comencé a servir y adestrar a mi nuevo y

viejo amo. Como estuvimos en Salamanca algunos días,

pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento,

determinó irse de allí; y cuando nos hubimos de partir, yo fui a

ver a mi madre, y ambos llorando, me dio su bendición y dijo:

«Hijo, ya sé que no te veré más. Procura ser bueno, y Dios te

guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto. Válete por ti».

Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba. Salimos

de Salamanca, y llegando a la puente, está a la entrada della un

animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme

que llegase cerca del animal, y allí puesto, me dijo:

«Lázaro, llega el oído a este toro, y oirás gran ruido dentro dél».

Yo simplemente llegué, creyendo ser ansí; y como sintió que

)6(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una

gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me

duró el dolor de la cornada, y díjome:

«Necio, aprende que el mozo del ciego un punto ha de saber

más que el diablo», y rió mucho la burla.

Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en

que como niño dormido estaba. Dije entre mí:

«Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues

solo soy, y pensar cómo me sepa valer».

Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos días me

mostró jerigonza, y como me viese de buen ingenio, holgábase

mucho, y decía:

«Yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos para vivir

muchos te mostraré».

Y fue ansí, que después de Dios éste me dio la vida, y siendo

ciego me alumbró y adestró en la carrera de vivir. Huelgo de

contar a V. M. estas niñerías para mostrar cuánta virtud sea saber

los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altos cuánto

vicio.

Pues tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, V.

M. sepa que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó más

astuto ni sagaz. En su oficio era un águila; ciento y tantas oraciones

sabía de coro: un tono bajo, reposado y muy sonable que hacía

resonar la iglesia donde rezaba, un rostro humilde y devoto que

con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos

ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende

desto, tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decía

saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres

que no parían, para las que estaban de parto, para las que eran

malcasadas, que sus maridos las quisiesen bien; echaba pronósticos

a las preñadas, si traía hijo o hija. Pues en caso de medicina, decía

que Galeno no supo la mitad que él para muela, desmayos, males

de madre. Finalmente, nadie le decía padecer alguna pasión, que

luego no le decía:

«Haced esto, hareís estotro, cosed tal yerba, tomad tal raíz».

Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente

mujeres, que cuanto les decían creían. Destas sacaba él grandes

provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que

cien ciegos en un año.

Mas también quiero que sepa vuestra merced que, con todo

lo que adquiría, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi,

tanto que me mataba a mí de hambre, y así no me demediaba de

lo necesario. Digo verdad: si con mi sotileza y buenas mañas no

me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre; mas

con todo su saber y aviso le contaminaba de tal suerte que siempre,

o las más veces, me cabía lo más y mejor. Para esto le hacía burlas

endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas a mi

salvo.

Él traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo

que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado

y su llave, y al meter de todas las cosas y sacallas, era con tan gran

vigilancia y tanto por contadero, que no bastaba hombre en todo

el mundo hacerle menos una migaja; mas yo tomaba aquella laceria

que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada.

Después que cerraba el candado y se descuidaba pensando que

yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura,

que muchas veces del un lado del fardel descosía y tornaba a

coser, sangraba el avariento fardel, sacando no por tasa pan, mas

buenos pedazos, torreznos y longaniza; y ansí buscaba conveniente

tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta que el

mal ciego me faltaba. Todo lo que podía sisar y hurtar, traía en

medias blancas; y cuando le mandaban rezar y le daban blancas,

como él carecía de vista, no había el que se la daba amagado con

ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca y la media aparejada,

que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio

aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábaseme el mal ciego,

porque al tiento luego conocía y sentía que no era blanca entera,

y decía:

)7(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

«¿Qué diablo es esto, que después que conmigo estás no me

dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedí

hartas veces me pagaban? En ti debe estar esta desdicha».

También él abreviaba el rezar y la mitad de la oración no

acababa, porque me tenía mandado que en yéndose el que la

mandaba rezar, le tirase por el cabo del capuz. Yo así lo hacía.

Luego él tornaba a dar voces, diciendo: «¿Mandan rezar tal y tal

oración?», como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comíamos, y

yo muy de presto le asía y daba un par de besos callados y tornábale

a su lugar. Mas duróme poco, que en los tragos conocía la falta, y

por reservar su vino a salvo nunca después desamparaba el jarro,

antes lo tenía por el asa asido; mas no había piedra imán que así

trajese a sí como yo con una paja larga de centeno, que para aquel

menester tenía hecha, la cual metiéndola en la boca del jarro,

chupando el vino lo dejaba a buenas noches. Mas como fuese el

traidor tan astuto, pienso que me sintió, y dende en adelante mudó

propósito, y asentaba su jarro entre las piernas, y atapábale con la

mano, y ansí bebía seguro. Yo, como estaba hecho al vino, moría

por él, y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba

ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero

sotil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo,

y al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las

piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que

teníamos, y al calor della luego derretida la cera, por ser muy

poca, comenzaba la fuentecilla a destillarme en la boca, la cual yo

de tal manera ponía que maldita la gota se perdía. Cuando el

pobreto iba a beber, no hallaba nada: espantábase, maldecía, daba

al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.

«No diréis, tío, que os lo bebo yo -decía-, pues no le quitáis

de la mano».

Tantas vueltas y tiento dio al jarro, que halló la fuente y cayó

en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido, y

luego otro día, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no

pensando en el daño que me estaba aparejado ni que el mal ciego

me sentía, sentéme como solía, estando recibiendo aquellos dulces

tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos

por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que

agora tenía tiempo de tomar de mí venganza y con toda su fuerza,

alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer

sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de

manera que el pobre Lázaro, que de nada desto se guardaba, antes,

como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente

me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído

encima. Fue tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y

el jarrazo tan grande, que los pedazos dél se me metieron por la

cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes,

sin los cuales hasta hoy día me quedé.

Desde aquella hora quise mal al mal ciego, y aunque me quería

y regalaba y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel

castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del

jarro me había hecho, y sonriéndose decía:

«¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da

salud», y otros donaires que a mi gusto no lo eran.

Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales,

considerando que a pocos golpes tales el cruel ciego ahorraría de

mí, quise yo ahorrar dél; mas no lo hice tan presto por hacello

más a mi salvo y provecho. Y aunque yo quisiera asentar mi corazón

y perdonalle el jarrazo, no daba lugar el maltratamiento que el

mal ciego dende allí adelante me hacía, que sin causa ni razón me

hería, dándome coscorrones y repelándome. Y si alguno le decía

por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro,

diciendo: «¿Pensaréis que este mi mozo es algún inocente? Pues

oíd si el demonio ensayara otra tal hazaña».

Santiguándose los que lo oían, decían:

«¡Mirá, quién pensara de un muchacho tan pequeño tal

ruindad!», y reían mucho el artificio, y decíanle: «Castigadlo,

castigadlo, que de Dios lo habréis».

)8(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

Y él con aquello nunca otra cosa hacía. Y en esto yo siempre

le llevaba por los peores caminos, y adrede, por le hacer mal y

daño: si había piedras, por ellas, si lodo, por lo más alto; que

aunque yo no iba por lo más enjuto, holgábame a mí de quebrar

un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía. Con esto siempre

con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo, el cual siempre

traía lleno de tolondrones y pelado de sus manos; y aunque yo

juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino,

no me aprovechaba ni me creía más: tal era el sentido y el

grandísimo entendimiento del traidor. Y porque vea V.M. a cuánto

se estendía el ingenio deste astuto ciego, contaré un caso de

muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dio bien

a entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su

motivo fue venir a tierra de Toledo, porque decía ser la gente más

rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase a este refrán:

«Más da el duro que el desnudo.»

Y venimos a este camino por los mejores lugares. Donde

hallaba buena acogida y ganancia, deteníamonos; donde no, a

tercero día hacíamos Sant Juan. Acaeció que llegando a un lugar

que llaman Almorox, al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador

le dio un racimo dellas en limosna, y como suelen ir los cestos

maltratados y también porque la uva en aquel tiempo está muy

madura, desgranábasele el racimo en la mano; para echarlo en el

fardel tornábase mosto, y lo que a él se llegaba. Acordó de hacer

un banquete, ansí por no lo poder llevar como por contentarme,

que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes.

Sentámonos en un valladar y dijo:

«Agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que

ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas dél tanta parte

como yo. Partillo hemos desta manera: tú picarás una vez y yo

otra; con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva,

yo haré lo mesmo hasta que lo acabemos, y desta suerte no habrá

engaño».

Hecho ansí el concierto, comenzamos; mas luego al segundo

lance; el traidor mudó de propósito y comenzó a tomar de dos en

dos, considerando que yo debría hacer lo mismo. Como vi que él

quebraba la postura, no me contenté ir a la par con él, mas aun

pasaba adelante: dos a dos, y tres a tres, y como podía las comía.

Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano y

meneando la cabeza dijo:

«Lázaro, engañado me has: juraré yo a Dios que has tú comido

las uvas tres a tres».

«No comí -dije yo- más. ¿Por qué sospecháis eso?».

Respondió el sagacísimo ciego:

«¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres? En que comía

yo dos a dos y callabas» a lo cual yo no respondí.

Yendo que íbamos ansí por debajo de unos soportales en

Escalona, adonde a la sazón estábamos en casa de un zapatero,

había muchas sogas y otras cosas que de esparto se hacen, y parte

dellas dieron a mi amo en la cabeza; el cual, alzando la mano, tocó

en ellas, y viendo lo que era díjome:

«Anda presto, mochacho; salgamos de entre tan mal manjar,

que ahoga sin comerlo».

Yo, que bien descuidado iba de aquello, miré lo que era, y

como no vi sino sogas y cinchas, que no era cosa de comer, díjele:

«Tío, ¿por qué decís eso?».

Respondióme: «Calla, sobrino; según las mañas que llevas, lo

sabrás y verás como digo verdad».

Y ansí pasamos adelante por el mismo portal y llegamos a un

mesón, a la puerta del cual había muchos cuernos en la pared,

donde ataban los recueros sus bestias. Y como iba tentando si era

allí el mesón, adonde él rezaba cada día por la mesonera la oración

de la emparedada, asió de un cuerno, y con un gran sospiro dijo:

«¡O mala cosa, peor que tienes la hechura! ¡De cuántos eres

deseado poner tu nombre sobre cabeza ajena y de cuán pocos

tenerte ni aun oír tu nombre, por ninguna vía!».

Como le oí lo que decía, dije:

«Tío, ¿qué es eso que decís?».

)9(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

«Calla, sobrino, que algún día te dará éste, que en la mano

tengo, alguna mala comida y cena».

«No le comeré yo -dije- y no me la dará».

«Yo te digo verdad; si no, verlo has, si vives».

Y ansí pasamos adelante hasta la puerta del mesón, adonde

pluguiere a Dios nunca allá llegáramos, según lo que me sucedía

en él.

Era todo lo más que rezaba por mesoneras y por bodegoneras

y turroneras y rameras y ansí por semejantes mujercillas, que por

hombre casi nunca le vi decir oración. Reíme entre mí, y aunque

mochacho noté mucho la discreta consideración del ciego.

Mas por no ser prolijo dejo de contar muchas cosas, así

graciosas como de notar, que con este mi primer amo me

acaecieron, y quiero decir el despidiente y con él acabar.

Estábamos en Escalona, villa del duque della, en un mesón, y

dióme un pedazo de longaniza que la asase. Ya que la longaniza

había pringado y comídose las pringadas, sacó un maravedí de la

bolsa y mandó que fuese por él de vino a la taberna. Púsome el

demonio el aparejo delante los ojos, el cual, como suelen decir,

hace al ladrón, y fue que había cabe el fuego un nabo pequeño,

larguillo y ruinoso, y tal que, por no ser para la olla, debió ser

echado allí. Y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos,

como me vi con apetito goloso, habiéndome puesto dentro el

sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabía que había

de gozar, no mirando qué me podría suceder, pospuesto todo el

temor por cumplir con el deseo, en tanto que el ciego sacaba de

la bolsa el dinero, saqué la longaniza y muy presto metí el

sobredicho nabo en el asador, el cual mi amo, dándome el dinero

para el vino, tomó y comenzó a dar vueltas al fuego, queriendo

asar al que de ser cocido por sus deméritos había escapado.

Yo fui por el vino, con el cual no tardé en despachar la

longaniza, y cuando vine hallé al pecador del ciego que tenía entre

dos rebanadas apretado el nabo, al cual aún no había conocido

por no lo haber tentado con la mano.

Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas pensando

también llevar parte de la longaniza, hallóse en frío con el frío

nabo. Alteróse y dijo:

«¿Qué es esto, Lazarillo?».

«¡Lacerado de mí! -dije yo-. ¿Si queréis a mí echar algo? ¿Yo

no vengo de traer el vino? Alguno estaba ahí, y por burlar haría

esto».

«No, no -dijo él-, que yo no he dejado el asador de la mano;

no es posible».

Yo torné a jurar y perjurar que estaba libre de aquel trueco y

cambio; mas poco me aprovechó, pues a las astucias del maldito

ciego nada se le escondía. Levantóse y asióme por la cabeza, y

llegóse a olerme; y como debió sentir el huelgo, a uso de buen

podenco, por mejor satisfacerse de la verdad, y con la gran agonía

que llevaba, asiéndome con las manos, abríame la boca más de su

derecho y desatentadamente metía la nariz, la cual él tenía luenga

y afilada, y a aquella sazón con el enojo se había aumentado un

palmo, con el pico de la cual me llegó a la gulilla. Y con esto y con

el gran miedo que tenía, y con la brevedad del tiempo, la negra

longaniza aún no había hecho asiento en el estómago, y lo más

principal, con el destiento de la cumplidísima nariz medio cuasi

ahogándome, todas estas cosas se juntaron y fueron causa que el

hecho y golosina se manifestase y lo suyo fuese devuelto a su

dueño: de manera que antes que el mal ciego sacase de mi boca su

trompa, tal alteración sintió mi estómago que le dio con el hurto

en ella, de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza a

un tiempo salieron de mi boca.

¡Oh, gran Dios, quién estuviera aquella hora sepultado, que

muerto ya lo estaba! Fue tal el coraje del perverso ciego que, si al

ruido no acudieran, pienso no me dejara con la vida. Sacáronme

de entre sus manos, dejándoselas llenas de aquellos pocos cabellos

que tenía, arañada la cara y rasguñado el pescuezo y la garganta; y

esto bien lo merecía, pues por su maldad me venían tantas

persecuciones. Contaba el mal ciego a todos cuantos allí se

)10(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

allegaban mis desastres, y dábales cuenta una y otra vez, así de la

del jarro como de la del racimo, y agora de lo presente. Era la risa

de todos tan grande que toda la gente que por la calle pasaba

entraba a ver la fiesta; mas con tanta gracia y donaire recontaba el

ciego mis hazañas que, aunque yo estaba tan maltratado y llorando,

me parecía que hacía sinjusticia en no se las reír.

Y en cuanto esto pasaba, a la memoria me vino una cobardía

y flojedad que hice, por que me maldecía, y fue no dejalle sin

narices, pues tan buen tiempo tuve para ello que la meitad del

camino estaba andado; que con sólo apretar los dientes se me

quedaran en casa, y con ser de aquel malvado, por ventura lo

retuviera mejor mi estómago que retuvo la longaniza, y no

pareciendo ellas pudiera negar la demanda. Pluguiera a Dios que

lo hubiera hecho, que eso fuera así que así. Hiciéronnos amigos la

mesonera y los que allí estaban, y con el vino que para beber le

había traído, laváronme la cara y la garganta, sobre lo cual

discantaba el mal ciego donaires, diciendo:

«Por verdad, más vino me gasta este mozo en lavatorios al

cabo del año que yo bebo en dos. A lo menos, Lázaro, eres en

más cargo al vino que a tu padre, porque él una vez te engendró,

mas el vino mil te ha dado la vida».

Y luego contaba cuántas veces me había descalabrado y

harpado la cara, y con vino luego sanaba. «Yo te digo -dijo- que si

un hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino, que

serás tú».

Y reían mucho los que me lavaban con esto, aunque yo

renegaba. Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, y

después acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre, que sin

duda debía tener espíritu de profecía, y me pesa de los sinsabores

que le hice, aunque bien se lo pagué, considerando lo que aquel

día me dijo salirme tan verdadero como adelante V. M. oirá.

Visto esto y las malas burlas que el ciego burlaba de mí,

determiné de todo en todo dejalle, y como lo traía pensado y lo

tenía en voluntad, con este postrer juego que me hizo afirmélo

más. Y fue ansí, que luego otro día salimos por la villa a pedir

limosna, y había llovido mucho la noche antes; y porque el día

también llovía, y andaba rezando debajo de unos portales que en

aquel pueblo había, donde no nos mojamos; mas como la noche

se venía y el llover no cesaba, díjome el ciego: «Lázaro, esta agua

es muy porfiada, y cuanto la noche más cierra, más recia.

Acojámonos a la posada con tiempo».

Para ir allá, habíamos de pasar un arroyo que con la mucha

agua iba grande. Yo le dije:

«Tío, el arroyo va muy ancho; mas si queréis, yo veo por

donde travesemos más aína sin nos mojar, porque se estrecha allí

mucho, y saltando pasaremos a pie enjuto».

Parecióle buen consejo y dijo:

«Discreto eres; por esto te quiero bien. Llévame a ese lugar

donde el arroyo se ennangosta, que agora es invierno y sabe mal

el agua, y más llevar los pies mojados».

Yo, que vi el aparejo a mi deseo, saquéle debajo de los portales,

y llevélo derecho de un pilar o poste de piedra que en la plaza

estaba, sobre la cual y sobre otros cargaban saledizos de aquellas

casas, y dígole:

«Tio, éste es el paso más angosto que en el arroyo hay».

Como llovía recio, y el triste se mojaba, y con la priesa que

llevábamos de salir del agua que encima se nos caía, y lo más

principal, porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento (fue

por darme dél venganza), creyóse de mí y dijo:

«Ponme bien derecho, y salta tú el arroyo».

Yo le puse bien derecho enfrente del pilar, y doy un salto y

póngome detrás del poste como quien espera tope de toro, y

díjele:

«¡Sus! Salta todo lo que podáis, porque deis deste cabo del

agua».

Aun apenas lo había acabado de decir cuando se abalanza el

pobre ciego como cabrón, y de toda su fuerza arremete, tomando

un paso atrás de la corrida para hacer mayor salto, y da con la

)11(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

cabeza en el poste, que sonó tan recio como si diera con una gran

calabaza, y cayó luego para atrás, medio muerto y hendida la cabeza.

«¿Cómo, y olistes la longaniza y no el poste? ¡Olé! ¡Olé! -le

dije yo. Y dejéle en poder de mucha gente que lo había ido a

socorrer, y tomé la puerta de la villa en los pies de un trote, y

antes que la noche viniese di conmigo en Torrijos. No supe más

lo que Dios dél hizo, ni curé de lo saber.

)12(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

TRATADO SEGUNDO

Cómo Lázaro se asentó con un clérigo,

y de las cosas que con él pasó

TRO DÍA, NO PARECIÉNDOME estar allí seguro, fuime a un

lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis

pecados con un clérigo que, llegando a pedir limosna,

me preguntó si sabía ayudar a misa. Yo dije que sí, como era

verdad; que, aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el

pecador del ciego, y una dellas fue ésta. Finalmente, el clérigo me

recibió por suyo. Escapé del trueno y di en el relámpago, porque

era el ciego para con éste un Alejandro Magno, con ser la mesma

avaricia, como he contado. No digo más sino que toda la laceria

del mundo estaba encerrada en éste. No sé si de su cosecha era, o

lo había anexado con el hábito de clerecía.

Él tenía un arcaz viejo y cerrado con su llave, la cual traía

atada con una agujeta del paletoque, y en viniendo el bodigo de la

iglesia, por su mano era luego allí lanzada, y tornada a cerrar el

arca. Y en toda la casa no había ninguna cosa de comer, como

suele estar en otras: algún tocino colgado al humero, algún queso

puesto en alguna tabla o en el armario, algún canastillo con algunos

O

)13(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

pedazos de pan que de la mesa sobran; que me parece a mí que

aunque dello no me aprovechara, con la vista dello me consolara.

Solamente había una horca de cebollas, y tras la llave en una

cámara en lo alto de la casa. Destas tenía yo de ración una para

cada cuatro días; y cuando le pedía la llave para ir por ella, si

alguno estaba presente, echaba mano al falsopeto y con gran

continencia la desataba y me la daba diciendo: «Toma, y vuélvela

luego, y no hagáis sino golosinar», como si debajo della estuvieran

todas las conservas de Valencia, con no haber en la dicha cámara,

como dije, maldita la otra cosa que las cebollas colgadas de un

clavo, las cuales él tenía tan bien por cuenta, que si por malos de

mis pecados me desmandara a más de mi tasa, me costara caro.

Finalmente, yo me finaba de hambre. Pues, ya que conmigo tenía

poca caridad, consigo usaba más. Cinco blancas de carne era su

ordinario para comer y cenar. Verdad es que partía comigo del

caldo, que de la carne, ¡tan blanco el ojo!, sino un poco de pan, y

¡pluguiera a Dios que me demediara! Los sábados cómense en

esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una que costaba

tres maravedís.

Aquélla le cocía y comía los ojos y la lengua y el cogote y

sesos y la carne que en las quijadas tenía, y dábame todos los

huesos roídos, y dábamelos en el plato, diciendo:

«Toma, come, triunfa, que para ti es el mundo. Mejor vida

tienes que el Papa».

«¡Tal te la dé Dios!», decía yo paso entre mí.

A cabo de tres semanas que estuve con él, vine a tanta flaqueza

que no me podía tener en las piernas de pura hambre. Vime

claramente ir a la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaran.

Para usar de mis mañas no tenía aparejo, por no tener en qué

dalle salto; y aunque algo hubiera, no podia cegalle, como hacía al

que Dios perdone, si de aquella calabazada feneció, que todavía,

aunque astuto, con faltalle aquel preciado sentido no me sentía;

más estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese como él

tenía. Cuando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha

caía que no era dél registrada: el un ojo tenía en la gente y el otro

en mis manos. Bailábanle los ojos en el casco como si fueran de

azogue. Cuantas blancas ofrecían tenía por cuenta; y acabado el

ofrecer, luego me quitaba la concheta y la ponía sobre el altar. No

era yo señor de asirle una blanca todo el tiempo que con él viví o,

por mejor decir, morí.

De la taberna nunca le traje una blanca de vino, mas aquel

poco que de la ofrenda había metido en su arcaz compasaba de

tal forma que le duraba toda la semana, y por ocultar su gran

mezquindad decíame: «Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy

templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando

como otros».

Mas el lacerado mentía falsamente, porque en cofradías y

mortuorios que rezamos, a costa ajena comía como lobo y bebía

más que un saludador. Y porque dije de mortuorios, Dios me

perdone, que jamás fui enemigo de la naturaleza humana sino

entonces, y esto era porque comíamos bien y me hartaban.

Deseaba y aun rogaba a Dios que cada día matase el suyo. Y

cuando dábamos sacramento a los enfermos, especialmente la

extrema unción, como manda el clérigo rezar a los que están allí,

yo cierto no era el postrero de la oracion, y con todo mi corazón

y buena voluntad rogaba al Señor, no que la echase a la parte que

más servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase de

aqueste mundo. Y cuando alguno de éstos escapaba, ¡Dios me lo

perdone!, que mil veces le daba al diablo, y el que se moría otras

tantas bendiciones llevaba de mí dichas. Porque en todo el tiempo

que allí estuve, que sería cuasi seis meses, solas veinte personas

fallecieron, y éstas bien creo que las maté yo o, por mejor decir,

murieron a mi recuesta; porque viendo el Señor mi rabiosa y

continua muerte, pienso que holgaba de matarlos por darme a mí

vida.

Mas de lo que al presente padecía, remedio no hallaba, que si

el día que enterrábamos yo vivía, los días que no había muerto,

por quedar bien vezado de la hartura, tornando a mi cuotidiana

)14(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

hambre, más lo sentía. De manera que en nada hallaba descanso,

salvo en la muerte, que yo también para mí como para los otros

deseaba algunas veces; mas no la vía, aunque estaba siempre en

mí.

Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo, mas por

dos cosas lo dejaba: la primera, por no me atrever a mis piernas,

por temer de la flaqueza que de pura hambre me venía; y la otra,

consideraba y decia: «Yo he tenido dos amos: el primero traíame

muerto de hambre y, dejándole, topé con estotro, que me tiene ya

con ella en la sepultura. Pues si deste desisto y doy en otro más

bajo, ¿qué será sino fenecer?».

Con esto no me osaba menear, porque tenía por fe que todos

los grados había de hallar más ruines; y a bajar otro punto, no

sonara Lázaro ni se oyera en el mundo.

Pues, estando en tal aflicción, cual ruega al Señor librar della

a todo fiel cristiano, y sin saber darme consejo, viéndome ir de

mal en peor, un día que el cuitado ruin y lacerado de mi amo

había ido fuera del lugar, llegóse acaso a mi puerta un calderero, el

cual yo creo que fue ángel enviado a mí por la mano de Dios en

aquel hábito. Preguntóme si tenía algo que adobar.

«En mí teníades bien que hacer, y no haríades poco si me

remediásedes», dije paso, que no me oyó; mas como no era tiempo

de gastarlo en decir gracias, alumbrado por el Espíritu Santo, le

dije:

«Tio, una llave de este arca he perdido, y temo mi señor me

azote. Porvuestra vida, veáis si en ésas que traéis hay alguna que le

haga, que yo os lo pagaré».

Comenzó a probar el angélico caldedero una y otra de un

gran sartal que dellas traía, y yo ayudalle con mis flacas oraciones.

Cuando no me cato, veo en figura de panes, como dicen, la cara

de Dios dentro del arcaz; y, abierto, díjele:

«Yo no tengo dineros que os dar por la llave, mas tomad de

ahí el pago».

Él tomó un bodigo de aquéllos, el que mejor le pareció, y

dándome mi llave se fue muy contento, dejándome más a mí.

Mas no toqué en nada por el presente, porque no fuese la falta

sentida, y aun, porque me vi de tanto bien señor, parecióme que

la hambre no se me osaba allegar. Vino el mísero de mi amo, y

quiso Dios no miró en la oblada que el ángel había llevado.

Y otro día, en saliendo de casa, abro mi paraíso panal, y tomo

entre las manos y dientes un bodigo, y en dos credos le hice

invisible, no se

me olvidando el arca abierta; y comienzo a barrer la casa con

mucha alegría, pareciéndome con aquel remedio remediar dende

en adelante la triste vida. Y así estuve con ello aquel día y otro

gozoso. Mas no estaba en mi dicha que me durase mucho aquel

descanso, porque luego al tercero día me vino la terciana derecha,

y fue que veo a deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro

arcaz volviendo y revolviendo, contando y tornando a contar los

panes.

Yo disimulaba, y en mi secreta oración y devociones y plegarias

decía: «¡Sant Juan y ciégale!».

Después que estuvo un gran rato echando la cuenta, por días

y dedos contando, dijo:

«Si no tuviera a tan buen recaudo esta arca, yo dijera que me

habían tomado della panes; pero de hoy más, sólo por cerrar la

puerta a la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos: nueve

quedan y un pedazo».

«¡Nuevas malas te dé Dios!», dijo yo entre mí. Parecióme con

lo que dijo pasarme el corazón con saeta de montero, y

comenzóme el estómago a escarbar de hambre, viéndose puesto

en la dieta pasada.

Se fue fuera de casa el clérigo y yo, por consolarme, abro el

arca, y como vi el pan, comencélo de adorar, no osando recebillo.

Contélos, si a dicha el lacerado se errara, y hallé su cuenta más

verdadera que yo quisiera. Lo más que yo pude hacer fue dar en

ellos mil besos y, lo más delicado que yo pude, del partido partí

un poco al pelo que él estaba; y con aquél pasé aquel día, no tan

)15(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

alegre como el pasado.

Mas como la hambre creciese, mayormente que tenía el

estómago hecho a más pan aquellos dos o tres días ya dichos,

moría mala muerte; tanto, que otra cosa no hacía en viéndome

solo sino abrir y cerrar el arca y contemplar en aquella cara de

Dios, que ansí dicen los niños. Mas el mesmo Dios, que socorre a

los afligidos, viéndome en tal estrecho, trujo a mi memoria un

pequeño remedio; que, considerando entre mí, dije:

«Este arquetón es viejo y grande y roto por algunas partes,

aunque pequeños agujeros. Puédese pensar que ratones, entrando

en él, hacen daño a este pan. Sacarlo entero no es cosa conveniente,

porque verá la falta el que en tanta me hace vivir. Esto bien se

sufre».

Y comienzo a desmigajar el pan sobre unos no muy costosos

manteles que allí estaban; y tomo uno y dejo otro, de manera que

en cada cual de tres o cuatro desmigajé su poco; después, como

quien toma gragea, lo comí, y algo me consolé. Mas él, como

viniese a comer y abriese el arca, vio el mal pesar, y sin duda creyó

ser ratones los que el daño habían hecho, porque estaba muy al

propio contrahecho de como ellos lo suelen hacer. Miró todo el

arcaz de un cabo a otro y viole ciertos agujeros por do sospechaba

habían entrado. Llamóme, diciendo: «¡Lázaro! ¡Mira, mira qué

persecución ha venido aquesta noche por nuestro pan!».

Yo híceme muy maravillado, preguntándole qué sería.

«¡Qué ha de ser! -dijo él-. Ratones, que no dejan cosa a vida».

Pusímonos a comer, y quiso Dios que aun en esto me fue

bien, que me cupo más pan que la laceria que me solía dar, porque

rayó con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo:

«Cómete eso, que el ratón cosa limpia es».

Y así aquel día, añadiendo la ración del trabajo de mis manos,

o de mis uñas, por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo

nunca empezaba. Y luego me vino otro sobresalto, que fue verle

andar solícito, quitando clavos de las paredes y buscando tablillas,

con las cuales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca.

«¡Oh, Señor mío! -dije yo entonces-, ¡a cuánta miseria y fortuna

y desastres estamos puestos los nacidos, y cuán poco duran los

placeres de esta nuestra trabajosa vida! Heme aquí que pensaba

con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi laceria, y

estaba ya cuanto que alegre y de buena ventura; mas no quiso mi

desdicha, despertando a este lacerado de mi amo y poniéndole

más diligencia de la que él de suyo se tenía (pues los míseros por

la mayor parte nunca de aquella carecen), agora, cerrando los

agujeros del arca, ciérrase la puerta a mi consuelo y la abriese a

mis trabajos».

Así lamentaba yo, en tanto que mi solícito carpintero con

muchos clavos y tablillas dio fin a sus obras, diciendo:

«Agora, traidores ratones, conviéneos mudar propósito, que

en esta casa mala medra tenéis».

De que salió de su casa, voy a ver la obra y hallé que no dejó

en la triste y vieja arca agujero ni aun por dónde le pudiese entrar

un mosquito. Abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza

de sacar provecho, y vi los dos o tres panes comenzados, los que

mi amo creyó ser ratonados, y dellos todavía saqué alguna laceria,

tocándolos muy ligeramente, a uso de esgrimidor diestro. Como

la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta, siempre,

noche y día, estaba pensando la manera que tenía en sustentar el

vivir; y pienso, para hallar estos negros remedios, que me era luz

la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se avisa y al contrario

con la hartura, y así era por cierto en mí.

Pues estando una noche desvelado en este pensamiento,

pensando como me podría valer y aprovecharme del arcaz, sentí

que mi amo dormía, porque lo mostraba con roncar y en unos

resoplidos grandes que daba cuando estaba durmiendo. Levantéme

muy quedito y, habiendo en el día pensado lo que había de hacer

y dejado un cuchillo viejo que por allí andaba en parte do le hallase,

voyme al triste arcaz, y por do había mirado tener menos defensa

le acometí con el cuchillo, que a manera de barreno dél usé. Y

)16(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

como la antiquísima arca, por ser de tantos años, la hallase sin

fuerza y corazón, antes muy blanda y carcomida, luego se me

rindió, y consintió en su costado por mi remedio un buen agujero.

Esto hecho, abro muy paso la llagada arca y, al tiento, del pan que

hallé partido hice según está escrito. Y con aquello algún tanto

consolado, tornando a cerrar, me volví a mis pajas, en las cuales

reposé y dormí un poco, lo cual yo hacía mal, y echábalo al no

comer; y ansí sería, porque cierto en aquel tiempo no me debían

de quitar el sueño los cuidados del rey de Francia.

Otro día fue por el señor mi amo visto el daño así del pan

como del agujero que yo había hecho, y comenzó a dar a los

diablos los ratones y decir:

«¿Qué diremos a esto? ¡Nunca haber sentido ratones en esta

casa sino agora!».

Y sin duda debía de decir verdad; porque si casa había de

haber en el reino justamente de ellos privilegiada, aquélla de razón

había de ser, porque no suelen morar donde no hay qué comer.

Torna a buscar clavos por la casa y por las paredes y tablillas a

tapárselos. Venida la noche y su reposo, luego era yo puesto en

pie con mi aparejo, y cuantos él tapaba de día, destapaba yo de

noche. En tal manera fue, y tal priesa nos dimos, que sin duda por

esto se debió decir:

«Donde una puerta se cierra, otra se abre».

Finalmente, parecíamos tener a destajo la tela de Penélope,

pues cuanto él tejía de día, rompía yo de noche; así en pocos días

y noches pusimos la pobre despensa de tal forma, que quien

quisiera propiamente della hablar, más corazas viejas de otro

tiempo que no arcaz la llamara, según la clavazón y tachuelas sobre

sí tenía.

De que vio no le aprovechar nada su remedio, dijo:

«Este arcaz está tan maltratado y es de madera tan vieja y

flaca, que no habrá ratón a quien se defienda; y va ya tal que, si

andamos más con él, nos dejará sin guarda; y aun lo peor, que

aunque hace poca, todavía hará falta faltando, y me pondrá en

costa de tres o cuatro reales. El mejor remedio que hallo, pues el

de hasta aquí no aprovecha, armaré por de dentro a estos ratones

malditos».

Luego buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso

que a los vecinos pedía, contino el gato estaba armado dentro del

arca, lo cual era para mí singular auxilio; porque, puesto caso que

yo no había menester muchas salsas para comer, todavía me

holgaba con las cortezas del queso que de la ratonera sacaba, y sin

esto no perdonaba el ratonar del bodigo.

Como hallase el pan ratonado y el queso comido y no cayese

el ratón que lo comía, dábase al diablo, preguntaba a los vecinos

qué podría ser comer el queso y sacarlo de la ratonera, y no caer

ni quedar dentro el ratón, y hallar caída la trampilla del gato.

Acordaron los vecinos no ser el ratón el que este daño hacía,

porque no fuera menos de haber caído alguna vez. Díjole un

vecino:

«En vuestra casa yo me acuerdo que solía andar una culebra,

y ésta debe ser sin duda. Y lleva razón que, como es larga, tiene

lugar de tomar el cebo; y aunque la coja la trampilla encima, como

no entre toda dentro, tórnase a salir».

Cuadró a todos lo que aquél dijo, y alteró mucho a mi amo; y

dende en adelante no dormía tan a sueño suelto, que cualquier

gusano de la madera que de noche sonase, pensaba ser la culebra

que le roía el arca. Luego era puesto en pie, y con un garrote que

a la cabecera, desde que aquello le dijeron, ponía, daba en la

pecadora del arca grandes garrotazos, pensando espantar la

culebra. A los vecinos despertaba con el estruendo que hacía, y a

mí no me dejaba dormir. íbase a mis pajas y trastornábalas, y a mí

con ellas, pensando que se iba para mí y se envolvía en mis pajas

o en mi sayo, porque le decían que de noche acaecía a estos

animales, buscando calor, irse a las cunas donde están criaturas y

aun mordellas y hacerles peligrar. Yo las más veces hacía del

dormido, y en las mañas decíame él:

«Esta noche, mozo, ¿no sentiste nada? Pues tras la culebra

)17(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

anduve, y aun pienso se ha de ir para ti a la cama, que son muy

frías y buscan calor».

«Quiera Dios que no me muerda -decía yo-, que harto miedo

le tengo».

De esta manera andaba tan elevado y levantado del sueño,

que, mi fe, la culebra (o culebro, por mejor decir) no osaba roer

de noche ni levantarse al arca; mas de día, mientra estaba en la

iglesia o por el lugar, hacía mis saltos: los cuales daños viendo él y

el poco remedio que les podía poner andaba de noche, como

digo, hecho trasgo.

Yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase

con la llave que debajo de las pajas tenía, y parecióme lo más

seguro metella de noche en la boca. Porque ya, desde que viví con

el ciego, la tenía tan hecha bolsa que me acaeció tener en ella

doce o quince maravedís, todo en medias blancas, sin que me

estorbasen el comer; porque de otra manera no era señor de una

blanca que el maldito ciego no cayese con ella, no dejando costura

ni remiendo que no me buscaba muy a menudo. Pues ansí, como

digo, metía cada noche la llave en la boca, y dormía sin recelo que

el brujo de mi amo cayese con ella; mas cuando la desdicha ha de

venir, por demás es diligencia.

Quisieron mis hados, o por mejor decir mis pecados, que

una noche

que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que

abierta debía tener, de tal manera y postura, que el aire y resoplo

que yo durmiendo echaba salía por lo hueco de la llave, que de

cañuto era, y silbaba, según mi desastre quiso, muy recio, de tal

manera que el sobresaltado de mi amo lo oyó y creyó sin duda ser

el silbo de la culebra; y cierto lo debía parecer.

Levantóse muy paso con su garrote en la mano, y al tiento y

sonido de la culebra se llegó a mí con mucha quietud, por no ser

sentido de la culebra; y como cerca se vio, pensó que allí en las

pajas do yo estaba echado, al calor mío se había venido. Levantando

bien el palo, pensando tenerla debajo y darle tal garrotazo que la

matase, con toda su fuerza me descargó en la cabeza un tan gran

golpe, que sin ningún sentido y muy mal descalabrado me dejó.

Como sintió que me había dado, según yo debía hacer gran

sentimiento con el fiero golpe, contaba él que se había llegado a

mí y dándome grandes voces, llamándome, procuró recordarme.

Mas como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que

se me iba, y conoció el daño que me había hecho, y con mucha

priesa fue a buscar lumbre. Y llegando con ella, hallóme quejando,

todavía con mi llave en la boca, que nunca la desamparé, la mitad

fuera, bien de aquella manera que debía estar al tiempo que silbaba

con ella.

Espantado el matador de culebras qué podría ser aquella llave,

miróla, sacándomela del todo de la boca, y vio lo que era, porque

en las guardas nada de la suya diferenciaba. Fue luego a proballa,

y con ella probó el maleficio. Debió de decir el cruel cazador:

«El ratón y culebra que me daban guerra y me comían mi

hacienda he hallado».

De lo que sucedió en aquellos tres días siguientes ninguna fe

daré, porque los tuve en el vientre de la ballena; mas de cómo

esto que he contado oí, después que en mí torné, decir a mi amo,

el cual a cuantos allí venían lo contaba por extenso.

A cabo de tres días yo torné en mi sentido y vine echado en

mis pajas, la cabeza toda emplastada y llena de aceites y ungüentos

y, espantado, dije:

«¿Qué es esto?».

Respondióme el cruel sacerdote:

«A fe, que los ratones y culebras que me destruían ya los he

cazado».

Y miré por mí, y vime tan maltratado que luego sospeché mi

mal.

A esta hora entró una vieja que ensalmaba, y los vecinos, y

comiénzanme a quitar trapos de la cabeza y curar el garrotazo. Y

como me hallaron vuelto en mi sentido, holgáronse mucho y

dijeron:

)18(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

«Pues ha tornado en su acuerdo, placerá a Dios no será nada».

Ahí tornaron de nuevo a contar mis cuitas y a reírlas, y yo,

pecador, a llorarlas. Con todo esto, diéronme de comer, que estaba

transido de hambre, y apenas me pudieron remediar. Y ansí, de

poco en poco, a los quince días me levanté y estuve sin peligro,

mas no sin hambre, y medio sano.

Luego otro día que fui levantado, el señor mi amo me tomó

por la mano y sacóme la puerta fuera y, puesto en la calle, díjome:

«Lázaro, de hoy más eres tuyo y no mío. Busca amo y vete

con Dios, que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor.

No es posible sino que hayas sido mozo de ciego».

Y santiguándose de mí como si yo estuviera endemoniado,

tórnase a meter en casa y cierra su puerta.

)19(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

TRATADO TERCERO

Cómo Lázaro se asentó con un escudero,

y de lo que le acaeció con él.

ESTA MANERA ME FUE FORZADO sacar fuerzas de flaqueza

y, poco a poco, con ayuda de las buenas gentes di

comigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde con

la merced de Dios dende a quince días se me cerró la herida; y

mientras estaba malo, siempre me daban alguna limosna, mas

después que estuve sano, todos me decían:

«Tú, bellaco y gallofero eres. Busca, busca un amo a quien

sirvas.»

«¿Y adónde se hallará ése -decía yo entre mí- si Dios agora de

nuevo, como crió el mundo, no le criase?

Andando así discurriendo de puerta en puerta, con harto

poco remedio, porque ya la caridad se subió al cielo, topóme Dios

con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien

peinado, su paso y compás en orden. Miróme, y yo a él, y díjome:

«Mochacho, ¿buscas amo?».

Yo le dije:

«Sí, señor».

D

)20(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

«Pues vente tras mí -me respondió- que Dios te ha hecho

merced en topar comigo. Alguna buena oración rezaste hoy».

Y seguíle, dando gracias a Dios por lo que le oí, y también

que me parecía, según su hábito y continente, ser el que yo había

menester.

Era de mañana cuando este mi tercero amo topé, y llevóme

tras sí gran parte de la ciudad. Pasábamos por las plazas do se

vendía pan y otras provisiones.

Yo pensaba y aun deseaba que allí me quería cargar de lo que

se vendía, porque ésta era propria hora cuando se suele proveer

de lo necesario; mas muy a tendido paso pasaba por estas cosas.

«Por ventura no lo vee aquí a su contento -decía yo- y querrá

que lo compremos en otro cabo».

Desta manera anduvimos hasta que dio las once. Entonces

se entró en la iglesia mayor, y yo tras él, y muy devotamente le vi

oír misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fue acabado y

la gente ida. Entonces salimos de la iglesia.

A buen paso tendido comenzamos a ir por una calle abajo.

Yo iba el más alegre del mundo en ver que no nos habíamos

ocupado en buscar de comer.

Bien consideré que debía ser hombre, mi nuevo amo, que se

proveía en junto, y que ya la comida estaría a punto tal y como yo

la deseaba y aun la había menester.

En este tiempo dio el reloj la una después de mediodía, y

llegamos a una casa ante la cual mi amo se paró, y yo con él; y

derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una

llave de la manga y abrió su puerta y entramos en casa; la cual

tenía la entrada obscura y lóbrega de tal manera que parece que

ponía temor a los que en ella entraban, aunque dentro della estaba

un patio pequeño y razonables cámaras.

Desque fuimos entrados, quita de sobre sí su capa y,

preguntando si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos,

y muy limpiamente soplando un poyo que allí estaba, la puso en

él. Y hecho esto, sentóse cabo della, preguntándome muy por

extenso de dónde era y cómo había venido a aquella ciudad; y yo

le di más larga cuenta que quisiera, porque me parecía más

conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla que

de lo que me pedía. Con todo eso, yo le satisfice de mi persona lo

mejor que mentir supe, diciendo mis bienes y callando lo demás,

porque me parecía no ser para en cámara.

Esto hecho, estuvo ansí un poco, y yo luego vi mala señal,

por ser ya casi las dos y no le ver más aliento de comer que a un

muerto. Después desto, consideraba aquel tener cerrada la puerta

con llave ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la

casa. Todo lo que yo había visto eran paredes, sin ver en ella

silleta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcaz como el de

marras: finalmente, ella parecía casa encantada. Estando así,

díjome:

«Tú, mozo, ¿has comido?».

«No, señor -dije yo-, que aún no eran dadas las ocho cuando

con vuestra merced encontré».

«Pues, aunque de mañana, yo había almorzado, y cuando ansí

como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy ansí. Por

eso, pásate como pudieres, que después cenaremos».

Vuestra merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco

de caer de mi estado, no tanto de hambre como por conocer de

todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron

de nuevo mis fatigas, y torné a llorar mis trabajos; allí se me vino

a la memoria la consideración que hacía cuando me pensaba ir

del clérigo, diciendo que aunque aquél era desventurado y mísero,

por ventura toparía con otro peor: finalmente, allí lloré mi trabajosa

vida pasada y mi cercana muerte venidera. Y con todo, disimulando

lo mejor que pude:

«Señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito

Dios. Deso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de

mejor garganta, y ansí fui yo loado della fasta hoy día de los amos

que yo he tenido».

«Virtud es ésa -dijo él- y por eso te querré yo más, porque el

)21(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

hartar es de los puercos y el comer regaladamente es de los

hombres de bien».

«¡Bien te he entendido! -dije yo entre mí- ¡Maldita tanta

medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo hallan

en la hambre!».

Púseme a un cabo del portal y saqué unos pedazos de pan del

seno, que me habían quedado de los de por Dios. Él, que vio esto,

díjome:

«Ven acá, mozo. ¿Qué comes?». Yo lleguéme a él y mostréle

el pan. Tomóme él un pedazo, de tres que eran el mejor y más

grande, y díjome:

«Por mi vida, que parece éste buen pan».

«¡Y cómo! ¿Agora -dije yo-, señor, es bueno?».

«Sí, a fe -dijo él-. ¿Adónde lo hubiste? ¿Si es amasado de

manos limpias?».

«No sé yo eso -le dije-; mas a mí no me pone asco el sabor

dello».

«Así ruega a Dios» -dijo el pobre de mi amo.

Y llevándolo a la boca, comenzó a dar en él tan fieros bocados

como yo en lo otro.

«Sabrosísimo pan está -dijo-, por Dios».

Y como le sentí de qué pie cojeaba, dime priesa, porque le vi

en disposición, si acababa antes que yo, se comediría a ayudarme

a lo que me quedase; y con esto acabamos casi a una. Y mi amo

comenzó a sacudir con las manos unas pocas de migajas, y bien

menudas, que en los pechos se le habían quedado, y entró en una

camareta que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy

nuevo, y desque hubo bebido convidóme con él. Yo, por hacer

del continente, dije:

«Señor, no bebo vino».

«Agua es -me respondió-. Bien puedes beber».

Entonces tomé el jarro y bebí, no mucho, porque de sed no

era mi congoja. Ansí estuvimos hasta la noche, hablando en cosas

que me preguntaba, a las cuales yo le respondí lo mejor que supe.

En este tiempo metióme en la cámara donde estaba el jarro de

que bebimos, y díjome:

«Mozo, párate allí y verás, cómo hacemos esta cama, para

que la sepas hacer de aquí adelante».

Púseme de un cabo y él del otro y hecimos la negra cama, en

la cual no había mucho que hacer, porque ella tenía sobre unos

bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa que, por no

estar muy continuada a lavarse, no parecía colchón, aunque servía

dél, con harta menos lana que era menester. Aquél tendimos,

haciendo cuenta de ablandalle, lo cual era imposible, porque de lo

duro mal se puede hacer blando. El diablo del enjalma maldita la

cosa tenía dentro de sí, que puesto sobre el cañizo todas las cañas

se señalaban y parecían a lo propio entrecuesto de flaquísimo

puerco; y sobre aquel hambriento colchón un alfamar del mesmo

jaez, del cual el color yo no pude alcanzar. Hecha la cama y la

noche venida, díjome:

«Lázaro, ya es tarde, y de aquí a la plaza hay gran trecho.

También en esta ciudad andan muchos ladrones que siendo de

noche capean. Pasemos como podamos y mañana, venido el día,

Dios hará merced; porque yo, por estar solo, no estoy proveído,

antes he comido estos días por allá fuera, mas agora hacerlo hemos

de otra manera».

«Señor, de mí -dije yo- ninguna pena tenga vuestra merced,

que sé pasar una noche y aun más, si es menester, sin comer».

«Vivirás más y más sano -me respondió-, porque como

decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho que

comer poco».

«Si por esa vía es -dije entre mí-, nunca yo moriré, que siempre

he guardado esa regla por fuerza, y aun espero en mi desdicha

tenella toda mi vida».

Y acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el

jubón, y mandóme echar a sus pies, lo cual yo hice; mas ¡maldito

el sueño que yo dormí! Porque las cañas y mis salidos huesos en

toda la noche dejaron de rifar y encenderse, que con mis trabajos,

)22(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

males y hambre, pienso que en mi cuerpo no había libra de carne;

y también, como aquel día no había comido casi nada, rabiaba de

hambre, la cual con el sueño no tenía amistad.

Maldíjeme mil veces -¡Dios me lo perdone!- y a mi ruin

fortuna, allí lo más de la noche, y (lo peor) no osándome revolver

por no despertalle, pedí a Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida, levantámonos, y comienza a limpiar y

sacudir sus calzas y jubón y sayo y capa -y yo que le servía de

pelillo- y vístese muy a su placer de espacio. Echéle aguamanos,

peinóse y puso su espada en el talabarte y, al tiempo que la ponía,

díjome:

«¡Oh, si supieses, mozo, qué pieza es ésta! No hay marco de

oro en el mundo por que yo la diese. Mas ansí ninguna de cuantas

Antonio hizo, no acertó a ponelle los aceros tan prestos como

ésta los tiene».

Y sacóla de la vaina y tentóla con los dedos, diciendo:

«¿Vesla aquí? Yo me obligo con ella cercenar un copo de

lana». Y yo dije entre mí:

«Y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de

cuatro libras».

Tornóla a meter y ciñósela y un sartal de cuentas gruesas del

talabarte, y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo

con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de

la capa sobre el hombro y a veces so el brazo, y poniendo la

mano derecha en el costado, salió por la puerta, diciendo:

«Lázaro, mira por la casa en tanto que voy a oír misa, y haz la

cama, y ve por la vasija de agua al río, que aquí bajo está, y cierra

la puerta con llave, no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio,

porque si yo viniere en tanto pueda entrar».

Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y

continente, que quien no le conociera pensara ser muy cercano

pariente al conde de Arcos, o a lo menos camarero que le daba de

vestir.

«¡Bendito seáis vos, Señor -quedé yo diciendo-, que dais la

enfermedad y ponéis el remedio! ¿Quién encontrara a aquel mi

señor que no piense, según el contento de sí lleva, haber anoche

bien cenado y dormido en buena cama, y aun agora es de mañana,

no le cuenten por muy bien almorzado?

¡Grandes secretos son, Señor, los que vos hacéis y las gentes

ignoran!

¿A quién no engañara aquella buena disposición y razonable

capa y sayo y quién pensara que aquel gentil hombre se pasó ayer

todo el día sin comer, con aquel mendrugo de pan que su criado

Lázaro trujo un día y una noche en el arca de su seno, do no se le

podía pegar mucha limpieza, y hoy, lavándose las manos y cara, a

falta de paño de manos, se hacía servir de la halda del sayo? Nadie

por cierto lo sospechara. ¡Oh, Señor, y cuántos de aquéstos debéis

vos tener por el mundo derramados, que padecen por la negra

que llaman honra lo que por vos no sufrirían!».

Ansí estaba yo a la puerta, mirando y considerando estas cosas

y otras muchas, hasta que el señor mi amo traspuso la larga y

angosta calle, y como lo vi trasponer, tornéme a entrar en casa, y

en un credo la anduve toda, alto y bajo, sin hacer represa ni hallar

en qué. Hago la negra dura cama y tomo el jarro y doy comigo en

el río, donde en una huerta vi a mi amo en gran recuesta con dos

rebozadas mujeres, al parecer de las que en aquel lugar no hacen

falta, antes muchas tienen por estilo de irse a las mañanicas del

verano a refrescar y almorzar sin llevar qué por aquellas frescas

riberas, con confianza que no ha de faltar quién se lo dé, según las

tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar.

Y como digo, él estaba entre ellas hecho un Macías, diciéndoles

más dulzuras que Ovidio escribió. Pero como sintieron dél que

estaba bien enternecido, no se les hizo de vergüenza pedirle de

almorzar con el acostumbrado pago. Él, sintiéndose tan frío de

bolsa cuanto estaba caliente del estómago, tomóle tal calofrío

que le robó la color del gesto, y comenzó a turbarse en la plática

y a poner excusas no validas. Ellas, que debían ser bien instituídas,

como le sintieron la enfermedad, dejáronle para el que era.

)23(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

Yo, que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con los

cuales me desayuné, con mucha diligencia, como mozo nuevo,

sin ser visto de mi amo, torné a casa, de la cual pensé barrer

alguna parte, que era bien menester, mas no hallé con qué. Púseme

a pensar qué haría, y parecióme esperar a mi amo hasta que el día

demediase y si viniese y por ventura trajese algo que comiésemos;

mas en vano fue mi experiencia.

Desque vi ser las dos y no venía y la hambre me aquejaba,

cierro mi puerta y pongo la llave do mandó, y tórnome a mi

menester. Con baja y enferma voz e inclinadas mis manos en los

senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre,

comienzo a pedir pan por las puertas y casas más grandes que me

parecía. Mas como yo este oficio le hobiese mamado en la leche,

quiero decir que con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan

suficiente discípulo salí que, aunque en este pueblo no había caridad

ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me di que, antes

que el reloj diese las cuatro, ya yo tenía otras tantas libras de pan

ensiladas en el cuerpo y más de otras dos en las mangas y senos.

Volvíme a la posada y al pasar por la tripería pedí a una de aquellas

mujeres, y diome un pedazo de uña de vaca con otras pocas de

tripas cocidas.

Cuando llegué a casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella,

doblada su capa y puesta en el poyo, y él paseándose por el patio.

Como entro, vínose para mí. Pensé que me quería reñir la tardanza,

mas mejor lo hizo Dios.

Preguntóme dó venía. Yo le dije:

«Señor, hasta que dio las dos estuve aquí, y de que vi que V.

M. no venía, fuime por esa ciudad a encomendarme a las buenas

gentes, y hanme dado esto que veis».

Mostréle el pan y las tripas que en un cabo de la halda traía, a

lo cual él mostró buen semblante y dijo:

«Pues esperado te he a comer, y de que vi que no veniste,

comí. Mas tú haces como hombre de bien en eso, que más vale

pedillo por Dios que no hurtallo, y ansí Él me ayude como ello

me parece bien. Y solamente te encomiendo no sepan que vives

comigo, por lo que toca a mi honra, aunque bien creo que será

secreto, según lo poco que en este pueblo soy conocido. ¡Nunca

a él yo hubiera de venir!».

«De eso pierda, señor, cuidado -le dije yo-, que maldito aquél

que ninguno tiene de pedirme esa cuenta ni yo de dalla».

«Agora, pues, come, pecador. Que, si a Dios place, presto

nos veremos sin necesidad; aunque te digo que después que en

esta casa entré, nunca bien me ha ido. Debe ser de mal suelo, que

hay casas desdichadas y de mal pie, que a los que viven en ellas

pegan la desdicha. Ésta debe de ser sin duda de ellas; mas yo te

prometo, acabado el mes, no quede en ella aunque me la den por

mía».

Sentéme al cabo del poyo y, porque no me tuviese por glotón,

callé la merienda; y comienzo a cenar y morder en mis tripas y

pan, y disimuladamente miraba al desventurado señor mío, que

no partía sus ojos de mis faldas, que aquella sazón servían de

plato. Tanta lástima haya Dios de mí como yo había dél, porque

sentí lo que sentía, y muchas veces había por ello pasado y pasaba

cada día. Pensaba si sería bien comedirme a convidalle; mas por

me haber dicho que había comido, temía me no aceptaría el

convite. Finalmente, yo deseaba aquel pecador ayudase a su trabajo

del mío, y se desayunase como el día antes hizo, pues había mejor

aparejo, por ser mejor la vianda y menos mi hambre.

Quiso Dios cumplir mi deseo, y aun pienso que el suyo,

porque, como comencé a comer y él se andaba paseando llegóse

a mí y díjome:

«Dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en

mi vida vi a hombre, y que nadie te lo verá hacer que no le pongas

gana aunque no la tenga».

«La muy buena que tú tienes -dije yo entre mí- te hace parecer

la mía hermosa».

Con todo, parecióme ayudarle, pues se ayudaba y me abría

camino para ello, y díjele:

)24(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

«Señor, el buen aparejo hace buen artífice. Este pan está

sabrosísimo y esta uña de vaca tan bien cocida y sazonada, que no

habrá a quien no convide con su sabor».

«¿Uña de vaca es?».

«Si, señor».

«Dígote que es el mejor bocado del mundo, que no hay faisán

que ansí me sepa».

«Pues pruebe, señor, y verá qué tal está.»

Póngole en las uñas la otra y tres o cuatro raciones de pan de

lo más blanco y asentóseme al lado, y comienza a comer como

aquel que lo había gana, royendo cada huesecillo de aquéllos mejor

que un galgo suyo lo hiciera.

«Con almodrote -decía- es éste singular manjar».

«Con mejor salsa lo comes tú», respondí yo paso.

«Por Dios, que me ha sabido como si hoy no hobiera comido

bocado».

«¡Ansí me vengan los buenos años como es ello!» -dije yo

entre mí.

Pidióme el jarro del agua y díselo como lo había traído. Es

señal que, pues no le faltaba el agua, que no le había a mi amo

sobrado la comida. Bebimos, y muy contentos nos fuimos a dormir

como la noche pasada.

Y por evitar prolijidad, desta manera estuvimos ocho o diez

días, yéndose el pecador en la mañana con aquel contento y paso

contado a papar aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro

una cabeza de lobo. Contemplaba yo muchas veces mi desastre,

que escapando de los amos ruines que había tenido y buscando

mejoría, viniese a topar con quien no solo no me mantuviese,

mas a quien yo había de mantener.

Con todo, le quería bien, con ver que no tenía ni podía más,

y antes le había lástima que enemistad; y muchas veces, por llevar

a la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal. Porque una

mañana, levantándose el triste en camisa, subió a lo alto de la casa

a hacer sus menesteres, y en tanto yo, por salir de sospecha,

desenvolvíle el jubón y las calzas que a la cabecera dejó, y hallé

una bolsilla de terciopelo raso hecho cien dobleces y sin maldita

la blanca ni señal que la hobiese tenido mucho tiempo.

«Éste -decía yo- es pobre y nadie da lo que no tiene. Mas el

avariento ciego y el malaventurado mezquino clérigo que, con

dárselo Dios a ambos, al uno de mano besada y al otro de lengua

suelta, me mataban de hambre, aquéllos es justo desamar y aquéste

de haber mancilla».

Dios es testigo que hoy día, cuando topo con alguno de su

hábito, con aquel paso y pompa, le he lástima, con pensar si padece

lo que aquél le vi sufrir; al cual con toda su pobreza holgaría de

servir más que a los otros por lo que he dicho. Sólo tenía dél un

poco de descontento: que quisiera yo me no tuviera tanta

presunción, mas que abajara un poco su fantasía con lo mucho

que subía su necesidad. Mas, según me parece, es regla ya entre

ellos usada y guardada; aunque no haya cornado de trueco, ha de

andar el birrete en su lugar. El Señor lo remedie, que ya con este

mal han de morir.

Pues, estando yo en tal estado, pasando la vida que digo, quiso

mi mala fortuna, que de perseguirme no era satisfecha, que en

aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. Y fue, como el

año en esta tierra fuese estéril de pan, acordaron el Ayuntamiento

que todos los pobres estranjeros se fuesen de la ciudad, con pregón

que el que de allí adelante topasen fuese punido con azotes. Y así,

ejecutando la ley, desde a cuatro días que el pregón se dio, vi llevar

una procesión de pobres azotando por las Cuatro Calles, lo cual

me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme a

demandar.

Aquí viera, quien vello pudiera, la abstinencia de mi casa y la

tristeza y silencio de los moradores, tanto que nos acaeció estar

dos o tres días sin comer bocado, ni hablaba palabra. A mí

diéronme la vida unas mujercillas hilanderas de algodón, que hacían

bonetes y vivían par de nosotros, con las cuales yo tuve vecindad

y conocimiento; que de la laceria que les traían me daban alguna

)25(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

cosilla, con la cual muy pasado me pasaba.

Y no tenía tanta lástima de mí como del lastimado de mi

amo, que en ocho días maldito el bocado que comió. A lo menos,

en casa bien lo estuvimos sin comer. No sé yo cómo o dónde

andaba y qué comía. ¡Y velle venir a mediodía la calle abajo con

estirado cuerpo, más largo que galgo de buena casta! Y por lo que

toca a su negra que dicen honra, tomaba una paja de las que aun

asaz no había en casa, y salía a la puerta escarbando los dientes

que nada entre sí tenían, quejándose todavía de aquel mal solar

diciendo:

«Malo está de ver, que la desdicha desta vivienda lo hace.

Como ves, es lóbrega, triste, obscura. Mientras aquí estuviéremos,

hemos de padecer. Ya deseo que se acabe este mes por salir della».

Pues, estando en esta afligida y hambrienta persecución un

día, no sé por cual dicha o ventura, en el pobre poder de mi amo

entró un real, con el cual él vino a casa tan ufano como si tuviera

el tesoro de Venecia; y con gesto muy alegre y risueño me lo dio,

diciendo:

«Toma, Lázaro, que Dios ya va abriendo su mano. Ve a la

plaza y merca pan y vino y carne: ¡quebremos el ojo al diablo! Y

más, te hago saber, porque te huelgues, que he alquilado otra casa,

y en ésta desastrada no hemos de estar más de en cumplimiento

el mes. ¡Maldita sea ella y el que en ella puso la primera teja, que

con mal en ella entré! Por Nuestro Señor, cuanto ha que en ella

vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido, ni he habido

descanso ninguno; mas ¡tal vista tiene y tal obscuridad y tristeza!

Ve y ven presto, y comamos hoy como condes».

Tomo mi real y jarro y a los pies dándoles priesa, comienzo a

subir mi calle encaminando mis pasos para la plaza muy contento

y alegre. Mas ¿qué me aprovecha si está constituido en mi triste

fortuna que ningún gozo me venga sin zozobra? Y ansí fue éste;

porque yendo la calle arriba, echando mi cuenta en lo que le

emplearía que fuese mejor y más provechosamente gastado, dando

infinitas gracias a Dios que a mi amo había hecho con dinero, a

deshora me vino al encuentro un muerto, que por la calle abajo

muchos clérigos y gente en unas andas traían. Arriméme a la pared

por darles lugar, y desque el cuerpo pasó, venían luego a par del

lecho una que debía ser mujer del difunto, cargada de luto, y con

ella otras muchas mujeres; la cual iba llorando a grandes voces y

diciendo:

«Marido y señor mío, ¿adónde os me llevan? ¡A la casa triste

y desdichada, a la casa lóbrega y obscura, a la casa donde nunca

comen ni beben!».

Yo que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra, y dije:

«¡Oh desdichado de mí! Para mi casa llevan este muerto».

Dejo el camino que llevaba y hendí por medio de la gente, y

vuelvo por la calle abajo a todo el más correr que pude para mi

casa, y entrando en ella cierro a grande priesa, invocando el auxilio

y favor de mi amo, abrazándome dél, que me venga a ayudar y a

defender la entrada. El cual algo alterado, pensando que fuese

otra cosa, me dijo:

«¿Qué es eso, mozo? ¿Qué voces das? ¿Qué has? ¿Por qué

cierras la puerta con tal furia?».

«¡Oh, señor -dije yo- acuda aquí, que nos traen acá un muerto!».

«¿Cómo así?», respondió él.

«Aquí arriba lo encontré, y venía diciendo su mujer: Marido y

señor mio, ¿adónde os llevan? ¡A la casa lóbrega y obscura, a la

casa triste y desdichada, a la casa donde nunca comen ni beben!

Acá, señor, nos lo traen».

Y ciertamente, cuando mi amo esto oyó, aunque no tenía

por qué estar muy risueño, rio tanto que muy gran rato estuvo sin

poder hablar. En este tiempo tenía ya yo echada la aldaba a la

puerta y puesto el hombro en ella por más defensa. Pasó la gente

con su muerto, y yo todavía me recelaba que nos lo habían de

meter en casa; y después fue ya más harto de reír que de comer, el

bueno de mi amo díjome:

«Verdad es, Lázaro; según la viuda lo va diciendo, tú tuviste

razón de pensar lo que pensaste. Mas, pues Dios lo ha hecho

)26(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

mejor y pasan adelante, abre, abre, y ve por de comer».

«Dejálos, señor, acaben de pasar la calle», dije yo.

Al fin vino mi amo a la puerta de la calle, y ábrela

esforzándome, que bien era menester, según el miedo y alteración,

y me torno a encaminar. Mas aunque comimos bien aquel día,

maldito el gusto yo tomaba en ello, ni en aquellos tres días torné

en mi color; y mi amo muy risueño todas las veces que se le

acordaba aquella mi cosideración.

De esta manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fue

este escudero, algunos días, y en todos deseando saber la intención

de su venida y estada en esta tierra; porque desde el primer día

que con él asenté, le conocí ser estranjero, por el poco

conocimiento y trato que con los naturales della tenía. Al fin se

cumplió mi deseo y supe lo que deseaba; porque un día que

habíamos comido razonablemente y estaba algo contento,

contóme su hacienda y díjome ser de Castilla la Vieja, y que había

dejado su tierra no más de por no quitar el bonete a un caballero

su vecino.

«Señor -dije yo- si él era lo que decís y tenía más que vos, ¿no

errábades en no quitárselo primero, pues decís que él también os

lo quitaba?».

«Sí es, y sí tiene, y también me lo quitaba él a mí; mas, de

cuantas veces yo se le quitaba primero, no fuera malo comedirse

él alguna y ganarme por la mano».

«Paréceme, señor -le dije yo- que en eso no mirara,

mayormente con mis mayores que yo y que tienen más».

«Eres mochacho -me respondió- y no sientes las cosas de la

honra, en que el día de hoy está todo el caudal de los hombres de

bien. Pues te hago saber que yo soy, como vees, un escudero; mas

¡vótote a Dios!, si al conde topo en la calle y no me quita muy

bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga, me sepa

yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algún negocio, o

atravesar otra calle, si la hay, antes que llegue a mí, por no quitárselo.

Que un hidalgo no debe a otro que a Dios y al rey nada, ni es

justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en

mucho su persona. Acuérdome que un día deshonré en mi tierra

a un oficial, y quise ponerle las manos, porque cada vez que le

topaba me decía:

«Mantenga Dios a vuestra merced».

«Vos, don villano ruin -le dije yo- ¿por qué no sois bien criado?

¿Manténgaos Dios, me habéis de decir, como si fuese quienquiera?».

«De allí adelante, de aquí acullá, me quitaba el bonete y hablaba

como debía».

«¿Y no es buena manera de saludar un hombre a otro -dije

yo- decirle que le mantenga Dios?».

«¡Mira mucho de enhoramala! -dijo él-. A los hombres de

poca arte dicen eso, mas a los más altos, como yo, no les han de

hablar menos de: ?Beso las manos de vuestra merced?, o por lo

menos: ?Bésoos, señor, las manos?, si el que me habla es caballero.

Y ansí, de aquél de mi tierra que me atestaba de mantenimiento

nunca más le quise sufrir, ni sufriría ni sufriré a hombre del mundo,

del rey abajo, que ?Manténgaos Dios? me diga.»

«Pecador de mí -dije yo-, por eso tiene tan poco cuidado de

mantenerte, pues no sufres que nadie se lo ruegue.»

«Mayormente -dijo- que no soy tan pobre que no tengo en

mi tierra un solar de casas, que a estar ellas en pie y bien labradas,

diez y seis leguas de donde nací, en aquella Costanilla de Valladolid,

valdrían más de doscientas veces mil maravedís, según se podrían

hacer grandes y buenas; y tengo un palomar que, a no estar

derribado como está, daría cada año más de doscientos palominos;

y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba a mi honra.

Y vine a esta ciudad, pensando que hallaría un buen asiento, mas

no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la iglesia,

muchos hallo, mas es gente tan limitada que no los sacaran de su

paso todo el mundo. Caballeros de media talla, también me ruegan;

mas servir con éstos es gran trabajo, porque de hombre os habéis

de convertir en malilla y si no.

)27(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

«Anda con Dios» os dicen. Y las más veces son los pagamentos

a largos plazos, y las más y las más ciertas, comido por servido. Ya

cuando quieren reformar conciencia y satisfaceros vuestros

sudores, sois librados en la recámara, en un sudado jubón o raída

capa o sayo. Ya cuando asienta un hombre con un señor de título,

todavía pasa su laceria. ¿Pues por ventura no hay en mi habilidad

para servir y contestar a éstos? Por Dios, si con él topase, muy

gran su privado pienso que fuese y que mil servicios le hiciese,

porque yo sabría mentille tan bien como otro, y agradalle a las mil

maravillas: reílle ya mucho sus donaires y costumbres, aunque no

fuesen las mejores del mundo; nunca decirle cosa con que le

pesase, aunque mucho le cumpliese; ser muy diligente en su

persona en dicho y hecho; no me matar por no hacer bien las

cosas que él no había de ver, y ponerme a reñir, donde lo oyese,

con la gente de servicio, porque pareciese tener gran cuidado de

lo que a él tocaba; si riñese con algún su criado, dar unos puntillos

agudos para la encender la ira y que pareciesen en favor del culpado;

decirle bien de lo que bien le estuviese y, por el contrario, ser

malicioso, mofador, malsinar a los de casa y a los de fuera; pesquisar

y procurar de saber vidas ajenas para contárselas; y otras muchas

galas de esta calidad que hoy día se usan en palacio. Y a los señores

dél parecen bien, y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos,

antes los aborrecen y tienen en poco y llaman necios y que no

son personas de negocios ni con quien el señor se puede descuidar.

Y con éstos los astutos usan, como digo, el día de hoy, de lo que

yo usaría. Mas no quiere mi ventura que le halle».

Desta manera lamentaba también su adversa fortuna mi amo,

dándome relación de su persona valerosa.

Pues, estando en esto, entró por la puerta un hombre y una

vieja. El hombre le pide el alquiler de la casa y la vieja el de la

cama. Hacen cuenta, y de dos en dos meses le alcanzaron lo que

él en un año no alcanzara: pienso que fueron doce o trece reales.

Y él les dio muy buena respuesta: que saldría a la plaza a trocar

una pieza de a dos, y que a la tarde volviese. Mas su salida fue sin

vuelta. Por manera que a la tarde ellos volvieron, mas fue tarde.

Yo les dije que aún no era venido. Venida la noche, y él no, yo

hube miedo de quedar en casa solo, y fuime a las vecinas y contéles

el caso, y allí dormí. Venida la mañana, los acreedores vuelven y

preguntan por el vecino, mas a estotra puerta. Las mujeres le

responden:

«Veis aquí su mozo y la llave de la puerta».

Ellos me préguntaron por él y díjele que no sabía adónde

estaba y que tampoco había vuelto a casa desde que salió a trocar

la pieza, y que pensaba que de mí y de ellos se había ido con el

trueco. De que esto me oyeron, van por un alguacil y un escribano.

Y helos do vuelven luego con ellos, y toman la llave, y llámanme,

y llaman testigos, y abren la puerta, y entran a embargar la hacienda

de mi amo hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la

casa y halláronla desembarazada, como he contado, y dícenme:

«¿Qué es de la hacienda de tu amo, sus arcas y paños de pared

y alhajas de casa?»

«No sé yo eso», le respondí.

«Sin duda -dicen ellos- esta noche lo deben de haber alzado y

llevado a alguna parte. Señor alguacil, prended a este mozo, que él

sabe dónde está».

En esto vino el alguacil, y echóme mano por el collar del

jubón, diciendo:

«Mochacho, tú eres preso si no descubres los bienes deste tu

amo».

Yo, como en otra tal no me hubiese visto -porque asido del

collar, sí, había sido muchas e infinitas veces, mas era mansamente

dél trabado, para que mostrase el camino al que no vía- yo hube

mucho miedo, y llorando prometíle de decir lo que preguntaban.

«Bien está -dicen ellos-, pues di todo lo que sabes, y no hayas

temor». Sentóse el escribano en un poyo para escrebir el inventario,

preguntándome qué tenía.

«Señores -dije yo-, lo que este mi amo tiene, según él me dijo,

es un muy buen solar de casas y un palomar derribado».

)28(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

«Bien está -dicen ellos-. Por poco que eso valga, hay para nos

entregar de la deuda. ¿Y a qué parte de la ciudad tiene eso?», me

preguntaron.

«En su tierra», respondí.

«Por Dios, que está bueno el negocio -dijeron ellos-. ¿Y

adónde es su tierra?».

«De Castilla la Vieja me dijo él que era», le dije yo.

Riéronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo:

«Bastante relación es ésta para cobrar vuestra deuda, aunque

mejor fuese».

Las vecinas, que estaban presentes, dijeron:

«Señores, éste es un niño inocente, y ha pocos días que está

con ese escudero, y no sabe dél más que vuestras merecedes, sino

cuánto el pecadorcico se llega aquí a nuestra casa, y le damos de

comer lo que podemos por amor de Dios, y a las noches se iba a

dormir con él».

Vista mi inocencia, dejáronme, dándome por libre. Y el alguacil

y el escribano piden al hombre y a la mujer sus derechos, sobre lo

cual tuvieron gran contienda y ruido, porque ellos alegaron no

ser obligados a pagar, pues no había de qué ni se hacía el embargo.

Los otros decían que habían dejado de ir a otro negocio que les

importaba más por venir a aquél. Finalmente, después de dadas

muchas voces, al cabo carga un porquerón con el viejo alfamar de

la vieja, aunque no iba muy cargado. Allá van todos cinco dando

voces. No sé en qué paró. Creo yo que el pecador alfamar pagara

por todos, y bien se empleaba, pues el tiempo que había de reposar

y descansar de los trabajos pasados, se andaba alquilando.

Así, como he contado, me dejó mi pobre tercero amo, do

acabé de conocer mi ruin dicha, pues, señalándose todo lo que

podría contra mí, hacía mis negocios tan al revés, que los amos,

que suelen ser dejados de los mozos, en mí no fuese ansí, mas que

mi amo me dejase y huyese de mí.

TRATADO CUARTO

Cómo Lázaro se asentó con un fraile de la Merced,

y de lo que le acaeció con él

UBE DE BUSCAR EL CUARTO, y éste fue un fraile de la

Merced, que las mujercillas que digo me encaminaron,

al cual ellas le llamaban pariente: gran enemigo del coro

y de comer en el convento, perdido por andar fuera, amicísimo

de negocios seglares y visitar, tanto que pienso que rompía él más

zapatos que todo el convento. Éste me dio los primeros zapatos

que rompí en mi vida, mas no me duraron ocho días, ni yo pude

con su trote durar más. Y por esto y por otras cosillas que no

digo, salí dél.

)29(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

TRATADO QUINTO

Cómo Lázaro se asentó con un buldero,

y de las cosas que con él pasó

N EL QUINTO POR MI VENTURA DI, que fue un buldero, el

más desenvuelto y desvengonzado y el mayor echador

dellas que jamás yo vi ni ver espero ni pienso que nadie

vio; porque tenía y buscaba modos y maneras y muy sotiles

invenciones.

En entrando en los lugares do habían de presentar la bula,

primero presentaba a los clérigos o curas algunas cosillas, no

tampoco de mucho valor ni substancia: una lechuga murciana, si

era por el tiempo, un par de limas o naranjas, un melocotón, un

par de duraznos, cada sendas peras verdiniales.

Ansí procuraba tenerlos propicios porque favoreciesen su

negocio y llamasen sus feligreses a tomar la bula.

Ofreciéndosele a él las gracias, informábase de la suficiencia

dellos. Si decían que entendían, no hablaba palabra en latín por

no dar tropezón; mas aprovechábase de un gentil y bien cortado

romance y desenvoltísima lengua.

H

)30(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

Y si sabía que los dichos clérigos eran de los reverendos, digo

que más con dineros que con letras y con reverendas se ordena,

hacíase entre ellos un Santo Tomás y hablaba dos horas en latín:

a lo menos, que lo parecía aunque no lo era.

Cuando por bien no le tomaban las bulas, buscaba cómo por

mal se las tomasen, y para aquello hacía molestias al pueblo e

otras veces con mañosos artificios. Y porque todos los que le veía

hacer sería largo de contar, diré uno muy sotil y donoso, con el

cual probaré bien su suficiencia.

En un lugar de la Sagra de Toledo había predicado dos o tres

días, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habían

tomado bula, ni a mi ver tenían intención de se la tomar. Estaba

dado al diablo con aquello y, pensando qué hacer, se acordó de

convidar al pueblo, para otro día de mañana despedir la bula.

Y esa noche, después de cenar, pusiéronse a jugar la colación

él y el alguacil, y sobre el juego vinieron a reñir y a haber malas

palabras. Él llamó al alguacil ladrón, y el otro a él falsario. Sobre

esto, el señor comisario mi señor tomó un lanzón que en el portal

do jugaban estaba. El aguacil puso mano a su espada, que en la

cinta tenía. Al ruido y voces y que todos dimos, acuden los

huéspedes y vecinos y métense en medio, y ellos muy enojados

procurándose desembarazar de los que en medio estaban, para se

matar. Mas como la gente al gran ruido cargase y la casa estuviese

llena della, viendo que no podían afrentarse con las armas, decíanse

palabras injuriosas, entre las cuales el alguacil dijo a mi amo que

era falsario y las bulas que predicaba que eran falsas.

Finalmente, que los del pueblo, viendo que no bastaban a

ponellos en paz, acordaron de llevar el alguacil de la posada a otra

parte. Y así quedó mi amo muy enojado; y después que los

huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y

se fuese a dormir, se fue. Y así nos echamos todos.

La mañana venida, mi amo se fue a la iglesia y mandó tañer a

misa y al sermón para despedir la bula. Y el pueblo se juntó, el

cual andaba murmurando de las bulas, diciendo como eran falsas

y que el mesmo alguacil riñendo lo había descubierto; de manera

que tras que tenían mala gana de tomalla, con aquello de todo la

aborrecieron.

El señor comisario se subió al púlpito y comienza su sermón,

y a animar la gente a que no quedasen sin tanto bien e indulgencia

como la santa bula traía. Estando en lo mejor del sermón, entra

por la puerta de la iglesia el alguacil y, desque hizo oración, levantóse

y con voz alta y pausada cuerdamente comenzó a decir:

«Buenos hombres, oídme una palabra, que después oiréis a

quien quisiéredes.

Yo vine aquí con este echacuervo que os predica, el cual

engañó y dijo que le favoreciese en este negocio y que partiríamos

la ganancia. Y agora, visto el daño que haría a mi conciencia y a

vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho, os declaro claramente

que las bulas que predica son falsas, y que no le creáis ni las toméis,

y que yo directe ni indirecte no soy parte en ellas, y que desde

agora dejo la vara y doy con ella en el suelo; y si algún tiempo éste

fuere castigado por la falsedad, que vosotros me seáis testigos

como yo no soy con él ni le doy a ello ayuda, antes os desengaño

y declaro su maldad».

Y acabó su razonamiento. Algunos hombres honrados que

allí estaban se quisieron levantar y echar el alguacil fuera de la

iglesia, por evitar escándalo.

Mas mi amo les fue a la mano y mandó a todos que so pena

de excomunión no le estorbasen, mas que le dejasen decir todo

lo que quisiese. Y ansí, él también tuvo silencio, mientras el alguacil

dijo todo lo que he dicho.

Como calló, mi amo le preguntó, si quería decir más, que lo

dijese. El alguacil dijo:

«Harto hay más que decir de vos y de vuestra falsedad, mas

por agora basta».

El señor comisario se hincó de rodillas en el púlpito y, puestas

las manos y mirando al cielo, dijo ansí:

«Señor Dios, a quien ninguna cosa es escondida, antes todas

)31(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

manifiestas, y a quien nada es imposible, antes todo posible, tú

sabes la verdad y cuán injustamente yo soy afrentado. En lo que a

mí toca, yo lo perdono porque tú, Señor, me perdones. No mires

a aquél que no sabe lo que hace ni dice; mas la injuria a ti hecha, te

suplico, y por justicia te pido, no disimules; porque alguno que

está aquí, que por ventura pensó tomar aquesta santa bula, dando

crédito a las falsas palabras de aquel hombre, lo dejará de hacer. Y

pues es tanto perjuicio del prójimo, te suplico yo, Señor, no lo

disimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea desta manera:

que si es verdad lo que aquél dice y que traigo maldad y falsedad,

este púlpito se hunda conmigo y meta siete estados debajo de

tierra, do él ni yo jamás parezcamos. Y si es verdad lo que yo digo

y aquél, persuadido del demonio, por quitar y privar a los que

están presentes de tan gran bien, dice maldad, también sea

castigado y de todos conocida su malicia».

Apenas había acabado su oración el devoto señor mío, cuando

el negro alguacil cae de su estado y da tan gran golpe en el suelo

que la iglesia toda hizo resonar, y comenzó a bramar y echar

espumajos por la boca y torcella, y hacer visajes con el gesto,

dando de pie y de mano, revolviéndose por aquel suelo a una

parte y a otra. El estruendo y voces de la gente era tan grande,

que no se oían unos a otros. Algunos estaban espantados y

temerosos. Unos decían:

«El Señor le socorra y valga».

Otros:

«Bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio».

Finalmente, algunos que allí estaban, y a mi parecer no sin

harto temor, se llegaron y le trabaron de los brazos, con los cuales

daba fuertes puñadas a los que cerca dél estaban. Otros le tiraban

por las piernas y tuvieron reciamente, porque no había mula falsa

en el mundo que tan recias coces tirase.

Y así le tuvieron un gran rato, porque más de quince hombres

estaban sobre él, y a todos daba las manos llenas, y si se

descuidaban, en los hocicos. A todo esto, el señor mi amo estaba

en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo,

transportado en la divina esencia, que el planto y ruido y voces

que en la iglesia había no eran parte para apartalle de su divina

contemplación.

Aquellos buenos hombres llegaron a él, y dando voces le

despertaron y le suplicaron quisiese socorrer a aquel pobre que

estaba muriendo, y que no mirase a las cosas pasadas ni a sus

dichos malos, pues ya dellos tenía el pago; mas si en algo podría

aprovechar para librarle del peligro y pasión que padecía, por

amor de Dios lo hiciese, pues ellos veían clara la culpa del culpado

y la verdad y bondad suya, pues a su petición y venganza el Señor

no alargó el castigo.

El señor comisario, como quien despierta de un dulce sueño,

los miró y miró al delincuente y a todos los que alderredor estaban,

y muy pausadamente les dijo:

«Buenos hombres, vosotros nunca habíades de rogar por un

hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado; mas

pues él nos manda que no volvamos mal por mal y perdonemos

las injurias, con confianza podremos suplicarle que cumpla lo que

nos manda, y Su Majestad perdone a éste que le ofendió poniendo

en su santa fe obstáculo. Vamos todos a suplicalle».

Y así bajó del púlpito y encomendó a que muy devotamente

suplicasen a Nuestro Señor tuviese por bien de perdonar a aquel

pecador, y volverle en su salud y sano juicio, y lanzar dél el demonio,

si Su Majestad había permitido que por su gran pecado en él

entrase. Todos se hincaron de rodillas, y delante del altar con los

clérigos comenzaban a cantar con voz baja una letanía. Y viniendo

él con la cruz y agua bendita, después de haber sobre él cantado,

el señor mi amo, puestas las manos al cielo y los ojos que casi

nada se le parecía sino un poco de blanco, comienza una oración

no menos larga que devota, con la cual hizo llorar a toda la gente

como suelen hacer en los sermones de Pasión, de predicador y

auditorio devoto, suplicando a Nuestro Señor, pues no quería la

muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento, que aquel

)32(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

encaminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado,

le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepintiese y

confesase sus pecados.

Y esto hecho, mandó traer la bula y púsosela en la cabeza; y

luego el pecador del alguacil comenzó poco a poco a estar mejor

y tornar en sí. Y desque fue bien vuelto en su acuerdo, echóse a

los pies del señor comisario y demandóle perdón, y confesó haber

dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio, lo uno

por hacer a él daño y vengarse del enojo, lo otro y más principal,

porque el demonio recibía mucha pena del bien que allí se hiciera

en tomar la bula. El señor mi amo le perdonó, y fueron hechas

las amistades entre ellos; y a tomar la bula hubo tanta priesa, que

casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella: marido y mujer,

e hijos e hijas, mozos y mozas.

Divulgóse la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos,

y cuando a ellos llegábamos, no era menester sermón ni ir a la

iglesia, que a la posada la venían a tomar como si fueran peras que

se dieran de balde. De manera que en diez o doce lugares de

aquellos alderredores donde fuimos, echó el señor mi amo otras

tantas mil bulas sin predicar sermón.

Cuando él hizo el ensayo, confieso mi pecado que también

fui dello espantado y creí que ansí era, como otros muchos; mas

con ver después la risa y burla que mi amo y el alguacil llevaban y

hacían del negocio, conocí como había sido industriado por el

industrioso e inventivo de mi amo.

Acaeciónos en otro lugar, el cual no quiero nombrar por su

honra, lo siguiente; y fue que mi amo predicó dos o tres sermones

y do a Dios la bula tomaban.

Visto por el asunto de mi amo lo que pasaba y que, aunque

decía se fiaban por un año, no aprovechaba y que estaban tan

rebeldes en tomarla y que su trabajo era perdido, hizo tocar las

campanas para despedirse. Y hecho su sermón y despedido desde

el púlpito, ya que se quería abajar, llamó al escribano y a mí, que

iba cargado con unas alforjas, e hízonos llegar al primer escalón,

y tomó al alguacil las que en las manos llevaba y las que no tenía

en las alforjas, púsolas junto a sus pies, y tornóse a poner en el

púlpito con cara alegre y arrojar desde allí de diez en diez y de

veinte en veinte de sus bulas hacia todas partes, diciendo:

«Hermanos míos, tomad, tomad de las gracias que Dios os

envía hasta vuestras casas, y no os duela, pues es obra tan pía la

redención de los captivos cristianos que están en tierra de moros.

Porque no renieguen nuestra santa fe y vayan a las penas del

infierno, siquiera ayudadles con vuestra limosna y con cinco

paternostres y cinco avemarías, para que salgan de cautiverio.

Y aun también aprovechan para los padres y hermanos y

deudos que tenéis en el Purgatorio, como lo veréis en esta santa

bula».

Como el pueblo las vio ansí arrojar, como cosa que se daba

de balde y ser venida de la mano de Dios, tomaban a más tomar,

aun para los niños de la cuna y para todos sus defuntos, contando

desde los hijos hasta el menor criado que tenían, contándolos

por los dedos. Vímonos en tanta priesa, que a mí aínas me acabaran

de romper un pobre y viejo sayo que traía, de manera que certifico

a V.M. que en poco más de una hora no quedó bula en las alforjas,

y fue necesario ir a la posada por más.

Acabados de tomar todos, dijo mi amo desde el púlpito a su

escribano y al del concejo que se levantasen y, para que se supiese

quién eran los que habían de gozar de la santa indulgencia y

perdones de la santa bula y para que él diese buena cuenta a quien

le había enviado, se escribiesen. Y así luego todos de muy buena

voluntad decían las que habían tomado, contando por orden los

hijos y criados y difuntos.

Hecho su inventario, pidió a los alcaldes que por caridad,

porque él tenía que hacer en otra parte, mandasen al escribano le

diese autoridad del inventario y memoria de las que allí quedaban,

que, según decía el escribano, eran más de dos mil. Hecho esto, él

se despedió con mucha paz y amor, y ansí nos partimos deste

lugar; y aun, antes que nos partiésemos, fue preguntado él por el

)33(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

teniente cura del lugar y por los regidores si la bula aprovechaba

para las criaturas que estaban en el vientre de sus madres, a lo cual

él respondió que según las letras que él había estudiado que no,

que lo fuesen a preguntar a los doctores más antiguos que él, y

que esto era lo que sentía en este negocio.

E ansí nos partimos, yendo todos muy alegres del buen

negocio. Decía mi amo al alguacil y escribano:

«¿Qué os parece, como a estos villanos, que con solo decir

?Cristianos viejos somos?, sin hacer obras de caridad, se piensan

salvar sin poner nada de su hacienda? Pues, por vida del licenciado

Pascasio Gómez, que a su costa se saquen más de diez cautivos».

Y ansí nos fuimos hasta otro lugar de aquel cabo de Toledo,

hacia la Mancha, que se dice, adonde topamos otros más obtinados

en tomar bulas.

Hechas mi amo y los demás que íbamos nuestras diligencias,

en dos fiestas que allí estuvimos no se habían echado treinta bulas.

Visto por mi amo la gran perdición y la mucha costa que traía, (y)

el ardideza que el sotil de mi amo tuvo para hacer despender sus

bulas, fue que este día dija la misa mayor, y después de acabado el

sermón y vuelto al altar, tomó una cruz que traía de poco más de

un palmo, y en un brasero de lumbre que encima del altar había,

el cual habían traído para calentarse las manos porque hacía gran

frío, púsole detrás del misal sin que nadie mirase en ello, y allí sin

decir nada puso la cruz encima la lumbre. Y, ya que hubo acabado

la misa y echada la bendición, tomóla con un pañizuelo, bien

envuelta la cruz en la mano derecha y en la otra la bula, y ansí se

bajó hasta la postrera grada del altar, adonde hizo que besaba la

cruz, e hizo señal que viniesen adorar la cruz.

Y ansí vinieron los alcaldes los primeros y los más ancianos

del lugar, viniendo uno a uno como se usa. Y el primero que

llegó, que era un alcalde viejo, aunque él le dio a besar la cruz bien

delicadamente, se abrasó los rostros y se quitó presto afuera. Lo

cual visto por mi amo, le dijo:

«¡Paso, quedo, señor alcalde! ¡Milagro!».

Y ansí hicieron otros siete o ocho, y a todos les decía:

«¡Paso, señores! ¡Milagro!».

Cuando él vido que los rostriquemados bastaban para testigos

del mila gro la quiso dar más a besar. Subióse al pie del altar y de

allí decía cosas maravillosas, diciendo que por la poca caridad que

había en ellos había Dios permitido aquel milagro y que aquella

cruz había de ser llevada a la santa iglesia mayor de su Obispado;

que por la poca caridad que en el pueblo había, la cruz ardía. Fue

tanta la prisa que hubo en el tomar de la bula, que no bastaban

dos escribanos ni los clérigos ni sacristanes a escribir.

Creo de cierto que se tomaron más de tres mil bulas, como

tengo dicho a V.M. Después, al partir, él fue con gran reverencia,

como es razón, a tomar la santa cruz, diciendo que la había de

hacer engastonar en oro, como era razón. Fue rogado mucho del

concejo y clérigos del lugar les dejase allí aquella santa cruz por

memoria del milagro allí acaecido. Él en ninguna manera lo quería

hacer y al fin, rogado de tantos, se la dejó; con que le dieron otra

cruz vieja que tenían antigua de plata, que podrá pesar dos o tres

libras, según decían.

Y ansí nos partimos alegres con el buen trueque y con haber

negociado bien. En todo no vio nadie lo susodicho sino yo, porque

me subía par del altar para ver si había quedado algo en las ampollas,

para ponello en cobro, como otras veces yo lo tenía de costumbre.

Y como allí me vio, púsose el dedo en la boca haciéndome señal

que callase. Yo ansí lo hice porque me cumplía, aunque, después

que vi el milagro, no cabía en mí por echallo fuera, sino que el

temor de mi astuto amo no me lo dejaba comunicar con nadie, ni

nunca de mí salió, porque me tomó juramento que no descubriese

el milagro. Y ansí lo hice hasta agora. Y aunque mochacho, cayóme

mucho en gracia, y dije entre mí:

«¡Cuántas destas deben hacer estos burladores entre la

inocente gente!».

Finalmente, estuve con este mi quinto amo cerca de cuatro

meses, en los cuales pasé también hartas fatigas (aunque me daba

)34(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

bien de comer a costa de los curas y otros clérigos do iba a

predicar).

TRATADO SEXTO

Cómo Lázaro se asentó con un capellán, y lo que con él pasó

ESPUÉS DESTO, ASENTÉ con un maestro de pintar

panderos para molelle los colores, y también sufrí mil

males.

Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, entrando un

día en la iglesia mayor, un capellán della me recibió por suyo, y

púsome en poder un asno y cuatro cántaros y un azote, y comencé

a echar agua por la ciudad. Éste fue el primer escalón que yo subí

para venir a alcanzar buena vida, porque mi boca era medida.

Daba cada día a mi amo treinta maravedís ganados, y los sábados

ganaba para mí, y todo lo demás, entre semana, de treinta

maravedís.

Fueme tan bien en el oficio que al cabo de cuatro años que lo

usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir

muy honradamente de la ropa vieja, de la cual compré un jubón

de fustán viejo y un sayo raído de manga tranzada y puerta, y una

capa que había sido frisada, y una espada de las viejas primeras de

Cuéllar.

Desque me vi en hábito de hombre de bien, dije a mi amo se

tomase su asno, que no quería más seguir aquel oficio.

TRATADO SÉPTIMO

Cómo Lázaro se asentó con un alguacil,

y de lo que le acaeció con él

ESPEDIDO DEL CAPELLÁN, asenté por hombre de justicia

con un alguacil, mas muy poco viví con él, por

parecerme oficio peligroso; mayormente, que una

noche

nos corrieron a mí y a mi amo a pedradas y a palos unos retraídos,

y a mi amo, que esperó, trataron mal, mas a mí no me alcanzaron.

Con esto renegué del trato.

Y pensando en qué modo de vivir haría mi asiento por tener

descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y

ponerme en camino y manera provechosa; y con favor que tuve

de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces

pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré, que fue un

oficio real, viendo que no hay nadie que medre sino los que le

tienen; en el cual el día de hoy vivo y resido a servicio de Dios y

de vuestra merced.

Y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad

se venden, y en almonedas y cosas perdidas, acompañar los que

padecen persecuciones por justicia y declarar a voces sus delitos:

pregonero, hablando en buen romance, en el cual oficio un día

que ahorcábamos un apañador en Toledo y llevaba una buena

soga de esparto, conocí y caí en la cuenta de la sentencia que

aquel mi ciego amo había dicho en Escalona, y me arrepentí del

mal pago que le di por lo mucho que me enseñó, que, después de

Dios, él me dio industria para llegar al estado que ahora estó.

Hame sucedido tan bien, yo le he usado tan fácilmente, que

casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano: tanto

que en toda la ciudad el que ha de echar vino a vender o algo, si

Lázaro de Tormes no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar

D

D

)35(

ANÓNIMO LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

© Pehuén Editores, 2001.

provecho.

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo

noticia de mi persona el señor arcipreste de Sant Salvador, mi

señor, y servidor y amigo de vuestra merced, porque le pregonaba

sus vinos, procuró casarme con una criada suya; y visto por mí

que de tal persona no podía venir sino bien y favor, acordé de lo

hacer.

Y así me casé con ella, y hasta agora no estoy arrepentido;

porque, allende de ser buena hija y diligente, servicial, tengo en

mi señor acipreste todo favor y ayuda. Y siempre en el año le da

en veces al pie de una carga de trigo, por las Pascuas su carne, y

cuando el par de los bodigos, las calzas viejas que deja; e hízonos

alquilar una casilla par de la suya. Los domingos y fiestas casi

todas las comíamos en su casa. Mas malas lenguas, que nunca

faltaron ni faltarán, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué, y sí sé

qué, de que veen a mi mujer irle a hacer la cama y guisalle de

comer. Y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad; aunque

en este tiempo siempre he tenido alguna sospechuela y habido

algunas malas cenas por esperalla algunas noches hasta las laudes

y aún más, y se me ha venido a la memoria lo que mi amo el ciego

me dijo en Escalona estando asido del cuerno; aunque de verdad

siempre pienso que el diablo me lo trae a la memoria por hacerme

malcasado, y no le aprovecha porque, allende de no ser ella mujer

que se pague destas burlas, mi señor me ha prometido lo que

pienso cumplirá. Que él me habló un día muy largo delante della,

y me dijo:

«Lázaro de Tormes, quien ha de mirar a dichos de malas

lenguas, nunca medrará. Digo esto porque no me maravillaría

alguno, viendo entrar en mi casa a tu mujer y salir della. Ella entra

muy a tu honra y suya, y esto te lo prometo. Por tanto, no mires

a lo que pueden decir, sino a lo que te toca, digo a tu provecho».

«Señor -le dije-, yo determiné de arrimarme a los buenos.

Verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo deso, y

aun, por más de tres veces me han certificado que, antes que

comigo casase, había parido tres veces, hablando con reverencia

de V.M., porque está ella delante».

Entonces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé

la casa se hundiera con nosotros, y después tornóse a llorar y a

echar maldiciones sobre quien comigo la había casado, en tal

manera que quisiera ser muerto antes que se me hobiera soltado

aquella palabra de la boca. Mas yo de un cabo y mi señor de otro,

tanto le dijimos y otorgamos que cesó su llanto, con juramento

que le hice de nunca más en mi vida mentalle nada de aquello, y

que yo holgaba y había por bien de que ella entrase y saliese, de

noche y de día, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así

quedamos todos tres bien conformes. Hasta el día de hoy, nunca

nadie nos oyó sobre el caso; antes, cuando alguno siento que

quiere decir algo della, le atajo y le digo:

«Mirá: si sois amigo, no me digáis cosa con que me pese, que

no tengo por mi amigo al que me hace pesar; mayormente si me

quieren meter mal con mi mujer, que es la cosa del mundo que yo

más quiero, y la amo más que a mí. Y me hace Dios con ella mil

mercedes y más bien que yo merezco; que yo juraré sobre la hostia

consagrada que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas

de Toledo. Quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él».

Desta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa.

Esto fue el mesmo año que nuestro victorioso Emperador en

esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella cortes, y se

hicieron grandes regocijos, como vuestra merced habrá oído. Pues

en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda

buena fortuna (de lo que de aquí adelante me sucediere avisaré a

vuestra merced).

Gabriel García Márquez

Cien años de soledad

Para Jomi García Ascot

y María Luisa Elio

Cien años de soledad Gabriel García Márquez

I

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel

Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su

padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de

veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de

aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas,

blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan

reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas

había que señalarías con el dedo. Todos los años, por el mes de marzo,

una familia de gitanos desarrapados plantaba su carpa cerca de la aldea,

y con un grande alboroto de pitos y timbales daban a conocer los

nuevos inventos. Primero llevaron el imán. Un gitano corpulento, de

barba montaraz y manos de gorrión, que se presentó con el nombre de

Melquiades, hizo una truculenta demostración pública de lo que él

mismo llamaba la octava maravilla de los sabios alquimistas de

Macedonia. Fue de casa en casa arrastrando dos lingotes metálicos, y

todo el mundo se espantó al ver que los calderos, las pailas, las tenazas

y los anafes se caían de su sitio, y las maderas crujían por la

desesperación de los clavos y los tornillos tratando de desenclavarse, y

aun los objetos perdidos desde hacía mucho tiempo aparecían por donde

más se les había buscado, y se arrastraban en desbandada turbulenta

detrás de los fierros mágicos de Melquíades. «Las cosas, tienen vida

propia -pregonaba el gitano con áspero acento-, todo es cuestión de

despertarles el ánima.» José Arcadio Buendía, cuya desaforada

imaginación iba siempre más lejos que el ingenio de la naturaleza, y aun

más allá del milagro y la magia, pensó que era posible servirse de

aquella invención inútil para desentrañar el oro de la tierra. Melquíades,

que era un hombre honrado, le previno: «Para eso no sirve.» Pero José

Arcadio Buendía no creía en aquel tiempo en la honradez de los gitanos,

así que cambió su mulo y una partida de chivos por los dos lingotes

imantados. Úrsula Iguarán, su mujer, que contaba con aquellos

animales para ensanchar el desmedrado patrimonio doméstico, no

consiguió disuadirlo. «Muy pronto ha de sobrarnos oro para empedrar la

casa», replicó su marido. Durante varios meses se empeñó en

demostrar el acierto de sus conjeturas. Exploró palmo a palmo la región,

inclusive el fondo del río, arrastrando los dos lingotes de hierro y

recitando en voz alta el conjuro de Melquíades. Lo único que logró

desenterrar fue una armadura del siglo xv con todas sus partes soldadas

por un cascote de óxido, cuyo interior tenía la resonancia hueca de un

enorme calabazo lleno de piedras. Cuando José Arcadio Buendía y los

cuatro hombres de su expedición lograron desarticular la armadura,

encontraron dentro un esqueleto calcificado que llevaba colgado en el

cuello un relicario de cobre con un rizo de mujer.

En marzo volvieron los gitanos. Esta vez llevaban un catalejo y una

lupa del tamaño de un tambor, que exhibieron como el último

descubrimiento de los judíos de Amsterdam. Sentaron una gitana en un

extremo de la aldea e instalaron el catalejo a la entrada de la carpa.

Mediante el pago de cinco reales, la gente se asomaba al catalejo y veía

a la gitana al alcance de su mano. «La ciencia ha eliminado las

distancias», pregonaba Melquíades. «Dentro de poco, el hombre podrá

ver lo que ocurre en cualquier lugar de la tierra, sin moverse de su

casa.» Un mediodía ardiente hicieron una asombrosa demostración con

la lupa gigantesca: pusieron un montón de hierba seca en mitad de la

calle y le prendieron fuego mediante la concentración de los rayos

solares. José Arcadio Buendía, que aún no acababa de consolarse por el

fracaso de sus imanes, concibió la idea de utilizar aquel invento como un

arma de guerra. Melquíades, otra vez, trató de disuadirlo. Pero terminó

por aceptar los dos lingotes imantados y tres piezas de dinero colonial a

cambio de la lupa. Úrsula lloró de consternación. Aquel dinero formaba

parte de un cofre de monedas de oro que su padre había acumulado en

toda una vida de privaciones, y que ella había enterrado debajo de la

cama en espera de una buena ocasión para invertirías. José Arcadio

Buendía no trató siquiera de consolarla, entregado por entero a sus

experimentos tácticos con la abnegación de un científico y aun a riesgo

de su propia vida. Tratando de demostrar los efectos de la lupa en la

tropa enemiga, se expuso él mismo a la concentración de los rayos

solares y sufrió quemaduras que se convirtieron en úlceras y tardaron

mucho tiempo en sanar. Ante las protestas de su mujer, alarmada por

tan peligrosa inventiva, estuvo a punto de incendiar la casa. Pasaba

largas horas en su cuarto, haciendo cálculos sobre las posibilidades

estratégicas de su arma novedosa, hasta que logró componer un manual

de una asombrosa claridad didáctica y un poder de convicción

irresistible. Lo envió a las autoridades acompañado de numerosos

testimonios sobre sus experiencias y de varios pliegos de dibujos

explicativos, al cuidado de un mensajero que atravesó la sierra, y se

extravió en pantanos desmesurados, remontó ríos tormentosos y estuvo

a punto de perecer bajo el azote de las fieras, la desesperación y la

peste, antes de conseguir una ruta de enlace con las mulas del correo. A

pesar de que el viaje a la capital era en aquel tiempo poco menos que

imposible, José Arcadio Buendia prometía intentarlo tan pronto como se

lo ordenara el gobierno, con el fin de hacer demostraciones prácticas de

su invento ante los poderes militares, y adiestrarlos personalmente en

las complicadas artes de la guerra solar. Durante varios años esperó la

respuesta. Por último, cansado de esperar, se lamentó ante Melquíades

del fracaso de su iniciativa, y el gitano dio entonces una prueba

convincente de honradez: le devolvió los doblones a cambio de la lupa,

y le dejó además unos mapas portugueses y varios instrumentos de

navegación. De su puño y letra escribió una apretada síntesis de los

estudios del monje Hermann, que dejó a su disposición para que pudiera

servirse del astrolabio, la brújula y el sextante. José Arcadio Buendía

pasó los largos meses de lluvia encerrado en un cuartito que construyó

en el fondo de la casa para que nadie perturbara sus experimentos.

Habiendo abandonado por completo las obligaciones domésticas,

permaneció noches enteras en el patio vigilando el curso de los astros, y

estuvo a punto de contraer una insolación por tratar de establecer un

método exacto para encontrar el mediodía. Cuando se hizo experto en el

uso y manejo de sus instrumentos, tuvo una noción del espacio que le

permitió navegar por mares incógnitos, visitar territorios deshabitados y

trabar relación con seres espléndidos, sin necesidad de abandonar su

gabinete. Fue ésa la época en que adquirió el hábito de hablar a solas,

paseándose por la casa sin hacer caso de nadie, mientras Úrsula y los

niños se partían el espinazo en la huerta cuidando el plátano y la

malanga, la yuca y el ñame, la ahuyama y la berenjena. De pronto, sin

ningún anuncio, su actividad febril se interrumpió y fue sustituida por

una especie de fascinación. Estuvo varios días como hechizado,

repitiéndose a sí mismo en voz baja un sartal de asombrosas

conjeturas, sin dar crédito a su propio entendimiento. Por fin, un martes

de diciembre, a la hora del almuerzo, soltó de un golpe toda la carga de

su tormento. Los niños habían de recordar por el resto de su vida la

augusta solemnidad con que su padre se sentó a la cabecera de la

mesa, temblando de fiebre, devastado por la prolongada vigilia y por el

encono de su imaginación, y les reveló su descubrimiento.

-La tierra es redonda como una naranja.

Úrsula perdió la paciencia. «Si has de volverte loco, vuélvete tú solo -

gritó-. Pero no trates de inculcar a los niños tus ideas de gitano.» José

Arcadio Buendía, impasible, no se dejó amedrentar por la desesperación

de su mujer, que en un rapto de cólera le destrozó el astrolabio contra

el suelo. Construyó otro, reunió en el cuartito a los hombres del pueblo

y les demostró, con teorías que para todos resultaban incomprensibles,

la posibilidad de regresar al punto de partida navegando siempre hacia

el Oriente. Toda la aldea estaba convencida de que José Arcadio Buendía

había perdido el juicio, cuando llegó Melquíades a poner las cosas en su

punto. Exaltó en público la inteligencia de aquel hombre que por pura

especulación astronómica había construido una teoría ya comprobada en

la práctica, aunque desconocida hasta entonces en Macondo, y como

una prueba de su admiración le hizo un regalo que había de ejercer una

influencia terminante en el futuro de la aldea: un laboratorio de

alquimia.

Para esa época, Melquíades había envejecido con una rapidez

asombrosa. En sus primeros viajes parecía tener la misma edad de José

Arcadio Buendia. Pero mientras éste conservaba su fuerza descomunal,

que le permitía derribar un caballo agarrándolo por las orejas, el gitano

parecía estragado por una dolencia tenaz. Era, en realidad, el resultado

de múltiples y raras enfermedades contraídas en sus incontables viajes

alrededor del mundo. Según él mismo le contó a José Arcadio Buendia

mientras lo ayudaba a montar el laboratorio, la muerte lo seguía a todas

partes, husmeándole los pantalones, pero sin decidirse a darle el

zarpazo final. Era un fugitivo de cuantas plagas y catástrofes habían

flagelado al género humano. Sobrevivió a la pelagra en Persia, al

escorbuto en el archipiélago de Malasia, a la lepra en Alejandría, al

beriberi en el Japón, a la peste bubónica en Madagascar, al terremoto de

Sicilia y a un naufragio multitudinario en el estrecho de Magallanes.

Aquel ser prodigioso que decía poseer las claves de Nostradamus, era

un hombre lúgubre, envuelto en un aura triste, con una mirada asiática

que parecía conocer el otro lado de las cosas. Usaba un sombrero

grande y negro, como las alas extendidas de un cuervo, y un chaleco de

terciopelo patinado por el verdín de los siglos. Pero a pesar de su

inmensa sabiduría y de su ámbito misterioso, tenía un peso humano,

una condición terrestre que lo mantenía enredado en los minúsculos

problemas de la vida cotidiana. Se quejaba de dolencias de viejo, sufría

por los más insignificantes percances económicos y había dejado de reír

desde hacía mucho tiempo, porque el escorbuto le había arrancado los

dientes. El sofocante mediodía en que reveló sus secretos, José Arcadio

Buendía tuvo la certidumbre de que aquél era el principio de una grande

amistad. Los niños se asombraron con sus relatos fantásticos. Aureliano,

que no tenía entonces más de cinco años, había de recordarlo por el

resto de su vida como lo vio aquella tarde, sentado contra la claridad

metálica y reverberante de la ventana, alumbrando con su pro-funda

voz de órgano los territorios más oscuros de la imaginación, mientras

chorreaba por sus sienes la grasa derretida por el calor. José Arcadio, su

hermano mayor, había de transmitir aquella imagen maravillosa, como

un recuerdo hereditario, a toda su descendencia. Úrsula, en cambio,

conservó un mal recuerdo de aquella visita, porque entró al cuarto en el

momento en que Melquíades rompió por distracción un frasco de

bicloruro de mercurio.

-Es el olor del demonio -dijo ella.

-En absoluto -corrigió Melquíades-. Está comprobado que el demonio

tiene propiedades sulfúricas, y esto no es más que un poco de solimán.

Siempre didáctico, hizo una sabia exposición sobre las virtudes

diabólicas del cinabrio, pero Úrsula no le hizo caso, sino que se llevó los

niños a rezar. Aquel olor mordiente quedaría para siempre en su

memoria, vinculado al recuerdo de Melquíades.

El rudimentario laboratorio -sin contar una profusión de cazuelas,

embudos, retortas, filtros y coladores- estaba compuesto por un atanor

primitivo; una probeta de cristal de cuello largo y angosto, imitación del

huevo filosófico, y un destilador construido por los propios gitanos según

las descripciones modernas del alambique de tres brazos de María la

judía. Además de estas cosas, Melquíades dejó muestras de los siete

metales correspondientes a los siete planetas, las fórmulas de Moisés y

Zósimo para el doblado del oro, y una serie de apuntes y dibujos sobre

los procesos del Gran Magisterio, que permitían a quien supiera

interpretarlos intentar la fabricación de la piedra filosofal. Seducido por

la simplicidad de las fórmulas para doblar el oro, José Arcadio Buendía

cortejó a Úrsula durante varias semanas, para que le permitiera

desenterrar sus monedas coloniales y aumentarlas tantas veces como

era posible subdividir el azogile. Úrsula cedió, como ocurría siempre,

ante la inquebrantable obstinación de su marido. Entonces José Arcadio

Buendía echó treinta doblones en una cazuela, y los fundió con

raspadura de cobre, oropimente, azufre y plomo. Puso a hervir todo a

fuego vivo en un caldero de aceite de ricino hasta obtener un jarabe

espeso y pestilente más parecido al caramelo vulgar que al oro

magnífico. En azarosos y desesperados procesos de destilación, fundida

con los siete metales planetarios, trabajada con el mercurio hermético y

el vitriolo de Chipre, y vuelta a cocer en manteca de cerdo a falta de

aceite de rábano, la preciosa herencia de Úrsula quedó reducida a un

chicharrón carbonizado que no pudo ser desprendido del fondo del

caldero.

Cuando volvieron los gitanos, Úrsula había predispuesto contra ellos a

toda la población. Pero la curiosidad pudo más que el temor, porque

aquella vez los gitanos recorrieron la aldea haciendo un ruido

ensordecedor con toda clase de instrumentos músicos, mientras el

pregonero anunciaba la exhibición del más fabuloso hallazgo de los

nasciancenos. De modo que todo el mundo se fue a la carpa, y mediante

el pago de un centavo vieron un Melquíades juvenil, repuesto,

desarrugado, con una dentadura nueva y radiante. Quienes recordaban

sus encías destruidas por el escorbuto, sus mejillas fláccidas y sus labios

marchitos, se estremecieron de pavor ante aquella prueba terminante

de los poderes sobrenaturales del gitano. El pavor se convirtió en pánico

cuando Melquíades se sacó los dientes, intactos, engastados en las

encías, y se los mostró al público por un instante un instante fugaz en

que volvió a ser el mismo hombre decrépito de los años anteriores y se

los puso otra vez y sonrió de nuevo con un dominio pleno de su

juventud restaurada. Hasta el propio José Arcadio Buendía consideró

que los conocimientos de Melquíades habían llegado a extremos

intolerables, pero experimentó un saludable alborozo cuando el gitano le

explicó a solas el mecanismo de su dentadura postiza. Aquello le pareció

a la vez tan sencillo y prodigioso, que de la noche a la mañana perdió

todo interés en las investigaciones de alquimia; sufrió una nueva crisis

de mal humor, no volvió a comer en forma regular y se pasaba el día

dando vueltas por la casa. «En el mundo están ocurriendo cosas

increíbles -le decía a Úrsula-. Ahí mismo, al otro lado del río, hay toda

clase de aparatos mágicos, mientras nosotros seguimos viviendo como

los burros.» Quienes lo conocían desde los tiempos de la fundación de

Macondo, se asombraban de cuánto había cambiado bajo la influencia

de Melquíades.

Al principio, José Arcadio Buendía era una especie de patriarca

juvenil, que daba instrucciones para la siembra y consejos para la

crianza de niños y animales, y colaboraba con todos, aun en el trabajo

físico, para la buena marcha de la comunidad. Puesto que su casa fue

desde el primer momento la mejor de la aldea, las otras fueron

arregladas a su imagen y semejanza. Tenía una salita amplia y bien

iluminada, un comedor en forma de terraza con flores de colores

alegres, dos dormitorios, un patio con un castaño gigantesco, un huerto

bien plantado y un corral donde vivían en comunidad pacífica los chivos,

los cerdos y las gallinas. Los únicos animales prohibidos no sólo en la

casa, sino en todo el poblado, eran los gallos de pelea.

La laboriosidad de Úrsula andaba a la par con la de su marido. Activa,

menuda, severa, aquella mujer de nervios inquebrantables, a quien en

ningún momento de su vida se la oyó cantar, parecía estar en todas

partes desde el amanecer hasta muy entrada la noche, siempre

perseguida por el suave susurro de sus pollerines de olán. Gracias a ella,

los pisos de tierra golpeada, los muros de barro sin encalar, los rústicos

muebles de madera construidos por ellos mismos estaban siempre

limpios, y los viejos arcones donde se guardaba la ropa exhalaban un

tibio olor de albahaca.

José Arcadio Buendía, que era el hombre más emprendedor que se

vería jamás en la aldea, había dispuesto de tal modo la posición de las

casas, que desde todas podía llegarse al río y abastecerse de agua con

igual esfuerzo, y trazó las calles con tan buen sentido que ninguna casa

recibía más sol que otra a la hora del calor. En pocos años, Macondo fue

una aldea más ordenada y laboriosa que cualquiera de las conocidas

hasta entonces por sus 300 habitantes. Era en verdad una aldea feliz,

donde nadie era mayor de treinta años y donde nadie había muerto.

Desde los tiempos de la fundación, José Arcadio Buendía construyó

trampas y jaulas. En poco tiempo llenó de turpiales, canarios, azulejos y

petirrojos no sólo la propia casa, sino todas las de la aldea. El concierto

de tantos pájaros distintos llegó a ser tan aturdidor, que Úrsula se tapó

los oídos con cera de abejas para no perder el sentido de la realidad. La

primera vez que llegó la tribu de Melquíades vendiendo bolas de vidrio

para el dolor de cabeza, todo el mundo se sorprendió de que hubieran

podido encontrar aquella aldea perdida en el sopor de la ciénaga, y los

gitanos confesaron que se habían orientado por el canto de los pájaros.

Aquel espíritu de iniciativa social desapareció en poco tiempo,

arrastrado por la fiebre de los imanes, los cálculos astronómicos, los

sueños de transmutación y las ansias de conocer las maravillas del

mundo. De emprendedor y limpio, José Arcadio Buendía se convirtió en

un hombre de aspecto holgazán, descuidado en el vestir, con una barba

salvaje que Úrsula lograba cuadrar a duras penas con un cuchillo de

cocina. No faltó quien lo considerara víctima de algún extraño sortilegio.

Pero hasta los más convencidos de su locura abandonaron trabajo y

familias para seguirlo, cuando se echó al hombro sus herramientas de

desmontar, y pidió el concurso de todos para abrir una trocha que

pusiera a Macondo en contacto con los grandes inventos.

José Arcadio Buendía ignoraba por completo la geografía de la región.

Sabía que hacia el Oriente estaba la sierra impenetrable, y al otro lado

de la sierra la antigua ciudad de Riohacha, donde en épocas pasadas -

según le había contado el primer Aureliano Buendía, su abuelo- sir

Francis Drake se daba al deporte de cazar caimanes a cañonazos, que

luego hacía remendar y rellenar de paja para llevárselos a la reina

Isabel. En su juventud, él y sus hombres, con mujeres y niños y

animales y toda clase de enseres domésticos, atravesaron la sierra

buscando una salida al mar, y al cabo de veintiséis meses desistieron de

la empresa y fundaron a Macondo para no tener que emprender el

camino de regreso. Era, pues, una ruta que no le interesaba, porque

sólo podía conducirlo al pasado. Al sur estaban los pantanos, cubiertos

de una eterna nata vegetal, y el vasto universo de la ciénaga grande,

que según testimonio de los gitanos carecía de límites. La ciénaga

grande se confundía al Occidente con una extensión acuática sin

horizontes, donde había cetáceos de piel delicada con cabeza y torso de

mujer, que perdían a los navegantes con el hechizo de sus tetas

descomunales. Los gitanos navegaban seis meses por esa ruta antes de

alcanzar el cinturón de tierra firme por donde pasaban las mulas del

correo. De acuerdo con los cálculos de José Arcadio Buendía, la única

posibilidad de contacto con la civilización era la ruta del Norte. De modo

que dotó de herramientas de desmonte y armas de cacería a los mismos

hombres que lo acompañaron en la fundación de Macondo; echó en una

mochila sus instrumentos de orientación y sus mapas, y emprendió la

temeraria aventura.

Los primeros días no encontraron un obstáculo apreciable.

Descendieron por la pedregosa ribera del río hasta el lugar en que años

antes habían encontrado la armadura del guerrero, y allí penetraron al

bosque por un sendero de naranjos silvestres. Al término de la primera

semana, mataron y asaron un venado, pero se conformaron con comer

la mitad y salar el resto para los próximos días. Trataban de aplazar con

esa precaución la necesidad de seguir comiendo guacamayas, cuya

carne azul tenía un áspero sabor de almizcle. Luego, durante más de

diez días, no volvieron a ver el sol. El suelo se volvió blando y húmedo,

como ceniza volcánica, y la vegetación fue cada vez más insidiosa y se

hicieron cada vez más lejanos los gritos de los pájaros y la bullaranga

de los monos, y el mundo se volvió triste para siempre. Los hombres de

la expedición se sintieron abrumados por sus recuerdos más antiguos en

aquel paraíso de humedad y silencio, anterior al pecado original, donde

las botas se hundían en pozos de aceites humeantes y los machetes

destrozaban lirios sangrientos y salamandras doradas. Durante una

semana, casi sin hablar, avanzaron como sonámbulos por un universo

de pesadumbre, alumbrados apenas por una tenue reverberación de

insectos luminosos y con los pulmones agobiados por un sofocante olor

de sangre. No podían regresar, porque la trocha que iban abriendo a su

paso se volvía a cerrar en poco tiempo, con una vegetación nueva que

casi veían crecer ante sus ojos. «No importa -decía José Arcadio

Buendía-. Lo esencial es no perder la orientación.» Siempre pendiente

de la brújula, siguió guiando a sus hombres hacia el norte invisible,

hasta que lograron salir de la región encantada. Era una noche densa,

sin estrellas, pero la oscuridad estaba impregnada por un aire nuevo y

limpio. Agotados por la prolongada travesía, colgaron las hamacas y

durmieron a fondo por primera vez en dos semanas. Cuando

despertaron, ya con el sol alto, se quedaron pasmados de fascinación.

Frente a ellos, rodeado de helechos y palmeras, blanco y polvoriento en

la silenciosa luz de la mañana, estaba un enorme galeón español.

Ligeramente volteado a estribor, de su arboladura intacta colgaban las

piltrafas escuálidas del velamen, entre jarcias adornadas de orquídeas.

El casco, cubierto con una tersa coraza de rémora petrificada y musgo

tierno, estaba firmemente enclavado en un suelo de piedras. Toda la

estructura parecía ocupar un ámbito propio, un espacio de soledad y de

olvido, vedado a los vicios del tiempo y a las costumbres de los pájaros.

En el interior, que los expedicionarios exploraron con un fervor sigiloso,

no había nada más que un apretado bosque de flores.

El hallazgo del galeón, indicio de la proximidad del mar, quebrantó el

ímpetu de José Arcadio Buendía. Consideraba como una burla de su

travieso destino haber buscado el mar sin en-contrarlo, al precio de

sacrificios y penalidades sin cuento, y haberlo encontrado entonces sin

buscarlo, atravesado en su camino como un obstáculo insalvable.

Muchos años después, el coronel Aureliano Buendía volvió a atravesar la

región, cuando era ya una ruta regular del correo, y lo único que

encontró de la nave fue el costillar carbonizado en medio de un campo

de amapolas. Sólo entonces convencido de que aquella historia no había

sido un engendro de la imaginación de su padre, se preguntó cómo

había podido el galeón adentrarse hasta ese punto en tierra firme. Pero

José Arcadio Buendía no se planteó esa inquietud cuando encontró el

mar, al cabo de otros cuatro días de viaje, a doce kilómetros de

distancia del galeón. Sus sueños terminaban frente a ese mar color de

ceniza, espumoso y sucio, que no merecía los riesgos y sacrificios de su

aventura.

-¡Carajo! -gritó-. Macondo está rodeado de agua por todas partes.

La idea de un Macondo peninsular prevaleció durante mucho tiempo,

inspirada en el mapa arbitrario que dibujó José Arcadio Buendía al

regreso de su expedición. Lo trazó con rabia, exa-gerando de mala fe las

dificultades de comunicación, como para castigarse a sí mismo por la

absoluta falta de sentido con que eligió el lugar. «Nunca llegaremos a

ninguna parte -se la-mentaba ante Úrsula-. Aquí nos hemos de pudrir

en vida sin recibir los beneficios de la ciencia.» Esa certidumbre,

rumiada varios meses en el cuartito del laboratorio, lo llevó a concebir el

proyecto de trasladar a Macondo a un lugar más propicio. Pero esta vez,

Úrsula se anticipó a sus designios febriles. En una secreta e implacable

labor de hormiguita predispuso a las mujeres de la aldea contra la

veleidad de sus hombres, que ya empezaban a prepararse para la

mudanza. José Arcadio Buendía no supo en qué momento, ni en virtud

de qué fuerzas adversas, sus planes se fueron enredando en una

maraña de pretextos, contratiempos y evasivas, hasta convertirse en

pura y simple ilusión. Úrsula lo observó con una atención inocente, y

hasta sintió por él un poco de piedad, la mañana en que lo encontró en

el cuartito del fondo comentando entre dientes sus sueños de mudanza,

mientras colocaba en sus cajas originales las piezas del laboratorio. Lo

dejó terminar. Lo dejó clavar las cajas y poner sus iniciales encima con

un hisopo entintado, sin hacerle ningún reproche, pero sabiendo ya que

él sabía (porque se lo oyó decir en sus sordos monólogos) que los

hombres del pueblo no lo secundarían en su empresa. Sólo cuando

empezó a desmontar la puerta del cuartito, Úrsula se atrevió a

preguntarle por qué lo hacía, y él le contestó con una cierta amargura:

«Puesto que nadie quiere irse, nos iremos solos.» Úrsula no se alteró.

-No nos iremos -dijo-. Aquí nos quedamos, porque aquí hemos tenido

un hijo.

-Todavía no tenemos un muerto -dijo él-. Uno no es de ninguna parte

mientras no tenga un muerto bajo la tierra.

Úrsula replicó, con una suave firmeza:

-Si es necesario que yo me muera para que se queden aquí, me

muero.

José Arcadio Buendía no creyó que fuera tan rígida la voluntad de su

mujer. Trató de seducirla con el hechizo de su fantasía, con la promesa

de un mundo prodigioso donde bastaba con echar unos líquidos mágicos

en la tierra para que las plantas dieran frutos a voluntad del hombre, y

donde se vendían a precio de baratillo toda clase de aparatos para el

dolor. Pero Úrsula fue insensible a su clarividencia.

-En vez de andar pensando en tus alocadas novelerías, debes

ocuparte de tus hijos -replicó-. Míralos cómo están, abandonados a la

buena de Dios, igual que los burros.

José Arcadio Buendía tomó al pie de la letra las palabras de su mujer.

Miró a través de la ventana y vio a los dos niños descalzos en la huerta

soleada, y tuvo la impresión de que sólo en aquel instante habían

empezado a existir, concebidos por el conjuro de Úrsula. Algo ocurrió

entonces en su interior; algo misterioso y definitivo que lo desarraigó de

su tiempo actual y lo llevó a la deriva por una región inexplorada de los

re cuerdos. Mientras Úrsula seguía barriendo la casa que ahora estaba

segura de no abandonar en el resto de su vida él permaneció

contemplando a los niños con mirada absorta hasta que los ojos se le

humedecieron y se los secó con el dorso de la mano, y exhaló un hondo

suspiro de resignación.

-Bueno -dijo-. Diles que vengan a ayudarme a sacar las cosas de los

cajones.

José Arcadio, el mayor de los niños, había cumplido catorce años.

Tenía la cabeza cuadrada, el pelo hirsuto y el carácter voluntarioso de su

padre. Aunque llevaba el mismo impulso de crecimiento y fortaleza

física, ya desde entonces era evidente que carecía de imaginación. Fue

concebido y dado a luz durante la penosa travesía de la sierra, antes de

la fundación de Macondo, y sus padres dieron gracias al cielo al

comprobar que no tenía ningún órgano de animal. Aureliano, el primer

ser humano que nació en Macondo, iba a cumplir seis años en marzo.

Era silencioso y retraído. Había llorado en el vientre de su madre y nació

con los ojos abiertos. Mientras le cortaban el ombligo movía la cabeza

de un lado a otro reconociendo las cosas del cuarto, y examinaba el

rostro de la gente con una curiosidad sin asombro. Luego, indiferente a

quienes se acercaban a conocerlo, mantuvo la atención concentrada en

el techo de palma, que parecía a punto de derrumbarse bajo la

tremenda presión de la lluvia. Úrsula no volvió a acordarse de la

intensidad de esa mirada hasta un día en que el pequeño Aureliano, a la

edad de tres años, entró a la cocina en el momento en que ella retiraba

del fogón y ponía en la mesa una olla de caldo hirviendo. El niño,

perplejo en la puerta, dijo: «Se va a caer.» La olla estaba bien puesta

en el centro de la mesa, pero tan pronto como el niño hizo el anuncio,

inició un movimiento irrevocable hacia el borde, como impulsada por un

dinamismo interior, y se despedazó en el suelo. Úrsula, alarmada, le

contó el episodio a su marido, pero éste lo interpretó como un fenómeno

natural. Así fue siempre, ajeno a la existencia de sus hijos, en parte

porque consideraba la infancia como un período de insuficiencia mental,

y en parte porque siempre estaba demasiado absorto en sus propias

especulaciones quiméricas.

Pero desde la tarde en que llamó a los niños para que lo ayudaran a

desempacar las cosas del laboratorio, les dedicó sus horas mejores. En

el cuartito apartado, cuyas paredes se fueron llenando poco a poco de

mapas inverosímiles y gráficos fabulosos, les enseñó a leer y escribir y a

sacar cuentas, y les habló de las maravillas del mundo no sólo hasta

donde le alcanzaban sus conocimientos, sino forzando a extremos

increíbles los límites de su imaginación. Fue así como los niños

terminaron por aprender que en el extremo meridional del África había

hombres tan inteligentes y pacíficos que su único entretenimiento era

sentarse a pensar, y que era posible atravesar a pie el mar Egeo

saltando de isla en isla hasta el puerto de Salónica. Aquellas alucinantes

sesiones quedaron de tal modo impresas en la memoria de los niños,

que muchos años más tarde, un segundo antes de que el oficial de los

ejércitos regulares diera la orden de fuego al pelotón de fusilamiento, el

coronel Aureliano Buendía volvió a vivir la tibia tarde de marzo en que

su padre interrumpió la lección de física, y se quedó fascinado, con la

mano en el aire y los ojos inmóviles, oyendo a la distancia los pífanos y

tambores y sonajas de los gitanos que una vez más llegaban a la aldea,

pregonando el último y asombroso descubrimiento de los sabios de

Memphis.

Eran gitanos nuevos. Hombres y mujeres jóvenes que sólo conocían

su propia lengua, ejemplares hermosos de piel aceitada y manos

inteligentes, cuyos bailes y músicas sembraron en las calles un pánico

de alborotada alegría, con sus loros pintados de todos los colores que

recitaban romanzas italianas, y la gallina que ponía un centenar de

huevos de oro al son de la pandereta, y el mono amaestrado que

adivinaba el pensamiento, y la máquina múltiple que servía al mismo

tiempo para pegar botones y bajar la fiebre, y el aparato para olvidar los

malos recuerdos, y el emplasto para perder el tiempo, y un millar de

invenciones más, tan ingeniosas e insólitas, que José Arcadio Buendía

hubiera querido inventar la máquina de la memoria para poder

acordarse de todas. En un instante transformaron la aldea. Los

habitantes de Macondo se encontraron de pronto perdidos en sus

propias calles, aturdidos por la feria multitudinaria.

Llevando un niño de cada mano para no perderlos en el tumulto,

tropezando con saltimbanquis de dientes acorazados de oro y

malabaristas de seis brazos, sofocado por el confuso aliento de estiércol

y sándalo que exhalaba la muchedumbre, José Arcadio Buendía andaba

como un loco buscando a Melquíades por todas partes, para que le

revelara los infinitos secretos de aquella pesadilla fabulosa. Se dirigió a

varios gitanos que no entendieron su lengua. Por último llegó hasta el

lugar donde Melquíades solía plantar su tienda, y encontró un armenio

taciturno que anunciaba en castellano un jarabe para hacerse invisible.

Se había tomado de un golpe una copa de la sustancia ambarina,

cuando José Arcadio Buendía se abrió paso a empujones por entre el

grupo absorto que presenciaba el espectáculo, y alcanzó a hacer la

pregunta. El gitano le envolvió en el clima atónito de su mirada, antes

de convertirse en un charco de alquitrán pestilente y humeante sobre el

cual quedó flotando la resonancia de su respuesta: «Melquíades murió.»

Aturdido por la noticia, José Arcadio Buendía permaneció inmóvil,

tratando de sobreponerse a la aflicción, hasta que el grupo se dispersó

reclamado por otros artificios y el charco del armenio taciturno se

evaporó por completo. Más tarde, otros gitanos le confirmaron que en

efecto Melquíades había sucumbido a las fiebres en los médanos de

Singapur, y su cuerpo había sido arrojado en el lugar más profundo del

mar de Java. A los niños no les interesó la noticia. Estaban obstinados

en que su padre los llevara a conocer la portentosa novedad de los

sabios de Memphis, anunciada a la entrada de una tienda que, según

decían, perteneció al rey Salomón. Tanto insistieron, que José Arcadio

Buendía pagó los treinta reales y los condujo hasta el centro de la carpa,

donde había un gigante de torso peludo y cabeza rapada, con un anillo

de cobre en la nariz y una pesada cadena de hierro en el tobillo,

custodiando un cofre de pirata. Al ser destapado por el gigante, el cofre

dejó escapar un aliento glacial. Dentro sólo había un enorme bloque

transparente, con infinitas agujas internas en las cuales se despedazaba

en estrellas de colores la claridad del crepúsculo. Desconcertado,

sabiendo que los niños esperaban una explicación inmediata, José

Arcadio Buendía se atrevió a murmurar:

-Es el diamante más grande del mundo.

-No -corrigió el gitano-. Es hielo.

José Arcadio Buendía, sin entender, extendió la mano hacia el

témpano, pero el gigante se la apartó. «Cinco reales más para tocarlo»,

dijo. José Arcadio Buendía los pagó, y entonces puso la mano sobre el

hielo, y la mantuvo puesta por varios minutos, mientras el corazón se le

hinchaba de temor y de júbilo al contacto del misterio. Sin saber qué

decir, pagó otros diez reales para que sus hijos vivieran la prodigiosa

experiencia. El pequeño José Arcadio se negó a tocarlo. Aureliano, en

cambio, dio un paso hacia adelante, puso la mano y la retiró en el acto.

«Está hirviendo», exclamó asustado. Pero su padre no le prestó

atención. Embriagado por la evidencia del prodigio, en aquel momento

se olvidó de la frustración de sus empresas delirantes y del cuerpo de

Melquíades abandonado al apetito de los calamares. Pagó otros cinco

reales, y con la mano puesta en el témpano, como expresando un

testimonio sobre el texto sagrado, exclamó:

-Éste es el gran invento de nuestro tiempo.

II

Cuando el pirata Francis Drake asaltó a Riohacha, en el siglo XVI, la

bisabuela de Úrsula Iguarán se asustó tanto con el toque de rebato y el

estampido de los cañones, que perdió el control de los nervios y se

sentó en un fogón encendido. Las quemaduras la dejaron convertida en

una esposa inútil para toda la vida. No podía sentarse sino de medio

lado, acomodada en cojines, y algo extraño debió quedarle en el modo

de andar, porque nunca volvió a caminar en público. Renunció a toda

clase de hábitos sociales obsesionada por la idea de que su cuerpo

despedía un olor a chamusquina. El alba la sorprendía en el patio sin

atreverse a dormir, porque soñaba que los ingleses con sus feroces

perros de asalto se metían por la ventana del dormitorio y la sometían a

vergonzosos tormentos con hierros al rojo vivo. Su marido, un

comerciante aragonés con quien tenía dos hijos, se gastó media tienda

en medicinas y entretenimientos buscando la manera de aliviar sus

terrores. Por último liquidó el negocio y llevó la familia a vivir lejos del

mar, en una ranchería de indios pacíficos situada en las estribaciones de

la sierra, donde le construyó a su mujer un dormitorio sin ventanas para

que no tuvieran por donde entrar los piratas de sus pesadillas.

En la escondida ranchería vivía de mucho tiempo atrás un criollo

cultivador de tabaco, don José Arcadio Buendía, con quien el bisabuelo

de Úrsula estableció una sociedad tan productiva que en pocos años

hicieron una fortuna. Varios siglos más tarde, el tataranieto del criollo se

casó con la tataranieta del aragonés. Por eso, cada vez que Úrsula se

salía de casillas con las locuras de su marido, saltaba por encima de

trescientos años de casualidades, y maldecía la hora en que Francis

Drake asaltó a Riohacha, Era un simple recurso de desahogo, porque en

verdad estaban ligados hasta la muerte por un vínculo más sólido que el

amor: un común remordimiento de conciencia. Eran primos entre sí.

Habían crecido juntos en la antigua ranchería que los antepasados de

ambos transformaron con su trabajo y sus buenas costumbres en uno

de los mejores pueblos de la provincia. Aunque su matrimonio era

previsible desde que vinieron al mundo, cuando ellos expresaron la

voluntad de casarse sus propios parientes trataron de impedirlo. Tenían

el temor de que aquellos saludables cabos de dos razas secularmente

entrecruzadas pasaran por la vergüenza de engendrar iguanas. Ya

existía un precedente tremendo. Una tía de Úrsula, casada con un tío de

José Arcadio Buendía tuvo un hijo que pasó toda la vida con unos

pantalones englobados y flojos, y que murió desangrado después de

haber vivido cuarenta y dos años en el más puro estado de virginidad

porque nació y creció con una cola cartilaginosa en forma de tirabuzón y

con una escobilla de pelos en la punta. Una cola de cerdo que no se dejó

ver nunca de ninguna mujer, y que le costo la vida cuando un carnicero

amigo le hizo el favor de cortársela con una hachuela de destazar. José

Arcadio Buendía, con la ligereza de sus diecinueve años, resolvió el

problema con una sola frase: «No me importa tener cochinitos, siempre

que puedan hablar.» Así que se casaron con una fiesta de banda y

cohetes que duró tres días. Hubieran sido felices desde entonces si la

madre de Úrsula no la hubiera aterrorizado con toda clase de

pronósticos siniestros sobre su descendencia, hasta el extremo de

conseguir que rehusara consumar el matrimonio. Temiendo que el

corpulento y voluntarioso marido la violara dormida, Úrsula se ponía

antes de acostarse un pantalón rudimentario que su madre le fabricó

con lona de velero y reforzado con un sistema de correas entrecruzadas,

que se cerraba por delante con una gruesa hebilla de hierro. Así

estuvieron varios meses. Durante el día, él pastoreaba sus gallos de

pelea y ella bordaba en bastidor con su madre. Durante la noche,

forcejeaban varias horas con una ansiosa violencia que ya parecía un

sustituto del acto de amor, hasta que la intuición popular olfateó que

algo irregular estaba ocurriendo, y soltó el rumor de que Úrsula seguía

virgen un año después de casada, porque su marido era impotente. José

Arcadio Buendía fue el último que conoció el rumor.

-Ya ves, Úrsula, lo que anda diciendo la gente -le dijo a su mujer con

mucha calma.

-Déjalos que hablen -dijo ella-. Nosotros sabemos que no es cierto.

De modo que la situación siguió igual por otros seis meses, hasta el

domingo trágico en que José Arcadio Buendía le gano una pelea de

gallos a Prudencio Aguilar. Furioso, exaltado por la sangre de su animal,

el perdedor se apartó de José Arcadio Buendía para que toda la gallera

pudiera oír lo que iba a decirle.

-Te felicito -gritó-. A ver si por fin ese gallo le hace el favor a tu

mujer.

José Arcadio Buendía, sereno, recogió su gallo. «Vuelvo en seguida»,

dijo a todos. Y luego, a Prudencio Aguilar:

-Y tú, anda a tu casa y ármate, porque te voy a matar.

Diez minutos después volvió con la lanza cebada de su abuelo. En la

puerta de la gallera, donde se había concentrado medio pueblo,

Prudencio Aguilar lo esperaba. No tuvo tiempo de defenderse. La lanza

de José Arcadio Buendía, arrojada con la fuerza de un toro y con la

misma dirección certera con que el primer Aureliano Buendía exterminó

a los tigres de la región, le atravesó la garganta. Esa noche, mientras se

velaba el cadáver en la gallera, José Arcadio Buendía entró en el

dormitorio cuando su mujer se estaba poniendo el pantalón de castidad.

Blandiendo la lanza frente a ella, le ordenó: «Quítate eso.» Úrsula no

puso en duda la decisión de su marido. «Tú serás responsable de lo que

pase», murmuró. José Arcadio Buendía clavó la lanza en el piso de

tierra.

-Si has de parir iguanas, criaremos iguanas -dijo-. Pero no habrá más

muertos en este pueblo por culpa tuya.

Era una buena noche de junio, fresca y con luna, y estuvieron

despiertos y retozando en la cama hasta el amanecer, indiferentes al

viento que pasaba por el dormitorio, cargado con el llanto de los

parientes de Prudencio Aguilar.

El asunto fue clasificado como un duelo de honor, pero a ambos les

quedó un malestar en la conciencia. Una noche en que no podía dormir,

Úrsula salió a tomar agua en el patio y vio a Prudencio Aguilar junto a la

tinaja. Estaba lívido, con una expresión muy triste, tratando de cegar

con un tapón de esparto el hueco de su garganta. No le produjo miedo,

sino lástima. Volvió al cuarto a contarle a su esposo lo que había visto,

pero él no le hizo caso. «Los muertos no salen -dijo-. Lo que pasa es

que no podemos con el peso de la conciencia.» Dos noches después,

Úrsula volvió a ver a Prudencio Aguilar en el baño, lavándose con el

tapón de esparto la sangre cristalizada del cuello. Otra noche lo vio

paseándose bajo la lluvia. José Arcadio Buendía, fastidiado por las

alucinaciones de su mujer, salió al patio armado con la lanza. Allí estaba

el muerto con su expresión triste.

-Vete al carajo -le gritó José Arcadio Buendía-. Cuantas veces

regreses volveré a matarte.

Prudencio Aguilar no se fue, ni José Arcadio Buendía se atrevió arrojar

la lanza. Desde entonces no pudo dormir bien.

Lo atormentaba la inmensa desolación con que el muerto lo había

mirado desde la lluvia, la honda nostalgia con que añoraba a los vivos,

la ansiedad con que registraba la casa buscando agua para mojar su

tapón de esparto. «Debe estar sufriendo mucho -le decía a Úrsula-. Se

ve que está muy solo.» Ella estaba tan conmovida que la próxima vez

que vio al muerto destapando las ollas de la hornilla comprendió lo que

buscaba, y desde entonces le puso tazones de agua por toda la casa.

Una noche en que lo encontró lavándose las heridas en su propio cuarto,

José Arcadio Buendía no pudo resistir más.

-Está bien, Prudencio -le dijo-. Nos iremos de este pueblo, lo más

lejos que podamos, y no regresaremos jamás. Ahora vete tranquilo.

Fue así como emprendieron la travesía de la sierra. Varios amigos de

José Arcadio Buendía, jóvenes como él, embullados con la aventura,

desmantelaron sus casas y cargaron con sus mujeres y sus hijos hacia

la tierra que nadie les había prometido. Antes de partir, José Arcadio

Buendía enterró la lanza en el patio y degolló uno tras otro sus

magníficos gallos de pelea, confiando en que en esa forma le daba un

poco de paz a Prudencio Aguilar. Lo único que se llevó Úrsula fue un

baúl con sus ropas de recién casada, unos pocos útiles domésticos y el

cofrecito con las piezas de oro que heredé de su padre. No se trazaron

un itinerario definido. Solamente procuraban viajar en sentido contrario

al camino de Riohacha para no dejar ningún rastro ni encontrar gente

conocida. Fue un viaje absurdo. A los catorce meses, con el estómago

estragado por la carne de mico y el caldo de culebras, Úrsula dio a luz

un hijo con todas sus partes humanas. Había hecho la mitad del camino

en una hamaca colgada de un palo que dos hombres llevaban en

hombros, porque la hinchazón le desfiguró las piernas, y las varices se

le reventaban como burbujas. Aunque daba lástima verlos con los

vientres templados y los ojos lánguidos, los niños resistieron el viaje

mejor que sus padres, y la mayor parte del tiempo les resultó divertido.

Una mañana, después de casi dos años de travesía, fueron los primeros

mortales que vieron la vertiente occidental de la sierra. Desde la cumbre

nublada contemplaron la inmensa llanura acuática de la ciénaga grande,

explayada hasta el otro lado del mundo. Pero nunca encontraron el mar.

Una noche, después de varios meses de andar perdidos por entre los

pantanos, lejos ya de los últimos indígenas que encontraron en el

camino, acamparon a la orilla de un río pedregoso cuyas aguas parecían

un torrente de vidrio helado. Años después, durante la segunda guerra

civil, el coronel Aureliano Buendía trató de hacer aquella misma ruta

para tomarse a Riohacha por sorpresa, y a los seis días de viaje

comprendió que era una locura. Sin embargo, la noche en que

acamparon junto al río, las huestes de su padre tenían un aspecto de

náufragos sin escapatoria, pero su número había aumentado durante la

travesía y todos estaban dispuestos (y lo consiguieron) a morirse de

viejos. José Arcadio Buendía soñó esa noche que en aquel lugar se

levantaba una ciudad ruidosa con casas de paredes de espejo. Preguntó

qué ciudad era aquella, y le contestaron con un nombre que nunca había

oído, que no tenía significado alguno, pero que tuvo en el sueño una

resonancia sobrenatural: Macondo. Al día siguiente convenció a sus

hombres de que nunca encontrarían el mar. Les ordenó derribar los

árboles para hacer un claro junto al río, en el lugar más fresco de la

orilla, y allí fundaron la aldea.

José Arcadio Buendia no logró descifrar el sueño de las casas con

paredes de espejos hasta el día en que conoció el hielo. Entonces creyó

entender su profundo significado. Pensó que en un futuro próximo

podrían fabricarse bloques de hielo en gran escala, a partir de un

material tan cotidiano como el agua, y construir con ellos las nuevas

casas de la aldea. Macondo dejaría de ser un lugar ardiente, cuyas

bisagras y aldabas se torcían de calor, para convertirse en una ciudad

invernal. Si no perseveró en sus tentativas de construir una fábrica de

hielo, fue porque entonces estaba positivamente entusiasmado con la

educación de sus hijos, en especial la de Aureliano, que había revelado

desde el primer momento una rara intuición alquímica. El laboratorio

había sido desempolvado. Revisando las notas de Melquíades, ahora

serenamente, sin la exaltación de la novedad, en prolongadas y

pacientes sesiones trataron de separar el oro de Úrsula del cascote

adherido al fondo del caldero. El joven José Arcadio participó apenas en

el proceso. Mientras su padre sólo tenía cuerpo y alma para el atanor, el

voluntarioso primogénito, que siempre fue demasiado grande para su

edad, se convirtió en un adolescente monumental. Cambió de voz. El

bozo se le pobló de un vello incipiente. Una noche Úrsula entró en el

cuarto cuando él se quitaba la ropa para dormir, y experimentó un

confuso sentimiento de vergüenza y piedad: era el primer hombre que

veía desnudo, después de su esposo, y estaba tan bien equipado para la

vida, que le pareció anormal. Úrsula, encinta por tercera vez, vivió de

nuevo sus terrores de recién casada.

Por aquel tiempo iba a la casa una mujer alegre, deslenguada,

provocativa, que ayudaba en los oficios domésticos y sabía leer el

porvenir en la baraja. Úrsula le habló de su hijo. Pensaba que su

desproporción era algo tan desnaturalizado como la cola de cerdo del

primo. La mujer soltó una risa expansiva que repercutió en toda la casa

como un reguero de vidrio. «Al contrario -dijo-. Será feliz». Para

confirmar su pronóstico llevó los naipes a la casa pocos días después, y

se encerró con José Arcadio en un depósito de granos contiguo a la

cocina. Colocó las barajas con mucha calma en un viejo mesón de

carpintería, hablando de cualquier cosa, mientras el muchacho esperaba

cerca de ella más aburrido que intrigado. De pronto extendió la mano y

lo tocó. «Qué bárbaro», dijo, sinceramente asustada, y fue todo lo que

pudo decir. José Arcadio sintió que los huesos se le llenaban de espuma,

que tenía un miedo lánguido y unos terribles deseos de llorar. La mujer

no le hizo ninguna insinuación. Pero José Arcadio la siguió buscando

toda la noche en el olor de humo que ella tenía en las axilas y que se le

quedó metido debajo del pellejo. Quería estar con ella en todo

momento, quería que ella fuera su madre, que nunca salieran del

granero y que le dijera qué bárbaro, y que lo volviera a tocar y a decirle

qué bárbaro. Un día no pudo soportar más y fue a buscarla a su casa.

Hizo una visita formal, incomprensible, sentado en la sala sin pronunciar

una palabra. En ese momento no la deseó. La encontraba distinta,

enteramente ajena a la imagen que inspiraba su olor, como si fuera

otra. Tomó el café y abandonó la casa deprimido. Esa noche, en el

espanto de la vigilia, la volvió a desear con una ansiedad brutal, pero

entonces no la quería como era en el granero, sino como había sido

aquella tarde.

Días después, de un modo intempestivo, la mujer lo llamó a su casa,

donde estaba sola con su madre, y lo hizo entrar en el dormitorio con el

pretexto de enseñarle un truco de barajas. Entonces lo tocó con tanta

libertad que él sufrió una desilusión después del estremecimiento inicial,

y experimentó más miedo que placer. Ella le pidió que esa noche fuera a

buscarla. Él estuvo de acuerdo, por salir del paso, sabiendo que no seria

capaz de ir. Pero esa noche, en la cama ardiente, comprendió que tenía

que ir a buscarla aunque no fuera capaz. Se vistió a tientas, oyendo en

la oscuridad la reposada respiración de su hermano, la tos seca de su

padre en el cuarto vecino, el asma de las gallinas en el patio, el zumbido

de los mosquitos, el bombo de su corazón y el desmesurado bullicio del

mundo que no había advertido hasta entonces, y salió a la calle

dormido. Deseaba de todo corazón que la puerta estuviera atrancada, y

no simplemente ajustada, como ella le había prometido. Pero estaba

abierta. La empujó con la punta de los dedos y los goznes soltaron un

quejido lúgubre y articulado que tuvo una resonancia helada en sus

entrañas. Desde el instante en que entró, de medio lado y tratando de

no hacer ruido, sintió el olor. Todavía estaba en la salita donde los tres

hermanos de la mujer colgaban las hamacas en posiciones que él

ignoraba y que no podía determinar en las tinieblas, así que le faltaba

atravesarla a tientas, empujar la puerta del dormitorio y orientarse allí

de tal modo que no fuera a equivocarse de cama. Lo consiguió. Tropezó

con los hicos de las hamacas, que estaban más bajas de lo que él había

supuesto, y un hombre que roncaba hasta entonces se revolvió en el

sueño y dijo con una especie de desilusión: «Era miércoles.» Cuando

empujó la puerta del dormitorio, no pudo impedir que raspara el

desnivel del piso. De pronto, en la oscuridad absoluta, comprendió con

una irremediable nostalgia que estaba completamente desorientado. En

la estrecha habitación dormían la madre, otra hija con el marido y dos

niños, y la mujer que tal vez no lo esperaba. Habría podido guiarse por

el olor si el olor no hubiera estado en toda la casa, tan engañoso y al

mismo tiempo tan definido como había estado siempre en su pellejo.

Permaneció inmóvil un largo rato, preguntándose asombrado cómo

había hecho para llegar a ese abismo de desamparo, cuando una mano

con todos los dedos extendidos, que tanteaba en las tinieblas, le tropezó

la cara. No se sorprendió, porque sin saberlo lo había estado esperando.

Entonces se confió a aquella mano, y en un terrible estado de

agotamiento se dejó llevar hasta un lugar sin formas donde le quitaron

la ropa y lo zarandearon como un costal de papas y lo voltearon al

derecho y al revés, en una oscuridad insondable en la que le sobraban

los brazos, donde ya no olía más a mujer, sino a amoníaco, y donde

trataba de acordarse del rostro de ella y se encontraba con el rostro de

Úrsula, confusamente consciente de que estaba haciendo algo que

desde hacía mucho tiempo deseaba que se pudiera hacer, pero que

nunca se había imaginado que en realidad se pudiera hacer, sin saber

cómo lo estaba haciendo porque no sabía dónde estaban los pies v

dónde la cabeza, ni los pies de quién ni la cabeza de quién, y sintiendo

que no podía resistir más el rumor glacial de sus riñones y el aire de sus

tripas, y el miedo, y el ansia atolondrada de huir y al mismo tiempo de

quedarse para siempre en aquel silencio exasperado y aquella soledad

espantosa.

Se llamaba Pilar Ternera. Había formado parte del éxodo que culminó

con la fundación de Macondo, arrastrada por su familia para separarla

del hombre que la violó a los catorce años y siguió amándola hasta los

veintidós, pero que nunca se decidió a hacer pública la situación porque

era un hombre ajeno. Le prometió seguirla hasta el fin del mundo, pero

más tarde, cuando arreglara sus asuntos, y ella se había cansado de

esperarlo identificándolo siempre con los hombres altos y bajos, rubios y

morenos, que las barajas le prometían por los caminos de la tierra y los

caminos del mar, para dentro de tres días, tres meses o tres años.

Había perdido en la espera la fuerza de los muslos, la dureza de los

senos, el hábito de la ternura, pero conservaba intacta la locura del

corazón, Trastornado por aquel juguete prodigioso, José Arcadio buscó

su rastro todas las noches a través del laberinto del cuarto. En cierta

ocasión encontró la puerta atrancada, y tocó varias veces, sabiendo que

si había tenido el arresto de tocar la primera vez tenía que tocar hasta la

última, y al cabo de una espera interminable ella le abrió la puerta.

Durante el día, derrumbándose de sueño, gozaba en secreto con los

recuerdos de la noche anterior. Pero cuando ella entraba en la casa,

alegre, indiferente, dicharachera, él no tenía que hacer ningún esfuerzo

para disimular su tensión, porque aquella mujer cuya risa explosiva

espantaba a las palomas, no tenía nada que ver con el poder invisible

que lo enseñaba a respirar hacia dentro y a controlar los golpes del

corazón, y le había permitido entender por qué los hombres le tienen

miedo a la muerte. Estaba tan ensimismado que ni siquiera comprendió

la alegría de todos cuando su padre y su hermano alborotaron la casa

con la noticia de que habían logrado vulnerar el cascote metálico y

separar el oro de Úrsula.

En efecto, tras complicadas y perseverantes jornadas, lo habían

conseguido. Úrsula estaba feliz, y hasta dio gracias a Dios por la

invención de la alquimia, mientras la gente de la aldea se

apretujaba en el laboratorio, y les servían dulce de guayaba con

galletitas para celebrar el prodigio, y José Arcadio Buendía les dejaba

ver el crisol con el oro rescatado, como si acabara de inventarío. De

tanto mostrarlo, terminó frente a su hijo mayor, que en los últimos

tiempos apenas se asomaba por el laboratorio. Puso frente a sus ojos el

mazacote seco y amarillento, y le preguntó: «¿Qué te parece?» José

Arcadio, sinceramente, contestó:

-Mierda de perro.

Su padre le dio con el revés de la mano un violento golpe en la boca

que le hizo saltar la sangre y las lágrimas. Esa noche Pilar Ternera le

puso compresas de árnica en la hinchazón, adivinando el frasco y los

algodones en la oscuridad, y le hizo todo lo que quiso sin que él se

molestara, para amarlo sin lastimarlo Lograron tal estado de intimidad

que un momento después, sin darse cuenta, estaban hablando en

murmullos.

-Quiero estar solo contigo -decía él-. Un día de estos le cuento todo a

todo el mundo y se acaban los escondrijos.

Ella no trató de apaciguarlo.

-Sería muy bueno -dijo-. Si estamos solos, dejamos la lámpara

encendida para vernos bien, y yo puedo gritar todo lo que quiera sin que

nadie tenga que meterse y tú me dices en la oreja todas las porquerías

que se te ocurran.

Esta conversación, el rencor mordiente que sentía contra su padre, y

la inminente posibilidad del amor desaforado, le inspiraron una serena

valentía. De un modo espontáneo, sin ninguna preparación, le contó

todo a su hermano.

Al principio el pequeño Aureliano sólo comprendía el riesgo, la

inmensa posibilidad de peligro que implicaban las aventuras de su

hermano, pero no lograba concebir la fascinación del objetivo. Poco a

poco se fue contaminando de ansiedad. Se hacía contar las minuciosas

peripecias, se identificaba con el sufrimiento y el gozo del hermano, se

sentía asustado y feliz. Lo esperaba despierto hasta el amanecer, en la

cama solitaria que parecía tener una estera de brasas, y seguían

hablando sin sueño hasta la hora de levantarse, de modo que muy

pronto padecieron ambos la misma somnolencia, sintieron el mismo

desprecio por la alquimia y la sabiduría de su padre, y se refugiaron en

la soledad. «Estos niños andan como zurumbáticos -decía Úrsula-.

Deben tener lombrices.» Les preparó una repugnante pócima de paico

machacado, que ambos bebieron con imprevisto estoicismo, y se

sentaron al mismo tiempo en sus bacinillas once veces en un solo día, y

expulsaron unos parásitos rosados que mostraron a todos con gran

júbilo, porque les permitieron desorientar a Úrsula en cuanto al origen

de sus distraimientos y languideces. Aureliano no sólo podía entonces

entender, sino que podía vivir como cosa propia las experiencias de su

hermano, porque en una ocasión en que éste explicaba con muchos

pormenores el mecanismo del amor, lo interrumpió para preguntarle:

«¿Qué se siente?» José Arcadio le dio una respuesta inmediata:

-Es como un temblor de tierra.

Un jueves de enero, a las dos de la madrugada, nació Amaranta.

Antes de que nadie entrara en el cuarto, Úrsula la examinó

minuciosamente. Era liviana y acuosa como una lagartija, pero todas

sus partes eran humanas, Aureliano no se dio cuenta de la novedad sino

cuando sintió la casa llena de gente. Protegido por la confusión salió en

busca de su hermano, que no estaba en la cama desde las once, y fue

una decisión tan impulsiva que ni siquiera tuvo tiempo de preguntarse

cómo haría para sacarlo del dormitorio de Pilar Ternera. Estuvo

rondando la casa varias horas, silbando claves privadas, hasta que la

proximidad del alba lo obligó a regresar. En el cuarto de su madre,

jugando con la hermanita recién nacida y con una cara que se le caía de

inocencia, encontró a José Arcadio.

Úrsula había cumplido apenas su reposo de cuarenta días, cuando

volvieron los gitanos. Eran los mismos saltimbanquis y malabaristas que

llevaron el hielo. A diferencia de la tribu de Melquíades, habían

demostrado en poco tiempo que no eran heraldos del progreso, sino

mercachifles de diversiones. Inclusive cuando llevaron el hielo, no lo

anunciaron en función de su utilidad en la vida de los hombres, sino

como una simple curiosidad de circo. Esta vez, entre muchos otros

juegos de artificio, llevaban una estera voladora. Pero no la ofrecieron

como un aporte fundamental al desarrollo del transporte, como un

objeto de recreo. La gente, desde luego, desenterró sus últimos

pedacitos de oro para disfrutar de un vuelo fugaz sobre las casas de la

aldea. Amparados por la deliciosa impunidad del desorden colectivo,

José Arcadio y Pilar vivieron horas de desahogo. Fueron dos novios

dichosos entre la muchedumbre, y hasta llegaron a sospechar que el

amor podía ser un sentimiento más reposado y profundo que la felicidad

desaforada pero momentánea de sus noches secretas. Pilar, sin

embargo, rompió el encanto. Estimulada por el entusiasmo con que José

Arcadio disfrutaba de su compañía, equivocó la forma y la ocasión, y de

un solo golpe le echó el mundo encima. «Ahora si eres un hombre», le

dijo. Y corno él no entendió lo que ella quería decirle, se lo explicó letra

por letra:

-Vas a tener un hijo.

José Arcadio no se atrevió a salir de su casa en varios días. Le

bastaba con escuchar la risotada trepidante de Pilar en la cocina para

correr a refugiarse en el laboratorio, donde los artefactos de alquimia

habían revivido con la bendición de Úrsula. José Arcadio Buendía recibió

con alborozo al hijo extraviado y lo inició en la búsqueda de la piedra

filosofal, que había por fin emprendido. Una tarde se entusiasmaron los

muchachos con la estera voladora que pasó veloz al nivel de la ventana

del laboratorio llevando al gitano conductor y a varios niños de la aldea

que hacían alegres saludos con la mano, y José Arcadio Buendía ni

siquiera la miró. «Déjenlos que sueñen -dijo-. Nosotros volaremos mejor

que ellos con recursos más científicos que ese miserable sobrecamas.»

A pesar de su fingido interés, José Arcadio no entendió nunca los

podere5 del huevo filosófico, que simplemente le parecía un frasco mal

hecho. No lograba escapar de su preocupación. Perdió el apetito y el

sueño, sucumbió al mal humor, igual que su padre ante el fracaso de

alguna de sus empresas, y fue tal su trastorno que el propio José

Arcadio Buendía lo relevó de los deberes en el laboratorio creyendo que

había tomado la alquimia demasiado a pecho. Aureliano, por supuesto,

comprendió que la aflicción del hermano no tenía origen en la búsqueda

de la piedra filosofal, pero no consiguió arrancarle una confidencia.

Rabia perdido su antigua espontaneidad. De cómplice y comunicativo se

hizo hermético y hostil. Ansioso de soledad, mordido por un virulento

rencor contra el mundo, una noche abandonó la cama como de

costumbre, pero no fue a casa de Pilar Ternera, sino a confundirse con

el tumulto de la feria. Después de deambular por entre toda suerte de

máquinas de artificio, Sin interesarse por ninguna, se fijó en algo que no

estaba en juego; una gitana muy joven, casi una niña, agobiada de

abalorios, la mujer más bella que José Arcadio había visto en su vida.

Estaba entre la multitud que presenciaba el triste espectáculo del

hombre que se convirtió en víbora por desobedecer a sus padres.

José Arcadio no puso atención. Mientras se desarrollaba el triste

interrogatorio del hombre-víbora, se había abierto paso por entre la

multitud hasta la primera fila en que se encontraba la gitana, y se había

detenido detrás de ella. Se apretó contra sus espaldas. La muchacha

trató de separarse, pero José Arcadio se apretó con más fuerza contra

sus espaldas. Entonces ella lo sintió. Se quedó inmóvil contra él,

temblando de sorpresa y pavor, sin poder creer en la evidencia, y por

último volvió la cabeza y lo miró con una sonrisa trémula. En ese

instante dos gitanos metieron al hombre-víbora en su jaula y la llevaron

al interior de la tienda. El gitano que dirigía el espectáculo anunció:

-Y ahora, señoras y señores, vamos a mostrar la prueba terrible de la

mujer que tendrá que ser decapitada todas las noches a esta hora

durante ciento cincuenta años, como castigo por haber visto lo que no

debía.

José Arcadio y la muchacha no presenciaron la decapitación. Fueron a

la carpa de ella, donde se besaron con una ansiedad desesperada

mientras se iban quitando la ropa. La gitana se deshizo de sus corpiños

superpuestos, de sus numerosos pollerines de encaje almidonado, de su

inútil corsé alambrado, de su carga de abalorios, y quedó prácticamente

convertida en nada. Era una ranita lánguida, de senos incipientes y

piernas tan delgadas que no le ganaban en diámetro a los brazos de

José Arcadio, pero tenía una decisión y un calor que compensaban su

fragilidad. Sin embargo, José Arcadio no podía responderle porque

estaban en una especie de carpa pública, por donde los gitanos pasaban

con sus cosas de circo y arreglaban sus asuntos, y hasta se demoraban

junto a la cama a echar una partida de dados. La lámpara colgada en la

vara central iluminaba todo el ámbito. En una pausa de las caricias, José

Arcadio se estiró desnudo en la cama, sin saber qué hacer, mientras la

muchacha trataba de alentarlo. Una gitana de carnes espléndidas entró

poco después acompañada de un hombre que no hacia parte de la

farándula, pero que tampoco era de la aldea, y ambos empezaron a

desvestirse frente a la cama. Sin proponérselo, la mujer miró a José

Arcadio y examinó con una especie de fervor patético su magnifico

animal en reposo.

-Muchacho -exclamó-, que Dios te la conserve.

La compañera de José Arcadio les pidió que los dejaran tranquilos, y

la pareja se acostó en el suelo, muy cerca de la cama.

La pasión de los otros despertó la fiebre de José Arcadio. Al primer

contacto, los huesos de la muchacha parecieron desarticularse con un

crujido desordenado como el de un fichero de dominó, y su piel se

deshizo en un sudor pálido y sus ojos se llenaron de lágrimas y todo su

cuerpo exhaló un lamento lúgubre y un vago olor de lodo. Pero soportó

el impacto con una firmeza de carácter y una valentía admirables. José

Arcadio se sintió entonces levantado en vilo hacia un estado de

inspiración seráfica, donde su corazón se desbarató en un manantial de

obscenidades tiernas que le entraban a la muchacha por los oídos y le

salían por la boca traducidas a su idioma. Era jueves. La noche del

sábado José Arcadio se amarró un trapo rojo en la cabeza y se fue con

los gitanos.

Cuando Úrsula descubrió su ausencia, lo buscó por toda la aldea. En

el desmantelado campamento de los gitanos no había más que un

reguero de desperdicios entre las cenizas todavía humeantes de los

fogones apagados. Alguien que andaba por ahí buscando abalorios entre

la basura le dijo a Úrsula que la noche anterior había visto a su hijo en

el tumulto de la farándula, empujando una carretilla con la jaula del

hombre-víbora. «¡Se metió de gitano!», le gritó ella a su marido, quien

no había dado la menor señal de alarma ante la desaparición.

-Ojalá fuera cierto -dijo José Arcadio Buendía, machacando en el

mortero la materia mil veces machacada y recalentada y vuelta a

machacar-. Así aprenderá a ser hombre.

Úrsula preguntó por dónde se habían ido los gitanos. Siguió

preguntando en el camino que le indicaron, y creyendo que todavía

tenía tiempo de alcanzarlos, siguió alejándose de la aldea, hasta que

tuvo conciencia de estar tan lejos que ya no pensó en regresar. José

Arcadio Buendía no descubrió la falta de su mujer sino a las ocho de la

noche, cuando dejó la materia recalentándose en una cama de estiércol,

y fue a ver qué le pasaba a la pequeña Amaranta que estaba ronca de

llorar. En pocas horas reunió un grupo de hombres bien equipados, puso

a Amaranta en manos de una mujer que se ofreció para amamantaría, y

se perdió por senderos invisibles en pos de Úrsula. Aureliano los

acompañó. Unos pescadores indígenas, cuya lengua desconocían, les

indicaron por señas al amanecer que no habían visto pasar a nadie. Al

cabo de tres días de búsqueda inútil, regresaron a la aldea.

Durante varias semanas, José Arcadio Buendía se dejó vencer por la

consternación. Se ocupaba como una madre de la pequeña Amaranta.

La bañaba y cambiaba de ropa, la llevaba a ser amamantada cuatro

veces al día y hasta le cantaba en la noche las canciones que Úrsula

nunca supo cantar. En cierta ocasión, Pilar Ternera se ofreció para hacer

los oficios de la casa mientras regresaba Úrsula. Aureliano, cuya

misteriosa intuición se había sensibilizado en la desdicha, experimentó

un fulgor de clarividencia al verla entrar. Entonces supo que de algún

modo inexplicable ella tenía la culpa de la fuga de su hermano y la

consiguiente desaparición de su madre, y la acosó de tal modo, con una

callada e implacable hostilidad, que la mujer no volvió a la casa.

El tiempo puso las cosas en su puesto. José Arcadio Buendía y su hijo

no supieron en qué momento estaban otra vez en el laboratorio,

sacudiendo el polvo, prendiendo fuego al atanor, entregados una vez

más a la paciente manipulación de la materia dormida desde hacía

varios meses en su cama de estiércol. Hasta Amaranta, acostada en una

canastilla de mimbre, observaba con curiosidad la absorbente labor de

su padre y su hermano en el cuartito enrarecido por los vapores del

mercurio. En cierta ocasión, meses después de la partida de Úrsula,

empezaron a suceder cosas extrañas. Un frasco vacío que durante

mucho tiempo estuvo olvidado en un armario se hizo tan pesado que fue

imposible moverlo. Una cazuela de agua colocada en la mesa de trabajo

hirvió sin fuego durante media hora hasta evaporarse por completo.

José Arcadio Buendía y su hijo observaban aquellos fenómenos con

asustado alborozo, sin lograr explicárselos, pero interpretándolos como

anuncios de la materia. Un día la canastilla de Amaranta empezó a

moverse con un impulso propio y dio una vuelta completa en el cuarto,

ante la consternación de Aureliano, que se apresuró a detenerla. Pero su

padre no se alteró. Puso la canastilla en su puesto y la amarró a la pata

de una mesa, convencido de que el acontecimiento esperado era

inminente. Fue en esa ocasión cuando Aureliano le oyó decir:

-Si no temes a Dios, témele a los metales.

De pronto, casi cinco meses después de su desaparición, volvió

Úrsula. Llegó exaltada, rejuvenecida, con ropas nuevas de un estilo

desconocido en la aldea. José Arcadio Buendía apenas si pudo resistir el

impacto. «¡Era esto -gritaba-. Yo sabia que iba a ocurrir.» Y lo creía de

veras, porque en sus prolongados encierros, mientras manipulaba la

materia, rogaba en el fondo de su corazón que el prodigio esperado no

fuera el hallazgo de la piedra filosofal, ni la liberación del soplo que hace

vivir los metales, ni la facultad de convertir en oro las bisagras y

cerraduras de la casa, sino lo que ahora había ocurrido: el regreso de

Úrsula. Pero ella no compartía su alborozo. Le dio un beso convencional,

como si no hubiera estado ausente más de una hora, y le dijo:

-Asómate a la puerta.

José Arcadio Buendía tardó mucho tiempo para restablecerse la

perplejidad cuando salió a la calle y vio la muchedumbre. No eran

gitanos. Eran hombres y mujeres como ellos, de cabellos lacios y piel

parda, que hablaban su misma lengua y se lamentaban de los mismos

dolores. Traían mulas cargadas de cosas de comer, carretas de bueyes

con muebles y utensilios domésticos, puros y simples accesorios

terrestres puestos en venta sin aspavientos por los mercachifles de la

realidad cotidiana. Venían del otro lado de la ciénaga, a sólo dos días de

viaje, donde había pueblos que recibían el correo todos los meses y

conocían las máquinas del bienestar. Úrsula no había alcanzado a los

gitanos, pero encontró la ruta que su marido no pudo descubrir en su

frustrada búsqueda de los grandes inventos.

III

El hijo de Pilar Ternera fue llevado a casa de sus abuelos a las dos

semanas de nacido. Úrsula lo admitió de mala gana, vencida una vez

más por la terquedad de su marido que no pudo tolerar la idea de que

un retoño de su sangre quedara navegando a la deriva, pero impuso la

condición de que se ocultara al niño su verdadera identidad. Aunque

recibió el nombre de José Arcadio, terminaron por llamarlo simplemente

Arcadio para evitar confusiones. Había por aquella época tanta actividad

en el pueblo y tantos trajines en la casa, que el cuidado de los niños

quedó relegado a un nivel secundario. Se los encomendaron a

Visitación, una india guajira que llegó al pueblo con un hermano,

huyendo de una peste de insomnio que flagelaba a su tribu desde hacía

varios años. Ambos eran tan dóciles y serviciales que Úrsula se hizo

cargo de ellos para que la ayudaran en los oficios domésticos. Fue así

como Arcadio y Amaranta hablaron la lengua guajira antes que el

castellano, y aprendieron a tomar caldo de lagartijas y a comer huevos

de arañas sin que Úrsula se diera cuenta, porque andaba demasiado

ocupada en un prometedor negocio de animalitos de caramelo. Macondo

estaba transformado. Las gentes que llegaron con Úrsula divulgaron la

buena calidad de su suelo y su posición privilegiada con respecto a la

ciénaga, de modo que la escueta aldea de otro tiempo se convirtió muy

pronto en un pueblo activo, con tiendas y talleres de artesanía, y una

ruta de comercio permanente por donde llegaran los primeros árabes de

pantuflas y argollas en las orejas, cambiando collares de vidrio por

guacamayas. José Arcadio Buendía no tuvo un instante de reposo.

Fascinado por una realidad inmediata que entonces le resultó más

fantástica que el vasto universo de su imaginación, perdió todo interés

por el laboratorio de alquimia, puso a descansar la materia extenuada

por largos meses de manipulación, y volvió a ser el hombre

emprendedor de los primeros tiempos que decidía el trazado de las

calles y la posición de las nuevas casas, de manera que nadie disfrutara

de privilegios que no tuvieran todos. Adquirió tanta autoridad entre los

recién llegados que no se echaron cimientos ni se pararon cercas sin

consultárselo, y se determinó que fuera él quien dirigiera la repartición

de la tierra. Cuando volvieron los gitanos saltimbanquis, ahora con su

feria ambulante transformada en un gigantesco establecimiento de

juegos de suerte y azar, fueron recibidos con alborozo porque se pensó

que José Arcadio regresaba con ellos. Pero José Arcadio no volvió, ni

llevaron al hombre-víbora que según pensaba Úrsula era el único que

podría darles razón de su hijo, así que no se les permitió a los gitanos

instalarse en el pueblo ni volver a pisarlo en el futuro, porque se los

consideró como mensajeros de la concupiscencia y la perversión. José

Arcadio Buendía, sin embargo, fue explícito en el sentido de que la

antigua tribu de Melquíades, que tanto contribuyó al engrandecimiento

de la aldea can su milenaria sabiduría y sus fabulosos inventos,

encontraría siempre las puertas abiertas. Pero la tribu de Melquíades,

según contaron los trotamundos, había sido borrada de la faz de la

tierra por haber sobrepasado los limites del conocimiento humano.

Emancipado al menos por el momento de las torturas de la fantasía,

José Arcadio Buendía impuso en poco tiempo un estado de orden y

trabajo, dentro del cual sólo se permitió una licencia: la liberación de los

pájaros que desde la época de la fundación alegraban el tiempo con sus

flautas, y la instalación en su lugar de relojes musicales en todas las

casas. Eran unos preciosos relojes de madera labrada que los árabes

cambiaban por guacamayas, y que José Arcadio Buendía sincronizó con

tanta precisión, que cada media hora el pueblo se alegraba con los

acordes progresivos de una misma pieza, hasta alcanzar la culminación

de un mediodía exacto y unánime con el valse completo. Fue también

José Arcadio Buendía quien decidió por esos años que en las calles del

pueblo se sembraran almendros en vez de acacias, y quien descubrió sin

revelarlos nunca las métodos para hacerlos eternos. Muchos años

después, cuando Macondo fue un campamento de casas de madera y

techos de cinc, todavía perduraban en las calles más antiguas los

almendros rotos y polvorientos, aunque nadie sabía entonces quién los

había sembrado. Mientras su padre ponía en arden el pueblo y su madre

consolidaba el patrimonio doméstico con su maravillosa industria de

gallitos y peces azucarados que dos veces al día salían de la casa

ensartadas en palos de balso, Aureliano vivía horas interminables en el

laboratorio abandonada, aprendiendo por pura investigación el arte de la

platería. Se había estirado tanto, que en poco tiempo dejó de servirle la

ropa abandonada por su hermano y empezó a usar la de su padre, pero

fue necesario que Visitación les cosiera alforzas a las camisas y sisas a

las pantalones, porque Aureliano no había sacada la corpulencia de las

otras. La adolescencia le había quitada la dulzura de la voz y la había

vuelta silencioso y definitivamente solitario, pero en cambio le había

restituido la expresión intensa que tuvo en los ajos al nacer. Estaba tan

concentrado en sus experimentos de platería que apenas si abandonaba

el laboratorio para comer. Preocupada por su ensimismamiento, José

Arcadio Buendía le dio llaves de la casa y un poco de dinero, pensando

que tal vez le hiciera falta una mujer. Pero Aureliano gastó el dinero en

ácida muriático para preparar agua regia y embelleció las llaves con un

baño de oro. Sus exageraciones eran apenas comparables a las de

Arcadio y Amaranta, que ya habían empezada a mudar los dientes y

todavía andaban agarrados toda el día a las mantas de los indios, tercos

en su decisión de no hablar el castellano, sino la lengua guajira. «No

tienes de qué quejarte -le decía Úrsula a su marido-. Los hijos heredan

las locuras de sus padres.» Y mientras se lamentaba de su mala suerte,

convencida de que las extravagancias de sus hijos eran alga tan

espantosa coma una cola de cerdo, Aureliano fijó en ella una mirada que

la envolvió en un ámbito de incertidumbre.

-Alguien va a venir -le dijo.

Úrsula, como siempre que él expresaba un pronóstico, trató de

desalentaría can su lógica casera. Era normal que alguien llegara.

Decenas de forasteras pasaban a diaria por Macondo sin suscitar

inquietudes ni anticipar anuncios secretos. Sin embargo, por encima de

toda lógica, Aureliano estaba seguro de su presagio.

-No sé quién será -insistió-, pero el que sea ya viene en camino.

El domingo, en efecto, llegó Rebeca. No tenía más de once años.

Había hecho el penoso viaje desde Manaure con unos traficantes de

pieles que recibieron el encargo de entregarla junto con una carta en la

casa de José Arcadio Buendía, pero que no pudieron explicar con

precisión quién era la persona que les había pedido el favor. Todo su

equipaje estaba compuesto por el baulito de la ropa un pequeño

mecedor de madera can florecitas de calores pintadas a mano y un

talego de lona que hacía un permanente ruido de clac clac clac, donde

llevaba los huesos de sus padres. La carta dirigida a José Arcadio

Buendía estaba escrita en términos muy cariñosas por alguien que lo

seguía queriendo mucho a pesar del tiempo y la distancia y que se

sentía obligado por un elemental sentido humanitario a hacer la caridad

de mandarle esa pobre huerfanita desamparada, que era prima de

Úrsula en segundo grado y por consiguiente parienta también de José

Arcadio Buendía, aunque en grado más lejano, porque era hija de ese

inolvidable amigo que fue Nicanor Ulloa y su muy digna esposa Rebeca

Montiel, a quienes Dios tuviera en su santa reino, cuyas restas

adjuntaba la presente para que les dieran cristiana sepultura. Tanto los

nombres mencionados como la firma de la carta eran perfectamente

legibles, pero ni José Arcadio Buendía ni Úrsula recordaban haber tenida

parientes con esos nombres ni conocían a nadie que se llamara cama el

remitente y mucha menos en la remota población de Manaure. A través

de la niña fue imposible obtener ninguna información complementaria.

Desde el momento en que llegó se sentó a chuparse el dedo en el

mecedor y a observar a todas con sus grandes ajos espantados, sin que

diera señal alguna de entender lo que le preguntaban. Llevaba un traje

de diagonal teñido de negro, gastada por el uso, y unas desconchadas

botines de charol. Tenía el cabello sostenido detrás de las orejas can

moñas de cintas negras. Usaba un escapulario con las imágenes

barradas por el sudor y en la muñeca derecha un colmillo de animal

carnívoro montada en un soporte de cobre cama amuleto contra el mal

de ajo. Su piel verde, su vientre redondo y tenso como un tambor,

revelaban una mala salud y un hambre más viejas que ella misma, pera

cuando le dieran de comer se quedó can el plato en las piernas sin

probarla. Se llegó inclusive a creer que era sordomuda, hasta que los

indios le preguntaran en su lengua si quería un poco de agua y ella

movió los ojos coma si los hubiera reconocido y dijo que si can la

cabeza.

Se quedaron con ella porque no había más remedio. Decidieran

llamarla Rebeca, que de acuerda con la carta era el nombre de su

madre, porque Aureliano tuvo la paciencia de leer frente a ella todo el

santoral y no logró que reaccionara can ningún nombre. Como en aquel

tiempo no había cementerio en Macondo, pues hasta entonces no había

muerta nadie, conservaron la talega con los huesos en espera de que

hubiera un lugar digno para sepultarías, y durante mucho tiempo

estorbaron por todas partes y se les encontraba donde menos se

suponía, siempre con su cloqueante cacareo de gallina clueca. Pasó

mucho tiempo antes de que Rebeca se incorporara a la vida familiar. Se

sentaba en el mecedorcito a chuparse el dedo en el rincón más apartado

de la casa. Nada le llamaba la atención, salvo la música de los relojes,

que cada media hora buscaba con ajos asustados, como si esperara

encontrarla en algún lugar del aire. No lograron que comiera en varios

días. Nadie entendía cómo no se había muerta de hambre, hasta que los

indígenas, que se daban cuenta de todo porque recorrían la casa sin

cesar can sus pies sigilosos, descubrieron que a Rebeca sólo le gustaba

comer la tierra húmeda del patio y las tortas de cal que arrancaba de las

paredes con las uñas. Era evidente que sus padres, o quienquiera que la

hubiese criado, la habían reprendido por ese hábito, pues lo practicaba a

escondidas y con conciencia de culpa, procurando trasponer las raciones

para comerlas cuando nadie la viera. Desde entonces la sometieron a

una vigilancia implacable. Echaban hiel de vaca en el patio y untaban ají

picante en las paredes, creyendo derrotar con esos métodos su vicio

pernicioso, pero ella dio tales muestras de astucia e ingenio para

procurarse la tierra, que Úrsula se vio forzada a emplear recursos más

drásticas. Ponía jugo de naranja con ruibarbo en una cazuela que dejaba

al serena toda la noche, y le daba la pócima al día siguiente en ayunas.

Aunque nadie le había dicho que aquél era el remedio específico para el

vicio de comer tierra, pensaba que cualquier sustancia amarga en el

estómago vacío tenía que hacer reaccionar al hígado. Rebeca era tan

rebelde y tan fuerte a pesar de su raquitismo, que tenían que barbearía

como a un becerro para que tragara la medicina, y apenas si podían

reprimir sus pataletas y soportar los enrevesados jeroglíficos que ella

alternaba con mordiscas y escupitajos, y que según decían las

escandalizadas indígenas eran las obscenidades más gruesas que se

podían concebir en su idioma. Cuando Úrsula lo supo, complementó el

tratamiento con correazos. No se estableció nunca si lo que surtió efecto

fue el ruibarbo a las tollinas, o las dos cosas combinadas, pero la verdad

es que en pocas semanas Rebeca empezó a dar muestras de

restablecimiento. Participó en los juegos de Arcadio y Amaranta, que la

recibieron coma una hermana mayor, y comió con apetito sirviéndose

bien de los cubiertos. Pronto se reveló que hablaba el castellano con

tanta fluidez cama la lengua de los indios, que tenía una habilidad

notable para los oficias manuales y que cantaba el valse de los relojes

con una letra muy graciosa que ella misma había inventado. No tardaron

en considerarla como un miembro más de la familia. Era con Úrsula más

afectuosa que nunca lo fueron sus propios hijos, y llamaba hermanitos a

Amaranta y a Arcadio, y tío a Aureliano y abuelito a José Arcadio

Buendía. De modo que terminó por merecer tanto como los otros el

nombre de Rebeca Buendía, el único que tuvo siempre y que llevó can

dignidad hasta la muerte.

Una noche, por la época en que Rebeca se curó del vicio de comer

tierra y fue llevada a dormir en el cuarto de los otros niños, la india que

dormía con ellos despertó par casualidad y oyó un extraño ruido

intermitente en el rincón. Se incorporó alarmada, creyendo que había

entrada un animal en el cuarto, y entonces vio a Rebeca en el mecedor,

chupándose el dedo y con los ojos alumbrados como los de un gato en

la oscuridad.

Pasmada de terror, atribulada por la fatalidad de su destino, Visitación

reconoció en esos ojos los síntomas de la enfermedad cuya amenaza los

había obligada, a ella y a su hermano, a desterrarse para siempre de un

reino milenario en el cual eran príncipes. Era la peste del insomnio.

Cataure, el indio, no amaneció en la casa. Su hermana se quedó,

porque su corazón fatalista le indicaba que la dolencia letal había de

perseguiría de todos modos hasta el último rincón de la tierra. Nadie

entendió la alarma de Visitación. «Si no volvemos a dormir, mejor -

decía José Arcadio Buendía, de buen humor-. Así nos rendirá más la

vida.» Pero la india les explicó que lo más temible de la enfermedad del

insomnio no era la imposibilidad de dormir, pues el cuerpo no sentía

cansancio alguno, sino su inexorable evolución hacia una manifestación

más crítica: el olvido. Quería decir que cuando el enfermo se

acostumbraba a su estado de vigilia, empezaban a borrarse de su

memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de las

cosas, y por último la identidad de las personas y aun la conciencia del

propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotez sin pasado. José

Arcadio Buendía, muerta de risa, consideró que se trataba de una de

tantas dolencias inventadas por la superstición de los indígenas. Pero

Úrsula, por si acaso, tomó la precaución de separar a Rebeca de los

otros niños.

Al cabo de varias semanas, cuando el terror de Visitación parecía

aplacado, José Arcadio Buendía se encontró una noche dando vueltas en

la cama sin poder dormir. Úrsula, que también había despertado, le

preguntó qué le pasaba, y él le contestó:

«Estoy pensando otra vez en Prudencia Aguilar.» No durmieron un

minuto, pero al día siguiente se sentían tan descansadas que se

olvidaron de la mala noche. Aureliano comentó asombrado a la hora del

almuerzo que se sentía muy bien a pesar de que había pasado toda la

noche en el laboratorio dorando un prendedor que pensaba regalarle a

Úrsula el día de su cumpleaños. No se alarmaran hasta el tercer día,

cuando a la hora de acostarse se sintieron sin sueño, y cayeran en la

cuenta de que llevaban más de cincuenta horas sin dormir.

-Los niños también están despiertos -dijo la india con su convicción

fatalista-. Una vez que entra en la casa, nadie escapa a la peste.

Habían contraído, en efecto, la enfermedad del insomnio. Úrsula, que

había aprendido de su madre el valor medicinal de las plantas, preparó e

hizo beber a todos un brebaje de acónito, pero no consiguieran dormir,

sino que estuvieron todo el día soñando despiertos. En ese estada de

alucinada lucidez no sólo veían las imágenes de sus propios sueños, sino

que los unos veían las imágenes soñadas por los otros. Era como si la

casa se hubiera llenado de visitantes. Sentada en su mecedor en un

rincón de la cocina, Rebeca soñó que un hombre muy parecido a ella,

vestido de lino blanco y con el cuello de la camisa cerrado por un botón

de aro, le llevaba una rama de rosas. Lo acompañaba una mujer de

manas delicadas que separó una rosa y se la puso a la niña en el pelo.

Úrsula comprendió que el hombre y la mujer eran los padres de Rebeca,

pero aunque hizo un grande esfuerzo por reconocerlos, confirmó su

certidumbre de que nunca los había visto. Mientras tanto, por un

descuido que José Arcadio Buendía no se perdonó jamás, los animalitos

de caramelo fabricados en la casa seguían siendo vendidos en el pueblo.

Niñas y adultos chupaban encantados los deliciosos gallitos verdes del

insomnio, los exquisitos peces rosados del insomnio y los tiernos

caballitos amarillos del insomnio, de modo que el alba del lunes

sorprendió despierto a todo el pueblo. Al principio nadie se alarmó. Al

contrario, se alegraron de no dormir, porque entonces había tanto que

hacer en Macondo que el tiempo apenas alcanzaba. Trabajaron tanto,

que pronto no tuvieran nada más que hacer, y se encontraron a las tres

de la madrugada con los brazos cruzados, contando el número de notas

que tenía el valse de los relajes. Los que querían dormir, no por

cansancio, sino por nostalgia de los sueños, recurrieron a toda clase de

métodos agotadores. Se reunían a conversar sin tregua, a repetirse

durante horas y horas los mismas chistes, a complicar hasta los límites

de la exasperación el cuento del gallo capón, que era un juego infinito

en que el narrador preguntaba si querían que les contara el cuento del

gallo capón, y cuando contestaban que sí, el narrador decía que no

había pedido que dijeran que sí, sino que si querían que les contara el

cuento del gallo capón, y cuando contestaban que no, el narrador decía

que no les había pedida que dijeran que no, sino que si querían que les

contara el cuento del gallo capón, y cuando se quedaban callados el

narrador decía que no les había pedido que se quedaran callados, sino

que si querían que les contara el cuento del gallo capón, Y nadie podía

irse, porque el narrador decía que no les había pedido que se fueran,

sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y así

sucesivamente, en un círculo vicioso que se prolongaba por noches

enteras.

Cuando José Arcadio Buendía se dio cuenta de que la peste había

invadida el pueblo, reunió a las jefes de familia para explicarles lo que

sabía sobre la enfermedad del insomnio, y se acordaron medidas para

impedir que el flagelo se propagara a otras poblaciones de la ciénaga.

Fue así como se quitaron a los chivos las campanitas que los árabes

cambiaban por guacamayas y se pusieron a la entrada del pueblo a

disposición de quienes desatendían los consejos y súplicas de los

centinelas e insistían en visitar la población. Todos los forasteros que

por aquel tiempo recorrían las calles de Macondo tenían que hacer sonar

su campanita para que los enfermos supieran que estaba sano. No se

les permitía comer ni beber nada durante su estancia, pues no había

duda de que la enfermedad sólo sé transmitía por la boca, y todas las

cosas de comer y de beber estaban contaminadas de insomnio. En esa

forma se mantuvo la peste circunscrita al perímetro de la población. Tan

eficaz fue la cuarentena, que llegó el día en que la situación de

emergencia se tuvo por cosa natural, y se organizó la vida de tal modo

que el trabajo recobró su ritmo y nadie volvió a preocuparse por la inútil

costumbre de dormir.

Fue Aureliano quien concibió la fórmula que había de defenderlos

durante varios meses de las evasiones de la memoria. La descubrió por

casualidad. Insomne experto, por haber sido uno de las primeros, había

aprendido a la perfección el arte de la platería. Un día estaba buscando

el pequeño yunque que utilizaba para laminar los metales, y no recordó

su nombre. Su padre se lo dijo: «tas». Aureliano escribió el nombre en

un papel que pegó con goma en la base del yunquecito: tas. Así estuvo

seguro de no olvidarlo en el futuro. No se le ocurrió que fuera aquella la

primera manifestación del olvido, porque el objeto tenía un nombre

difícil de recordar. Pero pocos días después descubrió que tenía

dificultades para recordar casi todas las cosas del laboratorio. Entonces

las marcó con el nombre respectivo, de modo que le bastaba con leer la

inscripción para identificarlas. Cuando su padre le comunicó su alarma

por haber olvidado hasta los hechos más impresionantes de su niñez,

Aureliano le explicó su método, y José Arcadio Buendía lo puso en

práctica en toda la casa y más tarde la impuso a todo el pueblo. Con un

hisopo entintado marcó cada cosa con su nombre: mesa, silla, reloj,

puerta, pared, cama, cacerola. Fue al corral y marcó los animales y las

plantas: vaca, chivo, puerca, gallina, yuca, malanga, guineo. Paca a

poca, estudiando las infinitas posibilidades del olvido, se dio cuenta de

que podía llegar un día en que se reconocieran las cosas por sus

inscripciones, pero no se recordara su utilidad. Entonces fue más

explícito. El letrero que colgó en la cerviz de la vaca era una muestra

ejemplar de la forma en que los habitantes de Macondo estaban

dispuestas a luchar contra el olvido: Ésta es la vaca, hay que ordeñarla

todas las mañanas para que produzca leche y a la leche hay que herviría

para mezclarla con el café y hacer café con leche. Así continuaron

viviendo en una realidad escurridiza, momentáneamente capturada por

las palabras, pero que había de fugarse sin remedio cuando olvidaran

los valores de la letra escrita.

En la entrada del camino de la ciénaga se había puesto un anuncio

que decía Macondo y otro más grande en la calle central que decía Dios

existe. En todas las casas se habían escrita claves para memorizar los

objetas y los sentimientos. Pero el sistema exigía tanta vigilancia y tanta

fortaleza moral, que muchos sucumbieron al hechizo de una realidad

imaginaria, inventada por ellos mismos, que les resultaba menos

práctica pero más reconfortante. Pilar Ternera fue quien más contribuyó

a popularizar esa mistificación, cuando concibió el artificio de leer el

pasado en las barajas como antes había leído el futuro. Mediante ese

recurso, los insomnes empezaron a vivir en un mundo construido por las

alternativas inciertas de los naipes, donde el padre se recordaba apenas

como el hombre moreno que había llegada a principios de abril y la

madre se recordaba apenas como la mujer trigueña que usaba un anillo

de oro en la mano izquierda, y donde una fecha de nacimiento quedaba

reducida al último martes en que cantó la alondra en el laurel.

Derrotado por aquellas prácticas de consolación, José Arcadio Buendía

decidió entonces construir la máquina de la memoria que una vez había

deseado para acordarse de los maravillosos inventos de los gitanos. El

artefacto se fundaba en la posibilidad de repasar todas las mañanas, y

desde el principio hasta el fin, la totalidad de los conocimientos

adquiridos en la vida. Lo imaginaba como un diccionario giratorio que un

individuo situado en el eje pudiera operar mediante una manivela, de

modo que en pocas horas pasaran frente a sus ojos las naciones más

necesarias para vivir. Había logrado escribir cerca de catorce mil fichas,

cuando apareció par el camino de la ciénaga un anciano estrafalario con

la campanita triste de los durmientes, cargando una maleta ventruda

amarrada can cuerdas y un carrito cubierto de trapos negros. Fue

directamente a la casa de Jasé Arcadio Buendía.

Visitación no lo conoció al abrirle la puerta, y pensó que llevaba el

propósito de vender algo, ignorante de que nada podía venderse en un

pueblo que se hundía sin remedio en el tremedal del olvido. Era un

hombre decrépito. Aunque su voz estaba también cuarteada par la

incertidumbre y sus manas parecían dudar de la existencia de las cosas,

era evidente que venían del mundo donde todavía los hombres podían

dormir y recordar. José Arcadio Buendía lo encontró sentado en la sala,

abanicándose con un remendado sombrero negra, mientras leía can

atención compasiva los letreros pegados en las paredes. Lo saludó con

amplias muestras de afecto, temiendo haberla conocido en otro tiempo

y ahora no recordarlo. Pero el visitante advirtió su falsedad. Se sintió

olvidado, no con el olvido remediable del corazón, sino con otro olvido

más cruel e irrevocable que él conocía muy bien, porque era el olvido de

la muerte. Entonces comprendió. Abrió la maleta atiborrada de objetos

indescifrables, y de entre ellos sacó un maletín con muchos frascos. Le

dio a beber a José Arcadio Buendía una sustancia de color apacible, y la

luz se hizo en su memoria. Los ojos se le humedecieron de llanto, antes

de verse a sí mismo en una sala absurda donde los objetas estaban

marcados, y antes de avergonzarse de las solemnes tonterías escritas

en las paredes, y aun antes de reconocer al recién llegado en un

deslumbrante resplandor de alegría. Era Melquíades.

Mientras Macondo celebraba la reconquista de los recuerdos, José

Arcadio Buendía y Melquíades le sacudieron el polvo a su vieja amistad.

El gitano iba dispuesto a quedarse en el pueblo. Había estado en la

muerte, en efecto, pero había regresada porque no pudo soportar la

soledad. Repudiada par su tribu, desprovisto de toda facultad

sobrenatural como castigo por su fidelidad a la vida, decidió refugiarse

en aquel rincón del mundo todavía no descubierto por la muerte,

dedicada a la explotación de un laboratorio de daguerrotipia. José

Arcadio Buendía no había oído hablar nunca de ese invento. Pero cuando

se vio a sí mismo y a todas sus familias plasmadas en una edad eterna

sobre una lámina de metal tornasol, se quedó mudo de estupor. De esa

época databa el oxidado daguerrotipo en el que apareció José Arcadio

Buendía con el pelo erizado y ceniciento, el acartonado cuello de la

camisa prendido con un botón de cobre, y una expresión de solemnidad

asombrada, y que Úrsula describía muerta de risa como «un general

asustado. En verdad, José Arcadio Buendía estaba asustado la diáfana

mañana de diciembre en que le hicieron el daguerrotipo, porque

pensaba que la gente se iba gastando poca a poca a medida que su

imagen pasaba a las placas metálicas. Por una curiosa inversión de la

costumbre, fue Úrsula quien le sacó aquella idea de la cabeza, como fue

también ella quien olvidó sus antiguos resquemores y decidió que

Melquíades se quedara viviendo en la casa, aunque nunca permitió que

le hicieran un daguerrotipo porque (según sus propias palabras

textuales) no quería quedar para burla de sus nietos. Aquella mañana

vistió a los niños con sus rapas mejores, les empolvó la cara y les dio

una cucharada de jarabe de tuétano a cada uno para que pudieran

permanecer absolutamente inmóviles durante casi das minutos frente a

la aparatosa cámara de Melquíades. En el daguerrotipo familiar, el único

que existió jamás, Aureliano apareció vestido de terciopelo negra, entre

Amaranta y Rebeca. Tenía la misma languidez y la misma mirada

clarividente que había de tener años más tarde frente al pelotón de

fusilamiento. Pero aún no había sentido la premonición de su destino.

Era un orfebre experto, estimado en toda la ciénaga por el preciosismo

de su trabajo. En el taller que compartía con el disparatado laboratorio

de Melquíades, apenas si se le oía respirar. Parecía refugiado en otro

tiempo, mientras su padre y el gitano interpretaban a gritos las

predicciones de Nostradamus, entre un estrépito de frascos y cubetas, y

el desastre de los ácidos derramados y el bromuro de plata perdido por

los codazos y traspiés que daban a cada instante. Aquella consagración

al trabajo, el buen juicio can que administraba sus intereses, le habían

permitido a Aureliano ganar en poco tiempo más dinero que Úrsula con

su deliciosa fauna de caramelo, pero todo el mundo se extrañaba de que

fuera ya un hambre hecho y derecho y no se le hubiera conocido mujer.

En realidad no la había tenido.

Meses después volvió Francisco el Hombre, un anciano trotamundos

de casi doscientos años que pasaba con frecuencia por Macondo

divulgando las canciones compuestas par él mismo. En ellas, Francisco

el Hombre relataba con detalles minuciosos las noticias ocurridas en los

pueblos de su itinerario, desde Manaure hasta los confines de la

ciénaga, de modo que si alguien tenía un recado que mandar a un

acontecimiento que divulgar, le pagaba das centavos para que lo

incluyera en su repertorio. Fue así como se enteró Úrsula de la muerte

de su madre par pura casualidad, una noche que escuchaba las

canciones con la esperanza de que dijeran algo de su hijo José Arcadio.

Francisca el Hombre, así llamado porque derrotó al diablo en un duelo

de improvisación de cantos, y cuyo verdadero nombre no conoció nadie,

desapareció de Macondo durante la peste del insomnio y una noche

reapareció sin ningún anuncio en la tienda de Catarino. Todo el pueblo

fue a escucharlo para saber qué había pasado en el mundo. En esa

ocasión llegaron con él una mujer tan gorda que cuatro indios tenían

que llevarla cargada en un mecedor, y una mulata adolescente de

aspecto desamparado que la protegía del sol con un paraguas. Aureliano

fue esa noche a la tienda de Catarme. Encontró a Francisco el Hombre,

como un camaleón monolítico, sentado en medio de un círculo de

curiosas. Cantaba las noticias con su vieja voz descordada,

acompañándose con el mismo acordeón arcaico que le regaló Sir Walter

Raleigh en la Guayana, mientras llevaba el compás con sus grandes pies

caminadores agrietados por el salitre. Frente a una puerta del fondo por

donde entraban y salían algunos hombres, estaba sentada y se

abanicaba en silencio la matrona del mecedor. Catarino, can una rosa de

fieltro en la oreja, vendía a la concurrencia tazones de guarapo

fermentado, y aprovechaba la ocasión para acercarse a los hombres y

ponerles la mano donde no debía. Hacia la media noche el calor era

insoportable. Aureliano escuchó las noticias hasta el final sin encontrar

ninguna que le interesara a su familia. Se disponía a regresar a casa

cuando la matrona le hizo una señal con la mano.

-Entra tú también -le dijo-. Sólo cuesta veinte centavos. Aureliano

echó una moneda en la alcancía que la matrona tenía en las piernas y

entró en el cuarto sin saber para qué. La mulata adolescente, con sus

teticas de perra, estaba desnuda en la cama. Antes de Aureliano, esa

noche, sesenta y tres hombres habían pasado por el cuarto. De tanto

ser usado, y amasado en sudores y suspiros, el aire de la habitación

empezaba a convertirse en lodo. La muchacha quitó la sábana

empapada y le pidió a Aureliano que la tuviera de un lado. Pesaba como

un lienzo. La exprimieron, torciéndola por los extremos, hasta que

recobró su peso natural. Voltearan la estera, y el sudor salía del otro

lado. Aureliano ansiaba que aquella operación no terminara nunca.

Conocía la mecánica teórica del amar, pero no podía tenerse en pie a

causa del desaliento de sus rodillas, y aunque tenía la piel erizada y

ardiente no podía resistir a la urgencia de expulsar el peso de las tripas.

Cuando la muchacha acabó de arreglar la cama y le ordenó que se

desvistiera, él le hizo una explicación atolondrada: «Me hicieron entrar.

Me dijeron que echara veinte centavos en la alcancía y que no me

demorara.» La muchacha comprendió su ofuscación. «Si echas otros

veinte centavos a la salida, puedes demorarte un poca más», dijo

suavemente. Aureliano se desvistió, atormentado por el pudor, sin

poder quitarse la idea de que su desnudez no resistía la comparación

can su hermano. A pesar de los esfuerzas de la muchacha, él se sintió

cada vez más indiferente, y terriblemente sola. «Echaré otros veinte

centavos», dijo con voz de-solada. La muchacha se lo agradeció en

silencio. Tenía la espalda en carne viva. Tenía el pellejo pegado a las

costillas y la respiración alterada por un agotamiento insondable. Dos

años antes, muy lejos de allí, se había quedado dormida sin apagar la

vela y había despertado cercada por el fuego. La casa donde vivía can la

abuela que la había criada quedó reducida a cenizas. Desde entonces la

abuela la llevaba de pueblo en pueblo, acostándola por veinte centavos,

para pagarse el valor de la casa incendiada. Según los cálculos de la

muchacha, todavía la faltaban unos diez años de setenta hombres por

noche, porque tenía que pagar además los gastos de viaje y

alimentación de ambas y el sueldo de los indios que cargaban el

mecedor. Cuando la matrona tocó la puerta por segunda vez, Aureliano

salió del cuarto sin haber hecho nada, aturdido por el deseo de llorar.

Esa noche no pudo dormir pensando en la muchacha, con una mezcla de

deseo y conmiseración. Sentía una necesidad irresistible de amarla y

protegerla. Al amanecer, extenuado por el insomnio y la fiebre, tomó la

serena decisión de casarse con ella para liberarla del des-potismo de la

abuela y disfrutar todas las noches de la satisfacción que ella le daba a

setenta hombres. Pera a las diez de la mañana, cuando llegó a la tienda

de Catarino, la muchacha se había ido del pueblo.

El tiempo aplacó su propósito atolondrado, pero agravó su

sentimiento de frustración. Se refugió en el trabajo. Se resignó a ser un

hombre sin mujer toda la vida para ocultar la vergüenza de su inutilidad.

Mientras tanto, Melquíades terminó de plasmar en sus placas todo lo

que era plasmable en Macondo, y abandonó el laboratorio de

daguerrotipia a los delirios de José Arcadio Buendía, quien había

resuelto utilizarlo para obtener la prueba científica de la existencia de

Dios. Mediante un complicado proceso de exposiciones superpuestas

tomadas en distintos lugares de la casa, estaba segura de hacer tarde o

temprano el daguerrotipo de Dios, si existía, o poner término de una vez

por todas a la suposición de su existencia. Melquíades profundizó en las

interpretaciones de Nostradamus. Estaba hasta muy tarde, asfixiándose

dentro de su descolorido chaleco de terciopelo, garrapateando papeles

con sus minúsculas manas de gorrión, cuyas sortijas habían perdido la

lumbre de otra época. Una noche creyó encontrar una predicción sobre

el futuro de Macondo. Sería una ciudad luminosa, con grandes casas de

vidrio, donde no quedaba ningún rastro de la estirpe de las Buendía. «Es

una equivocación -tronó José Arcadio Buendía-. No serán casas de vidrio

sino de hielo, coma yo lo soñé y siempre habrá un Buendía, por los

siglos de los siglos.» En aquella casa extravagante, Úrsula pugnaba por

preservar el sentido común, habiendo ensanchado el negocio de

animalitos de caramelo con un horno que producía toda la noche

canastos y canastos de pan y una prodigiosa variedad de pudines,

merengues y bizcochuelos, que se esfumaban en pocas horas por los

vericuetos de la ciénaga. Había llegado a una edad en que tenía derecho

a descansar, pero era, sin embargo, cada vez más activa. Tan ocupada

estaba en sus prósperas empresas, que una tarde miró por distracción

hacia el patio, mientras la india la ayudaba a endulzar la masa, y vio das

adolescentes desconocidas y hermosas bardando en bastidor a la luz del

crepúsculo. Eran Rebeca y Amaranta. Apenas se habían quitado el luto

de la abuela, que guardaron con inflexible rigor durante tres años, y la

ropa de color parecía haberles dado un nuevo lugar en el mundo.

Rebeca, al contrario de lo que pudo es-perarse, era la más bella. Tenía

un cutis diáfano, unos ojos grandes y reposados, y unas manos mágicas

que parecían elaborar con hilos invisibles la trama del bordado.

Amaranta, la menor, era un poco sin gracia, pero tenía la distinción

natural, el estiramiento interior de la abuela muerta. Junta a ellas,

aunque ya revelaba el impulso físico de su padre, Arcadio parecía una

niña. Se había dedicado a aprender el arte de la platería con Aureliano,

quien además lo había enseñado a leer y escribir. Úrsula se dio cuenta

de pronto que la casa se había llenado de gente, que sus hijos estaban a

punto de casarse y tener hijos, y que se verían obligadas a dispersarse

por falta de espacio. Entonces sacó el dinero acumulado en largos años

de dura labor, adquirió compromisos con sus clientes, y emprendió la

ampliación de la casa. Dispuso que se construyera una sala formal para

las visitas, otra más cómoda y fresca para el uso diario, un comedor

para una mesa de doce puestas donde se sentara la familia con todos

sus invitados; nueve dormitorios con ventanas hacia el patio y un largo

corredor protegido del resplandor del mediodía por un jardín de rasas,

con un pasamanos para poner macetas de helechos y tiestos de

begonias. Dispuso ensanchar la cocina para construir das hornos,

destruir el viejo granero donde Pilar Ternera le leyó el porvenir a José

Arcadio, y construir otro das veces más grande para que nunca faltaran

los alimentos en la casa. Dispuso construir en el patio, a la sombra del

castaño, un baño para las mujeres y otra para los hombres, y al fondo

una caballeriza grande, un gallinero alambrado, un establo de ordeña y

una pajarera abierta a los cuatro vientos para que se instalaran a su

gusta los pájaros sin rumbo. Seguida por docenas de albañiles y

carpinteros, como si hubiera contraído la fiebre alucinante de su esposa,

Úrsula ordenaba la posición de la luz y la conducta del calor, y repartía

el espacio sin el menor sentido de sus límites. La primitiva construcción

de los fundadores se llenó de herramientas y materiales, de obreros

agobiados por el sudar, que le pedían a todo el mundo el favor de no

estorbar, sin pensar que eran ellos quienes estorbaban, exasperados por

el talego de huesas humanos que los perseguía por todas partes can su

sorda cascabeleo. En aquella incomodidad, respirando cal viva y melaza

de alquitrán, nadie entendió muy bien cómo fue surgiendo de las

entrañas de la tierra no sólo la casa más grande que habría nunca en el

pueblo, sino la más hospitalaria y fresca que hubo jamás en el ámbito

de la ciénaga. José Arcadio Buendía, tratando de sorprender a la Divina

Providencia en medio del cataclismo, fue quien menos lo entendió. La

nueva casa estaba casi terminada cuando Úrsula lo sacó de su mundo

quimérico para informarle que había orden de pintar la fachada de azul,

y no de blanca como ellos querían. Le mostró la disposición oficial

escrita en un papel. José Arcadio Buendía, sin comprender lo que decía

su esposa, descifró la firma.

-¿Quién es este tipo? -preguntó.

-El corregidor -dijo Úrsula desconsolada-. Dicen que es una autoridad

que mandó el gobierno.

Don Apolinar Moscote, el corregidor, había llegado a Macondo sin

hacer ruido. Se bajó en el Hotel de Jacob -instalado por uno de los

primeras árabes que llegaron haciendo cambalache de chucherías por

guacamayas- y al día siguiente alquiló un cuartito con puerta hacia la

calle, a dos cuadras de la casa de los Buendía. Puso una mesa y una

silla que les compró a Jacob, clavó en la pared un escudo de la república

que había traído consigo, y pintó en la puerta el letrero: Co-rregidor. Su

primera disposición fue ordenar que todas las casas se pintaran de azul

para celebrar el aniversario de la independencia nacional. José Arcadio

Buendía, con la copia de la orden en la mano, lo encontró durmiendo la

siesta en una hamaca que había colgada en el escueto despacho.

«¿Usted escribió este papel?», le preguntó. Don Apolinar Moscote, un

hombre maduro, tímido, de complexión sanguínea, contestó que sí.

«¿Con qué derecho?», volvió a preguntar José Arcadio Buendía. Don

Apolinar Moscote buscó un papel en la gaveta de la mesa y se lo

mostró: «He sido nombrada corregidor de este pueblo. » José Arcadio

Buendía ni siquiera miró el nombramiento.

-En este pueblo no mandamos con papeles -dijo sin perder la calma-.

Y para que lo sepa de una vez, no necesitamos ningún corregidor

porque aquí no hay nada que corregir.

Ante la impavidez de don Apolinar Mascote, siempre sin levantar la

voz, hizo un pormenorizada recuento de cómo habían fundado la aldea,

de cómo se habían repartido la tierra, abierto los caminos e introducido

las mejoras que les había ido exigiendo la necesidad, sin haber

molestado a gobierno alguno y sin que nadie los molestara. «Somos tan

pacíficos que ni siquiera nos hemos muerto de muerte natural -dijo-. Ya

ve que todavía no tenemos cementerio.» No se dolió de que el gobierno

no los hubiera ayudado. Al contrario, se alegraba de que hasta entonces

las hubiera dejado crecer en paz, y esperaba que así los siguiera

dejando, porque ellas no habían fundado un pueblo para que el primer

advenedizo les fuera a decir lo que debían hacer. Don Apolinar Moscote

se había puesto un saco de dril, blanco como sus pantalones, sin perder

en ningún momento la pureza de sus ademanes.

-De modo que si usted se quiere quedar aquí, como otro ciudadana

común y corriente, sea muy bienvenido -concluyó José Arcadio Buendía-

. Pero si viene a implantar el desorden obligando a la gente que pinte su

casa de azul, puede agarrar sus corotos y largarse por donde vino.

Porque mi casa ha de ser blanca como una paloma.

Don Apolinar Moscote se puso pálido. Dio un paso atrás y apretó las

mandíbulas para decir con una cierta aflicción:

-Quiero advertirle que estoy armado.

José Arcadio Buendía no supo en qué momento se le subió a las

manos la fuerza juvenil con que derribaba un caballo. Agarró a don

Apolinar Moscote par la solapa y lo levantó a la altura de sus ajos.

-Esto lo hago -le dijo- porque prefiero cargarlo vivo y no tener que

seguir cargándolo muerto por el resto de mi vida.

Así la llevó por la mitad de la calle, suspendido por las solapas, hasta

que lo puso sobre sus das pies en el camino de la ciénaga. Una semana

después estaba de regreso con seis soldados descalzos y harapientos,

armados con escopetas, y una carreta de bueyes donde viajaban su

mujer y sus siete hijas. Más tarde llegaran otras das carretas con los

muebles, los baúles y los utensilios domésticas. Instaló la familia en el

Hotel de Jacob, mientras conseguía una casa, y volvió a abrir el

despacho protegido por los soldados. Los fundadores de Macondo,

resueltos a expulsar a los invasores, fueron can sus hijas mayores a

ponerse a disposición de José Arcadio Buendía. Pera él se opuso, según

explicó, porque don Apolinar Moscote había vuelto can su mujer y sus

hijas, y no era cosa de hombres abochornar a otros delante de su

familia. Así que decidió arreglar la situación por las buenas.

Aureliano lo acompañó. Ya para entonces había empezado a cultivar

el bigote negro de puntas engomadas, y tenía la voz un poco estentórea

que había de caracterizarlo en la guerra. Desarmadas, sin hacer caso de

la guardia, entraron al despacho del corregidor. Don Apolinar Moscote

no perdió la serenidad. Les presentó a dos de sus hijas que se

encontraban allí por casualidad: Amparo, de dieciséis años, morena

como su madre, y Remedios, de apenas nueve años, una preciosa niña

can piel de lirio y ojos verdes. Eran graciosas y bien educadas. Tan

pronto cama ellos entraron, antes de ser presentadas, les acercaron

sillas para que se sentaran. Pera ambas permanecieron de pie.

-Muy bien, amiga -dijo José Arcadio Buendía-, usted se queda aquí,

pero no porque tenga en la puerta esos bandoleros de trabuco, sino por

consideración a su señora esposa y a sus hijas.

Don Apolinar Moscote se desconcertó, pero José Arcadio Buendía no le

dio tiempo de replicar. «Sólo le ponemos das condiciones -agregó-. La

primera: que cada quien pinta su casa del color que le dé la gana. La

segunda: que los soldados se van en seguida. Nosotros le garantizamos

el orden.» El corregidor levantó la mano derecha con todas los dedos

extendidos.

-¿Palabra de honor?

-Palabra de enemigo -dijo José Arcadio Buendía. Y añadió en un tono

amargo-: Porque una cosa le quiero decir: usted y yo seguimos siendo

enemigas.

Esa misma tarde se fueran los soldados. Pocos días después José

Arcadio Buendía le consiguió una casa a la familia del corregidor. Todo el

mundo quedó en paz, menos Aureliano. La imagen de Remedios, la hija

menor del corregidor, que por su edad hubiera podido ser hija suya, le

quedó doliendo en alguna parte del cuerpo. Era una sensación física que

casi le molestaba para caminar, como una piedrecita en el zapato.

IV

La casa nueva, blanca como una paloma, fue estrenada con un baile.

Úrsula había concebido aquella idea desde la tarde en que vio a Rebeca

y Amaranta convertidas en adolescentes, y casi puede decirse que el

principal motivo de la construcción fue el deseo de procurar a las

muchachas un lugar digno donde recibir las visitas. Para que nada

restara esplendor a ese propósito, trabajó coma un galeote mientras se

ejecutaban las reformas, de modo que antes de que estuvieran

terminadas había encargado costosas menesteres para la decoración y

el servicio, y el invento maravilloso que había de suscitar el asombro del

pueblo y el júbilo de la juventud: la pianola. La llevaron a pedazos,

empacada en varios cajones que fueron descargados junto con los

muebles vieneses, la cristalería de Bohemia, la vajilla de la Compañía de

las Indias, los manteles de Holanda y una rica variedad de lámparas y

palmatorias, y floreros, paramentos y tapices. La casa importadora

envió por su cuenta un experto italiana, Pietro Crespi, para que armara

y afinara la pianola, instruyera a los compradores en su manejo y las

enseñara a bailar la música de moda impresa en seis rollos de papel.

Pietro Crespi era joven y rubio, el hombre más hermoso y mejor

educado que se había visto en Macondo, tan escrupuloso en el vestir

que a pesar del calor sofocante trabajaba con la almilla brocada y el

grueso saca de paño oscuro. Empapado en sudar, guardando una

distancia reverente con los dueños de la casa, estuvo varias semanas

encerrado en la sala, con una consagración similar a la de Aureliano en

su taller de orfebre. Una mañana, sin abrir la puerta, sin convocar a

ningún testigo del milagro, colocó el primer rollo en la pianola, y el

martilleo atormentador y el estrépito constante de los listones de

madera cesaron en un silencio de asombro, ante el orden y la limpieza

de la música. Todos se precipitaron a la sala. José Arcadio Buendía

pareció fulminado no por la belleza de la melodía, sino par el tecleo

autónomo de la pianola, e instaló en la sala la cámara de Melquíades

con la esperanza de obtener el daguerrotipo del ejecutante invisible. Ese

día el italiano almorzó con ellos. Rebeca y Amaranta, sirviendo la mesa,

se intimidaron con la fluidez con que manejaba los cubiertos aquel

hombre angélico de manos pálidas y sin anillos. En la sala de estar,

contigua a la sala de visita, Pietro Crespi las enseñó a bailar. Les

indicaba los pasos sin tocarlas, marcando el compás con un metrónomo,

baja la amable vigilancia de Úrsula, que no abandonó la sala un solo

instante mientras sus hijas recibían las lecciones. Pietro Crespi llevaba

en esos días unos pantalones especiales, muy flexibles y ajustados, y

unas zapatillas de baile. «No tienes por qué preocuparte tanto -le decía

José Arcadio Buendía a su mujer-. Este hombre es marica.» Pero ella no

desistió de la vigilancia mientras no terminó el aprendizaje y el italiano

se marchó de Macondo. Entonces empezó la organización de la fiesta.

Úrsula hizo una lista severa de los invitados, en la cual los únicos

escogidos fueron los descendientes de los fundadores, salvo la familia de

Pilar Ternera, que ya había tenido otros dos hijos de padres

desconocidos. Era en realidad una selección de clase, sólo que

determinada por sentimientos de amistad, pues los favorecidos no sólo

eran los más antiguos allegados a la casa de José Arcadio Buendía

desde antes de emprender el éxodo que culminó con la fundación de

Macondo, sino que sus hijos y nietos eran los compañeros habituales de

Aureliano y Arcadio desde la infancia, y sus hijas eran las únicas que

visitaban la casa para bordar con Rebeca y Amaranta. Don Apolinar

Moscote, el gobernante benévolo cuya actuación se reducía a sostener

con sus escasos recursos a dos policías armados con bolillos de palo, era

una autoridad ornamental. Para sobrellevar los gastos domésticos, sus

hijas abrieron un taller de costura, donde lo mismo hacían flores de

fieltro que bocadillos de guayaba y esquelas de amor por encargo. Pero

a pesar de ser recatadas y serviciales, las más bellas del pueblo y las

más diestras en los bailes nuevos, no consiguieron que se les tomara en

cuenta para la fiesta.

Mientras Úrsula y las muchachas desempacaban muebles, pulían las

vajillas y colgaban cuadros de doncellas en barcas cargadas de rosas,

infundiendo un soplo de vida nueva a los espacios pelados que

construyeron los albañiles, José Arcadio Buendía renunció a la

persecución de la imagen de Dios, convencido de su inexistencia, y

destripó la pianola para descifrar su magia secreta. Dos días antes de la

fiesta, empantanado en un reguero de clavijas y martinetes sobrantes,

chapuceando entre un enredijo de cuerdas que desenrollaba por un

extremo y se volvían a enrollar por el otro, consiguió malcomponer el

instrumento. Nunca hubo tantos sobresaltos y correndillas como en

aquellos días, pero las nuevas lámparas de alquitrán se encendieron en

la fecha y a la hora previstas. La casa se abrió, todavía olorosa a resinas

y a cal húmeda, y los hijos y nietos de los fundadores conocieron el

corredor de los helechos y las begonias, los aposentos silenciosos, el

jardín saturado por la fragancia de las rosas, y se reunieron en la sala

de visita frente al invento desconocido que había sido cubierto con una

sábana blanca. Quienes conocían el pianoforte, popular en otras

poblaciones de la ciénaga, se sintieron un poco descorazonados, pero

más amarga fue la desilusión de Úrsula cuando colocó el primer rollo

para que Amaranta y Rebeca abrieran el baile, y el mecanismo no

funcionó. Melquíades, ya casi ciego, desmigajándose de decrepitud,

recurrió a las artes de su antiquísima sabiduría para tratar de

componerlo. Al fin José Arcadio Buendía logró mover por equivocación

un dispositivo atascado, y la música salió primero a borbotones, y luego

en un manantial de notas enrevesadas. Golpeando contra las cuerdas

puestas sin orden ni concierto y templadas con temeridad, los

martinetes se desquiciaron. Pero los porfiados descendientes de los

veintiún intrépidos que desentrañaron la sierra buscando el mar por el

Occidente, eludieron los escollos del trastrueque melódico, y el baile se

prolongó hasta el amanecer.

Pietro Crespi volvió a componer la pianola. Rebeca y Amaranta lo

ayudaron a ordenar las cuerdas y lo secundaron en sus risas por lo

enrevesado de los valses. Era en extremo afectuoso, y de índole tan

honrada, que Úrsula renunció a la vigilancia. La víspera de su viaje se

improvisó con la pianola restaurada un baile para despedirlo, y él hizo

con Rebeca una demostración virtuosa de las danzas modernas. Arcadio

y Amaranta los igualaron en gracia y destreza. Pero la exhibición fue

interrumpida porque Pilar Ternera, que estaba en la puerta con los

curiosos, se peleó a mordiscos y tirones de pelo con una mujer que se

atrevió a comentar que el joven Arcadio tenía nalgas de mujer. Hacia la

medianoche, Pietro Grespi se despidió con un discursito sentimental y

prometió volver muy pronto. Rebeca lo acompañó hasta la puerta, y

luego de haber cerrado la casa y apagado las lámparas, se fue a su

cuarto a llorar. Fue un llanto inconsolable que se prolongó por varios

días, y cuya causa no conoció ni siquiera Amaranta. No era extraño su

hermetismo. Aunque parecía expansiva y cordial, tenía un carácter

solitario y un corazón impenetrable. Era una adolescente espléndida, de

huesos largos y firmes, pero se empecinaba en seguir usando el

mecedorcito de madera con que llegó a la casa, muchas veces reforzado

y ya desprovisto de brazos. Nadie había descubierto que aún a esa

edad, conservaba el hábito de chuparse el dedo. Por eso no perdía

ocasión de encerrarse en el baño, y había adquirido la costumbre de

dormir con la cara vuelta contra la pared. En las tardes de lluvia,

bordando con un grupo de amigas en el corredor de las begonias, perdía

el hilo de la conversación y una lágrima de nostalgia le salaba el paladar

cuando veía las vetas de tierra húmeda y los montículos de barro

construidos por las lombrices en el jardín. Esos gustos secretos,

derrotados en otro tiempo por las naranjas con ruibarbo, estallaron en

un anhelo irreprimible cuando empezó a llorar. Volvió a comer tierra. La

primera vez lo hizo casi por curiosidad, segura de que el mal sabor sería

el mejor remedio contra la tentación. Y en efecto no pudo soportar la

tierra en la boca. Pero insistió, vencida por el ansia creciente, y poco a

poco fue rescatando el apetito ancestral, el gusto de los minerales

primarios, la satisfacción sin resquicios del alimento original. Se echaba

puñados de tierra en los bolsillos, y los comía a granitos sin ser vista,

con un confuso sentimiento de dicha y de rabia, mientras adiestraba a

sus amigas en las puntadas más difíciles y conversaba de otros hombres

que no merecían el sacrificio de que se comiera por ellos la cal de las

paredes. 'Los puñados de tierra hacían menos remoto y más cierto al

único hombre que merecía aquella degradación, como si el suelo que él

pisaba con sus finas botas de charol en otro lugar del mundo, le

transmitiera a ella el peso y la temperatura de su sangre en un sabor

mineral que dejaba un rescoldo áspero en la boca y un sedimento de

paz en el corazón. Una tarde, sin ningún motivo, Amparo Moscote pidió

permiso para conocer la casa. Amaranta y Rebeca, desconcertadas por

la visita imprevista, la atendieron con un formalismo duro. Le mostraron

la mansión reformada, le hicieron oír los rollos de la pianola y le

ofrecieron naranjada con galletitas. Amparo dio una lección de dignidad,

de encanto personal, de buenas maneras, que impresionó a Úrsula en

los breves instantes en que asistió a la visita. Al cabo de dos horas,

cuando la conversación empezaba a languidecer, Amparo aprovechó un

descuido de Amaranta y le entregó una carta a Rebeca. Ella alcanzó a

ver el nombre de la muy distinguida señorita doña Rebeca Buendía,

escrito con la misma letra metódica, la misma tinta verde y la misma

disposición preciosista de las palabras con que estaban escritas las

instrucciones de manejo de la pianola, y dobló la carta con la punta de

los dedos y se la escondió en el corpiño mirando a Amparo Moscote con

una expresión de gratitud sin término ni condiciones y una callada

promesa de complicidad hasta la muerte.

La repentina amistad de Amparo Moscote y Rebeca Buendía despertó

las esperanzas de Aureliano. El recuerdo de la pequeña Remedios no

había dejado de torturaría, pero no encontraba la ocasión de verla.

Cuando paseaba por el pueblo con sus amigos más próximos, Magnífico

Visbal y Gerineldo Márquez -hijos de los fundadores de iguales nombres-

, la buscaba con mirada ansiosa en el taller de costura y sólo veía a las

hermanas mayores. La presencia de Amparo Moscote en la casa fue

como una premonición. «Tiene que venir con ella -se decía Aureliano en

voz baja-. Tiene que venir.» Tantas veces se lo repitió, y con tanta

convicción, que una tarde en que armaba en el taller un pescadito de

oro, tuvo la certidumbre de que ella había respondido a su llamado.

Poco después, en efecto, oyó la vocecita infantil, y al levantar la vista

con el corazón helado de pavor, vio a la niña en la puerta con vestido de

organdí rosado y botitas blancas.

-Ahí no entres, Remedios -dijo Amparo Moscote en el corredor-. Están

trabajando.

Pero Aureliano no le dio tiempo de atender. Levantó el pescadito

dorado prendido de una cadenita que le salía por la boca, y le dijo:

-Entra.

Remedios se aproximó e hizo sobre el pescadito algunas preguntas,

que Aureliano no pudo contestar porque se lo impedía un asma

repentina. Quería quedarse para siempre, junto a ese cutis de lirio,

junto a esos ojos de esmeralda, muy cerca de esa voz que a cada

pregunta le decía señor con el mismo respeto con que se lo decía a su

padre. Melquíades estaba en el rincón, sentado al escritorio,

garabateando signos indescifrables. Aureliano lo odió. No pudo hacer

nada, salvo decirle a Remedios que le iba a regalar el pescadito, y la

niña se asustó tanto con el ofrecimiento que abandonó a toda prisa el

taller. Aquella tarde perdió Aureliano la recóndita paciencia con que

había esperado la ocasión de verla, Descuidó el trabajo. La llamó

muchas veces, en desesperados esfuerzos de concentración, pero

Remedios no respondió. La buscó en el taller de sus hermanas, en los

visillos de su casa, en la oficina de su padre, pero solamente la encontró

en la imagen que saturaba su propia y terrible soledad. Pasaba horas

enteras con Rebeca en la sala de visita escuchando los valses de la

pianola. Ella los escuchaba porque era la música con que Pietro Crespi la

había enseñado a bailar. Aureliano los escuchaba simplemente porque

todo, hasta la música, le recordaba a Remedios.

La casa se llenó de amor. Aureliano lo expresó en versos que no

tenían principio ni fin. Los escribía en los ásperos pergaminos que le

regalaba Melquíades, en las paredes del baño, en la piel de sus brazos, y

en todos aparecía Remedios transfigurada: Remedios en el aire

soporífero de las dos de la tarde, Remedios 8n la callada respiración de

las rosas, Remedios en la clepsidra secreta de las polillas, Remedios en

el vapor del pan al amanecer, Remedios en todas partes y Remedios

para siempre. Rebeca esperaba el amor a las cuatro de la tarde

bordando junto a la ventana. Sabía que la mula del correo no llegaba

sino cada quince días, pero ella la esperaba siempre, convencida de que

iba a llegar un día cualquiera por equivocación. Sucedió todo lo

contrario: una vez la mula no llegó en la fecha prevista. Loca de

desesperación, Rebeca se levantó a media noche y comió puñados de

tierra en el jardín, con una avidez suicida, llorando de dolor y de furia,

masticando lombrices tiernas y astillándose las muelas con huesos de

caracoles. Vomitó hasta el amanecer. Se hundió en un estado de

postración febril, perdió la conciencia, y su corazón se abrió en un delirio

sin pudor. Úrsula, escandalizada, forzó la cerradura del baúl, y encontró

en el fondo, atadas con cintas color de rosa, las dieciséis cartas

perfumadas y los esqueletos de hojas y pétalos conservados en libros

antiguos y las mariposas disecadas que al tocarlas se convirtieron en

polvo.

Aureliano fue el único capaz de comprender tanta desolación. Esa

tarde, mientras Úrsula trataba de rescatar a Rebeca del manglar del

delirio, él fue con Magnífico Visbal y Gerineldo Már-quez a la tienda de

Catarino. El establecimiento había sido ensanchado con una galería de

cuartos de madera donde vivían mujeres solas olorosas a flores

muertas. Un conjunto de acordeón y tambores ejecutaba las canciones

de Francisco el Hombre, que desde hacía varios años había desaparecido

de Macondo. Los tres amigos bebieron guarapo fermentado. Magnífico y

Gerineldo, contemporáneos de Aureliano, pero más diestros en las cosas

del mundo, bebían metódicamente con las mujeres sentadas en las

piernas. Una de ellas, marchita y con la dentadura orificada, le hizo a

Aureliano una caricia estremecedora. Él la rechazó. Había descubierto

que mientras más bebía más se acordaba de Remedios, pero soportaba

mejor la tortura de su recuerdo. No supo en qué momento empezó a

flotar. Vio a sus amigos y a las mujeres navegando en una

reverberación radiante, sin peso ni volumen, diciendo palabras que no

salían de sus labios y haciendo señales misteriosas que no

correspondían a sus gestos. Catarino le puso una mano en la espalda y

le dijo: «Van a ser las once.» Aureliano volvió la cabeza, vio el enorme

rostro desfigurado con una flor de fieltro en la oreja, y entonces perdió

la memoria, como en los tiempos del olvido, y la volvió a recobrar en

una madrugada ajena y en un cuarto que le era completamente extraño,

donde estaba Pilar Ternera en combinación, descalza, desgreñada,

alumbrándolo con una lámpara y pasmada de incredulidad.

-1Aureliano!

Aureliano se afirmó en los pies y levantó la cabeza. Ignoraba cómo

había llegado hasta allí, pero sabía cuál era el propósito, porque lo

llevaba escondido desde la infancia en un estanco inviolable del corazón.

-Vengo a dormir con usted -dijo.

Tenía la ropa embadurnada de fango y de vómito. Pilar Ternera, que

entonces vivía solamente con sus dos hijos menores, no le hizo ninguna

pregunta. Lo llevó a la cama. Le limpió la cara con un estropajo

húmedo, le quitó la ropa, y luego se desnudó por completo y bajó el

mosquitero para que no la vieran sus hijos si despertaban. Se había

cansado de esperar al hombre que se quedó, a los hombres que se

fueron, a los incontables hombres que erraron el camino de su casa

confundidos por la incertidumbre de las barajas. En la espera se le había

agrietado la piel, se le habían vaciado los senos, se le había apagado el

rescoldo del corazón. Buscó a Aureliano en la oscuridad, le puso la mano

en el vientre y lo besó en el cuello con una ternura maternal. «Mi pobre

niñito», murmuró. Aureliano se estremeció. Con una destreza reposada,

sin el menor tropiezo, dejó atrás los acantilados del dolor y encontró a

Remedios convertida en un pantano sin horizontes, olorosa a animal

crudo y a ropa recién planchada. Cuando salió a flote estaba llorando.

Primero fueron unos sollozos involuntarios y entrecortados. Después se

vació en un manantial desatado, sintiendo que algo tumefacto y

doloroso se había reventado en su interior. Ella esperó, rascándole la

cabeza con la yema de los dedos, hasta que su cuerpo se desocupó de

la materia oscura que no lo dejaba vivir. Entonces Pilar Ternera le

preguntó: «¿Quién es?» Y Aureliano se lo dijo. Ella soltó la risa que en

otro tiempo espantaba a las palomas y que ahora ni siquiera despertaba

a los niños. «Tendrás que acabar de criaría», se burló. Pero debajo de la

burla encontró Aureliano un remanso de comprensión. Cuando

abandonó el cuarto, dejando allí no sólo la incertidumbre de su virilidad

sino también el peso amargo que durante tantos meses soportó en el

corazón, Pilar Ternera le había hecho una promesa espontánea.

-Voy a hablar con la niña -le dijo-, y vas a ver que te la sirvo en

bandeja.

Cumplió. Pero en un mal momento, porque la casa había perdido la

paz de otros días. Al descubrir la pasión de Rebeca, que no fue posible

mantener en secreto a causa de sus gritos, Amaranta sufrió un acceso

de calenturas. También ella padecía la espina de un amor solitario.

Encerrada en el baño se desahogaba del tormento de una pasión sin

esperanzas escribiendo cartas febriles que se conformaba con esconder

en el fondo del baúl. Úrsula apenas si se dio abasto para atender a las

dos enfermas. No consiguió en prolongados e insidiosos interrogatorios

averiguar las causas de la postración de Amaranta. Por último, en otro

instante de inspiración, forzó la cerradura del baúl y encontró las cartas

atadas con cintas de color de rosa, hinchadas de azucenas frescas y

todavía húmedas de lágrimas, dirigidas y nunca enviadas a Pietro

Crespi. Llorando de furia maldijo la hora en que se le ocurrió comprar la

pianola, prohibió las clases de bordado y decretó una especie de luto sin

muerto que había de prolongarse hasta que las hijas desistieron de sus

esperanzas. Fue inútil la intervención de José Arcadio Buendía, que

había rectificado su primera impresión sobre Pietro Crespi, y admiraba

su habilidad para el manejo de las máquinas musicales. De modo que

cuando Pilar Ternera le dijo a Aureliano que Remedios estaba decidida a

casarse, él comprendió que la noticia acabaría de atribular a sus padres.

Pero le hizo frente a la situación. Convocados a la sala de visita para

una entrevista formal, José Arcadio Buendía y Úrsula escucharon

impávidos la declaración de su hijo. Al conocer el nombre de la novia,

sin embargo, José Arcadio Buendía enrojeció de indignación. «El amor

es una peste -tronó-. Habiendo tantas muchachas bonitas y decentes, lo

único que se te ocurre es casarte con la hija del enemigo.» Pero Úrsula

estuvo de acuerdo con la elección. Confesó su afecto hacia las siete

hermanas Moscote, por su hermosura, su laboriosidad, su recato y su

buena educación, y celebró el acierto de su hijo. Vencido por el

entusiasmo de su mujer, José Arcadio Buendía puso entonces una

condición: Rebeca, que era la correspondida, se casaría con Pietro

Crespi. Úrsula llevaría a Amaranta en un viaje a la capital de la

provincia, cuando tuviera tiempo, para que el contacto con gente

distinta la aliviara de su desilusión. Rebeca recobró la salud tan pronto

como se enteró del acuerdo, y escribió a su novio una carta jubilosa que

sometió a la aprobación de sus padres y puso al correo sin servirse de

intermediarios. Amaranta fingió aceptar la decisión y poco a poco se

restableció de las calenturas, pero se prometió a sí misma que Rebeca

se casaría solamente pasando por encima de su cadáver.

El sábado siguiente, José Arcadio Buendía se puso el traje de paño

oscuro, el cuello de celuloide y las botas de gamuza que había estrenado

la noche de la fiesta, y fue a pedir la mano de Remedios Moscote. El

corregidor y su esposa lo recibieron al mismo tiempo complacidos y

conturbados, porque ignoraban el propósito de la visita imprevista, y

luego creyeron que él había confundido el nombre de la pretendida. Para

disipar el error, la madre despertó a Remedios y la llevó en brazos a la

sala, todavía atarantada de sueño. Le preguntaron si en verdad estaba

decidida a casarse, y ella contestó lloriqueando que solamente quería

que la dejaran dormir. José Arcadio Buendía, comprendiendo el

desconcierto de los Moscote, fue a aclarar las cosas con Aureliano.

Cuando regresó, los esposos Moscote se habían vestido con ropa formal,

habían cambiado la posición de los muebles y puesto flores nuevas en

los floreros, y lo esperaban en compañía de sus hijas mayores. Agobiado

por la ingratitud de la ocasión y por la molestia del cuello duro, José

Arcadio Buendía confirmó que, en efecto, Remedios era la elegida. «Esto

no tiene sentido -dijo consternado don Apolinar Moscote-. Tenemos seis

hijas más, todas solteras y en edad de merecer, que estarían

encantadas de ser esposas dignísimas de caballeros serios y

trabajadores como su hijo, y Aurelito pone sus ojos precisamente en la

única que todavía se arma en la cama.» Su esposa, una mujer bien

conservada, de párpados y ademanes afligidos, le reprochó su

incorrección. Cuando terminaron de tomar el batido de frutas, habían

aceptado com-placidos la decisión de Aureliano. Sólo que la señora de

Moscote suplicaba el favor de hablar a solas con Úrsula. Intrigada,

protestando que la enredaran en asuntos de hombres, pero en realidad

intimidada por la emoción, Úrsula fue a visitarla al día siguiente. Media

hora después regresó con la noticia de que Remedios era impúber.

Aureliano no lo consideró como un tropiezo grave. Había esperado

tanto, que podía esperar cuanto fuera necesario, hasta que la novia

estuviera en edad de concebir.

La armonía recobrada sólo fue interrumpida por la muerte de

Melquíades. Aunque era un acontecimiento previsible, no lo fueron las

circunstancias. Pocos meses después de su regreso se había operado en

él un proceso de envejecimiento tan apresurado y critico, que pronto se

le tuvo por uno de esos bisabuelos inútiles que deambulan como

sombras por los dormitorios, arrastrando los pies, recordando mejores

tiempos en voz alta, y de quienes nadie se ocupa ni se acuerda en

realidad hasta el día en que amanecen muertos en la cama. Al principio,

José Arcadio Buendía lo secundaba en sus tareas, entusiasmado con la

novedad de la daguerrotipia y las predicciones de Nostradamus. Pero

poco a poco lo fue abandonando a su soledad, porque cada vez se les

hacía más difícil la comunicación. Estaba perdiendo la vista y el oído,

parecía confundir a los interlocutores con personas que conoció en

épocas remotas de la humanidad, y contestaba a las preguntas con un

intrincado batiburrillo de idiomas. Caminaba tanteando el aire, aunque

se movía por entre las cosas con una fluidez inexplicable, como si

estuviera dotado de un instinto de orientación fundado en

presentimientos inmediatos. Un día olvidó ponerse la dentadura postiza,

que dejaba de noche en un vaso de agua junto a la cama, y no se la

volvió a poner. Cuando Úrsula dispuso la ampliación de la casa, le hizo

construir un cuarto especial contiguo al taller de Aureliano, lejos de los

ruidos y el trajín domésticos, con una ventana inundada de luz y un

estante donde ella misma ordenó los libros casi deshechos por el polvo y

las polillas, los quebradizos papeles apretados de signos indescifrables y

el vaso con la dentadura postiza donde habían prendido unas plantitas

acuáticas de minúsculas flores amarillas. El nuevo lugar pareció agradar

a Melquíades, porque no volvió a vérsele ni siquiera en el comedor. Sólo

iba al taller de Aureliano, donde pasaba horas y horas garabateando su

literatura enigmática en los pergaminos que llevó consigo y que

parecían fabricados en una materia árida que se resquebrajaba como

hojaldres. Allí tomaba los alimentos que Visitación le llevaba dos veces

al día, aunque en los últimos tiempos perdió el apetito y sólo se

alimentaba de legumbres. Pronto adquirió el aspecto de desamparo

propio de los vegetarianos. La piel se le cubrió de un musgo tierno,

semejante al que prosperaba en el chaleco anacrónico que no se quitó

jamás, y su respiración exhaló un tufo de animal dormido. Aureliano

terminó por olvidarse de él, absorto en la redacción de sus versos, pero

en cierta ocasión creyó entender algo de lo que decía en sus

bordoneantes monólogos, y le prestó atención. En realidad, lo único que

pudo aislar en las parrafadas pedregosas, fue el insistente martilleo de

la palabra equinoccio equinoccio equinoccio, y el nombre de Alexander

Von Humboldt. Arcadio se aproximó un poco más a él cuando empezó a

ayudar a Aureliano en la platería. Melquíades correspondió a aquel

esfuerzo de comunicación soltando a veces frases en castellano que

tenían muy poco que ver con la realidad. Una tarde, sin embargo,

pareció iluminado por una emoción repentina. Años después, frente al

pelotón de fusilamiento, Arcadio había de acordarse del temblor con que

Melquíades le hizo escuchar varias páginas de su escritura impenetrable,

que por supuesto no entendió, pero que al ser leídas en voz alta

parecían encíclicas cantadas. Luego sonrió por primera vez en mucho

tiempo y dijo en castellano: «Cuando me muera, quemen mercurio

durante tres días en mi cuarto.» Arcadio se lo cantó a José Arcadio

Buendía, y éste trató de obtener una información más explícita, pero

sólo consiguió una respuesta: «He alcanzado la inmortalidad.» Cuando

la respiración de Melquíades empezó a oler, Arcadio lo llevó a bañarse al

río los jueves en la mañana. Pareció mejorar. Se desnudaba y se metía

en el agua junto con las muchachos, y su misterioso sentido de

orientación le permitía eludir los sitios profundos y peligrosos. «Somos

del agua», dijo en cierta ocasión. Así pasó mucho tiempo sin que nadie

lo viera en la casa, salvo la noche en que hizo un conmovedor esfuerzo

por componer la pianola, y cuando iba al río con Arcadio llevando bajo el

brazo la totuma y la bola de jabón de corozos envueltos en una toalla.

Un jueves, antes de que lo llamaran para ir al río, Aureliano le oyó decir:

«He muerto de fiebre en los médanos de Singapur.» Ese día se metió en

el agua par un mal camino y no lo encontraron hasta la mañana

siguiente, varios kilómetros más abajo, varados en un recodo luminoso

y con un gallinazo solitario parado en el vientre. Contra las

escandalizadas protestas de Úrsula, que lo lloró con más dolor que a su

propio padre, José Arcadio Buendía se opuso a que lo enterraran. «Es

inmortal -dijo- y él mismo reveló la fórmula de la resurrección.» Revivió

el olvidado atanor y puso a hervir un caldero de mercurio junto al

cadáver que poco a poco se iba llenado de burbujas azules. Don

Apolinar Moscote se atrevió a recordarle que un ahogado insepulto era

un peligro para la salud pública. «Nada de eso, puesto que está vivo»,

fue la réplica de José Arcadio Buendía, que completó las setenta y dos

horas de sahumerios mercuriales cuando ya el cadáver empezaba a

reventarse en una floración lívida, cuyos silbidos tenues impregnaron la

casa de un vapor pestilente. Sólo entonces permitió que lo enterraran,

pero no de cualquier modo, sino con los honores reservados al más

grande benefactor de Macondo. Fue el primer entierro y el más

concurrido que se vio en el pueblo, superado apenas un siglo después

por el carnaval funerario de la Mamá Grande. Lo sepultaran en una

tumba erigida en el centro del terreno que destinaron para el

cementerio, con una lápida donde quedó escrito lo único que se supo de

él: MESQUÍADES. Le hicieron sus nueve noches de velorio. En el tumulto

que se reunía en el patio a tomar café, contar chistes y jugar barajas,

Amaranta encontró una ocasión de confesarle su amor a Pietro Crespi,

que pocas semanas antes había formalizado su compromiso con Rebeca

y estaba instalando un almacén de instrumentos músicos y juguetes de

cuerda, en el mismo sector donde vegetaban los árabes que en otro

tiempo cambiaban baratijas por guacamayas, y que la gente conocía

coma la calle de los Turcos. El italiano, cuya cabeza cubierta de rizos

charolados suscitaba en las mujeres una irreprimible necesidad de

suspirar, trató a Amaranta como una chiquilla caprichosa a quien no

valía la pena tomar demasiado en cuenta.

Tengo un hermano menor -le dijo-. Va a venir a ayudarme en la

tienda.

Amaranta se sintió humillada y le dijo a Pietro Crespi con un rencor

virulenta, que estaba dispuesta a impedir la boda su hermana aunque

tuviera que atravesar en la puerta su propio cadáver. Se impresionó

tanto el italiano con el dramatismo de la amenaza, que no resistió la

tentación de comentarla con Rebeca. Fue así como el viaje de Amaranta,

siempre aplazado par las ocupaciones de Úrsula, se arregló en menos de

una semana. Amaranta no opuso resistencia, pero cuando le dio a

Rebeca el beso de despedida, le susurró al oído:

-No te hagas ilusiones. Aunque me lleven al fin del mundo encontraré

la manera de impedir que te cases, así tenga que matarte.

Con la ausencia de Úrsula, can la presencia invisible de Melquíades

que continuaba su deambular sigiloso por las cuartos, la casa pareció

enorme y vacía. Rebeca había quedado a cargo del orden doméstico,

mientras la india se ocupaba de la panadería. Al anochecer, cuando

llegaba Pietro Crespi precedido de un fresco hálito de espliego y llevando

siempre un juguete de regalo, su novia le recibía la visita en la sala

principal can puertas y ventanas abiertas para estar a salvo de toda

suspicacia. Era una precaución innecesaria, porque el italiano había

demostrado ser tan respetuoso que ni siquiera tocaba la mano de la

mujer que seria su esposa antes de un año. Aquellas visitas fueron

llenando la casa de juguetes prodigiosos. Las bailarinas de cuerda, las

cajas de música, los manas acróbatas, los caballos trotadores, los

payasos tamborileros, la rica y asombrosa fauna mecánica que llevaba

Pietro Crespi, disiparan la aflicción de José Arcadio Buendía por la

muerte de Melquíades, y la transportaron de nuevo a sus antiguas

tiempos de alquimista. Vivía entonces en un paraíso de animales

destripados, de mecanismos deshechos, tratando de perfeccionarías can

un sistema de movimiento continua fundado en los principios del

péndulo. Aureliano, por su parte, había descuidado el taller para enseñar

a leer y escribir a la pequeña Remedios. Al principia, la niña prefería sus

muñecas al hambre que llegaba todas las tardes, y que era el culpable

de que la separaran de sus juegos para bañarla y vestirla y sentaría en

la sala a recibir la visita. Pero la paciencia y la devoción de Aureliano

terminaron par seducirla, hasta el punto de que pasaba muchas horas

con él estudiando el sentido de las letras y dibujando en un cuaderno

con lápices de colores casitas can vacas en los corrales y sales redondos

con rayas amarillas que se ocultaban detrás de las lomas.

Sólo Rebeca era infeliz con la amenaza de Amaranta. Conocía el

carácter de su hermana, la altivez de su espíritu, y la asustaba la

virulencia de su rencor. Pasaba horas enteras chupándose el dedo en el

baño, aferrándose a un agotador esfuerzo de voluntad para no comer

tierra. En busca de un alivio a la zozobra llamó a Pilar Ternera para que

le leyera el porvenir. Después de un sartal de imprecisiones

convencionales, Pilar Ternera pronosticó:

-No serás feliz mientras tus padres permanezcan insepultos. Rebeca

se estremeció. Cama en el recuerdo de un sueño se vio a sí misma

entrando a la casa, muy niña, con el baúl y el mecedorcito de madera y

un talego cuyo contenido no conoció jamás. Se acordó de un caballero

calvo, vestido de lino y con el cuello de la camisa cerrado con un botón

de aro, que nada tenía que ver con el rey de capas. Se acordó de una

mujer muy joven y muy bella, de manos tibias y perfumadas, que nada

tenían en común can las manos reumáticas de la sota de oros, y que le

ponía flores en el cabello para sacarla a pasear en la tarde por un pueblo

de calles verdes.

-No entienda -dijo.

Pilar Ternera pareció desconcertada:

-Yo tampoco, pero eso es lo que dicen las cartas.

Rebeca quedó tan preocupada con el enigma, que se lo cantó a José

Arcadio Buendía y éste la reprendió por dar crédito a pronósticos de

barajas, pera se dio a la silenciosa tarea de registrar armarios y baúles,

remover muebles y voltear camas y entabladas, buscando el talega de

huesos. Recordaba no haberla visto desde los tiempos de la

reconstrucción. Llamó en secreta a los albañiles y una de ellas reveló

que había emparedado el talego en algún dormitorio porque le

estorbaba para trabajar. Después de varios días de auscultaciones, can

la oreja pegada a las paredes, percibieron el clac clac profundo.

Perforaron el muro y allí estaban los huesos en el talego intacto. Ese

mismo día lo sepultaron en una tumba sin lápida, improvisada junta a la

de Melquíades, y Jasé Arcadio Buendía regresó a la casa liberado de una

carga que por un momento pesó tanto en su conciencia como el

recuerdo de Prudencio Aguilar. Al pasar por la cocina le dio un beso en

la frente a Rebeca.

-Quítate las malas ideas de la cabeza -le dijo-. Serás feliz. La amistad

de Rebeca abrió a Pilar Ternera las puertas de la casa, cerradas por

Úrsula desde el nacimiento de Arcadio. Llegaba a cualquier hora del día,

como un tropel de cabras, y descargaba su energía febril en los oficios

más pesados. A veces entraba al taller y ayudaba a Arcadio a

sensibilizar las láminas del daguerrotipo con una eficacia y una ternura

que terminaron par confundirlo. Lo aturdía esa mujer. La resolana de su

piel, su olor a humo, el desorden de su risa en el cuarto oscuro,

perturbaban su atención y la hacían tropezar con las cosas.

En cierta ocasión Aureliano estaba allí, trabajando en orfebrería, y

Pilar Ternera se apoyó en la mesa para admirar su paciente

laboriosidad. De pronto ocurrió. Aureliano comprobó que Arcadio estaba

en el cuarto oscuro, antes de levantar la vista y encontrarse can los ojos

de Pilar Ternera, cuyo pensamiento era perfectamente visible, como

expuesto a la luz del mediodía.

-Bueno -dijo Aureliano-. Dígame qué es.

Pilar Ternera se mordió los labios can una sonrisa triste.

-Que eres bueno para la guerra -dijo-. Donde pones el ojo pones el

plomo.

Aureliano descansó con la comprobación del presagio. Volvió a

concentrarse en su trabaja, como si nada hubiera pasado, y su voz

adquirió una repasada firmeza.

-Lo reconozco -dijo-. Llevará mi nombre.

José Arcadio Buendía consiguió par fin lo que buscaba: conectó a una

bailarina de cuerda el mecanismo del reloj, y el juguete bailó sin

interrupción al compás de su propia música durante tres días. Aquel

hallazgo lo excitó mucho más que cualquiera de sus empresas

descabelladas. No volvió a comer. No volvió a dormir. Sin la vigilancia y

los cuidados de Úrsula se dejó arrastrar por su imaginación hacia un

estado de delirio perpetuo del cual no se volvería a recuperar. Pasaba

las noches dando vueltas en el cuarto, pensando en voz alta, buscando

la manera de aplicar los principios del péndulo a las carretas de bueyes,

a las rejas del arado, a toda la que fuera útil puesto en movimiento. Lo

fatigó tanto la fiebre del insomnio, que una madrugada no pudo

reconocer al anciano de cabeza blanca y ademanes inciertos que entró

en su dormitorio. Era Prudencio Aguilar. Cuando por fin lo identificó,

asombrado de que también envejecieran los muertos, José Arcadio

Buendía se sintió sacudido por la nostalgia. «Prudencio -exclamó-,

¡cómo has venido a parar tan lejos!» Después de muchos años de

muerte, era tan intensa la añoranza de las vivos, tan apremiante la

necesidad de compañía, tan aterradora la proximidad de la otra muerte

que existía dentro de la muerte, que Prudencio Aguilar había terminado

por querer al peor de sus enemigas. Tenía mucho tiempo de estar

buscándolo. Les preguntaba por él a los muertos de Riohacha, a los

muertos que llegaban del Valle de Upar, a los que llegaban de la

ciénaga, y nadie le daba razón, porque Macondo fue un pueblo

desconocido para los muertos hasta que llegó Melquíades y lo señaló

con un puntito negro en las abigarrados mapas de la muerte. José

Arcadio Buendía conversó con Prudencio Aguilar hasta el amanecer.

Pocas horas después, estragado par la vigilia, entró al taller de Aureliano

y le preguntó: «¿Qué día es hay?» Aureliano le contestó que era martes.

«Eso mismo pensaba ya -dijo José Arcadio Buendía-. Pera de pronto me

he dado cuenta de que sigue siendo lunes, como ayer. Mira el cielo,

mira las paredes, mira las begonias. También hoy es lunes. »

Acostumbrada a sus manías, Aureliano no le hizo caso. Al día siguiente,

miércoles, José Arcadio Buendía volvió al taller. «Esta es un desastre -

dijo-. Mira el aire, oye el zumbido del sol, igual que ayer y antier.

También hoy es lunes.» Esa noche, Pietro Crespi lo encontró en el

corredor, llorando con el llantito sin gracia de los viejos, llorando par

Prudencio Aguilar, por Melquíades, por los padres de Rebeca, por su

papá y su mamá, por todos los que podía recordar y que entonces

estaban solos en la muerte. Le regaló un aso de cuerda que caminaba

en das patas por un alambre, pero no consiguió distraerla de su

obsesión. Le preguntó qué había pasado con el proyecto que le expuso

días antes, sobre la posibilidad de construir una máquina de péndulo

que le sirviera al hombre para volar, y él contestó que era imposible

porque el péndulo podía levantar cualquier cosa en el aire pero no podía

levantarse a sí mismo. El jueves volvió a aparecer en el taller con un

doloroso aspecto de tierra arrasada. «¡La máquina del tiempo se ha

descompuesto -casi sollozó- y Úrsula y Amaranta tan lejos!» Aureliano

lo reprendió coma a un niño y él adaptó un aire sumiso. Pasó seis horas

examinando las cosas, tratando de encontrar una diferencia con el

aspecto que tuvieron el día anterior, pendiente de descubrir en ellas

algún cambio que revelara el transcurso del tiempo. Estuvo toda la

noche en la cama con los ojos abiertos, llamando a Prudencio Aguilar, a

Melquíades, a todos los muertos, para que fueran a compartir su

desazón. Pero nadie acudió. El viernes, antes de que se levantara nadie,

volvió a vigilar la apariencia de la naturaleza, hasta que no tuvo la

menor duda de que seguía siendo lunes. Entonces agarró la tranca de

una puerta y con la violencia salvaje de su fuerza descomunal destrozó

hasta convertirlos en polvo los aparatos de alquimia, el gabinete de

daguerrotipia, el taller de orfebrería, gritando como un endemoniado en

un idioma altisonante y fluido pero completamente incomprensible. Se

disponía a terminar con el resto de la casa cuando Aureliano pidió ayuda

a los vecinos. Se necesitaron diez hombres para tumbaría, catorce para

amarraría, veinte para arrastrarlo hasta el castaño del patio, donde la

dejaron atado, ladrando en lengua extraña y echando espumarajos

verdes por la baca. Cuando llegaron Úrsula y Amaranta todavía estaba

atado de pies y manos al tronco del castaño, empapada de lluvia y en

un estado de inocencia total. Le hablaran, y él las miró sin reconocerlas

y les dijo alga incomprensible. Úrsula le soltó las muñecas y los tobillos,

ulceradas por la presión de las sagas, y lo dejó amarrado solamente por

la cintura. Más tarde le construyeron un cobertizo de palma para

protegerlo del sol y la lluvia.

V

Aureliano Buendía y Remedios Moscote se casaron un domingo de

marzo ante el altar que el padre Nicanor Reyna hizo construir en la sala

de visitas. Fue la culminación de cuatro semanas de sobresaltos en casa

de los Moscote, pues la pequeña Remedios llegó a la pubertad antes de

superar los hábitos de la infancia. A pesar de que la madre la había

aleccionado sobre los cambios de la adolescencia, una tarde de febrero

irrumpió dando gritos de alarma en la sala donde sus hermanas

conversaban con Aureliano, y les mostró el calzón embadurnado de una

pasta achocolatada. Se fijó un mes para la boda. Apenas si hubo tiempo

de enseñarla a lavarse, a vestirse sola, a comprender los asuntos

elementales de un hogar. La pusieron a orinar en ladrillos calientes para

corregirle el hábito de mojar la cama. Costó trabajo convencerla de la

inviolabilidad del secreto conyugal, porque Remedios estaba tan

aturdida y al mismo tiempo tan maravillada con la revelación, que

quería comentar con todo el mundo los pormenores de la noche de

bodas. Fue un esfuerzo agotador, pero en la fecha prevista para la

ceremonia la niña era tan diestra en las cosas del mundo como

cualquiera de sus hermanas. Don Apolinar Moscote la llevó del brazo por

la calle adornada con flores y guirnaldas, entre el estampido de los

cohetes y la música de varias bandas, y ella saludaba con la mano y

daba las gracias con una sonrisa a quienes le deseaban buena suerte

desde las ventanas. Aureliano, vestido de paño negro, con los mismos

botines de charol con ganchos metálicos que había de llevar pocos años

después frente al pelotón de fusilamiento, tenía una palidez intensa y

una bola dura en la garganta cuando recibió a su novia en la puerta de

la casa y la llevó al altar. Ella se comportó con tanta naturalidad, con

tanta discreción, que no perdió la compostura ni siquiera cuando

Aureliano dejó caer el anillo al tratar de ponérselo. En medio del

murmullo y el principio de confusión de los convidados, ella mantuvo en

alto el brazo con el mitón de encaje y permaneció con el anular

dispuesto, hasta que su novio logró parar el anillo con el botín para que

no siguiera rodando hasta la puerta, y regresó ruborizado al altar. Su

madre y sus hermanas sufrieron tanto con el temor de que la niña

hiciera una incorrección durante la ceremonia, que al final fueron ellas

quienes cometieron la impertinencia de cargarla para darle un beso.

Desde aquel día se reveló el sentido de res-ponsabilidad, la gracia

natural, el reposado dominio que siempre había de tener Remedios ante

las circunstancias adversas. Fue ella quien de su propia iniciativa puso

aparte la mejor porción que cortó del pastel de bodas y se la llevó en un

plato con un tenedor a José Arcadio Buendía. Amarrado al tronco del

castaño, encogido en un banquito de madera bajo el cobertizo de

palmas, el enorme anciano descolorido por el sol y la lluvia hizo una

vaga sonrisa de gratitud y se comió el pastel con los dedos masticando

un salmo ininteligible. La única persona infeliz en aquella celebración

estrepitosa, que se prolongó hasta el amanecer del lunes, fue Rebeca

Buendía. Era su fiesta frustrada. Por acuerdo de Úrsula, su matrimonio

debía celebrarse en la misma fecha, pero Pietro Crespi recibió el viernes

una carta con el anuncio de la muerte inminente de su madre. La boda

se aplazó. Pietro Crespi se fue para la capital de la provincia una hora

después de recibir la carta, y en el camino se cruzó con su madre que

llegó puntual la noche del sábado y cantó en la boda de Aureliano el aria

triste que había preparado para la boda de su hijo. Pietro Crespi regresó

a la media noche del domingo a barrer las cenizas de la fiesta, después

de haber reventado cinco caballos en el camino tratando de estar en

tiempo para su boda. Nunca se averiguó quién escribió la carta.

Atormentada por Úrsula, Amaranta lloró de indignación y juró su

inocencia frente al altar que los carpinteros no habían acabado de

desarmar.

El padre Nicanor Reyna -a quien don Apolinar Moscote había llevado

de la ciénaga para que oficiara la boda- era un anciano endurecido por

la ingratitud de su ministerio. Tenía la piel triste, casi en los puros

huesos, y el vientre pronunciado y redondo y una expresión de ángel

viejo que era más de inocencia que de bondad. Llevaba el propósito de

regresar a su parroquia después de la boda, pero se espantó con la

aridez de los habitantes de Macondo, que prosperaban en el escándalo,

sujetos a la ley natural, sin bautizar a los hijos ni santificar las fiestas.

Pensando que a ninguna tierra le hacía tanta falta la simiente de Dios,

decidió quedarse una semana más para cristianizar a circuncisos y

gentiles, legalizar concubinarios y sacramentar moribundos. Pero nadie

le prestó atención. Le contestaban que durante muchos años habían

estado sin cura, arreglando negocios del alma directamente con Dios, y

habían perdido la malicia del pecado mortal. Cansado de predicar en el

desierto, el padre Nicanor se dispuso a emprender la construcción de un

templo, el más grande del mundo con santos de tamaño natural y

vidrios de colores en las paredes, para que fuera gente desde Roma a

honrar a Dios en el centro de la impiedad. Andaba por todas partes

pidiendo limosnas con un platillo de cobre. Le daban mucho, pero él

quería más, porque el templo debía tener una campana cuyo clamor

sacara a flote a los ahogados. Suplicó tanto, que perdió la voz. Sus

huesos empezaron a llenarse de ruidos. Un sábado, no habiendo

recogido ni siquiera el valor de las puertas, se dejó confundir por la

desesperación. Improvisó un altar en la plaza y el domingo recorrió el

pueblo con una campanita, como en los tiempos del insomnio,

convocando a la misa campal. Muchos fueron por curiosidad. Otros por

nostalgia. Otros para que Dios no fuera a tomar como agravio personal

el desprecio a su intermediario. Así que a las ocho de la mañana estaba

medio pueblo en la plaza, donde el padre Nicanor cantó los evangelios

con voz lacerada por la súplica. Al final, cuando los asistentes

empezaron a desbandarse, levantó los brazos en señal de atención.

-Un momento -dijo-. Ahora vamos a presenciar una prueba irrebatible

del infinito poder de Dios.

El muchacho que había ayudado a misa le llevó una taza de chocolate

espeso y humeante que él se tomó sin respirar. Luego se limpió los

labios con un pañuelo que sacó de la manga, extendió los brazos y cerró

los ojos. Entonces el padre Nicanor se elevó doce centímetros sobre el

nivel del suelo. Fue un recurso convincente. Anduvo varios días por

entre las casas, repitiendo la prueba de la levitación mediante el

estímulo del chocolate, mientras el monaguillo recogía tanto dinero en

un talego, que en menos de un mes emprendió la construcción del

templo. Nadie puso en duda el origen divino de la demostración, salvo

José Arcadio Buendía, que observó sin inmutarse el tropel de gente que

una mañana se reunió en torno al castaño para asistir una vez más a la

revelación. Apenas se estiró un poco en el banquillo y se encogió de

hombros cuando el padre Nicanor empezó a levantarse del suelo junto

con la silla en que estaba sentado.

-Hoc est simplicisimun -dijo José Arcadio Buendía-: homo iste statum

quartum materiae invenit.

El padre Nicanor levantó la mano y las cuatro patas de la silla se

posaron en tierra al mismo tiempo.

-Nego -dijo-. Factum hoc existentiam Dei probat sine dubio.

Fue así como se supo que era latín la endiablada jerga de José

Arcadio Buendía. El padre Nicanor aprovechó la circunstancia de ser la

única persona que había podido comunicarse con él, para tratar de

infundir la fe en su cerebro trastornado. Todas las tardes se sentaba

junto al castaño, predicando en latín, pero José Arcadio Buendía se

empecinó en no admitir vericuetos retóricos ni transmutaciones de

chocolate, y exigió como única prueba el daguerrotipo de Dios. El padre

Nicanor le llevó entonces medallas y estampitas y hasta una

reproducción del paño de la Verónica, pero José Arcadio Buendía los

rechazó por ser objetos artesanales sin fundamento cien-tífico. Era tan

terco, que el padre Nicanor renunció a sus propósitos de evangelización

y siguió visitándolo por sentimientos humanitarios. Pero entonces fue

José Arcadio Buendía quien tomó la iniciativa y trató de quebrantar la fe

del cura con martingalas racionalistas. En cierta ocasión en que el padre

Nicanor llevó al castaño un tablero y una caja de fichas para invitarlo a

jugar a las damas, José Arcadio Buendía no aceptó, según dijo, porque

nunca pudo entender el sentido de una contienda entre dos adversarios

que estaban de acuerdo en los principios. El padre Nicanor, que jamás

había visto de ese modo el juego de damas, no pudo volverlo a jugar.

Cada vez más asombrado de la lucidez de José Arcadio Buendía, le

preguntó cómo era posible que lo tuvieran amarrado de un árbol.

-Hoc est simplicisimun -contestó él-: porque estoy loco. Desde

entonces, preocupado por su propia fe, el cura no volvió a visitarlo, y se

dedicó por completo a apresurar la construcción del templo. Rebeca

sintió renacer la esperanza. Su porvenir estaba condicionado a la

terminación de la obra, desde un domingo en que el padre Nicanor

almorzaba en la casa y toda la familia sentada a la mesa habló de la

solemnidad y el esplendor que tendrían los actos religiosos cuando se

construyera el templo. «La más afortunada será Rebeca», dijo

Amaranta. Y como Rebeca no entendió lo que ella quería decirle, se lo

explicó con una sonrisa inocente:

-Te va a tocar inaugurar la iglesia con tu boda.

Rebeca trató de anticiparse a cualquier comentario. Al paso que

llevaba la construcción, el templo no estaría terminado antes de diez

años. El padre Nicanor no estuvo de acuerdo: la creciente generosidad

de los fieles permitía hacer cálculos más optimistas. Ante la sorda

indignación de Rebeca, que no pudo terminar el almuerzo, Úrsula

celebró la idea de Amaranta y contribuyó con un aporte considerable

para que se apresuraran los trabajos. El padre Nicanor consideró que

con otro auxilio como ese el templo estaría listo en tres años. A partir de

entonces Rebeca no volvió a dirigirle la palabra a Amaranta, convencida

de que su iniciativa no había tenido la inocencia que ella supo aparentar.

«Era lo menos grave que podía hacer -le replicó Amaranta en la

virulenta discusión que tuvieron aquella noche-. Así no tendré que

matarte en los próximos tres años.» Rebeca aceptó el reto.

Cuando Pietro Crespi se enteró del nuevo aplazamiento, sufrió una

crisis de desilusión, pero Rebeca le dio una prueba definitiva de lealtad.

«Nos fugaremos cuando tú lo dispongas», le dijo. Pietro Crespi, sin

embargo, no era hombre de aventuras. Carecía del carácter impulsivo

de su novia, y consideraba el respeto a la palabra empeñada como un

capital que no se podía dilapidar. Entonces Rebeca recurrió a métodos

más audaces. Un viento misterioso apagaba las lámparas de la sala de

visita y Úrsula sorprendía a los novios besándose en la oscuridad. Pietro

Crespi le daba explicaciones atolondradas sobre la mala calidad de las

modernas lámparas de alquitrán y hasta ayudaba a instalar en la sala

sistemas de iluminación más seguros. Pero otra vez fallaba el

combustible o se atascaban las mechas, y Úrsula encontraba a Rebeca

sentada en las rodillas del novio. Terminó por no aceptar ninguna

explicación. Depositó en la india la responsabilidad de la panadería y se

sentó en un mecedor a vigilar la visita de los novios, dispuesta a no

dejarse derrotar por maniobras que ya eran viejas en su juventud.

«Pobre mamá -decía Rebeca con burlona indignación, viendo bostezar a

Úrsula en el sopor de las visitas-. Cuando se muera saldrá penando en

ese mecedor.» Al cabo de tres meses de amores vigilados, aburrido con

la lentitud de la construcción que pasaba a inspeccionar todos los días,

Pietro Crespi resolvió darle al padre Nicanor el dinero que le hacía falta

para terminar el templo. Amaranta no se impacientó. Mientras

conversaba con las amigas que todas las tardes iban a bordar o tejer en

el corredor, trataba de concebir nuevas triquiñuelas. Un error de cálculo

echó a perder la que consideró más eficaz: quitar las bolitas de naftalina

que Rebeca había puesto a su vestido de novia antes de guardarlo en la

cómoda del dormitorio. Lo hizo cuando faltaban menos de dos meses

para la terminación del templo. Pero Rebeca estaba tan impaciente ante

la proximidad de la boda, que quiso preparar el vestido con más

anticipación de lo que había previsto Amaranta. Al abrir la cómoda y

desenvolver primero los papeles y luego el lienzo protector, encontró el

raso del vestido y el punto del velo y hasta la corona de azahares

pulverizados por las polillas. Aunque estaba segura de haber puesto en

el envoltorio dos puñados de bolitas de naftalina, el desastre parecía tan

accidental que no se atrevió a culpar a Amaranta. Faltaba menos de un

mes para la boda, pero Amparo Moscote se comprometió a coser un

nuevo vestido en una semana. Amaranta se sintió desfallecer el

mediodía lluvioso en que Amparo entró a la casa envuelta en una

espumarada de punto para hacerle a Rebeca la última prueba del

vestido. Perdió la voz y un hilo de sudor helado descendió por el cauce

de su espina dorsal. Durante largos meses había temblado de pavor

esperando aquella hora, porque si no concebía el obstáculo definitivo

para la boda de Rebeca, estaba segura de que en el último instante,

cuando hubieran fallado todos los recursos de su imaginación, tendría

valor para envenenaría. Esa tarde, mientras Rebeca se ahogaba de calor

dentro de la coraza de raso que Amparo Moscote iba armando en su

cuerpo con un millar de alfileres y una paciencia infinita, Amaranta

equivocó varias veces los puntos del crochet y se pinchó el dedo con la

aguja, pero decidió con espantosa frialdad que la fecha sería el último

viernes antes de la boda, y el modo sería un chorro de láudano en el

café.

Un obstáculo mayor, tan insalvable como imprevisto, obligó a un

nuevo e indefinido aplazamiento. Una semana antes de la fecha fijada

para la boda, la pequeña Remedios despertó a media noche empapada

en un caldo caliente que exploté en sus entrañas con una especie de

eructo desgarrador, y murió tres días después envenenada por su propia

sangre con un par de gemelos atravesados en el vientre. Amaranta

sufrió una crisis de conciencia. Había suplicado a Dios con tanto fervor

que algo pavoroso ocurriera para no tener que envenenar a Rebeca, que

se sintió culpable por la muerte de Remedios. No era ese el obstáculo

por el que tanto había suplicado. Remedios había llevado a la casa un

soplo de alegría. Se había instalado con su esposo en una alcoba

cercana al taller, que decoró con las muñecas y juguetes de su infancia

reciente, y su alegre vitalidad desbordaba las cuatro paredes de la

alcoba y pasaba como un ventarrón de buena salud por el corredor de

las begonias. Cantaba desde el amanecer. Fue ella la única persona que

se atrevió a mediar en las disputas de Rebeca y Amaranta. Se echó

encima la dispendiosa tarea de atender a José Arcadio Buendía. Le

llevaba los alimentos, lo asistía en sus necesidades cotidianas, lo lavaba

con jabón y estropajo, le mantenía limpio de piojos y liendres los

cabellos y la barba, conservaba en buen estado el cobertizo de palma y

lo reforzaba con lonas impermeables en tiempos de tormenta. En sus

últimos meses había logrado comunicarse con él en frases de latín

rudimentario. Cuando nació el hijo de Aureliano y Pilar Ternera y fue

llevado a la casa y bautizado en ceremonia íntima con el nombre de

Aureliano José, Remedios decidió que fuera considerado como su lujo

mayor. Su instinto maternal sorprendió a Úrsula. Aureliano, por su

parte, encontró en ella la justificación que le hacía falta para vivir.

Trabajaba todo el día en el taller y Remedios le llevaba a media mañana

un tazón de café sin azúcar. Ambos visitaban todas las noches a los

Moscote. Aureliano jugaba con el suegro interminables partidos de

dominó, mientras Remedios conversaba con sus hermanas o trataba con

su madre asuntos de gente mayor. El vínculo con los Buendía consolidó

en el pueblo la autoridad de don Apolinar Moscote. En frecuentes viajes

a la capital de la provincia consiguió que el gobierno construyera una

escuela para que la atendiera Arcadio, que había heredado el

entusiasmo didáctico del abuelo. Logró por medio de la persuasión que

la mayoría de las casas fueran pintadas de azul para la fiesta de la

independencia nacional. A instancias del padre Nicanor dispuso el

traslado de la tienda de Catarino a una calle apartada, y clausuró varios

lugares de escándalo que prosperaban en el centro de la población. Una

vez regresó con seis policías armados de fusiles a quienes encomendó el

mantenimiento del orden, sin que nadie se acordara del compromiso

original de no tener gente armada en el pueblo. Aureliano se complacía

de la eficacia de su suegro. «Te vas a poner tan gordo como él», le

decían sus amigos. Pero el sedentarismo que acentuó sus pómulos y

concentró el fulgor de sus ojos, no aumentó su peso ni alteró la

parsimonia de su carácter, y por el contrario endureció en sus labios la

línea recta de la meditación solitaria y la decisión implacable. Tan hondo

era el cariño que él y su esposa habían logrado despertar en la familia

de ambos, que cuando Remedios anunció que iba a tener un hijo, hasta

Rebeca y Amaranta hicieron una tregua para tejer en lana azul, por si

nacía varón, y en lana rosada, por si nacía mujer. Fue ella la última

persona en que pensó Arcadio, pocos años después, frente al pelotón de

fusilamiento.

Úrsula dispuso un duelo de puertas y ventanas cerradas, sin entrada

ni salida para nadie como no fuera para asuntos indispensables;

prohibió hablar en voz alta durante un ano, y puso el daguerrotipo de

Remedios en el lugar en que se veló el cadáver, con una cinta negra

terciada y una lámpara de aceite encendida para siempre. Las

generaciones futuras, que nunca dejaron extinguir la lámpara, habían de

desconcertarse ante aquella niña de faldas rizadas, botitas blancas y

lazo de organdí en la cabeza, que no lograban hacer coincidir con la

imagen académica de una bisabuela. Amaranta se hizo cargo de

Aureliano José. Lo adoptó como un hijo que había de compartir su

soledad, y aliviarla del láudano involuntario que echaron sus súplicas

desatinadas en el café de Remedios. Pietro Crespi entraba en puntillas al

anochecer, con una cinta negra en el sombrero, y hacía una visita

silenciosa a una Rebeca que parecía desangrarse dentro del vestido

negro con mangas hasta los puños. Habría sido tan irreverente la sola

idea de pensar en una nueva fecha para la boda, que el noviazgo se

convirtió en una relación eterna, un amor de cansancio que nadie volvió

a cuidar, como si los enamorados que en otros días descomponían las

lámparas para besarse hubieran sido abandonados al albedrío de la

muerte. Perdido el rumbo, completamente desmoralizada, Rebeca volvió

a comer tierra.

De pronto cuando el duelo llevaba tanto tiempo que ya se habían

reanudado las sesiones de punto de cruz- alguien empujó la puerta de la

calle a las dos de la tarde, en el silencio mortal del calor, y los horcones

se estremecieron con tal fuerza en los cimientos, que Amaranta y sus

amigas bordando en el corredor, Rebeca chupándose el dedo en el

dormitorio, Úrsula en la cocina, Aureliano en el taller y hasta José

Arcadio Buendía bajo el castaño solitario, tuvieron la impresión de que

un temblor de tierra estaba desquiciando la casa. Llegaba un hombre

descomunal. Sus espaldas cuadradas apenas si cabían por las puertas.

Tenía una medallita de la Virgen de los Remedios colgada en el cuello de

bisonte, los brazos y el pecho completamente bordados de tatuajes

crípticos, y en la muñeca derecha la apretada esclava de cobre de los

niños-en-cruz. Tenía el cuero curtido por la sal de la intemperie, el pelo

corto y parado como las crines de un mulo, las mandíbulas férreas y la

mirada triste. Tenía un cinturón dos veces más grueso que la cincha de

un caballo, botas con polainas y espuelas y con los tacones herrados, y

su presencia daba la impresión trepidatoria de un sacudimiento sísmico.

Atravesó la sala de visitas y la sala de estar, llevando en la mano unas

alforjas medio desbaratadas, y apareció como un trueno en el corredor

de las begonias, donde Amaranta y sus amigas estaban paralizadas con

las agujas en el aire. «Buenas», les dijo él con la voz cansada, y tiró las

alforjas en la mesa de labor y pasó de largo hacia el fondo de la casa.

«Buenas», le dijo a la asustada Rebeca que lo vio pasar por la puerta de

su dormitorio. «Buenas», le dijo a Aureliano, que estaba con los cinco

sentidos alertas en el mesón de orfebrería. No se entretuvo con nadie.

Fue directamente a la cocina, y allí se paró por primera vez en el

término de un viaje que había empezado al otro lado del mundo.

«Buenas», dijo. Úrsula se quedó una fracción de segundo con la boca

abierta, lo miró a los ojos, lanzó un grito y saltó a su cuello gritando y

llorando de alegría. Era José Arcadio. Regresaba tan pobre como se fue,

hasta el extremo de que Úrsula tuvo que darle dos pesos para pagar el

alquiler del caballo. Hablaba el español cruzado con jerga de marineros.

Le preguntaron dónde había estado, y contestó: «Por ahí.» Colgó la

hamaca en el cuarto que le asignaron y durmió tres días. Cuando

despertó, y después de tomarse dieciséis huevos crudos, salió

directamente hacia la tienda de Catarino, donde su corpulencia

monumental provocó un pánico de curiosidad entre las mujeres. Ordenó

música y aguardiente para todos por su cuenta. Hizo apuestas de pulso

con cinco hombres al mismo tiempo. «Es imposible», decían, al

convencerse de que no lograban moverle el brazo. «Tiene niños-encruz.» Catarino, que no creía en artificios de fuerza, apostó doce pesos a

que no movía el mostrador. José Arcadio lo arrancó de su sitio, lo

levantó en vilo sobre la cabeza y lo puso en la calle. Se necesitaron once

hombres para meterlo. En el calor de la fiesta exhibió sobre el

mostrador su masculinidad inverosímil, enteramente tatuada con una

maraña azul y roja de letreros en varios idiomas. A las mujeres que lo

asediaron con su codicia les preguntó quién pagaba más. La que tenía

más ofreció veinte pesos. Entonces él propuso rifarse entre todas a diez

pesos el número. Era un precio desorbitado, porque la mujer más

solicitada ganaba ocho pesos en una noche, pero todas aceptaron.

Escribieron sus nombres en catorce papeletas que metieron en un

sombrero, y cada mujer sacó una. Cuando sólo faltaban por sacar dos

papeletas, se estableció a quiénes correspondían.

-Cinco pesos más cada una -propuso José Arcadio- y me reparto entre

ambas.

De eso vivía. Le había dado sesenta y cinco veces la vuelta al mundo,

enrolado en una tripulación de marineros apátridas. Las mujeres que se

acostaron con él aquella noche en la tienda de Catarino lo llevaron

desnudo a la sala de baile para que vieran que no tenía un milímetro del

cuerpo sin tatuar, por el frente y por la espalda, y desde el cuello hasta

los dedos de los pies. No lograba incorporarse a la familia. Dormía todo

el día y pasaba la noche en el barrio de tolerancia haciendo suertes de

fuerza. En las escasas ocasiones en que Úrsula logró sentarlo a la mesa,

dio muestras de una simpatía radiante, sobre todo cuando contaba sus

aventuras en países remotos. Había naufragado y permanecido dos

semanas a la deriva en el mar del Japón, alimentándose con el cuerpo

de un compañero que sucumbió a la insolación, cuya carne salada y

vuelta a salar y cocinada al sol tenía un sabor granuloso y dulce. En un

mediodía radiante del Golfo de Bengala su barco había vencido un

dragón de mar en cuyo vientre encontraron el casco, las hebillas y las

armas de un cruzado. Había visto en el Caribe el fantasma de la nave

corsario de Víctor Hugues, con el velamen desgarrado por los vientos de

la muerte, la arboladura carcomida por cucarachas de mar y equivocado

para siempre el rumbo de la Guadalupe. Úrsula lloraba en la mesa como

si estuviera leyendo las cartas que nunca llegaron, en las cuales

relataba José Arcadio sus hazañas y desventuras. «Y tanta casa aquí,

hijo mío -sollozaba-. ¡Y tanta comida tirada a los puercos» Pero en el

fondo no podía concebir que el muchacho que llevaron los gitanos fuera

el mismo atarván que se comía medio lechón en el almuerzo y cuyas

ventosidades marchitaban flores. Algo similar le ocurría al resto de la

familia. Amaranta no podía disimular la repugnancia que le producían en

la mesa sus eructos bestiales. Arcadio, que nunca conoció el secreto de

su filiación, apenas si contestaba a las preguntas que él le hacía con el

propósito evidente de conquistar sus afectos. Aureliano trató de revivir

los tiempos en que dormían en el mismo cuarto, procuró restaurar la

complicidad de la infancia, pero José Arcadio los había olvidado porque

la vida del mar le saturó la memoria con demasiadas cosas que

recordar. Sólo Rebeca sucumbió al primer impacto. La tarde en que lo

vio pasar frente a su dormitorio pensó que Pietro Crespi era un

currutaco de alfeñique junto a aquel protomacho cuya respiración

volcánica se percibía en toda la casa. Buscaba su proximidad con

cualquier pretexto. En cierta ocasión José Arcadio la miró el cuerpo con

una atención descarada, y le dijo: «Eres muy mujer, hermanita.»

Rebeca perdió el dominio de sí misma. Volvió a comer tierra y cal de las

paredes con la avidez de otros días, y se chupó el dedo con tanta

ansiedad que se le formó un callo en el pulgar. Vomitó un líquido verde

con sanguijuelas muertas. Pasó noches en vela tiritando de fiebre,

luchando contra el delirio, esperando, hasta que la casa trepidaba con el

regreso de José Arcadio al amanecer. Una tarde, cuando todos dormían

la siesta, no resistió más y fue a su dormitorio. Lo encontró en

calzoncillos, despierto, tendido en la hamaca que había colgado de los

horcones con cables de amarrar barcos. La impresionó tanto su enorme

desnudez tarabiscoteada que sintió el impulso de retroceder. «Perdone -

se excusó-. No sabía que estaba aquí.» Pero apagó la voz para no

despertar a nadie. «Ven acá», dijo él. Rebeca obedeció. Se detuvo junto

a la hamaca, sudando hielo, sintiendo que se le formaban nudos en las

tripas, mientras José Arcadio le acariciaba los tobillos con la yema de los

dedos, y luego las pantorrillas y luego los muslos, murmurando: «Ay,

hermanita: ay, hermanita.» Ella tuvo que hacer un esfuerzo

sobrenatural para no morirse cuando una potencia ciclónica

asombrosamente regulada la levantó por la cintura y la despojó de su

intimidad con tres zarpazos y la descuartizó como a un pajarito. Alcanzó

a dar gracias a Dios por haber nacido, antes de perder la conciencia el

placer inconcebible de aquel dolor insoportable, chapaleando en el

pantano humeante de la hamaca que absorbió como un papel secante la

explosión de su sangre.

Tres días después se casaron en la misa de cinco. José Arcadio había

ido el día anterior a la tienda de Pietro Crespi. Lo había encontrado

dictando una lección de cítara y no lo llevó aparte para hablarle. «Me

caso con Rebeca», le dijo. Pietro Crespi se puso pálido, le entregó la

cítara a uno de los discípulos, y dio la clase por terminada. Cuando

quedaron solos en el salón atiborrado de instrumentos músicos y

juguetes de cuerda, Pietro Crespi dijo:

-Es su hermana.

-No me importa -replicó José Arcadio.

Pietro Crespi se enjugó la frente con el pañuelo impregnado de

espliego.

-Es contra natura -explicó- y, además, la ley lo prohibe. José Arcadio

se impacientó no tanto con la argumentación como con la palidez de

Pietro Crespi.

-Me cago dos veces en natura -dijo-. Y se lo vengo a decir para que

no se tome la molestia de ir a preguntarle nada a Rebeca.

Pero su comportamiento brutal se quebrantó al ver que a Pietro

Crespi se le humedecían los ojos.

-Ahora -le dijo en otro tono-, que si lo que le gusta es la familia, ahí le

queda Amaranta.

El padre Nicanor reveló en el sermón del domingo que José Arcadio y

Rebeca no eran hermanos. Úrsula no perdonó nunca lo que consideró

como una inconcebible falta de respeto, y cuando regresaron de la

iglesia prohibió a los recién casados que volvieran a pisar la casa. Para

ella era como si hubieran muerto. Así que alquilaron una casita frente al

cementerio y se instalaron en ella sin más muebles que la hamaca de

José Arcadio. La noche de bodas a Rebeca le mordió el pie un alacrán

que se había metido en su pantufla. Se le adormeció la lengua, pero eso

no impidió que pasaran una luna de miel escandalosa. Los vecinos se

asustaban con los gritos que despertaban a todo el barrio hasta ocho

veces en una noche, y hasta tres veces en la siesta, y rogaban que una

pasión tan desaforada no fuera a perturbar la paz de los muertos.

Aureliano fue el único que se preocupó por ellos. Les compró algunos

muebles y les proporcionó dinero, hasta que José Arcadio recuperó el

sentido de la realidad y empezó a trabajar las tierras de nadie que

colindaban con el patio de la casa. Amaranta, en cambio, no logró

superar jamás su rencor contra Rebeca, aunque la vida le ofreció una

satisfacción con que no había soñado: por iniciativa de Úrsula, que no

sabía cómo re-parar la vergüenza, Pietro Crespi siguió almorzando los

martes en la casa, sobrepuesto al fracaso con una serena dignidad.

Conservó la cinta negra en el sombrero como una muestra de aprecio

por la familia, y se complacía en demostrar su afecto a Úrsula llevándole

regalos exóticos: sardinas portuguesas, mermelada de rosas turcas y,

en cierta ocasión, un primoroso mande Manila. Amaranta lo atendía con

una cariñosa diligencia.

Adivinaba sus gustos, le arrancaba los hilos descosidos en los puños

de la camisa, y bordó una docena de pañuelos con sus iniciales para el

día de su cumpleaños. Los martes, después del almuerzo, mientras ella

bordaba en el corredor, él le hacía una alegre compañía. Para Pietro

Crespi, aquella mujer que siempre consideró y trató como una niña, fue

una revelación. Aunque su tipo carecía de gracia, tenía una rara

sensibilidad para apreciar las cosas del mundo, y una ternura secreta.

Un martes, cuando nadie dudaba de que tarde o temprano tenía que

ocurrir,

Pietro Crespi le pidió que se casara con él. Ella no interrumpió su

labor. Esperó a que pasara el caliente rubor de sus orejas e imprimió a

su voz un sereno énfasis de madurez.

-Por supuesto, Crespi -dijo-, pero cuando uno se conozca mejor.

Nunca es bueno precipitar las cosas.

Úrsula se ofuscó. A pesar del aprecio que le tenía a Pietro Crespi, no

lograba establecer si su decisión era buena o mala desde el punto de

vista moral, después del prolongado y ruidoso noviazgo con Rebeca.

Pero terminó por aceptarlo como un hecho sin calificación, porque nadie

compartió sus dudas. Aureliano, que era el hombre de la casa, la

confundió más con su enigmática y terminante opinión:

-Éstas no son horas de andar pensando en matrimonios.

Aquella opinión que Úrsula sólo comprendió algunos meses después

era la única sincera que podía expresar Aureliano en ese momento, no

sólo con respecto al matrimonio, sino a cualquier asunto que no fuera la

guerra. Él mismo, frente al pelotón de fusilamiento, no había de

entender muy bien cómo se fue encadenando la serie de sutiles pero

irrevocables casualidades que lo llevaron hasta ese punto. La muerte de

Remedios no le produjo la conmoción que temía. Fue más bien un sordo

sentimiento de rabia que paulatinamente se disolvió en una frustración

solitaria y pasiva, semejante a la que experimentó en los tiempos en

que estaba resignado a vivir sin mujer. Volvió a hundirse en el trabajo,

pero conservó la costumbre de jugar dominó con su suegro. En una casa

amordazada por el luto, las conversaciones nocturnas consolidaron la

amistad de los dos hombres. «Vuelve a casarte, Aurelito -le decía el

suegro-. Tengo seis hijas para escoger.» En cierta ocasión, en vísperas

de las elecciones, don Apolinar Moscote regresó de uno de sus

frecuentes viajes, preocupado por la situación política del país. Los

liberales estaban decididos a lanzarse a la guerra. Como Aureliano tenía

en esa época nociones muy confusas sobre las diferencias entre

conservadores y liberales, su suegro le daba lecciones esquemáticas.

Los liberales, le decía, eran masones; gente de mala índole, partidaria

de ahorcar a los curas, de im-plantar el matrimonio civil y el divorcio, de

reconocer iguales derechos a los hijos naturales que a los legítimos, y de

despedazar al país en un sistema federal que despojara de poderes a la

autoridad suprema. Los conservadores, en cambio, que habían recibido

el poder directamente de Dios, propugnaban por la estabilidad del orden

público y la moral familiar; eran los defensores de la fe de Cristo, del

principio de autoridad, y no estaban dispuestos a permitir que el país

fuera descuartizado en entidades autónomas. Por sentimientos

humanitarios, Aureliano simpatizaba con la actitud liberal respecto de

los derechos de los hijos naturales, pero de todos modos no en-tendía

cómo se llegaba al extremo de hacer una guerra por cosas que no

podían tocarse con las manos. Le pareció una exageración que su

suegro se hiciera enviar para las elecciones seis soldados armados con

fusiles, al mando de un sargento, en un pueblo sin pasiones políticas. No

sólo llegaron, sino que fueron de casa en casa decomisando armas de

cacería, machetes y hasta cuchillos de cocina, antes de repartir entre los

hombres mayores de veintiún años las papeletas azules con los nombres

de los candidatos conservadores, y las papeletas rojas con los nombres

de los candidatos liberales. La víspera de las elecciones el propio don

Apolinar Moscote leyó un bando que prohibía desde la medianoche del

sábado, y por cuarenta y ocho horas, la venta de bebidas alcohólicas y

la reunión de más de tres personas que no fueran de la misma familia.

Las elecciones transcurrieron sin incidentes. Desde las ocho de la

mañana del domingo se instaló en la plaza la urna de madera

custodiada por los seis soldados. Se votó con entera libertad, como

pudo comprobarlo el propio Aureliano, que estuvo casi todo el día con su

suegro vigilando que nadie votara más de una vez. A las cuatro de la

tarde, un repique de redoblante en la plaza anunció el término de la

jornada, y don Apolinar Moscote selló la urna con una etiqueta cruzada

con su firma. Esa noche, mientras jugaba dominó con Aureliano, le

ordenó al sargento romper la etiqueta para contar los votos. Había casi

tantas papeletas rojas como azules, pero el sargento sólo dejó diez rojas

y completó la diferencia con azules. Luego volvieron a sellar la urna con

una etiqueta nueva y al día siguiente a primera hora se la llevaron para

la capital de la provincia. «Los liberales irán a la guerra», dijo Aureliano.

Don Apolinar no desatendió sus fichas de dominó. «Si lo dices por los

cambios de papeletas, no irán -dijo-. Se dejan algunas rojas para que

no haya reclamos.» Aureliano comprendió las desventajas de la

oposición. «Si yo fuera liberal -dijo- iría a la guerra por esto de las

papeletas.» Su suegro lo miró por encima del marco de los anteojos.

-Ay, Aurelito -dijo-, si tú fueras liberal, aunque fueras mi yerno, no

hubieras visto el cambio de las papeletas.

Lo que en realidad causó indignación en el pueblo no fue el resultado

de las elecciones, sino el hecho de que los soldados no hubieran

devuelto las armas. Un grupo de mujeres habló con Aureliano para que

consiguiera con su suegro la restitución de los cuchillos de cocina. Don

Apolinar Moscote le explicó, en estricta reserva, que los soldados se

habían llevado las armas decomisadas como prueba de que los liberales

se estaban preparando para la guerra. Lo alarmó el cinismo de la

declaración. No hizo ningún comentario, pero cierta noche en que

Gerineldo Márquez y Magnífico Visbal hablaban con otros amigos del

incidente de los cuchillos, le preguntaron si era liberal o conservador.

Aureliano no vaciló:

-Si hay que ser algo, seria liberal -dijo-, porque los conservadores son

unos tramposos.

Al día siguiente, a instancias de sus amigos, fue a visitar al doctor

Alirio Noguera para que le tratara un supuesto dolor en el hígado. Ni

siquiera sabía cuál era el sentido de la patraña. El doctor Alirio Noguera

había llegado a Macondo pocos años antes con un botiquín de globulitos

sin sabor y una divisa médica que no convenció a nadie: Un Clavo saca

otro clavo. En realidad era un farsante. Detrás de su inocente fachada

de médico sin prestigio se escondía un terrorista que tapaba con unas

cáligas de media pierna las cicatrices que dejaron en sus tobillos cinco

años de cepo. Capturado en la primera aventura federalista, logró

escapar a Curazao disfrazado con el traje que más detestaba en este

mundo: una sotana. Al cabo de un prolongado destierro, embullado por

las exaltadas noticias que llevaban a Curazao los exiliados de todo el

Caribe, se embarcó en una goleta de contrabandistas y apareció en

Riohacha con los frasquitos de glóbulos que no eran más que de azúcar

refinada, y un diploma de la Universidad de Leipzig falsificado por él

mismo. Lloró de desencanto. El fervor federalista, que los exiliados

definían como un polvorín a punto de estallar, se había disuelto en una

vaga ilusión electoral. Amargado por el fracaso, ansioso de un lugar

seguro donde esperar la vejez, el falso homeópata se refugió en

Macondo. En el estrecho cuartito atiborrado de frascos vacíos que alquiló

a un lado de la plaza vivió varios años de los enfermos sin esperanzas

que después de haber probado todo se consolaban con glóbulos de

azúcar. Sus instintos de agitador permanecieron en reposo mientras don

Apolinar Moscote fue una autoridad decorativa. El tiempo se le iba en

recordar y en luchar contra el asma. La proximidad de las elecciones fue

el hilo que le permitió encontrar de nuevo la madeja de la subversión.

Estableció contacto con la gente joven del pueblo, que carecía de

formación política, y se empeñó en una sigilosa campaña de instigación.

Las numerosas papeletas rojas que aparecieron en la urna, y que fueron

atribuidas por don Apolinar Moscote a la novelería propia de la juventud,

eran parte de su plan: obligó a sus discípulos a votar para convencerlos

de que las elecciones eran una farsa. «Lo único eficaz -decía- es la

violencia.» La mayoría de los amigos de Aureliano andaban

entusiasmados con la idea de liquidar el orden conservador, pero nadie

se había atrevido a incluirlo en los planes, no sólo por sus vínculos con

el corregidor, sino por su carácter solitario y evasivo. Se sabía, además,

que había votado azul por indicación del suegro. Así que fue una simple

casualidad que revelara sus sentimientos políticos, y fue un puro golpe

de curiosidad el que lo metió en la ventolera de visitar al médico para

tratarse un dolor que no tenía. En el cuchitril oloroso a telaraña

alcanforada se encontró con una especie de iguana polvorienta cuyos

pulmones silbaban al respirar. Antes de hacerle ninguna pregunta el

doctor lo llevó a la ventana y le examinó por dentro el párpado inferior.

«No es ahí», dijo Aureliano, según le habían indicado. Se hundió el

hígado con la punta de los dedos, y agregó: «Es aquí donde tengo el

dolor que no me deja dormir.» Entonces el doctor Noguera cerró la

ventana con el pretexto de que había mucho sol, y le explicó en

términos simples por qué era un deber patriótico asesinar a los

conservadores. Durante varios días llevó Aureliano un frasquito en el

bolsillo de la camisa. Lo sacaba cada dos horas, ponía tres globulitos en

la palma de la mano y se los echaba de golpe en la boca para disolverlos

lentamente en la lengua. Don Apolinar Moscote se burló de su fe en la

homeopatía, pero quienes estaban en el complot re-conocieron en él a

uno más de los suyos. Casi todos los hijos de los fundadores estaban

implicados, aunque ninguno sabía concretamente en qué consistía la

acción que ellos mismos tramaban. Sin embargo, el día en que el

médico le reveló el secreto a Aureliano, éste le sacó el cuerpo a la

conspiración. Aunque entonces estaba convencido de la urgencia de

liquidar al régimen conservador, el plan lo horrorizó. El doctor Noguera

era un místico del atentado personal. Su sistema se reducía a coordinar

una serie de acciones individuales que en un golpe maestro de alcance

nacional liquidara a los funcionarios del régimen con sus respectivas

familias, sobre todo a los niños, para exterminar el conservatismo en la

semilla. Don Apolinar Moscote, su esposa y sus seis hijas, por supuesto,

estaban en la lista.

-Usted no es liberal ni es nada -le dijo Aureliano sin alterarse-. Usted

no es más que un matarife.

-En ese caso -replicó el doctor con igual calma- devuélveme el

frasquito. Ya no te hace falta.

Sólo seis meses después supo Aureliano que el doctor lo había

desahuciado como hombre de acción, por ser un sentimental sin

porvenir, con un carácter pasivo y una definida vocación solitaria.

Trataron de cercarlo temiendo que denunciara la conspiración. Aureliano

los tranquilizó: no diría una palabra, pero la noche en que fueran a

asesinar a la familia Moscote lo encontrarían a él defendiendo la puerta.

Demostró una decisión tan convincente, que el plan se aplazó para una

fecha indefinida. Fue por esos días que Úrsula consultó su opinión sobre

el matrimonio de Pietro Crespi y Amaranta, y él contestó que las

tiempos no estaban para pensar en eso. Desde hacía una semana

llevaba bajo la camisa una pistola arcaica. Vigilaba a sus amigos. Iba

par las tardes a tomar el café con José Arcadio y Rebeca, que

empezaban a ordenar su casa, y desde las siete jugaba dominó con el

suegro. A la hora del almuerzo conversaba con Arcadio, que era ya un

adolescente monumental, y lo encontraba cada vez más exaltado can la

inminencia de la guerra. En la escuela, donde Arcadio tenía alumnos

mayores que él revueltos can niños que apenas empezaban a hablar,

había prendido la fiebre liberal. Se hablaba de fusilar al padre Nicanor,

de convertir el templo en escuela, de implantar el amor libre. Aureliano

procuró atemperar sus ímpetus. Le recomendó discreción y prudencia.

Sordo a su razonamiento sereno, a su sentido de la realidad, Arcadio le

reprochó en público su debilidad de carácter, Aureliano esperó. Par fin, a

principios de diciembre, Úrsula irrumpió trastornada en el taller.

-¡Estalló la guerra!

En efecto, había estallado desde hacía tres meses. La ley marcial

imperaba en todo el país. El único que la supo a tiempo fue don Apolinar

Moscote, pero no le dio la noticia ni a su mujer, mientras llegaba el

pelotón del ejército que había de ocupar el pueblo por sorpresa.

Entraron sin ruido antes del amanecer, can das piezas de artillería ligera

tiradas por mulas, y establecieron el cuartel en la escuela. Se impuso el

toque de queda a las seis de la tarde. Se hizo una requisa más drástica

que la anterior, casa por casa, y esta vez se llevaron hasta las

herramientas de labranza. Sacaron a rastras al doctor Noguera, la

amarraron a un árbol de la plaza y la fusilaron sin fórmula de juicio. El

padre Nicanor trató de impresionar a las autoridades militares can el

milagro de la levitación, y un soldado lo descalabró de un culatazo. La

exaltación liberal se apagó en un terror silencioso. Aureliano, pálido,

hermético, siguió jugando dominó con su suegro. Comprendió que a

pesar de su título actual de jefe civil y militar de la plaza, don Apolinar

Moscote era otra vez una autoridad decorativa. Las decisiones las

tomaba un capitán del ejército que todas las mañanas re-caudaba una

manlieva extraordinaria para la defensa del orden público. Cuatro

soldados al mando suyo arrebataron a su familia una mujer que había

sido mordida por un perro rabioso y la mataron a culatazos en plena

calle. Un domingo, dos semanas después de la ocupación, Aureliano

entró en la casa de Gerineldo Márquez y con su parsimonia habitual

pidió un tazón de café sin azúcar. Cuando los dos quedaron solos en la

cocina, Aureliano imprimió a su voz una autoridad que nunca se le había

conocido. «Prepara los muchachos -dijo-. Nos vamos a la guerra.»

Gerineldo Márquez no lo creyó.

-¿Con qué armas? -preguntó.

-Con las de ellos -contestó Aureliano.

El martes a medianoche, en una operación descabellada, veintiún

hombres menores de treinta años al mando de Aureliano Buendía,

armados con cuchillos de mesa y hierros afilados, tomaron por sorpresa

la guarnición, se apoderaron de las armas y fusilaron en el patio al

capitán y los cuatro soldados que habían asesinado a la mujer.

Esa misma noche, mientras se escuchaban las descargas del pelotón

de fusilamiento, Arcadio fue nombrado jefe civil y militar de la plaza. Los

rebeldes casados apenas tuvieron tiempo de despedirse de sus esposas,

a quienes abandonaron a sus propios recursos. Se fueron al amanecer,

aclamados por la población liberada del terror, para unirse a las fuerzas

del general revolucionario Victorio Medina, que según las últimas

noticias andaba por el rumbo de Manaure. Antes de irse, Aureliano sacó

a don Apolinar Moscote de un armario. «Usted se queda tranquilo,

suegro -le dijo-. El nuevo gobierno garantiza, bajo palabra de honor, su

seguridad personal y la de su familia.» Don Apolinar Moscote tuvo

dificultades para identificar aquel conspirador de botas altas y fusil

terciado a la espalda con quien había jugado dominó hasta las nueve de

la noche.

-Esto es un disparate, Aurelito -exclamó.

-Ningún disparate -dijo Aureliano-. Es la guerra. Y no me vuelva a

decir Aurelito, que ya soy el coronel Aureliano Buendía.

VI

El coronel Aureliano Buendía promovió treinta y dos levantamientos

armados y los perdió todos. Tuvo diecisiete hijos varones de diecisiete

mujeres distintas, que fueron exterminados uno tras otro en una sola

noche, antes de que el mayor cumpliera treinta y cinco años. Escapó a

catorce atentados, a setenta y tres emboscadas y a un pelotón de

fusilamiento. Sobrevivió a una carga de estricnina en el café que habría

bastado para matar un caballo. Rechazó la Orden del Mérito que le

otorgó el presidente de la república. Llegó a ser comandante general de

las fuerzas revolucionarias, con jurisdicción y mando de una frontera a

la otra, y el hombre más temido por el gobierno, pero nunca permitió

que le tomaran una fotografía. Declinó la pensión vitalicia que le

ofrecieron después de la guerra y vivió hasta la vejez de los pescaditos

de oro que fabricaba en su taller de Macondo. Aunque peleó siempre al

frente de sus hombres, la única herida que recibió se la produjo él

mismo después de firmar la capitulación de Neerlandia que puso término

a casi veinte años de guerras civiles. Se disparó un tiro de pistola en el

pecho y el proyectil le salió por la espalda sin lastimar ningún centro

vital. Lo único que quedó de todo eso fue una calle con su nombre en

Macondo. Sin embargo, según declaró pocos años antes de morir de

viejo, ni siquiera eso esperaba la madrugada en que se fue con sus

veintiún hombres a reunirse con las fuerzas del general Victorio Medina.

-Ahí te dejamos a Macondo -fue todo cuanto le dijo a Arcadio antes de

irse-. Te lo dejamos bien, procura que lo encontremos mejor.

Arcadio le dio una interpretación muy personal a la recomendación.

Se inventó un uniforme con galones y charreteras de mariscal, inspirado

en las láminas de un libro de Melquíades, y se colgó al cinto el sable con

borlas doradas del capitán fusilado. Emplazó las dos piezas de artillería a

la entrada del pueblo, uniformó a sus antiguos alumnos, exacerbados

por sus proclamas incendiarias, y los dejó vagar armados por las calles

para dar a los forasteros una impresión de invulnerabilidad. Fue un truco

de doble filo, porque el gobierno no se atrevió a atacar la plaza durante

diez meses, pero cuando lo hizo descargó contra ella una fuerza tan

desproporcionada que liquidó la resistencia en media hora. Desde el

primer día de su mandato Arcadio reveló su afición por los bandos. Leyó

hasta cuatro diarios para ordenar y disponer cuanto le pasaba por la

cabeza. Implantó el servicio militar obligatorio desde los dieciocho años,

declaró de utilidad pública los animales que transitaban por las calles

después de las seis de la tarde e impuso a los hombres mayores de

edad la obligación de usar un brazal rojo. Recluyó al padre Nicanor en la

casa cural, bajo amenaza de fusilamiento, y le prohibió decir misa y

tocar las campanas como no fuera para celebrar las victorias liberales.

Para que nadie pusiera en duda la severidad de sus propósitos, mandó

que un pelotón de fusilamiento se entrenara en la plaza pública

disparando contra un espantapájaros. Al principio nadie lo tomó en

serio. Eran, al fin de cuentas, los muchachos de la escuela jugando a

gente mayor. Pero una noche, al entrar Arcadio en la tienda de Catarino,

el trompetista de la banda lo saludó con un toque de fanfarria que

provocó las risas de la clientela, y Arcadio lo hizo fusilar por irrespeto a

la autoridad. A quienes protestaron, los puso a pan y agua con los

tobillos en un cepo que instaló en un cuarto de la escuela. «¡Eres un

asesino! -le gritaba Úrsula cada vez que se enteraba de alguna nueva

arbitrariedad-. Cuando Aureliano lo sepa te va a fusilar a ti y yo seré la

primera en alegrarme.» Pero todo fue inútil. Arcadio siguió apretando

los torniquetes de un rigor innecesario, hasta convertirse en el más

cruel de los gobernantes que hubo nunca en Macondo. «Ahora sufran la

diferencia -dijo don Apolinar Moscote en cierta ocasión-. Esto es el

paraíso liberal.» Arcadio lo supo. Al frente de una patrulla asaltó la casa,

destrozó los muebles, vapuleó a las hijas y se llevó a rastras a don

Apolinar Moscote. Cuando Úrsula irrumpió en el patio del cuartel,

después de haber atravesado el pueblo clamando de vergüenza y

blandiendo de rabia un rebenque alquitranado, el propio Arcadio se

disponía a dar la orden de fuego al pelotón de fusilamiento.

-¡Atrévete, bastardo! -gritó Úrsula.

Antes de que Arcadio tuviera tiempo de reaccionar, le descargó el

primer vergajazo. «Atrévete, asesino -gritaba-. Y mátame también a mí,

hijo de mala madre. Así no tendré ojos para llorar la vergüenza de haber

criado un fenómeno.» Azotándolo sin misericordia, lo persiguió hasta el

fondo del patio, donde Arcadio se enrolló como un caracol. Don Apolinar

Moscote estaba inconsciente, amarrado en el poste donde antes tenían

al espantapájaros despedazado por los tiros de entrena-miento. Los

muchachos del pelotón se dispersaron, temerosos de que Úrsula

terminara desahogándose con ellos. Pero ni siquiera los miró. Dejó a

Arcadio con el uniforme arrastrado, bramando de dolor y rabia, y desató

a don Apolinar Moscote para llevarlo a su casa. Antes de abandonar el

cuartel, soltó a los presos del cepo.

A partir de entonces fue ella quien mandó en el pueblo. Restableció la

misa dominical, suspendió el uso de los brazales rojos y descalificó los

bandos atrabiliarios. Pero a despecho de su fortaleza, siguió llorando la

desdicha de su destino. Se sintió tan sola, que buscó la inútil compañía

del marido olvidado bajo el castaño. «Mira en lo que hemos quedado -le

decía, mientras las lluvias de junio amenazaban con derribar el cobertizo

de palma-. Mira la casa vacía, nuestros hijos desperdigados por el

mundo, y nosotros dos solos otra vez como al principio.» José Arcadio

Buendía, hundido en un abismo de inconsciencia, era sordo a sus

lamentos. Al comienzo de su locura anunciaba con latinajos apremiantes

sus urgencias cotidianas. En fugaces escampadas de lucidez, cuando

Amaranta le llevaba la comida, él le comunicaba sus pesares más

molestos y se prestaba con docilidad a sus ventosas y sinapismos. Pero

en la época en que Úrsula fue a lamentarse a su lado había perdido todo

contacto con la realidad. Ella lo bañaba por partes sentado en el

banquito, mientras le daba noticias de la familia. «Aureliano se ha ido a

la guerra, hace ya más de cuatro meses, y no hemos vuelto a saber de

él -le decía, restregándole la espalda con un estropajo enjabonado. José

Arcadio volvió, hecho un hombrazo más alto que tú y todo bordado en

punto de cruz, pero sólo vino a traer la vergüenza a nuestra casa.»

Creyó observar, sin embargo, que su marido entristecía con las malas

noticias. Entonces optó por mentirle. «No me creas lo que te digo -

decía, mientras echaba cenizas sobre sus excrementos para recogerlos

con la pala-. Dios quiso que José Arcadio y Rebeca se casaran, y ahora

son muy felices.» Llegó a ser tan sincera en el engaño que ella misma

acabó consolándose con sus propias mentiras. «Arcadio ya es un

hombre serio -decía-, y muy valiente, y muy buen mozo con su

uniforme y su sable.» Era como hablarle a un muerto, porque José

Arcadio Buendía estaba ya fuera del alcance de toda preocupación. Pero

ella insistió. Lo veía tan manso, tan indiferente a todo, que decidió

soltarlo. Él ni siquiera se movió del banquito. Siguió expuesto al sol y la

lluvia, como si las sogas fueran innecesarias, porque un dominio

superior a cualquier atadura visible lo mantenía amarrado al tronco del

castaño. Hacia el mes de agosto, cuando el invierno empezaba a

eternizarse, Úrsula pudo por fin darle una noticia que parecía verdad.

-Fíjate que nos sigue atosigando la buena suerte -le dijo-. Amaranta y

el italiano de la pianola se van a casar.

Amaranta y Pietro Crespi, en efecto, habían profundizado en la

amistad, amparados por la confianza de Úrsula, que esta vez no creyó

necesario vigilar las visitas. Era un noviazgo crepus-cular. El italiano

llegaba al atardecer, con una gardenia en el ojal, y le traducía a

Amaranta sonetos de Petrarca. Permanecían en el corredor sofocado por

el orégano y las rosas, él leyendo y ella tejiendo encaje de bolillo,

indiferentes a los sobresaltos y las malas noticias de la guerra, hasta

que los mosquitos los obligaban a refugiarse en la sala. La sensibilidad

de Amaranta, su discreta pero envolvente ternura habían ido urdiendo

en torno al novio una telaraña invisible, que él tenía que apartar

materialmente con sus dedos pálidos y sin anillos para abandonar la

casa a las ocho. Habían hecho un precioso álbum con las tarjetas

postales que Pietro Crespi recibía de Italia. Eran imágenes de

enamorados en parques solitarios, con viñetas de corazones flechados y

cintas doradas sostenidas por palomas. «Yo conozco este parque en

Florencia -decía Pietro Crespi repasando las postales-. Uno extiende la

mano y los pájaros bajan a comer.» A veces, ante una acuarela de

Venecia, la nostalgia transformaba en tibios aromas de flores el olor de

fango y mariscos podridos de los canales. Amaranta suspiraba, reía,

soñaba con una segunda patria de hombres y mujeres hermosos que

hablaban una lengua de niños, con ciudades antiguas de cuya pasada

grandeza sólo quedaban los gatos entre los escombros. Después de

atravesar el océano en su búsqueda, después de haberlo confundido con

la pasión en los manoseos vehementes de Rebeca, Pietro Crespi había

encontrado el amor. La dicha trajo consigo la prosperidad. Su almacén

ocupaba entonces casi una cuadra, y era un invernadero de fantasía,

con reproducciones del campanario de Florencia que daban la hora con

un concierto de carillones, y cajas musicales de Sorrento, y polveras de

China que cantaban al destaparías tonadas de cinco notas, y todos los

instrumentos músicos que se podían imaginar y todos los artificios de

cuerda que se podían con-cebir. Bruno Crespi, su hermano menor,

estaba al frente del almacén, porque él no se daba abasto para atender

la escuela de música. Gracias a él, la calle de los turcos, con su

deslumbrante exposición de chucherías, se transformó en un remanso

melódico para olvidar las arbitrariedades de Arcadio y la pesadilla

remota de la guerra. Cuando Úrsula dispuso la reanudación de la misa

dominical, Pietro Crespi le regaló al templo un armonio alemán, organizó

un coro infantil y preparó un repertorio gregoriano que puso una nota

espléndida en el ritual taciturno del padre Nicanor. Nadie ponía en duda

que haría Amaranta una esposa feliz. Sin apresurar los sentimientos,

dejándose arrastrar por la fluidez natural del corazón, llegaron a un

punto en que sólo hacia falta fijar la fecha de la boda. No encontrarían

obstáculos. Úrsula se acusaba íntimamente de haber torcido con

aplazamientos reiterados el destino de Rebeca, y no estaba dispuesta a

acumular remordimientos. El rigor del luto por la muerte de Remedios

había sido relegado a un lugar secundario por la mortificación de la

guerra, la ausencia de Aureliano, la brutalidad de Arcadio y la expulsión

de José Arcadio y Rebeca. Ante la inminencia de la boda, el propio Pietro

Crespi había insinuado que Aureliano José, en quien fomentó un cariño

casi paternal, fuera considerado como su hijo mayor. Todo hacía pensar

que Amaranta se orientaba hacia una felicidad sin tropiezos. Pero al

contrario de Rebeca, ella no revelaba la menor ansiedad. Con la misma

paciencia con que abigarraba manteles y tejía primores de pasamanería

y bordaba pavorreales en punto de cruz, esperó a que Pietro Crespi no

soportara más las urgencias del corazón. Su hora llegó con las lluvias

aciagas de octubre. Pietro Crespi le quitó del regazo la canastilla de

bordar y le apretó la mano entre las suyas. «No soporto más esta

espera -le dijo-. Nos casamos el mes entrante.» Amaranta no tembló al

contacto de sus manos de hielo. Retiró la suya, como un animalito

escurridizo, y volvió a su labor.

-No seas ingenuo, Crespi -sonrió-, ni muerta me casaré contigo.

Pietro Crespi perdió el dominio de sí mismo. Lloró sin pudor, casi

rompiéndose los dedos de desesperación, pero no logró quebrantarla.

«No pierdas el tiempo -fue todo cuanto dijo Amaranta-. Si en verdad me

quieres tanto, no vuelvas a pisar esta casa.» Úrsula creyó enloquecer de

vergüenza. Pietro Crespi agotó los recursos de la súplica. Llegó a

increíbles extremos de humillación. Lloró toda una tarde en el regazo de

Úrsula, que hubiera vendido el alma por consolarlo. En noches de lluvia

se le vio merodear por la casa con un paraguas de seda, tratando de

sorprender una luz en el dormitorio de Amaranta. Nunca estuvo mejor

vestido que en esa época. Su augusta cabeza de emperador

atormentado adquirió un extraño aire de grandeza. Importunó a las

amigas de Amaranta, las que iban a bordar en el corredor, para que

trataran de persuadirla. Descuidó los negocios. Pasaba el día en la

trastienda, escribiendo esquelas desatinadas, que hacía llegar a

Amaranta con membranas de pétalos y mariposas disecadas, y que ella

devolvía sin abrir. Se encerraba horas y horas a tocar la cítara. Una

noche cantó. Macondo despertó en una especie de estupor, angelizado

por una cítara que no merecía ser de este mundo y una voz como no

podía concebirse que hubiera otra en la tierra con tanto amor. Pietro

Crespi vio entonces la luz en todas las ventanas del pueblo, menos en la

de Amaranta. El dos de noviembre, día de todos los muertos, su

hermano abrió el almacén y encontró todas las lámparas encendidas y

todas las cajas musicales destapadas y todos los relojes trabados en una

hora interminable, y en medio de aquel concierto disparatado encontró a

Pietro Crespi en el escritorio de la trastienda, con las muñecas cortadas

a navaja y las dos manos metidas en una palangana de benjuí.

Úrsula dispuso que se le velara en la casa. ~ padre Nicanor se oponía

a los oficios religiosos y a la sepultura en tierra sagrada. Úrsula se le

enfrentó. «De algún modo que ni usted ni yo podemos entender, ese

hombre era un santo -dijo-. Así que lo voy a enterrar, contra su

voluntad, junto a la tumba de Melquíades.» Lo hizo, con el respaldo de

todo el pueblo, en funerales magníficos. Amaranta no abandonó el

dormitorio. Oyó desde su cama el llanto de Úrsula, los pasos y

murmullos de la multitud que invadió la casa, los aullidos de las

plañideras, y luego un hondo silencio oloroso a flores pisoteadas.

Durante mucho tiempo siguió sintiendo el hálito de lavanda de Pietro

Crespi al atardecer, pero tuvo fuerzas para no sucumbir al delirio. Úrsula

la abandonó. Ni siquiera levantó los ojos para apiadarse de ella, la tarde

en que Amaranta entró en la cocina y puso la mano en las brasas del

fogón, hasta que le dolió tanto que no sintió más dolor, sino la

pestilencia de su propia carne chamuscada. Fue una cura de burro para

el remordimiento. Durante varios días anduvo por la casa con la mano

metida en un tazón con claras de huevo, y cuando sanaron las quema

duras pareció como si las claras de huevo hubieran cicatrizado también

las úlceras de su corazón. La única huella ex-terna que le dejó la

tragedia fue la venda de gasa negra que se puso en la mano quemada,

y que había de llevar hasta la muerte.

Arcadio dio una rara muestra de generosidad, al proclamar mediante

un bando el duelo oficial por la muerte de Pietro Crespi. Úrsula lo

interpretó como el regreso del cordero extraviado. Pero se equivocó.

Había perdido a Arcadio, no desde que vistió el uniforme militar, sino

desde siempre. Creía haberlo criado como a un hijo, como crió a

Rebeca, sin privilegios ni discriminaciones. Sin embargo, Arcadio era un

niño solitario y asustado durante la peste del insomnio, en medio de la

fiebre utilitaria de Úrsula, de los delirios de José Arcadio Buendía, del

hermetismo de Aureliano, de la rivalidad mortal entre Amaranta y

Rebeca. Aureliano le enseñó a leer y escribir, pensando en otra cosa,

como lo hubiera hecho un extraño. Le regalaba su ropa, para que

Visitación la redujera, cuando ya estaba de tirar. Arcadio sufría con sus

zapatos demasiado grandes, con sus pantalones remendados, con sus

nalgas de mujer. Nunca logró comunicarse con nadie mejor que lo hizo

con Visitación y Cataure en su lengua. Melquíades fue el único que en

realidad se ocupó de él, que le hacía escuchar sus textos

incomprensibles y le daba instrucciones sobre el arte de la

daguerrotipia. Nadie se imaginaba cuánto lloró su muerte en secreto, y

con qué desesperación trató de revivirlo en el estudio inútil de sus

papeles. La escuela, donde se le ponía atención y se le respetaba, y

luego el poder, con sus bandos terminantes y su uniforme de gloria, lo

liberaron del peso de una antigua amargura. Una noche, en la tienda de

Catarino, alguien se atrevió a decirle: «No mereces el apellido que

llevas.» Al contrario de lo que todos esperaban, Arcadio no lo hizo

fusilar.

-A mucha honra -dijo-, no soy un Buendía.

Quienes conocían el secreto de su filiación, pensaron por aquella

réplica que también él estaba al corriente, pero en realidad no lo estuvo

nunca. Pilar Ternera, su madre, que le había hecho hervir la sangre en

el cuarto de daguerrotipia, fue para él una obsesión tan irresistible como

lo fue primero para José Arcadio y luego para Aureliano. A pesar de que

había perdido sus encantos y el esplendor de su risa, él la buscaba y la

encontraba en el rastro de su olor de humo. Poco antes de la guerra, un

mediodía en que ella fue más tarde que de costumbre a buscar a su hijo

menor a la escuela, Arcadio la estaba esperando en el cuarto donde

solía hacer la siesta, y donde después instaló el cepo. Mientras el niño

jugaba en el patio, él esperó en la hamaca, temblando de ansiedad,

sabiendo que Pilar Ternera tenía que pasar por ahí. Llegó. Arcadio la

agarró por la muñeca y trató de meterla en la hamaca. «No puedo, no

puedo -dijo Pilar Ternera horrorizada-. No te imaginas cómo quisiera

complacerte, pero Dios es testigo que no puedo.» Arcadio la agarró por

la cintura con su tremenda fuerza hereditaria, y sintió que el mundo se

borraba al contacto de su piel. «No te hagas la santa -decía-. Al fin, todo

el mundo sabe que eres una puta.» Pilar se sobrepuso al asco que le

inspiraba su miserable destino.

-Los niños se van a dar cuenta -murmuró-. Es mejor que esta noche

dejes la puerta sin tranca.

Arcadio la esperó aquella noche tiritando de fiebre en la hamaca.

Esperó sin dormir, oyendo los grillos alborotados de la madrugada sin

término y el horario implacable de los alcaravanes, cada vez más

convencido de que lo habían engañado.

De pronto, cuando la ansiedad se había descompuesto en rabia, la

puerta se abrió. Pocos meses después, frente al pelotón de fusilamiento,

Arcadio había de revivir los pasos perdidos en el salón de clases, los

tropiezos contra los escaños, y por último la densidad de un cuerpo en

las tinieblas del cuarto y los latidos del aire bombeado por un corazón

que no era el suyo. Extendió la mano y encontró otra mano con dos

sortijas en un mismo dedo, que estaba a punto de naufragar en la

oscuridad. Sintió la nervadura de sus venas, el pulso de su infortunio, y

sintió la palma húmeda con la línea de la vida tronchada en la base del

pulgar por el zarpazo de la muerte. Entonces comprendió que no era esa

la mujer que esperaba, porque no olía a humo sino a brillantina de

florecitas, y tenía los senos inflados y ciegos con pezones de hombre, y

el sexo pétreo y redondo como una nuez, y la ternura caótica de la

inexperiencia exaltada. Era virgen y tenía el nombre inverosímil de

Santa Sofía de la Piedad. Pilar Ternera le había pagado cincuenta pesos,

la mitad de sus ahorros de toda la vida, para que hiciera lo que estaba

haciendo. Arcadio la había visto muchas veces, atendiendo la tiendecita

de víveres de sus padres, y nunca se había fijado en ella, porque tenía

la rara virtud de no existir por completo sino en el momento oportuno.

Pero desde aquel día se enroscó como un gato al calor de su axila. Ella

iba a la escuela a la hora de la siesta, con el consentimiento de sus

padres, a quienes Pilar Ternera había pagado la otra mitad de sus

ahorros. Más tarde, cuando las tropas del gobierno los desalojaron del

local, se amaban entre las latas de manteca y los sacos de maíz de la

trastienda. Por la época en que Arcadio fue nombrado jefe civil y militar,

tuvieron una hija.

Los únicos parientes que se enteraron, fueron José Arcadio y Rebeca,

con quienes Arcadio mantenía entonces relaciones íntimas, fundadas no

tanto en el parentesco como en la complicidad. José Arcadio había

doblegado la cerviz al yugo matrimonial. El carácter firme de Rebeca, la

voracidad de su vientre, su tenaz ambición, absorbieron la descomunal

energía del marido, que de holgazán y mujeriego se convirtió en un

enorme animal de trabajo. Tenían una casa limpia y ordenada. Rebeca

la abría de par en par al amanecer, y el viento de las tumbas entraba

por las ventanas y salía por las puertas del patio, y dejaba las paredes

blanqueadas y los muebles curtidos por el salitre de los muertos. El

hambre de tierra, el doc doc de los huesos de sus padres, la impaciencia

de su sangre frente a la pasividad de Pietro Crespi, estaban relegados al

desván de la memoria. Todo el día bordaba junto a la ventana, ajena a

la zozobra de la guerra, hasta que los potes de cerámica empezaban a

vibrar en el aparador y ella se levantaba a calentar la comida, mucho

antes de que aparecieran los escuálidos perros rastreadores y luego el

coloso de polainas y espuelas y con escopeta de dos cañones, que a

veces llevaba un venado al hombro y casi siempre un sartal de conejos

o de patos silvestres. Una tarde, al principio de su gobierno, Arcadio fue

a visitarlos de un modo intempestivo. No lo veían desde que

abandonaron la casa, pero se mostró tan cariñoso y familiar que lo

invitaron a compartir el guisado.

Sólo cuando tomaban el café reveló Arcadio el motivo de su visita:

había recibido una denuncia contra José Arcadio. Se decía que empezó

arando su patio y había seguido derecho por las tierras contiguas,

derribando cercas y arrasando ranchos con sus bueyes, hasta

apoderarse por la fuerza de los mejores predios del contorno. A los

campesinos que no había despojado, porque no le interesaban sus

tierras, les impuso una contribución que cobraba cada sábado con los

perros de presa y la escopeta de dos cañones. No lo negó. Fundaba su

derecho en que las tierras usurpadas habían sido distribuidas por José

Arcadio Buendía en los tiempos de la fundación, y creía posible

demostrar que su padre estaba loco desde entonces, puesto que dispuso

de un patrimonio que en realidad pertenecía a la familia. Era un alegato

innecesario, porque Arcadio no había ido a hacer justicia. Ofreció

simplemente crear una oficina de registro de la propiedad para que José

Arcadio legalizara los títulos de la tierra usurpada, con la condición de

que delegara en el gobierno local el derecho de cobrar las

contribuciones. Se pusieron de acuerdo. Años después, cuando el

coronel Aureliano Buendía examinó los títulos de propiedad, encontró

que estaban registradas a nombre de su hermano todas las tierras que

se divisaban desde la colina de su patio hasta el horizonte, inclusive el

cementerio, y que en los once meses de su mandato Arcadio había

cargado no sólo con el dinero de las contribuciones, sino también con el

que cobraba al pueblo por el derecho de enterrar a los muertos en

predios de José Arcadio.

Úrsula tardó varios meses en saber lo que ya era del dominio público,

porque la gente se lo ocultaba para no aumentarle el sufrimiento.

Empezó por sospecharlo. «Arcadio está construyendo una casa -le confió

con fingido orgullo a su marido, mientras trataba de meterle en la boca

una cucharada de jarabe de totumo. Sin embargo, suspiró

involuntariamente: No sé por qué todo esto me huele mal.» Más tarde,

cuando se enteró de que Arcadio no sólo había terminado la casa sino

que se había encargado un mobiliario vienés, confirmó la sospecha de

que estaba disponiendo de los fondos públicos. «Eres la vergüenza de

nuestro apellido», le gritó un domingo después de misa, cuando lo vio

en la casa nueva jugando barajas con sus oficiales. Arcadio no le prestó

atención. Sólo entonces supo Úrsula que tenía una hija de seis meses, y

que Santa Sofía de la Piedad, con quien vivía sin casarse, estaba otra

vez encinta. Resolvió escribirle al coronel Aureliano Buendía, en

cualquier lugar en que se encontrara, para ponerlo al corriente de la

situación. Pero los acontecimientos que se precipitaron por aquellos días

no sólo impidieron sus propósitos, sino que la hicieron arrepentirse de

haberlos concebido. La guerra, que hasta entonces no había sido más

que una palabra para designar una circunstancia vaga y remota, se

concretó en una realidad dramática. A fines de febrero llegó a Macondo

una anciana de aspecto ceniciento, montada en un burro cargado de

escobas. Parecía tan inofensiva, que las patrullas de vigilancia la dejaron

pasar sin preguntas, como uno más de los vendedores que a menudo

llegaban de los pueblos de la ciénaga. Fue directamente al cuartel.

Arcadio la recibió en el local donde antes estuvo el salón de clases, y

que entonces estaba transformado en una especie de campamento de

retaguardia, con hamacas enrolladas y colgadas en las argollas y

petates amontonados en los rincones, y fusiles y carabinas y hasta

escopetas de cacería dispersos por el suelo. La anciana se cuadró en un

saludo militar antes de identificarse:

-Soy el coronel Gregorio Stevenson.

Llevaba malas noticias. Los últimos focos de resistencia liberal, según

dijo, estaban siendo exterminados. El coronel Aureliano Buendía, a

quien había dejado batiéndose en retirada por los lados de Riohacha, le

encomendó la misión de hablar con Arcadio. Debía entregar la plaza sin

resistencia, poniendo como condición que se respetaran bajo palabra de

honor la vida y las propiedades de los liberales. Arcadio examinó con

una mirada de conmiseración a aquel extraño mensajero que habría

podido confundirse con una abuela fugitiva.

-Usted, por supuesto, trae algún papel escrito -dijo.

-Por supuesto -contestó el emisario-, no lo traigo. Es fácil comprender

que en las actuales circunstancias no se lleve encima nada

comprometedor.

Mientras hablaba, se sacó del corpiño y puso en la mesa un pescadito

de oro. «Creo que con esto será suficiente», dijo. Arcadio comprobó que

en efecto era uno de los pescaditos hechos por el coronel Aureliano

Buendía. Pero alguien podía haberlo comprado antes de la guerra, o

haberlo robado, y no tenía por tanto ningún mérito de salvoconducto. El

mensajero llegó hasta el extremo de violar un secreto de guerra para

acreditar su identidad. Reveló que iba en misión a Curazao, donde

esperaba reclutar exiliados de todo el Caribe y adquirir armas y

pertrechos suficientes para intentar un desembarco a fin de año.

Confiando en ese plan, el coronel Aureliano Buendía no era partidario de

que en aquel momento se hicieran sacrificios inútiles.

Arcadio fue inflexible. Hizo encarcelar al mensajero, mientras

comprobaba su identidad, y resolvió defender la plaza hasta la muerte.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Las noticias del fracaso liberal

fueron cada vez más concretas. A fines de marzo, en una madrugada de

lluvias prematuras, la calma tensa de las semanas anteriores se resolvió

abruptamente con un desesperado toque de corneta, seguido de un

cañonazo que desbarató la torre del templo. En realidad, la voluntad de

resistencia de Arcadio era una locura. No disponía de más de cincuenta

hombres mal armados, con una dotación máxima de veinte cartuchos

cada uno. Pero entre ellos, sus antiguos alumnos, excitados con

proclamas altisonantes, estaban decididos a sacrificar el pellejo por una

causa perdida. En medio del tropel de botas, de órdenes contradictorias,

de cañonazos que hacían temblar la tierra, de disparos atolondrados y

de toques de corneta sin sentido, el supuesto coronel Stevenson

consiguió hablar con Arcadio. «Evíteme la indignidad de morir en el cepo

con estos trapes de mujer -le dijo-. Si he de morir, que sea peleando.»

Logró convencerlo. Arcadio ordenó que le entregaran un arma con

veinte cartuchos y lo dejaron con cinco hombres defendiendo el cuartel,

mientras él iba con su estado mayor a ponerse al frente de la

resistencia. No alcanzó a llegar al camino de la ciénaga. Las barricadas

habían sido despedazadas y los defensores se batían al descubierto en

las calles, primero hasta donde les alcanzaba la dotación de los fusiles, y

luego con pistolas contra fusiles y por último cuerpo a cuerpo. Ante la

inminencia de la derrota, algunas mujeres se echaron a la calle armadas

de palos y cuchillos de cocina. En aquella confusión, Arcadio encontró a

Amaranta que andaba buscándolo como una loca, en camisa de dormir,

con dos viejas pistolas de José Arcadio Buendía. Le dio su fusil a un

oficial que había sido desarmado en la refriega, y se evadió con

Amaranta por una calle adyacente para llevarla a casa Úrsula estaba en

la puerta, esperando, indiferente a las descargas que habían abierto una

tronera en la fachada de la casa vecina. La lluvia cedía, pero las calles

estaban resbaladizas y blandas como jabón derretido, y había que

adivinar las distancias en la oscuridad. Arcadio dejó a Amaranta con

Úrsula y trató de enfrentarse a do8 soldados que soltaron una andanada

ciega desde la esquina. Las viejas pistolas guardadas muchos años en

un ropero no funcionaron. Protegiendo a Arcadio con su cuerpo, Úrsula

intentó arrastrarlo hasta la casa.

-Ven, por Dios -le gritaba-. ¡Ya basta de locuras!

Los soldados los apuntaron.

-¡Suelte a ese hombre, señora -gritó uno de ellos-, o no

respondemos!

Arcadio empujó a Úrsula hacia la casa y se entregó. Poco después

terminaron los disparos y empezaron a repicar las campanas. La

resistencia había sido aniquilada en menos de media hora. Ni uno solo

de los hombres de Arcadio sobrevivió al asalto, pero antes de morir se

llevaron por delante a trescientos soldados. El último baluarte fue el

cuartel. Antes de ser atacado, el supuesto coronel Gregorio Stevenson

puso en libertad a los presos y ordenó a sus hombres que salieran a

batirse en la calle. La extraordinaria movilidad y la puntería certera con

que disparó sus veinte cartuchos por las diferentes ventanas, dieron la

impresión de que el cuartel estaba bien resguardado, y los atacantes lo

despedazaron a cañonazos. El capitán que dirigió la operación se

asombró de encontrar los escombros desiertos, y un solo hombre en

calzoncillos, muerto, con el fusil sin carga, todavía agarrado por un

brazo que había sido arrancado de cuajo. Tenía una frondosa cabellera

de mujer enrollada en la nuca con una peineta, y en el cuello un

escapulario con un pescadito de oro. Al voltearlo con la puntera de la

bota para alumbrarle la cara, el capitán se quedó perplejo. «Mierda»,

exclamó. Otros oficiales se acercaron.

Miren dónde vino a aparecer este hombre -les dijo el capitán-. Es

Gregorio Stevenson,

Al amanecer, después de un consejo de guerra sumario, Arcadio fue

fusilado contra el muro del cementerio. En las dos últimas horas de su

vida no logró entender por qué había desaparecido el miedo que lo

atormentó desde la infancia. Impasible, sin preocuparse siquiera por

demostrar su reciente valor, escuchó los interminables cargos de la

acusación. Pensaba en Úrsula, que a esa hora debía estar bajo el

castaño tomando el café con José Arcadio Buendía. Pensaba en su hija

de ocho meses, que aún no tenía nombre, y en el que iba a nacer en

agosto, Pensaba en Santa Sofía de la Piedad, a quien la noche anterior

dejó salando un venado para el almuerzo del sábado, y añoró su cabello

chorreado sobre los hombros y sus pestañas que parecían artificiales.

Pensaba en su gente sin sentimentalismos, en un severo ajuste de

cuentas con la vida, empezando a comprender cuánto quería en realidad

a las personas que más había odiado. El presidente del consejo de

guerra inició su discurso final, antes de que Arcadio cayera en la cuenta

de que habrían transcurrido dos horas. «Aunque los cargos

comprobados no tuvieran sobrados méritos -decía el presidente-, la

temeridad irresponsable y criminal con que el acusado empujó a sus

subordinados a una muerte inútil, bastaría para merecerle la pena

capital.» En la escuela desportillada donde experimentó por primera vez

la seguridad del poder, a pocos metros del cuarto donde conoció la

incertidumbre del amor, Arcadio encontró ridículo el formalismo de la

muerte. En realidad no le importaba la muerte sino la vida, y por eso la

sensación que experimentó cuando pronunciaron la sentencia no fue una

sensación de miedo sino de nostalgia. No habló mientras no le

preguntaron cuál era su última voluntad.

-Díganle a mi mujer -contestó con voz bien timbrada- que le ponga a

la, niña el nombre de Úrsula -hizo una pausa y confirmó-: Úrsula, como

la abuela. Y díganle también que si el que va a nacer nace varón, que le

pongan José Arcadio, pero no por el tío, sino por el abuelo.

Antes de que lo llevaran al paredón, el padre Nicanor trató de

asistirlo. «No tengo nada de qué arrepentirme», dijo Arcadio, y se puso

a las órdenes del pelotón después de tomarse una taza de café negro. El

jefe del pelotón, especialista en ejecuciones sumarias, tenía un nombre

que era mucho más que una casualidad: capitán Roque Carnicero.

Camino del cementerio, bajo la llovizna persistente, Arcadio observó que

en el horizonte despuntaba un miércoles radiante. La nostalgia se

desvanecía con la niebla y dejaba en su lugar una inmensa curiosidad.

Sólo cuando le ordenaron ponerse de espaldas al muro, Arcadio vio a

Rebeca con el pelo mojado y un vestido de flores rosadas abriendo la

casa de par en par. Hizo un esfuerzo para que le reconociera. En efecto,

Rebeca miró casualmente hacia el muro y se quedó paralizada de

estupor, y apenas pudo reaccionar para hacerle a Arcadio una señal de

adiós con la mano. Arcadio le contestó en la misma forma. En ese

instante lo apuntaron las bocas ahumadas de los fusiles y oyó letra por

letra las encíclicas cantadas de Melquíades y sintió los pasos perdidos de

Santa Bofia de la Piedad, virgen, en el salón de clases, y experimentó en

la nariz la misma dureza de hielo que le había llamado la atención en las

fosas nasales del cadáver de Remedios. «¡Ah, carajo! -alcanzó a pensar-

, se me olvidó decir que si nacía mujer la pusieran Remedios.»

Entonces, acumulado en un zarpazo desgarrador, volvió a sentir todo el

terror que le atormentó en la vida. El capitán dio la orden de fuego.

Arcadio apenas tuvo tiempo de sacar el pecho y levantar la cabeza sin

comprender de dónde fluía el líquido ardiente que le quemaba los

muslos.

-¡Cabrones! -gritó-. ¡Viva el partido liberal!

VII

En mayo terminó la guerra. Dos semanas antes de que el gobierno

hiciera el anuncio oficial, en una proclama altisonante que prometía un

despiadado castigo para los promotores de la rebelión, el coronel

Aureliano Buendía cayó prisionero cuando estaba a punto de alcanzar la

frontera occidental disfrazado de hechicero indígena. De los veintiún

hombres que lo siguieron en la guerra, catorce murieron en combate,

seis estaban heridos, y sólo uno lo acompañaba en el momento de la

derrota final: el coronel Gerineldo Márquez. La noticia de la captura fue

dada en Macondo con un bando extraordinario. «Está vivo -le informó

Úrsula a su marido-. Roguemos a Dios para que sus enemigos tengan

clemencia.» Después de tres días de llanto, una tarde en que batía un

dulce de leche en la cocina, oyó claramente la voz de su hijo muy cerca

del oído. «Era Aureliano -gritó, corriendo hacia el castaño para darle la

noticia al esposo-. No sé cómo ha sido el milagro, pero está vivo y

vamos a verlo muy pronto.» Lo dio por hecho. Hizo lavar los pisos de la

casa y cambiar la posición de los muebles. Una semana después, un

rumor sin origen que no sería respaldado por el bando, confirmó

dramáticamente el presagio. El coronel Aureliano Buendía había sido

condenado a muerte, y la sentencia sería ejecutada en Macondo, para

escarmiento de la población. Un lunes, a las diez y veinte de la mañana,

Amaranta estaba vistiendo a Aureliano José, cuando percibió un tropel

remoto y un toque de corneta, un segundo antes de que Úrsula

irrumpiera en el cuarto con un grito: «Ya lo traen.» La tropa pugnaba

por someter a culatazos a la muchedumbre desbordada. Úrsula y

Amaranta corrieron hasta la esquina, abriéndose paso a empellones, y

entonces lo vieron. Parecía un pordiosero. Tenía la ropa desgarrada, el

cabello y la barba enmarañados, y estaba descalzo. Caminaba sin sentir

el polvo abrasante, con las manos amarradas a la espalda con una soga

que sostenía en la cabeza de su montura un oficial de a caballo. Junto a

él, también astroso y derrotado, llevaban al coronel Gerineldo Márquez.

No estaban tristes. Parecían más bien turbados por la muchedumbre

que gritaba a la tropa toda clase de improperios.

-¡Hijo mío! -gritó Úrsula en medio de la algazara, y le dio un

manotazo al soldado que trató de detenerla. El caballo del oficial se

encabritó. Entonces el coronel Aureliano Buendía se detuvo, trémulo,

esquivó los brazos de su madre y fijó en sus ojos una mirada dura.

-Váyase a casa, mamá -dijo-. Pida permiso a las autoridades y venga

a verme a la cárcel.

Miró a Amaranta, que permanecía indecisa a dos pasos detrás de

Úrsula, y le sonrió al preguntarle: «¿Qué te pasó en la mano?»

Amaranta levantó la mano con la venda negra. «Una quemadura», dijo,

y apartó a Úrsula para que no la atropellaran los caballos. La tropa

disparó. Una guardia especial rodeó a los prisioneros y los llevó al trote

al cuartel.

Al atardecer, Úrsula visitó en la cárcel al coronel Aureliano Buendía.

Había tratado de conseguir el permiso a través de don Apolinar Moscote,

pero éste había perdido toda autoridad frente a la omnipotencia de los

militares. El padre Nicanor estaba postrado por una calentura hepática.

Los padres del coronel Gerineldo Márquez, que no estaba condenado a

muerte, habían tratado de verlo y fueron rechazados a culatazos. Ante

la imposibilidad de conseguir intermediarios, convencida de que su hijo

sería fusilado al amanecer, Úrsula hizo un envoltorio con las cosas que

quería llevarle y fue sola al cuartel.

-Soy la madre del coronel Aureliano Buendía -se anunció. Los

centinelas le cerraron el paso. «De todos modos voy a entrar -les

advirtió Úrsula-. De manera que si tienen orden de disparar, empiecen

de una vez.» Apartó a uno de un empellón y entró a la antigua sala de

clases, donde un grupo de soldados desnudos engrasaban sus armas,

Un oficial en uniforme de campaña, sonrosado, con lentes de cristales

muy gruesos y ademanes ceremoniosos, hizo a los centinelas una señal

para que se retiraran.

-Soy la madre del coronel Aureliano Buendía -repitió Úrsula.

-Usted querrá decir -corrigió el oficial con una sonrisa amable- que es

la señora madre del señor Aureliano Buendía.

Úrsula reconoció en su modo de hablar rebuscado la cadencia

lánguida de la gente del páramo, los cachacos.

-Como usted diga, señor -admitió-, siempre que me permita verlo.

Había órdenes superiores de no permitir visitas a los condenados a

muerte, pero el oficial asumió la responsabilidad de concederle una

entrevista de quince minutos. Úrsula le mostró lo que llevaba en el

envoltorio: una muda de ropa limpia los botines que se puso su hijo

para la boda, y el dulce de leche que guardaba para él desde el día en

que presintió su regreso. Encontró al coronel Aureliano Buendía en el

cuarto del cepo, tendido en un catre y con los brazos abiertos, porque

tenía las axilas empedradas de golondrinos. Le habían permitido

afeitarse. El bigote denso de puntas retorcidas acentuaba la angulosidad

de sus pómulos. A Úrsula le pareció que estaba más pálido que cuando

se fue, un poco más alto y más solitario que nunca. Estaba enterado de

los pormenores de la casa: el suicidio de Pietro Crespi, las

arbitrariedades y el fusilamiento de Arcadio, la impavidez de José

Arcadio Buendía bajo el castaño. Sabía que Amaranta había consagrado

su viudez de virgen a la crianza de Aureliano José, y que éste empezaba

a dar muestras de muy buen juicio y leía y escribía al mismo tiempo que

aprendía a hablar. Desde el momento en que entró al cuarto, Úrsula se

sintió cohibida por la madurez de su hijo, por su aura de dominio, por el

resplandor de autoridad que irradiaba su piel. Se sorprendió que

estuviera tan bien informado. «Ya sabe usted que soy adivino -bromeó

él. Y agregó en serio-:

Esta mañana, cuando me trajeron, tuve la impresión de que ya había

pasado por todo esto.» En verdad, mientras la muchedumbre tronaba a

su paso, él estaba concentrado en sus pensamientos, asombrado de la

forma en que había envejecido el pueblo en un año. Los almendros

tenían las hojas rotas. Las casas pintadas de azul, pintadas luego de

rojo y luego vueltas a pintar de azul, habían terminado por adquirir una

coloración indefinible.

-¿Qué esperabas? -suspiró Úrsula-. El tiempo pasa.

-Así es -admitió Aureliano-, pero no tanto.

De este modo, la visita tanto tiempo esperada, para la que ambos

habían preparado las preguntas e inclusive previsto las respuestas, fue

otra vez la conversación cotidiana de siempre. Cuando el centinela

anunció el término de la entrevista, Aureliano sacó de debajo de la

estera del catre un rollo de papeles sudados. Eran sus versos. Los

inspirados por Remedios, que había llevado consigo cuando se fue, y los

escritos después, en las azarosas pausas de la guerra. «Prométame que

no los va a leer nadie -dijo-. Esta misma noche encienda el horno con

ellos.» Úrsula lo prometió y se incorporó para darle un beso de

despedida.

-Te traje un revólver -murmuró.

El coronel Aureliano Buendia comprobó que el centinela no estaba a la

vista. «No me sirve de nada -replicó en voz baja-. Pero démelo, no sea

que la registren a la salida.» Úrsula sacó el revólver del corpiño y él lo

puso debajo de la estera del catre. «Y ahora no se despida -concluyó

con un énfasis calmado-. No suplique a nadie ni se rebaje ante nadie.

Hágase el cargo que me fusilaron hace mucho tiempo.» Úrsula se

mordió los labios para no llorar.

-Ponte piedras calientes en los golondrinos -dijo.

Dio media vuelta y salió del cuarto. El coronel Aureliano Buendía

permaneció de pie, pensativo, hasta que se cerró la puerta. Entonces

volvió a acostarse con los brazos abiertos. Desde el principio de la

adolescencia, cuando empezó a ser consciente de sus presagios, pensó

que la muerte había d< anunciarse con una señal definida, inequívoca,

irrevocable, pero le faltaban pocas horas para morir, y la señal no

llegaba. En cierta ocasión una mujer muy bella entró a su campamento

de Tucurinca y pidió a los centinelas que le permitieran verlo. La dejaron

pasar, porque conocían el fanatismo de algunas madres que enviaban a

sus hijas al dormitorio de los guerreros más notables, según ellas

mismas decían, para mejorar la raza. El coronel Aureliano Buendía

estaba aquella noche terminando e poema del hombre que se había

extraviado en la lluvia, cuando la muchacha entró al cuarto. Él le dio la

espalda para poner la hoja en la gaveta con llave donde guardaba sus

versos. Y entonces lo sintió. Agarró la pistola en la gaveta sin volver la

cara.

-No dispare, por favor -dijo.

Cuando se volvió con la pistola montada, la muchacha había bajado la

suya y no sabía qué hacer. Así había logrado eludir cuatro de once

emboscadas. En cambio, alguien que nunca fu capturado entró una

noche al cuartel revolucionario de Manaure y asesinó a puñaladas a su

intimo amigo, el coronel Magnífico Visbal, a quien había cedido el catre

para que sudar una calentura. A pocos metros, durmiendo en una

hamaca e el mismo cuarto, él no se dio cuenta de nada. Eran inútiles

sus esfuerzos por sistematizar los presagios. Se presentaban d pronto,

en una ráfaga de lucidez sobrenatural, como una convicción absoluta y

momentánea, pero inasible. En ocasione eran tan naturales, que no las

identificaba como presagios sin cuando se cumplían. Otras veces eran

terminantes y no se cumplían. Con frecuencia no eran más que golpes

vulgares de superstición. Pero cuando lo condenaron a muerte y le

pidieron expresar su última voluntad, no tuvo la menor dificultad par

identificar el presagio que le inspiró la respuesta:

-Pido que la sentencia se cumpla en Macondo -dijo. El presidente del

tribunal se disgustó.

-No sea vivo, Buendía -le dijo-. Es una estratagema par ganar tiempo.

-Si no la cumplen, allá ustedes -dijo el coronel-, pero esa es mi última

voluntad.

Desde entonces lo habían abandonado los presagios. El día en que

Úrsula lo visitó en la cárcel, después de mucho pensar, llegó a la

conclusión de que quizá la muerte no se anunciaría aquella vez, porque

no dependía del azar sino de la voluntad de sus verdugos. Pasó la noche

en vela atormentado por el dolor de los golondrinos. Poco antes del alba

oyó pasos en el corredor. «Ya vienen», se dijo, y pensó sin motivo en

José Arcadio Buendía, que en aquel momento estaba pensando en él,

bajo la madrugada lúgubre del castaño. No sintió miedo, ni nostalgia,

sino una rabia intestinal ante la idea de que aquella muerte artificiosa no

le permitiría conocer el final de tantas cosas que dejaba sin terminar. La

puerta se abrió y entró el centinela con un tazón de café. Al día

siguiente a la misma hora todavía estaba como entonces, rabiando con

el dolor de las axilas, y ocurrió exactamente lo mismo. El jueves

compartió el dulce de leche con los centinelas y se puso la ropa limpia,

que le quedaba estrecha, y los botines de charol. Todavía el viernes no

lo habían fusilado.

En realidad, no se atrevían a ejecutar la sentencia. La rebeldía del

pueblo hizo pensar a los militares que el fusilamiento del coronel

Aureliano Buendía tendría graves consecuencias políticas no sólo en

Macondo sino en todo el ámbito de la ciénaga, así que consultaron a las

autoridades de la capital provincial. La noche del sábado, mientras

esperaban la respuesta, el capitán Roque Carnicero fue con otros

oficiales a la tienda de Catarino. Sólo una mujer, casi presionada con

amenazas, se atrevió a llevarlo al cuarto. «No se quieren acostar con un

hombre que saben que se va a morir -le confesó ella-. Nadie sabe cómo

será, pero todo el mundo anda diciendo que el oficial que fusile al

coronel Aureliano Buendía, y todos los soldados del pelotón, uno por

uno, serán asesinados sin remedio, tarde o temprano, así se escondan

en el fin del mundo.» El capitán Roque Carnicero lo comentó con los

otros oficiales, y éstos lo comentaron con sus superiores. El domingo,

aunque nadie lo había revelado con franqueza, aunque ningún acto

militar había turbado la calma tensa de aquellos días, todo el pueblo

sabía que los oficiales estaban dispuestos a eludir con toda clase de

pretextos la responsabilidad de la ejecución. En el correo del lunes llegó

la orden oficial: la ejecución debía cumplirse en el término de

veinticuatro horas. Esa noche los oficiales metieron en una gorra siete

papeletas con sus nombres, y el inclemente destino del capitán Roque

Carnicero lo señaló con la papeleta premiada. «La mala suerte no tiene

resquicios -dijo él con profunda amargura-. Nací hijo de puta y muero

hijo de puta.» A las cinco de la mañana eligió el pelotón por sorteo, lo

formó en el patio, y despertó al condenado con una frase premonitoria:

-Vamos Buendía -le dijo-. Nos llegó la hora.

-Así que era esto -replicó el coronel-. Estaba soñando que se me

habían reventado los golondrinos.

Rebeca Buendía se levantaba a las tres de la madrugada desde que

supo que Aureliano sería fusilado. Se quedaba en el dormitorio a

oscuras, vigilando por la ventana entreabierta el muro del cementerio,

mientras la cama en que estaba sentada se estremecía con los

ronquidos de José Arcadio. Esperó toda semana con la misma

obstinación recóndita con que en otra época esperaba las cartas de

Pietro Crespi. «No lo fusilarán aquí» -le decía José Arcadio-. Lo fusilarán

a media noche en cuartel para que nadie sepa quién formó el pelotón, y

lo enterrarán allá mismo.» Rebeca siguió esperando. «Son tan brutos

que lo fusilarán aquí» -decía-. Tan segura estaba, que había previsto la

forma en que abriría la puerta para decirle adiós con la mano. «No lo

van a traer por la calle -insistía José Arcadio-, con sólo seis soldados

asustados, sabiendo que gente está dispuesta a todo.» Indiferente a la

lógica de su marido, Rebeca continuaba en la ventana.

-Ya verás que son así de brutos -decía-.

El martes a las cinco de la mañana José Arcadio había tomado el café

y soltado los perros, cuando Rebeca cerró la ventana se agarró de la

cabecera de la cama para no caer. «Ahí lo trae -suspiró-. Qué hermoso

está.» José Arcadio se asomó a la ventana, y lo vio, trémulo en la

claridad del alba, con unos pantalones que habían sido suyos en la

juventud. Estaba ya de espaldas al muro y tenía las manos apoyadas en

la cintura porque los nudos ardientes de las axilas le impedían bajar los

brazos «Tanto joderse uno -murmuraba el coronel Aureliano Buendía-.

Tanto joderse para que lo maten a uno seis maricas si poder hacer

nada,» Lo repetía con tanta rabia, que casi parece fervor, y el capitán

Roque Carnicero se conmovió porque creyó que estaba rezando. Cuando

el pelotón lo apuntó, la rabia se había materializado en una sustancia

viscosa y amarga que le adormeció la lengua y lo obligó a cerrar los

ojos. Entonces desapareció el resplandor de aluminio del amanecer, y

volvió verse a sí mismo, muy niño, con pantalones cortos y un lazo en el

cuello, y vio a su padre en una tarde espléndida conduciéndolo al

interior de la carpa, y vio el hielo. Cuando oyó el grito, creyó que era

orden final al pelotón. Abrió los ojos con una curiosidad de escalofrío,

esperando encontrarse con la trayectoria incandescente de los

proyectiles, pero sólo encontró capitán Roque Carnicero con los brazos

en alto, y a José Arcadio atravesando la calle con su escopeta pavorosa

lista para disparar.

-No haga fuego -le dijo el capitán a José Arcadico. Usted viene

mandado por la Divina Providencia.

Allí empezó otra guerra. El capitán Roque Carnicero y sus seis

hombres se fueron con el coronel Aureliano Buendía a liberar al general

revolucionario Victorio Medina, condenado a muerte en Riohacha.

Pensaron ganar tiempo atravesando la sierra por el camino que siguió

José Arcadio Buendía para fundar a Macondo, pero antes de una semana

se convencieron de que era una empresa imposible. De modo que

tuvieron que hacer la peligrosa ruta de las estribaciones, sin más

municiones que las del pelotón de fusilamiento. Acampaban cerca de los

pueblos, y uno de ellos, con un pescadito de oro en la mano, entraba

disfrazado a pleno día y hacia contacto con los liberales en reposo, que

a la mañana siguiente salían a cazar y no regresaban nunca. Cuando

avistaron a Riohacha desde un recodo de la sierra, el general Victorio

Medina había sido fusilado. Los hombres del coronel Aureliano Buendía

lo proclamaron jefe de las fuerzas revolucionarias del litoral del Caribe,

con el grado de general. Él asumió el cargo, pero rechazó el ascenso, y

se puso a sí mismo la condición de no aceptarlo mientras no derribaran

el régimen conservador. Al cabo de tres meses habían logrado armar a

más de mil hombres, pero fueron exterminados. Los sobrevivientes

alcanzaron la frontera oriental. La próxima vez que se supo de ellos

habían desembarcado en el Cabo de la Vela, procedentes del

archipiélago de las Antillas, y un parte del gobierno divulgado por

telégrafo y publicado en bandos jubilosos por todo el país, anunció la

muerte del coronel Aureliano Buendía. Pero dos días después, un

telegrama múltiple que casi le dio alcance al anterior, anunciaba otra

rebelión en los llanos del sur. Así empezó la leyenda de la ubicuidad del

coronel Aureliano Buendía. Informaciones simultáneas y contradictorias

lo declaraban victorioso en Villanueva, derrotado en Guacamayal,

demorado por los indios Motilones, muerto en una aldea de la ciénaga y

otra vez sublevado en Urumita. Los dirigentes liberales que en aquel

momento estaban negociando una participación en el parlamento, lo

señalaron como un aventurero sin representación de partido. El

gobierno nacional lo asimiló a la categoría de bandolero y puso a su

cabeza un precio de cinco mil pesos. Al cabo de dieciséis derrotas, el

coronel Aureliano Buendía salió de la Guajira con dos mil indígenas bien

armados, y la guarnición sorprendida durante el sueño abandonó

Riohacha. Allí estableció su cuartel general, y proclamó la guerra total

contra el régimen. La primera notificación que recibió del gobierno fue la

amenaza de fusilar al coronel Gerineldo Márquez en el término de

cuarenta y ocho horas, si no se replegaba con sus fuerzas hasta la

frontera oriental. El coronel Roque Carnicero, que entonces era jefe de

su estado mayor, le entregó el telegrama con un gesto de

consternación, pero él lo leyó con imprevisible alegría.

¡Qué bueno! -exclamó-. Ya tenemos telégrafo en Macondo.

Su respuesta fue terminante. En tres meses esperaba establecer su

cuartel general en Macondo. Si entonces no encontraba vivo al coronel

Gerineldo Márquez, fusilaría sin fórmula de juicio a toda la oficialidad

que tuviera prisionera en ese momento, empezando por los generales, e

impartiría órdenes a sus subordinados para que procedieran en igual

forma hasta el término de la guerra. Tres meses después, cuando entró

victorioso a Macondo, el primer abrazo que recibió en el camino de la

ciénaga fue el del coronel Gerineldo Márquez.

La casa estaba llena de niños. Úrsula había recogido a Santa Sofía de

la Piedad, con la hija mayor y un par de gemelos que nacieron cinco

meses después del fusilamiento de Arcadio. Contra la última voluntad

del fusilado, bautizó a la niña con el nombre de Remedios. «Estoy

segura que eso fue lo que Arcadio quiso decir -alegó-. No la pondremos

Úrsula, porque se sufre mucho con ese nombre.» A los gemelos les puso

José Arcadio Segundo y Aureliano Segundo. Amaranta se hizo cargo de

todos. Colocó asientitos de madera en la sala, y estableció un parvulario

con otros niños de familias vecinas. Cuando regresó el coronel Aureliano

Buendía, entre estampidos de cohetes y repiques de campanas, un coro

infantil le dio la bienvenida en la casa. Aureliano José, largo como su

abuelo, vestido de oficial revolucionario, le rindió honores militares.

No todas las noticias eran buenas. Un año después de la fuga del

coronel Aureliano Buendía, José Arcadio y Rebeca se fueron a vivir en la

casa construida por Arcadio. Nadie se enteró de su intervención para

impedir el fusilamiento. En la casa nueva, situada en el mejor rincón de

la plaza, a la sombra de un almendro privilegiado con tres nidos de

petirrojos, con una puerta grande para las visitas V cuatro ventanas

para la luz, establecieron un hogar hospitalario. Las antiguas amigas de

Rebeca, entre ellas cuatro hermanas Moscote que continuaban solteras,

reanudaron las sesiones de bordado interrumpidas años antes en el

corredor de las begonias. José Arcadio siguió disfrutando de las tierras

usurpadas cuyos títulos fueron reconocidos por el gobierno conservador.

Todas las tardes se le veía regresar a caballo, con sus perros montunos

y su escopeta de dos cañones, y un sartal de conejos colgados en la

montura. Una tarde de septiembre, ante la amenaza de una tormenta,

regresó a casa más temprano que de costumbre. Saludó a Rebeca en el

comedor, amarró los perros en el patio, colgó los conejos en la cocina

para sacarlos más tarde y fue al dormitorio a cambiarse de ropa. Rebeca

declaró después que cuando su marido entró al dormitorio ella se

encerró en el baño y no se dio cuenta de nada. Era una versión difícil de

creer, pero no había otra más verosímil, y nadie pudo concebir un

motivo para que Rebeca asesinara al hombre que la había hecho feliz.

Ese fue tal vez el único misterio que nunca se esclareció en Macondo.

Tan pronto como José Arcadio cerró la puerta del dormitorio, el

estampido de un pistoletazo retumbó la casa. Un hilo de sangre salió por

debajo de la puerta, atravesó la sala, salió a la calle, siguió en un curso

directo por los andenes disparejos, descendió escalinatas y subió

pretiles, pasó de largo por la calle de los Turcos, dobló una esquina a la

derecha y otra a la izquierda, volteó en ángulo recto frente a la casa de

los Buendía, pasó por debajo de la puerta cerrada, atravesó la sala de

visitas pegado a las paredes para no manchar los tapices, siguió por la

otra sala, eludió en una curva amplia la mesa del comedor, avanzó por

el corredor de las begonias y pasó sin ser visto por debajo de la silla de

Amaranta que daba una lección de aritmética a Aureliano José, y se

metió por el granero y apareció en la cocina donde Úrsula se disponía a

partir treinta y seis huevos para el pan.

-¡Ave María Purísima! -gritó Úrsula.

Siguió el hilo de sangre en sentido contrario, y en busca de su origen

atravesó el granero, pasó por el corredor de las begonias donde

Aureliano José cantaba que tres y tres son seis y seis y tres son nueve,

y atravesó el comedor y las salas y siguió en línea recta por la calle, y

dobló luego a la derecha y después a la izquierda hasta la calle de los

Turcos, sin recordar que todavía llevaba puestos el delantal de hornear y

las babuchas caseras, y salió a la plaza y se metió por la puerta de una

casa donde no había estado nunca, y empujó la puerta del dormitorio y

casi se ahogó con el olor a pólvora quemada, y encontró a José Arcadio

tirado boca abajo en el suelo sobre las polainas que se acababa de

quitar, y vio el cabo original del hilo de sangre que ya había dejado de

fluir de su oído derecho. No encontraron ninguna herida en su cuerpo ni

pudieron localizar el arma. Tampoco fue posible quitar el penetrante olor

a pólvora del cadáver. Primero lo lavaron tres veces con jabón y

estropajo, después lo frotaron con sal y vinagre, luego con ceniza y

limón, y por último lo metieron en un tonel de lejía y lo dejaron reposar

seis horas. Tanto lo restregaron que los arabescos del tatuaje

empezaban a decolorarse. Cuando concibieron el recurso desesperado

de sazonarlo con pimienta y comino y hojas de laurel y hervirlo un día

entero a fuego lento ya había empezado a descomponerse y tuvieron

que enterrarlo a las volandas. Lo encerraron herméticamente en un

ataúd especial de dos metros y treinta centímetros de largo y un metro

y diez centímetros de ancho, reforzado por dentro con planchas de

hierro y atornillado con pernos de acero, y aun así se percibía el olor en

las calles por donde pasó el entierro. El padre Nicanor, con el hígado

hinchado y tenso como un tambor, le echó la bendición desde la cama.

Aunque en los meses siguientes reforzaron la tumba con muros

superpuestos y echaron entre ellos ceniza apelmazada, aserrín y cal

viva, el cementerio siguió oliendo a pólvora hasta muchos años después,

cuando los ingenieros de la compañía bananera recubrieron la sepultura

con una coraza de hormigón. Tan pronto como sacaron el cadáver,

Rebeca cerró las puertas de su casa y se enterró en vida, cubierta con

una gruesa costra de desdén que ninguna tentación terrenal consiguió

romper. Salió a la calle en una ocasión, ya muy vieja, con unos zapatos

color de plata antigua y un sombrero de flores minúsculas, por la época

en que pasó por el pueblo el Judío Errante y provocó un calor tan

intenso que los pájaros rompían las alambreras de las ventanas para

morir en los dormitorios. La última vez que alguien la vio con vida fue

cuando mató de un tiro certero a un ladrón que trató de forzar la puerta

de su casa. Salvo Argénida, su criada y confidente, nadie volvió a tener

contacto con ella desde entonces. En un tiempo se supo que escribía

cartas al Obispo, a quien consideraba como su primo hermano, pero

nunca se dijo que hubiera recibido respuesta. El pueblo la olvidó.

A pesar de su regreso triunfal, el coronel Aureliano Buendía no se

entusiasmaba con las apariencias. Las tropas del gobierno abandonaban

las plazas sin resistencia, y eso suscitaba en la población liberal una

ilusión de victoria que no convenía defraudar, pero los revolucionarios

conocían la verdad, y más que nadie el coronel Aureliano Buendía.

Aunque en ese momento mantenía más de cinco mil hombres bajo su

mando y dominaba dos estados del litoral, tenía conciencia de estar

acorralado contra el mar, y metido en una situación política tan confusa

que cuando ordenó restaurar la torre de la iglesia desbaratada por un

cañonazo del ejército, el padre Nicanor comentó en su lecho de

enfermo: «Esto es un disparate: los defensores de la fe de Cristo

destruyen el templo y los masones lo mandan componer.» Buscando

una tronera de escape pasaba horas y horas en la oficina telegráfica,

conferenciando con los jefes de otras plazas, y cada vez salía con la

impresión más definida de que la guerra estaba estancada. Cuando se

recibían noticias de nuevos triunfos liberales se proclamaban con bandos

de júbilo, pero él medía en los mapas su verdadero alcance, y

comprendía que sus huestes estaban penetrando en la selva,

defendiéndose de la malaria y los mosquitos, avanzando en sentido

contrario al de la realidad. «Estamos perdiendo el tiempo -se quejaba

ante sus oficiales-. Estaremos perdiendo el tiempo mientras los

carbones del partido estén mendigando un asiento en el congreso.» En

noches de vigilia, tendido boca arriba en la hamaca que colgaba en el

mismo cuarto en que estuvo condenado a muerte, evocaba la imagen de

los abogados vestidos de negro que abandonaban el palacio presidencial

en el hielo de la madrugada con el cuello de los abrigos levantado hasta

las orejas, frotándose las manos, cuchicheando, refugiándose en los

cafetines lúgubres del amanecer, para especular sobre lo que quiso decir

el presidente cuando dijo que sí, o lo que quiso decir cuando dijo que

no, y para suponer inclusive lo que el presidente estaba pensando

cuando dijo una cosa enteramente distinta, mientras él espantaba

mosquitos a treinta y cinco grados de temperatura, sintiendo

aproximarse al alba temible en que tendría que dar a sus hombres la

orden de tirarse al mar.

Una noche de incertidumbre en que Pilar Ternera cantaba en el patio

con la tropa, él pidió que le leyera el porvenir en las barajas. «Cuídate la

boca -fue todo lo que sacó en claro Pilar Ternera después de extender y

recoger los naipes tres veces-. No sé lo que quiere decir, pero la señal

es muy clara: cuídate la boca.» Dos días después alguien le dio a un

ordenanza un tazón de café sin azúcar, y el ordenanza se lo pasó a otro,

y éste a otro, hasta que llegó de mano en mano al despacho del coronel

Aureliano Buendía. No había pedido café, pero ya que estaba ahí, el

coronel se lo tomó. Tenía una carga de nuez vómica suficiente para

matar un caballo. Cuando lo llevaron a su casa estaba tieso y arqueado

y tenía la lengua partida entre los dientes. Úrsula se lo disputó a la

muerte. Después de limpiarle el estómago con vomitivos, lo envolvió en

frazadas calientes y le dio claras de huevos durante dos días, hasta que

el cuerpo estragado recobró la temperatura normal. Al cuarto día estaba

fuera de peligro. Contra su voluntad, presionado por Úrsula y los

oficiales, permaneció en la cama una semana más. Sólo entonces supo

que no habían quemado sus versos. «No me quise precipitar -le explicó

Úrsula-. Aquella noche, cuando iba a prender el horno, me dije que era

mejor esperar que trajeran el cadáver.» En la neblina de la

convalecencia, rodeado de las polvorientas muñecas de Remedios, el

coronel Aureliano Buendia evocó en la lectura de sus versos los

instantes decisivos de su existencia. Volvió a escribir. Durante muchas

horas, al margen de los sobresaltos de una guerra sin futuro, resolvió en

versos rimados sus experiencias a la orilla de la muerte. Entonces sus

pensamientos se hicieron tan claros, que pudo examinarlos al derecho y

al revés. Una noche le preguntó al coronel Gerineldo Márquez:

-Dime una cosa, compadre: ¿por qué estás peleando?

-Por qué ha de ser, compadre contestó el coronel Genireldo Márquez-:

por el gran partido liberal.

-Dichoso tú que lo sabes contestó él-. Yo, por mi parte, apenas ahora

me doy cuenta que estoy peleando por orgullo.

-Eso es malo -dijo el coronel Gerineldo Márquez.

Al coronel Aureliano Buendia le divirtió su alarma. «Naturalmente -

dijo-. Pero en todo caso, es mejor eso, que no saber por qué se pelea.»

Lo miró a los ojos, y agregó sonriendo:

-O que pelear como tú por algo que no significa nada para nadie.

Su orgullo le había impedido hacer contactos con los grupos armados

del interior del país, mientras los dirigentes del partido no rectificaran en

público su declaración de que era un bandolero. Sabía, sin embargo, que

tan pronto como pusiera de lado esos escrúpulos rompería el círculo

vicioso de la guerra. La convalecencia le permitió reflexionar. Entonces

consiguió que Úrsula le diera el resto de la herencia enterrada y sus

cuantiosos ahorros; nombró al coronel Gerineldo Márquez jefe civil y

militar de Macondo, y se fue a establecer contacto con los grupos

rebeldes del interior.

El coronel Gerineldo Márquez no sólo era el hombre de más confianza

del coronel Aureliano Buendía, sino que Úrsula lo recibía como un

miembro de la familia. Frágil, tímido, de una buena educación natural,

estaba, sin embargo, mejor constituido para la guerra que para el

gobierno. Sus asesores políticos lo enredaban con facilidad en laberintos

teóricos. Pero consiguió imponer en Macondo el ambiente de paz rural

con que soñaba el coronel Aureliano Buendia para morirse de viejo

fabricando pescaditos de oro. Aunque vivía en casa de sus padres,

almorzaba donde Úrsula dos o tres veces por semana. Inició a Aureliano

José en el manejo de las armas de fuego, le dio una instrucción militar

prematura y durante varios meses lo llevó a vivir al cuartel, con el

consentimiento de Úrsula, para que se fuera haciendo hombre. Muchos

años antes, siendo casi un niño, Gerineldo Márquez había declarado su

amor a Amaranta. Ella estaba entonces tan ilusionada con su pasión

solitaria por Pietro Crespi, que se rió de él. Gerineldo Márquez esperó.

En cierta ocasión le envió a Amaranta un papelito desde la cárcel,

pidiéndole el favor de bordar una docena de pañuelos de batista con las

iniciales de su padre. Le mandó el dinero. Al cabo de una semana,

Amaranta le llevó a la cárcel la docena de pañuelos bordados, junto con

el dinero, y se quedaron varias horas hablando del pasado. «Cuando

salga de aquí me casaré contigo», le dijo Gerineldo Márquez al

despedirse. Amaranta se rió, pero siguió pensando en él mientras

enseñaba a leer a los niños, y deseé revivir para él su pasión juvenil por

Pietro Crespi. Los sábados, día de visita a los presos, pasaba por casa

de los padres de Gerineldo Márquez y los acompañaba a la cárcel. Uno

de esos sábados, Úrsula se sorprendió al verla en la cocina, esperando a

que salieran los bizcochos del horno para escoger los mejores y

envolverlos en una servilleta que había bordado para la ocasión.

-Cásate con él -le dijo-. Difícilmente encontrarás otro hombre como

ese.

Amaranta fingió una reacción de disgusto.

-No necesito andar cazando hombres -replicó-. Le llevo estos

bizcochos a Gerineldo porque me da lástima que tarde o temprano lo

van a fusilar.

Lo dijo sin pensarlo, pero fue por esa época que el gobierno hizo

pública la amenaza de fusilar al coronel Gerineldo Márquez si las fuerzas

rebeldes no entregaban a Riohacha. Las visitas se suspendieron.

Amaranta se encerró a llorar, agobiada por un sentimiento de culpa

semejante al que la atormenté cuando murió Remedios, como si otra

vez hubieran sido sus palabras irreflexivas las responsables de una

muerte. Su madre la consoló. Le aseguré que el coronel Aureliano

Buendía haría algo por impedir el fusilamiento, y prometió que ella

misma se encargaría de atraer a Gerineldo Márquez, cuando terminara

la guerra. Cumplió la promesa antes del término previsto. Cuando

Gerineldo Márquez volvió a la casa investido de su nueva dignidad de

jefe civil y militar, lo recibió como a un hijo, concibió exquisitos halagos

para retenerlo, y rogó con todo el ánimo de su corazón que recordara su

propósito de casarse con Amaranta. Sus súplicas parecían certeras. Los

días en que iba a almorzar a la casa, el coronel Gerineldo Márquez se

quedaba la tarde en el corredor de las begonias jugando damas chinas

con Amaranta. Úrsula les llevaba café con leche y bizcochos y se hacía

cargo de los niños para que no los molestaran. Amaranta, en realidad,

se esforzaba por encender en su corazón las cenizas olvidadas de su

pasión juvenil. Con una ansiedad que llegó a ser intolerable esperé los

días de almuerzos, las tardes de damas chinas, y el tiempo se le iba

volando en compañía de aquel guerrero de nombre nostálgico cuyos

dedos temblaban imperceptiblemente al mover las fichas. Pero el día en

que el coronel Gerineldo Márquez le reiteré su voluntad de casarse, ella

lo rechazó.

-No me casaré con nadie -le dijo-, pero menos contigo. Quieres tanto

a Aureliano que te vas a casar conmigo porque no puedes casarte con

él.

El coronel Gerineldo Márquez era un hombre paciente. «Volveré a

insistir -dijo-. Tarde o temprano te convenceré.» Siguió visitando la

casa. Encerrada en el dormitorio, mordiendo un llanto secreto,

Amaranta se metía los dedos en los oídos para no escuchar la voz del

pretendiente que le contaba a Úrsula las últimas noticias de la guerra, y

a pesar de que se moría por verlo, tuvo fuerzas para no salir a su

encuentro.

El coronel Aureliano Buendía disponía entonces de tiempo para enviar

cada dos semanas un informe pormenorizado a Macondo. Pero sólo una

vez, casi ocho meses después de haberse ido, le escribió a Úrsula. Un

emisario especial llevó a la casa un sobre lacrado, dentro del cual había

un papel escrito con la caligrafía preciosista del coronel: Cuiden mucho a

papá porque se va a morir. Úrsula se alarmó: «Si Aureliano lo dice,

Aureliano lo sabe», dijo. Y pidió ayuda para llevar a José Arcadio

Buendía a su dormitorio. No sólo era tan pesado como siempre, sino que

en 511 prolongada estancia bajo el castaño había desarrollado la

facultad de aumentar de peso voluntariamente, hasta el punto de que

siete hombres no pudieron con él y tuvieron que llevarlo a rastras a la

cama. Un tufo de hongos tiernos, de flor de palo, de antigua y

reconcentrada intemperie impregnó el aire del dormitorio cuando

empezó a respirarlo el viejo colosal macerado por el sol y la lluvia. Al día

siguiente no amaneció en la cama. Después de buscarlo por todos los

cuartos, Úrsula lo encontré otra vez bajo el castaño. Entonces lo

amarraron a la cama. A pesar de su fuerza intacta, José Arcadio Buendía

no estaba en condiciones de luchar. Todo le daba lo mismo. Si volvió al

castaño no fue por su voluntad sino por una costumbre del cuerpo.

Úrsula lo atendía, le daba de comer, le llevaba noticias de Aureliano.

Pero en realidad, la única persona con quien él podía tener contacto

desde hacía mucho tiempo, era Prudencio Aguilar. Ya casi pulverizado

por la profunda decrepitud de la muerte, Prudencio Aguilar iba dos veces

al día a conversar con él. Hablaban de gallos. Se prometían establecer

un criadero de animales magníficos, no tanto por disfrutar de unas

victorias que entonces no les harían falta, sino por tener algo con qué

distraerse en los tediosos domingos de la muerte. Era Prudencio Aguilar

quien lo limpiaba, le daba de comer y le llevaba noticias espléndidas de

un desconocido que se llamaba Aureliano y que era coronel en la guerra.

Cuando estaba solo, José Arcadio Buendía se consolaba con el sueño de

los cuartos infinitos. Soñaba que se levantaba de la cama, abría la

puerta y pasaba a otro cuarto igual, con la misma cama de cabecera de

hierro forjado, el mismo sillón de mimbre y el mismo cuadrito de la

Virgen de los Remedios en la pared del fondo. De ese cuarto pasaba a

otro exactamente igual, cuya puerta abría para pasar a otro

exactamente igual, y luego a otro exactamente igual, hasta el infinito.

Le gustaba irse de cuarto en cuarto, como en una galería de espejos

paralelos, hasta que Prudencio Aguilar le tocaba el hombro. Entonces

regresaba de cuarto en cuarto, despertando hacia atrás, recorriendo el

camino inverso, y encontraba a Prudencio Aguilar en el cuarto de la

realidad. Pero una noche, dos semanas después de que lo llevaron a la

cama, Prudencio Aguilar le tocó el hombro en un cuarto intermedio, y él

se quedó allí para siempre, creyendo que era el cuarto real. A la mañana

siguiente Úrsula le llevaba el desayuno cuando vio acercarse un hombre

por el corredor. Era pequeño y macizo, con un traje de paño negro y un

sombrero también negro, enorme, hundido hasta los ojos taciturnos.

«Dios mío -pensó Úrsula-. Hubiera jurado que era Melquíades.» Era

Cataure, el hermano de Visitación, que había abandonado la casa

huyendo de la peste del insomnio, y de quien nunca se volvió a tener

noticia. Visitación le preguntó por qué había vuelto, y él le contestó en

su lengua solemne:

-He venido al sepelio del rey.

Entonces entraron al cuarto de José Arcadio Buendía, lo sacudieron

con todas sus fuerzas, le gritaron al oído, le pusieron un espejo frente a

las fosas nasales, pero no pudieron despertarlo. Poco después, cuando

el carpintero le tomaba las medidas para el ataúd, vieron a través de la

ventana que estaba cayendo una llovizna de minúsculas flores amarillas.

Cayeron toda la noche sobre el pueblo en una tormenta silenciosa, y

cubrieron los techos y atascaron las puertas, y sofocaron a los animales

que durmieron a la intemperie. Tantas flores cayeron del cielo, que las

calles amanecieron tapizadas de una colcha compacta, y tuvieron que

despejarías con palas y rastrillos para que pudiera pasar el entierro.

VIII

Sentada en el mecedor de mimbre, con la labor interrumpida en el

regazo, Amaranta contemplaba a Aureliano José con el mentón

embadurnado de espuma, afilando la navaja barbera en la penca para

afeitarse por primera vez. Se sangré las espinillas, se corté el labio

superior tratando de modelarse un bigote de pelusas rubias, y después

de todo quedó igual que antes, pero el laborioso proceso le dejé a

Amaranta la impresión de que en aquel instante había empezado a

envejecer.

-Estás idéntico a Aureliano cuando tenía tu edad -dijo-. Ya eres un

hombre.

Lo era desde hacía mucho tiempo, desde el día ya lejano en que

Amaranta creyó que aún era un niño y siguió desnudándose en el baño

delante de él, como lo había hecho siempre, como se acostumbré a

hacerlo desde que Pilar Ternera se lo entregó para que acabara de

criarlo. La primera vez que él la vio, lo único que le llamó la atención fue

la profunda depresión entre los senos. Era entonces tan inocente que

preguntó qué le había pasado, y Amaranta fingió excavarse el pecho con

la punta de los dedos y contesté: «Me sacaron tajadas y tajadas y

tajadas.» Tiempo después, cuando ella se restableció del suicidio de

Pietro Crespi y volvió a bañarse con Aureliano José, éste ya no se fijé en

la depresión, sino que experimenté un estremecimiento desconocido

ante la visión de los senos espléndidos de pezones morados. Siguió

examinándola, descubriendo palmo a palmo el milagro de su intimidad,

y sintió que su piel se erizaba en la contemplación, como se erizaba la

piel de ella al contacto del agua. Desde muy niño tenía la costumbre de

abandonar la hamaca para amanecer en la cama de Amaranta, cuyo

contacto tenía la virtud de disipar el miedo a la oscuridad. Pero desde el

día en que tuvo conciencia de su desnudez, no era el miedo a la

oscuridad lo que lo impulsaba a meterse en su mosquitero, sino el

anhelo de sentir la respiración tibia de Amaranta al amanecer. Una

madrugada, por la época en que ella rechazó al coronel Gerineldo

Márquez, Aureliano José despertó con la sensación de que le faltaba el

aire. Sintió los dedos de Amaranta como unos gusanitos calientes y

ansiosos que buscaban su vientre. Fingiendo dormir cambió de posición

para eliminar toda dificultad, y entonces sintió la mano sin la venda

negra buceando como un molusco ciego entre las algas de su ansiedad.

Aunque aparentaron ignorar lo que ambos sabían, y lo que cada uno

sabía que el otro sabía, desde aquella noche quedaron mancornados por

una complicidad inviolable. Aureliano José no podía conciliar el sueño

mientras no escuchaba el valse de las doce en el reloj de la sala, y la

madura doncella cuya piel empezaba a entristecer no tenía un instante

de sosiego mientras no sentía deslizarse en el mosquitero aquel

sonámbulo que ella había criado, sin pensar que sería un paliativo para

su soledad. Entonces no sólo durmieron juntos, desnudos,

intercambiando caricias agotadoras, sino que se perseguían por los

rincones de la casa y se encerraban en los dormitorios a cualquier hora,

en un permanente estado de exaltación sin alivio. Estuvieron a punto de

ser sorprendidos por Úrsula, una tarde en que entró al granero cuando

ellos empezaban a besarse. «¿Quieres mucho a tu tía?», le preguntó ella

de un modo inocente a Aureliano José. Él contestó que sí. «Haces bien»,

concluyó Úrsula, y acabó de medir la harina para el pan y regresó a la

cocina. Aquel episodio sacó a Amaranta del delirio. Se dio cuenta de que

había llegado demasiado lejos, de que ya no estaba jugando a los

besitos con un niño, sino chapaleando en una pasión otoñal, peligrosa y

sin porvenir, y la cortó de un tajo. Aureliano José, que entonces

terminaba su adiestramiento militar, acabó por admitir la realidad y se

fue a dormir al cuartel. Los sábados iba con los soldados a la tienda de

Catarino. Se consolaba de su abrupta soledad, de su adolescencia

prematura, con mujeres olorosas a flores muertas que él idealizaba en

las tinieblas y las convertía en Amaranta mediante ansiosos esfuerzos

de imaginación.

Poco después empezaron a recibirse noticias contradictorias de la

guerra. Mientras el propio gobierno admitía los progresos de la rebelión,

los oficiales de Macondo tenían informes confidenciales de la inminencia

de una paz negociada. A principios de abril, un emisario especial se

identificó ante el coronel Gerineldo Márquez. Le confirmó que, en efecto,

los dirigentes del partido habían establecido contactos con jefes rebeldes

del interior, y estaban en vísperas de concertar el armisticio a cambio de

tres ministerios para los liberales, una representación minoritaria en el

parlamento y la amnistía general para los rebeldes que depusieran las

armas. El emisario llevaba una orden altamente confidencial del coronel

Aureliano Buendía, que estaba en desacuerdo con los términos del

armisticio. El coronel Gerineldo Márquez debía seleccionar a cinco de sus

mejores hombres y prepararse para abandonar con ellos el país. La

orden se cumplió dentro de la más estricta reseña. Una semana antes

de que se anunciara el acuerdo, y en medio de una tormenta de

rumores contradictorios, el coronel Aureliano Buendía y diez oficiales de

confianza, entre ellos el coronel Roque Carnicero, llegaron sigilosamente

a Macondo después de la medianoche, dispersaron la guarnición,

enterraron las armas y destruyeron los archivos. Al amanecer habían

abandonado el pueblo con el coronel Gerineldo Márquez y sus cinco

oficiales. Fue una operación tan rápida y confidencial, que Úrsula no se

enteró de ella sino a última hora, cuando alguien dio unos golpecitos en

la ventana de su dormitorio y murmuró: «Si quiere ver al coronel

Aureliano Buendía, asómese ahora mismo a la puerta.» Úrsula saltó de

la cama y salió a la puerta en ropa de dormir, y apenas alcanzó a

percibir el galope de la caballada que abandonaba el pueblo en medio de

una muda polvareda. Sólo al día siguiente se enteró de que Aureliano

José se había ido con su padre.

Diez días después de que un comunicado conjunto del gobierno y la

oposición anunció el término de la guerra, se tuvieron noticias del

primer levantamiento armado del coronel Aureliano Buendía en la

frontera occidental. Sus fuerzas escasas y mal armadas fueron

dispersadas en menos de una semana. Pero en el curso de ese ano,

mientras liberales y conservadores trataban de que el país creyera en la

reconciliación, intentó otros siete alzamientos. Una noche cañoneó a

Riohacha desde una goleta, y la guarnición sacó de sus camas y fusiló

en represalia a los catorce liberales más conocidos de la población.

Ocupó por más de quince días una aduana fronteriza, y desde allí dirigió

a la nación un llamado a la guerra general. Otra de sus expediciones se

perdió tres meses en la selva, en una disparatada tentativa de atravesar

más de mil quinientos kilómetros de territorios vírgenes para proclamar

la guerra en los suburbios de la capital. En cierta ocasión estuvo a

menos de veinte kilómetros de Macondo, y fue obligado por las patrullas

del gobierno a internarse en las montañas muy cerca de la región

encantada donde su padre encontró muchos años antes el fósil de un

galeón español.

Por esa época murió Visitación. Se dio el gusto de morirse de muerte

natural, después de haber renunciado a un trono por temor al insomnio,

y su última voluntad fue que desenterraran de debajo de su cama el

sueldo ahorrado en más de veinte años, y se lo mandaran al coronel

Aureliano Buendía para que siguiera la guerra. Pero Úrsula no se tomó el

trabajo de sacar ese dinero, porque en aquellos días se rumoraba que el

coronel Aureliano Buendía había sido muerto en un desembarco cerca de

la capital provincial. El anuncio oficial -el cuarto en menos de dos añosfue tenido por cierto durante casi seis meses, pues nada volvió a

saberse de él. De pronto, cuando ya Úrsula y Amaranta habían

superpuesto un nuevo luto a los anteriores, llegó una noticia insólita. El

coronel Aureliano Buendía estaba vivo, pero aparentemente había

desistido de hostigar al gobierno de su país, y se había sumado al

federalismo triunfante en otras repúblicas del Caribe. Aparecía con

nombres distintos cada vez más lejos de su tierra. Después había de

saberse que la idea que entonces lo animaba era la unificación de las

fuerzas federalistas de la América Central, para barrer con los

regímenes conservadores desde Alaska hasta la Patagonia. La primera

noticia directa que Úrsula recibió de él, varios años después de haberse

ido, fue una carta arrugada y borrosa que le llegó de mano en mano

desde Santiago de Cuba.

-Lo hemos perdido para siempre -exclamó Úrsula al leerla-. Por ese

camino pasará la Navidad en el fin del mundo.

La persona a quien se lo dijo, que fue la primera a quien mostró la

carta, era el general conservador José Raquel Moncada, alcalde de

Macondo desde que terminó la guerra. «Este Aureliano -comentó el

general Moncada-, lástima que no sea conservador.» Lo admiraba de

veras. Como muchos civiles conservadores, José Raquel Moncada había

hecho la guerra en defensa de su partido y había alcanzado el título de

general en el campo de batalla, aunque carecía de vocación militar. Al

contrario, también como muchos de sus copartidarios, era

antimilitarista. Consideraba a la gente de armas como holgazanes sin

principios, intrigantes y ambiciosos, expertos en enfrentar a los civiles

para medrar en el desorden. Inteligente, simpático, sanguíneo, hombre

de buen comer y fanático de las peleas de gallos, había sido en cierto

momento el adversario más temible del coronel Aureliano Buendía.

Logró imponer su autoridad sobre los militares de carrera en un amplio

sector del litoral. Cierta vez en que se vio forzado por conveniencias

estratégicas a abandonar una plaza a las fuerzas del coronel Aureliano

Buendía, le dejó a éste dos cartas. En una de ellas, muy extensa, lo

invitaba a una campaña conjunta para humanizar la guerra. La otra

carta era para su esposa, que vivía en territorio liberal, y la dejó con la

súplica de hacerla llegar a su destino. Desde entonces, aun en los

períodos más encarnizados de la guerra, los dos comandantes

concertaron treguas para intercambiar prisioneros. Eran pausas con un

cierto ambiente festivo que el general Moncada aprovechaba para

enseñar a jugar a ajedrez al coronel Aureliano Buendía. Se hicieron

grandes amigos. Llegaron inclusive a pensar en la posibilidad de

coordinar a los elementos populares de ambos partidos para liquidar la

in-fluencia de los militares y los políticos profesionales, e instaurar un

régimen humanitario que aprovechara lo mejor de cada doctrina.

Cuando terminó la guerra, mientras el coronel Aureliano Buendía se

escabullía por los desfiladeros de la subversión permanente, el general

Moncada fue nombrado corregidor de Macondo. Vistió su traje civil,

sustituyó a los militares por agentes de la policía desarmados, hizo

respetar las leyes de amnistía y auxilió a algunas familias de liberales

muertos en campaña. Consiguió que Macondo fuera erigido en municipio

y fue por tanto su primer alcalde, y creó un ambiente de confianza que

hizo pensar en la guerra como en una absurda pesadilla del pasado. El

padre Nicanor, consumido por las fiebres hepáticas, fue reemplazado

por el padre Coronel, a quien llamaban El Cachorro, veterano de la

primera guerra federalista. Bruno Crespi, casado con Amparo Moscote, y

cuya tienda de juguetes e instrumentos musicales no se cansaba de

prosperar, construyó un teatro, que las compañías españolas incluyeron

en sus itinerarios. Era un vasto salón al aire libre, con escaños de

madera, un telón de terciopelo con máscaras griegas, y tres taquillas en

forma de cabezas de león por cuyas bocas abiertas se vendían los

boletos. Fue también por esa época que se restauró el edificio de la

escuela. Se hizo cargo de ella don Melchor Escalona, un maestro viejo

mandado de la ciénaga, que hacía caminar de rodillas en el patio de

caliche a los alumnos desaplicados y les hacía comer ají picante a los

lenguaraces, con la complacencia de los padres. Aureliano Segundo y

José Arcadio Segundo, los voluntariosos gemelos de Santa Sofía de la

Piedad, fueron los primeros que se sentaron en el salón de clases con

sus pizarras y sus guises y sus jarritos de aluminio marcados con sus

nombres. Remedios, heredera de la belleza pura de su madre,

empezaba a ser conocida como Remedios, la bella. A pesar del tiempo,

de los lutos superpuestos y las aflicciones acumuladas, Úrsula se resistía

a envejecer. Ayudada por Santa Bofia de la Piedad había dado un nuevo

impulso a su industria de repostería, y no sólo recuperó en pocos años

la fortuna que su hijo se gastó en la guerra, sino que volvió a atiborrar

de oro puro los calabazos enterrados en el dormitorio. «Mientras Dios

me dé vida -solía decir- no faltará la plata en esta casa de locos.» Así

estaban las cosas, cuando Aureliano José desertó de las tropas

federalistas de Nicaragua, se enroló en la tripulación de un buque

alemán, y apareció en la cocina de la casa, macizo como un caballo,

prieto y peludo como un indio, y con la secreta determinación de

casarse con Amaranta.

Cuando Amaranta lo vio entrar, sin que él hubiera dicho nada, supo

de inmediato por qué había vuelto. En la mesa no se atrevían a mirarse

a la cara. Pero dos semanas después del regreso estando Úrsula

presente, él fijó sus ojos en los de ella y le dijo: «Siempre pensaba

mucho en ti.» Amaranta le huía. Se prevenía contra los encuentros

casuales. Procuraba no se-pararse de Remedios, la bella. Le indignó el

rubor que doró sus mejillas el día en que el sobrino le preguntó hasta

cuándo pensaba llevar la venda negra en la mano, porque interpretó la

pregunta como una alusión a su virginidad. Cuando él llegó, ella pasó la

aldaba en su dormitorio, pero durante tantas noches percibió sus

ronquidos pacíficos en el cuarto contiguo, que descuidó esa precaución.

Una madrugada, casi dos meses después del regreso lo sintió entrar en

el dormitorio. Entonces, en vez de huir, en vez de gritar como lo había

previsto, se dejó saturar por una suave sensación de descanso. Lo sintió

deslizarse en el mosquitero, como lo había hecho cuando era niño, como

lo había hecho desde siempre, y no pudo reprimir el sudor helado y el

crotaloteo de los dientes cuando se dio cuenta de que él estaba

completamente desnudo. «Vete -murmuró, ahogándose de curiosidad-.

Vete o me pongo a gritar.» Pero Aureliano José sabía entonces lo que

tenía que hacer, porque ya no era un nill0 asustado por la oscuridad

sino un animal de campamento. Desde aquella noche se reiniciaron las

sordas batallas sin consecuencias que se prolongaban hasta el

amanecer. «Soy tu tía -murmuraba Amaranta, agotada-. Es casi como si

fuera tu madre, no sólo por la edad, sino porque lo único que me faltó

fue darte de mamar.» Aureliano escapaba al alba y regresaba a la

madrugada siguiente, cada vez más excitado por la comprobación de

que ella no pasaba la aldaba. No había dejado de desearla un solo

instante. La encontraba en los oscuros dormitorios de los pueblos

vencidos, sobre todo en los más abyectos, y la materializaba en el tufo

de la sangre seca en las vendas de los heridos, en el pavor instantáneo

del peligro de muerte, a toda hora y en todas partes. Había huido de ella

tratando de aniquilar su recuerdo no sólo con la distancia, sino con un

encarnizamiento aturdido que sus compañeros de armas calificaban de

temeridad, pero mientras más revolcaba su imagen en el muladar de la

guerra, más la guerra se parecía a Amaranta. Así padeció el exilio,

buscando la manera de matarla con su propia muerte, hasta que le oyó

contar a alguien el viejo cuento del hombre que se casó con una tía que

además era su prima y cuyo hijo terminó siendo abuelo de sí mismo.

-¿Es que uno se puede casar con una tía? -preguntó él, asombrado.

-No sólo se puede -le contestó un soldado- sino que estamos haciendo

esta guerra contra los curas para que uno se pueda casar con su propia

madre.

Quince días después desertó. Encontró a Amaranta más ajada que en

el recuerdo, más melancólica y pudibunda, y ya doblando en realidad el

último cabo de la madurez, pero más febril que nunca en las tinieblas

del dormitorio y más desafiante que nunca en la agresividad de su

resistencia. «Eres un bruto -le decía Amaranta, acosada por sus perros

de presa-. No es cierto que se le pueda hacer esto a una pobre tía,

como no sea con dispensa especial del Papa.» Aureliano José prometía ir

a Roma, prometía recorrer a Europa de rodillas, y besar las sandalias del

Sumo Pontífice sólo para que ella bajara sus puentes levadizos.

-No es sólo eso-rebatía Amaranta-. Es que nacen los hijos con cola de

puerco.

Aureliano José era sordo a todo argumento.

-Aunque nazcan armadillos -suplicaba.

Una madrugada, vencido por el dolor insoportable de la virilidad

reprimida, fue a la tienda de Catarino. Encontró una mujer de senos

fláccidos, cariñosa y barata, que le apaciguó el vientre por algún tiempo.

Trató de aplicarle a Amaranta el tratamiento del desprecio. La veía en el

corredor, cosiendo en una máquina de manivela que había aprendido a

manejar con habilidad admirable, y ni siquiera le dirigía la palabra.

Amaranta se sintió liberada de un lastre, y ella misma no comprendió

por qué volvió a pensar entonces en el coronel Gerineldo Márquez, por

qué evocaba con tanta nostalgia las tardes de damas chinas, y por qué

llegó inclusive a desearlo como hombre de dormitorio. Aureliano José no

se imaginaba cuánto terreno había perdido, la noche en que no pudo

resistir más la farsa de la indiferencia, y volvió al cuarto de Amaranta.

Ella lo rechazó con una determinación inflexible, inequívoca, y echó para

siempre la aldaba del dormitorio.

Pocos meses después del regreso de Aureliano José, se presentó en la

casa una mujer exuberante, perfumada de jazmines, con un niño de

unos cinco años. Afirmó que era hijo del coronel Aureliano Buendía y lo

llevaba para que Úrsula lo bautizara. Nadie puso en duda el origen de

aquel niño sin nombre: era igual al coronel, por los tiempos en que lo

llevaron a conocer el hielo. La mujer contó que había nacido con los ojos

abiertos mirando a la gente con criterio de persona mayor, y que le

asustaba su manera de fijar la mirada en las cosas sin parpadear. «Es

idéntico -dijo Úrsula-. Lo único que falta es que haga rodar las sillas con

sólo mirarlas.» Lo bautizaron con el nombre de Aureliano, y con el

apellido de su madre, porque la ley no le permitía llevar el apellido del

padre mientras éste no lo reconociera. El general Moncada sirvió de

padrino. Aunque Amaranta insistió en que se lo dejaran para acabar de

criarlo, la madre se opuso.

Úrsula ignoraba entonces la costumbre de mandar doncellas a los

dormitorios de los guerreros, como se les soltaba gallinas a los gallos

finos, pero en el curso de ese año se enteró: nueve hijos más del

coronel Aureliano Buendía fueron llevados a la casa para ser bautizados.

El mayor, un extraño moreno de ojos verdes que nada tenía que ver con

la familia paterna, había pasado de los diez años. Llevaron niños de

todas las edades, de todos los colores, pero todos varones, y todos con

un aire de soledad que no permitía poner en duda el parentesco. Sólo

dos se distinguieron del montón. Uno, demasiado grande para su edad,

que hizo añicos los floreros y varias piezas de la vajilla, porque sus

manos parecían tener la propiedad de despedazar todo lo que tocaban.

El otro era un rubio con los mismos ojos garzos de su madre, a quien

habían dejado el cabello largo y con bucles, como a una mujer. Entró a

la casa con mucha familiaridad, como si hubiera sido criado en ella, y

fue directamente a un arcón del dormitorio de Úrsula, y exigió:

«Quiero la bailarina de cuerda.» Úrsula se asustó. Abrió el arcón,

rebuscó entre los anticuados y polvorientos objetos de los tiempos de

Melquiades y encontró envuelta en un par de medias la bailarina de

cuerda que alguna vez llevó Pietro Crespi a la casa, y de la cual nadie

había vuelto a acordarse. En menos de doce años bautizaron con ~

nombre de Aureliano, y con el apellido de la madre, a todos los hijos

que diseminó el coronel a lo largo y a le ancho de sus territorios de

guerra; diecisiete. Al principio, Úrsula les llenaba los bolsillos de dinero y

Amaranta intentaba quedarse con ellos. Pero terminaron por limitarse a

hacerles un regalo y a servirles de madrinas.

63Cien años de soledad Gabriel García Márquez

«Cumplimos con bautizarlos», decía Úrsula, anotando en una libreta

el nombre y la dirección de las madres y el lugar y fecha de nacimiento

de los niños. «Aureliano ha de llevar bien sus cuen-tas, así que será él

quien tome las determinaciones cuando regrese.» En el curso de un

almuerzo, comentando con el general Moncada aquella desconcertante

proliferación, expresó el deseo de que el coronel Aureliano Buendía

volviera alguna vez para reunir a todos sus hijos en la casa.

-No se preocupe, comadre -dijo enigmáticamente el general Moncada-

. Vendrá más pronto de lo que usted se imagina.

Lo que el general Moncada sabía, y que no quiso revelar en el

almuerzo, era que el coronel Aureliano Buendía estaba ya en camino

para ponerse al frente de la rebelión más prolongada, radical y

sangrienta de cuantas se habían intentado hasta entonces.

La situación volvió a ser tan tensa como en los meses que precedieron

a la primera guerra. Las riñas de gallos, animadas por el propio alcalde,

fueron suspendidas. El capitán Aquiles Ricardo, comandante de la

guarnición, asumió en la práctica el poder municipal. Los liberales lo

señalaron como un provocador. «Algo tremendo va a ocurrir -le decía

Úrsula a Aureliano José. No salgas a la calle después de las seis de la

tarde.» Eran súplicas inútiles. Aureliano José, al igual que Arcadio en

otra época, había dejado de pertenecerle. Era como si el regreso a la

casa, la posibilidad de existir sin molestarse por las urgencias

cotidianas, hubieran despertado en él la vo-cación concupiscente y

desidiosa de su tío José Arcadio. Su pasión por Amaranta se extinguió

sin dejar cicatrices. Andaba un poco al garete, jugando billar,

sobrellevando su soledad con mujeres ocasionales, saqueando los

resquicios donde Úrsula olvidaba el dinero transpuesto. Terminó por no

volver a la casa sino para cambiarse de ropa. «Todos son iguales -se

lamentaba Úrsula-. Al principio se crían muy bien, son obedientes y

formales y parecen incapaces de matar una mosca, y apenas les sale la

barba se tiran a la perdición.» Al contrario de Arcadio, que nunca

conoció su verdadero origen, él se enteró de que era hijo de Pilar

Ternera, quien le había colgado una ha-maca para que hiciera la siesta

en su casa. Eran, más que madre e hijo, cómplices en la soledad. Pilar

Ternera había perdido el rastro de toda esperanza. Su risa había

adquirido tonalidades de órgano, sus senos habían sucumbido al tedio

de las caricias eventuales, su vientre y sus muslos habían sido víctimas

de su irrevocable destino de mujer repartida, pero su corazón envejecía

sin amargura. Gorda, lenguaraz, con ínfulas de matrona en desgracia,

renunció a la ilusión estéril de las barajas y encontró un remanso de

consolación en los amores ajenos. En la casa donde Aureliano José

dormía la siesta, las muchachas del vecindario recibían a sus amantes

casuales. «Me prestas el cuarto, Pilar», le decían simplemente, cuando

ya estaban dentro. «Por supuesto», decía Pilar. Y si alguien estaba

presente, le explicaba:

-Soy feliz sabiendo que la gente es feliz en la cama.

Nunca cobraba el servicio. Nunca negaba el favor, como no se lo negó

a los incontables hombres que la buscaron hasta en el crepúsculo de su

madurez, sin proporcionarle dinero ni amor, y sólo algunas veces placer.

Sus cinco hijas, herederas de una semilla ardiente, se perdieron por los

vericuetos de la vida desde la adolescencia. De los dos varones que

alcanzó a pillar, uno murió peleando en las huestes del coronel Aureliano

Buendía y otro fue herido y capturado a los catorce años, cuando

intentaba robarse un guacal de gallinas en un pueblo de la ciénaga. En

cierto modo, Aureliano José file el hombre alto y moreno que durante

medio siglo le anunció el rey de copas, y que como todos los enviados

de las barajas llegó a su corazón cuando ya estaba marcado por el signo

de la muerte. Ella lo vio en los naipes.

-No salgas esta noche -le dijo-. Quédate a dormir aquí, que Carmelita

Montiel se ha cansado de rogarme que la meta en tu cuarto.

Aureliano José no captó el profundo sentido de súplica que tenía

aquella oferta.

-Dile que me espere a la medianoche -dijo.

Se fue al teatro, donde una compañía española anunciaba El puñal del

Zorro, que en realidad era la obra de Zorrilla con el nombre cambiado

por orden del capitán Aquiles Ricardo, porque los liberales les llamaban

godos a los conservadores. Sólo en el momento de entregar el boleto en

la puerta, Aureliano José se dio cuenta de que el capitán Aquiles

Ricardo, con dos soldados armados de fusiles, estaba cateando a la

concurrencia. «Cuidado, capitán -le advirtió Aureliano José-. Todavía no

ha nacido el hombre que me ponga las manos encima.» El capitán

intentó catearlo por la fuerza, y Aureliano José, que andaba desarmado,

se echó a correr. Los soldados desobedecieron la orden de disparar. «Es

un Buendía», explicó uno de ellos. Ciego de furia, el capitán le arrebató

entonces el fusil, se abrió en el centro de la calle, y apuntó.

-¡Cabrones! -alcanzó a gritar-. Ojalá fuera el coronel Aureliano

Buendía.

Carmelita Montiel, una virgen de veinte años, acababa de bañarse con

agua de azahares y estaba regando hojas de romero en la cama de Pilar

Ternera, cuando sonó el disparo. Aureliano José estaba destinado a

conocer con ella la felicidad que le negó Amaranta, a tener siete hijos y

a morirse de viejo en sus brazos, pero la bala de fusil que le entró por la

espalda y le despedazó el pecho, estaba dirigida por una mala

interpretación de las barajas. El capitán Aquiles Ricardo, que era en

realidad quien estaba destinado a morir esa noche, murió en efecto

cuatro horas antes que Aureliano José. Apenas sonó el disparo fue

derribado por dos balazos simultáneos, cuyo origen no se estableció

nunca, y un grito multitudinario estremeció la noche.

-¡Viva el partido liberal! ¡Viva el coronel Aureliano Buendía!

A las doce, cuando Aureliano José acabó de desangrarse y Carmelita

Montiel encontró en blanco los naipes de su porvenir, más de

cuatrocientos hombres habían desfilado frente al teatro y habían

descargado sus revólveres contra el cadáver abandonado del capitán

Aquiles Ricardo. Se necesitó una patrulla para poner en una carretilla el

cuerpo apelmazado de plomo, que se desbarataba como un pan

ensopado.

Contrariado por las impertinencias del ejército regular, el general José

Raquel Moncada movilizó sus influencias políticas, volvió a vestir el

uniforme y asumió la jefatura civil y militar de Macondo. No esperaba,

sin embargo, que su actitud conciliatoria pudiera impedir lo inevitable.

Las noticias de septiembre fueron contradictorias. Mientras el gobierno

anunciaba que mantenía el control en todo el país, los liberales recibían

informes secretos de levantamientos armados en el interior. El régimen

no admitió el estado de guerra mientras no se proclamó en un bando

que se le había seguido consejo de guerra en ausencia al coronel

Aureliano Buendía y había sido condenado a muerte. Se ordenaba

cumplir la sentencia a la primera guarnición que lo capturara. «Esto

quiere decir que ha vuelto», se alegró Úrsula ante el general Moncada.

Pero él mismo lo ignoraba.

En realidad, el coronel Aureliano Buendía estaba en el país desde

hacía más de un mes. Precedido de rumores contradictorios, supuesto al

mismo tiempo en los lugares más apartados, el propio general Moncada

no creyó en su regreso sino cuando se anunció oficialmente que se

había apoderado de dos estados del litoral. «La felicito, comadre -le dijo

a Úrsula, mostrándole el telegrama-. Muy pronto lo tendrá aquí.» Úrsula

se preocupó entonces por primera vez. «¿Y usted qué hará,

compadre?», preguntó. El general Moncada se había hecho esa pregunta

muchas veces.

-Lo mismo que él, comadre -contestó-: cumplir con mi deber,

El primero de octubre, al amanecer, el coronel Aureliano Buendía con

mil hombres bien armados atacó a Macondo y la guarnición recibió la

orden de resistir hasta el final. A mediodía, mientras el general Moncada

almorzaba con Úrsula, un cañonazo rebelde que retumbó en todo el

pueblo pulverizó la fachada de la tesorería municipal. «Están tan bien

armados como nosotros -suspiró el general Moncada-, pero además

pelean con más ganas.» A las dos de la tarde, mientras la tierra

temblaba con los cañonazos de ambos lados, se despidió de Úrsula con

la certidumbre de que estaba librando una batalla perdida.

-Ruego a Dios que esta noche no tenga a Aureliano en la casa -dijo-.

Si es así, déle un abrazo de mi parte, porque yo no espero verlo más

nunca.

Esa noche fue capturado cuando trataba de fugarse de Macondo,

después de escribirle una extensa carta al coronel Aureliano Buendía, en

la cual le recordaba los propósitos comunes de humanizar la guerra, y le

deseaba una victoria definitiva contra la corrupción de los militares y las

ambiciones de los políticos de ambos partidos. Al día siguiente el coronel

Aureliano Buendía almorzó con él en casa de Úrsula, donde fue recluido

hasta que un consejo de guerra revolucionario decidiera su destino. Fue

una reunión familiar. Pero mientras los adversarios olvidaban la guerra

para evocar recuerdos del pasado, Úrsula tuvo la sombría impresión de

que su hijo era un intruso. La había tenido desde que lo vio entrar

protegido por un ruidoso aparato militar que volteó los dormitorios al

derecho y al revés hasta convencerse de que no había ningún riesgo. El

coronel Aureliano Buendía no sólo lo aceptó, sino que impartió órdenes

de una severidad terminante, y no permitió que nadie se le acercara a

menos de tres metros, ni siquiera Úrsula, mientras los miembros de su

escolta no terminaron de establecer las guardias alrededor de la casa.

Vestía un uniforme de dril ordinario, sin insignias de ninguna clase, y

unas botas altas con espuelas embadurnadas de barro y sangre seca.

Llevaba al cinto una escuadra con la funda desabrochada, y la mano

siempre apoyada en la culata revelaba la misma tensión vigilante y

resuelta de la mirada. Su cabeza, ahora con entradas profundas, parecía

horneada a fuego lento.

Su rostro cuarteado por la sal del Caribe había adquirido una dureza

metálica. Estaba preservado contra la vejez inminente por una vitalidad

que tenía algo que ver con la frialdad de las entrañas. Era más alto que

cuando se fue, más pálido y óseo, y manifestaba los primeros síntomas

de resistencia a la nostalgia. «Dios mío -se dijo Úrsula, alarmada-.

Ahora parece un hombre capaz de todo.» Lo era. El rebozo azteca que le

llevó a Amaranta, las evocaciones que hizo en el almuerzo, las

divertidas anécdotas que contó, eran simples rescoldos de su humor de

otra época. No bien se cumplió la orden de enterrar a los muertos en la

fosa común, asignó al coronel Roque Carnicero la misión de apresurar

los juicios de guerra, y él se empeñó en la agotadora tarea de imponer

las reformas radicales que no dejaran piedra sobre piedra en la revenida

estructura del régimen conservador. «Tenemos que anticiparnos a los

políticos del partido -decía a sus asesores-. Cuando abran los ojos a la

realidad se encontrarán con los hechos consumados.» Fue entonces

cuando decidió revisar los títulos de propiedad de la tierra, hasta cien

años atrás, y descubrió las tropelías legalizadas de su hermano José

Arcadio. Anuló los registros de una plumada. En un último gesto de

cortesía, desatendió sus asuntos por una hora y visitó a Rebeca para

ponerla al corriente de su determinación.

En la penumbra de la casa, la viuda solitaria que en un tiempo fue la

confidente de sus amores reprimidos, y cuya obstinación le salvó la

vida, era un espectro del pasado. Cerrada de negro hasta los puños, con

el corazón convertido en cenizas, apenas si tenía noticias de la guerra.

El coronel Aureliano Buendía tuvo la impresión de que la fosforescencia

de sus huesos traspasaba la piel, y que ella se movía a través de una

atmósfera de fuegos fatuos, en un aire estancado donde aún se percibía

un recóndito olor a pólvora. Empezó por aconsejarle que moderara el

rigor de su luto, que ventilara la casa, que le perdonara al mundo la

muerte de José Arcadio. Pero ya Rebeca estaba a salvo de toda vanidad.

Después de buscarla inútilmente en el sabor de la tierra, en las cartas

perfumadas de Pietro Crespi, en la cama tempestuosa de su marido,

había encontrado la paz en aquella casa donde los recuerdos se

materializaron por la fuerza de la evocación implacable, y se paseaban

como seres humanos por los cuartos clausurados. Estirada en su

mecedor de mimbre, mirando al coronel Aureliano Buendia como si

fuera él quien pareciera un espectro del pasado Rebeca ni si quiera se

conmovió con la noticia de que las tierras usurpadas por José Arcadio

serían restituidas a sus dueños legítimos

-Se hará lo que tú dispongas, Aureliano suspiro Siempre creí, y lo

confirmo ahora, que eres un descastado.

La revisión de los títulos de propiedad se consumó al mismo tiempo

que los juicios sumarios, presididos por el coronel Gerineldo Márquez, y

que concluyeron con el fusilamiento de toda la oficialidad del ejército

regular prisionera de los revolucionarios. El último consejo de guerra fue

el del general José Raquel Moncada. Úrsula intervino. «Es el mejor

gobernante que hemos tenido en Macondo -le dijo al coronel Aureliano

Buendía-. Ni siquiera tengo nada que decirte de su buen corazón, del

afecto que nos tiene, porque tú lo conoces mejor que nadie.» El coronel

Aureliano Buendía fijó en ella una mirada de re-probación:

-No puedo arrogarme la facultad de administrar justicia

-replicó-. Si usted tiene algo que decir, dígalo ante el consejo de

guerra.

Úrsula no sólo lo hizo, sino que llevó a declarar a todas las madres de

los oficiales revolucionarios que vivían en Macondo. Una por una, las

viejas fundadoras del pu6blo, varias de las cuales habían participado en

la temeraria travesía de la sierra, exaltaron las virtudes del general

Moncada. Úrsula fue la última en el desfile. Su dignidad luctuosa, el

peso de su nombre, la convincente vehemencia de su declaración

hicieron vacilar por un momento el equilibrio de la justicia. «Ustedes han

tomado muy en serio este juego espantoso, y han hecho bien, porque

están cumpliendo con su deber -dijo a los miembros del tribunal-. Pero

no olviden que mientras Dios nos dé vida, nosotras seguiremos siendo

madres, y por muy revolucionarios que sean tenemos derecho de

bajarles los pantalones y darles una cueriza a la primera falta de

respeto.» El jurado se retiró a deliberar cuando todavía resonaban estas

palabras en el ámbito de la escuela convertida en cuartel. A la media

noche, el general José Raquel Moncada fue sentenciado a muerte. El

coronel Aureliano Buendía, a pesar de las violentas recriminaciones de

Úrsula, se negó a conmutarle la pena. Poco antes del amanecer, visitó al

sentenciado en el cuarto del cepo.

-Recuerda, compadre -le dijo-, que no te fusilo yo. Te fusila la

revolución.

El general Moncada ni siquiera se levantó del catre al verlo entrar.

-Vete a la mierda, compadre -replicó.

Hasta ese momento, desde su regreso, el coronel Aureliano Buendía

no se había concedido la oportunidad de verlo con el corazón. Se

asombró de cuánto había envejecido, del temblor de sus manos, de la

conformidad un poco rutinaria con que esperaba la muerte, y entonces

experimentó un hondo desprecio por sí mismo que confundió con un

principio de misericordia.

-Sabes mejor que yo -dijo- que todo consejo de guerra es una farsa,

y que en verdad tienes que pagar los crímenes de otros, porque esta

vez vamos a ganar la guerra a cualquier precio. Tú, en mi lugar, ¿no

hubieras hecho lo mismo?

El general Moncada se incorporó para limpiar los gruesos anteojos de

carey con el faldón de la camisa. «Probablemente -dijo-. Pero lo que me

preocupa no es que me fusiles, porque al fin y al cabo, para la gente

como nosotros esto es la muerte natural.» Puso los lentes en la cama y

se quitó el reloj de leontina. «Lo que me preocupa -agregó- es que de

tanto odiar a los militares, de tanto combatirlos, de tanto pensar en

ellos, has terminado por ser igual a ellos. Y no hay un ideal en la vida

que merezca tanta abyección.» Se quitó el anillo matrimonial y la

medalla de la Virgen de los Remedios y los puso juntos con los lentes y

el reloj.

-A este paso -concluyó- no sólo serás el dictador más despótico y

sanguinario de nuestra historia, sino que fusilarás a mi comadre Úrsula

tratando de apaciguar tu conciencia.

El coronel Aureliano Buendía permaneció impasible. El general

Moncada le entregó entonces los lentes, la medalla, el reloj y el anillo, y

cambió de tono.

-Pero no te hice venir para regañarte -dijo-. Quería suplicarte el favor

de mandarle estas cosas a mi mujer.

El coronel Aureliano Buendía se las guardó en los bolsillos.

-¿Sigue en Manaure?

-Sigue en Manaure -confirmó el general Moncada-, en

la misma casa detrás de la iglesia donde mandaste aquella carta.

-Lo haré con mucho gusto, José Raquel -dijo el coronel Aureliano

Buendía.

Cuando salió al aire azul de neblina, el rostro se le humedeció como

en otro amanecer del pasado, y sólo entonces comprendió por qué había

dispuesto que la sentencia se cumpliera en el patio, y no en el muro del

cementerio. El pelotón, formado frente a la puerta, le rindió honores de

jefe de estado.

-Ya pueden traerlo -ordenó.

IX

El coronel Gerineldo Márquez fue el primero que percibió el vacío de la

guerra. En su condición de jefe civil y militar de Macondo sostenía dos

veces por semana conversaciones telegráficas con el coronel Aureliano

Buendía. Al principio, aquellas entrevistas determinaban el curso de una

guerra de carne y hueso cuyos contornos perfectamente definidos

permitían establecer en cualquier momento el punto exacto en que se

encontraba, y prever sus rumbos futuros. Aunque nunca se dejaba

arrastrar al terreno de las confidencias, ni siquiera por sus amigos más

próximos, el coronel Aureliano Buendía conservaba entonces el tono

familiar que permitía identificarlo al otro extremo de la línea. Muchas

veces prolongó las conversaciones más allá del término previsto y las

dejó derivar hacia comentarios de carácter doméstico. Poco a poco, sin

embargo, y a medida que la guerra se iba intensificando y extendiendo,

su imagen se fue borrando en un universo de irrealidad. Los puntos y

rayas de su voz eran cada vez más remotos e inciertos, y se unían y

combinaban para formar palabras que paulatinamente fueron perdiendo

todo sentido. El coronel Gerineldo Márquez se limitaba entonces a

escuchar, abrumado por la im-presión de estar en contacto telegráfico

con un desconocido de otro mundo.

-Comprendido, Aureliano -concluía en el manipulador-. ¡Viva el

partido liberal!

Terminó por perder todo contacto con la guerra. Lo que en otro

tiempo fue una actividad real, una pasión irresistible de su juventud, se

convirtió para él en una referencia remota: un vacío. Su único refugio

era el costurero de Amaranta. La visitaba todas las tardes. Le gustaba

contemplar sus manos mientras rizaba espumas de olán en la máquina

de manivela que hacía girar Remedios, la bella. Pasaban muchas horas

sin hablar, conformes con la compañía recíproca, pero mientras

Amaranta se complacía íntimamente en mantener vivo el fuego de su

devoción, él ignoraba cuáles eran los secretos designios de aquel

corazón indescifrable. Cuando se conoció la noticia de su regreso,

Amaranta se había ahogado de ansiedad. Pero cuando lo vio entrar en la

casa confundido con la ruidosa escolta del coronel Aureliano Buendía, y

lo vio maltratado por el rigor del destierro, envejecido por la edad y el

olvido, sucio de sudor y polvo, oloroso a rebaño, feo, con el brazo

izquierdo en cabestrillo, se sintió desfallecer de desilusión. «Dios mío -

pensó-: no era éste el que esperaba.» Al día siguiente, sin embargo, él

volvió a la casa afeitado y limpio, con el bigote perfumado de agua de

alhucema y sin el cabestrillo ensangrentado. Le llevaba un breviario de

pastas nacaradas.

-Qué raros son los hombres -dijo ella, porque no encontró otra cosa

que decir-. Se pasan la vida peleando contra los curas y regalan libros

de oraciones.

Desde entonces, aun en los días más críticos de la guerra, la visitó

todas las tardes. Muchas veces, cuando no estaba presente Remedios, la

bella, era él quien le daba vueltas a la rueda de la máquina de coser.

Amaranta se sentía turbada por la perseverancia, la lealtad, la sumisión

de aquel hombre investido de tanta autoridad, que, sin embargo, se

despojaba de sus armas en la sala para entrar indefenso al costurero.

Pero durante cuatro años él le reiteró su amor, y ella encontró siempre

la manera de rechazarlo sin herirlo, porque aunque no conseguía

quererlo ya no podía vivir sin él. Remedios, la bella, que parecía

indiferente a todo, y de quien se pensaba que era retrasada mental, no

fue insensible a tanta devoción, e intervino en favor del coronel

Gerineldo Márquez. Amaranta descubrió de pronto que aquella niña que

había criado, que apenas despuntaba a la adolescencia, era ya la

criatura más bella que se había visto en Macondo. Sintió renacer en su

corazón el rencor que en otro tiempo experimentó contra Rebeca, y

rogándole a Dios que no la arrastrara hasta el extremo de desearle la

muerte, la desterró del costurero. Fue por esa época que el coronel

Gerineldo Márquez empezó a sentir el hastío de la guerra. Apeló a sus

reservas de persuasión, a su inmensa y reprimida ternura, dispuesto a

renunciar por Amaranta a una gloria que le había costado el sacrificio de

sus mejores años. Pero no logró convencerla. Una tarde de agosto,

agobiada por el peso insoportable de su propia obstinación, Amaranta se

encerró en el dormitorio a llorar su soledad hasta la muerte, después de

darle la respuesta definitiva a su pretendiente tenaz:

-Olvidémonos para siempre -le dijo-, ya somos demasiado viejos para

estas cosas.

El coronel Gerineldo Márquez acudió aquella tarde a un llamado

telegráfico del coronel Aureliano Buendía. Fue una conversación

rutinaria que no había de abrir ninguna brecha en la guerra estancada.

Al terminar, el coronel Gerineldo Márquez contempló las calles

desoladas, el agua cristalizada en los almendros, y se encontró perdido

en la soledad.

-Aureliano -dijo tristemente en el manipulador-, está lloviendo en

Macondo.

Hubo un largo silencio en la línea. De pronto, los aparatos saltaron

con los signos despiadados del coronel Aureliano Buendía.

-No seas pendejo, Gerineldo -dijeron los signos-. Es natural que esté

lloviendo en agosto.

Tenían tanto tiempo de no verse, que el coronel Gerineldo Márquez se

desconcertó con la agresividad de aquella reacción. Sin embargo, dos

meses después, cuando el coronel Aureliano Buendía volvió a Macondo,

el desconcierto se transformó en estupor. Hasta Úrsula se sorprendió de

cuánto había cambiado. Llegó sin ruido, sin escolta, envuelto en una

manta a pesar del calor, y con tres amantes que instaló en una misma

casa, donde pasaba la mayor parte del tiempo tendido en una hamaca.

Apenas si leía los despachos telegráficos que informaban de operaciones

rutinarias. En cierta ocasión el coronel Gerineldo Márquez le pidió

instrucciones para la evacuación de una localidad fronteriza que

amenazaba con convertirse en un conflicto in-ternacional.

-No me molestes por pequeñeces -le ordenó él-. Consúltalo con la

Divina Providencia.

Era tal vez el momento más crítico de la guerra. Los terratenientes

liberales, que al principio apoyaban la revolución, habían suscrito

alianzas secretas con los terratenientes conservadores para impedir la

revisión de los títulos de propiedad. Los políticos que capitalizaban la

guerra desde el exilio habían repudiado públicamente las

determinaciones drásticas del coronel Aureliano Buendía, pero hasta esa

desautorización parecía tenerlo sin cuidado. No había vuelto a leer sus

versos, que ocupaban más de cinco tomos, y que permanecían olvidados

en el fondo del baúl. De noche, o a la hora de la siesta, llamaba a la

hamaca a una de sus mujeres y obtenía de ella una satisfacción

rudimentaria, y luego dormía con un sueño de piedra que no era

perturbado por el más ligero indicio de preocupación. Sólo él sabía

entonces que su aturdido corazón estaba condenado para siempre a la

incertidumbre. Al principio, embriagado por la gloria del regreso, por las

victorias inverosímiles, se había asomado al abismo de la grandeza. Se

complacía en mantener a la diestra al duque de Marlborough, su gran

maestro en las artes de la guerra, cuyo atuendo de pieles y uñas de

tigre suscitaban el respeto de los adultos y el asombro de los niños. Fue

entonces cuando decidió que ningún ser humano, ni siquiera Úrsula, se

le aproximara a menas de tres metros. En el centro del círculo de tiza

que sus edecanes trazaban dondequiera que él llegara, y en el cual sólo

él podía entrar, decidía con órdenes breves e inapelables el destino del

mundo. La primera vez que estuvo en Manaure después del fusilamiento

del general Moncada se apresuró a cumplir la última voluntad de su

víctima, y la viuda recibió los lentes, la medalla, el reloj y el anillo, pero

no le permitió pasar de la puerta.

-No entre, coronel -le dijo-. Usted mandará en su guerra, pero yo

mando en mi casa.

El coronel Aureliano Buendía no dio ninguna muestra de rencor, pero

su espíritu sólo encontró el sosiego cuando su guardia personal saqueó y

redujo a cenizas la casa de la viuda. «Cuídate el corazón, Aureliano -le

decía entonces el coronel Gerineldo Márquez-. Te estás pudriendo vivo.»

Por esa época convocó una segunda asamblea de los principales

comandantes rebeldes. Encontró de todo: idealistas, ambiciosos,

aventureros, resentidos sociales y hasta delincuentes comunes. Había,

inclusive, un antiguo funcionario conservador refugiado en la revuelta

para escapar a un juicio por malversación de fondos. Muchos no sabían

ni siquiera por qué peleaban. En medio de aquella muchedumbre

abigarrada, cuyas diferencias de criterio estuvieron a punto de provocar

una explosión interna, se destacaba una autoridad tenebrosa: el general

Teófilo Vargas. Era un indio puro, montaraz, analfabeto, dotado de una

malicia taciturna y una vocación mesiánica que suscitaba en sus

hombres un fanatismo demente. El coronel Aureliano Buendía promovió

la reunión con el propósito de unificar el mando rebelde contra las

maniobras de los políticos. El general Teófilo Vargas se adelantó a sus

intenciones: en pocas horas desbarató la coalición de los comandantes

mejor calificados y se apoderó del mando central. «Es una fiera de

cuidado -les dijo el coronel Aureliano Buendía a sus oficiales-. Para

nosotros, ese hombre es más peligroso que el ministro de la Guerra.»

Entonces un capitán muy joven que siempre se había distinguido por su

timidez levantó un índice cauteloso:

-Es muy simple, coronel -propuso-: hay que matarlo.

El coronel Aureliano Buendía no se alarmó por la frialdad de la

proposición, sino por la forma en que se anticipó una fracción de

segundo a su propio pensamiento.

-No esperen que yo dé esa orden -dijo.

No la dio, en efecto. Pero quince días después el general Teófilo

Vargas fue despedazado a machetazos en una emboscada y el coronel

Aureliano Buendía asumió el mando central.

La misma noche en que su autoridad fue reconocida por todos los

comandos rebeldes, despertó sobresaltado, pidiendo a gritos una manta.

Un frío interior que le rayaba las huesos y lo mortificaba inclusive a

pleno salle impidió dormir bien varias meses, hasta que se le convirtió

en una costumbre. La embriaguez del poder empezó a descomponerse

en ráfagas de desazón. Buscando un remedio contra el frío, hizo fusilar

al joven oficial que propuso el asesinato del general Teófilo Vargas. Sus

órdenes se cumplían antes de ser impartidas, aun antes de que él las

concibiera, y siempre llegaban mucho más lejos de donde él se hubiera

atrevido a hacerlas llegar. Extraviado en la soledad de su inmenso

poder, empezó a perder el rumbo. Le molestaba la gente que lo

aclamaba en los pueblos vencidos, y que le parecía la misma que

aclamaba al enemigo. Por todas partes encontraba adolescentes que lo

miraban con sus propios ojos, que hablaban con su propia voz, que lo

saludaban con la misma desconfianza con que él los saludaba a ellos, y

que decían ser sus hijos. Se sintió disperso, repetido, y más solitario

que nunca. Tuvo la convicción de que sus propios oficiales le mentían.

Se peleó con el duque de Marlborough. «El mejor amigo -solía decir

entonces- es el que acaba de morir.» Se cansó de la incertidumbre, del

círculo vicioso de aquella guerra eterna que siempre lo encontraba a él

en el mismo lugar, sólo que cada vez más viejo, más acabado, más sin

saber por qué, ni cómo, ni hasta cuándo. Siempre había alguien fuera

del circulo de tiza. Alguien a quien le hacía falta dinero, que tenía un

hijo con tos ferina o que quería irse a dormir para siempre porque ya no

podía soportar en la boca el sabor a mierda de la guerra y que, sin

embargo, se cuadraba con sus últimas reservas de energía para

informar: «Todo normal, mi coronel.» Y la normalidad era precisamente

lo más espantoso de aquella guerra infinita: que no pasaba nada. Solo,

abandonado por los presagios, huyendo del frío que había de

acompañarlo hasta la muerte, buscó un último refugio en Macondo, al

calor de sus recuerdos más antiguos. Era tan grave su desidia que

cuando le anunciaron la llegada de una comisión de su partido

autorizada para discutir la encrucijada de la guerra, él se dio vuelta en

la hamaca sin despertar por completo.

-Llévenlos donde las putas -dijo.

Eran seis abogados de levita y chistera que soportaban con un duro

estoicismo el bravo sol de noviembre. Úrsula los hospedó en la casa. Se

pasaban la mayor parte del día encerrados en el dormitorio, en

conciliábulos herméticos, y al anochecer pedían una escolta y un

conjunto de acordeones y tomaban por su cuenta la tienda de Catarino.

«No los molesten -ordenaba el coronel Aureliano Buendía-. Al fin y al

cabo, yo sé lo que quieren.» A principios de diciembre, la entrevista

largamente esperada, que muchos habían previsto coma una discusión

interminable, se resolvió en menos de una hora.

En la calurosa sala de visitas, junto al espectro de la pianola

amortajada con una sábana blanca, el coronel Aureliano Buendía no se

sentó esta vez dentro del círculo de tiza que trazaron sus edecanes.

Ocupó una silla entre sus asesores políticos, y envuelto en la manta de

lana escuchó en silencio las breves propuestas de los emisarios. Pedían,

en primer término, renunciar a la revisión de los títulos de propiedad de

la tierra para recuperar el apoyo de los terratenientes liberales. Pedían,

en segundo término, renunciar a la lucha contra la influencia clerical

para obtener el respaldo del pueblo católico. Pedían, por último,

renunciar a las aspiraciones de igualdad de derechos entre los hijos

naturales y los legítimos para preservar la integridad de los hogares.

-Quiere decir -sonrió el coronel Aureliano Buendía cuando terminó la

lectura- que sólo estamos luchando por el poder.

-Son reformas tácticas -replicó uno de los delegados-. Por ahora, lo

esencial es ensanchar la base popular de la guerra. Después veremos.

Uno de los asesores políticos del coronel Aureliano Buendía se

apresuró a intervenir.

-Es un contrasentido -dijo-. Si estas reformas son buenas, quiere

decir que es bueno el régimen conservador. Si con ellas logramos

ensanchar la base popular de la guerra, como dicen ustedes, quiere

decir que el régimen tiene una amplia base popular. Quiere decir, en

síntesis, que durante casi veinte años hemos estado luchando contra los

sentimientos de la nación.

Iba a seguir, pero el coronel Aureliano Buendía lo interrumpió con una

señal. «No pierda el tiempo, doctor -dijo-. Lo importante es que desde

este momento sólo luchamos por el poder.» Sin dejar de sonreír, tomó

los pliegos que le entregaron los delegados y se dispuso a firmar.

-Puesto que es así -concluyó-, no tenemos ningún inconveniente en

aceptar.

Sus hombres se miraron consternados.

-Me perdona, coronel -dijo suavemente el coronel Genireldo Márquez-

, pero esto es una traición.

El coronel Aureliano Buendía detuvo en el aire la pluma entintada, y

descargó sobre él todo el peso de su autoridad.

-Entrégueme sus armas -ordenó.

El coronel Gerineldo Márquez se levantó y puso las armas en la mesa.

-Preséntese en el cuartel -le ordenó el coronel Aureliano Buendía-.

Queda usted a disposición de los tribunales revolucionarios.

Luego firmó la declaración y entregó las pliegas a las emisarias,

diciéndoles:

-Señores, ahí tienen sus papeles. Que les aprovechen.

Dos días después, el coronel Gerineldo Márquez, acusado de alta

traición, fue condenado a muerte. Derrumbado en su hamaca, el coronel

Aureliano Buendía fue insensible a las súplicas de clemencia. La víspera

de la ejecución, desobedeciendo la arden de no molestarlo, Úrsula lo

visitó en el dormitorio. Cerrada de negro, investida de una rara

solemnidad, permaneció de pie los tres minutos de la entrevista. «Sé

que fusilarás a Gerineldo -dijo serenamente-, y no puedo hacer nada por

impedirlo. Pero una cosa te advierto: tan pronto como vea el cadáver, te

lo juro por los huesos de mi padre y mi madre, por la memoria de José

Arcadio Buendía, te lo juro ante Dios, que te he de sacar de donde te

metas y te mataré con mis propias manos.» Antes de abandonar el

cuarto, sin esperar ninguna réplica, concluyó:

-Es lo mismo que habría hecho si hubieras nacido con cola de puerco.

Aquella noche interminable, mientras el coronel Gerineldo Márquez

evocaba sus tardes muertas en el costurero de Amaranta, el coronel

Aureliano Buendía rasguñó durante muchas horas, tratando de

romperla, la dura cáscara de su soledad. Sus únicos instantes felices,

desde la tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo, habían

transcurrido en el taller de platería, donde se le iba el tiempo armando

pescaditos de oro. Había tenido que promover 32 guerras, y había

tenido que violar todos sus pactos con la muerte y revolcarse como un

cerdo en el muladar de la gloria, para descubrir con casi cuarenta años

de retraso los privilegios de la simplicidad.

Al amanecer, estragado por la tormentosa vigilia, apareció en el

cuarto del cepo una hora antes de la ejecución. «Terminó la farsa,

compadre -le dijo al coronel Gerineldo Márquez-. Vámonos de aquí,

antes de que acaben de fusilarte los mosquitos.» El coronel Gerineldo

Márquez no pudo reprimir el desprecio que le inspiraba aquella actitud.

-No, Aureliano -replicó-. Vale más estar muerto que verte convertido

en un chafarote.

-No me verás -dijo el coronel Aureliano Buendía-. Ponto los zapatos y

ayúdame a terminar con esta guerra de mierda.

Al decirlo, no imaginaba que era más fácil empezar una guerra que

terminarla. Necesitó casi un año de rigor sanguinario para forzar al

gobierno a proponer condiciones de paz favorables a los rebeldes, y otro

año para persuadir a sus partidarios de la conveniencia de aceptarlas.

Llegó a inconcebibles extremos de crueldad para sofocar las rebeliones

de sus propios ofíciales, que se resistían a feriar la victoria y terminó

apoyándose en fuerzas enemigas para acabar de someterlos.

Nunca fue mejor guerrero que entonces. La certidumbre de que por

fin peleaba por su propia liberación, y no por ideales abstractos, por

consignas que los políticos podían voltear al derecho y al revés según

las circunstancias, le infundió un entusiasmo enardecido. El coronel

Gerineldo Márquez, que luchó por el fracaso con tanta convicción y tanta

lealtad como antes había luchado por el triunfo, le reprochaba su

temeridad inútil. «No te preocupes -sonreía él-. Morirse es mucho más

difícil de lo que uno cree.» En su caso era verdad. La seguridad de que

su día estaba señalado lo invistió de una inmunidad misteriosa, una

inmortalidad a término fijo que lo hizo invulnerable a los riesgos de la

guerra, y le permitió finalmente conquistar una derrota que era mucho

más difícil, mucho más sangrienta y costosa que la victoria.

En casi veinte años de guerra, el coronel Aureliano Buendía había

estado muchas veces en la casa, pero el estado de urgencia en que

llegaba siempre, el aparato militar que lo acompañaba a todas partes, el

aura de leyenda que doraba su presencia y a la cual no fue insensible ni

la propia Úrsula, terminaron por convertirlo en un extraño. La última vez

que estuvo en Macondo, y tomó una casa para sus tres concubinas, no

se le vio en la suya sino dos o tres veces, cuando tuvo tiempo de

aceptar invitaciones a comer. Remedios, la bella, y los gemelos nacidos

en plena guerra, apenas si lo conocían. Amaranta no lograba conciliar la

imagen del hermano que pasó la adolescencia fabricando pescaditos de

oro, con la del guerrero mítico que había interpuesto entre él y el resto

de la humanidad una distancia de tres metros. Pero cuando se conoció

la proximidad del armisticio y se pensó que él regresaba otra vez

convertido en un ser humano, rescatado por fin para el corazón de los

suyos, los afectos familiares aletargados por tanto tiempo renacieron

con más fuerza que nunca.

-Al fin -dijo Úrsula- tendremos otra vez un hombre en la casa.

Amaranta fue la primera en sospechar que lo habían perdido para

siempre. Una semana antes del armisticio, cuando él entró en la casa

sin escolta, precedido por dos ordenanzas descalzos que depositaron en

el corredor los aperos de la mula y el baúl de los versos, único saldo de

su antiguo equipaje imperial, ella lo vio pasar frente al costurero y lo

llamó. El coronel Aureliano Buendía pareció tener dificultad para

reconocerla.

-Soy Amaranta -dijo ella de buen humor, feliz de su regreso, y le

mostró la mano con la venda negra-. Mira.

El coronel Aureliano Buendía le hizo la misma sonrisa de la primera

vez en que la vio con la venda, la remota mañana en que volvió a

Macondo sentenciado a muerte.

-¡Qué horror -dijo-, cómo se pasa el tiempo!

El ejército regular tuvo que proteger la casa. Llegó vejado, escupido,

acusado de haber recrudecido la guerra sólo para venderla más cara.

Temblaba de fiebre y de frío y tenía otra vez las axilas empedradas de

golondrinos. Seis meses antes, cuando oyó hablar del armisticio, Úrsula

había abierto y barrido la alcoba nupcial, y había quemado mirra en los

rincones, pensando que él regresaría dispuesto a envejecer despacio

entre las enmohecidas muñecas de Remedios. Pero en realidad, en los

dos últimos años él le había pagado sus cuotas finales a la vida,

inclusive la del envejecimiento. Al pasar frente al taller de platería, que

Úrsula había preparado con especial diligencia, ni siquiera advirtió que

las llaves estaban puestas en el candado. No percibió los minúsculos y

desgarradores destrozos que el tiempo había hecho en la casa, y que

después de una ausencia tan prolongada habrían parecido un desastre a

cualquier hombre que conservara vivos sus recuerdos. No le dolieron las

peladuras de cal en las paredes, ni los sucios algodones de telaraña en

los rincones, ni el polvo de las begonias, ni las nervaduras del comején

en las vigas, ni el musgo de los quicios, ni ninguna de las trampas

insidiosas que le tendía la nostalgia. Se sentó en el corredor, envuelto

en la manta y sin quitarse las botas, como esperando apenas que

escampara, y permaneció toda la tarde viendo llover sobre las begonias.

Úrsula comprendió entonces que no lo tendría en la casa por mucho

tiempo. «Si no es la guerra -pensó- sólo puede ser la muerte.» Fue una

suposición tan nítida, tan convincente, que la identificó como un

presagio.

Esa noche, en la cena, el supuesto Aureliano Segundo desmigajó el

pan con la mano derecha y tomó la sopa con la izquierda. Su hermano

gemelo, el supuesto José Arcadio Segundo, desmigajó el pan con la

mano izquierda y tomó la sopa con la derecha. Era tan precisa la

coordinación de sus movimientos que no parecían dos hermanos

sentados el uno frente al otro, sino un artificio de espejos. El

espectáculo que los gemelos habían concebido desde que tuvieron

conciencia de ser iguales fue repetido en honor del recién llegado. Pero

el coronel Aureliano Buendía no lo advirtió. Parecía tan ajeno a todo que

ni siquiera se fijó en Remedios, la bella, que pasó desnuda hacia el

dormitorio. Úrsula fue la única que se atrevió a perturbar su abstracción.

-Si has de irte otra vez -le dijo a mitad de la cena-, por lo menos trata

de recordar cómo éramos esta noche.

Entonces el coronel Aureliano Buendía se dio cuenta, sin asombro,

que Úrsula era el único ser humano que había logrado desentrañar su

miseria, y por primera vez en muchos anos se atrevió a mirarla a la

cara. Tenía la piel cuarteada, los dientes carcomidos, el cabello marchito

y sin color, y la mirada atónita. La comparó con el recuerdo más antiguo

que tenía de ella, la tarde en que él tuvo el presagio de que una olla de

caldo hirviendo iba a caerse de la mesa, y la encontró despedazada. En

un instante descubrió los arañazos, los verdugones, las mataduras, las

úlceras y cicatrices que había dejado en ella más de medio siglo de vida

cotidiana, y comprobó que esos estragos no suscitaban en él ni siquiera

un sentimiento de piedad. Hizo entonces un último esfuerzo para buscar

en su corazón el sitio donde se le habían podrido los afectos, y no pudo

encontrarlo. En otra época, al menos, experimentaba un confuso

sentimiento de vergüenza cuando sorprendía en su propia piel el olor de

Úrsula, y en más de una ocasión sintió sus pensamientos interferidos

por el pensamiento de ella. Pero todo eso había sido arrasado por la

guerra. La propia Remedios, su esposa, era en aquel momento la

imagen borrosa de alguien que pudo haber sido su hija. Las incontables

mujeres que conoció en el desierto del amor, y que dispersaron su

simiente en todo el litoral, no habían dejado rastro alguno en sus

sentimientos. La mayoría de ellas entraba en el cuarto en la oscuridad y

se iban antes del alba, y al día siguiente eran apenas un poco de tedio

en la memoria corporal. El único afecto que prevalecía contra el tiempo

y la guerra, fue el que sintió por su hermano José Arcadio, cuando

ambos eran niños, y no estaba fundado en el amor, sino en la

complicidad.

-Perdone -se excusó ante la petición de Úrsula-. Es que esta guerra

ha acabado con todo.

En los días siguientes se ocupó de destruir todo rastro de su paso por

el mundo. Simplificó el taller de platería hasta sólo dejar los objetos

impersonales, regaló sus ropas a los ordenanzas y enterró sus armas en

el patio con el mismo sentido de penitencia con que su padre enterró la

lanza que dio muerte a Prudencio Aguilar. Sólo conservó una pistola, y

con una sola bala. Úrsula no intervino. La única vez que lo disuadió fue

cuando él estaba a punto de destruir el daguerrotipo de Remedios que

se conservaba en la sala, alumbrado por una lámpara eterna. «Ese

retrato dejó de pertenecerte hace mucho tiempo -le dijo-. Es una

reliquia de familia.» La víspera del armisticio, cuando ya no quedaba en

la casa un solo objeto que permitiera recordarlo, llevó a la panadería el

baúl con los versos en el momento en que Santa Bofia de la Piedad se

preparaba para encender el horno.

-Préndalo con esto -le dijo él, entregándole el primer rollo de papeles

amarillento-. Arde mejor, porque son cosas muy viejas.

Santa Sofía de la Piedad, la silenciosa, la condescendiente, la que

nunca contrarió ni a sus propios hijos, tuvo la impresión de que aquel

era un acto prohibido.

-Son papeles importantes -dijo.

-Nada de eso -dijo el coronel-. Son cosas que se escriben para uno

mismo.

-Entonces -dijo ella- quémelos usted mismo, coronel.

No sólo lo hizo, sino que despedazó el baúl con una hachuela y echó

las astillas al fuego. Horas antes, Pilar Ternera había estado a visitarlo.

Después de tantos años de no verla, el coronel Aureliano Buendía se

asombró de cuánto había envejecido y engordado, y de cuánto había

perdido el esplendor de su risa, pero se asombró también de la

profundidad que había logrado en la lectura de las barajas. «Cuídate la

boca», le dijo ella, y él se preguntó si la otra vez que se lo dijo, en el

apogeo de la gloria, no había sido una visión sorprendentemente

anticipada de su destino. Poco después, cuando su médico personal

acabó de extirparle los golondrinos, él le preguntó sin demostrar un

interés particular cuál era el sitio exacto del corazón. El médico lo

auscultó y le pintó luego un circulo en el pecho con un algodón sucio de

yodo.

El martes del armisticio amaneció tibio y lluvioso. El coronel Aureliano

Buendía apareció en la cocina antes de las cinco y tomó su habitual café

sin azúcar. «Un día como este viniste al mundo -le dijo Úrsula-. Todos

se asustaron con tus ojos abiertos.» Él no le puso atención, porque

estaba pendiente de los aprestos de tropa, los toques de corneta y las

voces de mando que estropeaban el alba. Aunque después de tantos

años de guerra debían parecerle familiares, esta vez experimentó el

mismo desaliento en las rodillas, y el mismo cabrilleo de la piel que

había experimentado en su juventud en presencia de una mujer

desnuda. Pensó confusamente, al fin capturado en una trampa de la

nostalgia, que tal vez si se hubiera casado con ella hubiera sido un

hombre sin guerra y sin gloria, un artesano sin nombre, un animal feliz.

Ese estremecimiento tardío, que no figuraba en sus previsiones, le

amargó el desayuno. A las siete de la mañana, cuando el coronel

Gerineldo Márquez fue a buscarlo en compañía de un grupo de oficiales

rebeldes, lo encontró más taciturno que nunca, más pensativo y

solitario. Úrsula trató de echarle sobre los hombros una manta nueva.

«Qué va a pensar el gobierno -le dijo-. Se imaginarán que te has

rendido porque ya no tenias ni con qué comprar una manta.» Pero él no

la aceptó. Ya en la puerta, viendo que seguía la lluvia, se dejó poner un

viejo sombrero de fieltro de José Arcadio Buendía.

-Aureliano -le dijo entonces Úrsula-, prométeme que si te encuentras

por ahí con la mala hora, pensarás en tu madre.

Él le hizo una sonrisa distante, levantó la mano con todos los dedos

extendidos, y sin decir una palabra abandonó la casa y se enfrentó a los

gritos, vituperios y blasfemias que habían de perseguirlo hasta la salida

del pueblo. Úrsula pasó la tranca en la puerta decidida a no quitarla en

el resto de su vida. «Nos pudriremos aquí dentro -pensó-. Nos

volveremos ceniza en esta casa sin hombres, pero no le daremos a este

pueblo miserable el gusto de vernos llorar.» Estuvo toda la mañana

buscando un recuerdo de su hijo en los más secretos rincones, y no

pudo encontrarlo.

El acto se celebró a veinte kilómetros de Macondo, a la sombra de una

ceiba gigantesca en torno a la cual había de fundarse más tarde el

pueblo de Neerlandia. Los delegados del gobierno y los partidos, y la

comisión rebelde que entregó las armas, fueron servidos por un

bullicioso grupo de novicias de hábitos blancos, que parecían un revuelo

de palomas asustadas por la lluvia. El coronel Aureliano Buendía llegó en

una mula embarrada. Estaba sin afeitar, más atormentado por el dolor

de los golondrinos que por el inmenso fracaso de sus sueños, pues había

llegado al término de toda esperanza, más allá de la gloria y de la

nostalgia de la gloria. De acuerdo con lo dispuesto por él mismo, no

hubo música, ni cohetes, ni campanas de júbilo, ni vítores, ni ninguna

otra manifestación que pudiera alterar el carácter luctuoso del

armisticio. Un fotógrafo ambulante que tomó el único retrato suyo que

hubiera podido conservarse, fue obligado a destruir las placas sin

revelarías.

El acto duró apenas el tiempo indispensable para que se estamparan

las firmas. En torno de la rústica mesa colocada en el centro de una

remendada carpa de circo, donde se sentaron los delegados, estaban los

últimos oficiales que permanecieron fieles al coronel Aureliano Buendía.

Antes de tomar las firmas, el delegado personal del presidente de la

república trató de leer en voz alta el acta de la rendición, pero el coronel

Aureliano Buendía se opuso. «No perdamos el tiempo en formalismos»,

dijo, y se dispuso a firmar los pliegos sin leerlos. Uno de sus oficiales

rompió entonces el silencio soporífero de la carpa.

-Coronel -dijo-, háganos el favor de no ser el primero en firmar.

El coronel Aureliano Buendía accedió. Cuando el documento dio la

vuelta completa a la mesa, en medio de un silencio tan nítido que

habrían podido descifrarse las firmas por el garrapateo de la pluma en el

papel, el primer lugar estaba todavía en blanco. El coronel Aureliano

Buendía se dispuso a ocuparlo.

-Coronel -dijo entonces otro de sus oficiales-, todavía tiene tiempo de

quedar bien.

Sin inmutarse, el coronel Aureliano Buendía firmó la primera copia. No

había acabado de firmar la última cuando apareció en la puerta de la

carpa un coronel rebelde llevando del cabestro una mula cargada con

dos baúles. A pesar de su extremada juventud, tenía un aspecto árido y

una expresión paciente. Era el tesorero de la revolución en la

circunscripción de Macondo. Había hecho un penoso viaje de seis días,

arrastrando la mula muerta de hambre, para llegar a tiempo al

armisticio. Con una parsimonia exasperante descargó los baúles, los

abrió, y fue poniendo en la mesa, uno por uno, setenta y dos ladrillos de

oro. Nadie recordaba la existencia de aquella fortuna. En el desorden del

último año, cuando el mando central saltó en pedazos y la revolución

degeneró en una sangrienta rivalidad de caudillos, era imposible

determinar ninguna responsabilidad. El oro de la rebelión, fundido en

bloques que luego fueron recubiertos de barro cocido, quedó fuera de

todo control. El coronel Aureliano Buendía hizo incluir los setenta y dos

ladrillos de oro en el inventario de la rendición, y clausuró el acto sin

permitir discursos. El escuálido adolescente permaneció frente a él,

mirándolo a los ojos con sus serenos ojos color de almíbar.

-¿Algo más? -le preguntó el coronel Aureliano Buendía.

El joven coronel apretó los dientes.

-El recibo -dijo.

El coronel Aureliano Buendía se lo extendió de su puño y letra. Luego

tomó un vaso de limonada y un pedazo de bizcocho que repartieron las

novicias, y se retiró a una tienda de cam-paña que le habían preparado

por si quería descansar. Allí se quitó la camisa, se sentó en el borde del

catre, y a las tres y cuarto de la tarde se disparó un tiro de pistola en el

circulo de yodo que su médico personal le había pintado en el pecho. A

esa hora, en Macondo, Úrsula destapó la olla de la leche en el fogón,

extrañada de que se demorara tanto para hervir, y la encontró llena de

gusanos

-¡Han matado a Aureliano! -exclamó.

Miró hacia el patio, obedeciendo a una costumbre de su soledad, y

entonces vio a José Arcadio Buendía, empapado, triste de lluvia y mucho

más viejo que cuando murió. «Lo han matado a traición -precisó Úrsulay nadie le hizo la caridad de cerrarle los ojos.» Al anochecer vio a través

de las lágrimas los raudos y luminosos discos anaranjados que cruzaron

el cielo como una exhalación, y pensó que era una señal de la muerte.

Estaba todavía bajo el castaño, sollozando en las rodillas de su

esposo, cuando llevaron al coronel Aureliano Buendía envuelto en la

manta acartonada de sangre seca y con los ojos abiertos de rabia.

Estaba fuera de peligro. El proyectil siguió una trayectoria tan limpia

que el médico le metió por el pecho y le sacó por la espalda un cordón

empapado de yodo. «Esta es mi obra maestra -le dijo satisfecho-. Era el

único punto por donde podía pasar una bala sin lastimar ningún centro

vital.» El coronel Aureliano Buendía se vio rodeado de novicias

misericordiosas que entonaban salmos desesperados por el eterno

descanso de su alma, y entonces se arrepintió de no haberse dado el

tiro en el paladar como lo tenía previsto, sólo por burlar el pronóstico de

Pilar Ternera.

-Si todavía me quedara autoridad -le dijo al doctor-, lo haría fusilar

sin fórmula de juicio. No por salvarme la vida, sino por hacerme quedar

en ridículo.

El fracaso de la muerte le devolvió en pocas horas el prestigio

perdido. Los mismos que inventaron la patraña de que había vendido la

guerra por un aposento cuyas paredes estaban construidas con ladrillos

de oro, definieron la tentativa de suicidio como un acto de honor, y lo

proclamaron mártir. Luego, cuando rechazó la Orden del Mérito que le

otorgó el presidente de la república, hasta sus más encarnizados rivales

desfilaron por su cuarto pidiéndole que desconociera los términos del

armisticio y promoviera una nueva guerra. La casa se llenó de regalos

de desagravio. Tardíamente impresionado por el respaldo masivo de sus

antiguos compañeros de armas, el coronel Aureliano Buendía no

descartó la posibilidad de complacerlos. Al contrario, en cierto momento

pareció tan entusiasmado con la idea de una nueva guerra que el

coronel Gerineldo Márquez pensó que sólo esperaba un pretexto para

proclamarla. El pretexto se le ofreció, efectivamente, cuando el

presidente de la república se negó a asignar las pensiones de guerra a

los antiguos combatientes, liberales o conservadores, mientras cada

expediente no fuera revisado por una comisión especial, y la ley de

asignaciones aprobada por el congreso. «Esto es un atropello -tronó el

coronel Aureliano Buendía-. Se morirán de viejos esperando el correo.»

Abandonó por primera vez el mecedor que Úrsula le compró para la

convalecencia, y dando vueltas en la alcoba dictó un mensaje

terminante para el presidente de la república. En ese telegrama, que

nunca fue publicado, denunciaba la primera violación del tratado de

Neerlandia y amenazaba con proclamar la guerra a muerte si la

asignación de las pensiones no era resuelta en el término de quince

días. Era tan justa su actitud, que permitía esperar, inclusive, la

adhesión de los antiguos combatientes conservadores. Pero la única

respuesta del gobierno fue el refuerzo de la guardia militar que se había

puesto en la puerta de la casa, con el pretexto de protegerla, y la

prohibición de toda clase de visitas. Medidas similares se adoptaron en

todo el país con otros caudillos de cuidado. Fue una operación tan

oportuna, drástica y eficaz, que dos meses después del armisticio,

cuando el coronel Aureliano Buendía fue dado de alta, sus instigadores

más decididos estaban muertos o expatriados, o habían sido asimilados

para siempre por la administración pública.

El coronel Aureliano Buendía abandonó el cuarto en diciembre, y le

bastó con echar una mirada al corredor para no volver a pensar en la,

guerra. Con una vitalidad que parecía imposible a sus años, Úrsula había

vuelto a rejuvenecer la casa. «Ahora van a ver quién soy yo -dijo

cuando supo que su hijo viviría-. No habrá una casa mejor, ni más

abierta a todo el mundo, que esta casa de locos.» La hizo lavar y pintar,

cambió los muebles, restauró el jardín y sembró flores nuevas, y abrió

puertas y ventanas para que entrara hasta los dormitorios la

deslumbrante claridad del verano. Decretó el término de los numerosos

lutos superpuestos, y ella misma cambió los viejos trajes rigurosos por

ropas juveniles. La música de la pianola volvió a alegrar la casa. Al oírla,

Amaranta se acordó de Pietro Crespi, de su gardenia crepuscular y su

olor de lavanda, y en el fondo de su marchito corazón floreció un rencor

limpio, purificado por el tiempo. Una tarde en que trataba de poner

orden en la sala, Úrsula pidió ayuda a los soldados que custodiaban la

casa. El joven comandante de la guardia les concedió el permiso. Poco a

poco, Úrsula les fue asignando nuevas tareas. Los invitaba a comer, les

regalaba ropas y zapatos y les enseñaba a leer y escribir. Cuando el

gobierno suspendió la vigilancia, uno de ellos se quedó viviendo en la

casa, y estuvo a su servicio por muchos años. El día de Año Nuevo,

enloquecido por los desaires de Remedios, la bella, el joven comandante

de la guardia amaneció muerto de amor junto a su ventana.

X

Años después, en su lecho de agonía, Aureliano Segundo había de

recordar la lluviosa tarde de junio en que entró en el dormitorio a

conocer a su primer hijo. Aunque era lánguido y llorón, sin ningún rasgo

de un Buendía, no tuvo que pensar dos veces para ponerle nombre.

-Se llamará José Arcadio -dijo.

Fernanda del Carpio, la hermosa mujer con quien se había casado el

año anterior, estuvo de acuerdo. En cambio Úrsula no pudo ocultar un

vago sentimiento de zozobra. En la larga historia de la familia, la tenaz

repetición de los nombres le había permitido sacar conclusiones que le

parecían terminantes. Mientras los Aurelianos eran retraídos, pero de

mentalidad lúcida, los José Arcadio eran impulsivos y emprendedores,

pero estaban marcados por un signo trágico. Los únicos casos de

clasificación imposible eran los de José Arcadio Segundo y Aureliano

Segundo. Fueron tan parecidos y traviesos durante la infancia que ni la

propia Santa Sofía de la Piedad podía distinguirlos. El día del bautismo,

Amaranta les puso esclavas con sus respectivos nombres y los vistió con

ropas de colores distintos marcadas con las iniciales de cada uno, pero

cuando empezaron a asistir a la escuela optaron por cambiarse la ropa y

las esclavas y por llamarse ellos mismos con los nombres cruzados. El

maestro Melchor Escalona, acostumbrado a conocer a José Arcadio

Segundo por la camisa verde, perdió los estribos cuando descubrió que

éste tenía la esclava de Aureliano Segundo, y que el otro decía llamarse,

sin embargo, Aureliano Segundo a pesar de que tenía la camisa blanca y

la esclava marcada con el nombre de José Arcadio Segundo. Desde

entonces no se sabía con certeza quién era quién. Aun cuando crecieron

y la vida los hizo diferentes, Úrsula seguía preguntándose si ellos

mismos no habrían cometido un error en algún momento de su

intrincado juego de confusiones, y habían quedado cambiados para

siempre. Hasta el principio de la adolescencia fueron dos mecanismos

sincrónicos. Despertaban al mismo tiempo, sentían deseos de ir al baño

a la misma hora, sufrían los mismos trastornos de salud y hasta

sonaban las mismas cosas. En la casa, donde se creía que coordinaban

sus actos por el simple deseo de confundir, nadie se dio cuenta de la

realidad hasta un día en que Santa Sofía de la Piedad le dio a uno un

vaso de limonada, y más tardó en probarlo que el otro en decir que le

faltaba azúcar. Santa Sofía de la Piedad, que en efecto había olvidado

ponerle azúcar a la limonada, se lo contó a Úrsula. «Así son todos -dijo

ella, sin sorpresa-. Locos de nacimiento.» El tiempo acabó de

desordenar las cosas. El que en los juegos de confusión se quedó con el

nombre de Aureliano Segundo se volvió monumental como el abuelo, y

el que se quedó con el nombre de José Arcadio Segundo se volvió óseo

como el coronel, y lo único que conservaron en común fue el aire

solitario de la familia. Tal vez fue ese entrecruzamiento de estaturas,

nombres y caracteres lo que le hizo sospechar a Úrsula que estaban

barajados desde la infancia.

La diferencia decisiva se reveló en plena guerra cuando José Arcadio

Segundo le pidió al coronel Gerineldo Márquez que lo llevara a ver los

fusilamientos. Contra el parecer de Úrsula, sus deseos fueron

satisfechos. Aureliano Segundo, en cambio, se estremeció ante la sola

idea de presenciar una ejecución. Prefería la casa. A los doce años le

preguntó a Úrsula qué había en el cuarto clausurado. «Papeles -le

contestó ella-. Son los libros de Melquíades y las cosas raras que

escribía en sus últimos años.» La respuesta, en vez de tranquilizarlo,

aumentó su curiosidad. Insistió tanto, prometió con tanto ahínco no

maltratar las cosas, que Úrsula le dio las llaves. Nadie había vuelto a

entrar al cuarto desde que sacaron el cadáver de Melquíades y pusieron

en la puerta el candado cuyas piezas se soldaron con la herrumbre. Pero

cuando Aureliano Segundo abrió las ventanas entró una luz familiar que

parecía acostumbrada a iluminar el cuarto todos los días, y no había el

menor rastro de polvo o telaraña, sino que todo estaba barrido y limpio,

mejor barrido y más limpio que el día del entierro, y la tinta no se había

secado en el tintero ni el óxido había alterado el brillo de los metales, ni

se había extinguido el rescoldo del atanor donde José Arcadio Buendía

vaporizó el mercurio. En los anaqueles estaban los libros empastados en

una materia acartonada y pálida como la piel humana curtida, y estaban

los manuscritos intactos. A pesar del encierro de muchos años, el aire

parecía más puro que en el resto de la casa. Todo era tan reciente, que

varias semanas después, cuando Úrsula entró al cuarto con un cubo de

agua y una escoba para lavar los pisos, no tuvo nada que hacer.

Aureliano Segundo estaba abstraído en la lectura de un libro. Aunque

carecía de pastas y el título no aparecía por ninguna parte, el niño

gozaba con la historia de una mujer que se sentaba a la mesa y sólo

comía granos de arroz que prendía con alfileres, y con la historia del

pescador que le pidió prestado a su vecino un plomo para su red y el

pescado con que lo recompensó más tarde tenía un diamante en el

estómago, y con la lámpara que satisfacía los deseos y las alfombras

que volaban. Asombrado, le preguntó a Úrsula si todo aquello era

verdad, y ella le contentó que sí, que muchos años antes los gitanos

llevaban a Macondo las lámparas maravillosas y las esteras voladoras.

-Lo que pasa -suspiró- es que el mundo se va acabando poco a poco y

ya no vienen esas cosas.

Cuando terminó el libro, muchos de cuyos cuentos estaban

inconclusos porque faltaban páginas, Aureliano Segundo se dio a la

tarea de descifrar los manuscritos. Fue imposible. Las letras parecían

ropa puesta a secar en un alambre, y se asemejaban más a la escritura

musical que a la literaria. Un mediodía ardiente, mientras escrutaba los

manuscritos, sintió que no estaba solo en el cuarto. Contra la

reverberación de la ventana, sentado con las manos en las rodillas,

estaba Melquíades. No tenía más de cuarenta años. Llevaba el mismo

chaleco anacrónico y el sombrero de alas de cuervo, y por sus sienes

pálidas chorreaba la grasa del cabello derretida por el calor, como lo

vieron Aureliano y José Arcadio cuando eran niños. Aureliano Segundo lo

reconoció de inmediato, porque aquel recuerdo hereditario se había

transmitido de generación en generación, y había llegado a él desde la

memoria de su abuelo.

-Salud -dijo Aureliano Segundo.

-Salud, joven -dijo Melquíades.

Desde entonces, durante varios años, se vieron casi todas las tardes.

Melquíades le hablaba del mundo, trataba de infundirle su vieja

sabiduría, pero se negó a traducir los manuscritos. «Nadie debe conocer

su sentido mientras no hayan cumplido cien años», explicó. Aureliano

Segundo guardó para siempre el secreto de aquellas entrevistas. En una

ocasión sintió que su mundo privado se derrumbaba, porque Úrsula

entró en el momento en que Melquíades estaba en el cuarto. Pero ella

no lo vio.

-¿Con quién hablas? -le preguntó.

-Con nadie -dijo Aureliano Segundo.

-Así era tu bisabuelo -dijo Úrsula-. También él hablaba solo.

José Arcadio Segundo, mientras tanto, había satisfecho la ilusión de

ver un fusilamiento. Por el resto de su vida recordaría el fogonazo lívido

de los seis disparos simultáneos y el eco del estampido que se

despedazó por los montes, y la sonrisa triste y los ojos perplejos del

fusilado, que permaneció erguido mientras la camisa se le empapaba de

sangre, y que seguía sonriendo aún cuando lo desataron del poste y lo

metieron en un cajón lleno de cal. «Está vivo -pensó él-. Lo van a

enterrar vivo.» Se impresionó tanto, que desde entonces detestó las

prácticas militares y la guerra, no por las ejecuciones sino por la

espantosa costumbre de enterrar vivos a los fusilados. Nadie supo

entonces en qué momento empezó a tocar las campanas en la torre, y a

ayudarle a misa al padre Antonio Isabel, sucesor de El Cachorro, y a

cuidar gallos de pelea en el patio de la casa cural. Cuando el coronel

Gerineldo Márquez se enteró, lo reprendió duramente por estar

aprendiendo oficios repudiados por los liberales. «La cuestión -contestó

él- es que a mí me parece que he salido conservador.» Lo creía como si

fuera una determinación de la fatalidad. El coronel Gerineldo Márquez,

escandalizado, se lo contó a Úrsula.

-Mejor -aprobó ella-. Ojalá se meta de cura, para que Dios entre por

fin a esta casa.

Muy pronto se supo que el padre Antonio Isabel lo estaba preparando

para la primera comunión. Le enseñaba el catecismo mientras le

afeitaba el pescuezo a los gallos. Le explicaba con ejemplos simples,

mientras ponían en sus nidos a las gallinas cluecas, cómo se le ocurrió a

Dios en el segundo día de la creación que los pollos se formaran dentro

del huevo. Desde entonces manifestaba el párroco los primeros

síntomas del delirio senil que lo llevó a decir, años más tarde, que

probablemente el diablo había ganado la rebelión contra Dios, y que era

aquél quien estaba sentado en el trono celeste, sin revelar su verdadera

identidad para atrapar a los incautos. Fogueado por la intrepidez de su

preceptor, José Arcadio Segundo llegó en pocos meses a ser tan ducho

en martingalas teológicas para confundir al demonio, como diestro en

las trampas de la gallera. Amaranta le hizo un traje de lino con cuello y

corbata, le compró un par de zapatos blancos y grabó su nombre con

letras doradas en el lazo del sirio. Dos noches antes de la primera

comunión, el padre Antonio Isabel se encerró con él en la sacristía para

confesarlo, con la

77Cien años de soledad Gabriel García Márquez

ayuda de un diccionario de pecados. Fue una lista tan larga, que el

anciano párroco, acos-tumbrado a acostarse a las seis, se quedó

dormido en el sillón antes de terminar. El interrogatorio fue para José

Arcadio Segundo una revelación. No le sorprendió que el padre le

preguntara si había hecho cosas malas con mujer, y contestó

honradamente que no, pero se desconcertó con la pregunta de si las

había hecho con animales. El primer viernes de mayo co-mulgó

torturado por la curiosidad. Más tarde le hizo la pregunta a Petronio, el

enfermo sacristán que vivía en la torre y que según decían se

alimentaba de murciélagos, y Petronio le constó: «Es que hay cristianos

corrompidos que hacen sus cosas con las burras.» José Arcadio Segundo

siguió demostrando tanta curiosidad, pidió tantas explicaciones, que

Petronio perdió la paciencia.

-Yo voy los martes en la noche -confesó-. Si prometes no decírselo a

nadie, el otro martes te llevo.

El martes siguiente, en efecto, Petronio bajó de la torre con un

banquito de madera que nadie supo hasta entonces para qué servía, y

llevó a José Arcadio Segundo a una huerta cercana. El muchacho se

aficionó tanto a aquellas incursiones nocturnas, que pasó mucho tiempo

antes de que se le viera en la tienda de Catarino. Se hizo hombre de

gallos. «Te llevas esos animales a otra parte -le ordenó Úrsula la

primera vez que lo vio entrar con sus finos animales de pelea-. Ya los

gallos han traído demasiadas amarguras a esta casa para que ahora

vengas tú a traernos otras.» José Arcadio Segundo se los llevó sin

discusión, pero siguió criándolos donde Pilar Ternera, su abuela, que

puso a su disposición cuanto le hacía falta, a cambio de tenerlo en la

casa. Pronto demostró en la gallera la sabiduría que le infundió el padre

Antonio Isabel, y dispuso de suficiente dinero no sólo para enriquecer

sus crías, sino para procurarse satisfacciones de hombre. Úrsula lo

comparaba en aquel tiempo con su hermano y no podía entender cómo

los dos gemelos que parecieron una sola persona en la infancia habían

terminado por ser tan distintos. La perplejidad no le duró mucho tiempo,

porque muy pronto empezó Aureliano Segundo a dar muestras de

holgazanería y disipación. Mientras estuvo encerrado en el cuarto de

Melquíades fue un hombre ensimismado, como lo fue el coronel

Aureliano Buendía en su juventud. Pero poco antes del tratado de

Neerlandia una casualidad lo sacó de su ensimismamiento y lo enfrentó

a la realidad del mundo. Una mujer joven, que andaba vendiendo

números para la rifa de un acordeón, lo saludó con mucha familiaridad.

Aureliano Segundo no se sorprendió porque ocurría con frecuencia que

lo confundieran con su hermano. Pero no aclaró el equívoco, ni siquiera

cuando la muchacha trató de ablandarle el corazón con lloriqueos, y

terminó por llevarlo a su cuarto. Le tomó tanto cariño desde aquel

primer encuentro, que hizo trampas en la rifa para que él se ganara el

acordeón. Al cabo de dos semanas, Aureliano Segundo se dio cuenta de

que la mujer se había estado acostando alternativamente con él y con

su hermano, creyendo que eran el mismo hombre, y en vez de aclarar la

situación se las arregló para prolongarla. No volvió al cuarto de

Melquiades. Pasaba las tardes en el patio, aprendiendo a tocar de oídas

el acordeón, contra las protestas de Úrsula que en aquel tiempo había

prohibido la música en la casa a causa de los lutos, y que además

menospreciaba el acordeón como un instrumento propio de los

vagabundos herederos de Francisco el Hombre. Sin embargo, Aureliano

Segundo llegó a ser un virtuoso del acordeón y siguió siéndolo después

de que se casó y tuvo hijos y fue uno de los hombres más respetados de

Macondo.

Durante casi dos meses compartió la mujer con su hermano. Lo

vigilaba, le descomponía los planes, y cuando estaba seguro de que José

Arcadio Segundo no visitaría esa noche la amante común, se iba a

dormir con ella. Una mañana descubrió que estaba enfermo. Dos días

después encontró a su hermano aferrado a una viga del baño empapado

en sudor y llorando a lágrima viva, y entonces comprendió. Su hermano

le confesó que la mujer lo había repudiado por llevarle lo que ella

llamaba una enfermedad de la mala vida. Le contó también cómo

trataba de curarlo Pilar Ternera. Aureliano Segundo se sometió a

escondidas a los ardientes lavados de permanganato y las aguas

diuréticas, y ambos se curaron por separado después de tres meses de

sufrimientos secretos. José Arcadio Segundo no volvió a ver a la mujer.

Aureliano Segundo obtuvo su perdón y se quedó con ella hasta la

muerte.

Se llamaba Petra Cotes. Había llegado a Macondo en plena guerra,

con un marido ocasional que vivía de las rifas, y cuando el hombre

murió, ella siguió con el negocio. Era una mulata limpia y joven, con

unos ojos amarillos y almendrados que le daban a su rostro la ferocidad

de una pantera, pero tenía un corazón generoso y una magnífica

vocación para el amor. Cuando Úrsula se dio cuenta de que José Arcadio

Segundo era gallero y Aureliano Segundo tocaba el acordeón en las

fiestas ruidosas de su concubina, creyó enloquecer de confusión. Era

como si en ambos se hubieran concentrado los defectos de la familia y

ninguna de sus virtudes. Entonces decidió que nadie volviera a llamarse

Aureliano y José Arcadio. Sin embargo, cuando Aureliano Segundo tuvo

su primer hijo, no se atrevió a contrariarlo.

-De acuerdo -dijo Úrsula-, pero con una condición: yo me encargo de

criarlo.

Aunque ya era centenaria y estaba a punto de quedarse ciega por las

cataratas, conservaba intactos el dinamismo físico, la integridad del

carácter y el equilibrio mental. Nadie mejor que ella para formar al

hombre virtuoso que había de restaurar el prestigio de la familia, un

hombre que nunca hubiera oído hablar de la guerra, los gallos de pelea,

las mujeres de mala vida y las empresas delirantes, cuatro calamidades

que, según pensaba Úrsula, habían determinado la decadencia de su

estirpe.

«Éste será cura -prometió solemnemente-. Y si Dios me da vida, ha

de llegar a ser Papa.» Todos rieron al oírla, no sólo en el dormitorio,

sino en toda la casa, donde estaban reunidos los bulliciosos amigotes de

Aureliano Segundo. La guerra, relegada al desván de los malos

recuerdos, fue momentáneamente evocada con los taponazos del

champaña.

-A la salud del Papa -brindó Aureliano Segundo.

Los invitados brindaron a coro. Luego el dueño de casa tocó el

acordeón, se reventaron cohetes y se ordenaron tambores de júbilo para

el pueblo. En la madrugada, los invitados ensopados en champaña

sacrificaron seis vacas y las pusieron en la calle a disposición de la

muchedumbre. Nadie se escandalizó. Desde que Aureliano Segundo se

hizo cargo de la casa, aquellas festividades eran cosa corriente, aunque

no existiera un motivo tan justo como el nacimiento de un Papa. En

pocos años, sin esfuerzos, a puros golpes de suerte, había acumulado

una de las más grandes fortunas de la ciénaga, gracias a la proliferación

sobrenatural de sus animales. Sus yeguas parían trillizos, las gallinas

ponían dos veces al día, y los cerdos engordaban con tal desenfreno,

que nadie podía explicarse tan desordenada fecundidad, como no fuera

por artes de magia. «Economiza ahora -le decía Úrsula a su atolondrado

bisnieto-. Esta suerte no te va a durar toda la vida. » Pero Aureliano

Segundo no le ponía atención. Mientras más destapaba champaña para

ensopar a sus amigos, más alocadamente parían sus animales, y más se

convencía él de que su buena estrella no era cosa de su conducta sino

influencia de Petra Cotes, su concubina, cuyo amor tenía la virtud de

exasperar a la naturaleza. Tan persuadido estaba de que era ese el

origen de su fortuna, que nunca tuvo a Petra Cotes lejos de sus crías, y

aun cuando se casó y tuvo hijos, siguió viviendo con ella con el

consentimiento de Fernanda. Sólido, monumental como sus abuelos,

pero con un gozo vital y una simpatía irresistible que ellos no tuvieron,

Aureliano Segundo apenas si tenía tiempo de vigilar sus ganados. Le

bastaba con llevar a Petra Cotes a sus criaderos, y pasearla a caballo

por sus tierras, para que todo animal marcado con su hierro sucumbiera

a la peste irremediable de la proliferación.

Como todas las cosas buenas que les ocurrieron en su larga vida,

aquella fortuna desmandada tuvo origen en la casualidad. Hasta el final

de las guerras, Petra Cotes seguía sosteniéndose con el producto de sus

rifas, y Aureliano Segundo se las arreglaba para saquear de vez en

cuando las alcancías de Úrsula. Formaban una pareja frívola, sin más

preocupaciones que la de acostarse todas las noches, aun en las fechas

prohibidas, y retozar en la cama hasta el amanecer. «Esa mujer ha sido

tu perdición -le gritaba Úrsula al bisnieto cuando lo veía entrar a la casa

como un sonámbulo-. Te tiene tan embobado, que un día de estos te

veré retorciéndote de cólicos, con un sapo metido en la barriga.» José

Arcadio Segundo, que demoró mucho tiempo para descubrir la

suplantación, no lograba entender la pasión de su hermano. Recordaba

a Petra Cotes como una mujer convencional, más bien perezosa en la

cama, y completamente desprovista de recursos para el amor. Sordo al

clamor de Úrsula y a las burlas de su hermano, Aureliano Segundo sólo

pensaba entonces en encontrar un oficio que le permitiera sostener una

casa para Petra Cotes, y morirse con ella, sobre ella y debajo de ella, en

una noche de desafuero febril. Cuando el coronel Aureliano Buendía

volvió a abrir el taller, seducido al fin por los encantos pacíficos de la

vejez, Aureliano Segundo pensó que sería un buen negocio dedicarse a

la fabricación de pescaditos de oro. Pasó muchas horas en el cuartito

caluroso viendo cómo las duras láminas de metal, trabajadas por el

coronel con la paciencia inconcebible del desengaño, se iban

convirtiendo poco a poco en escamas doradas. El oficio le pareció tan

laborioso, y era tan persistente y apremiante el recuerdo de Petra Cotes,

que al cabo de tres semanas desapareció del taller. Fue en esa época

que le dio a Petra Cotes por rifar conejos. Se reproducían y se volvían

adultos con tanta rapidez, que apenas daban tiempo para vender los

números de la rifa. Al principio, Aureliano Segundo no advirtió las

alarmantes proporciones de la proliferación. Pero una noche, cuando ya

nadie en el pueblo quería oír hablar de las rifas de conejos, sintió un

estruendo en la pared del patio. «No te asustes -dijo Petra Cotes-. Son

los conejos.» No pudieron dormir más, atormentados por el tráfago de

los animales. Al amanecer, Aureliano Segundo abrió la puerta y vio el

patio empedrado de conejos, azules en el resplandor del alba. Petra

Cotes, muerta de risa, no resistió la tentación de hacerle una broma.

-Estos son los que nacieron anoche -dijo.

-¡Qué horror! -dijo él-. ¿Por qué no pruebas con vacas? Pocos días

después, tratando de desahogar su patio, Petra Cotes cambió los

conejos por una vaca, que dos meses más tarde parió trillizos. Así

empezaron las cosas. De la noche a la mañana, Aureliano Segundo se

hizo dueño de tierras y ganados, y apenas si tenía tiempo de ensanchar

las caballerizas y pocilgas desbordadas. Era una prosperidad de delirio

que a él mismo le causaba risa, y no podía menos que asumir actitudes

extravagantes para descargar su buen humor. «Apártense, vacas, que la

vida es corta», gritaba. Úrsula se preguntaba en qué enredos se había

metido, si no estaría robando, si no había terminado por volverse

cuatrero, y cada vez que lo veía destapando champaña por el puro

placer de echarse la espuma en la cabeza, le reprochaba a gritos el

desperdicio. Lo molestó tanto, que un día en que Aureliano Segundo

amaneció con el humor rebosado, apareció con un cajón de dinero, una

lata de engrudo y una brocha, y cantando a voz en cuello las viejas

canciones de Francisco el Hombre, empapeló la casa por dentro y por

fuera, y de arriba abajo, con billetes de a peso. La antigua mansión,

pintada de blanco desde los tiempos en que llevaron la pianola, adquirió

el aspecto equivoco de una mezquita. En medio del alboroto de la

familia, del escándalo de Úrsula, del júbilo del pueblo que abarrotó la

calle para presenciar la glorificación del despilfarro, Aureliano Segundo

terminó por empapelar desde la fachada hasta la cocina, inclusive los

baños y dormitorios y arrojó los billetes sobrantes en el patio.

-Ahora -dijo finalmente- espero que nadie en esta casa me vuelva a

hablar de plata.

Así fue. Úrsula hizo quitar los billetes adheridos a las grandes tortas

de cal, y volvió a pintar la casa de blanco. «Dios mío -suplicaba-.

Haznos tan pobres como éramos cuando fundamos este pueblo, no sea

que en la otra vida nos vayas a cobrar esta dilapidación.» Sus súplicas

fueron escuchadas en sentido contrario. En efecto, uno de los

trabajadores que desprendía los billetes tropezó por descuido con un

enorme San José de yeso que alguien había dejado en la casa en los

últimos años de la guerra, y la imagen hueca se despedazó contra el

suelo. Estaba atiborrada de monedas de oro. Nadie recordaba quién

había llevado aquel santo de tamaño natural. «Lo trajeron tres hombres

-explicó Amaranta-. Me pidieron que lo guardáramos mientras pasaba la

lluvia, y yo les dije que lo pusieran ahí, en el rincón, donde nadie fuera a

tropezar con él, y ahí lo pusieron con mucho cuidado, y ahí ha estado

desde entonces, porque nunca volvieron a buscarlo.» En los últimos

tiempos, Ursula le había puesto velas y se había postrado ante él, sin

sospechar que en lugar de un santo estaba adorando casi doscientos

kilogramos de oro. La tardía comprobación de su involuntario paganismo

agravó su desconsuelo. Escupió el espectacular montón de monedas, lo

metió en tres sacos de lona, y lo enterró en un lugar secreto, en espera

de que tarde o temprano los tres desconocidos fueran a reclamaría.

Mucho después, en los años difíciles de su decrepitud, Úrsula solía

intervenir en las conversaciones de los numerosos viajeros que entonces

pasaban por la casa, y les preguntaba si durante la guerra no habían

dejado allí un San José de yeso para que lo guardaran mientras pasaba

la lluvia.

Estas cosas, que tanto consternaban a Úrsula, eran corrientes en

aquel tiempo. Macondo naufragaba en una prosperidad de milagro. Las

casas de barro y cañabrava de los fundadores habían sido reemplazadas

por construcciones de ladrillo, con persianas de madera y pisos de

cemento, que hacían más llevadero el calor sofocante de las dos de la

tarde. De la antigua aldea de José Arcadio Buendía sólo quedaban

entonces los almendros polvorientos destinados a resistir a las

circunstancias más arduas y el río de aguas diáfanas cuyas piedras

prehistóricas fueron pulverizadas por las enloquecidas almádenas de

José Arcadio Segundo, cuando se empeñó en despejar el cauce para

establecer un servicio de navegación. Fue un sueño delirante,

comparable apenas a los de su bisabuelo, porque el lecho pedregoso y

los numerosos tropiezos de la corriente impedían el tránsito desde

Macondo hasta el mar. Pero José Arcadio Segundo, en un imprevisto

arranque de temeridad, se empecinó en el proyecto. Hasta entonces no

había dado ninguna muestra de imaginación. Salvo su precaria aventura

con Petra Cotes, nunca se le había conocido mujer. Úrsula lo tenía como

el ejemplar más apagado que había dado la familia en toda su historia,

incapaz de destacarse ni siquiera como alborotador de galleras, cuando

el coronel Aureliano Buendía le contó la historia del galeón español

encallado a doce kilómetros del mar, cuyo costillar carbonizado vio él

mismo durante la guerra. El relato, que a tanta gente durante tanto

tiempo le pareció fantástico, fue una revelación para José Arcadio

Segundo. Remató sus gallos al mejor postor, reclutó hombres y compró

herramientas, y se empeñó en la descomunal empresa de romper

piedras, excavar canales, despejar escollos y hasta emparejar cataratas.

«Ya esto me lo sé de memoria -gritaba Úrsula-. Es como si el tiempo

diera vueltas en redondo y hubiéramos vuelto al principio.» Cuando

estimó que el río era navegable, José Arcadio Segundo hizo a su

hermano una exposición pormenorizada de sus planes, y éste le dio el

dinero que le hacía falta para su empresa. Desapareció por mucho

tiempo. Se había dicho que su proyecto de comprar un barco no era

más que una triquiñuela para alzarse con el dinero del hermano, cuando

se divulgó la noticia de que una extraña nave se aproximaba al pueblo.

Los habitantes de Macondo, que ya no recordaban las empresas

colosales de José Arcadio Buendía, se precipitaron a la ribera y vieron

con ojos pasmados de incredulidad la llegada del primer y último barco

que atracó jamás en el pueblo. No era más que una balsa de troncos,

arrastrada mediante gruesos cables por veinte hombres que caminaban

por la ribera. En la proa, con un brillo de satisfacción en la mirada, José

Arcadio Segundo dirigía la dispendiosa maniobra. Junto con él llegaba

un grupo de matronas espléndidas que se protegían del sol abrasante

con vistosas sombrillas y tenían en los hombros preciosos pañolones de

seda, y ungüentos de colores en el rostro, flores naturales en el cabello,

y serpientes de oro en los brazos y diamantes en los dientes. La balsa

de troncos fue el único vehículo que José Arcadio Segundo pudo

remontar hasta Macondo, y sólo por una vez, pero nunca reconoció el

fracaso de su empresa sino que proclamó su hazaña como una victoria

de la voluntad. Rindió cuentas escrupulosas a su hermano, y muy

pronto volvió a hundirse en la rutina de los gallos. Lo único que quedó

de aquella desventurada iniciativa fue el soplo de renovación que

llevaron las matronas de Francia, cuyas artes magníficas cambiaron los

métodos tradicionales del amor, y cuyo sentido del bienestar social

arrasó con la anticuada tienda de Catarino y transformó la calle en un

bazar de farolitos japoneses y organillos nostálgicos. Fueron ellas las

promotoras del carnaval sangriento que durante tres días hundió a

Macondo en el delirio, y cuya única consecuencia perdurable fue haberle

dado a Aureliano Segundo la oportunidad de conocer a Fernanda del

Carpio.

Remedios, la bella, fue proclamada reina. Úrsula, que se estremecía

ante la belleza inquietante de la bisnieta, no pudo impedir la elección.

Hasta entonces había conseguido que no saliera a la calle, como no

fuera para ir a misa con Amaranta, pero la obligaba a cubrirse la cara

con una mantilla negra. Los hombres menos piadosos, los que se

disfrazaban de curas para decir misas sacrílegas en la tienda de

Catarino, asistían a la iglesia con el único propósito de ver aunque fuera

un instante el rostro de Remedios, la bella, de cuya hermosura

legendaria se hablaba con un fervor sobrecogido en todo el ámbito de la

ciénaga. Pasó mucho tiempo antes de que lo consiguieran, y más les

hubiera valido que la ocasión no llegara nunca, porque la mayoría de

ellos no pudo recuperar jamás la placidez del sueño. El hombre que lo

hizo posible, un forastero, perdió para siempre la serenidad, se enredó

en los tremedales de la abyección y la miseria, y años después fue

despedazado por un tren nocturno cuando se quedó dormido sobre los

rieles. Desde el momento en que se le vio en la iglesia, con un vestido

de pana verde y un chaleco bordado, nadie puso en duda que iba desde

muy lejos, tal vez de una remota ciudad del exterior, atraído por la

fascinación mágica de Remedios, la bella. Era tan hermoso, tan gallardo

y reposado, de una prestancia tan bien llevada, que Pietro Crespi junto

a él habría parecido un sietemesino, y muchas mujeres murmuraron

entre sonrisas de despecho que era él quien verdaderamente merecía la

mantilla. No alternó con nadie en Macondo. Aparecía al amanecer del

domingo, como un príncipe de cuento, en un caballo con estribos de

plata y gualdrapas de terciopelo, y abandonaba el pueblo después de la

misa.

Era tal el poder de su presencia, que desde la primera vez que se le

vio en la iglesia todo el mundo dio por sentado que entre él y Remedios,

la bella, se había establecido un duelo callado y tenso, un pacto secreto,

un desafío irrevocable cuya culminación no podía ser solamente el amor

sino también la muerte. El sexto domingo, el caballero apareció con una

rosa amarilla en la mano. Oyó la misa de pie, como lo hacía siempre, y

al final se interpuso al paso de Remedios, la bella, y le ofreció la rosa

solitaria. Ella la recibió con un gesto natural, como si hubiera estado

preparada para aquel homenaje, y entonces se descubrió el rostro por

un instante y dio las gracias con una sonrisa. Fue todo cuanto hizo. Pero

no sólo para el caballero, sino para todos los hombres que tuvieron el

desdichado privilegio de vivirlo, aquel fue un instante eterno.

El caballero instalaba desde entonces la banda de música junto a la

ventana de Remedios, la bella, y a veces hasta el amanecer. Aureliano

Segundo fue el único que sintió por él una compasión cordial, y trató de

quebrantar su perseverancia. «No pierda más el tiempo -le dijo una

noche-. Las mujeres de esta casa son peores que las mulas.» Le ofreció

su amistad, lo invitó a bañarse en champaña, trató de hacerle entender

que las hembras de su familia tenían entrañas de pedernal, pero no

consiguió vulnerar su obstinación. Exasperado por las interminables

noches de música, el coronel Aureliano Buendía lo amenazó con curarle

la aflicción a pistoletazos. Nada lo hizo desistir, salvo su propio y

lamentable estado de desmoralización. De apuesto e impecable se hizo

vil y harapiento. Se rumoraba que había abandonado poder y fortuna en

su lejana nación, aunque en verdad no se conoció nunca su origen. Se

volvió hombre de pleitos, pendenciero de cantina, y amaneció revolcado

en sus propias excrecencias en la tienda de Catarino. Lo más triste de su

drama era que Remedios, la bella, no se fijó en él ni siquiera cuando se

presentaba a la iglesia vestido de príncipe. Recibió la rosa amarilla sin la

menor malicia, más bien divertida por la extravagancia del gesto, y se

levantó la mantilla para verle mejor la cara y no para mostrarle la suya.

En realidad, Remedios, la bella, no era un ser de este mundo. Hasta

muy avanzada la pubertad, Santa Sofía de la Piedad tuvo que bañarla y

ponerle la ropa, y aun cuando pudo valerse por sí misma había que

vigilarla para que no pintara animalitos en las paredes con una varita

embadurnada de su propia caca. Llegó a los veinte años sin aprender a

leer y escribir, sin servirse de los cubiertos en la mesa, paseándose

desnuda por la casa, porque su naturaleza se resistía a cualquier clase

de convencionalismos. Cuando el joven comandante de la guardia le

declaró su amor, lo rechazó sencillamente porque la asombró frivolidad.

«Fíjate qué simple es -le dijo a Amaranta-. Dice que se está muriendo

por mi, como si yo fuera un cólico miserere.» Cuando en efecto lo

encontraron muerto junto a su ventana, Remedios, la bella, confirmó su

impresión inicial.

-Ya ven -comentó-. Era completamente simple. Parecía como si una

lucidez penetrante le permitiera ver la realidad de las cosas más allá de

cualquier formalismo. Ese era al menos el punto de vista del coronel

Aureliano Buendía, para quien Remedios, la bella, no era en modo

alguno retrasada mental, como se creía, sino todo lo contrario. «Es

como si viniera de regreso de veinte años de guerra», solía decir.

Úrsula, por su parte, le agradecía a Dios que hubiera premiado a la

familia con una criatura de una pureza excepcional, pero al mismo

tiempo la conturbaba su hermosura, porque le parecía una virtud

contradictoria, una trampa diabólica en el centro de la candidez. Fue por

eso que decidió apartarla del mundo, preservarla de toda tentación

terrenal, sin saber que Remedios, la bella, ya desde el vientre de su

madre, estaba a salvo de cualquier contagio. Nunca le pasó por la

cabeza la idea de que la eligieran reina de la belleza en el pandemónium

de un carnaval. Pero Aureliano Segundo, embullado con la ventolera de

disfrazarse de tigre, llevó al padre Antonio Isabel a la casa para que

convenciera a Úrsula de que el carnaval no era una fiesta pagana, como

ella decía, sino una tradición católica. Finalmente con-vencida, aunque a

regañadientes, dio el consentimiento para la coronación.

La noticia de que Remedios Buendía iba a ser la soberana del festival,

rebasó en pocas horas los límites de la ciénaga, llegó hasta lejanos

territorios donde se ignoraba el inmenso prestigio de su belleza, y

suscitó la inquietud de quienes todavía consideraban su apellido como

un símbolo de la subversión. Era una inquietud infundada. Si alguien

resultaba inofensivo en aquel tiempo, era el envejecido y desencantado

coronel Aureliano Buendía, que poco a poco había ido perdiendo todo

contacto con la realidad de la nación. Encerrado en su taller, su única

relación con el resto del mundo era el comercio de pescaditos de oro.

Uno de los antiguos soldados que vigilaron su casa en los primeros días

de la paz, iba a venderlos a las poblaciones de la ciénaga, y regresaba

cargado de monedas y de noticias. Que el gobierno conservador, decía,

con el apoyo de los liberales, estaba reformando el calendario para que

cada presidente estuviera cien años en el poder. Que por fin se había

firmado el concordato con la Santa Sede, y que había venido desde

Roma un cardenal con una corona de diamantes y en un trono de oro

macizo, y que los ministros liberales se habían hecho retratar de rodillas

en el acto de besarle el anillo. Que la corista principal de una compañía

española, de paso por la capital, había sido secuestrada en su camerino

por un grupo de enmascarados, y el domingo siguiente había bailado

desnuda en la casa de verano del presidente de la república. «No me

hables de política -le decía el coronel-. Nuestro asunto es vender

pescaditos.» El rumor público de que no quería saber nada de la

situación del país porque se estaba enriqueciendo con su taller, provocó

las risas de Úrsula cuando llegó a sus oídos. Con su terrible sentido

práctico, ella no podía entender el negocio del coronel, que cambiaba los

pescaditos por monedas de oro, y luego convertía las monedas de oro

en pescaditos, y así sucesivamente, de modo que tenía que trabajar

cada vez más a medida que más vendía, para satisfacer un círculo

vicioso exasperante. En verdad, lo que le interesaba a él no era el

negocio sino el trabajo. Le hacía falta tanta concentración para engarzar

escamas, incrustar minúsculos rubíes en los ojos, laminar agallas y

montar timones, que no le quedaba un solo vacío para llenarlo con la

desilusión de la guerra. Tan absorbente era la atención que le exigía el

preciosismo de su artesanía, que en poco tiempo envejeció más que en

todos los años de guerra, y la posición le torció la espina dorsal y la

milimetría le desgastó la vista, pero la concentración implacable lo

premió con la paz del espíritu. La última vez que se le vio atender algún

asunto relacionado con la guerra, fue cuando un grupo de veteranos de

ambos partidos solicitó su apoyo para la aprobación de las pensiones

vitalicias, siempre prometidas y siempre en el punto de partida.

«Olvídense de eso -les dijo él-. Ya ven que yo rechacé mi pensión para

quitarme la tortura de estaría esperando hasta la muerte.» Al principio,

el coronel Gerineldo Márquez lo visitaba al atardecer, y ambos se

sentaban en la puerta de la calle a evocar el pasado. Pero Amaranta no

pudo soportar los recuerdos que le suscitaba aquel hombre cansado

cuya calvicie lo precipitaba al abismo de una ancianidad prematura, y lo

atormentó con desaires injustos, hasta que no volvió sino en ocasiones

especiales, y desapareció finalmente anulado por la parálisis. Taciturno,

silencioso, insensible al nuevo soplo de vitalidad que estremecía la casa,

el coronel Aureliano Buendía apenas si comprendió que el secreto de

una buena vejez no es otra cosa que un pacto honrado con la soledad.

Se levantaba a las cinco después de un sueño superficial, tomaba en la

cocina su eterno tazón de café amargo, se encerraba todo el día en el

taller, y a las cuatro de la tarde pasaba por el corredor arrastrando un

taburete, sin fijarse siquiera en el incendio de los rosales, ni en el brillo

de la hora, ni en la impavidez de Amaranta, cuya melancolía hacia un

ruido de marmita perfectamente perceptible al atardecer, y se sentaba

en la puerta de la calle hasta que se lo permitían los mosquitos. Alguien

se atrevió alguna vez a perturbar su soledad.

-¿Cómo está, coronel? -le dijo al pasar.

-Aquí -contestó él-. Esperando que pase mi entierro. De modo que la

inquietud causada por la reaparición pública de su apellido, a propósito

del reinado de Remedios, la bella, carecía de fundamento real. Muchos,

sin embargo, no lo creyeron así. Inocente de la tragedia que lo

amenazaba, el pueblo se desbordó en la plaza pública, en una bulliciosa

explosión de alegría. El carnaval había alcanzado su más alto nivel de

locura, Aureliano Segundo había satisfecho por fin su sueño de

disfrazarse de tigre y andaba feliz entre la muchedumbre desaforada,

ronco de tanto roncar, cuando apareció por el camino de la ciénaga una

comparsa multitudinaria llevando en andas doradas a la mujer más

fascinante que hubiera podido concebir la imaginación. Por un momento,

los pacíficos habitantes de Macondo se quitaron las máscaras para ver

mejor la deslumbrante criatura con corona de esmeraldas y capa de

armiño, que parecía investida de una autoridad legítima, y no

simplemente de una soberanía de lentejuelas y papel crespón. No faltó

quien tuviera la suficiente clarividencia para sospechar que se trataba de

una provocación. Pero Aureliano Segundo se sobrepuso de inmediato a

la perplejidad, declaró huéspedes de honor a los recién llegados, y sentó

salomónicamente a Remedios, la bella, y a la reina intrusa en el mismo

pedestal. Hasta la medianoche, los forasteros disfrazados de beduinos

participaron del delirio y hasta lo enriquecieron con una pirotecnia

suntuosa y unas virtudes acrobáticas que hicieron pensar en las artes de

los gitanos. De pronto, en el paroxismo de la fiesta, alguien rompió el

delicado equilibrio.

-¡Viva el partido liberal! -gritó-. ¡Viva el coronel Aureliano Buendía!

Las descargas de fusilería ahogaron el esplendor de los fuegos

artificiales, y los gritos de terror anularon la música, y el júbilo fue

aniquilado por el pánico. Muchos años después seguiría afirmándose que

la guardia real de la soberana intrusa era un escuadrón del ejército

regular que debajo de sus ricas chilabas escondían fusiles de

reglamento. El gobierno rechazó el cargo en un bando extraordinario y

prometió una investigación terminante del episodio sangriento. Pero la

verdad no se esclareció 1 nunca, y prevaleció para siempre la versión de

que la guardia real, sin provocación de ninguna índole, tomó posiciones

de combate a una seña de su comandante y disparó sin piedad contra la

muchedumbre. Cuando se restableció la calma, no quedaba en el pueblo

uno solo de los falsos beduinos, y quedaron tendidos en la plaza, entre

muertos y heridos, nueve payasos, cuatro colombinas, diecisiete reyes

de baraja, un diablo, tres músicos, dos Pares de Francia y tres

emperatrices japonesas. En la confusión del pánico, José Arcadio

Segundo logró poner a salvo a Remedios, la bella, y Aureliano Segundo

llevó en brazos a la casa a la soberana intrusa, con el traje desgarrado y

la capa de armiño embarrada de sangre. Se llamaba Fernanda del

Carpio. La habían seleccionado como la más hermosa entre las cinco mil

mujeres más hermosas del país, y la habían llevado a Macondo con la

promesa de nombrarla reina de Madagascar. Úrsula se ocupó de ella

como si fuera una hija. El pueblo, en lugar de poner en duda su

inocencia, se compadeció de su candidez. Seis meses después de la

masacre, cuando se restablecieron los heridos y se marchitaron las

últimas flores en la fosa común, Aureliano Segundo fue a buscarla a la

distante ciudad donde vivía con su padre, y se casó con ella en

Macondo, en una fragorosa parranda de veinte días.

XI

El matrimonio estuvo a punto de acabarse a los dos meses porque

Aureliano Segundo, tratando de desagraviar a Petra Cotes, le hizo tomar

un retrato vestida de reina de Madagascar. Cuando Fernanda lo supo

volvió a hacer sus baúles de recién casada y se marchó de Macondo sin

despedirse. Aureliano Segundo la alcanzó en el camino de la ciénaga. Al

cabo de muchas súplicas y propósitos de enmienda logró llevarla de

regreso a la casa, y abandonó a la concubina.

Petra Cotes, consciente de su fuerza, no dio muestras de

preocupación. Ella lo había hecho hombre. Siendo todavía un niño lo

sacó del cuarto de Melquíades, con la cabeza llena de ideas fantásticas y

sin ningún contacto con la realidad, y le dio un lugar en el mundo. La

naturaleza lo había hecho reservado y esquivo, con tendencias a la

meditación solitaria, y ella le había moldeado el carácter opuesto, vital,

expansivo, desabrochado, y le había infundido el júbilo de vivir y el

placer de la parranda y el despilfarro, hasta convertirlo, por dentro y por

fuera, en el hombre con que había soñado para ella desde la

adolescencia. Se había casado, pues, como tarde o temprano se casan

los hijos. Él no se atrevió a anticiparle la noticia. Asumió una actitud tan

infantil frente a la situación que fingía falsos rencores y resentimientos

imaginarios, buscando el modo de que fuera Petra Cotes quien

provocara la ruptura. Un día en que Aureliano Segundo le hizo un

reproche injusto, ella eludió la trampa y puso las cosas en su puesto.

-Lo que pasa -dijo- es que te quieres casar con la reina.

Aureliano Segundo, avergonzado, fingió un colapso de cólera, se

declaró incomprendido y ultrajado, y no volvió a visitarla. Petra Cotes,

sin perder un solo instante su magnífico dominio de fiera en reposo, oyó

la música y los cohetes de la boda, el alocado bullicio de la parranda

pública, como si todo eso no fuera más que una nueva travesura de

Aureliano Segundo. A quienes se compadecieron de su suerte, los

tranquilizó con una sonrisa. «No se preocupen -les dijo-. A mí las reinas

me hacen los mandados,» A una vecina que le llevó velas compuestas

para que alumbrara con ellas el retrato del amante perdido, le dijo con

una seguridad enigmática:

-La única vela que lo hará venir está siempre encendida.

Tal como ella lo había previsto, Aureliano Segundo volvió a su casa

tan pronto como pasó la luna de miel. Llevó a sus amigotes de siempre,

un fotógrafo ambulante y el traje y la capa de armiño sucia de sangre

que Fernanda había usado en el carnaval. Al calor de la parranda que se

prendió esa tarde, hizo vestir de reina a Petra Cotes, la coronó soberana

absoluta y vitalicia de Madagascar, y repartió copias del retrato entre

sus amigos. Ella no sólo se prestó al juego, sino que se compadeció

íntimamente de él, pensando que debía estar muy asustado cuando

concibió aquel extravagante recurso de reconciliación. A las siete de la

noche, todavía vestida de reina, lo recibió en la cama. Tenía apenas dos

meses de casado, pero ella se dio cuenta enseguida de que las cosas no

andaban bien en el lecho nupcial, y experimentó el delicioso placer de la

venganza consumada. Dos días después, sin embargo, cuando él no se

atrevió a volver, sino que mandó un intermediario para que arreglara los

términos de la separación, ella comprendió que iba a necesitar más

paciencia de la prevista, porque él parecía dispuesto a sacrificarse por

las apariencias. Tampoco entonces se alteró. Volvió a facilitar las cosas

con una sumisión que confirmó la creencia generalizada de que era una

pobre mujer, y el único recuerdo que conservó de Aureliano Segundo

fue un par de botines de charol que, según él mismo había dicho, eran

los que quería llevar puestos en el ataúd. Los guardó envueltos en

trapos en el fondo de un baúl, y se preparó para apacentar una espera

sin desesperación.

-Tarde o temprano tiene que venir -se dijo-, aunque sólo sea a

ponerse estos botines.

No tuvo que esperar tanto como suponía. En realidad Aureliano

Segundo comprendió desde la noche de bodas que volvería a casa de

Petra Cotes mucho antes de que tuviera necesidad de ponerse los

botines de charol: Fernanda era una mujer perdida para el mundo.

Había nacido y crecido a mil kilómetros del mar, en una ciudad lúgubre

por cuyas callejuelas de piedra traqueteaban todavía, en noches de

espantos, las carrozas de los virreyes. Treinta y dos campanarios

tocaban a muerto a las seis de la tarde. En la casa señorial embaldosada

de losas sepulcrales jamás se conoció el sol. El aire había muerto en los

cipreses del patio, en las pálidas colgaduras de los dormitorios, en las

arcadas rezumantes del jardín de los nardos. Fernanda no tuvo hasta la

pubertad otra noticia del que los melancólicos ejercicios de piano

ejecutados en alguna casa vecina por alguien que durante años y años

se permitió el albedrío de no hacer la siesta. En el cuarto de su madre

enferma, verde y amarilla bajo la polvorienta luz de los vitrales,

escuchaba las escalas metódicas, tenaces, descorazonadas, y pensaba

que esa música estaba en el mundo mientras ella se consumía tejiendo

coronas de palmas fúnebres. Su madre, sudando la calentura de las

cinco, le hablaba del esplendor del pasado. Siendo muy niña, una noche

de luna, Fernanda vio una hermosa mujer vestida de blanco que

atravesó el jardín hacia el oratorio. Lo que más le inquietó de aquella

visión fugaz fue que la sintió exactamente igual a ella, como si se

hubiera visto a sí misma con veinte años de anticipación. «Es tu

bisabuela, la reina -le dijo su madre en las treguas de la tos-. Se murió

de un mal aire que le dio al cortar una vara de nardos.» Muchos años

después, cuando empezó a sentirse igual a su bisabuela, Fernanda puso

en duda la visión de la infancia, pero la madre la reprochó su

incredulidad.

-Somos inmensamente ricos y poderosos -le dijo-. Un día serás reina.

Ella lo creyó, aunque sólo ocupaban la larga mesa con manteles de

lino y servicios de plata, para tomar una taza de chocolate con agua y

un pan de dulce. Hasta el día de la boda soñó con un reinado de

leyenda, a pesar de que su padre, don Fernando, tuvo que hipotecar la

casa para comprarle el ajuar. No era ingenuidad ni delirio de grandeza.

Así la educaron. Desde que tuvo uso de razón recordaba haber hecho

sus necesidades en una bacinilla de oro con el escudo de armas de la

familia. Salió de la casa por primera vez a los doce años, en un coche de

caballos que sólo tuvo que recorrer dos cuadras 11 para llevarla al

convento. Sus compañeras de clases se sorprendieron de que la

tuvieran apartada, en una silla de espaldar muy alto, y de que ni

siquiera se mezclara con ellas durante el recreo. «Ella es distinta -

explicaban las monjas-. Va a ser reina.» Sus compañeras lo creyeron,

porque ya entonces era la doncella más hermosa, distinguida y discreta

que habían visto jamás. Al cabo de ocho años, habiendo aprendido a

versificar en latín, a tocar el clavicordio, a conversar de cetrería con los

caballeros y de apologética con los arzobispos, a dilucidar asuntos de

estado con los gobernantes extranjeros y asuntos de Dios con el Papa,

volvió a casa de sus padres a tejer palmas fúnebres. La encontró

saqueada. Quedaban apenas los muebles indispensables, los

candelabros y el servicio de plata, porque los útiles domésticos habían

sido vendidos, uno a uno, para sufragar los gastos de su educación. Su

madre había sucumbido a la calentura de las cinco. Su padre, don

Fernando, vestido de negro, con el cuello laminado y una leontina de oro

atravesada en el pecho, le daba los lunes una moneda de plata para los

gastos domésticos, y se llevaba las coronas fúnebres terminadas la

semana anterior. Pasaba la mayor parte del día encerrado en el

despacho, y en las pocas ocasiones en que salía a la calle regresaba

antes de las seis, para acompañarla a rezar el rosario. Nunca llevó

amistad íntima con nadie. Nunca oyó hablar de las guerras que

desangraron el país. Nunca dejó de oír los ejercicios de piano a las tres

de la tarde. Empezaba inclusive a perder la ilusión de ser reina, cuando

sonaron dos aldabonazos perentorios en el portón, y le abrió a un militar

apuesto, de ademanes ceremoniosos, que tenía una cicatriz en la mejilla

y una medalla de oro en el pecho. Se encerró con su padre en el

despacho. Dos horas después, su padre fue a buscarla al costurero.

«Prepare sus cosas -le dijo-. Tiene que hacer un largo viaje.» Fue así

como la llevaron a Macondo. En un solo día, con un zarpazo brutal, la

vida le echó encima todo el peso de una realidad que durante años le

habían escamoteado sus padres. De regreso a casa se encerró en el

cuarto a llorar, indiferente a las súplicas y explicaciones de don

Fernando, tratando de borrar la quemadura de aquella burla inaudita. Se

había prometido no abandonar el dormitorio hasta la muerte, cuando

Aureliano Segundo llegó a buscarla. Fue un golpe de suerte

inconcebible, porque en el aturdimiento de la indignación, en la furia de

la vergüenza, ella le había mentido para que nunca conociera su

verdadera identidad. Las únicas pistas reales de que disponía Aureliano

Segundo cuando salió a buscarla eran su inconfundible dicción del

páramo y su oficio de tejedora de palmas fúnebres. La buscó sin piedad.

Con la temeridad atroz con que José Arcadio Buendía atravesó la sierra

para fundar a Macondo, con el orgullo ciego con que el coronel Aureliano

Buendía promovió sus guerras inútiles, con la tenacidad insensata con

que Úrsula aseguró la supervivencia de la estirpe, así buscó Aureliano

Segundo a Fernanda, sin un solo instante de desaliento. Cuando

preguntó dónde vendían palmas fúnebres, lo llevaron de casa en casa

para que escogiera las mejores. Cuando preguntó dónde estaba la mujer

más bella que se había dado sobre la tierra, todas las madres le llevaron

a sus hijas. Se extravió por desfiladeros de niebla, por tiempos

reservados al olvido, por laberintos de desilusión. Atravesó un páramo

amarillo donde el eco repetía los pensamientos y la ansiedad provocaba

espejismos premonitorios. Al cabo de semanas estériles, llegó a una

ciudad desconocida donde todas las campanas tocaban a muerto.

Aunque nunca los había visto, ni nadie se los había descrito, reconoció

de inmediato los muros carcomidos por la sal de los huesos, los

decrépitos balcones de maderas destripadas por los hongos, y clavado

en el portón y casi borrado por la lluvia el cartoncito más triste del

mundo: Se venden palmas fúnebres. Desde entonces hasta la mañana

helada en que Fernanda abandonó la casa al cuidado de la Madre

Superiora apenas si hubo tiempo para que las monjas cosieran el ajuar,

y metieran en seis baúles los candelabros, el servicio de plata y la

bacinilla de oro, y los incontables e inservibles destrozos de una

catástrofe familiar que había tardado dos siglos en consumarse. Don

Fernando declinó la invitación de acompañarlos. Prometió ir más tarde,

cuando acabara de liquidar sus compromisos, y desde el momento en

que le echó la bendición a su hija volvió a encerrarse en el despacho, a

escribirle las esquelas con viñetas luctuosas y el escudo de armas de la

familia que habían de ser el primer contacto humano que Fernanda y su

padre tuvieran en toda la vida. Para ella, esa fue la fecha real de su

nacimiento. Para Aureliano Segundo fue casi al mismo tiempo el

principio y el fin de la felicidad.

Fernanda llevaba un precioso calendario con llavecitas doradas en el

que su director espiritual había marcado con tinta morada las fechas de

abstinencia venérea. Descontando la Semana Santa, los domingos, las

fiestas de guardar, los primeros viernes, los retiros, los sacrificios y los

impedimentos cíclicos, su anuario útil quedaba reducido a 42 días

desperdigados en una maraña de cruces moradas. Aureliano Segundo,

convencido de que el tiempo echaría por tierra aquella alambrada hostil,

prolongó la fiesta de la boda más allá del término previsto. Agotada de

tanto mandar al basurero botellas vacías de brandy y champaña para

que no congestionaran la casa, y al mismo tiempo intrigada de que los

recién casados durmieran a horas distintas y en habitaciones separadas

mientras continuaban los cohetes y la música y los sacrificios de reses,

Úrsula recordó su propia experiencia y se preguntó si Fernanda no

tendría también un cinturón de castidad que tarde o temprano

provocara las burlas del pueblo y diera origen a una tragedia. Pero

Fernanda le confesó que simplemente estaba dejando pasar dos

semanas antes de permitir el primer contacto con su esposo.

Transcurrido el término, en efecto, abrió la puerta de su dor-mitorio con

la resignación al sacrificio con que lo hubiera hecho una víctima

expiatoria, y Aureliano Segundo vio a la mujer más bella de la tierra,

con sus gloriosos ojos de animal asustado y los largos cabellos color de

cobres extendidos en la almohada. Tan fascinado estaba con la visión,

que tardó un instante en darse cuenta de que Fernanda se había puesto

un camisón blanco, largo hasta los tobillos y con mangas hasta los

puños, y con un ojal grande y redondo primorosamente ribeteado a la

altura del vientre. Aureliano Segundo no pudo reprimir una explosión de

risa.

-Esto es lo más obsceno que he visto en mi vida -gritó, con una

carcajada que resonó en toda la casa-. Me casé con una hermanita de la

caridad.

Un mes después, no habiendo conseguido que la esposa se quitara el

camisón, se fue a hacer el retrato de Petra Cotes vestida de reina. Más

tarde, cuando logró que Fernanda regresara a casa, ella cedió a sus

apremios en la fiebre de la reconciliación, pero no supo proporcionarle el

reposo con que él soñaba cuando fue a buscarla a la ciudad de los

treinta y dos campanarios. Aureliano Segundo sólo encontró en ella un

hondo sentimiento de desolación. Una noche, poco antes de que naciera

el primer hijo, Fernanda se dio cuenta de que su marido había vuelto en

secreto al lecho de Petra Cotes.

-Así es -admitió él. Y explicó en un tono de postrada resignación-:

tuve que hacerlo, para que siguieran pariendo los animales.

Le hizo falta un poco de tiempo para convencerla de tan peregrino

expediente, pero cuando por fin lo consiguió, mediante pruebas que

parecieron irrefutables, la única promesa que le impuso Fernanda fue

que no se dejara sorprender por la muerte en la cama de su concubina.

Así continuaron viviendo los tres, sin estorbarse, Aureliano Segundo

puntual y cariñoso con ambas, Petra Cotes pavoneándose de la

reconciliación, y Fernanda fingiendo que ignoraba la verdad.

El pacto no logró, sin embargo, que Fernanda se incorporara a la

familia. En vano insistió Úrsula para que tirara la golilla de lana con que

se levantaba cuando había hecho el amor, y que provocaba los

cuchicheos de los vecinos. No logró convencerla de que utilizara el baño,

o el beque nocturno, y de que le vendiera la bacinilla de oro al coronel

Aureliano Buendía para que la convirtiera en pescaditos. Amaranta se

sintió tan incómoda con su dicción viciosa, y con su hábito de usar un

eufemismo para designar cada cosa, que siempre hablaba delante de

ella en jerigonza.

-Esfetafa -decía- esfe defe lasfa quefe lesfe tifiefenenfe asfacofo afa

sufu profopifiafa mifierfedafa.

Un día, irritada con la burla, Fernanda quiso saber qué era lo que

decía Amaranta, y ella no usó eufemismos para contestarle.

-Digo -dijo- que tú eres de las que confunden el culo con las

témporas.

Desde aquel día no volvieron a dirigirse la palabra. Cuando las

obligaban las circunstancias, se mandaban recados, o se decían las

cosas indirectamente. A pesar de la visible hostilidad la familia,

Fernanda no renunció a la voluntad de imponer los hábitos de sus

mayores. Terminó con la costumbre de comer en la cocina, y cuando

cada quien tenía hambre, e impuso la obligación de hacerlo a horas

exactas en la mesa grande del comedor arreglada con manteles de lino,

y con los candelabros y el servicio de plata. La solemnidad de un acto

que Úrsula había considerado siempre como el más sencillo de la vida

cotidiana creó un ambiente de estiramiento contra el cual se reveló

primero que nadie el callado José Arcadio Segundo. Pero la costumbre

se impuso, así como la de rezar el rosario antes de la cena, y llamó

tanto la atención de los vecinos, que muy pronto circuló el rumor de que

los Buendía no se sentaban a la mesa como los otros mortales, sino que

habían convertido el acto de comer en una misa mayor. Hasta las

supersticiones de Úrsula, surgidas más bien de la inspiración

momentánea que de la tradición, entraron en conflicto con las que

Fernanda heredó de sus padres, y que estaban perfectamente definidas

y catalogadas para cada ocasión. Mientras Úrsula disfrutó del dominio

pleno de sus facultades, subsistieron algunos de los antiguos hábitos y

la vida de la familia conservó una cierta influencia de sus corazonadas,

pero cuando perdió la vista y el peso de los años la relegó a un rincón,

el círculo de rigidez iniciado por Fernanda desde el momento en que

llegó terminó por cerrarse completamente, y nadie más que ella

determinó el destino de la familia. El negocio de repostería y animalitos

de caramelo, que Santa Sofía de la Piedad mantenía por voluntad de

Úrsula, era considerado por Fernanda como una actividad indigna, y no

tardó en liquidarlo. Las puertas de la casa, abiertas de par en par desde

el amanecer hasta la hora de acostarse, fueron cerradas durante la

siesta, con el pretexto de que el sol recalentaba los dormitorios, y

finalmente se ce-rraron para siempre. El ramo de sábila y el pan que

estaban colgados en el dintel desde los tiempos de la fundación fueron

reemplazados por un nicho del Corazón de Jesús. El coronel Aureliano

Buendía alcanzó a darse cuenta de aquellos cambios y previó sus

consecuencias. «Nos estamos volviendo gente fina -protestaba-. A este

paso, terminaremos peleando otra vez contra el régimen conservador,

pero ahora para poner un rey en su lugar.» Fernanda, con muy buen

tacto, se cuidó de no tropezar con él. Le molestaba íntimamente su

espíritu independiente, su resistencia a toda forma de rigidez social. La

exasperaban sus tazones de café a las cinco, el desorden de su taller, su

manta deshilachada y su costumbre de sentarse en la puerta de la calle

al atardecer. Pero tuvo que permitir esa pieza suelta del mecanismo

familiar, porque tenía la certidumbre de que el viejo coronel era un

animal apaciguado por los años y la desilusión, que en un arranque de

rebeldía senil podría desarraigar los cimientos de la casa. Cuando su

esposo decidió ponerle al primer hijo el nombre del bisabuelo, ella no se

atrevió a oponerse, porque sólo tenía un año de haber llegado. Pero

cuando nació la primera hija expresó sin reservas su deter-minación de

que se llamara Renata, como su madre. Úrsula había resuelto que se

llamara Remedios. Al cabo de una tensa controversia, en la que

Aureliano Segundo actuó como mediador divertido, la bautizaron con el

nombre de Renata Remedios, pero Fernanda la siguió llamando Renata a

secas, mientras la familia de su marido y todo el pueblo siguieron

llamándola Meme, diminutivo de Remedios.

Al principio, Fernanda no hablaba de su familia, pero con el tiempo

empezó a idealizar a su padre. Hablaba de él en la mesa como un ser

excepcional que había renunciado a toda forma de vanidad, y se estaba

convirtiendo en santo. Aureliano Segundo, asombrado de la

intempestiva magnificación del suegro, no resistía a la tentación de

hacer pequeñas burlas a espaldas de su esposa. El resto de la familia

siguió el ejemplo. La propia Úrsula, que era en extremo celosa de la

armonía familiar y que sufría en secreto con las fricciones domésticas,

se permitió decir alguna vez que el pequeño tataranieto tenía asegurado

su porvenir pontifical, porque era «nieto de santo e hijo de reina y de

cuatrero». A pesar de aquella sonriente conspiración, los niños se

acostumbraron a pensar en el abuelo como en un ser legendario, que les

transcribía versos piadosos en las cartas y les mandaba en cada Navidad

un cajón de regalos que apenas si cabía por la puerta de la calle. Eran,

en realidad, los últimos desperdicios del patrimonio señorial. Con ellos

se construyó en el dormitorio de los niños un altar con santos de

tamaño natural, cuyos ojos de vidrio les imprimían una inquietante

apariencia de vida y cuyas ropas de paño artísticamente bordadas eran

mejores que las usadas jamás por ningún habitante de Macondo. Poco a

poco, el esplendor funerario de la antigua y helada mansión se fue

trasladando a la luminosa casa de los Buendía. «Ya nos han mandado

todo el cementerio familiar -comentó Aureliano Segundo en cierta

ocasión-. Sólo faltan los sauces y las losas sepulcrales.» Aunque en los

cajones no llegó nunca nada que sirviera a los niños para jugar, éstos

pasaban el año esperando a diciembre, porque al fin y al cabo los

anticuados y siempre imprevisibles regalos constituían una novedad en

la casa. En la décima Navidad, cuando ya el pequeño José Arcadio se

preparaba para viajar al seminario, llegó con más anticipación que en

los años anteriores el enorme cajón del abuelo, muy bien clavado e

impermeabilizado con brea, y dirigido con el habitual letrero de

caracteres góticos a la muy distinguida señora doña Fernanda del Carpio

de Buendía. Mientras ella leía la carta en el dormitorio, los niños se

apresuraron a abrir la caja. Ayudados como de costumbre por Aureliano

Segundo, rasparon los sellos de brea, desclavaron la tapa, sacaron el

aserrín protector, y encontraron dentro un largo cofre de plomo cerrado

con pernos de cobre. Aureliano Segundo quitó los ocho pernos, ante la

impaciencia de los niños, y apenas tuvo tiempo de lanzar un grito y

hacerlos a un lado, cuando levantó la plataforma de plomo y vio a don

Fernando vestido de negro y con un crucifijo en el pecho, con la piel

reventada en eructos pestilentes y cocinándose a fuego lento en un

espumoso y borboritante caldo de perlas vivas.

Poco después del nacimiento de la niña, se anunció el inesperado

jubileo del coronel Aureliano Buendía, ordenado por el gobierno para

celebrar un nuevo aniversario del tratado de Neerlandia. Fue una

determinación tan inconsecuente con la política oficial, que el coronel se

pronunció violentamente contra ella y rechazó el homenaje. «Es la

primera vez que oigo la palabra jubileo -decía-. Pero cualquier cosa que

quiera decir, no puede ser sino una burla.» El estrecho taller de

orfebrería se llenó de emisarios. Volvieron, mucho más viejos y mucho

más solemnes, los abogados de trajes oscuros que en otro tiempo

revolotearon como cuervos en torno al coronel. Cuando éste los vio

aparecer, como en otro tiempo llegaban a empantanar la guerra, no

pudo soportar el cinismo de sus panegíricos. Les ordenó que lo dejaran

en paz, insistió que él no era un prócer de la nación como ellos decían,

sino un artesano sin recuerdos, cuyo único sueño era morirse de

cansancio en el olvido y la miseria de sus pescaditos de oro. Lo que más

le indignó fue la noticia de que el propio presidente de la república

pensaba asistir a los actos de Macondo para imponerle la Orden del

Mérito. El coronel Aureliano Buendía le mandó a decir, palabra por

palabra, que esperaba con verdadera ansiedad aquella tardía pero

merecida ocasión de darle un tiro no para cobrarle las arbitrariedades y

anacronismos de su régimen, sino por faltarle el respeto a un viejo que

no le hacía mal a nadie. Fue tal la vehemencia con que pronunció la

amenaza, que el presidente de la república canceló el viaje a última

hora y le mandó la condecoración con un representante personal. El

coronel Gerineldo Márquez, asediado por pre-siones de toda índole,

abandonó su lecho de paralítico para persuadir a su antiguo compañero

de armas. Cuando éste vio aparecer el mecedor cargado por cuatro

hombres y vio sentado en él, entre grandes almohadas, al amigo que

compartió sus Victorias e infortunios desde la juventud, no dudó un solo

instante de que hacía aquel esfuerzo para expresarle su solidaridad.

Pero cuando conoció el verdadero propósito de su visita, lo hizo sacar

del taller.

-Demasiado tarde me convenzo -le dijo- que te habría hecho un gran

favor si te hubiera dejado fusilar.

De modo que el jubileo se llevó a cabo sin asistencia de ninguno de

los miembros de la familia. Fue una casualidad que coincidiera con la

semana de carnaval, pero nadie logró quitarle al coronel Aureliano

Buendía la empecinada idea de que también aquella coincidencia había

sido prevista por el gobierno para recalcar la crueldad de la burla. Desde

el taller solitario oyó las músicas marciales, la artillería de aparato, las

campanas del Te Deum, y algunas frases de los discursos pronunciados

frente a la casa cuando bautizaron la calle con su nombre. Los ojos se le

humedecieron de indignación, de rabiosa impotencia, y por primera vez

desde la derrota se dolió de no tener los arrestos de la juventud para

promover una guerra sangrienta que borrara hasta el último vestigio del

régimen conservador. No se habían extinguido los ecos del homenaje,

cuando Úrsula llamó a la puerta del taller.

-No me molesten -dijo él-. Estoy ocupado.

-Abre -insistió Úrsula con voz cotidiana-. Esto no tiene nada que ver

con la fiesta.

Entonces el coronel Aureliano Buendía quitó la tranca, y vio en la

puerta diecisiete hombres de los más variados aspectos, de todos los

tipos y colores, pero todos con un aire solitario que habría bastado para

identificarlos en cualquier lugar de la tierra. Eran sus hijos. Sin ponerse

de acuerdo, sin conocerse entre sí, habían llegado desde los más

apartados rincones del litoral cautivados por el ruido del jubileo. Todos

llevaban con orgullo el nombre de Aureliano, y el apellido de su madre.

Durante los tres días que permanecieron en la casa, para satisfacción de

Úrsula y escándalo de Fernanda, ocasionaron trastornos de guerra.

Amaranta buscó entre antiguos papeles la libreta de cuentas donde

Úrsula había apuntado los nombres y las fechas de nacimiento y

bautismo de todos, y agregó frente al espacio correspondiente a cada

uno el domicilio actual. Aquella lista habría permitido hacer una

recapitulación de veinte años de guerra. Habrían podido reconstruirse

con ella los itinerarios nocturnos del coronel, desde la madrugada en

que salió de Macondo al frente de veintiún hombres hacia una rebelión

quimérica, hasta que regresó por última vez envuelto en la manta

acartonada de sangre. Aureliano Segundo no desperdició la ocasión de

festejar a los primos con una estruendosa parranda de champaña y

acordeón, que se interpretó como un atrasado ajuste de cuentas con el

carnaval malogrado por el jubileo. Hicieron añicos media vajilla,

destrozaron los rosales persiguiendo un toro para mantearlo, mataron

las gallinas a tiros, obligaron a bailar a Amaranta los valses tristes de

Pietro Crespi, consiguieron que Remedios, la bella, se pusiera unos

pantalones de hombre para subirse a la cucaña, y soltaron en el

comedor un cerdo embadurnado de sebo que revolcó a Fernanda, pero

nadie lamentó los percances, porque la casa se estremeció con un

terremoto de buena salud. El coronel Aureliano Buendía, que al principio

los recibió con desconfianza y hasta puso en duda la filiación de algunos,

se divirtió con sus locuras, y antes de que se fueran le regaló a cada uno

un pescadito de oro. Hasta el esquivo José Arcadio Segundo les ofreció

una tarde de gallos, que estuvo a punto de terminar en tragedia, porque

varios de los Aurelianos eran tan duchos en componendas de galleras

que descubrieron al primer golpe de vista las triquiñuelas del padre

Antonio Isabel Aureliano Segundo, que vio las ilimitadas perspectivas de

parranda que ofrecía aquella desaforada parentela, decidió que todos se

quedaran a trabajar con él. El único que acepto fue Aureliano Triste, un

mulato grande con los ímpetus y el espíritu explorador del abuelo, que

ya había probado fortuna en medio mundo, y le daba lo mismo quedarse

en cualquier parte Los otros, aunque todavía estaban solteros,

consideraban resuelto su destino. Todos eran artesanos hábiles,

hombres de su casa gente de paz. El miércoles de ceniza, antes de que

volvieran a dispersarse en el litoral, Amaranta consiguió que se pusieran

ropas dominicales y la acompañaran a la iglesia Mas divertidos que

piadosos, se dejaron conducir hasta el comulgatorio donde el padre

Antonio Isabel les puso en la frente la cruz de ceniza De regreso a casa,

cuando el menor quiso limpiarse la frente descubrió que la mancha era

indeleble, y que lo eran también las de sus hermanos. Probaron con

agua y jabón con tierra y estropajo, y por último con piedra pómez y

lejía y no con siguieron borrarse la cruz. En cambio, Amaranta y los

demás que fueron a misa se la quitaron sin dificultad. «Así van mejor -

los despidió Úrsula-. De ahora en adelante nadie podrá confundirlos.»

Se fueron en tropel, precedidos por la banda de músicos y reventando

cohetes, y dejaron en el pueblo la impresión de que la estirpe de los

Buendía tenía semillas para muchos siglos. Aureliano Triste, con su cruz

de ceniza en la frente, instaló en las afueras del pueblo la fábrica de

hielo con que soñó José Arcadio Buendía en sus delirios de inventor.

Meses después de su llegada, cuando ya era conocido y apreciado,

Aureliano Triste andaba buscando una casa para llevar a su madre y a

una hermana soltera (que no era hija del coronel) y se interesó por el

caserón decrépito que parecía abandonado en una esquina de la plaza.

Preguntó quién era el dueño. Alguien le dijo que era una casa de nadie,

donde en otro tiempo vivió una viuda solitaria que se alimentaba de

tierra y cal de las paredes, y que en sus últimos años sólo se le vio dos

veces en la calle con un sombrero de minúsculas flores artificiales y

unos zapatos color de plata antigua, cuando atravesó la plaza hasta la

oficina de correos para mandarle cartas al obispo. Le dijeron que su

única compañera fue una sirvienta desalmada que mataba perros y

gatos y cuanto animal penetraba a la casa, y echaba los cadáveres en

mitad de la calle para fregar al pueblo con la hedentina de la

putrefacción. Había pasado tanto tiempo desde que el sol momificó el

pellejo vacío del último animal, que todo el mundo daba por sentado

que la dueña de casa y la sirvienta habían muerto mucho antes de que

terminaran las guerras, y que si todavía la casa estaba en pie era

porque no habían tenido en años recientes un invierno riguroso o un

viento demoledor. Los goznes desmigajados por el óxido, las puertas

apenas sostenidas por cúmulos de telaraña, las ventanas soldadas por la

humedad y el piso roto por la hierba y las flores silvestres, en cuyas

grietas anidaban los lagartos y toda clase de sabandijas, parecían

confirmar la versión de que allí no había estado un ser humano por lo

menos en medio siglo. Al impulsivo Aureliano Triste no le hacían falta

tantas pruebas para proceder. Empujó con el hombro la puerta principal,

y la carcomida armazón de madera se derrumbó sin estrépito, en un

callado cataclismo de polvo y tierra de nidos de comején. Aureliano

Triste permaneció en el umbral, esperando que se desvaneciera la

niebla, y entonces vio en el centro de la sala a la escuálida mujer

vestida todavía con ropas del siglo anterior, con unas pocas hebras

amarillas en el cráneo pelado, y con unos ojos grandes, aún hermosos,

en los cuales se habían apagado las últimas estrellas de la esperanza, y

el pellejo del rostro agrietado por la aridez de la soledad. Estremecido

por la visión de otro mundo, Aureliano Triste apenas se dio cuenta de

que la mujer lo estaba apuntando con una anticuada pistola de militar.

-Perdone -murmuro.

Ella permaneció inmóvil en el centro de la sala atiborrada de

cachivaches, examinando palmo a palmo al gigante de espaldas

cuadradas con un tatuaje de ceniza en la frente, y a través de la neblina

del polvo lo vio en la neblina de otro tiempo, con una escopeta de dos

cañones terciada a la espalda y no sartal de conejos en la mano.

-¡Por el amor de Dios -exclamó en voz baja-, no es justo que ahora

me vengan con este recuerdo!

-Quiero alquilar la casa -dijo Aureliano Triste.

La mujer levantó entonces la pistola, apuntando con pulso firme la

cruz de ceniza, y montó el gatillo con una determinación inapelable.

-Váyase -ordenó.

Aquella noche, durante la cena, Aureliano Triste le contó el episodio a

la familia, y Úrsula lloró de consternación. «Dios santo -exclamó

apretándose la cabeza con las manos-. ¡Todavía está viva!» El tiempo,

las guerras, los incontables desastres cotidianos la habían hecho

olvidarse de Rebeca. La única que no había perdido un solo instante la

conciencia de que estaba viva, pudriéndose en su sopa de larvas, era la

implacable y envejecida Amaranta. Pensaba en ella al amanecer, cuando

el hielo del corazón la despertaba en la cama solitaria, y pensaba en ella

cuando se jabonaba los senos marchitos y el vientre macilento, y

cuando se ponía los blancos pollerines y corpiños de olán de la vejez, y

cuando se cambiaba en la mano la venda negra de la terrible expiación.

Siempre, a toda hora dormida y despierta, en los instantes más

sublimes y en los mas abyectos, Amaranta pensaba en Rebeca, porque

la soledad le había seleccionado los recuerdos, y había incinerado los

entorpece dores montones de basura nostálgica que la vida había

acumulado en su corazón, y había purificado, magnificado y eternizado

los otros, los más amargos. Por ella sabia Remedios la bella, de la

existencia de Rebeca. Cada vez que pasaban por la casa decrépita le

contaba un incidente ingrato una fábula de oprobio, tratando en esa

forma de que su extenuante rencor fuera compartido por la sobrina, y

por consiguiente prolongado más allá de la muerte, pero no consiguió

sus propósitos porque Remedios era inmune a toda clase de

sentimientos apasionados, y mucho más a los ajenos. Úrsula, en

cambio, que había sufrido un proceso contrario al de Amaranta, evocó a

Rebeca con un recuerdo limpio de impurezas, pues la imagen de la

criatura de lástima que llevaron a la casa con el talego de huesos de sus

padres prevaleció sobre la ofensa que la hizo indigna de continuar

vinculada al tronco familiar. Aureliano Segundo resolvió que había que

llevarla a la casa y protegerla pero su buen propósito fue frustrado por

la inquebrantable intransigencia de Rebeca, que había necesitado

muchos anos de sufrimiento y miseria para conquistar los privilegios de

la soledad y no estaba dispuesta a renunciar a ellos a cambio de una

vejez perturbada por los falsos encantos de la misericordia.

En febrero, cuando volvieron los dieciséis hijos del coronel Aureliano

Buendía, todavía marcados con la cruz de ceniza, Aureliano Triste les

habló de Rebeca en el fragor de la parranda, y en medio día restauraron

la apariencia de la casa, cambiaron puertas y ventanas, pintaron la

fachada de colores alegres, apuntalaron las paredes y vaciaron cemento

nuevo en el piso, pero no obtuvieron autorización para continuar las

reformas en el interior. Rebeca ni siquiera se asomó a la puerta. Dejó

que terminaran la atolondrada restauración, y luego hizo un cálculo de

los costos y les mandó con Argénida, la vieja sirvienta que seguía

acompañándola, un puñado de monedas retiradas de la circulación

desde la última guerra, y que Rebeca seguía creyendo útiles. Fue

entonces cuando se supo hasta qué punto inconcebible había llegado su

desvinculación con el mundo, y se comprendió que sería imposible

rescatarla de su empecinado encierro mientras le quedara un aliento de

vida.

En la segunda visita que hicieron a Macondo los hijos del coronel

Aureliano Buendía, otro de ellos, Aureliano Centeno, se quedó

trabajando con Aureliano Triste. Era uno de los primeros que habían

llegado a la casa para el bautismo, y Úrsula y Amaranta lo recordaban

muy bien porque había destrozado en pocas horas cuanto objeto

quebradizo pasó por sus manos. El tiempo había moderado su primitivo

impulso de crecimiento, y era un hombre de estatura mediana marcado

con cicatrices de viruela, pero su asombroso poder de destrucción

manual continuaba intacto. Tantos platos rompió, inclusive sin tocarlos,

que Fernanda optó por comprarle un servicio de peltre antes de que

liquidara las últimas piezas de su costosa vajilla, y aun los resistentes

platos metálicos estaban al poco tiempo desconchados y torcidos. Pero a

cambio de aquel poder irremediable, exasperante inclusive para él

mismo, tenía una cordialidad que suscitaba la confianza inmediata, y

una estupenda capacidad de trabajo. En poco tiempo incrementó de tal

modo la producción de hielo, que rebasó el mercado local, y Aureliano

Triste tuvo que pensar en la posibilidad de extender el negocio a otras

poblaciones de la ciénaga. Fue entonces cuando concibió el paso

decisivo no sólo para la modernización de su industria, sino para

vincular la población con el resto del mundo.

-Hay que traer el ferrocarril -dijo.

Fue la primera vez que se oyó esa palabra en Macondo. Ante el dibujo

que trazó Aureliano Triste en la mesa, y que era un descendiente directo

de los esquemas con que José Arcadio Buendía ilustró el proyecto de la

guerra solar, Úrsula confirmó su impresión de que el tiempo estaba

dando vueltas en redondo. Pero al contrario de su abuelo, Aureliano

Triste no perdía el sueño ni el apetito, ni atormentaba a nadie con crisis

de mal humor, sino que concebía los proyectos más desatinados como

posibilidades inmediatas, elaboraba cálculos racionales sobre costos y

plazos y los llevaba a término sin intermedios de exasperación.

Aureliano Segundo, que si algo tenía del bisabuelo y algo le faltaba del

coronel Aureliano Buendía era una absoluta impermeabilidad para el

escarmiento, soltó el dinero para llevar el ferrocarril con la misma

frivolidad con que lo soltó para la absurda compañía de navegación del

hermano. Aureliano Triste consultó el calendario y se fue el miércoles

siguiente para estar de vuelta cuando pasaran las lluvias. No se tuvieron

más noticias. Aureliano Centeno, desbordado por las abundancias de la

fábrica, había empezado ya a experimentar la elaboración de hielo con

base de jugos de frutas en lugar de agua, y sin saberlo ni proponérselo

concibió los fundamentos esenciales de la invención de los helados,

pensando en esa forma diversificar la producción de una empresa que

suponía suya, porque el hermano no daba señales de regreso después

de que pasaron las lluvias y transcurrió todo un verano sin noticias. A

principios del otro invierno, sin embargo, una mujer que lavaba ropa en

el río a la hora de más calor, atravesó la calle central lanzando alaridos

en un alarmante estado de conmoción.

-Ahí viene -alcanzó a explicar- un asunto espantoso como una cocina

arrastrando un pueblo.

En ese momento la población fue estremecida por un silbato de

resonancias pavorosas y una descomunal respiración acezante. Las

semanas precedentes se había visto a las cuadrillas que tendieron

durmientes y rieles, y nadie les prestó atención porque pensaron que

era un nuevo artificio de los gitanos que volvían con su centenario y

desprestigiado dale que dale de pitos y sonajas pregonando las

excelencias de quién iba a saber qué pendejo menjunje de

jarapellinosos genios jerosolimitanos. Pero cuando se restablecieron del

desconcierto de los silbatazos y resoplidos, todos los habitantes se

echaron a la calle y vieron a Aureliano Triste saludando con la mano

desde la locomotora, y vieron hechizados el tren adornado de flores que

por primera vez llegaba con ocho meses de retraso. El inocente tren

amarillo que tantas incertidumbres y evidencias, y tantos halagos y

desventuras, y tantos cambios, calamidades y nostalgias había de llevar

a Macondo.

XII

Deslumbrada por tantas y tan maravillosas invenciones, la gente de

Macondo no sabía por dónde empezar a asombrarse, Se trasnochaban

contemplando las pálidas bombillas eléctricas alimentadas por la planta

que llevó Aureliano Triste en el segundo viaje del tren, y a cuyo

obsesionante tumtum costó tiempo y trabajo acostumbrarse. Se

indignaron con las imágenes vivas que el próspero comerciante don

Bruno Crespi proyectaba en el teatro con taquillas de bocas de león,

porque un personaje muerto y sepultado en una película, y por cuya

desgracia se derramaron lágrimas de aflicción, reapareció vivo y

convertido en árabe en la película siguiente. El público que pagaba dos

centavos para compartir las vicisitudes de los personajes, no piado

soportar aquella burla inaudita y rompió la silletería. El alcalde, a

instancias de don Bruno Crespi, explicó mediante un bando que el cine

era una máquina de ilusión que no merecía los desbordamientos

pasionales del público. Ante la desalentadora explicación, muchos

estimaron que habían sido víctimas de un nuevo y aparatoso asunto de

gitanos, de modo que optaron por no volver al cine, considerando que

ya tenían bastante con sus propias penas para llorar por fingidas

desventuras de seres imaginarios. Algo semejante ocurrió con los

gramófonos de cilindros que llevaron las alegres matronas de Francia en

sustitución de los anticuados organillos, y que tan hondamente

afectaron por un tiempo los intereses de la banda de músicos. Al

principio, la curiosidad multiplicó la clientela de la calle prohibida, y

hasta se supo de señoras respetables que se disfrazaron de villanos para

observar de cerca la novedad del gramófono, pero tanto y de tan cerca

lo observaron, que muy pronto llegaron a la conclusión de que no era un

molino de sortilegio, como todos pensaban y como las matronas decían,

sino un truco mecánico que no podía compararse con algo tan

conmovedor tan humano y tan lleno de verdad cotidiana como una

banda de músicos. Fue una desilusión tan grave, que cuando los

gramófonos se popularizaron hasta el punto de que hubo uno en cada

casa, todavía no se les tuvo como objetos para entretenimiento de

adultos sino como una cosa buena para que la destriparan los niños En

cambio cuando alguien del pueblo tuvo oportunidad de comprobar la

cruda realidad del teléfono instalado en la estación del ferrocarril, que a

causa de la manivela se consideraba como una versión rudimentaria del

gramófono, hasta los mas incrédulos se desconcertaron. Era como si

Dios hubiera resuelto poner a prueba toda capacidad de asombro, y

mantuviera a los habitantes de Macondo en un permanente vaivén entre

el alborozo y el desencanto, la duda y la revelación, hasta el extremo de

que ya nadie podía saber a ciencia cierta dónde estaban los límites de la

realidad. Era un intrincado frangollo de verdades y espejismos, que

convulsionó de impaciencia al espectro de José Arcadio Buendía bajo el

castaño y lo obligó a caminar por toda la casa aun a pleno día. Desde

que el ferrocarril fue inaugurado oficialmente y empezó a llegar con

regularidad los miércoles a las once, y se construyó la primitiva estación

de madera con un escritorio, el teléfono y una ventanilla para vender los

pasajes, se vieron por las calles de Macondo hombres y mujeres que

fingían actitudes comunes y corrientes, pero que en realidad parecían

gente de circo. En un pueblo escaldado por el escarmiento de los gitanos

no había un buen porvenir para aquellos equilibristas del comercio

ambulante que con igual desparpajo ofrecían una olla pitadora que un

régimen de vida para la salvación del alma al séptimo día; pero entre los

que se dejaban convencer por cansancio y los incautos de siempre,

obtenían estupendos beneficios. Entre esas criaturas de farándula, con

pantalones de montar y polainas, sombrero de corcho, espejuelos con

armaduras de acero, ojos de topacio y pellejo de gallo fino, uno de

tantos miércoles llegó a Macondo y almorzó en la casa el rechoncho y

sonriente míster Herbert.

Nadie lo distinguió en la mesa mientras no se comió el primer racimo

de bananos. Aureliano Segundo lo había encontrado por casualidad,

protestando en español trabajoso porque no había un cuarto libre en el

Hotel de Jacob, y como lo hacía con frecuencia con muchos forasteros se

lo llevó a la casa. Tenía un negocio de globos cautivos, que había

llevado por medio mundo con excelentes ganancias, pero no había

conseguido elevar a nadie en Macondo porque consideraban ese invento

como un retroceso, después de haber visto y probado las esteras

voladoras de los gitanos. Se iba, pues, en el próximo tren. Cuando

llevaron a la mesa el atigrado racimo de banano que solían colgar en el

comedor durante el almuerzo, arrancó la primera fruta sin mucho

entusiasmo. Pero siguió comiendo mientras hablaba, saboreando,

masticando, más bien con distracción de sabio que con deleite de buen

comedor, y al terminar el primer racimo suplicó que le llevaran otro.

Entonces sacó de la caja de herramientas que siempre llevaba consigo

un pequeño estuche de aparatos ópticos. Con la incrédula atención de

un comprador de diamantes examinó meticulosamente un banano

seccionando sus partes con un estilete especial, pesándolas en un

granatorio de farmacéutico y calculando su envergadura con un

calibrador de armero. Luego sacó de la caja una serie de instrumentos

con los cuales midió la temperatura, el grado de humedad de la

atmósfera y la intensidad de la luz. Fue una ceremonia tan intrigante,

que nadie comió tranquilo esperando que míster Herbert emitiera por fin

un juicio revelador, pero no dijo nada que permitiera vislumbrar sus

intenciones.

En los días siguientes se le vio con una malta y una canastilla cazando

mariposas en los alrededores del pueblo. El miércoles llegó un grupo de

ingenieros, agrónomos, hidrólogos, topógrafos y agrimensores que

durante varias semanas exploraron los mismos lugares donde míster

Herbert cazaba mariposas. Más tarde llegó el señor Jack Brown en un

vagón suplementario que engancharon en la cola del tren amarillo, y

que era todo laminado de plata, con poltronas de terciopelo episcopal y

techo de vidrios azules. En el vagón especial llegaron también,

revoloteando en torno al señor Brown, los solemnes abogados vestidos

de negro que en otra época siguieron por todas partes al coronel

Aureliano Buendía, y esto hizo pensar a la gente que los agrónomos,

hidrólogos, topógrafos y agrimensores, así como míster Herbert con sus

globos cautivos y sus mariposas de colores, y el señor Brown con su

mausoleo rodante y sus feroces perros alemanes, tenían algo que ver

con la guerra. No hubo, sin embargo, mucho tiempo para pensarlo,

porque los suspicaces habitantes de Macondo apenas empezaban a

preguntarse qué cuernos era lo que estaba pasando, cuando ya el

pueblo se había transformado en un campamento de casas de madera

con techos de cinc, poblado por forasteros que llegaban de medio

mundo en el tren, no sólo en los asientos y plataformas, sino hasta en el

techo de los vagones. Los gringos, que después llevaron mujeres

lánguidas con trajes de muselina y grandes sombreros de gasa, hicieron

un pueblo aparte al otro lado de la línea del tren, con calles bordeadas

de palmeras, casas con ventanas de redes metálicas, mesitas blancas en

las terrazas y ventiladores de aspas colgados en el cielorraso, y

extensos prados azules con pavorreales y codornices. El sector estaba

cercado por una malta metálica, como un gigantesco gallinero

electrificado que en los frescos meses del verano amanecía negro de

golondrinas achicharradas. Nadie sabía aún qué era lo que buscaban, o

si en verdad no eran más que filántropos, y ya habían ocasionado un

trastorno colosal, mucho más perturbador que el de los antiguos

gitanos, pero menos transitorio y comprensible. Dotados de recursos

que en otra época estuvieron reservados a la Divina Providencia

modificaron el régimen de lluvias, apresuraron el ciclo de las cosechas, y

quitaron el río de donde estuvo siempre y lo pusieron con sus piedras

blancas y sus corrientes hela das en el otro extremo de la población,

detrás del cementerio. Fue en esa ocasión cuando construyeron una

fortaleza de hormigón sobre la descolorida tumba de José Arcadio, para

que el olor a pólvora del cadáver no contaminara las aguas. Para los

forasteros que llegaban sin amor, convirtieron la calle de las cariñosas

matronas de Francia en un pueblo más extenso que el otro, y un

miércoles de gloria llevaron un tren cargado de putas inverosímiles,

hembras babilónicas adiestradas en recursos inmemoriales, y provistas

de toda clase de ungüentos y dispositivos para estimular a los inermes

despabilar a los tímidos, saciar a los voraces, exaltar a los modestos

escarmentar a los múltiples y corregir a los solitarios La Calle de los

Turcos, enriquecida con luminosos almacenes de ultra marinos que

desplazaron los viejos bazares de colorines bordoneaba la noche del

sábado con las muchedumbres de aventureros que se atropellaban entre

las mesas de suerte y azar los mostradores de tiro al blanco, el callejón

donde se adivinaba el porvenir y se interpretaban los sueños, y las

mesas de fritangas y bebidas, que amanecían el domingo

desparramadas por el suelo, entre cuerpos que a veces eran de

borrachos felices y casi siempre de curiosos abatidos por los disparos,

trompadas, navajinas y botellazos de la pelotera. Fue una invasión tan

tumultuosa e intempestiva, que en los primeros tiempos fue imposible

caminar por la calle con el estorbo de los muebles y los baúles, y el

trajín de carpintería de quienes paraban sus casas en cualquier terreno

pelado sin permiso de nadie, y el escándalo de las parejas que colgaban

sus hamacas entre los almendros y hacían el amor bajo los toldos, a

pleno día y a la vista de todo el mundo. El único rincón de serenidad fue

establecido por los pacíficos negros antillanos que construyeron una

calle marginal, con casas de madera sobre pilotes, en cuyos pórticos se

sentaban al atardecer cantando himnos melancólicos en su farragoso

papiamento. Tantos cambios ocurrieron en tan poco tiempo, que ocho

meses después de la visita de míster Herbert los antiguos habitantes de

Macondo se levantaban temprano a conocer su propio pueblo.

-Miren la vaina que nos hemos buscado solía decir entonces el coronel

Aureliano Buendía-, no mas por invitar un gringo a comer guineo.

Aureliano Segundo, en cambio, no cabía de contento con la avalancha

de forasteros. La casa se llenó de pronto de huéspedes desconocidos, de

invencibles parranderos mundiales, y fue preciso agregar dormitorios en

el patio, ensanchar el comedor y cambiar la antigua mesa por una de

dieciséis puestos, con nuevas vajillas y servicios, y aun así hubo que

establecer turnos para almorzar. Fernanda tuvo que atragantarse sus

escrúpulos y atender como a reyes a invitados de la más perversa

condición, que embarraban con sus botas el corredor, se orinaban en el

jardín, extendían sus petates en cualquier parte para hacer la siesta, y

hablaban sin fijarse en susceptibilidades de damas ni remilgos de

caballeros. Amaranta se escandalizó de tal modo con la invasión de la

plebe, que volvió a comer en la cocina como en los viejos tiempos. El

coronel Aureliano Buendía, persuadido de que la mayoría de quienes

entraban a saludarlo en el taller no lo hacían por simpatía o estimación,

sino por la curiosidad de conocer una reliquia histórica, un fósil de

museo, optó por encerrarse con tranca y no se le volvió a ver sino en

muy escasas ocasiones sentado en la puerta de la calle. Úrsula, en

cambio, aun en los tiempos en que ya arrastraba los pies y caminaba

tanteando en las paredes, experimentaba un alborozo pueril cuando se

aproximaba la llegada del tren. «Hay que hacer carne y pescado»,

ordenaba a las cuatro cocineras, que se afanaban por estar a tiempo

bajo la imperturbable dirección de Santa Sofía de la Piedad. «Hay que

hacer de todo -insistía- porque nunca se sabe qué quieren comer los

forasteros.» El tren llegaba a la hora de más calor. Al almuerzo, la casa

trepidaba con un alboroto de mercado, y los sudorosos comensales, que

ni siquiera sabían quiénes eran sus anfitriones, irrumpían en tropel para

ocupar los mejores puestos en la mesa, mientras las cocineras

tropezaban entre sí con las enormes ollas de sopa, los calderos de

carnes, las bangañas de legumbres, las bateas de arroz, y repartían con

cucharones inagotables los toneles de limonada. Era tal el desorden, que

Fernanda se exasperaba con la idea de que muchos comían dos veces, y

en más de una ocasión quiso desahogarse en improperios de verdulera

porque algún comensal confundido le pedía la cuenta. Había pasado más

de un año desde la visita de míster Herbert, y lo único que se sabía era

que Tos gringos pensaban sembrar banano en la región encantada que

José Arcadio Buendía y sus hombres habían atravesado buscando la ruta

de los grandes inventos. Otros dos hijos del coronel Aureliano Buendía,

con su cruz de ceniza en la frente, llegaron arrastrados por aquel eructo

volcánico, y justificaron su determinación con una frase que tal vez

explicaba las razones de todos.

-Nosotros venimos -dijeron- porque todo el mundo viene. Remedios,

la bella, fue la única que permaneció inmune a la peste del banano. Se

estancó en una adolescencia magnífica, cada vez más impermeable a los

formalismos, más indiferente a la malicia y la suspicacia, feliz en un

mundo propio de realidades simples. No entendía por qué las mujeres se

complicaban la vida con corpiños y pollerines, de modo que se cosió un

balandrán de cañamazo que sencillamente se metía por la cabeza y

resolvía sin más trámites el problema del vestir, sin quitarle la impresión

de estar desnuda, que según ella entendía las cosas era la única forma

decente de estar en casa. La molestaron tanto para que se cortara el

cabello de lluvia que ya le daba a las pantorrillas, y para que se hiciera

moños con peinetas y trenzas con lazos colorados, que simplemente se

rapó la cabeza y les hizo pelucas a los santos. Lo asombroso de su

instinto simplificador era que mientras más se desembarazaba de la

moda buscando la comodidad, y mientras más pasaba por encima de los

convencionalismos en obediencia a la espontaneidad, más perturbadora

resultaba su belleza increíble y más provocador su comportamiento con

los hombres. Cuando los hijos del coronel Aureliano Buendía estuvieron

por primera vez en Macondo, Úrsula recordó que llevaban en las venas

la misma sangre de la bisnieta, y se estremeció con un espanto

olvidado. «Abre bien los ojos -la previnió-. Con cualquiera de ellos, los

hijos te saldrán con cola de puerco.» Ella hizo tan poco caso de la

advertencia, que se vistió de hombre y se revolcó en arena para subirse

en la cucaña, y estuvo a punto de ocasionar una tragedia entre los

diecisiete primos trastornados por el insoportable espectáculo. Era por

eso que ninguno de ellos dormía en la casa cuando visitaban el pueblo,

y los cuatro que se habían quedado vivían por disposición de Úrsula en

cuartos de alquiler. Sin embargo, Remedios, la bella, se habría muerto

de risa si hubiera conocido aquella precaución. Hasta el último instante

en que estuvo en la tierra ignoró que su irreparable destino de hembra

perturbadora era un desastre cotidiano. Cada vez que aparecía en el

comedor, contrariando las órdenes de Úrsula, ocasionaba un pánico de

exasperación entre los forasteros. Era demasiado evidente que estaba

desnuda por completo bajo el burdo camisón, y nadie podía entender

que su cráneo pelado y perfecto no era un desafío, y que no era una

criminal provocación el descaro con que se descubría 105 muslos para

quitarse el calor, y el gusto con que se chupaba Tos dedos después de

comer con las manos. Lo que ningún miembro de la familia supo nunca,

fue que los forasteros no tardaron en darse cuenta de que Remedios, la

bella, soltaba un hálito de perturbación, una ráfaga de tormento, que

seguía siendo perceptible varias horas después de que ella había

pasado. Hombres expertos en trastornos de amor, probados en el

mundo entero, afirmaban no haber padecido jamás una ansiedad

semejante a la que producía el olor natural de Remedios, la bella. En el

corredor de las begonias, en la sala de visitas, en cualquier lugar de la

casa, podía señalarse el lugar exacto en que estuvo y el tiempo

transcurrido desde que dejó de estar. Era un rastro definido,

inconfundible, que nadie de la casa podía distinguir porque estaba

incorporado desde hacía mucho tiempo a los olores cotidianos, pero que

los forasteros identificaban de inmediato. Por eso eran ellos los únicos

que entendían que el joven comandante de la guardia se hubiera muerto

de amor, y que un caballero venido de otras tierras se hubiera echado a

la desesperación. Inconsciente del ámbito inquietante en que se movía,

del insoportable estado de íntima calamidad que provocaba a su paso,

Remedios, la bella, trataba a los hombres sin la menor malicia y

acababa de trastornarlos con sus inocentes complacencias. Cuando

Úrsula logró imponer la orden de que comiera con Amaranta en la

cocina para que no la vieran los forasteros, ella se sintió más cómoda

porque al fin y al cabo quedaba a salvo de toda disciplina. En realidad, le

daba lo mismo comer en cualquier parte, y no a horas fijas sino de

acuerdo con las alternativas de su apetito. A veces se levantaba a

almorzar a las tres de la madrugada, dormía todo el día, y pasaba varios

meses con los horarios trastrocados, hasta que algún incidente casual

volvía a ponerla en orden. Cuando las cosas andaban mejor, se

levantaba a las once de la mañana, y se encerraba hasta dos horas

completamente desnuda en el baño, matando alacranes mientras se

despejaba del denso y prolongado sueño. Luego se echaba agua de la

alberca con una totuma. Era un acto tan prolongado, tan meticuloso, tan

rico en situaciones ceremoniales, que quien no la conociera bien habría

podido pensar que estaba entregada a una merecida adoración de su

propio cuerpo. Para ella, sin embargo, aquel rito solitario carecía de toda

sensualidad, y era simplemente una manera de perder el tiempo

mientras le daba hambre. Un día, cuando empezaba a bañarse, un

forastero levantó una teja del techo y se quedó sin aliento ante el

tremendo espectáculo de su desnudez. Ella vio los ojos desolados a

través de las tejas rotas y no tuvo una reacción de vergüenza, sino de

alarma.

-Cuidado -exclamó-. Se va a caer.

-Nada más quiero verla -murmuró el forastero.

-Ah, bueno -dijo ella-. Pero tenga cuidado, que esas tejas están

podridas.

El rostro del forastero tenía una dolorosa expresión de estupor, y

parecía batallar sordamente contra sus impulsos primarios para no

disipar el espejismo. Remedios, la bella, pensó que estaba sufriendo con

el temor de que se rompieran las tejas, y se bañó más de prisa que de

costumbre para que el hombre no siguiera en peligro. Mientras se

echaba agua de la alberca, le dijo que era un problema que el techo

estuviera en ese estado, pues ella creía que la cama de hojas podridas

por la lluvia era lo que llenaba el baño de alacranes. El forastero

confundió aquella cháchara con una forma de disimular la complacencia,

de modo que cuando ella empezó a jabonarse cedió a la tentación de

dar un paso adelante.

-Déjeme jabonarla -murmuró.

-Le agradezco la buena intención -dijo ella-, pero me basto con mis

dos manos.

-Aunque sea la espalda -suplicó el forastero.

-Sería una ociosidad -dijo ella-. Nunca se ha visto que la gente se

jabone la espalda.

Después, mientras se secaba, el forastero le suplicó con los ojos

llenos de lágrimas que se casara con él. Ella le contestó sinceramente

que nunca se casaría con un hombre tan simple que perdía casi una

hora, y hasta se quedaba sin almorzar, sólo por ver bañarse a una

mujer. Al final, cuando se puso el balandrán, el hombre no pudo

soportar la comprobación de que en efecto no se ponía nada debajo,

como todo el mundo sospechaba, y se sintió marcado para siempre con

el hierro ardiente de aquel secreto. Entonces quitó dos tejas más para

descolgarse en el interior del baño.

-Está muy alto -lo previno ella, asustada-. ¡Se va a matar! Las tejas

podridas se despedazaron en un estrépito de desastre, y el hombre

apenas alcanzó a lanzar un grito de terror, y se rompió el cráneo y

murió sin agonía en el piso de cemento. Los forasteros que oyeron el

estropicio en el comedor, y se apresuraron a llevarse el cadáver,

percibieron en su piel el sofocante olor de Remedios, la bella. Estaba tan

compenetrado con El cuerpo, que las grietas del cráneo no manaban

sangre sino un aceite ambarino impregnado de aquel perfume secreto, y

entonces comprendieron que el olor de Remedios, la bella, seguía

torturando a los hombres más allá de la muerte, hasta el polvo de sus

huesos. Sin embargo, no relacionaron aquel accidente de horror con los

otros dos hombres que habían muerto por Remedios, la bella. Faltaba

todavía una víctima para que los forasteros, y muchos de los antiguos

habitantes de Macondo, dieran crédito a la leyenda de que Remedios

Buendía no exhalaba un aliento de amor, sino un flujo mortal La ocasión

de comprobarlo se presentó meses después una tarde en que Remedios,

la bella, fue con un grupo de amigas a conocer las nuevas plantaciones.

Para la gente de Macondo era una distracción reciente recorrer las

húmedas e interminables avenidas bordeadas de bananos, donde el

silencio parecía llevado de otra parte, todavía sin usar, y era por eso tan

torpe para transmitir la voz. A veces no se entendía muy bien lo dicho a

medio metro de distancia, y, sin embargo, resultaba perfectamente

comprensible al otro extremo de la plantación. Para las muchachas de

Macondo aquel juego novedoso era motivo de risas y sobresaltos, de

sustos y burlas, y por las noches se hablaba del paseo como de una

experiencia de sueño. Era tal el prestigio de aquel silencio, que Úrsula

no tuvo corazón para privar de la diversión a Remedios, la bella, y le

permitió ir una tarde, siempre que se pusiera un sombrero y un traje

adecuado. Desde que el grupo de amigas entró a la plantación, el aire

se impregnó de una fragancia mortal. Los hombres que trabajaban en

las zanjas se sintieron poseídos por una rara fascinación, amenazados

por un peligro invisible, y muchos sucumbieron a los terribles deseos de

llorar. Remedios, la bella, y, sus espantadas amigas, lograron refugiarse

en una casa próxima cuando estaban a punto de ser asaltadas por un

tropel de machos feroces. Poco después fueron rescatadas por los

cuatro Aurelianos, cuyas cruces de ceniza infundían un respeto sagrado,

como si fueran una marca de casta, un sello de invulnerabilidad.

Remedios, la bella, no le contó a nadie que uno de los hombres,

aprovechando el tumulto, le alcanzó a agredir El vientre con una mano

que más bien parecía una garra de águila aferrándose al borde de un

precipicio. Ella se enfrentó al agresor en una especie de

deslumbramiento instantáneo, y vio los ojos desconsolados que

quedaron impresos en su corazón como una brasa de lástima. Esa

noche, el hombre se jactó de su audacia y presumió de su suerte en la

Calle de los Turcos, minutos antes de que la patada de un caballo le

destrozara el pecho, y una muchedumbre de forasteros lo viera agonizar

en mitad de la calle, ahogándose en vómitos de sangre.

La suposición de que Remedios, la bella, poseía poderes de muerte,

estaba entonces sustentada por cuatro hechos irrebatibles. Aunque

algunos hombres ligeros de palabra se complacían en decir que bien

valía sacrificar la vida por una noche de amor con tan conturbadora

mujer, la verdad fue que ninguno hizo esfuerzos por conseguirlo. Tal

vez, no sólo para rendirla sino también para conjurar sus peligros,

habría bastado con un sentimiento tan primitivo y simple como el amor,

pero eso fue lo único que no se le ocurrió a nadie. Úrsula no volvió o

ocuparse de ella. En otra época, cuando todavía no renunciaba al

propósito de salvarla para el mundo, procuró que se interesara por los

asuntos elementales de la casa. «Los hombres piden más de lo que tú

crees -le decía enigmáticamente. Hay mucho que cocinar, mucho que

barrer, mucho que sufrir por pequeñeces, además de lo que crees.» En

el fondo se engañaba a si misma tratando de adiestraría para la felicidad

doméstica, porque estaba convencida de que una vez satisfecha la

pasión, no había un hombre sobre la tierra capaz de soportar así fuera

por un día una negligencia que estaba más allá de toda comprensión. El

nacimiento del último José Arcadio, y su inquebrantable voluntad de

educarlo para Papa, terminaron por hacerla desistir de sus

preocupaciones por la bisnieta. La abandonó a su suerte, confiando que

tarde o temprano ocurriera un milagro, y que en este mundo donde

había de todo hubiera también un hombre con suficiente cachaza para

cargar con ella. Ya desde mucho antes, Amaranta había renunciado a

toda tentativa de convertirla en una mujer útil. Desde las tardes

olvidadas del costurero, cuando la sobrina apenas se interesaba por

darle vuelta a la manivela de la máquina de coser, llegó a la conclusión

simple de que era boba. «Vamos a tener que rifarte», le decía, perpleja

ante su impermeabilidad a la palabra de los hombres. Más tarde, cuando

Úrsula se empeñó en que Remedios, la bella, asistiera a misa con la cara

cubierta con una mantilla, Amaranta pensó que aquel recurso misterioso

resultaría tan provocador, que muy pronto habría un hombre lo bastante

intrigado como para buscar con paciencia el punto débil de su corazón.

Pero cuando vio la forma insensata en que despreció a un pretendiente

que por muchos motivos era más apetecible que un príncipe, renunció a

toda esperanza. Fernanda no hizo siquiera la tentativa de comprenderla.

Cuando vio a Remedios, la bella, vestida de reina en el carnaval

sangriento, pensó que era una criatura extraordinaria. Pero cuando la

vio comiendo con las manos, incapaz de dar una respuesta que no fuera

un prodigio de simplicidad, lo único que lamentó fue que los bobos de

familia tuvieran una vida tan larga. A pesar de que el coronel Aureliano

Buendía seguía creyendo y repitiendo que Remedios, la bella, era en

realidad el ser más lúcido que había conocido jamás, y que lo

demostraba a cada momento con su asombrosa habilidad para burlarse

de todos, la abandonaron a la buena de Dios. Remedios, la bella, se

quedó vagando por el desierto de la soledad, sin cruces a cuestas,

madurándose en sus sueños sin pesadillas, en sus baños interminables,

en sus comidas sin horarios, en sus hondos y prolongados silencios sin

recuerdos, hasta una tarde de marzo en que Fernanda quiso doblar en el

jardín sus sábanas de bramante, y pidió ayuda a las mujeres de la casa.

Apenas habían empezado, cuando Amaranta advirtió que Remedios, la

bella, estaba transparentada por una palidez intensa.

-¿Te sientes mal? -le preguntó.

Remedios, la bella, que tenía agarrada la sábana por el otro extremo,

hizo una sonrisa de lástima.

-Al contrario -dijo-, nunca me he sentido mejor.

Acabó de decirlo, cuando Fernanda sintió que un delicado viento de

luz le arrancó las sábanas de las manos y las desplegó en toda su

amplitud. Amaranta sintió un temblor misterioso en los encajes de sus

pollerinas y trató de agarrarse de la sábana para no caer, en el instante

en que Remedios, la bella, empezaba a elevarse. Úrsula, ya casi ciega,

fue la única que tuvo serenidad para identificar la naturaleza de aquel

viento irreparable, y dejó las sábanas a merced de la luz, viendo a

Remedios, la bella, que le decía adiós con la mano, entre el

deslumbrante aleteo de las sábanas que subían con ella, que

abandonaban con ella el aire de los escarabajos y las dalias, y pasaban

con ella a través del aire donde terminaban las cuatro de la tarde, y se

perdieron con ella para siempre en los altos aires donde no podían

alcanzarla ni los más altos pájaros de la memoria.

Los forasteros, por supuesto, pensaron que Remedios, la bella, había

sucumbido por fin a su irrevocable destino de abeja reina, y que su

familia trataba de salvar la honra con la patraña de la levitación.

Fernanda, mordida por la envidia, terminó por aceptar el prodigio, y

durante mucho tiempo siguió rogando a Dios que le devolviera las

sábanas. La mayoría creyó en el milagro, y hasta se encendieron velas y

se rezaron novenarios. Tal vez no se hubiera vuelto a hablar de otra

cosa en mucho tiempo, si el bárbaro exterminio de los Aurelianos no

hubiera sustituido el asombro por el espanto. Aunque nunca lo identificó

como un presagio, el coronel Aureliano Buendía había previsto en cierto

modo el trágico final de sus hijos. Cuando Aureliano Serrador y

Aureliano Arcaya, los dos que llegaron en el tumulto, manifestaron la

voluntad de quedarse en Macondo, su padre trató de disuadirlos. No

entendía qué iban a hacer en un pueblo que de la noche a la mañana se

había convertido en un lugar de peligro. Pero Aureliano Centeno y

Aureliano Triste, apoyados por Aureliano Segundo, les dieron trabajo en

sus empresas. El coronel Aureliano Buendía tenía motivos todavía muy

confusos para no patrocinar aquella determinación. Desde que vio al

señor Brown en el primer automóvil que llegó a Macondo -un convertible

anaranjado con una corneta que espantaba a los perros con sus

ladridos-, el viejo guerrero se indignó con los serviles aspavientos de la

gente, y se dio cuenta de que algo había cambiado en la índole de los

hombres desde los tiempos en que abandonaban mujeres e hijos y se

echaban una escopeta al hombro para irse a la guerra. Las autoridades

locales, después del armisticio de Neerlandia, eran alcaldes sin

iniciativa, jueces decorativos, escogidos entre los pacíficos y cansados

conservadores de Macondo. «Este es un régimen de pobres diablos

comentaba el coronel Aureliano Buendía cuando veía pasar a los policías

descalzos armados de bolillos de palo-. Hicimos tantas guerras, y todo

para que no nos pintaran la casa de azul.» Cuando llegó la compañía

bananera, sin embargo, los funcionarios locales fueron sustituidos por

forasteros autoritarios, que el señor Brown se llevó a vivir en el gallinero

electrificado, para que gozaran, según explicó, de la dignidad que

correspondía a su investidura, y no padecieran el calor y los mosquitos y

las incontables incomodidades y privaciones del pueblo. Los antiguos

policías fueron reemplazados por sicarios de machetes. Encerrado en el

taller, el coronel Aureliano Buendía pensaba en estos cambios, y por

primera vez en sus callados años de soledad lo atormentó la definida

certidumbre de que había sido un error no proseguir la guerra hasta sus

últimas consecuencias. Por esos días, un hermano del olvidado coronel

Magnífico Visbal llevó su nieto de siete años a tomar un refresco en los

carritos de la plaza, y porque el niño tropezó por accidente con un cabo

de la policía y le derramó el refresco en el uniforme, el bárbaro lo hizo

picadillo a machetazos y decapitó de un tajo al abuelo que trató de

impedirlo. Todo el pueblo vio pasar al decapitado cuando un grupo de

hombres lo llevaban a su casa, y la cabeza arrastrada que una mujer

llevaba cogida por el pelo, y el talego ensangrentado donde habían

metido los pedazos de niño.

Para el coronel Aureliano Buendía fue el límite de la expiación. Se

encontró de pronto padeciendo la misma indignación que sintió en la

juventud, frente al cadáver de la mujer que fue muerta a palos porque

la mordió un perro con mal de rabia. Miró a los grupos de curiosos que

estaban frente a la casa y con su antigua voz estentórea, restaurada por

un hondo desprecio contra sí mismo, les echó encima la carga de odio

que ya no podía soportar en el corazón.

-¡Un día de estos -gritó- voy a armar a mis muchachos para que

acaben con estos gringos de mierda!

En el curso de esa semana, por distintos lugares del litoral, sus

diecisiete hijos fueron cazados como conejos por criminales invisibles

que apuntaron al centro de sus cruces de ceniza. Aureliano Triste salía

de la casa de su madre a las siete de la noche, cuando un disparo de

fusil surgido de la oscuridad le perforó la frente. Aureliano Centeno fue

encontrado en la hamaca que solía colgar en la fábrica, con un punzón

de picar hielo clavado hasta la empuñadura entre las cejas. Aureliano

Serrador había dejado a su novia en casa de sus padres después de

llevarla al cine, y regresaba por la iluminada calle de los Turcos cuando

alguien que nunca fue identificado entre la muchedumbre disparó un tiro

de revólver que lo derribó dentro de un caldero de manteca hirviendo.

Pocos minutos después, alguien llamó a la puerta del cuarto donde

Aureliano Arcaya estaba encerrado con una mujer, y le gritó: «Apúrate,

que están matando a tus hermanos.» La mujer que estaba con él contó

después que Aureliano Arcaya saltó de la cama y abrió la puerta, y fue

esperado con una descarga de máuser que le desbarató el cráneo.

Aquella noche de muerte, mientras la casa se preparaba para velar los

cuatro cadáveres, Fernanda recorrió el pueblo como una loca buscando

a Aureliano Segundo, a quien Petra Cotes encerró en un ropero

creyendo que la consigna de exterminio incluía a todo el que llevara el

nombre del coronel. No le dejó salir hasta el cuarto día, cuando los

telegramas recibidos de distintos lugares del litoral permitieron

comprender que la saña del enemigo invisible estaba dirigida solamente

contra los hermanos marcados con cruces de ceniza. Amaranta buscó la

libreta de cuentas donde había anotado los datos de los sobrinos, y a

medida que llegaban los telegramas iba tachando nombres, hasta que

sólo quedó el del mayor. Lo recordaban muy bien por el contraste de su

piel oscura con los grandes ojos verdes. Se llamaba Aureliano Amador,

era carpintero, y vivía en un pueblo perdido en las estribaciones de la

sierra. Después de esperar dos semanas el telegrama de su muerte,

Aureliano Segundo le mandó un emisario para prevenirlo, pensando que

ignoraba la amenaza que pesaba sobre él. El emisario regresó con la

noticia de que Aureliano Amador estaba a salvo. La noche del exterminio

habían ido a buscarlo dos hombres a su casa, y habían descargado sus

revólveres contra él, pero no le habían acertado a la cruz de ceniza.

Aureliano Amador logró saltar la cerca del patio, y se perdió en los

laberintos de la sierra que conocía palmo a palmo gracias a la amistad

de los indios con quienes comerciaba en maderas. No había vuelto a

saberse de él.

Fueron días negros para el coronel Aureliano Buendía. El presidente

de la república le dirigió un telegrama de pésame, en el que prometía

una investigación exhaustiva, y rendía homenaje a los muertos. Por

orden suya, el alcalde se presentó al entierro con cuatro coronas

fúnebres que pretendió colocar sobre los ataúdes, pero el coronel lo

puso en la calle. Después del entierro, redactó y llevó personalmente un

telegrama violento para el presidente de la república, que el telegrafista

se negó a tramitar. Entonces lo enriqueció con términos de singular

agresividad, lo metió en un sobre y lo puso al correo. Como le había

ocurrido con la muerte de su esposa, como tantas veces le ocurrió

durante la guerra con la muerte de sus mejores amigos, no

experimentaba un sentimiento de pesar, sino una rabia ciega y sin

dirección, una extenuante impotencia. Llegó hasta denunciar la

complicidad del padre Antonio Isabel, por haber marcado a sus hijos con

ceniza indeleble para que fueran identificados por sus enemigos. El

decrépito sacerdote que ya no hilvanaba muy bien las ideas y empezaba

a espantar a los feligreses con las disparatadas interpretaciones que

intentaba en el púlpito, apareció una tarde en la casa con el tazón donde

preparaba las cenizas del miércoles, y trató de ungir con ellas a toda la

familia para demostrar que se quitaban con agua. Pero el espanto de la

desgracia había calado tan hondo, que ni la misma Fernanda se prestó

al experimento, y nunca más se vio un Buendía arrodillado en el

comulgatorio el miércoles de ceniza.

El coronel Aureliano Buendía no logró recobrar la serenidad en mucho

tiempo. Abandonó la fabricación de pescaditos, comía a duras penas, y

andaba como un sonámbulo por toda la casa, arrastrando la manta y

masticando una cólera sorda. Al cabo de tres meses tenía el pelo

ceniciento, el antiguo bigote de puntas engomadas chorreando sobre los

labios sin color, pero en cambio sus ojos eran otra vez las dos brasas

que asustaron a quienes lo vieron nacer y que en otro tiempo hacían

rodar las sillas con sólo mirarlas. En la furia de su tormento trataba

inútilmente de provocar los presagios que guiaron su juventud por

senderos de peligro hasta el desolado yermo de la gloria. Estaba

perdido, extraviado en una casa ajena donde ya nada ni nadie le

suscitaba el menor vestigio de afecto. Una vez abrió el cuarto de

Melquíades, buscando los rastros de un pasado anterior a la guerra, y

sólo encontró los escombros, la basura, los montones de porquería

acumulados por tantos años de abandono. En las pastas de los libros

que nadie había vuelto a leer, en los viejos pergaminos macerados por

la humedad había prosperado una flora lívida, y en el aire que había

sido el más puro y luminoso de la casa flotaba un insoportable olor de

recuerdos podridos. Una mañana encontró a Úrsula llorando bajo el

castaño, en las rodillas de su esposo muerto. El coronel Aureliano

Buendía era el único habitante de la casa que no seguía viendo al

potente anciano agobiado por medio siglo de intemperie. «Saluda a tu

padre», le dijo Úrsula. Él se detuvo un instante frente al castaño, y una

vez más comprobó que tampoco aquel espacio vacío le suscitaba ningún

afecto.

-¿Qué dice? -preguntó.

-Está muy triste -contestó Úrsula- porque cree que te vas a morir.

-Dígale -sonrió el coronel- que uno no se muere cuando debe, sino

cuando puede.

El presagio del padre muerto removió el último rescoldo de soberbia

que le quedaba en el corazón, pero él lo confundió con un repentino

soplo de fuerza. Fue por eso que asedió a Úrsula para que le revelara en

qué lugar del patio estaban enterradas las monedas de oro que

encontraron dentro del San José de yeso. «Nunca lo sabrás -le dijo ella,

con una firmeza inspirada en un viejo escarmiento-. Un día -agregó- ha

de aparecer el dueño de esa fortuna, y sólo él podrá desenterraría.»

Nadie sabía por qué un hombre que siempre fue tan desprendido había

empezado a codiciar el dinero con semejante ansiedad, y no las

modestas cantidades que le habrían bastado para resolver una

emergencia, sino una fortuna de magnitudes desatinadas cuya sola

mención dejó sumido en un mar de asombro a Aureliano Segundo. Los

viejos copartidarios a quienes acudió en demanda de ayuda, se

escondieron para no recibirlo. Fue por esa época que se le oyó decir:

«La única diferencia actual entre liberales y conservadores, es que los

liberales van a misa de cinco y los conservadores van a misa de ocho.»

Sin embargo, insistió con tanto ahínco, suplicó de tal modo, quebrantó a

tal punto sus principios de dignidad, que con un poco de aquí y otro

poco de allá, deslizándose por todas partes con una diligencia sigilosa y

una perseverancia despiadada, consiguió reunir en ocho meses más

dinero del que Úrsula tenía enterrado. Entonces visitó al enfermo

coronel Gerineldo Márquez para que lo ayudara a promover la guerra

total.

En un cierto momento, el coronel Gerineldo Márquez era en verdad el

único que habría podido mover, aun desde su mecedor de paralítico, los

enmohecidos hilos de la rebelión. Después del armisticio de Neerlandia,

mientras el coronel Aureliano Buendía se refugiaba en el exilio de sus

pescaditos de oro, él se mantuvo en contacto con los oficiales rebeldes

que le fueron fieles hasta la derrota. Hizo con ellos la guerra triste de la

humillación cotidiana, de las súplicas y los memoriales, del vuelva

mañana, del ya casi, del estamos estudiando su caso con la debida

atención; la guerra perdida sin remedio contra los muy atentos y

seguros servidores que debían asignar y no asignaron nunca las

pensiones vitalicias. La otra guerra, la sangrienta de veinte años, no les

causó tantos estragos como la guerra corrosiva del eterno aplazamiento.

El propio coronel Gerineldo Márquez, que escapó a tres atentados,

sobrevivió a cinco heridas y salió ileso de incontables batallas, sucumbió

al asedio atroz de la espera y se hundió en la derrota miserable de la

vejez, pensando en Amaranta entre los rombos de luz de una casa

prestada. Los últimos veteranos de quienes se tuvo noticia aparecieron

retratados en un periódico, con la cara levantada de indignidad, junto a

un anónimo presidente de la república que les regaló unos botones con

su efigie para que los usaran en la solapa, y les restituyó una bandera

sucia de sangre y de pólvora para que la pusieran sobre sus ataúdes.

Los otros, los más dignos, todavía esperaban una carta en la penumbra

de la caridad pública, muriéndose de hambre, sobreviviendo de rabia,

pudriéndose de viejos en la exquisita mierda de la gloria. De modo que

cuando el coronel Aureliano Buendía lo invitó a promover una

conflagración mortal que arrasara con todo vestigio de un régimen de

corrupción y de escándalo sostenido por el invasor extranjero, el coronel

Gerineldo Márquez no pudo reprimir un estremecimiento de compasión.

-Ay, Aureliano -suspiró-, ya sabía que estabas viejo, pero ahora me

doy cuenta que estás mucho más viejo de lo que pareces.

XIII

En el aturdimiento de los últimos años, Úrsula había dispuesto de muy

escasas treguas para atender a la formación papal de José Arcadio,

cuando éste tuvo que ser preparado a las volandas para irse al

seminario. Meme, su hermana, repartida entre la rigidez de Fernanda y

las amarguras de Amaranta, llegó casi al mismo tiempo a la edad

prevista para mandarla al colegio de las monjas donde harían de ella

una virtuosa del clavicordio. Úrsula se sentía atormentada por graves

dudas acerca de la eficacia de los métodos con que había templado el

espíritu del lánguido aprendiz de Sumo Pontífice, pero no le echaba la

culpa a su trastabillante vejez ni a los nubarrones que apenas le

permitían vislumbrar el contorno de las cosas, sino a algo que ella

misma no lograba definir pero que concebía confusamente como un

progresivo desgaste del tiempo. «Los años de ahora ya no vienen como

los de antes», solía decir, sintiendo que la realidad cotidiana se le

escapaba de las manos. Antes, pensaba, los niños tardaban mucho para

crecer. No había sino que recordar todo el tiempo que se necesitó para

que José Arcadio, el mayor, se fuera con los gitanos, y todo lo que

ocurrió antes de que volviera pintado como una culebra y hablando

como un astrónomo, y las cosas que ocurrieron en la casa antes de que

Amaranta y Arcadio olvidaran la lengua de los indios y aprendieran el

castellano. Había que ver las de sol y sereno que soportó el pobre José

Arcadio Buendía bajo el castaño, y todo lo que hubo que llorar su

muerte antes de que llevaran moribundo a un coronel Aureliano Buendía

que después de tanta guerra y después de tanto sufrir por él, aún no

cumplía cincuenta años. En otra época, después de pasar todo el día

haciendo animalitos de caramelo, todavía le sobraba tiempo para

ocuparse de los niños, para verles en el blanco del ojo que estaban

necesitando una pócima de aceite de ricino. En cambio, ahora, cuando

no tenía nada que hacer y andaba con José Arcadio acaballado en la

cadera desde el amanecer hasta la noche, la mala clase del tiempo le

había obligado a dejar cosas a medias. La verdad era que Úrsula se

resistía a envejecer aun cuando ya había perdido la cuenta de su edad,

y estorbaba por todos lados, y trataba de meterse en todo, y fastidiaba

a los forasteros con la preguntadora de si no habían dejado en la casa,

por los tiempos de la guerra, un San José de yeso para que lo guardara

mientras pasaba la lluvia. Nadie supo a ciencia cierta cuándo empezó a

perder la vista. Todavía en sus últimos años, cuando ya no podía

levantarse de la cama, parecía simplemente que estaba vencida por la

decrepitud, pero nadie descubrió que estuviera ciega. Ella lo había

notado desde antes del nacimiento de José Arcadio. Al principio creyó

que se trataba de una debilidad transitoria, y tomaba a escondidas

jarabe de tuétano y se echaba miel de abeja en los ojos, pero muy

pronto se fue convenciendo de que se hundía sin remedio en las

tinieblas, hasta el punto de que nunca tuvo una noción muy clara del

invento de la luz eléctrica, porque cuando instalaron los primeros focos

sólo alcanzó a percibir el resplandor. No se lo dijo a nadie, pues habría

sido un reconocimiento público de su inutilidad. Se empeñó en un

callado aprendizaje de las distancias de las cosas, y de las voces de la

gente, para seguir viendo con la memoria cuando ya no se lo

permitieran las sombras de las cataratas. Más tarde había de descubrir

el auxilio imprevisto de los olores, que se definieron en las tinieblas con

una fuerza mucho más convincente que los volúmenes y el color, y la

salvaron definitivamente de la vergüenza de una renuncia. En la

oscuridad del cuarto podía ensartar la aguja y tejer un ojal, y sabía

cuándo estaba la leche a punto de hervir, Conoció con tanta seguridad el

lugar en que se encontraba cada cosa, que ella misma se olvidaba a

veces de que estaba ciega. En cierta ocasión, Fernanda alborotó la casa

porque había perdido su anillo matrimonial, y Úrsula lo encontró en una

repisa del dormitorio de los niños. Sencillamente, mientras los otros

andaban descuidadamente por todos lados, ella los vigilaba con sus

cuatro sentidos para que nunca la tomaran por sorpresa, y al cabo de

algún tiempo descubrió que cada miembro de la familia repetía todos los

días, sin darse cuenta, los mismos recorridos, los mismos actos, y que

casi repetía las mismas palabras a la misma hora. Sólo cuando se salían

de esa meticulosa rutina corrían el riesgo de perder algo. De modo que

cuando oyó a Fernanda consternada porque había perdido el anillo,

Úrsula recordó que lo único distinto que había hecho aquel día era

asolear las esteras de los niños porque Meme había descubierto una

chinche la noche anterior. Como los niños asistieron a la limpieza,

Úrsula pensó que Fernanda había puesto el anillo en el único lugar en

que ellos no podían alcanzarlo: la repisa. Fernanda, en cambio, lo buscó

únicamente en los trayectos de su itinerario cotidiano, sin saber que la

búsqueda de las cosas perdidas está entorpecida por los hábitos

rutinarios, y es por eso que cuesta tanto trabajo encontrarlas.

La crianza de José Arcadio ayudó a Úrsula en la tarea agotadora de

mantenerse al corriente de los mínimos cambios de la casa. Cuando se

daba cuenta de que Amaranta estaba vistiendo a los santos del

dormitorio, fingía que le enseñaba al niño las diferencias de los colores.

-Vamos a ver -le decía-, cuéntame de qué color está vestido San

Rafael Arcángel.

En esa forma, el niño le daba la información que le negaban sus ojos,

y mucho antes de que él se fuera al seminario ya podía Úrsula distinguir

por la textura los distintos colores de la ropa de los santos. A veces

ocurrían accidentes imprevistos. Una tarde estaba Amaranta bordando

en el corredor de las begonias, y Úrsula tropezó con ella.

-Por el amor de Dios -protestó Amaranta-, fíjese por donde camina.

-Eres tú -dijo Úrsula-, la que estás sentada donde no debe ser.

Para ella era cierto. Pero aquel día empezó a darse cuenta de algo

que nadie había descubierto, y era que en el transcurso del año el sol

iba cambiando imperceptiblemente de posición, y quienes se sentaban

en el corredor tenían que ir cambiando de lugar poco a poco y sin

advertirlo. A partir de entonces, Úrsula no tenía sino que recordar la

fecha para conocer el lugar exacto en que estaba sentada Amaranta.

Aunque el temblor de las manos era cada vez más perceptible y no

podía con el peso de los pies, nunca se vio su menudita figura en tantos

lugares al mismo tiempo. Era casi tan diligente como cuando llevaba

encima todo el peso de la casa. Sin embargo, en la impenetrable

soledad de la decrepitud dispuso de tal clarividencia para examinar

hasta los más insignificantes acontecimientos de la familia, que por

primera vez vio con claridad las verdades que sus ocupaciones de otro

tiempo le habían impedido ver. Por la época en que preparaban a José

Arcadio para el seminario, ya había hecho una recapitulación

infinitesimal de la vida de la casa desde la fundación de Macondo, y

había cambiado por completo la opinión que siempre tuvo de sus

descendientes. Se dio cuenta de que el coronel Aureliano Buendía no le

había perdido el cariño a la familia a causa del endurecimiento de la

guerra, como ella creía antes, sino que nunca había querido a nadie, ni

siquiera a su esposa Remedios o a las incontables mujeres de una noche

que pasaron por su vida, y mucho menos a sus hijos. Vislumbró que no

había hecho tantas guerras por idealismo, como todo el mundo creía, ni

había renunciado por cansancio a la victoria inminente, como todo el

mundo creta, sino que había ganado y perdido por el mismo motivo, por

pura y pecaminosa soberbia. Llegó a la conclusión de que aquel hijo por

quien ella habría dado la vida, era simplemente un hombre incapacitado

para el amor. Una noche, cuando lo tenía en el vientre, lo oyó llorar. Fue

un lamento tan definido, que José Arcadio Buendía despertó a su lado y

se alegró con la idea de que el niño iba a ser ventrílocuo. Otras personas

pronosticaron que sería adivino. Ella, en cambio, se estremeció con la

certidumbre de que aquel bramido profundo era un primer indicio de la

temible cola de cerdo, y rogó a Dios que le dejara morir la criatura en el

vientre. Pero la lucidez de la decrepitud le permitió ver, y así lo repitió

muchas veces, que el llanto de los niños en el vientre de la madre no es

un anuncio de ventriloquia ni de facultad adivinatoria, sino una señal

inequívoca de incapacidad para el amor. Aquella desvalorización de la

imagen del hijo le suscitó de un golpe toda la compasión que le estaba

debiendo. Amaranta, en cambio, cuya dureza de corazón la espantaba,

cuya concentrada amargura la amargaba, se le esclareció en el último

examen como la mujer más tierna que había existido jamás, y

comprendió con una lastimosa clarividencia que las injustas torturas a

que había sometido a Pietro Crespi no eran dictadas por una voluntad de

venganza, como todo el mundo creía, ni el lento martirio con que frustró

la vida del coronel Gerineldo Márquez había sido determinado por la

mala hiel de su amargura, como todo el mundo creía, sino que ambas

acciones habían sido una lucha a muerte entre un amor sin medidas y

una cobardía invencible, y había triunfado finalmente el miedo irracional

que Amaranta le tuvo siempre a su propio y atormentado corazón. Fue

por esa época que Úrsula empezó a nombrar a Rebeca, a evocaría con

un viejo cariño exaltado por el arrepentimiento tardío y la admiración

repentina, habiendo comprendido que solamente ella, Rebeca, la que

nunca se aumentó de su leche sino de la tierra de la tierra y la cal de las

paredes, la que no llevó en las venas sangre de sus venas sino la sangre

desconocida de los desconocidos cuyos huesos seguían cloqueando en la

tumba, Rebeca, la del corazón impaciente, la del vientre desaforado, era

la única que tuvo la valentía sin frenos que Úrsula había deseado para

su estirpe.

-Rebeca -decía, tanteando las paredes-, ¡qué injustos hemos sido

contigo!

En la casa, sencillamente, creían que desvariaba, sobre todo desde

que le dio por andar con el brazo derecho levantado, como el arcángel

Gabriel. Fernanda se dio cuenta, sin embargo, de que había un sol de

clarividencia en las sombras de ese desvarío, pues Úrsula podía decir sin

titubeos cuánto dinero se había gastado en la casa durante el último

año. Amaranta tuvo una idea semejante cierto día en que su madre

meneaba en la cocina una olla de sopa, y dijo de pronto, sin saber que

la estaban oyendo, que el molino de maíz que le compraron a los

primeros gitanos, y que había desaparecido desde antes de que José

Arcadio le diera sesenta y cinco veces la vuelta al mundo, estaba

todavía en casa de Pilar Ternera. También casi centenaria, pero entera y

ágil a pesar de la inconcebible gordura que espantaba a los niños como

en otro tiempo su risa espantaba a, las palomas, Pilar Ternera no se

sorprendió del acierto de Úrsula, porque su propia experiencia

empezaba a indicarle que una vejez alerta puede ser más atinada que

las averiguaciones de barajas.

Sin embargo, cuando Úrsula se dio cuenta de que no le había

alcanzado el tiempo para consolidar la vocación de José Arcadio, se dejó

aturdir por la consternación. Empezó a cometer errores, tratando de ver

con los ojos las cosas que la intuición le permitía ver con mayor

claridad. Una mañana le echó al niño en la cabeza el contenido de un

tintero creyendo que era agua florida. Ocasionó tantos tropiezos con la

terquedad de intervenir en todo, que se sintió trastornada por ráfagas

de mal humor, y trataba de quitarse las tinieblas que por fin la estaban

enredando como un camisón de telaraña. Fue entonces cuando se le

ocurrió que su torpeza no era la primera victoria de la decrepitud y la

oscuridad, sino una falla del tiempo. Pensaba que antes, cuando Dios no

hacía con los meses y los años las mismas trampas que hacían los

turcos al medir una yarda de percal, las cosas eran diferentes. Ahora no

sólo crecían los niños más de prisa, sino que hasta los sentimientos

evolucionaban de otro modo. No bien Remedios, la bella, había subido al

cielo en cuerpo y alma, y ya la desconsiderada Fernanda andaba

refunfuñando en los rincones porque se había llevado las sábanas. No

bien se habían enfriado los cuerpos de los Aurelianos en sus tumbas, y

ya Aureliano Segundo tenía otra vez la casa prendida, llena de

borrachos que tocaban el acordeón y se ensopaban en champaña, como

si no hubieran muerto cristianos sino perros, y como si aquella casa de

locos que tantos dolores de cabeza y tantos animalitos de caramelo

había costado, estuviera predestinada a convertirse en un basurero de

perdición. Recordando estas cosas mientras alistaban el baúl de José

Arcadio, Úrsula se preguntaba si no era preferible acostarse de una vez

en la sepultura y que le echaran la tierra encima, y le preguntaba a

Dios, sin miedo, si de verdad creía que la gente estaba hecha de fierro

para soportar tantas penas y mortificaciones; y preguntando y

preguntando iba atizando su propia ofuscación, y sentía unos

irreprimibles deseos de soltarse a despotricar como un forastero, y de

permitirse por fin un instante rebeldía, el instante tantas veces anhelado

y tantas veces aplazado de meterse la resignación por el fundamento, y

cagarse de una vez en todo, y sacarse del corazón los infinitos

montones de malas palabras que había tenido que atragantarse en todo

un siglo de conformidad.

-¡Carajo! -gritó.

Amaranta, que empezaba a meter la ropa en el baúl, creyó que la

había picado un alacrán.

-¡Dónde está! -preguntó alarmada.

-¿Qué?

-¡El animal! -aclaró Amaranta.

Úrsula se puso un dedo en el corazón.

-Aquí -dijo.

Un jueves a las dos de la tarde, José Arcadio se fue al seminario.

Úrsula había de evocarlo siempre como lo imaginó al despedirlo,

lánguido y serio y sin derramar una lágrima, como ella le había

enseñado, ahogándose de calor dentro del vestido de pana verde con

botones de cobre y un lazo almidonado en el cuello. Dejó el comedor

impregnado de la penetrante fragancia de agua de florida que ella le

echaba en la cabeza para poder seguir su rastro en la casa. Mientras

duró el almuerzo de despedida, la familia disimuló el nerviosismo con

expresiones de júbilo, y celebró con exagerado entusiasmo las

ocurrencias del padre Antonio Isabel. Pero cuando se llevaron el baúl

forrado de terciopelo con esquinas de plata, fue como si hubieran

sacado de la casa un ataúd. El único que se negó a participar en la

despedida fue el coronel Aureliano Buendía.

-Esta era la última vaina que nos faltaba -refunfuñó-: ¡un Papa!

Tres meses después, Aureliano Segundo y Fernanda llevaron a Meme

al colegio, y regresaron con un clavicordio que ocupó el lugar de la

pianola. Fue por esa época que Amaranta empezó a tejer su propia

mortaja. La fiebre del banano se había apaciguado. Los antiguos

habitantes de Macondo se encontraban arrinconados por los

advenedizos, trabajosamente asidos a sus precarios recursos de antaño,

pero reconfortados en todo caso por la impresión de haber sobrevivido a

un naufragio. En la casa siguieron recibiendo invitados a almorzar, y en

realidad no se restableció la antigua rutina mientras no se fue, años

después, la compañía bananera. Sin embargo, hubo cambios radicales

en el tradicional sentido de hospitalidad, porque entonces era Fernanda

quien imponía sus leyes. Con Úrsula relegada a las tinieblas, y con

Amaranta abstraída en la labor del sudario, la antigua aprendiza de

reina tuvo libertad para seleccionar a los comensales e imponerles las

rígidas normas que le inculcaran sus padres. Su severidad hizo de la

casa un reducto de costumbres revenidas, en un pueblo convulsionado

por la vulgaridad con que los forasteros despilfarraban sus fáciles

fortunas. Para ella, sin más vueltas, la gente de bien era la que no tenía

nada que ver con la compañía bananera. Hasta José Arcadio Segundo,

su cuñado, fue víctima de su celo discriminatorio, porque en el

embullamiento de la primera hora volvió a rematar sus estupendos

gallos de pelea y se empleó de capataz en la compañía bananera.

-Que no vuelva a pisar este hogar -dijo Fernanda-, mientras tenga la

sarna de los forasteros.

Fue tal la estrechez impuesta en la casa, que Aureliano Segundo se

sintió definitivamente más cómodo donde Petra Cotes. Primero, con el

pretexto de aliviarle la carga a la esposa, trasladó las parrandas. Luego,

con el pretexto de que los animales estaban perdiendo fecundidad,

trasladó los establos y caballerizas. Por último, con el pretexto de que

en casa de la concubina hacía menos calor, trasladó la pequeña oficina

donde atendía sus negocios. Cuando Fernanda se dio cuenta de que era

una viuda a quien todavía no se le había muerto el marido, ya era

demasiado tarde para que las cosas volvieran a su estado anterior.

Aureliano Segundo apenas si comía en la casa, y las únicas apariencias

que seguía guardando, como las de dormir con la esposa, no bastaban

para convencer a nadie. Una noche, por descuido, lo sorprendió la

mañana en la cama de Petra Cotes. Fernanda, al contrario de lo que él

esperaba. no le hizo el menor reproche ni soltó el más leve suspiro de

resentimiento, pero ese mismo día le mandó a casa de la concubina sus

dos baúles de ropa. Los mandó a pleno sol y con instrucciones de

llevarlos por la mitad de la calle, para que todo el mundo los viera,

creyendo que el marido descarriado no podría soportar la vergüenza y

volvería al redil con la cabeza humillada. Pero aquel gesto heroico fue

apenas una prueba más de lo mal que conocía Fernanda no sólo el

carácter de su marido, sino la índole de una comunidad que nada tenía

que ver con la de sus padres, porque todo el que vio pasar los baúles se

dijo que al fin y al cabo esa era la culminación natural de una historia

cuyas intimidades no ignoraba nadie, y Aureliano Segundo celebró la

libertad regalada con una parranda de tres días. Para mayor desventaja

de la esposa, mientras ella empezaba a hacer una mala madurez con

sus sombrías vestiduras talares, sus medallones anacrónicos y su

orgullo fuera de lugar, la concubina parecía reventar en una segunda

juventud, embutida en vistosos trajes de seda natural y con los ojos

atigrados por la candela de la reivindicación. Aureliano Segundo volvió a

entregarse a ella con la fogosidad de la adolescencia, como antes,

cuando Petra Cotes no lo quería por ser él sino porque lo confundía con

su hermano gemelo, y acostándose con ambos al mismo tiempo

pensaba que Dios le había deparado la fortuna de tener un hombre que

hacía el amor como si fueran dos. Era tan apremiante la pasión

restaurada, que en más de una ocasión se miraron a los ojos cuando se

disponían a comer, y sin decirse nada taparon los platos y se fueron a

morirse de hambre y de amor en el dormitorio. Inspirado en las cosas

que había visto en sus furtivas visitas a las matronas francesas,

Aureliano Segundo le compró a Petra Cotes una cama con baldaquín

arzobispal, y puso cortinas de terciopelo en las ventanas y cubrió el

cielorraso y las paredes del dormitorio con grandes espejos de cristal de

roca. Se le vio entonces más parrandero y botarate que nunca. En el

tren, que llegaba todos los días a las once, recibía cajas y más cajas de

champaña y de brandy. Al regreso de la estación arrastraba a la

cumbiamba improvisada a cuanto ser humano encontraba a su paso,

nativo o forastero, conocido o por conocer, sin distinciones de ninguna

clase. Hasta el escurridizo señor Brown, que sólo alternaba en lengua

extraña, se dejó seducir por las tentadoras señas que le hacía Aureliano

Segundo, y varias veces se emborrachó a muerte en casa de Petra

Cotes y hasta hizo que los feroces perros alemanes que lo acompañaban

a todas partes bailaran canciones texanas que él mismo masticaba de

cualquier modo al compás del acordeón.

-Apártense vacas -gritaba Aureliano Segundo en el paroxismo de la

fiesta-. Apártense que la vida es corta.

Nunca tuvo mejor semblante, ni lo quisieron más, ni fue más

desaforado el paritorio de sus animales. Se sacrificaban tantas reses,

tantos cerdos y gallinas en las interminables parrandas, que la tierra del

patio se volvió negra y lodosa de tanta sangre. Aquello era un eterno

tiradero de huesos y tripas, un muladar de sobras, y había que estar

quemando recámaras de dinamita a todas horas para que los gallinazos

no les sacaran los ojos a los invitados. Aureliano Segundo se volvió

gordo, violáceo, atortugado, a consecuencia de un apetito apenas

comparable al de José Arcadio cuando regresó de la vuelta al mundo. El

prestigio de su desmandada voracidad, de su inmensa capacidad de

despilfarro, de su hospitalidad sin precedente, rebasó los límites de la

ciénaga y atrajo a los glotones mejor calificados del litoral. De todas

partes llegaban tragaldabas fabulosos para tomar parte en los

irracionales torneos de capacidad y resistencia que se organizaban en

casa de Petra Cotes. Aureliano Segundo fue el comedor invicto, hasta el

sábado de infortunio en que apareció Camila Sagastume, una hembra

totémica conocida en el país entero con el buen nombre de La Elefanta.

El duelo se prolongó hasta el amanecer del martes. En las primeras

veinticuatro horas, habiendo despachado una ternera con yuca, ñame y

plátanos asados, y además una caja y media de champaña, Aureliano

Segundo tenía la seguridad de la victoria. Se veía más entusiasta, más

vital que la imperturbable adversaria, poseedora de un estilo

evidentemente más profesional, pero por lo mismo menos emocionante

para el abigarrado público que desbordó la casa. Mientras Aureliano

Segundo comía a dentelladas, desbocado por la ansiedad del triunfo, La

Elefanta seccionaba la carne con las artes de un cirujano, y la comía sin

prisa y hasta con un cierto placer. Era gigantesca y maciza, pero contra

la corpulencia colosal prevalecía la ternura de la femineidad, y tenía un

rostro tan hermoso, unas manos tan finas y bien cuidadas y un encanto

personal tan irresistible, que cuando Aureliano Segundo la vio entrar a

la casa comentó en voz baja que hubiera preferido no hacer el torneo en

la mesa sino en la cama. Más tarde, cuando la vio consumir el cuadril de

la ternera sin violar una sola regla de la mejor urbanidad, comentó

seriamente que aquel delicado, fascinante e insaciable proboscidio era

en cierto modo la mujer ideal. No estaba equivocado. La fama de

quebrantahuesos que precedió a La Elefanta carecía de fundamento. No

era trituradora de bueyes, ni mujer barbada en un circo griego, como se

decía, sino directora de una academia de canto. Había aprendido a

comer siendo ya una respetable madre de familia, buscando un método

para que sus hijos se alimentaran mejor y no mediante estímulos

artificiales del apetito sino mediante la absoluta tranquilidad del espíritu.

Su teoría, demostrada en la práctica, se fundaba en el principio de que

una persona que tuviera perfectamente arreglados todos los asuntos de

su conciencia, podía comer sin tregua hasta que la venciera el

cansancio. De modo que fue por razones morales, y no por interés

deportivo, que desatendió la academia y el hogar para competir con un

hombre cuya fama de gran comedor sin principios le había dado la

vuelta al país. Desde la primera vez que lo vio, se dio cuenta de que a

Aureliano Segundo no lo perdería el estómago sino el carácter. Al

término de la primera noche, mientras La Elefanta continuaba impávida,

Aureliano Segundo se estaba agotando de tanto hablar y reír. Durmieron

cuatro horas. Al despertar, se bebió cada uno el jugo de cincuenta

naranjas, ocho litros de café y treinta huevos crudos. Al segundo

amanecer, después de muchas horas sin dormir y habiendo despachado

dos cerdos, un racimo de plátanos y cuatro cajas de champaña, La

Elefanta sospechó que Aureliano Segundo, sin saberlo, había

descubierto el mismo método que ella, pero por el camino absurdo de la

irresponsabilidad total. Era, pues, más peligroso de lo que ella pensaba.

Sin embargo, cuando Petra Cotes llevó a la mesa dos pavos asados,

Aureliano Segundo estaba a un paso de la congestión.

-Si no puede, no coma más -dijo La Elefanta-. Quedamos empatados.

Lo dijo de corazón, comprendiendo que tampoco ella podía comer un

bocado más por el remordimiento de estar propiciando la muerte del

adversario. Pero Aureliano Segundo lo interpretó como un nuevo

desafío, y se atragantó de pavo hasta más allá de su increíble

capacidad. Perdió el conocimiento. Cayó de bruces en el plato de

huesos, echando espumarajos de perro por la boca, y ahogándose en

ronquidos de agonía. Sintió, en medio de las tinieblas, que lo arrojaban

desde lo más alto de una torre hacia un precipicio sin fondo, y en un

último fogonazo de lucidez se dio cuenta de que al término de aquella

inacabable caída lo estaba esperando la muerte.

-Llévenme con Fernanda -alcanzó a decir.

Los amigos que lo dejaron en la casa creyeron que le había cumplido

a la esposa la promesa de no morir en la cama de la concubina. Petra

Cotes había embetunado los botines de charol que él quería tener

puestos en el ataúd, y ya andaba buscando a alguien que los llevara,

cuando fueron a decirle que Aureliano Segundo estaba fuera de peligro.

Se restableció, en efecto, en menos de una semana, y quince días

después estaba celebrando con una parranda sin precedentes el

acontecimiento de la supervivencia. Siguió viviendo en casa de Petra

Cotes, pero visitaba a Fernanda todos los días y a veces se quedaba a

comer en familia, como si el destino hubiera invertido la situación, y lo

hubiera dejado de esposo de la concubina y de amante de la esposa.

Fue un descanso para Fernanda. En los tedios del abandono, sus

únicas distracciones eran los ejercicios de clavicordio a la hora de la

siesta, y las cartas de sus hijos. En las detalladas esquelas que les

mandaba cada quince días, no había una sola línea de verdad. Les

ocultaba sus penas. Les escamoteaba la tristeza de una casa que a

pesar de la luz sobre las begonias, a pesar de la sofocación de las dos

de la tarde, a pesar de las frecuentes ráfagas de fiesta que llegaban de

la calle, era cada vez más parecida a la mansión colonial de sus padres.

Fernanda vagaba sola entre tres fantasmas vivos y el fantasma muerto

de José Arcadio Buendía, que a veces iba a sentarse con una atención

inquisitiva en la penumbra de la sala, mientras ella tocaba el clavicordio.

El coronel Aureliano Buendía era una sombra. Desde la última vez que

salió a la calle a proponerle una guerra sin porvenir al coronel Gerineldo

Márquez, apenas si abandonaba el taller para orinar bajo el castaño. No

recibía más visitas que las del peluquero cada tres semanas. Se

alimentaba de cualquier cosa que le llevaba Úrsula una vez al día, y

aunque seguía fabricando pescaditos de oro con la misma pasión de

antes, dejó de venderlos cuando se enteró de que la gente no los

compraba como joyas sino como reliquias históricas. Había hecho en el

patio una hoguera con las muñecas de Remedios, que decoraban su

dormitorio desde el día de su matrimonio. La vigilante Úrsula se dio

cuenta de lo que estaba haciendo su hijo, pero no pudo impedirlo.

-Tienes un corazón de piedra -le dijo.

-Esto no es asunto del corazón -dijo él-. El cuarto se está llenando de

polillas.

Amaranta tejía su mortaja. Fernanda no entendía por qué le escribía

cartas ocasionales a Meme, y hasta le mandaba regalos, y en cambio ni

siquiera quería hablar de José Arcadio. «Se morirán sin saber por qué»,

contestó Amaranta cuando ella le hizo la pregunta a través de Úrsula, y

aquella respuesta sembró en su corazón un enigma que nunca pudo

esclarecer. Alta, espadada, altiva, siempre vestida con abundantes

pollerines de espuma y con un aire de distinción que resistía a los años y

a los malos recuerdos, Amaranta parecía llevar en la frente la cruz de

ceniza de la virginidad. En realidad la llevaba en la mano, en la venda

negra que no se quitaba ni para dormir, y que ella misma lavaba y

planchaba. La vida se le iba en bordar el sudario. Se hubiera dicho que

bordaba durante el día y desbordaba en la noche, y no con la esperanza

de derrotar en esa forma la soledad, sino todo lo contrario, para

sustentaría.

La mayor preocupación que tenía Fernanda en sus años de abandono,

era que Meme fuera a pasar las primeras vacaciones y no encontrar a

Aureliano Segundo en la casa. La congestión puso término a aquel

temor. Cuando Memo volvió, sus padres se habían puesto de acuerdo no

sólo para que la niña creyera que Aureliano Segundo seguía siendo un

esposo domesticado, sino también para que no notara la tristeza de la

casa. Todos los años, durante dos meses, Aureliano Segundo

representaba su papel de marido ejemplar, y promovía fiestas con

helados y galletitas, que la alegre y vivaz estudiante amenizaba con el

clavicordio. Era evidente desde entonces que había heredado muy poco

del carácter de la madre. Parecía más bien una segunda versión de

Amaranta, cuando ésta no conocía a la amargura y andaba alborotando

la casa con sus pasos de baile, a los doce, a los catorce años, antes de

que la pasión secreta por Pietro Crespi torciera definitivamente el rumbo

de su corazón. Pero al contrario de Amaranta, al contrario de todos,

Memo no revelaba todavía el sino solitario de la familia, y parecía

enteramente conforme con el mundo, aun cuando se encerraba en la

sala a las dos de la tarde a practicar el clavicordio con una disciplina

inflexible. Era evidente que le gustaba la casa, que pasaba todo el año

soñando con el alboroto de adolescentes que provocaba su llegada, y

que no andaba muy lejos de la vocación festiva y los desafueros

hospitalarios de su padre. El primer signo de esa herencia calamitosa se

reveló en las terceras vacaciones, cuando Memo apareció en la casa con

cuatro monjas y sesenta y ocho compañeras de clase, a quienes invitó a

pasar una semana en familia, por propia iniciativa y sin ningún anuncio.

-¡Qué desgracia! -se lamentó Fernanda-. ¡Esta criatura es tan bárbara

como su padre!

Fue preciso pedir camas y hamacas a los vecinos, establecer nueve

turnos en la mesa, fijar horarios para el baño y conseguir cuarenta

taburetes prestados para que las niñas de uniformes azules y botines de

hombre no anduvieran todo el día revoloteando de un lado a otro. La

invitación fue un fracaso, porque las ruidosas colegialas apenas

acababan de desayunar cuando ya tenían que empezar los turnos para

el almuerzo, y luego para la cena, y en toda la semana sólo pudieron

hacer un paseo a las plantaciones. Al anochecer, las monjas estaban

agotadas, incapacitadas para moverse, para impartir una orden más, y

todavía el tropel de adolescentes incansables estaba en el patio

cantando desabridos himnos escolares. Un día estuvieron a punto de

atropellar a Úrsula, que se empeñaba en ser útil precisamente donde

más estorbaba. Otro día, las monjas armaron un alboroto porque el

coronel Aureliano Buendía orinó bajo el castaño sin preocuparse de que

las colegialas estuvieran en el patio. Amaranta estuvo a punto de

sembrar el pánico, porque una de las monjas entró a la cocina cuando

ella estaba salando la sopa, y lo único que se le ocurrió fue preguntar

qué eran aquellos puñados de polvo blanco.

-Arsénico -dijo Amaranta.

La noche de su llegada, las estudiantes se embrollaron de tal modo

tratando de ir al excusado antes de acostarse, que a la una de la

madrugada todavía estaban entrando las últimas. Fernanda compró

entonces setenta y dos bacinillas, pero sólo consiguió convertir en un

problema matinal el problema nocturno, porque desde el amanecer

había frente al excusado una larga fila de muchachas, cada una con su

bacinilla en la mano, esperando turno para lavarla. Aunque algunas

sufrieron calenturas y a varias se les infectaron las picaduras de los

mosquitos, la mayoría demostró una resistencia inquebrantable frente a

las dificultades más penosas, y aun a la hora de más calor correteaban

en el jardín. Cuando por fin se fueron, las flores estaban destrozadas,

los muebles partidos y las paredes cubiertas de dibujos y letreros, pero

Fernanda les perdonó los estragos en el alivio de la partida. Devolvió las

camas y taburetes prestados y guardó las setenta y dos bacinillas en el

cuarto de Melquíades. La clausurada habitación, en torno a la cual giró

en otro tiempo la vida espiritual de la casa, fue conocida desde entonces

como el cuarto de las bacinillas. Para el coronel Aureliano Buendía, ese

era el nombre más apropiado, porque mientras el resto de la familia

seguía asombrándose de que la pieza de Melquíades fuera inmune al

polvo y la destrucción, él la veía convertida en un muladar. De todos

modos, no parecía importarle quién tenía la razón, y si se enteró del

destino del cuarto fue porque Fernanda estuvo pasando y perturbando

su trabajo una tarde entera para guardar las bacinillas.

Por esos días reapareció José Arcadio Segundo en la casa. Pasaba de

largo por el corredor, sin saludar a nadie, y se encerraba en el taller a

conversar con el coronel. A pesar de que no podía verlo, Úrsula

analizaba el taconeo de sus botas de capataz, y se sorprendía de la

distancia insalvable que lo separaba de la familia, inclusive del hermano

gemelo con quien jugaba en la infancia ingeniosos juegos de confusión,

y con el cual no tenía ya ningún rasgo común. Era lineal, solemne, y

tenía un estar pensativo, y una tristeza de sarraceno, y un resplandor

lúgubre en el rostro color de otoño. Era el que más se parecía a su

madre, Santa Sofía de la Piedad. Úrsula se reprochaba la tendencia a

olvidarse de él al hablar de la familia, pero cuando lo sintió de nuevo en

la casa, y advirtió que el coronel lo admitía en el taller durante las horas

de trabajo, volvió a examinar sus viejos recuerdos, y confirmó la

creencia de que en algún momento de la infancia se había cambiado con

su hermano gemelo, porque era él y no el otro quien debía llamarse

Aureliano. Nadie conocía los pormenores de su vida. En un tiempo se

supo que no tenía una residencia fija, que criaba gallos en casa de Pilar

Ternera, y que a veces se quedaba a dormir allí, pero que casi siempre

pasaba la noche en los cuartos de las matronas francesas. Andaba al

garete, sin afectos, sin ambiciones, como una estrella errante en el

sistema planetario de Úrsula.

En realidad, José Arcadio Segundo no era miembro de la familia, ni lo

sería jamás de otra, desde la madrugada distante en que el coronel

Gerineldo Márquez lo llevó al cuartel, no para que viera un fusilamiento,

sino para que no olvidara en el resto de su vida la sonrisa triste y un

poco burlona del fusilado. Aquél no era sólo su recuerdo más antiguo,

sino el único de su niñez. El otro, el de un anciano con un chaleco

anacrónico y un sombrero de alas de cuervo que contaba maravillas

frente a una ventana deslumbrante, no lograba situarlo en ninguna

época. Era un recuerdo incierto, enteramente desprovisto de

enseñanzas o nostalgia, al contrario del recuerdo del fusilado, que en

realidad había definido el rumbo de su vida, y regresaba a su memoria

cada vez más nítido a medida que envejecía, como si el transcurso del

tiempo lo hubiera ido aproximando. Úrsula trató de aprovechar a José

Arcadio Segundo para que el coronel Aureliano Buendía abandonara su

encierro. «Convéncelo de que vaya al cine -le decía-. Aunque no le

gusten las películas tendrá por lo menos una ocasión de respirar aire

puro.» Pero no tardó en darse cuenta de que él era tan insensible a sus

súplicas como hubiera podido serlo el coronel, y que estaban acorazados

por la misma impermeabilidad a los afectos. Aunque nunca supo, ni lo

supo nadie, de qué hablaban en los prolongados encierros del taller,

entendió que fueran ellos los únicos miembros de la familia que parecían

vinculados por las afinidades.

La verdad es que ni José Arcadio Segundo hubiera podido sacar al

coronel de su encierro. La invasión escolar había rebasado los límites de

su paciencia. Con el pretexto de que el dormitorio nupcial estaba a

merced de las polillas a pesar de la destrucción de las apetitosas

muñecas de Remedios, colgó una hamaca en el taller, y entonces lo

abandonó solamente para ir al patio a hacer sus necesidades. Úrsula no

conseguía hilvanar con él una conversación trivial. Sabía que no miraba

los platos de comida, sino que los ponía en un extremo del mesón

mientras terminaba el pescadito, y no le importaba si la sopa se llenaba

de nata y se enfriaba la carne. Se endureció cada vez más desde que el

coronel Gerineldo Márquez se negó a secundario en una guerra senil. Se

encerró con tranca dentro de sí mismo, y la familia terminó por pensar

en él como si hubiera muerto. No se le volvió a ver una reacción

humana, hasta un once de octubre en que salió a la puerta de la calle

para ver el desfile de un circo. Aquella había sido para el coronel

Aureliano Buendía una jornada igual a todas las de sus últimos años. A

las cinco de la madrugada lo despertó el alboroto de los sapos y los

grillos en el exterior del muro. La llovizna persistía desde el sábado, y él

no hubiera tenido necesidad de oír su minucioso cuchicheo en las hojas

del jardín, porque de todos modos lo hubiera sentido en el frío de los

huesos. Estaba, como siempre, arropado con la manta de lana, y con los

largos calzoncillos de algodón crudo que seguía usando por comodidad,

aunque a causa de su polvoriento anacronismo él mismo los llamaba

«calzoncillos de godo». Se puso los pantalones estrechos, pero no se

cerró las presillas ni se puso en el cuello de la camisa el botón de oro

que usaba siempre, porque tenía el propósito de darse un baño. Luego

se puso la manta en la cabeza, como un capirote, se peinó con los dedos

el bigote chorreado, y fue a orinar en el patio. Faltaba tanto para que

saliera el sol que José Arcadio Buendía dormitaba todavía bajo el

cobertizo de palmas podridas por la llovizna. Él no lo vio, como no lo

había visto nunca, ni oyó la frase incomprensible que le dirigió el

espectro de su padre cuando despertó sobresaltado por el chorro de orín

caliente que le salpicaba los zapatos. Dejó el baño para más tarde, no

por el frío y la humedad, sino por la niebla opresiva de octubre. De

regreso al taller percibió el olor de pabilo de los fogones que estaba

encendiendo Santa Sofía de la Piedad, y esperó en la cocina a que

hirviera el café para llevarse su tazón sin azúcar. Santa Sofía de la

Piedad le preguntó, como todas las mañanas, en qué día de la semana

estaban, y él contestó que era martes, once de octubre. Viendo a la

impávida mujer dorada por el resplandor del fuego, que ni en ese ni en

ningún otro instante de su vida parecía existir por completo, recordó de

pronto que un once de octubre, en plena guerra, lo despertó la

certidumbre brutal de que la mujer con quien había dormido estaba

muerta. Lo estaba, en realidad, y no olvidaba la fecha porque también

ella le había preguntado una hora antes en qué día estaban. A pesar de

la evocación, tampoco esta vez tuvo conciencia de hasta qué punto lo

habían abandonado los presagios, y mientras hervía el café siguió

pensando por pura curiosidad, pero sin el más insignificante riesgo de

nostalgia, en la mujer cuyo nombre no conoció nunca, y cuyo rostro no

vio con vida porque había llegado hasta su hamaca tropezando en la

oscuridad. Sin embargo, en el vacío de tantas mujeres como llegaron a

su vida en igual forma, no recordó que fue ella la que en el delirio del

primer encuentro estaba a punto de naufragar en sus propias lágrimas,

y apenas una hora antes de morir había jurado amarlo hasta la muerte.

No volvió a pensar en ella, ni en ninguna otra, después de que entró al

taller con la taza humeante, y encendió la luz para contar los pescaditos

de oro que guardaba en un tarro de lata. Había diecisiete. Desde que

decidió no venderlos, seguía fabricando dos pescaditos al día, y cuando

completaba veinticinco volvía a fundirlos en el crisol para empezar a

hacerlos de nuevo. Trabajó toda la mañana absorto, sin pensar en nada,

sin darse cuenta de que a las diez arreció la lluvia y alguien pasó frente

al taller gritando que cerraran las puertas para que no se inundara la

casa. y sin darse cuenta ni siquiera de sí mismo hasta que Úrsula entró

con el almuerzo y apagó la luz.

-¡Qué lluvia! -dijo Úrsula.

-Octubre -dijo él.

Al decirlo, no levantó la vista del primer pescadito del día, porque

estaba engastando los rubíes de los ojos. Sólo cuando lo terminó y lo

puso con los otros en el tarro, empezó a tomar la sopa. Luego se comió,

muy despacio, el pedazo de carne guisada con cebolla, el arroz blanco y

las tajadas de plátano fritas, todo junto en el mismo plato. Su apetito no

se alteraba ni en las mejores ni en las más duras circunstancias. Al

término del almuerzo experimentó la zozobra de la ociosidad. Por una

especie de superstición científica, nunca trabajaba, ni leía, ni se bañaba,

ni hacía el amor antes de que transcurrieran dos horas de digestión, y

era una creencia tan arraigada que varias veces retrasó operaciones de

guerra para no someter la tropa a los riesgos de una congestión. De

modo que se acostó en la hamaca, sacándose la cera de los oídos con

un cortaplumas, y a los pocos minutos se quedó dormido. Soñó que

entraba en una casa vacía, de paredes blancas, y que lo inquietaba la

pesadumbre de ser el primer ser humano que entraba en ella. En el

sueño recordó que había soñado lo mismo la noche anterior y en

muchas noches de los últimos años, y supo que la imagen se habría

borrado de su memoria al despertar, porque aquel sueño recurrente

tenía la virtud de no ser recordado sino dentro del mismo sueño. Un

momento después, en efecto, cuando el peluquero llamó a la puerta del

taller, el coronel Aureliano Buendía despertó con la impresión de que

involuntariamente se había quedado dormido por breves segundos, y

que no había tenido tiempo de soñar nada.

-Hoy no -le dijo al peluquero-. Nos vemos el viernes.

Tenía una barba de tres días, moteada de pelusas blancas, pero no

creía necesario afeitarse si el viernes se iba a cortar el pelo y podía

hacerlo todo al mismo tiempo. El sudor pegajoso de la siesta indeseable

revivió en sus axilas las cicatrices de los golondrinos. Había escampado,

pero aún no salía el sol. El coronel Aureliano Buendía emitió un eructo

sonoro que le devolvió al paladar la acidez de la sopa, y que fue como

una orden del organismo para que se echara la manta en los hombros y

fuera al excusado. Allí permaneció más del tiempo necesario, acuclillado

sobre la densa fermentación que subía del cajón de madera, hasta que

la costumbre le indicó que era hora de reanudar el trabajo. Durante el

tiempo que duró la espera volvió a recordar que era martes, y que José

Arcadio Segundo no había estado en el taller porque era día de pago en

las fincas de la compañía bananera. Ese recuerdo, como todos los de los

últimos años, lo llevó sin que viniera a cuento a pensar en la guerra.

Recordó que el coronel Gerineldo Márquez le había prometido alguna

vez conseguirle un cabal lo con una estrella blanca en la frente, y que

nunca se había vuelto a hablar de eso. Luego derivó hacia episodios

dispersos, pero los evocó sin calificarlos, porque a fuerza de no poder

pensar en otra cosa había aprendido a pensar en frío, para que los

recuerdos ineludibles no le lastimaran ningún sentimiento. De regreso al

taller, viendo que el aire empezaba a secar, decidió que era un buen

momento para bañarse, pero Amaranta se le había anticipado. Así que

empezó el segundo pescadito del día. Estaba engarzando la cola cuando

el sol salió con tanta fuerza que la claridad crujió como un balandro. El

aire lavado por la llovizna de tres días se llenó de hormigas voladoras.

Entonces cayó en la cuenta de que tenía deseos de orinar, y los estaba

aplazando hasta que acabara de armar el pescadito. Iba para el patio, a

las cuatro y diez, cuando oyó los cobres lejanos, los retumbos del

bombo y el júbilo de los niños, y por primera vez desde su juventud pisó

conscientemente una trampa de la nostalgia, y revivió la prodigiosa

tarde de gitanos en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Santa Sofía

de la Piedad abandonó lo que estaba haciendo en la cocina y corrió hacia

la puerta.

-Es el circo -gritó.

En vez de ir al castaño, el coronel Aureliano Buendía fue también a la

puerta de la calle y se mezcló con los curiosos que contemplaban el

desfile. Vio una mujer vestida de oro en el cogote de un elefante. Vio un

dromedario triste. Vio un oso vestido de holandesa que marcaba el

compás de la música con un cucharón y una cacerola. Vio los payasos

haciendo maromas en la cola del desfile, y le vio otra vez la cara a su

soledad miserable cuando todo acabó de pasar, y no quedó sino el

luminoso espacio en la calle, y el aire lleno de hormigas voladoras, y

unos cuantos curiosos asomados al precipicio de la incertidumbre.

Entonces fue al castaño, pensando en el circo, y mientras orinaba trató

de seguir pensando en el circo, pero ya no encontró el recuerdo. Metió

la cabeza entre los hombros, como un pollito, y se quedó inmóvil con la

frente apoyada en el tronco del castaño. La familia no se enteró hasta el

día siguiente, a las once de la mañana, cuando Santa Sofía de la Piedad

fue a tirar la basura en el traspatio y le llamó la atención que estuvieran

bajando los gallinazos.

XIV

Las últimas vacaciones de Meme coincidieron con el luto por la muerte

del coronel Aureliano Buendía. En la casa cerrada no había lugar para

fiestas. Se hablaba en susurros, se comía en silencio, se rezaba el

rosario tres veces al día, y hasta los ejercicios de clavicordio en el calor

de la siesta tenían una resonancia fúnebre. A pesar de su secreta

hostilidad contra el coronel, fue Fernanda quien impuso el rigor de aquel

duelo, impresionada por la solemnidad con que el gobierno exaltó la

memoria del enemigo muerto. Aureliano Segundo volvió como de

costumbre a dormir en la casa mientras pasaban las vacaciones de su

hija, y algo debió hacer Fernanda para recuperar sus privilegios de

esposa legítima, porque el año siguiente encontró Meme una hermanita

recién nacida, a quien bautizaron contra la voluntad de la madre con el

nombre de Amaranta Úrsula.

Meme había terminado sus estudios. El diploma que la acreditaba

como concertista de clavicordio fue ratificado por el virtuosismo con que

ejecutó temas populares del siglo XVII en la fiesta organizada para

celebrar la culminación de sus estudios, y con la cual se puso término al

duelo. Los invitados admiraron, más que su arte, su rara dualidad. Su

carácter frívolo y hasta un poco infantil no parecía adecuado para

ninguna actividad seria, pero cuando se sentaba al clavicordio se

transformaba en una muchacha diferente, cuya madurez imprevista le

daba un aire de adulto. Así fue siempre. En verdad no tenía una

vocación definida, pero había logrado las más altas calificaciones

mediante una disciplina inflexible, para no contrariar a su madre.

Habrían podido imponerle el aprendizaje de cualquier otro oficio y los

resultados hubieran sido los mismos. Desde muy niña le molestaba el

rigor de Fernanda, su costumbre de decidir por los demás, y habría sido

capaz de un sacrificio mucho más duro que las lecciones de clavicordio,

sólo por no tropezar con su intransigencia. En el acto de clausura la

impresión de que el pergamino con letras góticas y mayúsculas

historiadas la liberaba de un compromiso que había aceptado no tanto

por obediencia como por comodidad, y creyó que a partir de entonces ni

la porfiada Fernanda volvería a preocuparse por un instrumento que

hasta las monjas consideraban como un fósil de museo. En los primeros

años creyó que sus cálculos eran errados, porque después de haber

dormido a media ciudad no sólo en la sala de visitas, sino en cuantas

veladas benéficas, sesiones escolares y conmemoraciones patrióticas se

celebraban en Macondo, su madre siguió in-vitando a todo recién

llegado que suponía capaz de apreciar las virtudes de la hija. Sólo

después de la muerte de Amaranta, cuando la familia volvió a

encerrarse por un tiempo en el luto, pudo Meme clausurar el clavicordio

y olvidar la llave en cualquier ropero, sin que Fernanda se molestara en

averiguar en qué momento ni por culpa de quién se había extraviado.

Meme resistió las exhibiciones con el mismo estoicismo con que se

consagró al aprendizaje. Era el precio de su libertad. Fernanda estaba

tan complacida con su docilidad y tan orgullosa de la admiración que

despertaba su arte, que nunca se opuso a que tuviera la casa llena de

amigas, y pasara la tarde en las plantaciones y fuera al cine con

Aureliano Segundo o con señoras de confianza, siempre que la película

hubiera sido autorizada en el púlpito por el padre Antonio Isabel. En

aquellos ratos de esparcimiento se revelaban los verdaderos gustos de

Meme. Su felicidad estaba en el otro extremo de la disciplina, en las

fiestas ruidosas, en los comadreos de enamorados, en los pro-longados

encierros con sus amigas, donde aprendían a fumar y conversaban de

asuntos de hombres, y donde una vez se les pasó la mano con tres

botellas de ron de caña y terminaron desnudas midiéndose y

comparando las partes de sus cuerpos. Meme no olvidaría jamás la

noche en que entró en la casa masticando rizomas de regaliz, y sin que

advirtieran su trastorno se sentó a la mesa en que Fernanda y Amaranta

cenaban sin dirigirse la palabra. Había pasado dos horas tremendas en

el dormitorio de una amiga, llorando de risa y de miedo, y en el otro

lado de la crisis había encontrado el raro sentimiento de valentía que le

hizo falta para fugarse del colegio y decirle a su madre con esas o con

otras palabras que bien podía ponerse una lavativa de clavicordio.

Sentada en la cabecera de la mesa, tomando un caldo de pollo que le

caía en el estómago como un elixir de resurrección, Meme vio entonces

a Fernanda y Amaranta envueltas en el halo acusador de la realidad.

Tuvo que hacer un grande esfuerzo para no echarles en cara sus

remilgos, su pobreza de espíritu, sus delirios de grandeza. Desde las

segundas vacaciones se había enterado de que su padre sólo vivía en la

casa por guardar las apariencias, y conociendo a Fernanda como la

conocía y habiéndoselas arreglado más tarde para conocer a Petra

Cotes, le concedió la razón a su padre. También ella hubiera preferido

ser la hija de la concubina. En el embotamiento del alcohol, Meme

pensaba con deleite en el escándalo que se habría suscitado si en aquel

momento hubiera expresado sus pensamientos, y fue tan intensa la

íntima satisfacción de la picardía, que Fernanda la advirtió.

-¿Qué te pasa? -preguntó.

-Nada -contestó Meme-. Que apenas ahora descubro cuánto las

quiero.

Amaranta se asustó con la evidente carga de odio que llevaba la

declaración. Pero Fernanda se sintió tan conmovida que creyó volverse

loca cuando Meme despertó a medianoche con la cabeza cuarteada por

el dolor, y ahogándose en vómitos de hiel. Le dio un frasco de aceite de

castor, le puso cataplasmas en el vientre y bolsas de hielo en la cabeza,

y la obligó a cumplir la dieta y el encierro de cinco días ordenados por el

nuevo extravagante médico francés que, después de examinarla más de

dos horas, llegó a la conclusión nebulosa de que tenía un trastorno

propio de mujer. Abandonada por la valentía, en un miserable estado de

desmoralización, a Meme no le quedó otro recurso que aguantar. Úrsula,

ya completamente ciega, pero todavía activa y lúcida, fue la única que

intuyó el diagnóstico exacto. «Para mí -pensó-, estas son las mismas

cosas que les dan a los borrachos.» Pero no sólo rechazó la idea, sino

que se reprochó la ligereza de pensamiento. Aureliano Segundo sintió

un retortijón de conciencia cuando vio el estado de postración de Meme,

y se prometió ocuparse más de ella en el futuro. Fue así como nació la

relación de alegre camaradería entre el padre y la hija, que lo liberó a él

por un tiempo de la amarga soledad de las parrandas, y la liberó a ella

de la tutela de Fernanda sin tener que provocar la crisis doméstica que

ya parecía inevitable. Aureliano Segundo aplazaba entonces cualquier

compromiso para estar con Meme, por llevarla al cine o al circo, y le

dedicaba la mayor parte de su ocio. En los últimos tiempos, el estorbo

de la obesidad absurda que ya no le permitía amarrarse los cordones de

los zapatos, y la satisfacción abusiva de toda clase de apetitos, habían

empezado a agriarle el carácter. El descubrimiento de la hija le restituyó

la antigua jovialidad, y el gusto de estar con ella lo iba apartando poco a

poco de la disipación. Meme despuntaba en una edad frutal. No era

bella, como nunca lo fue Amaranta, pero en cambio era simpática,

descomplicada, y tenía la virtud de caer bien desde el primer momento.

Tenía un espíritu moderno que lastimaba la anticuada sobriedad y el mal

disimulado corazón cicatero de Fernanda, y que en cambio Aureliano

Segundo se complacía en patrocinar. Fue él quien resolvió sacarla del

dormitorio que ocupaba desde niña, y donde los pávidos ojos de los

santos seguían alimentando sus terrores de adolescente, y le amuebló

un cuarto con una cama tronal, un tocador amplio y cortinas de

terciopelo, sin caer en la cuenta de que estaba haciendo una segunda

versión del aposento de Petra Gotes. Era tan pródigo con Meme que ni

siquiera sabía cuánto dinero le proporcionaba, porque ella misma se lo

sacaba de los bolsillos, y la mantenía al tanto de cuanta novedad

embellecedora llegaba a los comisariatos de la compañía bananera. El

cuarto de Meme se llenó de almohadillas de piedra pómez para pulirse

las uñas, rizadores de cabellos, brilladores de dientes, colirios para

languidecer la mirada, y tantos y tan novedosos cosméticos y artefactos

de belleza que cada vez que Fernanda entraba en el dormitorio se

escandalizaba con la idea de que el tocador de la hija debía ser igual al

de las matronas francesas. Sin embargo, Fernanda andaba en esa época

con el tiempo dividido entre la pequeña Amaranta Úrsula, que era

caprichosa y enfermiza, y una emocionante correspondencia con los

médicos invisibles. De modo que cuando advirtió la complicidad del

padre con la hija, la única promesa que le arrancó a Aureliano Segundo

fue que nunca llevaría a Meme a casa de Petra Cotes. Era una

advertencia sin sentido, porque la concubina estaba tan molesta con la

camaradería de su amante con la hija que no quería saber nada de ella.

La atormentaba un temor desconocido, como si el instinto le indicara

que Meme, con sólo desearlo, podría conseguir lo que no pudo conseguir

Fernanda: privarla de un amor que ya consideraba asegurado hasta la

muerte. Por primera vez tuvo que soportar Aureliano Segundo las caras

duras y las virulentas cantaletas de la concubina, y hasta temió que sus

traídos y llevados baúles hicieran el camino de regreso a casa de la

esposa. Esto no ocurrió. Nadie conocía mejor a un hombre que Petra

Cotes a su amante, y sabía que los baúles se quedarían donde los

mandaran, porque si algo detestaba Aureliano Segundo era com-plicarse

la vida con rectificaciones y mudanzas. De modo que los baúles se

quedaron donde estaban, y Petra Cotes se empeñó en reconquistar al

marido afilando las únicas armas con que no podía disputárselo la hija.

Fue también un esfuerzo innecesario, porque Meme no tuvo nunca el

propósito de intervenir en los asuntos de su padre, y seguramente si lo

hubiera hecho habría sido en favor de la concubina. No le sobraba

tiempo para molestar a nadie. Ella misma barría el dormitorio y

arreglaba la cama, como le enseñaron las monjas. En la mañana se

ocupaba de su ropa, bordando en el corredor o cosiendo en la vieja

máquina de manivela de Amaranta. Mientras los otros hacían la siesta,

practicaba dos horas el clavicordio, sabiendo que el sacrificio diario

mantendría calmada a Fernanda. Por el mismo motivo seguía ofreciendo

conciertos en bazares eclesiásticos y veladas escolares, aunque las

solicitudes eran cada vez menos frecuentes. Al atardecer se arreglaba,

se ponía sus trajes sencillos y sus duros borceguíes, y si no tenía algo

que hacer con su padre iba a casas de amigas, donde permanecía hasta

la hora de la cena. Era excepcional que Aureliano Segundo no fuera a

buscarla entonces para llevarla al cine.

Entre las amigas de Meme había tres jóvenes norteamericanas que

rompieron el cerco del gallinero electrificado y establecieron amistad con

muchachas de Macondo. Una de ellas era Patricia Brown. Agradecido con

la hospitalidad de Aureliano Segundo, el señor Brown le abrió a Meme

las puertas de su casa y la invitó a los bailes de los sábados, que eran

los únicos en que los gringos alternaban con los nativos. Cuando

Fernanda lo supo, se olvidó por un momento de Amaranta Úrsula y los

médicos invisibles, y armó todo un melodrama. «Imagínate -le dijo a

Meme- lo que va a pensar el coronel en su tumba.» Estaba buscando,

por supuesto, el apoyo de Úrsula. Pero la anciana ciega, al contrario de

lo que todos esperaban, consideró que no había nada reprochable en

que Meme asistiera a los bailes y cultivara amistad con las

norteamericanas de su edad, siempre que conservara su firmeza de

criterio y no se dejara convertir a la religión protestante. Meme captó

muy bien el pensamiento de la tatarabuela, y al día siguiente de los

bailes se levantaba más temprano que de costumbre para ir a misa. La

oposición de Fernanda resistió hasta el día en que Meme la desarmó con

la noticia de que los norteamericanos querían oírla tocar el clavicordio.

El instrumento fue sacado una vez más de la casa y llevado a la del

señor Brown, donde, en efecto, la joven concertista recibió los aplausos

más sinceros y las felicitaciones más entusiastas. Desde entonces no

sólo la invitaron a los bailes, sino también a los baños dominicales en la

piscina, y a almorzar una vez por semana. Meme aprendió a nadar como

una profesional, a jugar al tenis y a comer jamón de Virginia con

rebanadas de piña. Entre bailes, piscina y tenis, se encontró de pronto

desenredándose en inglés. Aureliano Segundo se entusiasmó tanto con

los progresos de la hija que le compró a un vendedor viajero una

enciclopedia inglesa en seis volúmenes y con numerosas láminas de

colores, que Meme leía en sus horas libres. La lectura ocupó la atención

que antes destinaba a los comadreos de enamorados o a los encierros

experimentales con sus amigas, no porque se lo hubiera impuesto como

disciplina, sino porque ya había perdido todo interés en comentar

misterios que eran del dominio público. Recordaba la borrachera como

una aventura infantil, y le parecía tan divertida que se la contó a

Aureliano Segundo, y a éste le pareció más divertida que a ella. «Si tu

madre lo supiera», le dijo, ahogándose de risa, como le decía siempre

que ella le hacía una confidencia. Él le había hecho prometer que con la

misma confianza lo pondría al corriente de su primer noviazgo, y Meme

le había contado que simpatizaba con un pelirrojo norteamericano que

fue a pasar vacaciones con sus padres. «Qué barbaridad -rió Aureliano

Segundo-. Si tu madre lo supiera.» Pero Meme le contó también que el

muchacho había regresado a su país y no había vuelto a dar señales de

vida. Su madurez de criterio afianzó la paz doméstica. Aureliano

Segundo dedicaba entonces más horas a Petra Cotes, y aunque ya el

cuerpo y el alma no le daban para parrandas como las de antes, no

perdía ocasión de promoverías y de desenfundar el acordeón, que ya

tenía algunas teclas amarradas con cordones de zapatos. En la casa,

Amaranta bordaba su interminable mortaja, y Úrsula se dejaba arrastrar

por la decrepitud hacia el fondo de las tinieblas, donde lo único que

seguía siendo visible era el espectro de José Arcadio Buendía bajo el

castaño. Fernanda consolidó su autoridad. Las cartas mensuales a su

hijo José Arcadio no llevaban entonces una línea de mentira, y

solamente le ocultaba su correspondencia con los mé-dicos invisibles,

que le habían diagnosticado un tumor benigno en el intestino grueso y

estaban preparándola para practicarle una intervención telepática.

Se hubiera dicho que en la cansada mansión de los Buendía había paz

y felicidad rutinaria para mucho tiempo si la intempestiva muerte de

Amaranta no hubiera promovido un nuevo escándalo. Fue un

acontecimiento inesperado. Aunque estaba vieja y apartada de todos,

todavía se notaba firme y recta, v con la salud de piedra que tuvo

siempre. Nadie conoció su pensamiento desde la tarde en que rechazó

definitivamente al coronel Gerineldo Márquez y se encerró a llorar.

Cuando salió, había agotado todas sus lágrimas. No se le vio llorar con

la subida al cielo de Remedios, la bella, ni con el exterminio de los

Aurelianos, ni con la muerte del coronel Aureliano Buendía, que era la

persona que más quiso en este mundo, aunque sólo pudo demostrárselo

cuando encontraron su cadáver bajo el castaño. Ella ayudó a levantar el

cuerpo. Lo vistió con sus arreos de guerrero, lo afeitó, lo peiné, y le

engomó el bigote mejor que él mismo no lo hacía en sus años de gloria.

Nadie pensó que hubiera amor en aquel acto, porque estaban

acostumbrados a la familiaridad de Amaranta con los ritos de la muerte.

Fernanda se escandalizaba de que no entendiera las relaciones del

catolicismo con la vida, sino únicamente sus relaciones con la muerte,

como si no fuera una religión, sino un prospecto de convencionalismos

funerarios. Amaranta estaba demasiado enredada en el berenjenal de

sus recuerdos para entender aquellas sutilezas apologéticas. Había

llegado a la vejez con todas sus nostalgias vivas. Cuando escuchaba los

valses de Pietro Crespi sentía los mismos deseos de llorar que tuvo en la

adolescencia, como si el tiempo y los escarmientos no sirvieran de nada.

Los rollos de música que ella misma había echado a la basura con el

pretexto de que se estaban pudriendo con la humedad, seguían girando

y golpeando martinetes en su memoria. Había tratado de hundirlos en la

pasión pantanosa que se permitió con su sobrino Aureliano José, y había

tratado de refugiarse en la protección serena y viril del coronel

Gerineldo Márquez, pero no había conseguido derrotarlos ni con el acto

más desesperado de su vejez, cuando bañaba al pequeño José Arcadio

tres años antes de que lo mandaran al seminario, y lo acariciaba no

como podía hacerlo una abuela con un nieto, sino como lo hubiera hecho

una mujer con un hombre, como se contaba que lo hacían las matronas

francesas, y como ella quiso hacerlo con Pietro Crespi, a los doce, los

catorce años, cuando lo vio con sus pantalones de baile y la varita

mágica con que llevaba el compás del metrónomo. A veces le dolía

haber dejado a su paso aquel reguero de miseria, y a veces le daba

tanta rabia que se pinchaba los dedos con las agujas, pero más le dolía

y más rabia le daba y más la amargaba el fragante y agusanado

guayabal de amor que iba arrastrando hacia la muerte. Como el coronel

Aureliano Buendía pensaba en la guerra, sin poder evitarlo, Amaranta

pensaba en Rebeca. Pero mientras su hermano había conseguido

esterilizar los recuerdos, ella sólo había conseguido escaldarlos. Lo único

que le rogó a Dios durante muchos años fue que no le mandara el

castigo de morir antes que Rebeca. Cada vez que pasaba por su casa y

advertía los progresos de la destrucción se complacía con la idea de que

Dios la estaba oyendo. Una tarde, cuando cosía en el corredor, la asaltó

la certidumbre de que ella estaría sentada en ese lugar, en esa misma

posición y bajo esa misma luz, cuando le llevaran la noticia de la muerte

de Rebeca. Se sentó a esperarla, como quien espera una carta, y era

cierto que en una época arrancaba botones para volver a pegarlos, de

modo que la ociosidad no hiciera más larga y angustiosa la espera.

Nadie se dio cuenta en la casa de que Amaranta tejió entonces una

preciosa mortaja para Rebeca. Más tarde, cuando Aureliano Triste contó

que la había visto convertida en una imagen de aparición, con la piel

cuarteada y unas pocas hebras amarillentas en el cráneo, Amaranta no

se sorprendió, porque el espectro descrito era igual al que ella

imaginaba desde hacía mucho tiempo. Había decidido restaurar el

cadáver de Rebeca, disimular con parafina los estragos del rostro y

hacerle una peluca con el cabello de los santos. Fabricaría un cadáver

hermoso, con la mortaja de lino y un ataúd forrado de peluche con

vueltas de púrpura, y lo pondría a disposición de los gusanos en unos

funerales espléndidos. Elaboró el plan con tanto odio que la estremeció

la idea de que lo habría hecho de igual modo si hubiera sido con amor,

pero no se dejó aturdir por la confusión, sino que siguió perfeccionando

los detalles tan minuciosamente que llegó a ser más que una

especialista, una virtuosa en los ritos de la muerte. Lo único que no tuvo

en cuenta en su plan tremendista fue que, a pesar de sus súplicas a

Dios, ella podía morirse primero que Rebeca. Así ocurrió, en efecto. Pero

en el instante final Amaranta no se sintió frustrada, sino por el contrario

liberada de toda amargura, porque la muerte le deparó el privilegio de

anunciarse con varios años de anticipación. La vio un mediodía ardiente,

cosiendo con ella en el corredor, poco después de que Meme se fue al

colegio. La reconoció en el acto, y no había nada pavoroso en la muerte,

porque era una mujer vestida de azul con el cabello largo, de aspecto un

poco anticuado, y con un cierto parecido a Pilar Ternera en la época en

que las ayudaba en los oficios de cocina. Varias veces Fernanda estuvo

presente y no la vio, a pesar de que era tan real, tan humana, que en

alguna ocasión le pidió a Amaranta el favor de que le ensartara una

aguja. La muerte no le dijo cuándo se iba a morir ni si su hora estaba

señalada antes que la de Rebeca, sino que le ordenó empezar a tejer su

propia mortaja el próximo seis de abril. La autorizó para que la hiciera

tan complicada y primorosa como ella quisiera, pero tan honradamente

como hizo la de Rebeca, y le advirtió que había de morir sin dolor, ni

miedo, ni amargura, al anochecer del día en que la terminara. Tratando

de perder la mayor cantidad posible de tiempo, Amaranta encargó las

hilazas de lino bayal y ella misma fabricó el lienzo. Lo hizo con tanto

cuidado que solamente esa labor le llevó cuatro años. Luego inició el

bordado. A medida que se aproximaba el término ineludible, iba

comprendiendo que sólo un milagro le permitiría prolongar el trabajo

más allá de la muerte de Rebeca, pero la misma concentración le

proporcionó la calma que le hacía falta para aceptar la idea de una

frustración. Fue entonces cuando entendió el círculo vicioso de los

pescaditos de oro del coronel Aureliano Buendía. El mundo se redujo a

la superficie de su piel, y el interior quedó a salvo de toda amargura. Le

dolió no haber tenido aquella revelación muchos años antes, cuando aún

fuera posible purificar los recuerdos y reconstruir el universo bajo una

luz nueva, y evocar sin estremecerse el olor de espliego de Pietro Crespi

al atardecer, y rescatar a Rebeca de su salsa de miseria, no por odio ni

por amor, sino por la comprensión sin medidas de la soledad. El odio

que advirtió una noche en las palabras de Meme no la conmovió porque

la afectara, sino porque se sintió repetida en otra adolescencia que

parecía tan limpia como debió parecer la suya y que, sin embargo,

estaba ya viciada por el rencor. Pero entonces era tan honda la

conformidad con su destino que ni siquiera la inquietó la certidumbre de

que estaban cerradas todas las posibilidades de rectificación. Su único

objetivo fue terminar la mortaja. En vez de retardaría con preciosismos

inútiles, como lo hizo al principio, apresuró la labor. Una semana antes

calculó que daría la última puntada en la noche del cuatro de febrero, y

sin revelarle el motivo le sugirió a Meme que anticipara un concierto de

clavicordio que tenía previsto para el día siguiente, pero ella no le hizo

caso. Amaranta buscó entonces la manera de retrasarse cuarenta y

ocho horas, y hasta pensó que la muerte la estaba complaciendo,

porque en la noche del cuatro de febrero una tempestad descompuso la

planta eléctrica. Pero al día siguiente, a las ocho de la mañana, dio la

última puntada en la labor más primorosa que mujer alguna había

terminado jamás, y anunció sin el menor dramatismo que moriría al

atardecer. No sólo previno a la familia, sino a toda la población, porque

Amaranta se había hecho a la idea de que se podía reparar una vida de

mezquindad con un último favor al mundo, y pensó que ninguno era

mejor que llevarles cartas a los muertos.

La noticia de que Amaranta Buendía zarpaba al crepúsculo llevando el

correo de la muerte se divulgó en Macondo antes del mediodía, y a las

tres de la tarde había en la sala un cajón lleno de cartas. Quienes no

quisieron escribir le dieron a Amaranta recados verbales que ella anotó

en una libreta con el nombre y la fecha de muerte del destinatario, «No

se preocupe -tranquilizaba a los remitentes-. Lo primero que haré al

llegar será preguntar por él, y le daré su recado.» Parecía una farsa.

Amaranta no revelaba trastorno alguno, ni el más leve signo de dolor, y

hasta se notaba un poco rejuvenecida por el deber cumplido. Estaba tan

derecha y esbelta como siempre. De no haber sido por los pómulos

endurecidos y la falta de algunos dientes, habría parecido mucho menos

vieja de lo que era en realidad. Ella misma dispuso que se metieran las

cartas en una caja embreada, e indicó la manera como debía colocarse

en la tumba para preservarla mejor de la humedad. En la mañana había

llamado a un carpintero que le tomó las medidas para el ataúd, de pie,

en la sala, como si fueran para un vestido. Se le despertó tal dinamismo

en las últimas horas que Fernanda se estaba burlando de todos. Úrsula,

con la experiencia de que los Buendía se morían sin enfermedad, no

puso en duda que Amaranta había tenido el presagio de la muerte, pero

en todo caso la atormentó el temor de que en el trajín de las cartas y la

ansiedad de que llegaran pronto los ofuscados remitentes la fueran a

enterrar viva. Así que se empeñó en despejar la casa, disputándose a

gritos con los intrusos, y a las cuatro de la tarde lo había conseguido. A

esa hora, Amaranta acababa de repartir sus cosas entre los pobres, y

sólo había dejado sobre el severo ataúd de tablas sin pulir la muda de

ropa y las sencillas babuchas de pana que había de llevar en la muerte.

No pasó por alto esa precaución, al recordar que cuando murió el

coronel Aureliano Buendía hubo que comprarle un par de zapatos

nuevos, porque ya sólo le quedaban las pantuflas que usaba en el taller.

Poco antes de las cinco, Aureliano Segundo fue a buscar a Meme para el

concierto, y se sorprendió de que la casa estuviera preparada para el

funeral. Si alguien parecía vivo a esa hora era la serena Amaranta, a

quien el tiempo le había alcanzado hasta para rebanarse los callos.

Aureliano Segundo y Meme se despidieron de ella con adioses de burla,

y le prometieron que el sábado siguiente harían la parranda de la

resurrección. Atraído por las voces públicas de que Amaranta Buendía

estaba recibiendo cartas para los muertos, el padre Antonio Isabel llegó

a las cinco con el viático, y tuvo que esperar más de quince minutos a

que la moribunda saliera del baño. Cuando la vio aparecer con un

camisón de madapolán y el cabello suelto en la espalda, el decrépito

párroco creyó que era una burla, y despachó al monaguillo. Pensó, sin

embargo, aprovechar la ocasión para confesar a Amaranta después de

casi veinte años de reticencia. Amaranta replicó, sencillamente, que no

necesitaba asistencia espiritual de ninguna clase porque tenía la

conciencia limpia. Fernanda se escandalizó. Sin cuidarse de que no la

oyeran, se preguntó en voz alta qué espantoso pecado habría cometido

Amaranta cuando prefería una muerte sacrílega a la vergüenza de una

confesión. Entonces Amaranta se acostó, y obligó a Úrsula a dar

testimonio público de su virginidad.

-Que nadie se haga ilusiones -gritó, para que la oyera Fernanda-.

Amaranta Buendía se va de este mundo como vino.

No se volvió a levantar. Recostada en almohadones, como si de veras

estuviera enferma, tejió sus largas trenzas y se las enrolló sobre las

orejas, como la muerte le había dicho que debía estar en el ataúd.

Luego le pidió a Úrsula un espejo, y por primera vez en más de cuarenta

años vio su rostro devastado por la edad y el martirio, y se sorprendió

de cuánto se parecía a la imagen mental que tenía de si misma. Úrsula

comprendió por el silencio de la alcoba que habla empezado a

oscurecer.

-Despídete de Fernanda -le suplicó-. Un minuto de reconciliación tiene

más mérito que toda una vida de amistad.

-Ya no vale la pena -replicó Amaranta.

Meme no pudo no pensar en ella cuando encendieron las luces del

improvisado escenario y empezó la segunda parte del programa. A

mitad de la pieza alguien le dio la noticia al oído, y el acto se suspendió.

Cuando llegó a la casa, Aureliano Segundo tuvo que abrirse paso a

empujones por entre la muchedumbre, para ver el cadáver de la anciana

doncella, fea y de mal color, con la venda negra en la mano y envuelta

en la mortaja primorosa. Estaba expuesto en la sala junto al cajón del

correo.

Úrsula no volvió a levantarse después de las nueve noches de

Amaranta. Santa Sofía de la Piedad se hizo cargo de ella. Le llevaba al

dormitorio la comida, y el agua de bija para que se lavara, y la mantenía

al corriente de cuanto pasaba en Macondo. Aureliano Segundo la

visitaba con frecuencia, y le llevaba ropas que ella ponía cerca de la

cama, junto con las cosas más indispensables para el vivir diario, de

modo que en poco tiempo se había construido un mundo al alcance de la

mano. Logró despertar un gran afecto en la pequeña Amaranta Úrsula,

que era idéntica a ella, y a quien enseñó a leer. Su lucidez, la habilidad

para bastarse de sí misma, hacían pensar que estaba naturalmente

vencida por el peso de los cien años, pero aunque era evidente que

andaba mal de la vista nadie sospeché que estaba completamente ciega.

Disponía entonces de tanto tiempo y de tanto silencio interior para

vigilar la vida de la casa, que fue ella la primera en darse cuenta de la

callada tribulación de Memo.

-Ven acá -le dijo-. Ahora que estamos solas, confiésale a esta pobre

vieja lo que te pasa.

Memo eludió la conversación con una risa entrecortada. Úrsula no

insistió, pero acabó de confirmar sus sospechas cuando Memo no volvió

a visitarla. Sabía que se arreglaba más tem-prano que de costumbre,

que no tenía un instante de sosiego mientras esperaba la hora de salir a

la calle, que pasaba noches enteras dando vueltas en la cama en el

dormitorio contiguo, y que la atormentaba el revoloteo de una mariposa.

En cierta ocasión le oyó decir que iba a verse con Aureliano Segundo, y

Úrsula se sorprendió de que Fernanda fuera tan corta de imaginación

que no sospeché nada cuando su marido fue a la casa a preguntar por la

hija. Era demasiado evidente que Memo andaba en asuntos sigilosos, en

compromisos urgentes, en ansiedades reprimidas, desde mucho antes

de la noche en que Fernanda alborotó la casa porque la encontró

besándose con un hombre en el cine.

La propia Meme andaba entonces tan ensimismada que acusó a

Úrsula de haberla denunciado. En realidad se denuncié a sí misma.

Desde hacía tiempo dejaba a su paso un reguero de pistas que habrían

despertado al más dormido, y si Fernanda tardó tanto en descubrirlas

fue porque también ella estaba obnubilada por sus relaciones secretas

con los médicos invisibles. Aun así terminó por advertir los hondos

silencios, los sobresaltos intempestivos, las alternativas del humor y las

contradicciones de la hija. Se empeñé en una vigilancia disimulada pero

implacable. La dejó ir con sus amigas de siempre, la ayudé a vestirse

para las fiestas del sábado, y jamás le hizo una pregunta impertinente

que pudiera alertaría. Tenía ya muchas pruebas de que Meme hacía

cosas distintas de las que anunciaba, y todavía no dejó vislumbrar sus

sospechas, en espera de la ocasión decisiva. Una noche, Meme le

anuncié que iba al cine con su padre. Poco después, Fernanda oyó los

cohetes de la parranda y el inconfundible acordeón de Aureliano

Segundo por el rumbo de Petra Cotes. Entonces se vistió, entró al cine,

y en la penumbra de las lunetas reconoció a su hija. La aturdidora

emoción del acierto le impidió ver al hombre con quien se estaba

besando, pero alcanzó a percibir su voz trémula en medio de la rechifla

y las risotadas ensordecedoras del público. «Lo siento, amor», le oyó

decir, y sacó a Meme del salón sin decirle una palabra, y le sometió a la

vergüenza de llevarla por la bulliciosa calle de los turcos, y la encerró

con llave en el dormitorio.

Al día siguiente, a las seis de la tarde, Fernanda reconoció la voz del

hombre que fue a visitarla. Era joven, cetrino, con unos ojos oscuros y

melancólicos que no le habrían sorprendido tanto si hubiera conocido a

los gitanos, y un aire de ensueño que a cualquier mujer de corazón

menos rígido le habría bastado para entender los motivos de su hija.

Vestía de lino muy usado, con zapatos defendidos desesperadamente

con cortezas superpuestas de blanco de cinc, y llevaba en la mano un

canotier comprado el último sábado. En su vida no estuvo ni estaría más

asustado que en aquel momento, pero tenía una dignidad y un dominio

que lo ponían a salvo de la humillación, y una prestancia legítima que

sólo fracasaba en las manos percudidas y las uñas astilladas por el

trabajo rudo. A Fernanda, sin embargo, le basté el verlo una vez para

intuir su condición de menestral. Se dio cuenta de que llevaba puesta su

única muda de los domingos, y que debajo de la camisa tenía la piel

carcomida por la sarna de la compañía bananera. No le permitió hablar.

No le permitió siquiera pasar de la puerta que un momento después

tuvo que cerrar porque la casa estaba llena de mariposas amarillas.

-Lárguese -le dijo-. Nada tiene que venir a buscar entre la gente

decente.

Se llamaba Mauricio Babilonia. Había nacido y crecido en Macondo, y

era aprendiz de mecánico en los talleres de la compañía bananera.

Meme lo había conocido por casualidad, una tarde en que fue con

Patricia Brown a buscar el automóvil para dar un paseo por las

plantaciones. Como el chofer estaba enfermo, lo encargaron a él de

conducirlas, y Meme pudo al fin satisfacer su deseo de sentarse junto al

volante para observar de cerca el sistema de manejo. Al contrario del

chofer titular, Mauricio Babilonia le hizo una demostración práctica. Eso

fue por la época en que Meme empezó a frecuentar la casa del señor

Brown, y todavía se consideraba indigno de damas el conducir un

automóvil. Así que se conformó con la información teórica y no volvió a

ver a Mauricio Babilonia en varios meses. Más tarde había de recordar

que durante el paseo le llamó la atención su belleza varonil, salvo la

brutalidad de las manos, pero que después había comentado con

Patricia Brown la molestia que le produjo su seguridad un poco altanera.

El primer sábado en que fue al cine con su padre, volvió a ver a Mauricio

Babilonia con su muda de lino, sentado a poca distancia de ellos, y

advirtió que él se desinteresaba de la película por volverse a mirarla, no

tanto por verla como para que ella notara que la estaba mirando. A

Meme le molestó la vulgaridad de aquel sistema. Al final, Mauricio

Babilonia se acercó a saludar a Aureliano Segundo, y sólo entonces se

enteró Meme de que se conocían, porque él había trabajado en la

primitiva planta eléctrica de Aureliano Triste, y trataba a su padre con

una actitud de subalterno. Esa comprobación la alivió del disgusto que le

causaba su altanería. No se habían visto a solas, ni se habían cruzado

una palabra distinta del saludo, la noche en que soñó que él la salvaba

de un naufragio y ella no experimentaba un sentimiento de gratitud sino

de rabia. Era como haberle dado una oportunidad que él deseaba,

siendo que Meme anhelaba lo contrario, no sólo con Mauricio Babilonia,

sino con cualquier otro hombre que se interesara en ella. Por eso le

indignó tanto que después del sueño, en vez de detestarlo, hubiera

experimentado una urgencia irresistible de verlo. La ansiedad se hizo

más intensa en el curso de la semana, y el sábado era tan apremiante

que tuvo que hacer un grande esfuerzo para que Mauricio Babilonia no

notara al saludarla en el cine que se le estaba saliendo el corazón por la

boca. Ofuscada por una confusa sensación de placer y rabia, le tendió la

mano por primera vez, y sólo entonces Mauricio Babilonia se permitió

estrechársela. Meme alcanzó en una fracción de segundo a arrepentirse

de su impulso, pero el arrepentimiento se transformó de inmediato en

una satisfacción cruel, al com-probar que también la mano de él estaba

sudorosa y helada. Esa noche comprendió que no tendría un instante de

sosiego mientras no le demostrara a Mauricio Babilonia la vanidad de su

aspiración, y pasó la semana revoloteando en torno de esa ansiedad.

Recurrió a toda clase de artimañas inútiles para que Patricia Brown la

llevara a buscar el automóvil. Por último, se valió del pelirrojo

norteamericano que por esa época fue a pasar vacaciones en Macondo,

y con el pretexto de conocer los nuevos modelos de automóviles se hizo

llevar a los talleres. Desde el momento en que lo vio, Meme dejó de

engañarse a sí misma, y comprendió que lo que pasaba en realidad era

que no podía soportar los deseos de estar a solas con Mauricio

Babilonia, y la indigné la certidumbre de que éste lo había comprendido

al verla llegar.

-Vine a ver los nuevos modelos -dijo Meme.

-Es un buen pretexto -dijo él.

Meme se dio cuenta de que se estaba achicharrando en la lumbre de

su altivez, y buscó desesperadamente una manera de humillarlo. Pero él

no le dio tiempo. «No se asuste -le dijo en voz baja-. No es la primera

vez que una mujer se vuelve loca por un hombre.» Se sintió tan

desamparada que abandoné el taller sin ver los nuevos modelos, y pasó

la noche de extremo a extremo dando vueltas en la cama y llorando de

indignación. El pelirrojo norteamericano, que en realidad empezaba a

interesarle, le pareció una criatura en pañales. Fue entonces cuando

cayó en la cuenta de las mariposas amarillas que precedían las

apariciones de Mauricio Babilonia. Las había visto antes, sobre todo en

el taller de mecánica, y había pensado que estaban fascinadas por el

olor de la pintura. Alguna vez las había sentido revoloteando sobre su

cabeza en la penumbra del cine. Pero cuando Mauricio Babilonia empezó

a perseguiría, como un espectro que sólo ella identificaba en la multitud,

comprendió que las mariposas amarillas tenían algo que ver con él.

Mauricio Babilonia estaba siempre en el público de los conciertos, en el

cine, en la misa mayor, y ella no necesitaba verlo para descubrirlo,

porque se lo indicaban las mariposas. Una vez Aureliano Segundo se

impacientó tanto con el sofocante aleteo, que ella sintió el impulso de

confiarle su secreto, como se lo había prometido, pero el instinto le

indicó que esta vez él no iba a reír como de costumbre: «Qué diría tu

madre si lo supiera.» Una mañana, mientras podaban las rosas,

Fernanda lanzó un grito de espanto e hizo quitar a Meme del lugar en

que estaba, y que era el mismo del jardín donde subió a los cielos

Remedios, la bella. Había tenido por un instante la impresión de que el

milagro iba a repetirse en su hija, porque la había perturbado un

repentino aleteo. Eran las mariposas. Meme las vio, como si hubieran

nacido de pronto en la luz, y el corazón le dio un vuelco. En ese

momento entraba Mauricio Babilonia con un paquete que, según dijo,

era un regalo de Patricia Brown. Meme se atraganté el rubor, asimilé la

tribulación, y hasta consiguió una sonrisa natural para pedirle el favor

de que lo pusiera en el pasamanos porque tenía los dedos sucios de

tierra. Lo único que notó Fernanda en el hombre que pocos meses

después había de expulsar de la casa sin recordar que lo hubiera visto

alguna vez, fue la textura biliosa de su piel.

-Es un hombre muy raro -dijo Fernanda-. Se le ve en la cara que se

va a morir.

Meme pensé que su madre había quedado impresionada por las

mariposas. Cuando acabaron de podar el rosal, se lavé las manos y llevó

el paquete al dormitorio para abrirlo. Era una especie de juguete chino,

compuesto por cinco cajas concéntricas, y en la última una tarjeta

laboriosamente dibujada por alguien que apenas sabía escribir: Nos

vemos el sábado en el cine. Meme sintió el estupor tardío de que la caja

hubiera estado tanto tiempo en el pasamanos al alcance de la curiosidad

de Fernanda, y aunque la halagaba la audacia y el ingenio de Mauricio

Babilonia, la conmovió su ingenuidad de esperar que ella le cumpliera la

cita. Meme sabía desde entonces que Aureliano Segundo tenía un

compromiso el sábado en la noche. Sin embargo, el fuego de la

ansiedad la abrasó de tal modo en el curso de la semana, que el sábado

convenció a su padre de que la dejara sola en el teatro y volviera por

ella al terminar la función. Una mariposa nocturna revoloteó sobre su

cabeza mientras las luces estuvieron encendidas. Y entonces ocurrió.

Cuando las luces se apagaron, Mauricio Babilonia se sentó a su lado.

Meme se sintió chapaleando en un tremedal de zozobra, del cual sólo

podía rescatarla, como había ocurrido en el sueño, aquel hombre oloroso

a aceite de motor que apenas distinguía en la penumbra.

-Si no hubiera venido -dijo él-, no me hubiera visto más nunca.

Meme sintió el peso de su mano en la rodilla, y supo que ambos

llegaban en aquel instante al otro lado del desamparo.

-Lo que me choca de ti -sonrió- es que siempre dices precisamente lo

que no se debe.

Se volvió loca por él. Perdió el sueño y el apetito, y se hundió tan

profundamente en la soledad, que hasta su padre se le convirtió en un

estorbo. Elaboré un intrincado enredo de com-promisos falsos para

desorientar a Fernanda, perdió de vista a sus amigas, saltó por encima

de los convencionalismos para verse con Mauricio Babilonia a cualquier

hora y en cualquier parte. Al principio le molestaba su rudeza. La

primera vez que se vieron a solas, en los prados desiertos detrás del

taller de mecánica, él la arrastré sin misericordia a un estado animal que

la dejó extenuada. Tardé algún tiempo en darse cuenta de que también

aquella era una forma de la ternura, y fue entonces cuando perdió el

sosiego, y no vivía sino para él, trastornada por la ansiedad de hundirse

en su entorpecedor aliento de aceite refregado con lejía. Poco antes de

la muerte de Amaranta tropezó de pronto con un espacio de lucidez

dentro de la locura, y tembló ante la incertidumbre del porvenir.

Entonces oyó hablar de una mujer que hacía pronósticos de barajas, y

fue a visitarla en secreto. Era Pilar Ternera. Desde que ésta la vio

entrar, conoció los recónditos motivos de Meme. «Siéntate, -le dijo-. No

necesito de barajas para averiguar el porvenir de un Buendía.» Meme

ignoraba, y lo ignoré siempre, que aquella pitonisa centenaria era su

bisabuela. Tampoco lo hubiera creído después del agresivo realismo con

que ella le revelé que la ansiedad del enamoramiento no encontraba

reposo sino en la cama. Era el mismo punto de vista de Mauricio

Babilonia, pero Meme se resistía a darle crédito, pues en el fondo

suponía que estaba inspirado en un mal criterio de menestral. Ella

pensaba entonces que el amor de un modo derrotaba al amor de otro

modo, porque estaba en la índole de los hombres repudiar el hambre

una vez satisfecho el apetito. Pilar Ternera no sólo disipé el error, sino

que le ofreció la vieja cama de lienzo donde ella concibió a Arcadio, el

abuelo de Meme, y donde concibió después a Aureliano José. Le enseñé

además cómo prevenir la concepción indeseable mediante la

vaporización de cataplasmas de mostaza, y le dio recetas de bebedizos

que en casos de percances hacían expulsar «hasta los remordimientos

de conciencia». Aquella entrevista le infundió a Meme el mismo

sentimiento de valentía que experimenté la tarde de la borrachera. La

muerte de Amaranta, sin embargo, la obligó a aplazar la decisión.

Mientras duraron las nueve noches, ella no se aparté un instante de

Mauricio Babilonia, que andaba confundido con la muchedumbre que

invadió la casa. Vinieron luego el luto prolongado y el encierro

obligatorio, y se separaron por un tiempo. Fueron días de tanta

agitación interior, de tanta ansiedad irreprimible y tantos anhelos

reprimidos, que la primera tarde en que Meme logró salir fue

directamente a la casa de Pilar Ternera. Se entregó a Mauricio Babilonia

sin resistencia, sin pu-dor, sin formalismos, y con una vocación tan

fluida y una intuición tan sabia, que un hombre más suspicaz que el

suyo hubiera podido confundirlas con una acendrada experiencia. Se

amaron dos veces por semana durante más de tres meses, protegidos

por la complicidad inocente de Aureliano Segundo, que acreditaba sin

malicia las coartadas de la hija, sólo por verla liberada de la rigidez de

su madre.

La noche en que Fernanda los sorprendió en el cine, Aureliano

Segundo se sintió agobiado por el peso de la conciencia, y visitó a Meme

en el dormitorio donde la encerró Fernanda, confiando en que ella se

desahogaría con él de las confidencias que le estaba debiendo. Pero

Meme lo negó todo. Estaba tan segura de sí misma, tan aferrada a su

soledad, que Aureliano Segundo tuvo la impresión de que ya no existía

ningún vínculo entre ellos, que la camaradería y la complicidad no eran

más que una ilusión del pasado. Pensó hablar con Mauricio Babilonia

creyendo que su autoridad de antiguo patrón lo haría desistir de sus

propósitos, pero Petra Cotes lo convenció de que aquellos eran asuntos

de mujeres, así que quedó flotando en un limbo de indecisión, y apenas

sostenido por la esperanza de que el encierro terminara con las

tribulaciones de la hija.

Meme no dio muestra alguna de aflicción. Al contrario, desde el

dormitorio contiguo percibió Úrsula el ritmo sosegado de su sueño, la

serenidad de sus quehaceres, el orden de sus comidas y la buena salud

de su digestión. Lo único que intrigó a Úrsula después de casi dos meses

de castigo, fue que Meme no se bañara en la mañana, como lo hacían

todos, sino a las siete de la noche. Alguna vez pensó prevenirla contra

los alacranes, pero Meme era tan esquiva con ella por la convicción de

que la había denunciado, que prefirió no perturbaría con impertinencias

de tatarabuela. Las mariposas amarillas invadían la casa desde el

atardecer. Todas las noches, al regresar del baño, Meme encontraba a

Fernanda desesperada, matando mariposas con la bomba de insecticida.

«Esto es una desgracia -decía-. Toda la vida me contaron que las

mariposas nocturnas llaman la mala suerte.» Una noche, mientras

Meme estaba en el baño, Fernanda entró en su dormitorio por

casualidad, y había tantas mariposas que apenas se podía respirar.

Agarró cualquier trapo para espantarlas, y el corazón se le helé de pavor

al relacionar los baños nocturnos de su hija con las cataplasmas de

mostaza que rodaron por el suelo. No esperé un momento oportuno,

como lo hizo la primera vez. Al día siguiente invitó a almorzar al nuevo

alcalde, que como ella había bajado de los páramos, y le pidió que

estableciera una guardia nocturna en el traspatio, porque tenía la

impresión de que se estaban robando las gallinas. Esa noche, la guardia

derribé a Mauricio Babilonia cuando levantaba las tejas para entrar en el

baño donde Meme lo esperaba, desnuda y temblando de amor entre los

alacranes y las mariposas, como lo había hecho casi todas las noches de

105 últimos meses. Un proyectil incrustado en la columna vertebral lo

redujo a cama por el resto de su vida. Murió de viejo en la soledad, sin

un quejido, sin una protesta, sin una sola tentativa de infidencia,

atormentado por los recuerdos y por las mariposas amarillas que no le

concedieron un instante de paz, y públicamente repudiado como ladrón

de gallinas.

XV

Los acontecimientos que habían de darle el golpe mortal a Macondo

empezaban a vislumbrarse cuando llevaron a la casa al hijo de Meme

Buendía. La situación pública era entonces tan incierta, que nadie tenía

el espíritu dispuesto para ocuparse de escándalos privados, de modo

que Fernanda contó con un ambiente propicio para mantener al niño

escondido como si no hubiera existido nunca. Tuvo que recibirlo, porque

las circunstancias en que se lo llevaron no hacían posible el rechazo.

Tuvo que soportarlo contra su voluntad por el resto de su vida, porque a

la hora de la verdad le faltó valor para cumplir la íntima determinación

de ahogarlo en la alberca del baño. Lo encerró en el antiguo taller del

coronel Aureliano Buendía. A Santa Sofía de la Piedad logró convencerla

de que lo había encontrado flotando en una canastilla. Úrsula había de

morir sin conocer su origen. La pequeña Amaranta Úrsula, que entró

una vez al taller cuando Fernanda estaba alimentando al niño, también

creyó en la versión de la canastilla flotante. Aureliano Segundo,

definitivamente distanciado de la esposa por la forma irracional en que

ésta manejé la tragedia de Meme, no supo de la existencia del nieto sino

tres años después de que lo llevaron a la casa, cuando el niño escapé al

cautiverio por un descuido de Fernanda, y se asomé al corredor por una

fracción de segundo, desnudo y con los pelos enmarañados y con un

impresionante sexo de moco de pavo, como si no fuera una criatura

humana sino la definición enciclopédica de un antropófago.

Fernanda no contaba con aquella trastada de su incorregible destino.

El niño fue como el regreso de una vergüenza que ella creía haber

desterrado para siempre de la casa. Apenas se ha-bían llevado a

Mauricio Babilonia con la espina dorsal fracturada, y ya había concebido

Fernanda hasta el detalle más ínfimo de un plan destinado a eliminar

todo vestigio del oprobio. Sin consultarlo con su marido, hizo al día

siguiente su equipaje, metió en una maletita las tres mudas que su hija

podía necesitar, y fue a buscarla al dormitorio media hora antes de la

llegada del tren.

-Vamos, Renata -le dijo.

No le dio ninguna explicación. Meme, por su parte, no la esperaba ni

la quería. No sólo ignoraba para dónde iban, sino que le habría dado

igual si la hubieran llevado al matadero. No había vuelto a hablar, ni lo

haría en el resto de su vida, desde que oyó el disparo en el traspatio y el

simultáneo aullido de dolor de Mauricio Babilonia. Cuando su madre le

ordenó salir del dormitorio, no se peiné ni se lavé la cara, y subió al tren

como un sonámbulo sin advertir siquiera las mariposas amarillas que

seguían acompañándola. Fernanda no supo nunca, ni se tomó el trabajo

de averiguarlo, si su silencio pétreo era una determinación de su

voluntad, o si se había quedado rauda por el impacto de la tragedia.

Meme apenas se dio cuenta del viaje a través de la antigua región

encantada. No vio las umbrosas e interminables plantaciones de banano

a ambos lados de las líneas. No vio las casas blancas de los gringos, ni

sus jardines aridecidos por el polvo y el calor, ni las mujeres con

pantalones cortos y camisas de rayas azules que jugaban barajas en los

pórticos. No vio las carretas de bueyes cargadas de racimos en los

caminos polvorientos. No vio las doncellas que saltaban como sábalos en

los ríos transparentes para dejarles a los pasajeros del tren la amargura

de sus senos espléndidos, ni las barracas abigarradas y miserables de

los trabajadores donde revoloteaban las mariposas amarillas de Mauricio

Babilonia, y en cuyos portales había niños verdes y escuálidos sentados

en sus bacinillas, y mujeres embarazadas que gritaban improperios al

paso del tren. Aquella visión fugaz, que para ella era una fiesta cuando

regresaba del colegio, pasó por el corazón de Meme sin despabilarlo. No

miró a través de la ventanilla ni siquiera cuando se acabó la humedad

ardiente de las plantaciones, y el tren pasó por la llanura de amapolas

donde estaba todavía el costillar carbonizado del galeón español, y salió

luego al mismo aire diáfano y al mismo roar espumoso y sucio donde

casi un siglo antes fracasaron las ilusiones de José Arcadio Buendía.

A las cinco de la tarde, cuando llegaron a la estación final de la

ciénaga, descendió del tren porque Fernanda lo hizo. Subieron a un

cochecito que parecía un murciélago enorme, tirado por un caballo

asmático, y atravesaron la ciudad desolada, en cuyas calles

interminables y cuarteadas por el salitre, resonaba un ejercicio de piano

igual al que escuchó Fernanda en las siestas de su adolescencia. Se

embarcaron en un buque fluvial, cuya rueda de madera hacía un ruido

de conflagración, y cuyas láminas de hierro carcomidas por el óxido

reverberaban como la boca de un horno. Meme se encerró en el

camarote. Dos veces al día dejaba Fernanda un plato de comida junto a

la cama, y dos veces al día se lo llevaba intacto, no porque Meme

hubiera resuelto morirse de hambre, sino porque le repugnaba el solo

olor de los alimentos y su estómago expulsaba hasta el agua. Ni ella

misma sabía entonces que su fertilidad había burlado a los vapores de

mostaza, así como Fernanda no lo supo hasta casi un año después,

cuando le llevaron al niño. En el camarote sofocante, trastornada por la

vibración de las paredes de hierro y por el tufo insoportable del cieno

removido por la rueda del buque, Meme perdió la cuenta de los días.

Había pasado mucho tiempo cuando vio la última mariposa amarilla

destrozándose en las aspas del ventilador y admitió como una verdad

irremediable que Mauricio Babilonia había muerto. Sin embargo, no se

dejó vencer por la resignación. Seguía pensando en él durante la penosa

travesía a lomo de mula por el páramo alucinante donde se perdió

Aureliano Segundo cuando buscaba a la mujer más hermosa que se

había dado sobre la tierra, y cuando remontaron la cordillera por

caminos de indios, y entraron a la ciudad lúgubre en cuyos vericuetos de

piedra resonaban los bronces funerarios de treinta y dos iglesias. Esa

noche durmieron en la abandonada mansión co-lonial, sobre los

tablones que Fernanda puso en el suelo de un aposento invadido por la

maleza, y arropadas con piltrafas de cortinas que arrancaron de las

ventanas y que se desmigaban a cada vuelta del cuerpo. Meme supo

dónde estaban, porque en el espanto del insomnio vio pasar al caballero

vestido de negro que en una distante víspera de Navidad llevaron a la

casa dentro de un cofre de plomo. Al día siguiente, después de misa,

Fernanda la condujo a un edificio sombrío que Meme reconoció de

inmediato por las evocaciones que su madre solía hacer del convento

donde la educaron para reina, y entonces comprendió que había llegado

al término del viaje. Mientras Fernanda hablaba con alguien en el

despacho contiguo, ella se quedó en un salón ajedrezado con grandes

óleos de arzobispos coloniales, temblando de frío, porque llevaba

todavía un traje de etamina con florecitas negras y los duros borceguíes

hinchados por el hielo del páramo. Estaba de pie en el centro del salón,

pensando en Mauricio Babilonia bajo el chorro amarillo de los vitrales,

cuando salió del despacho una novicia muy bella que llevaba su maletita

con las tres mudas de ropa. Al pasar junto a Meme le tendió la mano sin

detenerse.

-Vamos, Renata -le dijo.

Meme le tomó la mano y se dejé llevar. La última vez que Fernanda la

vio, tratando de igualar su paso con el de la novicia, acababa de

cerrarse detrás de ella el rastrillo de hierro de la clausura. Todavía

pensaba en Mauricio Babilonia, en su olor de aceite y su ámbito de

mariposas, y seguiría pensando en él todos los días de su vida, hasta la

remota madrugada de otoño en que muriera de vejez, con sus nombres

cambiados y sin haber dicho nunca una palabra, en un tenebroso

hospital de Cracovia.

Fernanda regresé a Macondo en un tren protegido por policías

armados. Durante el viaje advirtió la tensión de los pasajeros, los

aprestos militares en los pueblos de la línea y el aire enrarecido por la

certidumbre de que algo grave iba a suceder, pero careció de

información mientras no llegó a Macondo y le contaron que José Arcadio

Segundo estaba incitando a la huelga a los trabajadores de la compañía

bananera. «Esto es lo último que nos faltaba -se dijo Fernanda-. Un

anarquista en la familia.» La huelga estalló dos semanas después y no

tuvo las consecuencias dramáticas que se temían. Los obreros aspiraban

a que no se les obligara a cortar y embarcar banano los domingos, y la

petición pareció tan justa que hasta el padre Antonio Isabel intercedió

en favor de ella porque la encontró de acuerdo con la ley de Dios. El

triunfo de la acción, así como de otras que se promovieron en los meses

siguientes, sacó del anonimato al descolorido José Arcadio Segundo, de

quien solía decirse que sólo había servido para llenar el pueblo de putas

francesas. Con la misma decisión impulsiva con que rematé sus gallos

de pelea para establecer una empresa de navegación desatinada, había

renunciado al cargo de capataz de cuadrilla de la compañía bananera y

tomó el partido de los trabajadores. Muy pronto se le señaló como

agente de una conspiración internacional contra el orden público. Una

noche, en el curso de una semana oscurecida por rumores sombríos,

escapé de milagro a cuatro tiros de revólver que le hizo un desconocido

cuando salía de una reunión secreta. Fue tan tensa la atmósfera de los

meses siguientes, que hasta Úrsula la percibió en su rincón de tinieblas,

y tuvo la impresión de estar viviendo de nuevo los tiempos azarosos en

que su hijo Aureliano cargaba en el bolsillo los glóbulos homeopáticos de

la subversión. Trató de hablar con José Arcadio Segundo para enterarlo

de ese precedente, pero Aureliano Segundo le informó que desde la

noche del atentado se ignoraba su paradero.

-Lo mismo que Aureliano -exclamó Úrsula-. Es como si el mundo

estuviera dando vueltas.

Fernanda permaneció inmune a la incertidumbre de esos días. Carecía

de contactos con el mundo exterior, desde el violento altercado que tuvo

con su marido por haber determinado la suerte de Meme sin su

consentimiento. Aureliano Segundo estaba dispuesto a rescatar a su

hija, con la policía si era necesario, pero Fernanda le hizo ver papeles en

los que se demostraba que había ingresado a la clausura por propia

voluntad.

En erecto, Meme los había firmado cuando ya estaba del otro lado del

rastrillo de hierro, y lo hizo con el mismo desdén con que se dejé

conducir. En el fondo, Aureliano Segundo no creyó en la legitimidad de

las pruebas, como no creyó nunca que Mauricio Babilonia se hubiera

metido al patio para robar gallinas, pero ambos expedientes le sirvieron

para tranquilizar la conciencia, y pudo entonces volver sin

remordimientos a la sombra de Petra Cotes, donde reanudé las

parrandas ruidosas y las comilonas desaforadas. Ajena a la inquietud del

pueblo, sorda a los tremendos pronósticos de Úrsula, Fernanda le dio la

última vuelta a las tuercas de su plan consumado. Le escribió una

extensa carta a su hijo José Arcadio, que ya iba a recibir las órdenes

menores, y en ella le comunicó que su hermana Renata había expirado

en la paz del Señor a consecuencia del vómito negro. Luego puso a

Amaranta Úrsula al cuidado de Santa Sofía de la Piedad, y se dedicó a

organizar su correspondencia con los médicos invisibles, trastornada por

el percance de Meme. Lo primero que hizo fue fijar fecha definitiva para

la aplazada intervención telepática. Pero los médicos invisibles le

contestaron que no era prudente mientras persistiera el estado de

agitación social en Macondo. Ella estaba tan urgida y tan mal informada,

que les explicó en otra carta que no había tal estado de agitación, y que

todo era fruto de las locuras de un cuñado suyo, que andaba por esos

días con la ventolera sindical, como padeció en otro tiempo las de la

gallera y la navegación. Aún no estaban de acuerdo el caluroso

miércoles en que llamó a la puerta de la casa una monja anciana que

llevaba una canastilla colgada del brazo. Al abrirle, Santa Sofía de la

Piedad pensó que era un regalo y trató de quitarle la canastilla cubierta

con un primoroso tapete de encaje. Pero la monja lo impidió, porque

tenía instrucciones de entregársela personalmente, y bajo la reserva

más estricta, a doña Fernanda del Carpio de Buendía. Era el hijo de

Mame. El antiguo director espiritual de Fernanda le explicaba en una

carta que había nacido dos meses antes, y que se habían permitido

bautizarlo con el nombre de Aureliano, como su abuelo, porque la madre

no despegó los labios para expresar su voluntad. Fernanda se sublevé

íntimamente contra aquella burla del destino, pero tuvo fuerzas para

disimularlo delante de la monja.

-Diremos que lo encontramos flotando en la canastilla -sonrió.

-No se lo creerá nadie -dijo la monja.

-Si se lo creyeron a las Sagradas Escrituras -replicó Fernanda-, no veo

por qué no han de creérmelo a mí.

La monja almorzó en casa, mientras pasaba el tren de regreso, y de

acuerdo con la discreción que le habían exigido no volvió a mencionar al

niño, pero Fernanda la señaló como un testigo indeseable de su

vergüenza, y lamentó que se hubiera desechado la costumbre medieval

de ahorcar al mensajero de malas noticias. Fue entonces cuando decidió

ahogar a la criatura en la alberca tan pronto como se fuera la monja,

pero el corazón no le dio para tanto y prefirió esperar con paciencia a

que la infinita bondad de Dios la liberara del estorbo.

El nuevo Aureliano había cumplido un año cuando la tensión pública

estalló sin ningún anuncio. José Arcadio Segundo y otros dirigentes

sindicales que habían permanecido hasta entonces en la clandestinidad,

aparecieron intempestivamente un fin de semana y promovieron

manifestaciones en los pueblos de la zona bananera. La policía se

conformó con vigilar el orden. Pero en la noche del lunes los dirigentes

fueron sacados de sus casas y mandados, con grillos de cinco kilos en

los pies, a la cárcel de la capital provincial. Entre ellos se llevaron a José

Arcadio Segundo y a Lorenzo Gavilán, un coronel de la revolución

mexicana, exiliado en Macondo, que decía haber sido testigo del

heroísmo de su compadre Artemio Cruz. Sin embargo, antes de tres

meses estaban en libertad, porque el gobierno y la compañía bananera

no pudieron ponerse de acuerdo sobre quién debía alimentarlos en la

cárcel. La inconformidad de los trabajadores se fundaba esta vez en la

insalubridad de las viviendas, el engaño de los servicios médicos y la

iniquidad de las condiciones de trabajo. Afirmaban, además, que no se

les pagaba con dinero efectivo, sino con vales que sólo servían para

comprar jamón de Virginia en los comisariatos de la compañía. José

Arcadio Segundo fue encarcelado porque reveló que el sistema de los

vales era un recurso de la compañía para financiar sus barcos fruteros,

que de no haber sido por la mercancía de los comisariatos hubieran

tenido que regresar vacíos desde Nueva Orleáns hasta los puertos de

embarque del banano. Los otros cargos eran del dominio público. Los

médicos de la compañía no examinaban a los enfermos, sino que los

hacían pararse en fila india frente a los dispensarios, y una enfermera

les ponía en la lengua una píldora del color del piedralipe, así tuvieran

paludismo, blenorragia o estreñimiento. Era una terapéutica tan

generalizada, que los niños se ponían en la lila varias veces, y en vez de

tragarse las píldoras se las llevaban a sus casas para señalar con ellas lo

números cantados en el juego de lotería. Los obreros de la compañía

estaban hacinados en tambos miserables. Los ingenieros, en vez de

construir letrinas, llevaban a los campamentos, por Navidad, un

excusado portátil para cada cincuenta personas, y hacían

demostraciones públicas de cómo utilizarlos para que duraran más. Los

decrépitos abogados vestidos de negro que en otro tiempo asediaron al

coronel Aureliano Buendía, y que entonces eran apoderados de la

compañía bananera, desvirtuaban estos cargos con arbitrios que

parecían cosa de magia. Cuando los trabajadores redactaron un pliego

de peticiones unánime, pasó mucho tiempo sin que pudieran notificar

oficialmente a la compañía bananera. Tan pronto como conoció el

acuerdo, el señor Brown enganchó en el tren su suntuoso vagón de

vidrio, y desapareció de Macondo junto con los representantes más

conocidos de su empresa. Sin embargo, varios obreros encontraron a

uno de ellos el sábado siguiente en un burdel, y le hicieron firmar una

copia del pliego de peticiones cuando estaba desnudo con la mujer que

se prestó para llevarlo a la trampa. Los luctuosos abogados demostraron

en el juzgado que aquel hombre no tenía nada que ver con la compañía,

y para que nadie pusiera en duda sus argumentos lo hicieron encarcelar

por usurpador. Más tarde, el señor Brown fue sorprendido viajando de

incógnito en un vagón de tercera clase, y le hicieron firmar otra copia

del pliego de peticiones. Al día siguiente compareció ante los jueces con

el pelo pintado de negro y hablando un castellano sin tropiezos. Los

abogados demostraron que no era el señor Jack Brown, superintendente

de la compañía bananera y nacido en Prattville, Alabama, sino un

inofensivo vendedor de plantas medicinales, nacido en Macondo y allí

mismo bautizado con el nombre de Dagoberto Fonseca. Poco después,

frente a una nueva tentativa de los trabajadores, los abogados

exhibieron en lugares públicos el certificado de defunción del señor

Brown, autenticado por cónsules y cancilleres, y en el cual se daba fe de

que el pasado nueve de junio había sido atropellado en Chicago por un

carro de bomberos. Cansados de aquel delirio hermenéutico, los

trabajadores repudiaron a las autoridades de Macondo y subieron con

sus quejas a los tribunales supremos. Fue allí donde los ilusionistas del

derecho demostraron que las reclamaciones carecían de toda validez,

simplemente porque la compañía bananera no tenía, ni había tenido

nunca ni tendría jamás trabajadores a su servicio, sino que los reclutaba

ocasionalmente y con carácter temporal. De modo que se desbarató la

patraña del jamón de Virginia, las píldoras milagrosas y los excusados

pascuales, y se estableció por fallo de tribunal y se proclamó en bandos

solemnes la inexistencia de los trabajadores.

La huelga grande estalló. Los cultivos se quedaron a medias, la fruta

se pasó en las cepas y los trenes de ciento veinte vagones se pararon en

los ramales. Los obreros ociosos desbordaron los pueblos. La calle de los

turcos reverberó en un sábado de muchos días, y en el salón de billares

del Hotel de Jacob hubo que establecer turnos de veinticuatro horas. Allí

estaba José Arcadio Segundo, el día en que se anuncié que el ejército

había sido encargado de restablecer el orden público. Aunque no era

hombre de presagios, la noticia fue para él como un anuncio de la

muerte, que había esperado desde la mañana distante en que el coronel

Gerineldo Márquez le permitió ver un fusilamiento. Sin embargo, el mal

augurio no alteró su solemnidad. Hizo la jugada que tenía prevista y no

erró la carambola. Poco después, las descargas de redoblante, los

ladridos del clarín, los gritos y el tropel de la gente, le indicaron que no

sólo la partida de billar sino la callada y solitaria partida que jugaba

consigo mismo desde la madrugada de la ejecución, habían por fin

terminado. Entonces se asomé a la calle, y los vio. Eran tres regimientos

cuya marcha pautada por tambor de galeotes hacia trepidar la tierra. Su

resuello de dragón multicéfalo impregnó de un vapor pestilente la

claridad del mediodía. Eran pequeños, macizos, brutos. Sudaban con

sudor de caballo, y tenían un olor de carnaza macerada por el sol, y la

impavidez taciturna e impenetrable de los hombres del páramo. Aunque

tardaron más de una hora en pasar, hubiera podido pensarse que eran

unas pocas escuadras girando en redondo, porque todos eran idénticos,

hijos de la misma madre, y todos soportaban con igual estolidez el peso

de los morrales y las cantimploras, y la vergüenza de los fusiles con las

bayonetas caladas, y el incordio de la obediencia ciega y el sentido del

honor. Ursula los oyó pasar desde su lecho de tinieblas y levantó la

mano con los dedos en cruz. Santa Sofía de la Piedad existió por un

instante, inclinada sobre el mantel bordado que acababa de planchar, y

pensó en su hijo, José Arcadio Segundo, que vio pasar sin inmutarse los

últimos soldados por la puerta del Hotel de Jacob.

La ley marcial facultaba al ejército para asumir funciones de árbitro de

la controversia, pero no se hizo ninguna tentativa de conciliación. Tan

pronto como se exhibieron en Macondo, los soldados pusieron a un lado

los fusiles, cortaron y embarcaron el banano y movilizaron los trenes.

Los trabajadores, que hasta entonces se habían conformado con

esperar, se echaron al monte sin más armas que sus machetes de labor,

y empezaron a sabotear el sabotaje. Incendiaron fincas y comisariatos,

destruyeron los rieles para impedir el tránsito de los trenes que

empezaban a abrirse paso con fuego de ametralladoras, y cortaron los

alambres del telégrafo y el teléfono. Las acequias se tiñeron de sangre.

El señor Brown, que estaba vivo en el gallinero electrificado, fue sacado

de Macondo con su familia y las de otros compatriotas suyos, y

conducidos a territorio seguro bajo la protección del ejército. La

situación amenazaba con evolucionar hacia una guerra civil desigual y

sangrienta, cuando las autoridades hicieron un llamado a los

trabajadores para que se concentraran en Macondo. El llamado

anunciaba que el Jefe Civil y Militar de la provincia llegaría el viernes

siguiente, dispuesto a interceder en el conflicto.

José Arcadio Segundo estaba entre la muchedumbre que se concentré

en la estación desde la mañana del viernes. Había participado en una

reunión de los dirigentes sindicales y había sido comisionado junto con

el coronel Gavilán para confundirse con la multitud y orientarla según

las circunstancias. No se sentía bien, y amasaba una pasta salitrosa en

el paladar, desde que advirtió que el ejército había emplazado nidos de

ametralladoras alrededor de la plazoleta, y que la ciudad alambrada de

la compañía bananera estaba protegida con piezas de artillería. Hacia las

doce, esperando un tren que no llegaba, más de tres mil personas,

entre trabajadores, mujeres y niños, habían desbordado el espacio

descubierto frente a la estación y se apretujaban en las calles

adyacentes que el ejército cerró con filas de ametralladoras. Aquello

parecía entonces, más que una recepción, una feria jubilosa. Habían

trasladado los puestos de fritangas y las tiendas de bebidas de la calle

de los Turcos, y la gente soportaba con muy buen ánimo el fastidio de la

espera y el sol abrasante. Un poco antes de las tres corrió el rumor de

que el tren oficial no llegaría hasta el día siguiente. La muchedumbre

cansada exhalé un suspiro de desaliento. Un teniente del ejército se

subió entonces en el techo de la estación, donde había cuatro nidos de

ametralladoras enfiladas hacia la multitud, y se dio un toque de silencio.

Al lado de José Arcadio Segundo estaba una mujer descalza, muy gorda,

con dos niños de unos cuatro y siete años. Cargó al menor, y le pidió a

José Arcadio Segundo, sin conocerlo, que levantara al otro para que

oyera mejor lo que iban a decir. José Arcadio Segundo se acaballó al

niño en la nuca. Muchos años después, ese niño había de seguir

contando, sin que nadie se lo creyera, que había visto al teniente

leyendo con una bocina de gramófono el Decreto Número 4 del Jefe Civil

y Militar de la provincia. Estaba firmado por el general Carlos Cortés

Vargas, y por su secretario, el mayor Enrique García Isaza, y en tres

artículos de ochenta palabras declaraba a los huelguistas cuadrilla de

malhechores y facultaba al ejército para matarlos a bala.

Leído el decreto, en medio de una ensordecedora rechifla de protesta,

un capitán sustituyó al teniente en el techo de la estación, y con la

bocina de gramófono hizo señas de que quería hablar. La muchedumbre

volvió a guardar silencio.

-Señoras y señores -dijo el capitán con una voz baja, lenta, un poco

cansada-, tienen cinco minutos para retirarse.

La rechifla y los gritos redoblados ahogaron el toque de clarín que

anuncié el principio del plazo. Nadie se movió.

-Han pasado cinco minutos -dijo el capitán en el mismo tono-. Un

minuto más y se hará fuego.

José Arcadio Segundo, sudando hielo, se bajó al niño de los hombros

y se lo entregó a la mujer. «Estos cabrones son capaces de disparar»,

murmuró ella. José Arcadio Segundo no tuvo tiempo de hablar, porque

al instante reconoció la voz ronca del coronel Gavilán haciéndoles eco

con un grito a las palabras de la mujer. Embriagado por la tensión, por

la maravillosa profundidad del silencio y, además, convencido de que

nada haría mover a aquella muchedumbre pasmada por la fascinación

de la muerte, José Arcadio Segundo se empiné por encima de las

cabezas que tenía enfrente, y por primera vez en su vida levantó la voz.

-¡Cabrones! -gritó-. Les regalamos el minuto que falta.

Al final de su grito ocurrió algo que no le produjo espanto, sino una

especie de alucinación. El capitán dio la orden de fuego y catorce nidos

de ametralladoras le respondieron en el acto. Pero todo parecía una

farsa. Era como si las ametralladoras hubieran estado cargadas con

engañifas de pirotecnia, porque se escuchaba su anhelante tableteo, y

se veían sus escupitajos incandescentes, pero no se percibía la más leve

reacción, ni una voz, ni siquiera un suspiro, entre la muchedumbre

compacta que parecía petrificada por una invulnerabilidad instantánea.

De pronto, a un lado de la estación, un grito de muerte desgarró el

encantamiento: «Aaaay, mi madre.» Una fuerza sísmica, un aliento

volcánico, un rugido de cataclismo, estallaron en el centro de la

muchedumbre con una descomunal potencia expansiva. José Arcadio

Segundo apenas tuvo tiempo de levantar al niño, mientras la madre con

el otro era absorbida por la muchedumbre centrifugada por el pánico.

Muchos años después, el niño había de contar todavía, a pesar de que

los vecinos seguían creyéndolo un viejo chiflado, que José Arcadio

Segundo lo levantó por encima de su cabeza, y se dejó arrastrar, casi en

el aire, como flotando en el terror de la muchedumbre, hacia una calle

adyacente. La posición privilegiada del niño le permitió ver que en ese

momento la masa desbocada empezaba a llegar a la esquina y la fila de

ametralladoras abrió fuego. Varias voces gritaron al mismo tiempo:

-¡Tírense al suelo! ¡Tírense al suelo!

Ya los de las primeras líneas lo habían hecho, barridos por las ráfagas

de metralla. Los sobrevivientes, en vez de tirarse al suelo, trataron de

volver a la plazoleta, y el pánico dio en-tonces un coletazo de dragón, y

los mandó en una oleada compacta contra la otra oleada compacta que

se movía en sentido contrario, despedida por el otro coletazo de dragón

de la calle opuesta, donde también las ametralladoras disparaban sin

tregua. Estaban acorralados, girando en un torbellino gigantesco que

poco a poco se reducía a su epicentro porque sus bordes iban siendo

sistemáticamente recortados en redondo, como pelando una cebolla, por

las tijeras insaciables y metódicas de la metralla. El niño vio una mujer

arrodillada, con los brazos en cruz, en un espacio limpio,

misteriosamente vedado a la estampida. Allí lo puso José Arcadio

Segundo, en el instante de derrumbarse con la cara bañada en sangre,

antes de que el tropel colosal arrasara con el espacio vacío, con la mujer

arrodillada, con la luz del alto cielo de sequía, y con el puto mundo

donde Úrsula Iguarán había vendido tantos animalitos de caramelo.

Cuando José Arcadio Segundo desperté estaba boca arriba en las

tinieblas. Se dio cuenta de que iba en un tren interminable y silencioso,

y de que tenía el cabello apelmazado por la sangre seca y le dolían

todos los huesos. Sintió un sueño insoportable. Dispuesto a dormir

muchas horas, a salvo del terror y el horror, se acomodé del lado que

menos le dolía, y sólo entonces descubrió que estaba acostado sobre los

muertos. No había un espacio libre en el vagón, salvo el corredor

central. Debían de haber pasado varias horas después de la masacre,

porque los cadáveres tenían la misma temperatura del yeso en otoño, y

su misma consistencia de espuma petrificada, y quienes los habían

puesto en el vagón tuvieron tiempo de arrumos en el orden y el sentido

en que se transportaban los racimos de banano. Tratando de fugarse de

la pesadilla, José Arcadio Segundo se arrastró de un vagón a otro, en la

dirección en que avanzaba el tren, y en los relámpagos que estallaban

por entre los listones de madera al pasar por los pueblos dormidos veía

los muertos hombres, los muertos mujeres, los muertos niños, que iban

a ser arrojados al mar como el banano de rechazo. Solamente reconoció

a una mujer que vendía refrescos en la plaza y al coronel Gavilán, que

todavía llevaba enrollado en la mano el cinturón con la hebilla de plata

moreliana con que trató de abrirse camino a través del pánico. Cuando

llegó al primer vagón dio un salto en la oscuridad, y se quedó tendido en

la zanja hasta que el tren acabó de pasar. Era el más largo que había

visto nunca, con casi doscientos vagones de carga, y una locomotora en

cada extremo y una tercera en el centro. No llevaba ninguna luz, ni

siquiera las rojas y verdes lámparas de posición, y se deslizaba a una

velocidad nocturna y sigilosa. Encima de los vagones se veían los bultos

oscuros de los soldados con las ametralladoras emplazadas.

Después de medianoche se precipité un aguacero torrencial. José

Arcadio Segundo ignoraba dónde había saltado, pero sabía que

caminando en sentido contrario al del tren llegaría a Ma-condo. Al cabo

de más de tres horas de marcha, empapado hasta los huesos, con un

dolor de cabeza terrible, divisé las primeras casas a la luz del amanecer.

Atraído por el olor del café, entró en una cocina donde una mujer con un

niño en brazos estaba inclinada sobre el fogón.

-Buenos -dijo exhausto-. Soy José Arcadio Segundo Buendía.

Pronunció el nombre completo, letra por letra, para convencerse de

que estaba vivo. Hizo bien, porque la mujer había pensado que era una

aparición al ver en la puerta la figura escuálida, sombría, con la cabeza

y la ropa sucias de sangre, y tocada por la solemnidad de la muerte. Lo

conocía. Llevó una manta para que se arropara mientras se secaba la

ropa en el fogón, le calenté agua para que se lavara la herida, que era

sólo un desgarramiento de la piel, y le dio un pañal limpio para que se

vendara la cabeza. Luego le sirvió un pocillo de café, sin azúcar, como le

habían dicho que lo tomaban los Buendía, y abrió la ropa cerca del

fuego.

José Arcadio Segundo no habló mientras no terminó de tomar el café.

-Debían ser como tres mil -murmuré.

-¿Qué?

-Los muertos -aclaró él-. Debían ser todos los que estaban en la

estación.

La mujer lo midió con una mirada de lástima. «Aquí no ha habido

muertos -dijo-. Desde los tiempos de tu tío, el coronel, no ha pasado

nada en Macondo.» En tres cocinas donde se detuvo José Arcadio

Segundo antes de llegar a la casa le dijeron lo mismo: «No hubo

muertos.» Pasó por la plazoleta de la estación, y vio las mesas de

fritangas amontonadas una encima de otra, y tampoco allí encontró

rastro alguno de la masacre. Las calles estaban desiertas bajo la lluvia

tenaz y las casas cerradas, sin vestigios de vida interior. La única noticia

humana era el primer toque para misa. Llamó en la puerta de la casa

del coronel Gavilán. Una mujer encinta, a quien había visto muchas

veces, le cerró la puerta en la cara. «Se fue -dijo asustada-. Volvió a su

tierra.» La entrada principal del gallinero alambrado estaba custodiada,

como siempre, por dos policías locales que parecían de piedra bajo la

lluvia, con impermeables y cascos de hule. En su callecita marginal, los

negros antillanos cantaban a coro los salmos del sábado. José Arcadio

Segundo saltó la cerca del patio y entró en la casa por la cocina. Santa

Sofía de la Piedad apenas levantó la voz. «Que no te vea Fernanda -

dijo-. Hace un rato se estaba levantando.» Como si cumpliera un pacto

implícito, llevó al hijo al cuarto de las bacinillas, le arregló el

desvencijado catre de Melquíades, y a las dos de la tarde, mientras

Fernanda hacía la siesta, le pasó por la ventana un plato de comida.

Aureliano Segundo había dormido en casa porque allí lo sorprendió la

lluvia, y a las tres de la tarde todavía seguía esperando que escampara.

Informado en secreto por Santa Sofía de la Piedad, a esa hora visitó a

su hermano en el cuarto de Melquíades. Tampoco él creyó la versión de

la masacre ni la pesadilla del tren cargado de muertos que viajaba hacia

el mar. La noche anterior habían leído un bando nacional extraordinario,

para informar que los obreros habían obedecido la orden de evacuar la

estación, y se dirigían a sus casas en caravanas pacíficas. El bando

informaba también que los dirigentes sindicales, con un elevado espíritu

patriótico, habían reducido sus peticiones a dos puntos: reforma de los

servicios médicos y construcción de letrinas en las viviendas. Se informé

más tarde que cuando las autoridades militares obtuvieron el acuerdo

de los trabajadores, se apresuraron a comunicárselo al señor Brown, y

que éste no sólo había aceptado las nuevas condiciones, sino que ofreció

pagar tres días de jolgorios públicos para celebrar el término del

conflicto. Sólo que cuando los militares le preguntaron para qué fecha

podía anunciarse la firma del acuerdo, él miró a través de la ventana del

cielo rayado de relámpagos, e hizo un profundo gesto de incertidumbre.

-Será cuando escampe -dijo-. Mientras dure la lluvia, suspendemos

toda clase de actividades.

No llovía desde hacia tres meses y era tiempo de sequía. Pero cuando

el señor Brown anuncié su decisión se precipité en toda la zona

bananera el aguacero torrencial que sorprendió a José Arcadio Segundo

en el camino de Macondo. Una semana después seguía lloviendo. La

versión oficial, mil veces repetida y machacada en todo el país por

cuanto medio de divulgación encontró el gobierno a su alcance, terminó

por imponerse: no hubo muertos, los trabajadores satisfechos habían

vuelto con sus familias, y la compañía bananera suspendía actividades

mientras pasaba la lluvia. La ley marcial continuaba, en previsión de que

fuera necesario aplicar medidas de emergencia para la calamidad

pública del aguacero interminable, pero la tropa estaba acuartelada.

Durante el día los militares andaban por los torrentes de las calles, con

los pantalones enrollados a media pierna, jugando a los naufragios con

los niños. En la noche, después del toque de queda, derribaban puertas

a culatazos, sacaban a los sospechosos de sus camas y se los llevaban a

un viaje sin regreso. Era todavía la búsqueda y el exterminio de los

malhechores, asesinos, incendiarios y revoltosos del Decreto Número

Cuatro, pero los militares lo negaban a los propios parientes de sus

víctimas, que desbordaban la oficina de los comandantes en busca de

noticias. «Seguro que fue un sueño -insistían los oficiales-. En Macondo

no ha pasado nada, ni está pasando ni pasará nunca. Este es un pueblo

feliz.» Así consumaron el exterminio de los jefes sindicales.

El único sobreviviente fue José Arcadio Segundo. Una noche de

febrero se oyeron en la puerta los golpes inconfundibles de las culatas.

Aureliano Segundo, que seguía esperando que es-campara para salir,

les abrió a seis soldados al mando de un oficial. Empapados de lluvia,

sin pronunciar una palabra, registraron la casa cuarto por cuarto,

armario por armario, desde las salas hasta el granero. Úrsula despertó

cuando encendieron la luz del aposento, y no exhalé un suspiro mientras

duró la requisa, pero mantuvo los dedos en cruz, moviéndolos hacia

donde los soldados se movían. Santa Sofía de la Piedad alcanzó a

prevenir a José Arcadio Segundo que dormía en el cuarto de Melquíades,

pero él comprendió que era demasiado tarde para intentar la fuga. De

modo que Santa Sofía de la Piedad volvió a cerrar la puerta, y él se puso

la camisa y los zapatos, y se sentó en el catre a esperar que llegaran.

En ese momento estaban requisando el taller de orfebrería. El oficial

había hecho abrir el candado, y con una rápida barrida de la linterna

había visto el mesón de trabajo y la vidriera con los frascos de ácidos y

los instrumentos que seguían en el mismo lugar en que los dejó su

dueño, y pareció comprender que en aquel cuarto no vivía nadie. Sin

embargo, le preguntó astutamente a Aureliano Segundo si era platero, y

él le explicó que aquel había sido el taller del coronel Aureliano Buendía,

«Ajá», hizo el oficial, y encendió la luz y ordenó una requisa tan

minuciosa, que no se les escaparon los dieciocho pescaditos de oro que

se habían quedado sin fundir y que estaban escondidos detrás de los

frascos en el tarro de lata. El oficial los examinó uno por uno en el

mesón de trabajo y entonces se humanizó por completo. «Quisiera

llevarme uno, si usted me lo permite -dijo-. En un tiempo fueron una

clave de subversión, pero ahora son una reliquia.» Era joven, casi un

adolescente, sin ningún signo de timidez, y con una simpatía natural

que no se le había notado hasta entonces. Aureliano Segundo le regaló

el pescadito. El oficial se lo guardó en el bolsillo de la camisa, con un

brillo infantil en los ojos, y echó los otros en el tarro para ponerlos

donde estaban.

-Es un recuerdo invaluable -dijo-. El coronel Aureliano Buendía fue

uno de nuestros más grandes hombres.

Sin embargo, el golpe de humanización no modificó su conducta

profesional. Frente al cuarto de Melquíades, que estaba otra vez con

candado, Santa Sofía de la Piedad acudió a una última esperanza. «Hace

como un siglo que no vive nadie en ese aposento», dijo. El oficial lo hizo

abrir, lo recorrió con el haz de la linterna, y Aureliano Segundo y Santa

Sofía de la Piedad vieron los ojos árabes de José Arcadio Segundo en el

momento en que pasó por su cara la ráfaga de luz, y comprendieron que

aquel era el fin de una ansiedad y el principio de otra que sólo

encontraría un alivio en la resignación. Pero el oficial siguió examinando

la habitación con la linterna, y no dio ninguna señal de interés mientras

no descubrió las setenta y dos bacinillas apelotonadas en los armarios.

Entonces encendió la luz. José Arcadio Segundo estaba sentado en el

borde del catre, listo para salir, más solemne y pensativo que nunca. Al

fondo estaban los anaqueles con los libros descosidos, los rollos de

pergaminos, y la mesa de trabajo limpia y ordenada, y todavía fresca la

tinta en los tinteros. Había la misma pureza en el aire, la misma

diafanidad, el mismo privilegio contra el polvo y la destrucción que

conoció Aureliano Segundo en la infancia, y que sólo el coronel

Aureliano Buendía no pudo percibir. Pero el oficial no se interesó sino en

las bacinillas.

-¿Cuántas personas viven en esta casa? -preguntó.

-Cinco.

El oficial, evidentemente, no entendió. Detuvo la mirada en el espacio

donde Aureliano Segundo y Santa Sofía de la Piedad seguían viendo a

José Arcadio Segundo, y también éste se dio cuenta de que el militar lo

estaba mirando sin verlo. Luego apagó la luz y ajusté la puerta. Cuando

les habló a los soldados, entendió Aureliano Segundo que el joven

militar había visto el cuarto con los mismos ojos con que lo vio el

coronel Aureliano Buendía.

-Es verdad que nadie ha estado en ese cuarto por lo menos en un

siglo -dijo el oficial a los soldados-. Ahí debe haber hasta culebras.

Al cerrarse la puerta, José Arcadio Segundo tuvo la certidumbre de

que su guerra había terminado. Años antes, el coronel Aureliano

Buendía le había hablado de la fascinación de la guerra y había tratado

de demostrarla con ejemplos incontables sacados de su propia

experiencia. Él le había creído. Pero la noche en que los militares lo

miraron sin verlo, mientras pensaba en la tensión de los últimos meses,

en la miseria de la cárcel, en el pánico de la estación y en el tren

cargado de muertos, José Arcadio Segundo llegó a la conclusión de que

el coronel Aureliano Buendía no fue más que un farsante o un imbécil.

No entendía que hubiera necesitado tantas palabras para explicar lo que

se sentía en la guerra, si con una sola bastaba: miedo. En el cuarto de

Melquíades, en cambio, protegido por la luz sobrenatural, por el ruido de

la lluvia, por la sensación de ser invisible, encontró el reposo que no

tuvo un solo instante de su vida anterior, y el único miedo que persistía

era el de que lo enterraran vivo. Se lo conté a Santa Sofía de la Piedad,

que le llevaba las comidas diarias, y ella le prometió luchar por estar

viva hasta más allá de sus fuerzas, para asegurarse de que lo

enterraran muerto. A salvo de todo temor, José Arcadio Segundo se

dedicó entonces a repasar muchas veces los pergaminos de Melquíades,

y tanto más a gusto cuanto menos los entendía. Acostumbrado al ruido

de la lluvia, que a los dos meses se convirtió en una forma nueva del

silencio, lo único que perturbaba su soledad eran las entradas y salidas

de Santa Sofía de la Piedad. Por eso le suplicó que le dejara la comida

en el alféizar de la ventana, y le echara candado a la puerta. El resto de

la familia lo olvidó, inclusive Fernanda, que no tuvo inconveniente en

dejarlo allí, cuando supo que los militares lo habían visto sin conocerlo.

A los seis meses de encierro, en vista de que los militares se habían ido

de Macondo, Aureliano Segundo quitó el candado buscando alguien con

quien conversar mientras pasaba la lluvia. Desde que abrió la puerta se

sintió agredido por la pestilencia de las bacinillas que estaban puestas

en el suelo, y todas muchas veces ocupadas. José Arcadio Segundo,

devorado por la pelambre, indiferente al aire enrarecido por los vapores

nauseabundos, seguía leyendo y releyendo los pergaminos ininteligibles.

Estaba iluminado por un resplandor seráfico. Apenas levantó la vista

cuando sintió abrirse la puerta, pero a su hermano le basté aquella

mirada para ver repetido en ella el destino irreparable del bisabuelo.

-Eran más de tres mil -fue todo cuanto dijo José Arcadio Segundo-.

Ahora estoy seguro que eran todos los que estaban en la estación.

XVI

Llovió cuatro años, once meses y dos días. Hubo épocas de llovizna en

que todo el mundo se puso sus ropas de pontifical y se compuso una

cara de convaleciente para celebrar la escampada, pero pronto se

acostumbraron a interpretar las pausas como anuncios de

recrudecimiento. Se desempedraba el cielo en unas tempestades de

estropicio, y el norte mandaba unos huracanes que desportillaron techos

y derribaron paredes, y desenterraron de raíz las últimas cepas de las

plantaciones. Como ocurrió durante la peste del insomnio, que Úrsula se

dio a recordar por aquellos días, la propia calamidad iba inspirando

defensas contra el tedio. Aureliano Segundo fue uno de los que más

hicieron para no dejarse vencer por la ociosidad. Había ido a la casa por

algún asunto casual la noche en que el señor Brown convocó la

tormenta, y Fernanda traté de auxiliarlo con un paraguas medio

desvarillado que encontré en un armario. «No hace falta -dijo él-. Me

quedo aquí hasta que escampe.» No era, por supuesto, un compromiso

ineludible, pero estuvo a punto de cumplirlo al pie de la letra. Como su

ropa estaba en casa de Petra Cotes, se quitaba cada tres días la que

llevaba puesta, y esperaba en calzoncillos mientras la lavaban. Para no

aburrirse, se entregó a la tarea de componer los numerosos

desperfectos de la casa. Ajusté bisagras, aceité cerraduras, atornillé

aldabas y nivelé fallebas. Durante varios meses se le vio vagar con una

caja de herramientas que debieron olvidar los gitanos en los tiempos de

José Arcadio Buendía, y nadie supo si fue por la gimnasia involuntaria,

por el tedio invernal o por la abstinencia obligada, que la panza se le fue

desinflando poco a poco como un pellejo, y la cara de tortuga beatífica

se le hizo menos sanguínea y menos protuberante la papada, hasta que

todo él terminé por ser menos paquidérmico y pudo amarrarse otra vez

los cordones de los zapatos. Viéndolo montar picaportes y desconectar

relojes, Fernanda se preguntó si no estaría incurriendo también en el

vicio de hacer para deshacer, como el coronel Aureliano Buendía con los

pescaditos de oro, Amaranta con los botones y la mortaja, José Arcadio

Segundo con los pergaminos y Úrsula con los recuerdos. Pero no era

cierto. Lo malo era que la lluvia lo trastornaba todo, y las máquinas más

áridas echaban flores por entre los engranajes si no se les aceitaba cada

tres días, y se oxidaban los hilos de los brocados y le nacían algas de

azafrán a la ropa mojada. La atmósfera era tan húmeda que los peces

hubieran podido entrar por las puertas y salir por las ventanas,

navegando en el aire de los aposentos. Una mañana despertó Úrsula

sintiendo que se acababa en un soponcio de placidez, y ya había pedido

que le llevaran al padre Antonio Isabel, aunque fuera en andas, cuando

Santa Sofía de la Piedad descubrió que tenía la espalda adoquinada de

sanguijuelas. Se las desprendieron una por una, achicharrándolas con

tizones, antes de que terminaran de desangraría. Fue necesario excavar

canales para desaguar la casa, y desembarazarla de sapos y caracoles,

de modo que pudieran secarse los pisos, quitar los ladrillos de las patas

de las camas y caminar otra vez con zapatos. Entretenido con las

múltiples minucias que reclamaban su atención, Aureliano Segundo no

se dio cuenta de que se estaba volviendo viejo, hasta una tarde en que

se encontró contemplando el atardecer prematuro desde un mecedor, y

pensando en Petra Cotes sin estremecerse. No habría tenido ningún

inconveniente en regresar al amor insípido de Fernanda, cuya belleza se

había reposado con la madurez, pero la lluvia lo había puesto a salvo de

toda emergencia pasional, y le había infundido la serenidad esponjosa

de la inapetencia. Se divirtió pensando en las cosas que hubiera podido

hacer en otro tiempo con aquella lluvia que ya iba para un año. Había

sido uno de los primeros que llevaron láminas de cinc a Macondo,

mucho antes de que la compañía bananera las pusiera de moda, sólo

por techar con ellas el dormitorio de Petra Cates y solazarse con la

impresión de intimidad pro-funda que en aquella época le producía la

crepitación de la lluvia, Pero hasta esos recuerdos locos de su juventud

estrafalaria lo dejaban impávido, como si en la última parranda hubiera

agotado sus cuotas de salacidad, y sólo le hubiera quedado el premio

maravilloso de poder evocarías sin amargura ni arrepentimientos.

Hubiera podido pensarse que el diluvio le había dado la oportunidad de

sentarse a reflexionar, y que el trajín de los alicates y las alcuzas le

había despertado la añoranza tardía de tantos oficios útiles como

hubiera podido hacer y no hizo en la vida, pero ni lo uno ni lo otro era

cierto, porque la tentación de sedentarismo y domesticidad que lo

andaba rondando no era fruto de la recapacitación ni el escarmiento. Le

llegaba de mucho más lejos, desenterrada por el trinche de la lluvia, de

los tiempos en que leía en el cuarto de Melquíades las prodigiosas

fábulas de los tapices volantes y las ballenas que se alimentaban de

barcos con tripulaciones. Fue por esos días que en un descuido de

Fernanda apareció en el corredor el pequeño Aureliano, y su abuelo

conoció el secreto de su identidad. Le corté el pelo, lo vistió, le enseñó a

perderle el miedo a la gente, y muy pronto se vio que era un legítimo

Aureliano Buendía, con sus pómulos, altos, su mirada de asombro y su

aire solitario. Para Fernanda fue un descanso. Hacía tiempo que había

medido la magnitud de su soberbia, pero no encontraba cómo

remediarla, porque mientras más pensaba en las soluciones, menos

racionales le parecían. De haber sabido que Aureliano Segundo iba a

tomar las cosas como las tomé, con una buena complacencia de abuelo,

no le habría dado tantas vueltas ni tantos plazos, sino que desde el año

anterior se hubiera liberado de la mortificación. Para Amaranta Úrsula,

que ya había mudado los dientes, el sobrino fue como un juguete

escurridizo que la consolé del tedio de la lluvia. Aureliano Segundo se

acordé entonces de la enciclopedia inglesa que nadie había vuelto a

tocar en el antiguo dormitorio de Meme. Empezó por mostrarles las

láminas a los niños, en especial las de animales, y más tarde los mapas

y las fotografías de países remotos y personajes célebres. Como no

sabía inglés, y como apenas podía distinguir las ciudades más conocidas

y las personalidades más corrientes, se dio a inventar nombres y

leyendas para satisfacer la curiosidad insaciable de los niños.

Fernanda creía de veras que su esposo estaba esperando a que

escampara para volver con la concubina. En los primeros meses de la

lluvia temió que él intentara deslizarse hasta su dormitorio, y que ella

iba a pasar por la vergüenza de revelarle que estaba incapacitada para

la reconciliación desde el nacimiento de Amaranta Úrsula. Esa era la

causa de su ansiosa correspondencia con los médicos invisibles,

interrumpida por los frecuentes desastres del correo. Durante los

primeros meses, cuando se supo que los trenes se descarrilaban en la

tormenta, una carta de los médicos invisibles le indicó que se estaban

perdiendo las suyas. Más tarde, cuando se interrumpieron los contactos

con sus corresponsales ignotos, había pensado seriamente en ponerse la

máscara de tigre que usó su marido en el carnaval sangriento, para

hacerse examinar con un nombre ficticio por los médicos de la compañía

bananera. Pero una de las tantas personas que pasaban a menudo por

la casa llevando las noticias ingratas del diluvio le había dicho que la

compañía estaba desmantelando sus dispensarios para llevárselos a

tierras de escampada. Entonces perdió la esperanza. Se resignó a

aguardar que pasara la lluvia y se normalizara el correo y, mientras

tanto, se aliviaba de sus dolencias secretas con recursos de inspiración,

porque hubiera preferido morirse a ponerse en manos del único médico

que quedaba en Macondo, el francés extravagante que se alimentaba

con hierba para burros. Se había aproximado a Úrsula, confiando en que

ella conociera algún paliativo para sus quebrantos. Pero la tortuosa

costumbre de no llamar las cosas por su nombre la llevó a poner lo

anterior en lo posterior, y a sustituir lo parido por lo expulsado, y a

cambiar flujos por ardores para que todo fuera menos vergonzoso, de

manera que Úrsula concluyó razonablemente que los trastornos no eran

uterinos, sino intestinales, y le aconsejó que tomara en ayunas una

papeleta de calomel. De no haber sido por ese padecimiento que nada

hubiera tenido de pudendo para alguien que no estuviera también

enfermo de pudibundez, y de no haber sido por la pérdida de las cartas,

a Fernanda no le habría importado la lluvia, porque al fin de cuentas

toda la vida había sido para ella como si estuviera lloviendo. No modificó

los horarios ni perdoné los ritos. Cuando todavía estaba la mesa alzada

sobre ladrillos y puestas las sillas sobre tablones para que los

comensales no se mojaran los pies, ella seguía sirviendo con manteles

de lino y vajillas chinas, y prendiendo los candelabros en la cena,

porque consideraba que las calamidades no podían tomarse de pretexto

para el relajamiento de las costumbres. Nadie había vuelto a asomarse a

la calle. Si de Fernanda hubiera dependido no habrían vuelto a hacerlo

jamás, no sólo desde que empezó a llover, sino desde mucho antes,

puesto que ella consideraba que las puertas se habían inventado para

cerrarlas, y que la curiosidad por lo que ocurría en la calle era cosa de

rameras. Sin embargo, ella fue la primera en asomarse cuando avisaron

que estaba pasando el entierro del coronel Gerineldo Márquez, aunque

lo que vio entonces por la ventana entreabierta la dejó en tal estado de

aflicción que durante mucho tiempo estuvo arrepintiéndose de su

debilidad.

No habría podido concebirse un cortejo más desolado. Habían puesto

el ataúd en una carreta de bueyes sobre la cual construyeron un

cobertizo de hojas de banano, pero la presión de la lluvia era tan intensa

v las calles estaban tan empantanadas que a cada paso se atollaban las

ruedas y el cobertizo estaba a punto de desbaratarse. Los chorros de

agua triste que caían sobre el ataúd iban ensopando la bandera que le

habían puesto encima, y que era en realidad la bandera sucia de sangre

y de pólvora, repudiada por los veteranos más dignos. Sobre el ataúd

habían puesto también el sable con borlas de cobre y seda, el mismo

que el coronel Gerineldo Márquez colgaba en la percha de la sala para

entrar inerme al costurero de Amaranta. Detrás de la carreta, algunos

descalzos y todos con los pantalones a media pierna, chapaleaban en el

fango los últimos sobrevivientes de la capitulación de Neerlandia,

llevando en una mano el bastón de carreto y en la otra una corona de

flores de papel descoloridas por la lluvia. Aparecieron como una visión

irreal en la calle que todavía llevaba el nombre del coronel Aureliano

Buendía, y todos miraron la casa al pasar, y doblaron por la esquina de

la plaza, donde tuvieron que pedir ayuda para sacar la carreta atascada.

Úrsula se había hecho llevar a la puerta por Santa Sofía de la Piedad.

Siguió con tanta atención las peripecias del entierro que nadie dudó de

que lo estaba viendo, sobre todo porque su alzada mano de arcángel

anunciador se movía con los cabeceos de la carreta.

-Adiós, Gerineldo, hijo mío -grité-. Salúdame a mi gente y dile que

nos vemos cuando escampe.

Aureliano Segundo la ayudé a volver a la cama, y con la misma

informalidad con que la trataba siempre le preguntó el significado de su

despedida.

-Es verdad -dijo ella-. Nada más estoy esperando que pase la lluvia

para morirme,

El estado de las calles alarmó a Aureliano Segundo. Tardíamente

preocupado por la suerte de sus animales, se echó encima un lienzo

encerado y fue a casa de Petra Cotes. La encontró en el patio, con el

agua a la cintura, tratando de desencallar el cadáver de un caballo.

Aureliano Segundo la ayudé con una tranca, y el enorme cuerpo

tumefacto dio una vuelta de campana y fue arrastrado por el torrente de

barro líquido. Desde que empezó la lluvia, Petra Cotes no había hecho

más que desembarazar su patio de animales muertos. En las primeras

semanas le mandó recados a Aureliano Segundo para que tomara

providencias urgentes, y él había contestado que no había prisa, que la

situación no era alarmante, que ya se pensaría en algo cuando

escampara. Le mandé a decir que los potreros se estaban inundando,

que el ganado se fugaba hacia las tierras altas donde no había qué

comer, y que estaban a merced del tigre y la peste. «No hay nada que

hacer -le contestó Aureliano Segundo-. Ya nacerán otros cuando

escampe.» Petra Cotes los había visto morir a racimadas, y apenas si se

daba abasto para destazar a los que se quedaban atollados. Vio con una

impotencia sorda cómo el diluvio fue exterminando sin misericordia una

fortuna que en un tiempo se tuvo como la más grande y sólida de

Macondo, y de la cual no quedaba sino la pestilencia. Cuando Aureliano

Segundo decidió ir a ver lo que pasaba, sólo encontró el cadáver del

caballo, y una muía escuálida entre los escombros de la caballeriza.

Petra Cotes lo vio llegar sin sorpresa, sin alegría ni resentimiento, y

apenas se permitió una sonrisa irónica.

-¡A buena hora! -dijo.

Estaba envejecida, en los puros huesos, y sus lanceolados ojos de

animal carnívoro se habían vuelto tristes y mansos de tanto mirar la

lluvia. Aureliano Segundo se quedó más de tres meses en su casa, no

porque entonces se sintiera mejor allí que en la de su familia, sino

porque necesité todo ese tiempo para tomar la decisión de echarse otra

vez encima el pedazo de lienzo encerado. «No hay prisa -dijo, como

había dicho en la otra casa-. Esperemos que escampe en las próximas

horas.» En el curso de la primera semana se fue acostumbrando a los

desgastes que habían hecho el tiempo y la lluvia en la salud de su

concubina, y poco a poco fue viéndola como era antes, acordándose de

sus desafueros jubilosos y de la fecundidad de delirio que su amor

provocaba en los animales, y en parte por amor y en parte por interés,

una noche de la segunda semana la despertó con caricias apremiantes.

Petra Cotes no reaccionó. «Duerme tranquilo -murmuró-. Ya los tiempos

no están para estas cosas.» Aureliano Segundo se vio a sí mismo en los

espejos del techo, vio la espina dorsal de Petra Cotos como una hilera

de carretes ensartados en un mazo de nervios marchitos, y comprendió

que ella tenía razón, no por los tiempos, sino por ellos mismos, que ya

no estaban para esas cosas.

Aureliano Segundo regresó a la casa con sus baúles, convencido de

que no sólo Úrsula, sino todos los habitantes de Macondo, estaban

esperando que escampara para morirse. Los había visto al pasar,

sentados en las salas con la mirada absorta y los brazos cruzados,

sintiendo transcurrir un tiempo entero, un tiempo sin desbravar, porque

era inútil dividirlo en meses y años, y los días en horas, cuando no podía

hacerse nada más que contemplar la lluvia. Los niños recibieron

alborozados a Aureliano Segundo, quien volvió a tocar para ellos el

acordeón asmático. Pero el concierto no les llamó tanto la atención

como las sesiones enciclopédicas, de modo que otra vez volvieron a

reunirse en el dormitorio de Memo, donde la imaginación de Aureliano

Segundo convirtió el dirigible en un elefante volador que buscaba un

sitio para dormir entre las nubes. En cierta ocasión encontró un hombre

de a caballo que a pesar de su atuendo exótico conservaba un aire

familiar, y después de mucho examinarlo llegó a la conclusión de que

era un retrato del coronel Aureliano Buendía. Se lo mostró a Fernanda, y

también ella admitió el parecido del jinete no sólo con el coronel, sino

con todos los miembros de la familia, aunque en verdad era un guerrero

tártaro. Así se le fue pasando el tiempo, entre el coloso de Rodas y los

encantadores de serpientes, hasta que su esposa le anunció que no

quedaban más de seis kilos de carne salada y un saco de arroz en el

granero.

-¿Y ahora qué quieres que haga? -preguntó él.

-Yo no sé -contestó Fernanda-. Eso es asunto de hombres.

-Bueno -dijo Aureliano Segundo-, algo se hará cuando escampe.

Siguió más interesado en la enciclopedia que en el problema

doméstico, aun cuando tuvo que conformarse con una piltrafa y un poco

de arroz en el almuerzo. «Ahora es imposible hacer nada -decía-. No

puede llover toda la vida.» Y mientras más largas le daba a las

urgencias del granero, más intensa se iba haciendo la indignación de

Fernanda, hasta que sus protestas eventuales, sus desahogos poco

frecuentes, se desbordaron en un torrente incontenible, desatado, que

empezó una mañana como el monótono bordón de una guitarra, y que a

medida que avanzaba el día fue subiendo de tono, cada vez más rico,

más espléndido. Aureliano Segundo no tuvo conciencia de la cantaleta

hasta el día siguiente, después del desayuno, cuando se sintió aturdido

por un abejorreo que era entonces más fluido y alto que el rumor de la

lluvia, y era Fernanda que se paseaba por toda la casa doliéndose de

que la hubieran educado como una reina para terminar de sirvienta en

una casa de locos, con un marido holgazán, idólatra, libertino, que se

acostaba boca arriba a esperar que le llovieran panes del cielo, mientras

ella se destroncaba los riñones tratando de mantener a flote un hogar

emparapetado con alfileres, donde había tanto que hacer, tanto que

soportar y corregir desde que amanecía Dios hasta la hora de acostarse,

que llegaba a la cama con los ojos llenos de polvo de vidrio y, sin

embargo, nadie le había dicho nunca buenos días, Fernanda, qué tal

noche pasaste, Fernanda, ni le habían preguntado aunque fuera por

cortesía por qué estaba tan pálida ni por qué despertaba con esas ojeras

de violeta, a pesar de que ella no esperaba, por supuesto, que aquello

saliera del resto de una familia que al fin y al cabo la había tenido

siempre como un estorbo, como el trapito de bajar la olla, como un

monigote pintado en la pared, y que siempre andaban desbarrando

contra ella por los rincones, llamándola santurrona, llamándola farisea,

llamándola lagarta, y hasta Amaranta, que en paz descanse, había dicho

de viva voz que ella era de las que confundían el recto con las témporas,

bendito sea Dios, qué palabras, y ella había aguantado todo con

resignación por las intenciones del Santo Padre, pero no había podido

soportar más cuando el malvado de José Arcadio Segundo dijo que la

perdición de la familia había sido abrirle las puertas a una cachaca,

imagínese, una cachaca mandona, válgame Dios, una cachaca hija de la

mala saliva, de la misma índole de los cachacos que mandó el gobierno

a matar trabajadores, dígame usted, y se refería a nadie menos que a

ella, la ahijada del duque de Alba, una dama con tanta alcurnia que le

revolvía el hígado a las esposas de los presidentes, una fijodalga de

sangre como ella que tenía derecho a firmar con once apellidos

peninsulares, y que era el único mortal en ese pueblo de bastardos que

no se sentía emberenjenado frente a dieciséis cubiertos, para que luego

el adúltero do su marido dijera muerto de risa que tantas cucharas y

tenedores, y tantos cuchillos y cucharitas no era cosa de cristianos, sino

de ciempiés, y la única que podía determinar a ojos cerrados cuándo se

servía el vino blanco, y de qué lado y en qué copa, y cuándo se servía el

vino rojo, y de qué lado y en qué copa, y no como la montuna de

Amaranta, que en paz descanse, que creía que el vino blanco se servía

de día y el vino rojo do noche, y la única en todo el litoral que podía

vanagloriarse de no haber hecho del cuerpo sino en bacinillas de oro,

para que luego el coronel Aureliano Buendía, que en paz descanse,

tuviera el atrevimiento do preguntar con su mala bilis de masón de

dónde había merecido ese privilegio, si era que olla no cagaba mierda,

sino astromelias, imagínense, con esas palabras, y para que Renata, su

propia hija, que por indiscreción había visto sus aguas mayores en el

dormitorio, contestara que de verdad la bacinilla era de mucho oro y de

mucha heráldica, pero que lo que tenía dentro era pura mierda, mierda

física, y peor todavía que las otras porque era mierda de cachaca,

imagínese, su propia hija, de modo que nunca se había hecho ilusiones

con el resto de la familia, pero de todos modos tenía derecho a esperar

un poco de más consideración de parto do su esposo, puesto que bien o

mal era su cónyuge de sacramento, su autor, su legítimo perjudicador,

que se echó encima por voluntad libre y soberana la grave

responsabilidad de sacarla del solar paterno, donde nunca se privé ni se

dolió de nada, donde tejía palmas fúnebres por gusto de

entretenimiento, puesto que su padrino había mandado una carta con su

firma y el sello de su anillo impreso en el lacre, sólo para decir que las

manos de su ahijada no estaban hechas para menesteres de este

mundo, como no fuera tocar el clavicordio y, sin embargo, el insensato

de su marido la había sacado de su casa con todas las admoniciones y

advertencias y la había llevado a aquella paila de infierno donde no se

podía respirar de calor, y antes de que ella acabara de guardar sus

dietas de Pentecostés ya se había ido con sus baúles trashumantes y su

acordeón de perdulario a holgar en adulterio con una desdichada a quien

bastaba con verle las nalgas, bueno, ya estaba dicho, a quien bastaba

con verle menear las nalgas de potranca para adivinar que era una, que

era una, todo lo contrario de ella, que era una dama en el palacio o en

la pocilga, en la mesa o en la cama, una dama de nación, temerosa de

Dios, obediente de sus leyes y sumisa a su designio, y con quien no

podía hacer, por supuesto, las maromas y vagabundinas que hacía con

la otra, que por supuesto se prestaba a todo, como las matronas

francesas, y peor aún, pensándolo bien, porque éstas al menos tenían la

honradez de poner un foco colorado en la puerta, semejantes

porquerías, imagínese, ni más faltaba, con la hija única y bienamada de

doña Renata Argote y don Fernando del Carpio, y sobre todo de éste,

por supuesto, un santo varón, un cristiano de los grandes, Caballero de

la Orden del Santo Sepulcro, de esos que reciben directamente de Dios

el privilegio de conservarse intactos en la tumba, con la piel tersa como

raso de novia y los Ojos vivos y diáfanos como las esmeraldas.

-Eso sí no es cierto -la interrumpió Aureliano Segundo-, cuando lo

trajeron ya apestaba.

Había tenido la paciencia de escucharla un día entero, hasta

sorprendería en una falta. Fernanda no le hizo caso, pero bajó la voz.

Esa noche, durante la cena, el exasperante zumbido de la cantaleta

había derrotado al rumor de la lluvia. Aureliano Segundo comió muy

poco, con la cabeza baja, y se retiré temprano al dormitorio. En el

desayuno del día siguiente Fernanda estaba trémula, con aspecto de

haber dormido mal, y parecía desahogada por completo de sus rencores

Sin embargo, cuando su marido preguntó si no sería posible comerse un

huevo tibio, ella no contestó simplemente que desde la semana anterior

se habían acabado los huevos, sino que elaboré una virulenta diatriba

contra los hombres que se pasaban el tiempo adorándose el ombligo y

luego tenían la cachaza de pedir hígados de alondra en la mesa.

Aureliano Segundo llevó a los niños a ver la enciclopedia, como siempre,

y Fernanda fingió poner orden en el dormitorio de Memo, sólo para que

él la oyera murmurar que, por supuesto, se necesitaba tener la cara

dura para decirles a los pobres inocentes que el coronel Aureliano

Buendía estaba retratado en la enciclopedia. En la tarde, mientras los

niños hacían la siesta, Aureliano Segundo se sentó en el corredor, y

hasta allá lo persiguió Fernanda, provocándolo, atormentándolo, girando

en torno de él con su implacable zumbido de moscardón, diciendo que,

por supuesto, mientras ya no quedaban más que piedras para comer, su

marido se sentaba como un sultán de Persia a contemplar la lluvia,

porque no era más que eso, un mampolón, un mantenido, un bueno

para nada, más flojo que el algodón de borla, acostumbrado a vivir de

las mujeres, y convencido de que se había casado con la esposa de

Jonás, que se quedó tan tranquila con el cuento de la ballena. Aureliano

Segundo la oyó más de dos horas, impasible, como si fuera sordo. No la

interrumpió hasta muy avanzada la tarde cuando no pudo soportar más

la resonancia de bombo que le atormentaba la cabeza.

-Cállate ya, por favor -suplicó.

Fernanda, por el contrario, levantó el tono. «No tengo por qué

callarme -dijo-. El que no quiera oírme que se vaya.» Entonces

Aureliano Segundo perdió el dominio. Se incorporé sin prisa, como si

sólo pensara estirar los huesos, y con una furia perfectamente regulada

y metódica fue agarrando uno tras otro los tiestos de begonias, las

macetas de helechos, los potes de orégano, y uno tras otro los fue

despedazando contra el suelo. Fernanda se asusté, pues en realidad no

había tenido hasta entonces una conciencia clara de la tremenda fuerza

interior de la cantaleta, pero ya era tarde para cualquier tentativa de

rectificación. Embriagado por el torrente incontenible del desahogo,

Aureliano Segundo rompió el cristal de la vidriera, y una por una, sin

apresurarse, fue sacando las piezas de la vajilla y las hizo polvo contra

el piso. Sistemático, sereno, con la misma parsimonia con que había

empapelado la casa de billetes, fue rompiendo luego contra las paredes

la cristalería de Bohemia, los floreros pintados a mano, los cuadros de

las doncellas en barcas cargadas de rosas, los espejos de marcos

dorados, y todo cuanto era rompible desde la sala hasta el granero, y

terminó con la tinaja de la cocina que se reventé en el centro del patio

con una explosión profunda. Luego se lavé las manos, se echó encima el

lienzo encerado, y antes de medianoche volvió con unos tiesos colgajos

de carne salada, varios sacos de arroz y maíz con gorgojo, y unos

desmirriados racimos de plátanos. Desde entonces no volvieron a faltar

las cosas de comer.

Amaranta Úrsula y el pequeño Aureliano habían de recordar el diluvio

como una época feliz. A pesar del rigor de Fernanda, chapaleaban en los

pantanos del patio, cazaban lagartos para descuartizarlos y jugaban a

envenenar la sopa echándole polvo de alas de mariposas en los

descuidos de Santa Sofía de la Piedad. Úrsula era su juguete más

entretenido. La tuvieron por una gran muñeca decrépita que llevaban y

traían por los rincones, disfrazada con trapos de colores y la cara

pintada con hollín y achiote, y una vez estuvieron a punto de destriparle

los ojos como le hacían a los sapos con las tijeras de podar. Nada les

causaba tanto alborozo como sus desvaríos. En efecto, algo debió

ocurrir en su cerebro en el tercer año de la lluvia, porque poco a poco

fue perdiendo el sentido de la realidad, y confundía el tiempo actual con

épocas remotas de su vida, hasta el punto de que en una ocasión pasó

tres días llorando sin consuelo por la muerte de Petronila Iguarán, su

bisabuela, enterrada desde hacía más de un siglo. Se hundió en un

estado de confusión tan disparatado, que creía que el pequeño Aureliano

era su hijo el coronel por los tiempos en que lo llevaron a conocer el

hielo, y que el José Arcadio que estaba entonces en el seminario era el

primogénito que se fue con los gitanos. Tanto habló de la familia, que

los niños aprendieron a organizarle visitas imaginarias con seres que no

sólo habían muerto desde hacía mucho tiempo, sino que habían existido

en épocas distintas. Sentada en la cama con el pelo cubierto de ceniza y

la cara tapada con un pañuelo rojo, Úrsula era feliz en medio de la

parentela irreal que los niños describían sin omisión de detalles, como si

de verdad la hubieran conocido. Úrsula conversaba con sus antepasados

sobre acontecimientos anteriores a su propia existencia, gozaba con las

noticias que le daban y lloraba con ellos por muertos mucho más

recientes que los mismos contertulios. Los niños no tardaron en advertir

que en el curso de esas visitas fantasmales Úrsula planteaba siempre

una pregunta destinada a establecer quién era el que había llevado a la

casa durante la guerra un San José de yeso de tamaño natural para que

lo guardaran mientras pasaba la lluvia. Fue así como Aureliano Segundo

se acordé de la fortuna enterrada en algún lugar que sólo Úrsula

conocía, pero fueron inútiles las preguntas y las maniobras astutas que

se le ocurrieron, porque en los laberintos de su desvarío ella parecía

conservar un margen de lucidez para defender aquel secreto, que sólo

había de revelar a quien demostrara ser el verdadero dueño del oro

sepultado. Era tan hábil y tan estricta, que cuando Aureliano Segundo

instruyó a uno de sus compañeros de parranda para que se hiciera

pasar por el propietario de la fortuna, ella lo enredó en un interrogatorio

minucioso y sembrado de trampas sutiles.

Convencido de que Úrsula se llevaría el secreto a la tumba, Aureliano

Segundo contrató una cuadrilla de excavadores con el pretexto de que

construyeran canales de desagüe en el patio y en el traspatio, y él

mismo sondeó el suelo con barretas de hierro y con toda clase de

detectores de metales, sin encontrar nada que se pareciera al oro en

tres meses de exploraciones exhaustivas. Más tarde recurrió a Pilar

Ternera con la esperanza de que las barajas vieran más que los

cavadores, pero ella empezó por explicarle que era inútil cualquier

tentativa mientras no fuera Úrsula quien cortara el naipe. Confirmé en

cambio la existencia del tesoro, con la precisión de que eran siete mil

doscientas catorce monedas enterradas en tres sacos de lona con

jaretas de alambre de cobre, dentro de un círculo con un radio de ciento

veintidós metros, tomando como centro la cama de Úrsula, pero advirtió

que no sería encontrado antes de que acabara de llover y los soles de

tres junios consecutivos convirtieran en polvo los barrizales. La

profusión y la meticulosa vaguedad de los datos le parecieron a

Aureliano Segundo tan semejantes a las fábulas espiritistas, que insistió

en su empresa a pesar de que estaban en agosto y habría sido

necesario esperar por lo menos tres años para satisfacer las condiciones

del pronóstico. Lo primero que le causó asombro, aunque al mismo

tiempo aumentó su confusión, fue el comprobar que había exactamente

ciento veintidós metros de la cama de Úrsula a la cerca del traspatio.

Fernanda temió que estuviera tan loco como su hermano gemelo cuando

lo vio haciendo las mediciones, y peor aun cuando ordenó a las

cuadrillas de excavadores profundizar un metro más en las zanjas. Presa

de un delirio exploratorio comparable apenas al del bisabuelo cuando

buscaba la ruta de los inventos, Aureliano Segundo perdió las últimas

bolsas de grasa que le quedaban, y la antigua semejanza con el

hermano gemelo se fue otra vez acentuando, no sólo por el

escurrimiento de la figura, sino por el aire distante y la actitud

ensimismada. No volvió a ocuparse de los niños. Comía a cualquier

hora, embarrado de pies a cabeza, y lo hacía en un rincón de la cocina,

contestando apenas a las preguntas ocasionales de Santa Bofia de la

Piedad. Viéndolo trabajar en aquella forma, como nunca soñó que

pudiera hacerlo, Fernanda creyó que su temeridad era diligencia, y que

si' codicia era abnegación y que su tozudez era perseverancia, y le

remordieron las entrañas por la virulencia con que había despotricado

contra su desidia. Pero Aureliano Segundo no estaba entonces para

reconciliaciones misericordiosas. Hundido hasta el cuello en una ciénaga

de ramazones muertas y flores podridas, volteó al derecho y al revés el

suelo del jardín después de haber terminado con el patio y el traspatio,

y barrené tan profundamente los cimientos de la galería oriental de la

casa, que una noche despertaron aterrorizados por lo que parecía ser un

cataclismo, tanto por las trepidaciones como por el pavoroso crujido

subterráneo, y era que tres aposentos se estaban desbarrancando y se

había abierto una grieta de escalofrío desde el corredor hasta el

dormitorio de Fernanda. Aureliano Segundo no renunció por eso a la

exploración. Aun cuando ya se habían extinguido las últimas esperanzas

y lo único que parecía tener algún sentido eran las predicciones de las

barajas, reforzó los cimientos mellados, resané la grieta con argamasa,

y continué excavando en el costado occidental. Allí estaba todavía la

segunda semana del junio siguiente, cuando la lluvia empezó a

apaciguarse y las nubes se fueron alzando, y se vio que de un momento

a otro iba a escampar. Así fue. Un viernes a las dos de la tarde se

alumbré el mundo con un sol bobo, bermejo y áspero como polvo de

ladrillo, y casi tan fresco como el agua, y no volvió a llover en diez años.

Macondo estaba en ruinas. En los pantanos de las calles quedaban

muebles despedazados, esqueletos de animales cubiertos de lirios

colorados, últimos recuerdos de las hordas de ad-venedizos que se

fugaron de Macondo tan atolondradamente como habían llegado. Las

casas paradas con tanta urgencia durante la fiebre del banano, habían

sido abandonadas. La compañía bananera desmantelé sus instalaciones.

De la antigua ciudad alambrada sólo quedaban los escombros. Las casas

de madera, las frescas terrazas donde transcurrían las serenas tardes de

naipes, parecían arrasadas por una anticipación del viento profético que

años después había de borrar a Macondo de la faz de la tierra. El único

rastro humano que dejó aquel soplo voraz, fue un guante de Patricia

Brown en el automóvil sofocado por las trinitarias. La región encantada

que exploré José Arcadio Buendía en los tiempos de la fundación, y

donde luego prosperaron las plantaciones de banano, era un tremedal

de cepas putrefactas, en cuyo horizonte remoto se alcanzó a ver por

varios años la espuma silenciosa del mar. Aureliano Segundo padeció

una crisis de aflicción el primer domingo que vistió ropas secas y salió a

reconocer el pueblo. Los sobrevi-vientes de la catástrofe, los mismos

que ya vivían en Macondo antes de que fuera sacudido por el huracán

de la compañía bananera, estaban sentados en mitad de la calle

gozando de los primeros soles. Todavía conservaban en la piel el verde

de alga y el olor de rincón que les imprimió la lluvia, pero en el fondo de

sus corazones parecían satisfechos de haber recuperado el pueblo en

que nacieron. La calle de los turcos era otra vez la de antes, la de los

tiempos en que los árabes de pantuflas y argollas en las orejas que

recorrían el mundo cambiando guacamayas por chucherías, hallaron en

Macondo un buen recodo para descansar de su milenaria condición de

gente trashumante. Al otro lado de la lluvia, la mercancía de los bazares

estaba cayéndose a pedazos, los géneros abiertos en la puerta estaban

veteados de musgo, los mostradores socavados por el comején y las

paredes carcomidas por la humedad, pero los árabes de la tercera

generación estaban sentados en el mismo lugar y en la misma actitud

de sus padres y sus abuelos, taciturnos, impávidos, invulnerables al

tiempo y al desastre, tan vivos o tan muertos como estuvieron después

de la peste del insomnio y de las treinta y dos guerras del coronel

Aureliano Buendía. Era tan asombrosa su fortaleza de ánimo frente a los

escombros de las mesas de juego, los puestos de fritangas, las casetas

de tiro al blanco y el callejón donde se interpretaban los sueños y se

adivinaba el porvenir, que Aureliano Segundo les preguntó con su

informalidad habitual de qué recursos misteriosos se habían valido para

no naufragar en la tormenta, cómo diablos habían hecho para no

ahogarse, y uno tras otro, de puerta en puerta, le devolvieron una

sonrisa ladina y una mirada de ensueño, y todos le dieron sin ponerse

de acuerdo la misma repuesta:

-Nadando.

Petra Cotes era tal vez el único nativo que tenía corazón de árabe.

Había visto los últimos destrozos de sus establos y caballerizas

arrastrados por la tormenta, pero había logrado mantener la casa en

pie. En el último año, le había mandado recados apremiantes a

Aureliano Segundo, y éste le había contestado que ignoraba cuándo

volvería a su casa, pero que en todo caso llevaría un cajón de monedas

de oro para empedrar el dormitorio. Entonces ella había escarbado en su

corazón, buscando la fuerza que le permitiera sobrevivir a la desgracia,

y había encontrado una rabia reflexiva y justa, con la cual había jurado

restaurar la fortuna despilfarrada por el amante y acabada de

exterminar por el diluvio. Fue una decisión tan inquebrantable, que

Aureliano Segundo volvió a su casa ocho meses después del último

recado, y la encontró verde, desgreñada, con los párpados hundidos y la

piel escarchada por la sarna, pero estaba escribiendo números en

pedacitos de papel, para hacer una rifa. Aureliano Segundo se quedé

atónito, y estaba tan escuálido y tan solemne, que Petra Cotes no creyó

que quien había vuelto a buscarla fuera el amante de toda la vida, sino

el hermano gemelo.

-Estás loca -dijo él-. A menos que pienses rifar los huesos. Entonces

ella le dijo que se asomara al dormitorio, y Aureliano Segundo vio la

mula. Estaba con el pellejo pegado a los huesos, como la dueña, pero

tan viva y resuelta como ella. Petra Cotes la había alimentado con su

rabia, y cuando no tuvo más hierbas, ni maíz, ni raíces, la albergó en su

propio dormitorio y le dio a comer las sábanas de percal, los tapices

persas, los sobrecamas de peluche, las cortinas de terciopelo y el palio

bordado con hilos de oro y borlones de seda de la cama episcopal.

XVII

Úrsula tuvo que hacer un grande esfuerzo para cumplir su promesa de

morirse cuando escampara. Las ráfagas de lucidez que eran tan escasas

durante la lluvia, se hicieron más frecuentes a partir de agosto, cuando

empezó a soplar el viento árido que sofocaba los rosales y petrificaba los

pantanos, y que acabé por esparcir sobre Macondo el polvo abrasante

que cubrió para siempre los oxidados techos de cinc y los almendros

centenarios. Úrsula lloré de lástima al descubrir que por más de tres

años había quedado para juguete de los niños. Se lavé la cara

pintorreteada, se quité de encima las tiras de colorines, las lagartijas y

los sapos resecos y las camándulas y antiguos collares de árabes que le

habían colgado por todo el cuerpo, y por primera vez desde la muerte

de Amaranta abandonó la cama sin auxilio de nadie para incorporarse

de nuevo a la vida familiar. El ánimo de su corazón invencible la

orientaba en las tinieblas. Quienes repararon en sus trastabilleos y

tropezaron con su brazo arcangélico siempre alzado a la altura de la

cabeza, pensaron que a duras penas podía con su cuerpo, pero todavía

no creyeron que estaba ciega. Ella no necesitaba ver para darse cuenta

de que los canteros de flores, cultivados con tanto esmero desde la

primera reconstrucción, habían sido destruidos por la lluvia y arrasados

por las excavaciones de Aureliano Segundo, y que las paredes y el

cemento de los pisos estaban cuarteados, los muebles flojos y

descoloridos, las puertas desquiciadas, y la familia amenazada por un

espíritu de resignación y pesadumbre que no hubiera sido concebible en

sus tiempos. Moviéndose a tientas por los dormitorios vacíos percibía el

trueno continuo del comején taladrando las maderas, y el tijereteo de la

polilla en los roperos, y el estrépito devastador de las enormes hormigas

coloradas que habían prosperado en el diluvio y estaban socavando los

cimientos de la casa. Un día abrió el baúl de los santos, y tuvo que pedir

auxilio a Santa Sofía de la Piedad para quitarse de encima las

cucarachas que saltaron del interior, y que ya habían pulverizado la

ropa. «No es posible vivir en esta negligencia -decía-.

A este paso terminaremos devorados por las bestias.» Desde

entonces no tuvo un instante de reposo. Levantada desde antes del

amanecer, recurría a quien estuviera disponible, inclusive a los niños.

Puso al sol las escasas ropas que todavía estaban en condiciones de ser

usadas, ahuyentó las cucarachas con sorpresivos asaltos de insecticida,

raspó las venas del comején en puertas y ventanas y asfixió con cal viva

a las hormigas en sus madrigueras. La fiebre de restauración acabó por

llevarla a los cuartos olvidados. Hizo desembarazar de escombros y telarañas la habitación donde a José Arcadio Buendía se le secó la mollera

buscando la piedra filosofal, puso en orden el taller de platería que había

sido revuelto por los soldados, y por último pidió las llaves del cuarto de

Melquíades para ver en qué estado se encontraba. Fiel a la voluntad de

José Arcadio Segundo, que había prohibido toda intromisión mientras no

hubiera un indicio real de que había muerto, Santa Sofía de la Piedad

recurrió a toda clase de subterfugios para desorientar a Úrsula. Pero era

tan inflexible su determinación de no abandonar a los insectos ni el más

recóndito e inservible rincón de la casa, que desbarató cuanto obstáculo

le atravesaron, y al cabo de tres días de insistencia consiguió que le

abrieran el cuarto. Tuvo que agarrarse del quicio para que no la

derribara la pestilencia, pero no le hicieron falta más de dos segundos

para recordar que ahí estaban guardadas las setenta y dos bacinillas de

las colegialas, y que en una de las primeras noches de lluvia una

patrulla de soldados había registrado la casa buscando a José Arcadio

Segundo y no habían podido encontrarlo.

-¡Bendito sea Dios! -exclamó, como si lo hubiera visto todo-. Tanto

tratar de inculcarte las buenas costumbres, para que terminaras

viviendo como un puerco.

José Arcadio Segundo seguía releyendo los pergaminos. Lo único

visible en la intrincada maraña de pelos, eran los dientes rayados de

lama verde y los ojos inmóviles. Al reconocer la voz de la bisabuela,

movió la cabeza hacia la puerta,, trató de sonreír, y sin saberlo repitió

una antigua frase de Úrsula.

-Qué quería -murmuro-, el tiempo pasa.

-Así es -dijo Úrsula-, pero no tanto.

Al decirlo, tuvo conciencia de estar dando la misma réplica que recibió

del coronel Aureliano Buendía en su celda de sentenciado, y una vez

más se estremeció con la comprobación de que el tiempo no pasaba,

como ella lo acababa de admitir, sino que daba vueltas en redondo. Pero

tampoco entonces le dio una oportunidad a la resignación. Regañó a

José Arcadio Segundo como si fuera un niño, y se empeñó en que se

bañara y se afeitara y le prestara su fuerza para acabar de restaurar

casa. La simple idea de abandonar el cuarto que le había proporcionado

la paz, aterrorizó a José Arcadio Segundo. Gritó que no había poder

humano capaz de hacerlo salir, porque no quería ver el tren de

doscientos vagones cargados de muertos que cada atardecer partía de

Macondo hacia el mar. «Son todos los que estaban en la estación -

gritaba-. Tres mil cuatrocientos ocho.» Sólo entonces comprendió Úrsula

que él estaba en un mundo de tinieblas más impenetrable que el suyo,

tan infranqueable y solitario como el del bisabuelo. Lo dejó en el cuarto,

pero consiguió que no volvieran a poner el candado, que hicieran la

limpieza todos los días, que tiraran las bacinillas a la basura y sólo

dejaran una, y que mantuvieran a José Arcadio Segundo tan limpio y

presentable como estuvo el bisabuelo en su largo cautiverio bajo el

castaño. Al principio, Fernanda interpretaba aquel ajetreo como un

acceso de locura senil, y a duras penas reprimía la exasperación. Pero

José Arcadio le anunció por esa época desde Roma que pensaba ir a

Macondo antes de hacer los votos perpetuos, y la buena noticia le

infundió tal entusiasmo, que de la noche a la mañana se encontró

regando las flores cuatro veces al día para que su hijo no fuera a

formarse una mala impresión de la casa. Fue ese mismo incentivo el que

la indujo a apresurar su correspondencia con los médicos invisibles, y a

reponer en el corredor las macetas de helechos y orégano, y los tiestos

de begonias, mucho antes de que Úrsula se enterara de que habían sido

destruidos por la furia exterminadora de Aureliano Segundo. Más tarde

vendió el servicio de plata, y compró vajillas de cerámica, soperas y

cucharones de peltre y cubiertos de alpaca, y empobreció con ellos las

alacenas acostumbradas a la loza de la Compañía de Indias y la

cristalería de Bohemia. Úrsula trataba de ir siempre más lejos. «Que

abran puertas y ventanas -gritaba-. Que hagan carne y pescado, que

compren las tortugas más grandes, que vengan los forasteros a tender

sus petates en los rincones y a orinarse en los rosales, que se sienten a

la mesa a comer cuantas veces quieran, y que eructen y despotriquen y

lo embarren todo con sus botas, y que hagan con nosotros lo que les dé

la gana, porque esa es la única manera de espantar la ruina.» Pero era

una ilusión vana. Estaba ya demasiado vieja y viviendo de sobra para

repetir el milagro de los animalitos de caramelo, y ninguno de sus

descendientes había heredado su fortaleza. La casa continuó cerrada por

orden de Fernanda.

Aureliano Segundo, que había vuelto a llevarse sus baúles a casa de

Petra Cotes, disponía apenas de los medios para que la familia no se

muriera de hambre. Con la rifa de la mula, Petra Cotes y él habían

comprado otros animales, con los cuales consiguieron enderezar un

rudimentario negocio de lotería. Aureliano Segundo andaba de casa en

casa, ofreciendo los billetitos que él mismo pintaba con tintas de colores

para hacerlos más atractivos y convincentes, y acaso no se daba cuenta

de que muchos se los compraban por gratitud, y la mayoría por

compasión. Sin embargo, aun los más piadosos compradores adquirían

la oportunidad de ganarse un cerdo por veinte centavos o una novilla

por treinta y dos, y se entusiasmaban tanto con la esperanza, que la

noche del martes desbordaban el patio de Petra Cotes esperando el

momento en que un niño escogido al azar sacara de la bolsa el número

premiado. Aquello no tardó en convertirse en una feria semanal, pues

desde el atardecer se instalaban en el patio mesas de fritangas y

puestos de bebidas, y muchos de los favorecidos sacrificaban allí mismo

el animal ganado con la condición de que otros pusieran la música y el

aguardiente, de modo que sin haberlo deseado Aureliano Segundo se

encontró de pronto tocando otra vez el acordeón y participando en

modestos torneos de voracidad. Estas humildes réplicas de las

parrandas de otros días, sirvieron para que el propio Aureliano Segundo

descubriera cuánto habían decaído sus ánimos y hasta qué punto se

había secado su ingenio de cumbiambero magistral. Era un hombre

cambiado. Los ciento veinte kilos que llegó a tener en la época en que lo

desafió La Elefanta se habían reducido a setenta y ocho; la candorosa y

abotagada cara de tortuga se le había vuelto de iguana, y siempre

andaba cerca del aburrimiento y el cansancio. Para Petra Cotes, sin

embargo, nunca fue mejor hombre que entonces, tal vez porque

confundía con el amor la compasión que él le inspiraba, y el sentimiento

de solidaridad que en ambos había despertado la miseria. La cama

desmantelada dejó de ser lugar de desafueros y se convirtió en refugio

de confidencias. Liberados de los espejos repetidores que habían

rematado para comprar animales de rifa, y de los damascos y

terciopelos concupiscentes que se había comido la mula, se quedaban

despiertos hasta muy tarde con la inocencia de dos abuelos desvelados,

aprovechando para sacar cuentas y trasponer centavos el tiempo que

antes malgastaban en malgastarse. A veces los sorprendían los primeros

gallos haciendo y deshaciendo montoncitos de monedas, quitando un

poco de aquí para ponerlo allá, de modo que esto alcanzara para

contentar a Fernanda, y aquello para los zapatos de Amaranta Úrsula, y

esto otro para Santa Sofía de la Piedad que no estrenaba un traje desde

los tiempos del ruido, y esto para mandar hacer el cajón si se moría

Úrsula, y esto para el café que subía un centavo por libra cada tres

meses, y esto para el azúcar que cada vez endulzaba menos, y esto

para la leña que todavía estaba mojada por el diluvio, y esto otro para el

papel y la tinta de colores de los billetes, y aquello que sobraba para ir

amortizando el valor de la ternera de abril, de la cual milagrosamente

salvaron el cuero, porque le dio carbunco sintomático cuando estaban

vendidos casi todos los números de la rifa. Eran tan puras aquellas

misas de pobreza, que siempre destinaban la mejor parte para

Fernanda, y no lo hicieron nunca por remordimiento ni por caridad, sino

porque su bienestar les importaba más que el de ellos mismos. Lo que

en verdad les ocurría, aunque ninguno de los dos se daba cuenta, era

que ambos pensaban en Fernanda como en la hija que hubieran querido

tener y no tuvieron, hasta el punto de que en cierta ocasión se

resignaron a comer mazamorra por tres días para que ella pudiera

comprar un mantel holandés. Sin embargo, por más que se mataban

trabajando, por mucho dinero que escamotearan y muchas triquiñuelas

que concibieran, los ángeles de la guarda se les dormían de cansancio

mientras ellos ponían y quitaban monedas tratando de que siquiera les

alcanzaran para vivir. En el insomnio que les dejaban las malas cuentas,

se preguntaban qué había pasado en el mundo para que los animales no

parieran con el mismo desconcierto de antes, por qué el dinero se

desbarataba en las manos, y por qué la gente que hacía poco tiempo

quemaba mazos de billetes en la cumbiamba, consideraba que era un

asalto en despoblado cobrar doce centavos por la rifa de seis gallinas.

Aureliano Segundo pensaba sin decirlo que el mal no estaba en el

mundo, sino en algún lugar recóndito del misterioso corazón de Petra

Cotes, donde algo había ocurrido durante el diluvio que volvió estériles a

los animales y escurridizo el dinero. Intrigado con ese enigma, escarbó

tan profundamente en los sentimientos de ella, que buscando el interés

encontró el amor porque tratando de que ella lo quisiera terminó por

quererla. Petra Cotes, por su parte, lo iba queriendo más a medida que

sentía aumentar su cariño, y fue así como en la plenitud del otoño volvió

a creer en la superstición juvenil de que la pobreza era una servidumbre

del amor. Ambos evocaban entonces como un estorbo las parrandas

desatinadas, la riqueza aparatosa y la fornicación sin frenos, y se

lamentaban de cuánta vida les había costado encontrar el paraíso de la

soledad compartida. Locamente enamorados al cabo de tantos años de

complicidad estéril, gozaban con el milagro de quererse tanto en la

mesa como en la cama, y llegaron a ser tan felices, que todavía cuando

eran dos ancianos agotados seguían retozando como conejitos y

peleándose como perros.

Las rifas no dieron nunca para más. Al principio, Aureliano Segundo

ocupaba tres días de la semana encerrado en su antigua oficina de

ganadero, dibujando billete por billete, pintando con un cierto primor

una vaquita roja, un cochinito verde o un grupo de gallinitas azules,

según fuera el animal rifado, y modelaba con una buena imitación de las

letras de imprenta el nombre que le pareció bueno a Petra Cotes para

bautizar el negocio: Rifas de la Divina Providencia. Pero con el tiempo se

sintió tan cansado después de dibujar hasta dos mil billetes a la

semana, que mandó a hacer los animales, el nombre y los números en

sellos de caucho, y entonces el trabajo se redujo a humedecerlos en

almohadillas de distintos colores. En sus últimos años se les ocurrió

sustituir los números por adivinanzas, de modo que el premio se

repartiera entre todos los que acertaran, pero el sistema resultó ser tan

complicado y se prestaba a tantas suspicacias, que desistieron a la

segunda tentativa.

Aureliano Segundo andaba tan ocupado tratando de consolidar el

prestigio de sus rifas, que apenas le quedaba tiempo para ver a los

niños, Fernanda puso a Amaranta Úrsula en una escuelita privada donde

no se recibían más de seis alumnas, pero se negó a permitir que

Aureliano asistiera a la escuela pública. Consideraba que ya había cedido

demasiado al aceptar que abandonara el cuarto. Además, en las

escuelas de esa época sólo se recibían hijos legítimos de matrimonios

católicos, y en el certificado de nacimiento que habían prendido con una

nodriza en la batita de Aureliano cuando lo mandaron a la casa, estaba

registrado como expósito. De modo que se quedó encerrado, a merced

de la vigilancia caritativa de Santa Sofía de la Piedad y de las

alternativas mentales de Úrsula, descubriendo el estrecho mundo de la

casa según se lo explicaban las abuelas. Era fino, estirado, de una

curiosidad que sacaba de quicio a los adultos, pero al contrario de la

mirada inquisitiva y a veces clarividente que tuvo el coronel a su edad,

la suya era parpadeante y un poco distraída. Mientras Amaranta Úrsula

estaba en el parvulario, él cazaba lombrices y torturaba insectos en el

jardín. Pero una vez en que Fernanda lo sorprendió metiendo alacranes

en una caja para ponerlos en la estera de Úrsula, lo recluyó en el

antiguo dormitorio de Meme, donde se distrajo de sus horas solitarias

repasando las láminas de la enciclopedia. Allí lo encontró Úrsula una

tarde en que andaba asperjando la casa con agua serenada y un ramo

de ortigas, y a pesar de que había estado con él muchas veces, le

preguntó quién era.

-Soy Aureliano Buendía -dilo él.

-Es verdad -replicó ella-. Ya es hora de que empieces a aprender la

platería.

Lo volvió a confundir con su hijo, porque el viento cálido que sucedió

al diluvio e infundió en el cerebro de Úrsula ráfagas eventuales de

lucidez, había acabado de pasar. No volvió recobrar la razón. Cuando

entraba al dormitorio, encontraba allí a Petronila Iguarán, con el

estorboso miriñaque y el saquito de mostacilla que se ponía para las

visitas de compromiso, y encontraba a Tranquilina María Miniata

Alacoque Buendía, su abuela, abanicándose con una pluma de pavorreal

en su mecedor de tullida, y a su bisabuelo Aureliano Arcadio Buendía

con su falso dormán de las guardias virreinales, y a Aureliano Iguarán,

su padre, que había inventado una oración para que se achicharraran y

se cayeran los gusanos de las vacas, y a la timorata de su madre, y al

primo con la cola de cerdo, y a José Arcadio Buendía y a sus hijos

muertos, todos sentados en sillas que habían sido recostadas contra la

pared como si no estuvieran en una visita, sino en un velorio. Ella

hilvanaba una cháchara colorida, comentando asuntos de lugares

apartados y tiempos sin coincidencia, de modo que cuando Amaranta

Úrsula regresaba de la escuela y Aureliano se cansaba de la

enciclopedia, la encontraban sentada en la cama, hablando sola, y

perdida en un laberinto de muertos. «¡Fuego!», gritó una vez

aterrorizada, y por un instante sembró el pánico en la casa, pero lo que

estaba anunciando era el incendio de una caballeriza que había

presenciado a los cuatro años. Llegó a revolver de tal modo el pasado

con la actualidad, que en las dos o tres ráfagas de lucidez que tuvo

antes de morir, nadie supo a ciencia cierta si hablaba de lo que sentía o

de lo que recordaba. Poco a poco se fue reduciendo, fetizándose,

momificándose en vida, hasta el punto de que en sus últimos meses era

una ciruela pasa perdida dentro del camisón, y el brazo siempre alzado

terminó por parecer la pata de una marimonda. Se quedaba inmóvil

varios días, y Santa Sofía de la Piedad tenía que sacudirla para

convencerse de que estaba viva, y se la sentaba en las piernas para

alimentarla con cucharaditas de agua de azúcar. Parecía una anciana

recién nacida. Amaranta Úrsula y Aureliano la llevaban y la traían por el

dormitorio, la acostaban en el altar para ver que era apenas más grande

que el Niño Dios, y una tarde la escondieron en un armario del granero

donde hubieran podido comérsela las ratas. Un domingo de ramos

entraron al dormitorio mientras Fernanda estaba en misa, y cargaron a

Úrsula por la nuca y los tobillos.

-Pobre la tatarabuelita -dijo Amaranta Úrsula-, se nos murió de vieja.

Úrsula se sobresaltó.

-¡Estoy viva! -dijo.

-Ya ves -dijo Amaranta Úrsula, reprimiendo la risa-, ni siquiera

respira.

-¡Estoy hablando! -gritó Úrsula.

-Ni siquiera habla -dijo Aureliano-. Se murió como un grillito.

Entonces Úrsula se rindió a la evidencia. «Dios mío -exclamó en voz

baja-. De modo que esto es la muerte.» Inició una oración interminable,

atropellada, profunda, que se prolongó por más de dos días, y que el

martes había degenerado en un revoltijo de súplica a Dios y de consejos

prácticos para que las hormigas coloradas no tumbaran la casa, para

que nunca dejaran apagar la lámpara frente al daguerrotipo de

Remedios, y para que cuidaran de que ningún Buendía fuera a casarse

con alguien de su misma sangre, porque nacían los hijos con cola de

puerco. Aureliano Segundo trató de aprovechar el delirio para que le

confesara dónde estaba el oro enterrado, pero otra vez fueron inútiles

las súplicas. «Cuando aparezca el dueño -dijo Úrsula- Dios ha de

iluminarlo para que lo encuentre.» Santa Sofía de la Piedad tuvo la

certeza de que la encontraría muerta de un momento a otro, porque

observaba por esos días un cierto aturdimiento de la naturaleza: que las

rosas olían a quenopodio que se le cayó una totuma de garbanzos y los

granos quedaron en el suelo en un orden geométrico perfecto y en

forma de estrella de mar, y que una noche vio pasar por el cielo una fila

de luminosos discos anaranjados.

Amaneció muerta el jueves santo. La última vez que la habían

ayudado a sacar la cuenta de su edad, por los tiempos de la compañía

bananera, la había calculado entre los ciento quince y los ciento

veintidós años. La enterraron en una cajita que era apenas más grande

que la canastilla en que fue llevado Aureliano, y muy poca gente asistió

al entierro, en parte porque no eran muchos quienes se acordaban de

ella, y en parte porque ese mediodía hubo tanto calor que los pájaros

desorientados se estrellaban como perdigones contra las paredes y

rompían las mallas metálicas de las ventanas para morirse en los

dormitorios.

Al principio se creyó que era una peste. Las amas de casa se

agotaban de tanto barrer pájaros muertos, sobre todo a la hora de la

siesta, y los hombres los echaban al río por carretadas. El domingo de

resurrección, el centenario padre Antonio Isabel afirmó en el púlpito que

la muerte de los pájaros obedecía a la mala influencia del Judío Errante,

que él mismo había visto la noche anterior. Lo describió como un híbrido

de macho cabrío cruzado con hembra hereje, una bestia infernal cuyo

aliento calcinaba el aire y cuya visita determinaría la concepción de

engendros por las recién casadas. No fueron muchos quienes prestaron

atención a su plática apocalíptica, porque el pueblo estaba convencido

de que el párroco desvariaba a causa de la edad, Pero una mujer

despertó a todos al amanecer del miércoles, porque encontró unas

huellas de bípedo de pezuña hendida. Eran tan ciertas e inconfundibles,

que quienes fueron a verlas no pusieron en duda la existencia de una

criatura espantosa semejante a la descrita por el párroco, y se asociaron

para montar trampas en sus patios. Fue así como lograron la captura.

Dos semanas después de la muerte de Úrsula, Petra Cotes y Aureliano

Segundo despertaron sobresaltados por un llanto de becerro

descomunal que les llegaba del vecindario. Cuando se levantaron, ya un

grupo de hombres estaba desensartando al monstruo de las afiladas

varas que habían parado en el fondo de una fosa cubierta con hojas

secas, y había dejado de berrear. Pesaba como un buey, a pesar de que

su estatura no era mayor que la de un adolescente, y de sus heridas

manaba una sangre verde y untuosa. Tenía el cuerpo cubierto de una

pelambre áspera, plagada de garrapatas menudas, y el pellejo

petrificado por una costra de rémora, pero al contrario de la descripción

del párroco, sus partes humanas eran más de ángel valetudinario que

de hombre, porque las manos eran tersas y hábiles, los ojos grandes y

crepusculares, y tenía en los omoplatos los muñones cicatrizados y

callosos de unas alas potentes, que debieron ser desbastadas con

hachas de labrador. Lo colgaron por los tobillos en un almendro de la

plaza, para que nadie se quedara sin verlo y cuando empezó a pudrirse

lo incineraron en una hoguera, porque no se pudo determinar si su

naturaleza bastarda era de animal para echar en el río o de cristiano

para sepultar. Nunca se estableció si en realidad fue por él que se

murieron los pájaros, pero las recién casadas no concibieron los

engendros anunciados, ni disminuyó la intensidad del calor.

Rebeca murió a fines de ese año. Argénida, su criada de toda la vida,

pidió ayuda a las autoridades para derribar la puerta del dormitorio

donde su patrona estaba encerrada desde hacía tres días, y la

encontraron en la cama solitaria, enroscada como un camarón, con la

cabeza pelada por la tiña y el pulgar metido en la boca. Aureliano

Segundo se hizo cargo del entierro, y trató de restaurar la casa para

venderla, pero la destrucción estaba tan encarnizada en ella que las

paredes se desconchaban acabadas de pintar, y no hubo argamasa

bastante gruesa para impedir que la cizaña triturara los pisos y la hiedra

pudriera los horcones.

Todo andaba así desde el diluvio. La desidia de la gente contrastaba

con la voracidad del olvido, que poco a poco iba carcomiendo sin piedad

los recuerdos, hasta el extremo de que por esos tiempos, en un nuevo

aniversario del tratado de Neerlandia, llegaron a Macondo unos

emisarios del presidente de la república para entregar por fin la

condecoración varias veces rechazada por el coronel Aureliano Buendía,

y perdieron toda una tarde buscando a alguien que les indicara dónde

podían encontrar a algunos de sus descendientes. Aureliano Segundo

estuvo tentado de recibirla, creyendo que era una medalla de oro

macizo, pero Petra Cotes lo persuadió de la indignidad cuando ya los

emisarios aprestaban bandos y discursos para la ceremonia. También

por esa época volvieron los gitanos, los últimos herederos de la ciencia

de Melquíades, y encontraron el pueblo tan acabado y a sus habitantes

tan apartados del resto del mundo, que volvieron a meterse en las casas

arrastrando fierros imantados como si de veras fueran el último

descubrimiento de los sabios babilonios, y volvieron a concentrar los

rayos solares con la lupa gigantesca, y no faltó quien se quedara con la

boca abierta viendo caer peroles y rodar calderos, y quienes pagaran

cincuenta centavos para asombrarse con una gitana que se quitaba y se

ponía la dentadura postiza. Un desvencijado tren amarillo que no traía ni

se llevaba a nadie, y que apenas se detenía en la estación desierta, era

lo único que quedaba del tren multitudinario en el cual enganchaba el

señor Brown su vagón con techo de vidrio y poltronas de obispo, y de

los trenes fruteros de ciento veinte vagones que demoraban pasando

toda una tarde. Los delegados curiales que habían ido a investigar el

informe sobre la extraña mortandad de los pájaros y el sacrificio del

Judío Errante, encontraron al padre Antonio Isabel jugando con los niños

a la gallina ciega, y creyendo que su informe era producto de una

alucinación senil, se lo llevaron a un asilo. Poco después mandaron al

padre Augusto Ángel, un cruzado de las nuevas hornadas, intransigente,

audaz, temerario, que tocaba personalmente las campanas varias veces

al día para que no se aletargaran los espíritus, y que andaba de casa en

casa despertando a los dormilones para que fueran a misa, pero antes

de un año estaba también vencido por la negligencia que se respiraba

en el aire, por el polvo ardiente que todo lo envejecía y atascaba, y por

el sopor que le causaban las albóndigas del almuerzo en el calor

insoportable de la siesta,

A la muerte de Úrsula, la casa volvió a caer en un abandono del cual

no la podría rescatar ni siquiera una voluntad tan resuelta y vigorosa

como la de Amaranta Úrsula, que muchos arios después, siendo una

mujer sin prejuicios, alegre y moderna, con los pies bien asentados en

el mundo, abrió puertas y ventanas para espantar la ruina, restauró el

jardín, exterminó las hormigas coloradas que ya andaban a pleno día

por el corredor, y trató inútilmente de despertar el olvidado espíritu de

hospitalidad. La pasión claustral de Fernanda puso un dique

infranqueable a los cien años torrenciales de Úrsula. No sólo se negó a

abrir las puertas cuando pasó el viento árido, sino que hizo clausurar las

ventanas con crucetas de madera, obedeciendo a la consigna paterna de

enterrarse en vida. La dispendiosa correspondencia con los médicos

invisibles terminó en un fracaso. Después de numerosos aplazamientos,

se encerró en su dormitorio en la fecha y la hora acordadas, cubierta

solamente por una sábana blanca y con la cabeza hacia el norte, y a la

una de la madrugada sintió que le taparon la cara con un pañuelo

embebido en un líquido glacial. Cuando despertó, el sol brillaba en la

ventana y ella tenía una costura bárbara en forma de arco que

empezaba en la ingle y terminaba en el esternón. Pero antes de que

cumpliera el reposo previsto recibió una carta desconcertada de los

médicos invisibles, quienes decían haberla registrado durante seis horas

sin encontrar nada que correspondiera a los síntomas tantas veces y tan

escrupulosamente descritos por ella. En realidad, su hábito pernicioso de

no llamar las cosas por su nombre había dado origen a una nueva

confusión, pues lo único que encontraron los cirujanos telepáticos fue un

descendimiento del útero que podía corregirse con el uso de un pesario.

La desilusionada Fernanda trató de obtener una información más

precisa, pero los corresponsales ignotos no volvieron a contestar sus

cartas. Se sintió tan agobiada por el peso de una palabra desconocida,

que decidió amordazar la vergüenza para preguntar qué era un pesario,

y sólo entonces supo que el médico francés se había colgado de una

viga tres meses antes, y había sido enterrado contra la voluntad del

pueblo por un antiguo compañero de armas del coronel Aureliano

Buendía. Entonces se confió a su hijo José Arcadio, y éste le mandó los

pesarios desde Roma, con un folletito explicativo que ella echó al

excusado después de aprendérselo de memoria, para que nadie fuera a

conocer la naturaleza de sus quebrantos. Era una precaución inútil,

porque las únicas personas que vivían en la casa apenas si la tomaban

en cuenta. Santa Sofía de la Piedad vagaba en una vejez solitaria,

cocinando lo poco que se comían, y casi por completo dedicada al

cuidado de José Arcadio Segundo. Amaranta Úrsula, heredera de ciertos

encantos de Remedios, la bella, ocupaba en hacer sus tareas escolares

el tiempo que antes perdía en atormentar a Úrsula, y empezaba a

manifestar un buen juicio y una consagración a los estudios que hicieron

renacer en Aureliano Segundo la buena esperanza que le inspiraba

Meme. Le había prometido mandarla a terminar sus estudios en

Bruselas, de acuerdo con una costumbre establecida en los tiempos de

la compañía bananera, y esa ilusión lo había llevado a tratar de revivir

las tierras devastadas por el diluvio. Las pocas veces que entonces se le

veía en la casa, era por Amaranta Úrsula, pues con el tiempo se había

convertido en un extraño para Fernanda, y el pequeño Aureliano se iba

volviendo esquivo y ensimismado a medida que se acercaba a la

pubertad. Aureliano Segundo confiaba en que la vejez ablandara el

corazón de Fernanda, para que el niño pudiera incorporarse a la vida de

un pueblo donde seguramente nadie se hubiera tomado el trabajo de

hacer especulaciones suspicaces sobre su origen. Pero el propio

Aureliano parecía preferir el encierro y la soledad, y no revelaba la

menor malicia por conocer el mundo que empezaba en la puerta de la

calle. Cuando Úrsula hizo abrir el cuarto de Melquíades, él se dio a

rondarlo, a curiosear por la puerta entornada, y nadie supo en qué

momento terminó vinculado a José Arcadio Segundo por un afecto

recíproco. Aureliano Segundo descubrió esa amistad mucho tiempo

después de iniciada, cuando oyó al niño hablando de la matanza de la

estación. Ocurrió un día en que alguien se lamentó en la mesa de la

ruina en que se hundió el pueblo cuando lo abandonó la compañía

bananera, y Aureliano lo contradijo con una madurez y una versación de

persona mayor. Su punto de vista, contrario a la interpretación general,

era que Macondo fue un lugar próspero y bien encaminado hasta que lo

desordenó y lo corrompió y lo exprimió la compañía bananera, cuyos

ingenieros provocaron el diluvio como un pretexto para eludir

compromisos con los trabajadores. Hablando con tan buen criterio que a

Fernanda le pareció una parodia sacrílega de Jesús entre los doctores, el

niño describió con detalles precisos y convincentes cómo el ejército

ametralló a más de tres mil trabajadores acorralados en la estación, y

cómo cargaron los cadáveres en un tren de doscientos vagones y los

arrojaron al mar. Convencida como la mayoría de la gente de la verdad

oficial de que no había pasado nada, Fernanda se escandalizó con la

idea de que el niño había heredado los instintos anarquistas del coronel

Aureliano Buendía, y le ordenó callarse. Aureliano Segundo, en cambio,

reconoció la versión de su hermano gemelo. En realidad, a pesar de que

todo el mundo lo tenía por loco, José Arcadio Segundo era en aquel

tiempo el habitante más lúcido de la casa. Enseñó al pequeño Aureliano

a leer y a escribir, lo inició en el estudio de los pergaminos, y le inculcó

una interpretación tan personal de lo que significó para Macondo la

compañía bananera, que muchos años después, cuando Aureliano se

incorporara al mundo, había de pensarse que contaba una versión

alucinada, porque era radicalmente contraria a la falsa que los

historiadores habían admitido, y consagrado en los textos escolares. En

el cuartito apartado, adonde nunca llegó el viento árido, ni el polvo ni el

calor, ambos recordaban la visión atávica de un anciano con sombrero

de alas de cuervo que hablaba del mundo a espaldas de la ventana,

muchos años antes de que ellos nacieran. Ambos descubrieron al mismo

tiempo que allí siempre era marzo y siempre era lunes, y entonces

comprendieron que José Arcadio Buendía no estaba tan loco como

contaba la familia, sino que era el único que había dispuesto de bastante

lucidez para vislumbrar la verdad de que también el tiempo sufría

tropiezos y accidentes, y podía por tanto astillarse y dejar en un cuarto

una fracción eternizada. José Arcadio Segundo había logrado además

clasificar las letras crípticas de los pergaminos. Estaba seguro de que

correspondían a un alfabeto de cuarenta y siete a cincuenta y tres

caracteres, que separados parecían arañitas y garrapatas, y que en la

primorosa caligrafía de Melquíades parecían piezas de ropa puesta a

secar en un alambre. Aureliano recordaba haber visto una tabla

semejante en la enciclopedia inglesa, así que la llevó al cuarto para

compararla con la de José Arcadio Segundo. Eran iguales, en efecto.

Por la época en que se le ocurrió la lotería de adivinanzas, Aureliano

Segundo despertaba con un nudo en la garganta, como si estuviera

reprimiendo las ganas de llorar. Petra Cotes lo interpretó como uno de

los tantos trastornos provocados por la mala situación, y todas las

mañanas, durante más de un año, le tocaba el paladar con un hisopo de

miel de abejas y le daba jarabe de rábano. Cuando el nudo de la

garganta se le hizo tan opresivo que le costaba trabajo respirar,

Aureliano Segundo visitó a Pilar Ternera por si ella conocía alguna hierba

de alivio. La inquebrantable abuela, que había llegado a los cien años al

frente de un burdelito clandestino, no confió en supersticiones

terapéuticas, sino que consultó el asunto con las barajas. Vio el caballo

de oro con la garganta herida por el acero de la sota de espadas, y

dedujo que Fernanda estaba tratando de que el marido volviera a la

casa mediante el desprestigiado sistema de hincar alfileres en su

retrato, pero que le había provocado un tumor interno por un

conocimiento torpe de sus malas artes. Como Aureliano Segundo no

tenía más retratos que los de la boda, y las copias estaban completas en

el álbum familiar, siguió buscando por toda la casa en los descuidos de

la esposa, y por fin encontró en el fondo del ropero media docena de

pesarios en sus cajitas originales. Creyendo que las rojas llantitas de

caucho eran objetos de hechicería, se metió una en el bolsillo para que

la viera Pilar Ternera. Ella no pudo determinar su naturaleza, pero le

pareció tan sospechosa, que de todos modos se hizo llevar la media

docena y la quemó en una hoguera que prendió en el patio. Para

conjurar el supuesto maleficio de Fernanda, le indicó a Aureliano

Segundo que mojara una gallina clueca y la enterrara viva bajo el

castaño, y él lo hizo de tan buena fe, que cuando acabó de disimular con

hojas secas la tierra removida, ya sentía que respiraba mejor. Por su

parte, Fernanda interpretó la desaparición como una represalia de los

médicos invisibles, y se cosió en la parte interior de la camisola una

faltriquera de jareta, donde guardó los pesarios nuevos que le mandó su

hijo.

Seis meses después del enterramiento de la gallina, Aureliano

Segundo despertó a medianoche con un acceso de tos, y sintiendo que

lo estrangulaban por dentro con tenazas de cangrejo. Fue entonces

cuando comprendió que por muchos pesarios mágicos que destruyera y

muchas gallinas de conjuro que remojara, la única y triste verdad era

que se estaba muriendo. No se lo dijo a nadie. Atormentad por el temor

de morirse sin mandar a Bruselas a Amaranta Úrsula, trabajó como

nunca lo había hecho, y en vez de una hizo tres rifas semanales. Desde

muy temprano se le veía recorrer el pueblo, aun en los barrios más

apartados y miserables, tratando de vender los billetitos con una

ansiedad que sólo era concebible en un moribundo. «Aquí está la Divina

Providencia -pregonaba-. No la dejen ir, que sólo llega una vez cada

cien años.» Hacía conmovedores esfuerzos por parecer alegre,

simpático, locuaz, pero bastaba verle el sudor y la palidez para saber

que no podía con su alma. A veces se desviaba por predios baldíos,

donde nadie lo viera, y se sentaba un momento a descansar de las

tenazas que lo despedazaban por dentro. Todavía a la medianoche

estaba en el barrio de tolerancia, tratando de consolar con prédicas de

buena suerte a las mujeres solitarias que sollozaban junto a las

victrolas. «Este número no sale hace cuatro meses -les decía,

mostrándoles los billetitos-. No lo dejes ir, que la vida es más corta de lo

que uno cree.» Acabaron por perderle el respeto, por burlarse de él, y

en sus últimos meses ya no le decían don Aureliano, como lo habían

hecho siempre, sino que lo llamaban en su propia cara don Divina

Providencia. La voz se le iba llenando de notas falsas, se le fue

destemplando y terminó por apagársele en un ronquido de perro, pero

todavía tuvo voluntad para no dejar que decayera la expectativa por los

premios en el patio de Petra Cotes. Sin embargo, a medida que se

quedaba sin voz y se daba cuenta de que en poco tiempo ya no podría

soportar el dolor, iba comprendiendo que no era con cerdos y chivos

rifados como su hija llegaría a Bruselas, de modo que concibió la idea de

hacer la fabulosa rifa de las tierras destruidas por el diluvio, que bien

podían ser restauradas por quien dispusiera de capital. Fue una

iniciativa tan espectacular, que el propio alcalde se prestó para

anunciarla con un bando, y se formaron sociedades para comprar

billetes a cien pesos cada uno, que se agotaron en menos de una semana. La noche de la rifa, los ganadores hicieron una fiesta aparatosa,

comparable apenas a las de los buenos tiempos de compañía bananera,

y Aureliano Segundo tocó en el acordeón por última vez las canciones

olvidadas de Francisco el Hombre, pero ya no pudo cantarlas.

Dos meses después, Amaranta Úrsula se fue a Bruselas. Aureliano

Segundo le entregó no sólo el dinero de la rifa extraordinaria, sino el

que había logrado economizar en los meses anteriores, y el muy escaso

que obtuvo por la venta de la pianola, el clavicordio y otros corotos

caídos en desgracia. Según sus cálculos, ese fondo le alcanzaba para los

estudios, así que sólo quedaba pendiente el valor del pasaje de regreso.

Fernanda se opuso al viaje hasta el último momento, escandalizada con

la idea de que Bruselas estuviera tan cerca de la perdición de París, pero

se tranquilizó con una carta que le dio el padre Ángel para una pensión

de jóvenes católicas atendida por religiosas, donde Amaranta Úrsula

prometió vivir hasta el término de sus estudios. Además, el párroco

consiguió que viajara al cuidado de un grupo de franciscanas que iban

para Toledo, donde esperaban encontrar gente de confianza para

mandarla a Bélgica. Mientras se adelantaba la apresurada

correspondencia que hizo posible esta coordinación, Aureliano Segundo,

ayudado por Petra Cotes, se ocupó del equipaje de Amaranta Úrsula. La

noche en que prepararon uno de los baúles nupciales de Fernanda, las

cosas estaban tan bien dispuestas que la estudiante sabía de memoria

cuáles eran los trajes y las babuchas de pana con que debía hacer la

travesía del Atlántico, y el abrigo de paño azul con botones de cobre, y

los zapatos de cordobán con que debía desembarcar. Sabía también

cómo debía caminar para no caer al agua cuando subiera a bordo por la

plataforma, que en ningún momento debía separarse de las monjas ni

salir del camarote como no fuera para comer, y que por ningún motivo

debía contestar a las preguntas que los des-conocidos de cualquier sexo

le hicieran en alta mar. Llevaba un frasquito con gotas para el mareo y

un cuaderno escrito de su puño y letra por el padre Ángel, con seis

oraciones para conjurar la tempestad. Fernanda le fabricó un cinturón

de lona para que guardara el dinero, y le indicó la forma de usarlo

ajustado al cuerpo, de modo que no tuviera que quitárselo ni siquiera

para dormir. Trató de regalarle la bacinilla de oro lavada con lejía y

desinfectada con alcohol, pero Amaranta Úrsula la rechazó por miedo de

que se burlaran de ella sus compañeras de colegio. Pocos meses

después, a la hora de la muerte, Aureliano Segundo había de recordarla

como la vio la última vez, tratando de bajar sin conseguirlo el cristal

polvoriento del vagón de segunda clase, para escuchar las últimas

recomendaciones de Fernanda. Llevaba un traje de seda rosada con un

ramito de pensamientos artificiales en el broche del hombro izquierdo;

los zapatos de cordobán con trabilla y tacón bajo, y las medias satinadas

con ligas elásticas en las pantorrillas. Tenía el cuerpo menudo, el cabello

suelto y largo y los ojos vivaces que tuvo Úrsula a su edad, y la forma

en que se despedía sin llorar pero sin sonreír, revelaba la misma

fortaleza de carácter. Caminando junto al vagón a medida que

aceleraba, y llevando a Fernanda del brazo para que no fuera a

tropezar, Aureliano Segundo apenas pudo corresponderle con un saludo

de la mano, cuando la hija le mandó un beso con la punta de los dedos.

Los esposos permanecieron inmóviles bajo el sol abrasante, mirando

cómo el tren se iba confundiendo con el punto negro del horizonte, y

tomados del brazo por primera vez desde el día de la boda.

El nueve de agosto, antes de que se recibiera la primera carta de

Bruselas, José Arcadio Segundo conversaba con Aureliano en el cuarto

de Melquíades, y sin que viniera a cuento dijo:

-Acuérdate siempre de que eran más de tres mil y que los echaron al

mar.

Luego se fue de bruces sobre los pergaminos, y murió con los ojos

abiertos. En ese mismo instante, en la cama de Fernanda, su hermano

gemelo llegó al final del prolongado y terrible martirio de los cangrejos

de hierro que le carcomieron la garganta. Una semana antes había

vuelto a la casa, sin voz, sin aliento y casi en los puros huesos, con sus

baúles trashumantes y su acordeón de perdulario, para cumplir la

promesa de morir junto a la esposa. Petra Cotes lo ayudó a recoger sus

ropas y lo despidió sin derramar una lágrima, pero olvidó darle los

zapatos de charol que él quería llevar en el ataúd. De modo que cuando

supo que había muerto, se vistió de negro, envolvió los botines en un

periódico, y le pidió permiso a Fernanda para ver al cadáver. Fernanda

no la dejó pasar de la puerta.

-Póngase en mi lugar -suplicó Petra Cotes-. Imagínese cuánto lo

habré querido para soportar esta humillación.

-No hay humillación que no la merezca una concubina

-replicó Fernanda-. Así que espere a que se muera otro de los tantos

para ponerle esos botines.

En cumplimiento de su promesa, Santa Sofía de la Piedad degolló con

un cuchillo de cocina el cadáver de José Arcadio Segundo para

asegurarse de que no lo enterraran vivo, Los cuerpos fueron puestos en

ataúdes iguales, y allí se vio que volvían a ser idénticos en la muerte,

como lo fueron hasta la adolescencia. Los viejos compañeros de

parranda de Aureliano Segundo pusieron sobre su caja una corona que

tenía una cinta morada con un letrero: Apartense vacas que la vida es

corta. Fernanda se indignó tanto con la irreverencia que mandó tirar la

corona en la basura. En el tumulto de última hora, los borrachitos tristes

que los sacaron de la casa confundieron los ataúdes y los enterraron en

tumbas equivocadas.

XVIII

Aureliano no abandonó en mucho tiempo el cuarto de Melquíades. Se

aprendió de memoria las leyendas fantásticas del libro

desencuadernado, la síntesis de los estudios de Hermann, el tullido; los

apuntes sobre la ciencia demonológica, las claves de la piedra filosofal,

las centurias de Nostradamus y sus investigaciones sobre la peste, de

modo que llegó a la adolescencia sin saber nada de su tiempo, pero con

los conocimientos básicos del hombre medieval. A cualquier hora que

entrara en el cuarto, Santa Sofía de la Piedad lo encontraba absorto en

la lectura. Le llevaba al amanecer un tazón de café sin azúcar, y al

mediodía un plato de arroz con tajadas de plátano fritas, que era lo

único que se comía en la casa después de la muerte de Aureliano

Segundo. Se preocupaba por cortarle el pelo, por sacarle las liendres,

por adaptarle la ropa vieja que encontraba en baúles olvidados, y

cuando empezó a despuntarle el bigote le llevó la navaja barbera y la

totumita para la espuma del coronel Aureliano Buendía. Ninguno de los

hijos de éste se le pareció tanto, ni siquiera Aureliano José, sobre todo

por los pómulos pronunciados, y la línea resuelta y un poco despiadada

de los labios. Como le ocurrió a Úrsula con Aureliano segundo cuando

éste estudiaba en el cuarto, Santa Sofía de la piedad creía que Aureliano

hablaba solo. En realidad, conversaba con Melquíades. Un mediodía

ardiente, poco después de la muerte de los gemelos, vio contra la

reverberación de la ventana al anciano lúgubre con el sombrero de alas

de cuervo, como la materialización de un recuerdo que estaba en su

memoria desde mucho antes de nacer. Aureliano había terminado de

clasificar el alfabeto de los pergaminos. Así que cuando Melquiades le

preguntó si había descubierto en qué lengua estaban escritos, él no

vaciló para contestar.

-En sánscrito -dijo.

Melquíades le reveló que sus oportunidades de volver al cuarto

estaban contadas. Pero se iba tranquilo a las praderas de la muerte

definitiva, porque Aureliano tenía tiempo de aprender el sánscrito en los

años que faltaban para que los pergaminos cumplieran un siglo y

pudieran ser descifrados. Fue él quien le indicó que en el callejón que

terminaba en el río, y donde en los tiempos de la compañía bananera se

adivinaba el porvenir y se interpretaban los sueños, un sabio catalán

tenía una tienda de libros donde había un Sanskrit Primer que sería

devorado por las polillas seis años después si él no se apresuraba a

comprarlo. Por primera vez en su larga vida Santa Sofía de la Piedad

dejó traslucir un sentimiento, y era un sentimiento de estupor, cuando

Aureliano le pidió que le llevara el libro que había de encontrar entre la

Jerusalén Libertada y los poemas de Milton, en el extremo derecho del

segundo renglón de los anaqueles. Como no sabía leer, se aprendió de

memoria la parrafada, y consiguió el dinero con la venta de uno de los

diecisiete pescaditos de oro que quedaban en el taller, y que sólo ella y

Aureliano sabían dónde los habían puesto la noche en que los soldados

registraron la casa.

Aureliano avanzaba en los estudios del sánscrito, mientras Melquíades

iba haciéndose cada vez menos asiduo y más lejano, esfumándose en la

claridad radiante del mediodía. La última vez que Aureliano lo sintió era

apenas una presencia invisible que murmuraba: «He muerto de fiebre

en los médanos de Singapur.» El cuarto se hizo entonces vulnerable al

polvo, al calor, al comején, a las hormigas coloradas, a las polillas que

habían de convertir en aserrín la sabiduría de los libros y los

pergaminos.

En la casa no faltaba qué comer. Al día siguiente de la muerte de

Aureliano Segundo, uno de los amigos que habían llevado la corona con

la inscripción irreverente le ofreció pagarle a Fernanda un dinero que le

había quedado debiendo a su esposo. A partir de entonces, un

mandadero llevaba todos los miércoles un canasto con cosas de comer,

que alcanzaban bien para una semana. Nadie supo nunca que aquellas

vituallas las mandaba Petra Cotes, con la idea de que la caridad

continuada era una forma de humillar a quien la había humillado. Sin

embargo, el rencor se le disipó mucho más pronto de lo que ella misma

esperaba, y entonces siguió mandando la comida por orgullo y

finalmente por compasión. Varias veces, cuando le faltaron ánimos para

vender billetitos y la gente perdió el interés por las rifas, se quedó ella

sin comer para que comiera Fernanda, y no dejó de cumplir el

compromiso mientras no vio pasar su entierro.

Para Santa Sofía de la Piedad la reducción de los habitantes de la casa

debía haber sido el descanso a que tenía derecho después de más de

medio siglo de trabajo. Nunca se le había oído un lamento a aquella

mujer sigilosa, impenetrable, que sembró en la familia los gérmenes

angélicos de Remedios, la bella, y la misteriosa solemnidad de José

Arcadio Segundo; que consagró toda una vida de soledad y silencio a la

crianza de unos niños que apenas si recordaban que eran sus hijos y sus

nietos, y que se ocupó de Aureliano como si hubiera salido de sus

entrañas, sin saber ella misma que era su bisabuela. Sólo en una casa

como aquélla era concebible que hubiera dormido siempre en un petate

que tendía en el piso del granero, entre el estrépito nocturno de las

ratas, y sin haberle contado a nadie que una noche la despertó la

pavorosa sensación de que alguien la estaba mirando en la oscuridad, y

era que una víbora se deslizaba por su vientre. Ella sabía que si se lo

hubiera contado a Úrsula la hubiera puesto a dormir en su propia cama,

pero eran los tiempos en que nadie se daba cuenta de nada mientras no

se gritara en el corredor, porque los afanes de la panadería, los

sobresaltos de la guerra, el cuidado de los niños, no dejaban tiempo

para pensar en la felicidad ajena. Petra Cotes, a quien nunca vio, era la

única que se acordaba de ella. Estaba pendiente de que tuviera un buen

par de zapatos para salir, de que nunca le faltara un traje, aun en los

tiempos en que hacían milagros con el dinero de las rifas. Cuando

Fernanda llegó a la casa tuvo motivos para creer que era una sirvienta

eternizada, y aunque varias veces oyó decir que era la madre de su

esposo, aquello le resultaba tan increíble que más tardaba en saberlo

que en olvidarlo. Santa Sofía de la Piedad no pareció molestarse nunca

por aquella condición subalterna. Al contrario, se tenía la impresión de

que le gustaba andar por los rincones, sin una tregua, sin un quejido,

manteniendo ordenada y limpia la inmensa casa donde vivió desde la

adolescencia, y que particularmente en los tiempos de la compañía

bananera parecía más un cuartel que un hogar. Pero cuando murió

Úrsula, la diligencia inhumana de Santa Sofía de la Piedad, su tremenda

capacidad de trabajo, empezaron a quebrantarse. No era solamente que

estuviera vieja y agotada, sino que la casa se precipitó de la noche a la

mañana en una crisis de senilidad. Un musgo tierno se trepó por las

paredes. Cuando ya no hubo un lugar pelado en los patios, la maleza

rompió por debajo el cemento del corredor, lo resquebrajó como un

cristal, y salieron por las grietas las mismas florecitas amarillas que casi

un siglo antes había encontrado Úrsula en el vaso donde estaba la

dentadura postiza de Melquíades. Sin tiempo ni recursos para impedir

los desafueros de la naturaleza, Santa Sofía de la Piedad se pasaba el

día en los dormitorios, espantando los lagartos que volverían a meterse

por la noche. Una mañana vio que las hormigas coloradas abandonaron

los cimientos socavados, atravesaron el jardín, subieron por el

pasamanos donde las begonias habían adquirido un color de tierra, y

entraron hasta el fondo de la casa. Trató primero de matarlas con una

escoba, luego con insecticida y por último con cal, pero al otro día

estaban otra vez en el mismo lugar, pasando siempre, tenaces e

invencibles. Fernanda, escribiendo cartas a sus hijos, no se daba cuenta

de la arremetida incontenible de la destrucción. Santa Sofía de la Piedad

siguió luchando sola, peleando con la maleza para que no entrara en la

cocina, arrancando de las paredes los borlones de telaraña que se

reproducían en pocas horas, raspando el comején. Pero cuando vio que

también el cuarto de Melquíades estaba telarañado y polvoriento, así lo

barriera y sacudiera tres veces al día, y que a pesar de su furia

limpiadora estaba amenazado por los escombros y el aire de miseria que

sólo el coronel Aureliano Buendía y el joven militar habían previsto,

comprendió que estaba vencida. Entonces se puso el gastado traje

dominical, unos viejos zapatos de Úrsula y un par de medias de algodón

que le había regalado Amaranta Úrsula, e hizo un atadito con las dos o

tres mudas que le quedaban.

-Me rindo -le dijo a Aureliano-. Esta es mucha casa para mis pobres

huesos.

Aureliano le preguntó para dónde iba, y ella hizo un gesto de

vaguedad, como si no tuviera la menor idea de su destino. Trató de

precisar, sin embargo, que iba a pasar sus últimos años con una prima

hermana que vivía en Riohacha. No era una explicación verosímil. Desde

la muerte de sus padres, no había tenido contacto con nadie en el

pueblo, ni recibió cartas ni recados, ni se le oyó hablar de pariente

alguno. Aureliano le dio catorce pescaditos de oro, porque ella estaba

dispuesta a irse con lo único que tenía: un peso y veinticinco centavos.

Desde la ventana del cuarto, él la vio atravesar el patio con su atadito

de ropa, arrastrando los pies y arqueada por los años, y la vio meter la

mano por un hueco del portón para poner la aldaba después de haber

salido. Jamás se volvió a saber de ella.

Cuando se enteró de la fuga, Fernanda despotricó un día entero,

mientras revisaba baúles, cómodas y armarios, cosa por cosa, para

convencerse de que Santa Sofía de la Piedad no se había alzado con

nada. Se quemó los dedos tratando de prender un fogón por primera

vez en la vida, y tuvo que pedirle a Aureliano el favor de enseñarle a

preparar el café. Con el tiempo, fue él quien hizo los oficios de cocina. Al

levantarse, Fernanda encontraba el desayuno servido, y sólo volvía a

abandonar el dormitorio para coger la comida que Aureliano le dejaba

tapada en rescoldo, y que ella llevaba a la mesa para comérsela en

manteles de lino y entre candelabros, sentada en una cabecera solitaria

al extremo de quince sillas vacías. Aun en esas circunstancias, Aureliano

y Fernanda no compartieron la soledad, sino que siguieron viviendo cada

uno en la suya, haciendo la limpieza del cuarto respectivo, mientras la

telaraña iba nevando los rosales, tapizando las vigas, acolchonando las

paredes. Fue por esa época que Fernanda tuvo la impresión de que la

casa se estaba llenando de duendes. Era como si los objetos, sobre todo

los de uso diario, hubieran desarrollado la facultad de cambiar de lugar

por sus propios medios. A Fernanda se le iba el tiempo en buscar las

tijeras que estaba segura de haber puesto en la cama y, después de

revolverlo todo, las encontraba en una repisa de la cocina, donde creía

no haber estado en cuatro días. De pronto no había un tenedor en la

gaveta de los cubiertos, y encontraba seis en el altar y tres en el

lavadero. Aquella caminadera de las cosas era más desesperante

cuando se sentaba a escribir. El tintero que ponía a la derecha aparecía

a la izquierda, la almohadilla del papel secante se le perdía, y la

encontraba dos días después debajo de la almohada, y las páginas

escritas a José Arcadio se le confundían con las de Amaranta Úrsula, y

siempre andaba con la mortificación de haber metido las cartas en

sobres cambiados, como en efecto le ocurrió varias veces. En cierta

ocasión perdió la pluma. Quince días después se la devolvió el cartero

que la había encontrado en su bolsa, y andaba buscando al dueño de

casa en casa. Al principio, ella creyó que eran cosas de los médicos

invisibles, como la desaparición de los pesarios, y hasta empezó a

escribirles una carta para suplicarles que la dejaran en paz, pero había

tenido que interrumpirla para hacer algo, y cuando volvió al cuarto no

sólo no encontró la carta empezada, sino que se olvidó del propósito de

escribirla. Por un tiempo pensó que era Aureliano. Se dio a vigilarlo, a

poner objetos a su paso tratando de sorprenderlo en el momento en que

los cambiara de lugar, pero muy pronto se convenció de que Aureliano

no abandonaba el cuarto de Melquíades sino para ir a la cocina o al

excusado, y que no era hombre de burlas. De modo que terminó por

creer que eran travesuras de duendes, y optó por asegurar cada cosa en

el sitio donde tenía que usarla. Amarró las tijeras con una larga pita en

la cabecera de la cama. Amarró el plumero y la almohadilla del papel

secante en la pata de la mesa, y pegó con goma el tintero en la tabla, a

la derecha del lugar en que solía escribir. Los problemas no se

resolvieron de un día para otro, pues a las pocas horas de costura ya la

pita de las tijeras no alcanzaba para cortar, como si los duendes la

fueran disminuyendo. Le ocurría lo mismo con la pita de la pluma, y

hasta con su propio brazo, que al poco tiempo de estar escribiendo no

alcanzaba el tintero.

Ni Amaranta Úrsula, en Bruselas, ni José Arcadio, en Roma, se

enteraron jamás de esos insignificantes infortunios. Fernanda les

contaba que era feliz, y en realidad lo era, justamente porque se sentía

liberada de todo compromiso, como si la vida la hubiera arrastrado otra

vez hasta el mundo de sus padres, donde no se sufría con los problemas

diarios porque estaban resueltos de antemano en la imaginación.

Aquella correspondencia interminable le hizo perder el sentido del

tiempo, sobre todo después de que se fue Santa Bofia de la Piedad. Se

había acos-tumbrado a llevar la cuenta de los días, los meses y los

años, tomando como puntos de referencia las fechas previstas para el

retorno de los hijos. Pero cuando éstos modificaron los plazos una y otra

vez, las fechas se le confundieron, los términos se le traspapelaron, y

las jornadas se parecieron tanto las unas a las otras, que no se sentían

transcurrir. En lugar de impacientarse, experimentaba una honda

complacencia con la demora. No la inquietaba que muchos años después

de anunciarle las vísperas de sus votos perpetuos, José Arcadio siguiera

diciendo que esperaba terminar los estudios de alta teología para

emprender los de diplomacia, porque ella comprendía que era muy alta

y empedrada de obstáculos la escalera de caracol que conducía a la silla

de San Pedro. En cambio, el espíritu se le exaltaba con noticias que para

otros hubieran sido insignificantes, como aquella de que su hijo había

visto al Papa. Experimentó un gozo similar cuando Amaranta Úrsula le

mandó decir que sus estudios se prolongaban más del tiempo previsto,

porque sus excelentes calificaciones le habían merecido privilegios que

su padre no tomó en consideración al hacer las cuentas.

Habían transcurrido más de tres años desde que Santa Sofía de la

Piedad le llevó la gramática, cuando Aureliano consiguió traducir el

primer pliego. No fue una labor inútil, pero constituía apenas un primer

paso en un camino cuya longitud era imposible prever, porque el texto

en castellano no significaba nada: eran versos cifrados. Aureliano

carecía de elementos para establecer las claves que le permitieran

desentrañarlos, pero como Melquíades le había dicho que en la tienda

del sabio catalán estaban los libros que le harían falta para llegar al

fondo de los pergaminos, decidió hablar con Fernanda para que le

permitiera ir a buscarlos. En el cuarto devorado por los escombros, cuya

proliferación incontenible había terminado por derrotarlo, pensaba en la

forma más adecuada de formular la solicitud, se anticipaba a las

circunstancias, calculaba la ocasión más adecuada, pero cuando

encontraba a Fernanda retirando la comida del rescoldo, que era la

única oportunidad para hablarle, la solicitud laboriosamente

premeditada se le atragantaba, y se le perdía la voz. Fue aquella la

única vez en que la espió. Estaba pendiente de sus pasos en el

dormitorio. La oía ir hasta la puerta para recibir las cartas de sus hijos y

entregarle las suyas al cartero, y escuchaba hasta muy altas horas de la

noche el trazo duro y apasionado de la pluma en el papel, antes de oír el

ruido del interruptor y el murmullo de las oraciones en la oscuridad.

Sólo entonces se dormía, confiando en que el día siguiente le daría la

oportunidad esperada. Se ilusionó tanto con la idea de que el permiso

no le sería negado que una mañana se cortó el cabello que ya le daba a

los hombros, se afeitó la barba enmarañada, se puso unos pantalones

estrechos y una camisa de cuello postizo que no sabía de quién había

heredado, y esperó en la cocina a que Fernanda fuera a desayunar. No

llegó la mujer de todos los días, la de la cabeza alzada y la andadura

pétrea, sino una anciana de una hermosura sobrenatural, con una

amarillenta capa de armiño, una corona de cartón dorado, y la conducta

lánguida de quien ha llorado en secreto. En realidad, desde que lo

encontró en los baúles de Aureliano Segundo, Fernanda se había puesto

muchas veces el apolillado vestido de reina. Cualquiera que la hubiera

visto frente al espejo, extasiada en sus propios ademanes monárquicos,

habría podido pensar que estaba loca. Pero no lo estaba. Simplemente,

había convertido los atuendos reales en una máquina de recordar. La

primera vez que se los puso no pudo evitar que se le formara un nudo

en el corazón y que los ojos se le llenaran de lágrimas, porque en aquel

instante volvió a percibir el olor de betún de las botas del militar que fue

a buscarla a su casa para hacerla reina, y el alma se le cristalizó con la

nostalgia de los sueños perdidos. Se sintió tan vieja, tan acabada, tan

distante de las mejores horas de su vida, que inclusive añoró las que

recordaba como las peores, y sólo entonces descubrió cuánta falta

hacían las ráfagas de orégano en el corredor, y el vapor de los rosales al

atardecer, y hasta la naturaleza bestial de los advenedizos. Su corazón

de ceniza apelmazada que había resistido sin quebrantos a los golpes

más certeros de la realidad cotidiana, se desmoronó a los primeros

embates de la nostalgia. La necesidad de sentirse triste se le iba

convirtiendo en un vicio a medida que la devastaban los años. Se

humanizó en la soledad. Sin embargo, la mañana en que entró en la

cocina y se encontró con una taza de café que le ofrecía un adolescente

óseo y pálido, con un resplandor alucinado en los ojos, la desgarró el

zarpazo del ridículo. No sólo le negó el permiso, sino que desde

entonces cargó las llaves de la casa en la bolsa donde guardaba los

pesarios sin usar. Era una precaución inútil, porque de haberlo querido

Aureliano hubiera podido escapar y hasta volver a casa sin ser visto.

Pero el prolongado cautiverio, la incertidumbre del mundo, el hábito de

obedecer, habían resecado en su corazón las semillas de la rebeldía. De

modo que volvió a su clausura, pasando y repasando los pergaminos, y

oyendo hasta muy avanzada la noche los sollozos de Fernanda en el

dormitorio. Una mañana fue como de costumbre a prender el fogón, y

encontró en las cenizas apagadas la comida que había dejado para ella

el día anterior. Entonces se asomó al dormitorio, y la vio tendida en la

cama, tapada con la capa de armiño, más bella que nunca, y con la piel

convertida en una cáscara de marfil. Cuatro meses después, cuando

llegó José Arcadio, la encontró intacta.

Era imposible concebir un hombre más parecido a su madre. Llevaba

un traje de tafetán luctuoso, una camisa de cuello redondo y duro, y

una delgada cinta de seda con un lazo en lugar de la corbata. Era lívido,

lánguido, de mirada atónita y labios débiles. El cabello negro, lustrado y

liso, partido en el centro del cráneo por una línea recta y exangüe, tenía

la misma apariencia postiza del pelo de los santos. La sombra de la

barba bien destroncada en el rostro de parafina parecía un asunto de la

conciencia. Tenía las manos pálidas, con nervaduras verdes y dedos

parasitarios, y un anillo de oro macizo con un ópalo girasol, redondo, en

el índice izquierdo. Cuando le abrió la puerta de la calle Aureliano no

hubiera tenido necesidad de suponer quién era para darse cuenta de

que venía de muy lejos. La casa se impregnó a su paso de la fragancia

de agua florida que Úrsula le echaba en la cabeza cuando era niño, para

poder encontrarlo en las tinieblas. De algún modo imposible de precisar,

después de tantos años de ausencia José Arcadio seguía siendo un niño

otoñal, terriblemente triste y solitario. Fue directamente al dormitorio de

su madre, donde Aureliano había vaporizado mercurio durante cuatro

meses en el atanor del abuelo de su abuelo, para conservar el cuerpo

según la fórmula de Melquíades. José Arcadio no hizo ninguna pregunta.

Le dio un beso en la frente al cadáver, le sacó de debajo de la falda la

faltriquera de jareta donde había tres pesarios todavía sin usar, y la

llave del ropero. Hacía todo con ademanes directos y decididos, en

contraste con su languidez. Sacó del ropero un cofrecito damasquinado

con el escudo familiar, y encontró en el interior perfumado de sándalo la

carta voluminosa en que Fernanda desahogó el corazón de las

incontables verdades que le había ocultado. La leyó de pie, con avidez

pero sin ansiedad, y en la tercera página se detuvo, y examinó a

Aureliano con una mirada de segundo reconocimiento.

-Entonces -dijo con una voz que tenía algo de navaja de afeitar-, tú

eres el bastardo.

-Soy Aureliano Buendía.

-Vete a tu cuarto -dijo José Arcadio.

Aureliano se fue, y no volvió a salir ni siquiera por curiosidad cuando

oyó el rumor de los funerales solitarios. A veces, desde la cocina, veía a

José Arcadio deambulando por la casa, ahogándose en su respiración

anhelante, y seguía escuchando sus pasos por los dormitorios en ruinas

después de la medianoche. No oyó su voz en muchos meses, no sólo

porque José Arcadio no le dirigía la palabra, sino porque él no tenía

deseos de que ocurriera, ni tiempo de pensar en nada distinto de los

pergaminos. A la muerte de Fernanda, había sacado el penúltimo

pescadito y había ido a la librería del sabio catalán, en busca de los

libros que le hacían falta. No le interesó nada de lo que vio en el

trayecto, acaso porque carecía de recuerdos para comparar, y las calles

desiertas y las casas desoladas eran iguales a como las había imaginado

en un tiempo en que hubiera dado el alma por conocerlas. Se había

concedido a si mismo el permiso que le negó Fernanda, y sólo por una

vez, con un objetivo único y por el tiempo mínimo indispensable, así que

recorrió sin pausa las once cuadras que separaban la casa del callejón

donde antes se interpretaban los sueños, y entró acezando en el

abigarrado y sombrío local donde apenas había espacio para moverse.

Más que una librería, aquélla parecía un basurero de libros usados,

puestos en desorden en los estantes mellados por el comején, en los

rincones amelazados de telaraña, y aun en los espacios que debieron

destinarse a los pasadizos. En una larga mesa, también agobiada de

mamotretos, el propietario escribía una prosa incansable, con una

caligrafía morada, un poco delirante, y en hojas sueltas de cuaderno

escolar. Tenía una hermosa cabellera plateada que se le adelantaba en

la frente como el penacho de una cacatúa, y sus ojos azules, vivos y

estrechos, revelaban la mansedumbre del hombre que ha leído todos los

libros. Estaba en calzoncillos, empapado en sudor y no desentendió la

escritura para ver quién había llegado. Aureliano no tuvo dificultad para

rescatar de entre aquel desorden de fábula los cinco libros que buscaba,

pues estaban en el lugar exacto que le indicó Melquíades. Sin decir una

palabra, se los entregó junto con el pescadito de oro al sabio catalán, y

éste los examinó, y sus párpados se contrajeron como dos almejas.

«Debes estar loco» -dijo en su lengua, alzándose de hombros, y le

devolvió a Aureliano los cinco libros y el pescadito.

-Llévatelo -dijo en castellano-. El último hombre que leyó esos libros

debió ser Isaac el Ciego, así que piensa bien lo que haces.

José Arcadio restauró el dormitorio de Meme, mandó limpiar y

remendar las cortinas de terciopelo y el damasco del baldaquín de la

cama virreinal, y puso otra vez en servicio el baño abandonado, cuya

alberca de cemento estaba renegrida por una nata fibrosa y áspera. A

esos dos lugares se redujo su imperio de pacotilla, de gastados géneros

exóticos, de perfumes falsos y pedrería barata. Lo único que pareció

estorbarle en el resto de la casa fueron los santos del altar doméstico,

que una tarde quemó hasta convertirlos en ceniza, en una hoguera que

prendió en el patio. Dormía hasta después de las once. Iba al baño con

una deshilachada túnica de dragones dorados y unas chinelas de borlas

amarillas, y allí oficiaba un rito que por su parsimonia y duración

recordaba al de Remedios, la bella. Antes de bañarse, aromaba la

alberca con las sales que llevaba en tres pomos alabastrados. No se

hacía abluciones con la totuma, sino que se zambullía en las aguas

fragantes, y permanecía hasta dos horas flotando boca arriba,

adormecido por la frescura y por el recuerdo de Amaranta. A los pocos

días de haber llegado abandonó el vestido de tafetán, que además de

ser demasiado caliente para el pueblo era el único que tenía, y lo

cambió por unos pantalones ajustados, muy parecidos a los que usaba

Pietro Crespi en las clases de baile, y una camisa de seda tejida con el

gusano vivo, y con sus iniciales bordadas en el corazón. Dos veces por

semana lavaba la muda completa en la alberca, y se quedaba con la

túnica hasta que se secaba, pues no tenía nada más que ponerse.

Nunca comía en la casa. Salía a la calle cuando aflojaba el calor de la

siesta, y no regresaba hasta muy entrada la noche. Entonces continuaba

su deambular angustioso, respirando como un gato, y pensando en

Amaranta. Ella, y la mirada espantosa de los santos en el fulgor de la

lámpara nocturna, eran los dos recuerdos que conservaba de la casa.

Muchas veces, en el alucinante agosto romano, había abierto los ojos en

mitad del sueño, y había visto a Amaranta surgiendo de un estanque de

mármol brocatel, con su pollerines de encaje y su venda en la mano,

idealizada por la ansiedad del exilio. Al contrario de Aureliano José, que

trató de sofocar aquella imagen en el pantano sangriento de la guerra,

él trataba de mantenerla viva en un cenagal de concupiscencia,

mientras entretenía a su madre con la patraña sin término de la

vocación pontificia. Ni a él ni a Fernanda se les ocurrió pensar nunca que

su correspondencia era un intercambio de fantasías. José Arcadio, que

abandonó el seminario tan pronto como llegó a Roma, siguió

alimentando la leyenda de la teología y el derecho canónico, para no

poner en peligro la herencia fabulosa de que le hablaban las cartas

delirantes de su madre, y que había de rescatarlo de la miseria y la

sordidez que compartía con dos amigos en una buhardilla del

Trastevere. Cuando recibió la última carta de Fernanda, dictada por el

presentimiento de la muerte inminente, metió en una maleta los últimos

desperdicios de su falso esplendor, y atravesó el océano en una bodega

donde los emigrantes se apelotaban como reses de matadero, comiendo

macarrones fríos y queso agusanado. Antes de leer el testamento de

Fernanda, que no era más que una minuciosa y tardía recapitulación de

infortunios, ya los muebles desvencijados y la maleza del corredor le

habían indicado que estaba metido en una trampa de la cual no saldría

jamás, para siempre exiliado de la luz de diamante y el aire inmemorial

de la primavera romana. En los insomnios agotadores del asma, medía y

volvía a medir la profundidad de su desventura, mientras repasaba la

casa tenebrosa donde los aspavientos seniles de Úrsula le infundieron el

miedo del mundo. Para estar segura de no perderlo en las tinieblas, ella

le había asignado un rincón del dormitorio, el único donde podría estar a

salvo de los muertos que deambulaban por la casa desde el atardecer.

«Cualquier cosa mala que hagas -le decía Úrsula- me la dirán los

santos.» Las noches pávidas de su infancia se redujeron a ese rincón,

donde permanecía inmóvil hasta la hora de acostarse, sudando de

miedo en un taburete, bajo la mirada vigilante y glacial de los santos

acusetas. Era una tortura inútil, porque ya para esa época él tenía terror

de todo lo que lo rodeaba, y estaba preparado para asustarse de todo lo

que encontrara en la vida: las mujeres de la calle, que echaban a perder

la sangre; las mujeres de la casa, que parían hijos con cola de puerco;

los gallos de pelea, que provocaban muertes de hombres y

remordimientos de conciencia para el resto de la vida; las armas de

fuego, que con sólo tocarlas condenaban a veinte años de guerra; las

empresas desacertadas, que sólo conducían al desencanto y la locura, y

todo, en fin, todo cuanto Dios había creado con su infinita bondad, y que

el diablo había pervertido. Al despertar, molido por el torno de las

pesadillas, la claridad de la ventana y las caricias de Amaranta en la

alberca, y el deleite con que lo empolvaba entre las piernas con una

bellota de seda, lo liberaban del terror. Hasta Úrsula era distinta bajo la

luz radiante del jardín, porque allí no le hablaba de cosas de pavor, sino

que le frotaba los dientes con polvo de carbón para que tuviera la

sonrisa radiante de un Papa, y le cortaba y le pulía las uñas para que los

peregrinos que llegaban a Roma de todo el ámbito de la tierra se

asombraran de la pulcritud de las manos del Papa cuando les echara la

bendición, y lo peinaba como un Papa, y lo ensopaba con agua florida

para que su cuerpo y sus ropas tuvieran la fragancia de un Papa. En el

patio de Castelgandolfo él había visto al Papa en un balcón,

pronunciando el mismo discurso en siete idiomas para una

muchedumbre de peregrinos, y lo único que en efecto le había- llamado

la atención era la blancura de sus manos, que parecían maceradas en

lejía, el resplandor deslumbrante de sus ropas de verano, y su recóndito

hálito de agua de colonia.

Casi un año después del regreso a la casa, habiendo vendido para

comer los candelabros de plata y la bacinilla heráldica que a la hora de

la verdad sólo tuvo de oro las incrustaciones del escudo, la única

distracción de José Arcadio era recoger niños en el pueblo para que

jugaran en la casa. Aparecía con ellos a la hora de la siesta, y los hacía

saltar la cuerda en el jardín, cantar en el corredor y hacer maromas en

los muebles de la sala, mientras él iba por entre los grupos impartiendo

lecciones de buen comportamiento. Para esa época había acabado con

los pantalones estrechos y la camisa de seda, y usaba una muda

ordinaria comprada en los almacenes de los árabes, pero seguía

manteniendo su dignidad lánguida y sus ademanes papales. Los niños

se tomaron la casa como lo hicieron en el pasado las compañeras de

Meme. Hasta muy entrada la noche se les oía cotorrear y cantar y bailar

zapateados, de modo que la casa parecía un internado sin disciplina.

Aureliano no se preocupó de la invasión mientras no fueron a molestarlo

en el cuarto de Melquíades. Una mañana, dos niños empujaron la

puerta, y se espantaron ante la visión del hombre cochambroso y peludo

que seguía descifrando los pergaminos en la mesa de trabajo. No se

atrevieron a entrar, pero siguieren rondando la habitación. Se asomaban

cuchicheando por las hendijas, arrojaban animales vivos por las

claraboyas, y en una ocasión clavetearon por fuera la puerta y la

ventana, y Aureliano necesitó medio día para forzarlas. Divertidos por la

impunidad de sus travesuras, cuatro niños entraron otra mañana en el

cuarto, mientras Aureliano estaba en la cocina, dispuestos a destruir los

pergaminos. Pero tan pronto como se apoderaron de los pliegos

amarillentos, una fuerza angélica los levantó del suelo, y los mantuvo

suspendidos en el aire, hasta que regresó Aureliano y les arrebató los

pergaminos. Desde entonces no volvieron a molestarlo.

Los cuatro niños mayores, que usaban pantalones cortos a pesar de

que ya se asomaban a la adolescencia, se ocupaban de la apariencia

personal de José Arcadio. Llegaban más temprano que los otros, y

dedicaban la mañana a afeitarle, a darle masajes con toallas calientes, a

cortarle y pulirle las uñas de las manos y los pies, a perfumarle con

agua florida. En varias ocasiones se metieron en la alberca, para

jabonarlo de pies a cabeza, mientras él flotaba boca arriba, pensando en

Amaranta. Luego le secaban, le empolvaban el cuerpo, y lo vestían. Une

de los niños, que tenía el cabello rubio y crespo, y los ojos de vidries

rosados como les conejos, solía dormir en la casa. Eran tan firmes los

vínculos que lo unían a José Arcadio que le acompañaba en sus

insomnios de asmático, sin hablar, deambulando con él por la casa en

tinieblas. Una noche vieren en la alcoba donde dormía Úrsula un

resplandor amarillo a través del cemento cristalizado come si un sol

subterráneo hubiera convertido en vitral el piso del dormitorio. No

tuvieren que encender el foco. Les bastó con levantar las placas

quebradas del rincón donde siempre estuve la cama de Úrsula, y donde

el resplandor era más intenso, para encontrar la cripta secreta que

Aureliano Segundo se cansó de buscar en el delirio de las excavaciones.

Allí estaban les tres sacos de lona cerrados con alambre de cobre y,

dentro de ellos, los siete mil doscientos catorce doblones de a cuatro,

que seguían relumbrando como brasas en la oscuridad.

El hallazgo del tesoro fue como una deflagración. En vez de regresar a

Roma con la intempestiva fortuna, que era el sueño madurado en la

miseria, José Arcadio convirtió la casa en un paraíso decadente. Cambió

por terciopelo nuevo las cortinas y el baldaquín del dormitorio, y les hizo

poner baldosas al piso del bañe y azulejos a las paredes. La alacena del

comedor se llenó de frutas azucaradas, jamones y encurtidos, y el

granero en desuse volvió a abrirse para almacenar vinos y licores que el

propio José Arcadio retiraba en la estación del ferrocarril, en cajas

marcadas con su nombre. Una noche, él y los cuatro niños mayores

hicieren una fiesta que se prolongó hasta el amanecer. A las seis de la

mañana salieron desnudos del dormitorio, vaciaron la alberca y la

llenaron de champaña. Se zambulleron en bandada, nadando come

pájaros que volaran en un cielo dorado de burbujas fragantes, mientras

José Arcadio fletaba boca arriba, al margen de la fiesta, evocando a

Amaranta con los ojos abiertos. Permaneció así, ensimismado, rumiando

la amargura de sus placeres equívocos, hasta después de que los niños

se cansaren y se fueron en tropel al dormitorio, donde arrancaron las

cortinas de terciopelo para secarse, y cuartearon en el desorden la luna

del cristal de roca, y desbarataron el baldaquín de la cama tratando de

acostarse en tumulto. Cuando José Arcadio volvió del baño, los encontró

durmiendo apelotonados, desnudos, en una alcoba de naufragio

Enardecido no tanto por los estragos como por el asco y la lástima que

sentía contra sí mismo en el desolado vacío de la saturnal, se armó con

unas disciplinas de perrero eclesiástico que guardaba en el fondo del

baúl, junte con un cilicio y otros fierros de mortificación y penitencia, y

expulsó a los niños de la casa, aullando come un loco, y azotándoles sin

misericordia, como no lo hubiera hecho con una jauría de coyotes.

Quedó demolido, con una crisis de asma que se prolongó por varios

días, y que le dio el aspecto de un agonizante. A la tercera noche de

tortura, vencido por la asfixia, fue al cuarto de Aureliano pedirle el favor

de que le comprara en una botica cercana unos polvos para inhalar. Fue

así come hizo Aureliano su segunda salida a la calle. Sólo tuve que

recorrer dos cuadras para llegar hasta la estrecha botica de polvorientas

vidrieras con pomos de loza marcados en latín, donde una muchacha

con la sigilosa belleza de una serpiente del Nilo le despachó el

medicamento que José Arcadio le había escrito en un papel. La segunda

visión del pueblo desierto, alumbrado apenas por las amarillentas

bombillas de las calles, no despertó en Aureliano más curiosidad que la

primera vez. José Arcadio había alcanzado a pensar que había huido,

cuando lo vio aparecer de nuevo, un poco anhelante a causa de la prisa,

arrastrando las piernas que el encierro y la falta de movilidad habían

vuelto débiles y torpes. Era tan cierta su indiferencia por el mundo que

peces días después José Arcadio violó la promesa que había hecho a su

madre, y le dejó en libertad para salir cuando quisiera.

-No tengo nada que hacer en la calle -le contestó Aureliano.

Siguió encerrado, absorto en los pergaminos que peco a poco iba

desentrañando, y cuyo sentido, sin embargo, no lograba interpretar.

José Arcadio le llevaba al cuarto rebanadas de jamón, flores azucaradas

que dejaban en la boca un regusto primaveral, y en des ocasiones un

vaso de buen vino. No se interesó en los pergaminos, que consideraba

más bien como un entretenimiento esotérico, pero le llamó la atención

la rara sabiduría y el inexplicable conocimiento del mundo que tenía

aquel pariente desolado. Supo entonces que era capaz de comprender el

inglés escrito, y que entre pergamino y pergamino había leído de la

primera página a la última, come si fuera una novela, los seis tomos de

la enciclopedia. A eso atribuyó al principio el que Aureliano pudiera

hablar de Roma como si hubiera vivido allí muchos años, pero muy

pronto se dio cuenta de que tenía conocimientos que no eran

enciclopédicos, como los precios de las cosas. «Todo se sabe», fue la

única respuesta que recibió de Aureliano, cuando le preguntó cómo

había obtenido aquellas informaciones. Aureliano, por su parte, se

sorprendió de que José Arcadio visto de cerca fuera tan distinto de la

imagen que se había formado de él cuando lo veía deambular por la

casa. Era capaz de reír, de permitirse de vez en cuando una nostalgia

del pasado de la casa, y de preocuparse por el ambiente de miseria en

que se encontraba el cuarto de Melquíades. Aquel acercamiento entre

des solitarios de la misma sangre estaba muy lejos de la amistad, pero

les permitió a ambos sobrellevar mejor la insondable soledad que al

mismo tiempo los separaba y les unía. José Arcadio pude entonces

acudir a Aureliano para desenredar ciertos problemas domésticos que lo

exasperaban. Aureliano, a su vez, podía sentarse a leer en el corredor,

recibir las cartas de Amaranta Úrsula que seguían llegando con la

puntualidad de siempre, y usar el baño de donde lo había desterrado

José Arcadio desde su llegada.

Una calurosa madrugada ambos despertaren alarmados por unes

golpes apremiantes en la puerta de la calle. Era un anciano oscuro, con

unes ojos grandes y verdes que le daban a su rostro una fosforescencia

espectral, y con una cruz de ceniza en la frente. Las ropas en piltrafas,

los zapatos rotos, la vieja mochila que llevaba en el hombre como único

equipaje, le daban el aspecto de un pordiosero, pero su conducta tenía

una dignidad que estaba en franca contradicción con su apariencia.

Bastaba con verlo una vez, aun en la penumbra de la sala, para darse

cuenta de que la fuerza secreta que le permitía vivir no era el instinto de

conservación, sino la costumbre del miedo. Era Aureliano Amador, el

único sobreviviente de les diecisiete hijos del coronel Aureliano Buendía,

que iba buscando una tregua en su larga y azarosa existencia de

fugitivo. Se identificó, suplicó que le dieran refugie en aquella casa que

en sus noches de paria había evocado como el último reducto de

seguridad que le quedaba en la vida. Pero José Arcadio y Aureliano no lo

recordaban. Creyendo que era un vagabundo, lo echaron a la calle a

empellones. Ambos vieron entonces desde la puerta el final de un drama

que había empezado desde antes de que José Arcadio tuviera uso de

razón. Des agentes de la policía que habían perseguido a Aureliano

Amador durante años, que lo habían rastreado como perros por medio

mundo, surgieron de entre los almendros de la acera opuesta y le

hicieron des tiros de máuser que le penetraron limpiamente por la cruz

de ceniza.

En realidad, desde que expulsó a los niños de la casa, José Arcadio

esperaba noticias de un trasatlántico que saliera para Nápoles antes de

Navidad. Se lo había dicho a Aureliano, e inclusive había hecho planes

para dejarle montado un negocie que le permitiera vivir, porque la

canastilla de víveres no volvió a llegar desde el entierro de Fernanda.

Sin embargo, tampoco aquel sueño final había de cumplirse. Una

mañana de septiembre, después de tomar el café con Aureliano en la

cocina, José Arcadio estaba terminando su baño diario cuando

irrumpieron por entre los portillos de las tejas les cuatro niños que había

expulsado de la casa. Sin darle tiempo de defenderse, se metieren

vestidos en la alberca, lo agarraron por el pelo y le mantuvieren la

cabeza hundida, hasta que cesó en la superficie la borboritación de la

agonía, y el silencioso y pálido cuerpo de delfín se deslizó hasta el fondo

de las aguas fragantes. Después se llevaron les tres sacos de ere que

sólo elles y su víctima sabían dónde estaban escondidos. Fue una acción

tan rápida, metódica y brutal, que pareció un asalte de militares.

Aureliano, encerrado en su cuarto, no se dio cuenta de nada. Esa tarde,

habiéndolo echado de menos en la cocina, buscó a José Arcadio por toda

la casa, y lo encontró fletando en les espejos perfumados de la alberca,

enorme y tumefacto, y todavía pensando en Amaranta. Sólo entonces

comprendió cuánto había empezado a quererlo.

XIX

Amaranta Úrsula regresó con los primeros ángeles de diciembre,

empujada por brisas de velero, llevando al espose amarrado por el

cuello con un cordel de seda. Apareció sin ningún anuncio, con un

vestido color de marfil, un hilo de perlas que le daba casi a las rodillas,

sortijas de esmeraldas y topacios, y el cabello redondo y liso rematado

en las orejas con puntas de golondrinas. El hombre con quien se había

casado seis meses antes era un flamenco madure, esbelto, con aires de

navegante. No tuvo sino que empujar la puerta de la sala para

comprender que su ausencia había sido más prolongada y demoledora

de le que ella suponía.

-Dios mío -gritó, más alegre que alarmada-, ¡cómo se ve que no hay

una mujer en esta casa!

El equipaje no cabía en el corredor. Además del antiguo baúl de

Fernanda con que la mandaron al colegio, llevaba des roperos verticales,

cuatro maletas grandes, un talego para las sombrillas, ocho cajas de

sombreros, una jaula gigantesca con medie centenar de canarios, y el

velocípedo del marido, desarmado dentro de un estuche especial que

permitía llevarlo come un violoncelo. Ni siquiera se permitió un día de

descanso al cabo del largo viaje. Se puso un gastado overol de lienzo

que había llevado el esposo con otras prendas de motorista, y

emprendió una nueva restauración de la casa. Desbandó las hormigas

coloradas que ya se habían apoderado del corredor, resucitó los rosales,

arrancó la maleza de raíz, y volvió a sembrar helechos, oréganos y

begonias en los tiestos del pasamanos. Se puso al frente de una

cuadrilla de carpinteros, cerrajeros y albañiles que resanaron las grietas

de los pisos, enquiciaren puertas y ventanas, renovaron les muebles y

blanquearen las paredes por dentro y por fuera, de modo que tres

meses después de su llegada se respiraba otra vez el aire de juventud y

de fiesta que hubo en les tiempos de la pianola. Nunca se vio en la casa

a nadie con mejor humor a toda hora y en cualquier circunstancia, ni a

nadie más dispuesto a cantar y bailar, y a tirar la basura las cosas y las

costumbres revenidas. De un escobazo acabó con los recuerdos

funerarios y los montones de cherembecos inútiles y aparatos de

superstición que se apelotonaban en los rincones, y lo único que

conservó, por gratitud a Úrsula, fue el daguerrotipo de Remedios en la

sala. «Miren qué lujo -gritaba muerta de risa-. ¡Una bisabuela de catorce

años!» Cuando uno de les albañiles le contó que la casa estaba poblada

de aparecidos, y que el único modo de espantarlos era buscando los

tesoros que habían dejado enterrados, ella replicó entre carcajadas que

no creía en supersticiones de hombres. Era tan espontánea, tan

emancipada, con un espíritu tan moderno y libre, que Aureliano no supo

qué hacer con el cuerpo cuando la vio llegar. «¡Qué bárbaro! -gritó ella,

feliz, con los brazos abiertos-. ¡Miren cómo ha crecido mi adorado

antropófago!» Antes de que él tuviera tiempo de reaccionar, ya ella

había puesto un disco en el gramófono portátil que llevó consigo, y

estaba tratando de enseñarle los bailes de moda. Lo obligó a cambiarse

les escuálidos pantalones que heredó del coronel Aureliano Buendía, le

regaló camisas juveniles y zapatos de des colores, y lo empujaba a la

calle cuando pasaba mucho tiempo en el cuarto de Melquíades.

Activa, menuda, indomable, como Úrsula, y casi tan bella y

provocativa como Remedies, la bella, estaba dotada de un raro instinto

para anticiparse a la moda. Cuando recibía por correo les figurines más

recientes, apenas le servían para comprobar que no se había equivocado

en les modelos que inventaba, y que cosía en la rudimentaria máquina

de manivela de Amaranta. Estaba suscrita a cuanta revista de modas,

información artística y música popular se publicaba en Europa, y apenas

les echaba una ojeada para darse cuenta de que las cosas iban en el

mundo como ella las imaginaba. No era comprensible que una mujer

con aquel espíritu hubiera regresado a un pueblo muerte, deprimido por

el polvo y el calor, y menos con un marido que tenía dinero de sobra

para vivir bien en cualquier parte del mundo, y que la amaba tanto que

se había sometido a ser llevado y traído por ella con el dogal de seda.

Sin embargo, a medida que el tiempo pasaba era más evidente su

intención de quedarse, pues no concebía planes que no fue-ran a largo

plazo, ni tomaba determinaciones que no estuvieran orientadas a

procurarse una vida cómoda y una vejez tranquila en Macondo. La jaula

de canarios demostraba que esos propósitos no eran improvisados.

Recordando que su madre le había contado en una carta el exterminio

de los pájaros, habla retrasado el viaje varios meses hasta encontrar un

barco que hiciera escala en las islas Afortunadas, y allí seleccionó las

veinticinco parejas de canarios más finos para repoblar el cielo de

Macondo. Esa fue la más lamentable de sus numerosas iniciativas

frustradas. A medida que los pájaros se reproducían, Amaranta Úrsula

los iba soltando por parejas, y más tardaban en sentirse libres que en

fugarse del pueblo. En vano procuró encariñarles con la pajarera que

construyó Úrsula en la primera restauración. En vano les falsificó nidos

de esparto en los almendros, y regó alpiste en los techos y alborotó a

los cautivos para que sus cantos disuadieran a los desertores, porque

éstos se remontaban a la primera tentativa y daban una vuelta en el

cielo, apenas el tiempo indispensable para encontrar el rumbo de

regreso a las islas Afortunadas.

Un año después del retorne, aunque no hubiera conseguido entablar

una amistad ni promover una fiesta, Amaranta Úrsula seguía creyendo

que era posible rescatar aquella comunidad elegida por el infortunio.

Gastón, su marido, se cuidaba de no contrariaría, aunque desde el

mediodía mortal en que descendió del tren comprendió que la

determinación de su mujer había sido provocada por un espejismo de la

nostalgia. Seguro de que sería derrotada por la realidad, no se tomó

siquiera el trabajo de armar el velocípedo, sino que se dio a perseguir

los huevos más lúcidos entre las telarañas que desprendían les

albañiles, y los abría con las uñas y se gastaba las horas contemplando

con una lupa las arañitas minúsculas que salían del interior. Más tarde,

creyendo que Amaranta Úrsula continuaba con las reformas por no dar

su brazo a torcer, resolvió armar el aparatoso velocípedo cuya rueda

anterior era mucho más grande que la posterior, y se dedicó a capturar

y disecar cuanto insecto aborigen encontraba en los contornos, que

remitía en frascos de mermelada a su antiguo profesor de histeria

natural de la Universidad de Lieja, donde había hecho estudios

avanzados en entomología aunque su vocación dominante era la de

aeronauta. Cuando andaba en el velocípedo usaba pantalones de

acróbata, medias de gaitero y cachucha de detective, pero cuando

andaba de a pie vestía de lino crudo, intachable, con zapatos blancos,

corbatín de seda, sombrero canotier y una vara de mimbre en la mano.

Tenía unas pupilas pálidas que acentuaban su aire de navegante, y un

bigotito de pelos de ardilla. Aunque era por lo menos quince años mayor

que su mujer, sus gustos juveniles, su vigilante determinación de

hacerla feliz, y sus virtudes de buen amante, compensaban la diferencia.

En realidad, quienes veían aquel cuarentón de hábitos cautelosos, con

su sedal al cuello y su bicicleta de circo, no hubieran pedido pensar que

tenía con su joven esposa un pacte de amor desenfrenado, y que ambos

cedían al apremio recíproco en los lugares menos adecuados y donde los

sorprendiera la inspiración, como le hicieron desde que empezaron a

verse, y con una pasión que el transcurso del tiempo y las circunstancias

cada vez más insólitas iban profundizando y enriqueciendo. Gastón no

sólo era un amante feroz, de una sabiduría y una imaginación

inagotables, sine que era tal vez el primer hombre en la historia de la

especie que hizo un aterrizaje de emergencia y estuvo a punto de

matarse con su novia sólo por hacer el amor en un campo de violetas.

Se habían conocido tres años antes de casarse, cuando el biplano

deportivo en que él hacía piruetas sobre el colegio en que estudiaba

Amaranta Úrsula intentó una maniobra intrépida para eludir el asta de la

bandera, y la primitiva armazón de lona y papel de aluminio quedó

colgada por la cola en los cables de la energía eléctrica. Desde entonces,

sin hacer caso de su pierna entablillada, él iba los fines de semana a

recoger a Amaranta Úrsula en la pensión de religiosas donde vivió

siempre, cuyo reglamento no era tan severo como deseaba Fernanda, y

la llevaba a su club deportivo. Empezaron a amarse a 500 metros de

altura, en el aire dominical de las landas, y más se sentían

compenetrados mientras más minúsculos iban haciéndose los seres de

la tierra. Ella le hablaba de Macondo como del pueblo más luminoso y

plácido del mundo, y de una casa enorme, perfumada de orégano,

donde quería vivir hasta la vejez con un marido leal y des hijos

indómitos que se llamaran Rodrigo y Gonzalo, y en ningún caso

Aureliano y José Arcadio, y una hija que se llamara Virginia, y en ningún

caso Remedios. Había evocado con una tenacidad tan anhelante el

pueblo idealizado por la nostalgia, que Gastón comprendió que ella no

quisiera casarse si no la llevaba a vivir en Macondo. Él estuvo de

acuerdo, como lo estuvo más tarde con el sedal, porque creyó que era

un capricho transitorio que más valía defraudar a tiempo. Pero cuando

transcurrieron des años en Macondo y Amaranta Úrsula seguía tan

contenta como el primer día, él comenzó a dar señales de alarma. Ya

para entonces había disecado cuanto insecto era disecable en la región,

hablaba el castellano como un nativo, y había descifrado todos los

crucigramas de las revistas que recibían por correo. No tenía el pretexto

del clima para apresurar el regreso, porque la naturaleza lo había

dotado de un hígado colonial, que resistía sin quebrantos el bochorno de

la siesta y el agua con gusarapos. Le gustaba tanto la comida criolla,

que una vez se comió un sartal de ochenta y des huevos de iguana.

Amaranta Úrsula, en cambio, se hacia llevar en el tren pescados y

mariscos en cajas de hielo, carnes en latas y frutas almibaradas, que

era lo único que podía comer, y seguía vistiéndose a la moda europea y

recibiendo figurines por correo, a pesar de que no tenía dónde ir ni a

quién visitar, y de que a esas alturas su marido carecía de humor para

apreciar sus vestidos cortos, sus fieltros ladeados y sus collares de siete

vueltas. Su secreto parecía consistir en que siempre encontraba el modo

de estar ocupada, resolviendo problemas domésticos que ella misma

creaba y haciendo mal ciertas cosas que corregía al día siguiente, con

una diligencia perniciosa que habría hecho pensar a Fernanda en el vicio

hereditario de hacer para deshacer. Su genio festivo continuaba

entonces tan despierto, que cuando recibía discos nuevos invitaba a

Gastón a quedarse en la sala hasta muy tarde para ensayar los bailes

que sus compañeras de colegio le describían con dibujos, y terminaban

generalmente haciendo el amor en los mecedores vieneses o en el suelo

pelado. Lo único que le faltaba para ser completamente feliz era el

nacimiento de los hijos, pero respetaba el pacto que había hecho con su

marido de no tenerlos antes de cumplir cinco años de casados.

Buscando algo con que llenar sus horas muertas, Gastón solía pasar la

mañana en el cuarto de Melquíades, con el esquivo Aureliano. Se

complacía en evocar con él los rincones más íntimos de su tierra, que

Aureliano conocía como si hubiera estado en ella mucho tiempo. Cuando

Gastón le preguntó cómo había hecho para obtener informaciones que

no estaban en la enciclopedia, recibió la misma respuesta que José

Arcadio:

«Todo se sabe.» Además del sánscrito, Aureliano había aprendido el

inglés y el francés, y algo del latín y del griego. Como entonces salía

todas las tardes, y Amaranta Úrsula le había asignado una suma

semanal para sus gastos personales, su cuarto parecía una sección de la

librería del sabio catalán. Leía con avidez hasta muy altas horas de la

noche, aunque por la forma en que se refería a sus lecturas, Gastón

pensaba que no compraba los libros para informarse sino para verificar

la exactitud de sus conocimientos, y que ninguno le interesaba más que

los pergaminos, a los cuales dedicaba las mejores horas de la mañana.

Tanto a Gastón como a su esposa les habría gustado incorporarlo a la

vida familiar, pero Aureliano era hombre hermético, con una nube de

misterio que el tiempo iba haciendo más densa. Era una condición tan

infranqueable, que Gastón fracasó en sus esfuerzos por intimar con él, y

tuvo que buscarse otro entretenimiento para llenar sus horas muertas.

Fue por esa época que concibió la idea de establecer un servicio de

correo aéreo.

No era un proyecto nuevo. En realidad lo tenía bastante avanzado

cuando conoció a Amaranta Úrsula, sólo que no era para Macondo sine

para el Congo Belga, donde su familia tenía in-versiones en aceite de

palma. El matrimonio, la decisión de pasar unos meses en Macondo para

complacer a la esposa, lo habían obligado a aplazarle. Pero cuando vio

que Amaranta Úrsula estaba empeñada en organizar una junta de

mejoras públicas, y hasta se reía de él por insinuar la posibilidad del

regreso, comprendió que las cosas iban para largo, y volvió a establecer

contacto con sus olvidados socios de Bruselas, pensando que para ser

pionero daba lo mismo el Caribe que el África. Mientras progresaban las

gestiones, preparó un campe de aterrizaje en la antigua región

encantada que entonces parecía una llanura de pedernal resquebrajado,

y estudió la dirección de les vientos, la geografía del litoral y las rutas

más adecuadas para la navegación aérea, sin saber que su diligencia,

tan parecida a la de míster Herbert, estaba infundiendo en el pueble la

peligrosa sospecha de que su propósito no era planear itinerarios sino

sembrar banano. Entusiasmado con una ocurrencia que después de todo

podía justificar su establecimiento definitivo en Macondo, hizo varios

viajes a la capital de la provincia, se entrevistó con las autoridades, y

obtuvo licencias y suscribió contratos de exclusividad. Mientras tanto,

mantenía con los socios de Bruselas una correspondencia parecida a la

de Fernanda con los médicos invisibles, y acabó de convencerlos de que

embarcaran el primer aeroplano al cuidado de un mecánico experto, que

lo armara en el puerto más próximo y lo llevara velando a Macondo. Un

año después de las primeras mediciones y cálculos meteorológicos,

confiando en las promesas reiteradas de sus corresponsales, había

adquirido la costumbre de pasearse por las calles, mirando el cielo,

pendiente de los rumores de la brisa, en espera de que apareciera el

aeroplano.

Aunque ella no lo había notado, el regreso de Amaranta Úrsula

determinó un cambio radical en la vida de Aureliano. Después de la

muerte de José Arcadio, se había vuelto un cliente asiduo de la librería

del sabio catalán. Además, la libertad de que entonces disfrutaba, y el

tiempo de que disponía, le despertaron una cierta curiosidad por el

pueblo, que conoció sin asombro. Recorrió las calles polvorientas y

solitarias, examinando con un interés más científico que humano el

interior de las casas en ruinas, las redes metálicas de las ventanas,

rotas por el óxido y los pájaros moribundos, y los habitantes abatidos

por los recuerdos. Trató de reconstruir con la imaginación el arrasado

esplendor de la antigua ciudad de la compañía bananera, cuya piscina

seca estaba llena hasta los bordes de podridos zapatos de hombre y

zapatillas de mujer, y en cuyas casas desbaratadas por la cizaña

encontró el esqueleto de un perro alemán todavía atado a una argolla

con una cadena de acere, y un teléfono que repicaba, repicaba,

repicaba, hasta que él lo descolgó, entendió le que una mujer

angustiada y remota preguntaba en inglés, y le contestó que sí, que la

huelga había terminado, que los tres mil muertos habían sido echados al

mar, que la compañía bananera se había ido, y que Macondo estaba por

fin en paz desde hacía muchos años. Aquellas correrías lo llevaron al

postrado barrio de tolerancia, donde en otros tiempos se quemaban

mazos de billetes para animar la cumbiamba, y que entonces era un

vericueto de calles más afligidas y miserables que las otras, con algunos

focos rojos todavía encendidos, y con yermos salones de baile

adornados con piltrafas de guirnaldas, donde las macilentas y gordas

viudas de nadie, las bisabuelas francesas y las matriarcas babilónicas,

continuaban esperando junto a las victrolas. Aureliano no encontró

quien recordara a su familia, ni siquiera al coronel Aureliano Buendía,

salvo el más antiguo de los negros antillanos, un anciano cuya cabeza

algodonada le daba el aspecto de un negativo de fotografía, que seguía

cantando en el pórtico de la casa los salmos lúgubres del atardecer.

Aureliano conversaba con él en el enrevesado papiamento que aprendió

en pocas semanas, y a veces compartía el caldo de cabezas de gallo que

preparaba la bisnieta, una negra grande, de huesos sólidos, caderas de

yegua y tetas de melones vivos, y una cabeza redonda, perfecta,

acorazada por un duro capacete de pelos de alambre, que parecía el

almófar de un guerrero medieval. Se llamaba Nigromanta. Por esa

época, Aureliano vivía de vender cubiertos, palmatorias y otros

chécheres de la casa. Cuando andaba sin un céntimo, que era lo más

frecuente, conseguía que en las fondas del mercado le regalaran las

cabezas de gallo que iban a tirar en la basura, y se las llevaba a

Nigromanta para que le hiciera sus sopas aumentadas con verdolaga y

perfumadas con hierbabuena. Al morir el bisabuelo, Aureliano dejó de

frecuentar la casa, pero se encontraba a Nigromanta baje los oscuros

almendros de la plaza, cautivando con sus silbos de animal montuno a

los escasos trasnochadores. Muchas veces la acompañó, hablando en

papiamento de las sopas de cabezas de gallo y otras exquisiteces de la

miseria, y hubiera seguido haciéndolo si ella no lo hubiera hecho caer en

la cuenta de que su compañía le ahuyentaba la clientela. Aunque

algunas veces sintió la tentación, y aunque a la propia Nigromanta le

hubiera parecido una culminación natural de la nostalgia compartida, no

se acostaba con ella. De modo que Aureliano seguía siendo virgen

cuando Amaranta Úrsula regresó a Macondo y le dio un abrazo fraternal

que lo dejó sin aliento. Cada vez que la veía, y peor aún cuando ella le

enseñaba los bailes de moda, él sentía el mismo desamparo de esponjas

en los huesos que turbó a su tatarabuelo cuando Pilar Ternera le puso

pretextes de barajas en el granero. Tratando de sofocar el tormento, se

sumergió más a fondo en los pergaminos y eludió los halagos inocentes

de aquella tía que emponzoñaba sus noches con efluvios de tribulación,

pero mientras más la evitaba, con más ansiedad esperaba su risa

pedregosa, sus aullidos de gata feliz y sus canciones de gratitud,

agonizando de amor a cualquier hora y en los lugares menos pensados

de la casa. Una noche, a diez metros de su cama, en el mesón de

platería, los espesos del vientre desquiciado desbarataron la vidriera y

terminaren amándose en un charco de ácido muriático. Aureliano no

sólo no pudo dormir un minuto, sino que pasó el día siguiente con

calentura, sollozando de rabia. Se le hizo eterna la llegada de la primera

noche en que esperó a Nigromanta a la sombra de los almendros,

atravesado por las agujas de hielo de la incertidumbre, y apretando en

el puño el peso con cincuenta centavos que le había pedido a Amaranta

Úrsula, no tanto porque los necesitara, como para complicarla,

envilecería y prostituiría de algún modo con su aventura. Nigromanta lo

llevó a su cuarto alumbrado con veladoras de superchería, a su cama de

tijeras con el lienzo percudido de malos amores, y su cuerpo de perra

brava, empedernida, desalmada, que se preparó para despacharía como

si fuera un niño asustado, y se encontró de pronto con un hombre cuyo

poder tremendo exigió a sus en-trañas un movimiento de

reacomodación sísmica.

Se hicieron amantes. Aureliano ocupaba la mañana en descifrar

pergaminos, y a la hora de la siesta iba al dormitorio soporífero donde

Nigromanta lo esperaba para enseñarle a hacer primero como las

lombrices, luego come los caracoles y por último como los cangrejos,

hasta que tenía que abandonarlo para acechar amores extraviados.

Pasaron varias semanas antes de que Aureliano descubriera que ella

tenía alrededor de la cintura un cintillo que parecía hecho con una

cuerda de violoncelo, pero que era duro como el acero y carecía de

remate, porque había nacido y crecido con ella. Casi siempre, entre

amor y amor, comían desnudos en la cama, en el calor alucinante y baje

las estrellas diurnas que el óxido iba haciendo despuntar en el techo de

cinc. Era la primera vez que Nigromanta tenía un hombre fijo, un

machucante de planta, como ella misma decía muerta de risa, y hasta

empezaba a hacerse ilusiones de corazón cuando Aureliano le confió su

pasión reprimida por Amaranta Úrsula, que no había conseguido

remediar con la sustitución, sino que le iba torciendo cada vez más las

entrañas a medida que la experiencia ensanchaba el horizonte del amor.

Entonces Nigromanta siguió recibiéndolo con el mismo calor de siempre,

pero se hizo pagar los servicios con tanto rigor, que cuando Aureliano no

tenía dinero se los cargaba en la cuenta que no llevaba con números

sine con rayitas que iba trazando con la uña del pulgar detrás de la

puerta. Al anochecer, mientras ella se quedaba barloventeando en las

sombras de la plaza, Aureliano pasaba por el corredor como un extraño,

saludando apenas a Amaranta Úrsula y a Gastón que de ordinario

cenaban a esa hora, y volvía a encerrarse en el cuarto, sin poder leer ni

escribir, ni siquiera pensar, por la ansiedad que le provocaban las risas,

los cuchichees, los retozos preliminares, y luego las explosiones de

felicidad agónica que colmaban las noches de la casa. Ésa era su vida

dos años antes de que Gastón empezara a esperar el aeroplano, y

seguía siendo igual la tarde en que fue a la librería del sabio catalán y

encontró a cuatro muchachos despotricadores, encarnizados en una

discusión sobre los métodos de matar cucarachas en la Edad Media. El

viejo librero, conociendo la afición de Aureliano por libros que sólo había

leído Beda el Venerable, lo instó con una cierta malignidad paternal a

que terciara en la controversia, y él ni siquiera tomó aliento para

explicar que las cucarachas, el insecto alado más antiguo sobre la tierra,

era ya la víctima favorita de les chancletazos en el Antiguo Testamento,

pero que come especie era definitivamente refractaria a cualquier

método de exterminio, desde las rebanadas de tomate con bórax hasta

la harina con azúcar, pues sus mil seiscientas tres variedades habían

resistido a la más remota, tenaz y despiadada persecución que el

hombre había desatado desde sus orígenes contra ser viviente alguno,

inclusive el propio hombre, hasta el extremo de que así como se atribuía

al género humano un instinto de reproducción, debía atribuírsele otro

más definido y apremiante, que era el instinto de matar cucarachas, y

que si éstas habían logrado escapar a la ferocidad humana era porque

se habían refugiado en las tinieblas, donde se hicieron invulnerables por

el miedo congénito del hombre a la oscuridad, pero en cambio se

volvieron susceptibles al esplendor del mediodía, de modo que ya en la

Edad Media, en la actualidad y por los siglos de los siglos, el único

método eficaz para matar cucarachas era el deslumbramiento solar.

Aquel fatalismo enciclopédico fue el principio de una gran amistad.

Aureliano siguió reuniéndose todas las tardes con los cuatro

discutidores, que se llamaban Alvaro, Germán, Alfonso y Gabriel, los

primeros y últimos amigos que tuvo en la vida. Para un hombre como él,

encastillado en la realidad escrita, aquellas sesiones tormentosas que

empezaban en la librería a las seis de la tarde y terminaban en los

burdeles al amanecer, fueron una revelación. No se le había ocurrido

pensar hasta entonces que la literatura fuera el mejor juguete que se

había inventado para burlarse de la gente, como lo demostró Álvaro en

una noche de parranda. Había de transcurrir algún tiempo antes de que

Aureliano se diera cuenta de que tanta arbitrariedad tenía erigen en el

ejemplo del sabio catalán, para quien la sabiduría no valía la pena si no

era posible servirse de ella para inventar una manera nueva de preparar

los garbanzos.

La tarde en que Aureliano sentó cátedra sobre las cucarachas, la

discusión terminó en la casa de las muchachitas que se acostaban por

hambre, un burdel de mentiras en los arrabales de Macondo. La

propietaria era una mamasanta sonriente, atormentada por la manía de

abrir y cerrar puertas. Su eterna sonrisa parecía provocada por la

credulidad de los clientes, que admitían como algo cierto un

establecimiento que no existía sino en la imaginación, porque allí hasta

las cosas tangibles eran irreales: los muebles que se desarmaban al

sentarse, la victrola destripada en cuyo interior había una gallina

incubando, el jardín de flores de papel, los almanaques de años

anteriores a la llegada de la compañía bananera, los cuadros con

litografías recortadas de revistas que nunca se editaron. Hasta las

putitas tímidas que acudían del vecindario cuando la propietaria les

avisaba que habían llegado clientes, eran una pura invención. Aparecían

sin saludar, con los trajecitos floreados de cuando tenían cinco años

menos, y se los quitaban con la misma inocencia con que se los habían

puesto, y en el paroxismo del amor exclamaban asombradas qué

barbaridad, mira cómo se está cayendo ese techo, y tan pronto como

recibían su peso con cincuenta centavos se lo gastaban en un pan y un

pedazo de queso que les vendía la propietaria, más risueña que nunca,

porque solamente ella sabía que tampoco esa comida era verdad.

Aureliano, cuyo mundo de entonces empezaba en los pergaminos de

Melquíades y terminaba en la cama de Nigromanta encontró en el

burdelito imaginario una cura de burro para la timidez. Al principio no

lograba llegar a ninguna parte, en unos cuartos donde la dueña entraba

en los mejores momentos del amor y hacía toda clase de comentarios

sobre los encantos íntimos de los protagonistas. Pero con el tiempo llegó

a familiarizarse tanto con aquellos percances del mundo, que una noche

más desquiciada que las otras se desnudó en la salita de recibo y

recorrió la casa llevando en equilibrio una botella de cerveza sobre su

masculinidad in-concebible. Fue él quien puso de moda las

extravagancias que la propietaria celebraba con su sonrisa eterna, sin

protestar, sin creer en ellas, lo mismo cuando Germán trató de incendiar

la casa para demostrar que no existía, que cuando Alfonso le torció el

pescuezo al loro y le echó en la olla donde empezaba a hervir el

sancoche de gallina.

Aunque Aureliano se sentía vinculado a los cuatro amigos por un

mismo cariñe y una misma solidaridad, hasta el punto de que pensaba

en ellos como si fueran uno solo, estaba más cerca de Gabriel que de los

otros. El vínculo nació la noche en que él habló casualmente del coronel

Aureliano Buendía, y Gabriel fue el único que no creyó que se estuviera

burlando de alguien. Hasta la dueña, que no solía intervenir en las

conversaciones, discutió con una rabiosa pasión de comadrona que el

coronel Aureliano Buendía, de quien en efecto había oído hablar alguna

vez, era un personaje inventado por el gobierne como un pretexto para

matar liberales. Gabriel, en cambio, no ponía en duda la realidad del

coronel Aureliano Buendía, porque había sido compañero de armas y

amigo inseparable de su bisabuelo, el coronel Gerineldo Márquez.

Aquellas veleidades de la memoria eran todavía más críticas cuando se

hablaba de la matanza de los trabajadores. Cada vez que Aureliano

tocaba el punto, no sólo la propietaria, sino algunas personas mayores

que ella, repudiaban la patraña de los trabajadores acorralados en la

estación, y del tren de doscientos vagones cargados de muertos, e

inclusive se obstinaban en lo que después de todo había quedado

establecido en expedientes judiciales y en los textos de la escuela

primaria: que la compañía bananera no había existido nunca. De modo

que Aureliano y Gabriel estaban vinculados por una especie de

complicidad, fundada en hechos reales en los que nadie creía, y que

habían afectado sus vidas hasta el punto de que ambos se encontraban

a la deriva en la resaca de un mundo acabado, del cual sólo quedaba la

nostalgia. Gabriel dormía donde lo sorprendiera la hora. Aureliano lo

acomodó varias veces en el taller de platería, pero se pasaba las noches

en vela, perturbado por el trasiego de los muertos que andaban basta el

amanecer por los dormitorios. Más tarde se lo encomendó a

Nigromanta, quien lo llevaba a su cuartito multitudinario cuando estaba

libre, y le anotaba las cuentas con rayitas verticales detrás de la puerta,

en los pocos espacios disponibles que habían dejado las deudas de

Aureliano.

A pesar de su vida desordenada, todo el grupo trataba de hacer algo

perdurable, a instancias del sabio catalán. Era él, con su experiencia de

antiguo profesor de letras clásicas y su depósito de libros raros, quien

los había puesto en condiciones de pasar una noche entera buscando la

trigésimo séptima situación dramática, en un pueblo donde ya nadie

tenía interés ni posibilidades de ir más allá de la escuela primaria.

Fascinado por el descubrimiento de la amistad, aturdido por los hechizos

de un mundo que le había sido vedado por la mezquindad de Fernanda,

Aureliano abandonó el escrutinio de los pergaminos, precisamente

cuando empezaban a revelársele como predicciones en versos cifrados.

Pero la comprobación posterior de que el tiempo alcanzaba para todo sin

que fuera necesario renunciar a los burdeles, le dio ánimos para volver

al cuarto de Melquíades, decidido a no flaquear en su empeño hasta

descubrir las últimas claves. Eso fue por los días en que Gastón

empezaba a esperar el aeroplano, y Amaranta Úrsula se encontraba tan

sola, que una mañana apareció en el cuarto.

-Hola, antropófago -le dijo-. Otra vez en la cueva.

Era irresistible, con su vestido inventado, y uno de los largos collares

de vértebras de sábalo, que ella misma fabricaba. Había desistido del

sedal, convencida de la fidelidad del marido, y por primera vez desde el

regreso parecía disponer de un rato de ocio. Aureliano no hubiera tenido

necesidad de verla para saber que había llegado. Ella se acodó en la

mesa de trabajo, tan cercana e inerme que Aureliano percibió el hondo

rumor de sus huesos, y se interesó en los pergaminos. Tratando de

sobreponerse a la turbación, él atrapó la voz que se le fugaba, la vida

que se le iba, la memoria que se le convertía en un pólipo petrificado, y

le habló del destino levítico del sánscrito, de la posibilidad científica de

ver el futuro transparentado en el tiempo como se ve a contraluz lo

escrito en el reverso de un papel, de la necesidad de cifrar las

predicciones para que no se derrotaran a sí mismas, y de las Centurias

de Nostradamus y de la destrucción de Cantabria anunciada por San

Millán. De pronto, sin interrumpir la plática, movido por un impulso que

dormía en él desde sus orígenes, Aureliano puso su mano sobre la de

ella, creyendo que aquella decisión final ponía término a la zozobra. Sin

embargo, ella le agarró el índice con la inocencia cariñosa con que lo

hizo muchas veces en la infancia, y lo tuvo agarrado mientras él seguía

contestando sus preguntas. Permanecieron así, vinculados por un índice

de hielo que no transmitía nada en ningún sentido, hasta que ella

despertó de su sueño momentáneo y se dio una palmada en la frente.

«¡Las hormigas!», exclamó. Y entonces se olvidó de los manuscritos,

llegó hasta la puerta con un paso de baile, y desde allí le mandó a

Aureliano con la punta de los dedos el mismo beso con que se despidió

de su padre la tarde en que la mandaron a Bruselas.

-Después me explicas -dijo-. Se me había olvidado que hoy es día de

echar cal en los huecos de las hormigas.

Siguió yendo al cuarto ocasionalmente, cuando tenía algo que hacer

por esos lados, y permanecía allí breves minutos, mientras su marido

continuaba escrutando el cielo. Ilusionado con aquel cambio, Aureliano

se quedaba entonces a comer en familia, como no lo hacía desde los

primeros meses del regrese de Amaranta Úrsula. A Gastón le agradó. En

las conversaciones de sobremesa, que solían prolongarse por más de

una hora, se dolía de que sus socios le estuvieran engañando. Le habían

anunciado el embarque del aeroplano en un buque que no llegaba, y

aunque sus agentes marítimos insistían en que no llegaría nunca porque

no figuraba en las listas de les barcos del Caribe, sus socios se

obstinaban en que el despacho era correcto, y hasta insinuaban la

posibilidad de que Gastón les mintiera en sus cartas. La correspondencia

alcanzó tal grado de suspicacia recíproca, que Gastón optó por no volver

a escribir, y empezó a sugerir la posibilidad de un viaje rápido a

Bruselas, para aclarar las cosas, y regresar con el aeroplano. Sin

embargo, el proyecto se desvaneció tan pronto como Amaranta Úrsula

reiteró su decisión de no moverse de Macondo aunque se quedara sin

marido. En los primeros tiempos, Aureliano compartió la idea

generalizada de que Gastón era un tonto en velocípedo, y eso le suscitó

un vago sentimiento de piedad. Más tarde, cuando obtuvo en los

burdeles una información más profunda sobre la naturaleza de los

hombres, pensó que la mansedumbre de Gastón tenía origen en la

pasión desmandada. Pero cuando lo conoció mejor, y se dio cuenta de

que su verdadero carácter estaba en contradicción con su conducta

sumisa, concibió la maliciosa sospecha de que hasta la espera del

aeroplano era una farsa. Entonces pensó que Gastón no era tan tonto

como lo aparentaba, sino al contrario, un hombre de una constancia,

una habilidad y una paciencia infinitas, que se había propuesto vencer a

la esposa por el cansancio de la eterna complacencia, del nunca decirle

que no, del simular una conformidad sin límites, dejándola enredarse en

su propia telaraña, hasta el día en que no pudiera soportar más el tedio

de las ilusiones al alcance de la mano, y ella misma hiciera las maletas

para volver a Europa. La antigua piedad de Aureliano se transformó en

una animadversión virulenta. Le pareció tan perverso el sistema de

Gastón, pero al mismo tiempo tan eficaz, que se atrevió a prevenir a

Amaranta Úrsula. Sin embargo, ella se burló de su suspicacia, sin

vislumbrar siquiera la desgarradora carga de amor, de incertidumbre y

de celos que llevaba dentro. No se le había ocurrido pensar que

suscitaba en Aureliano algo más que un afecto fraternal, hasta que se

pinchó un dedo tratando de destapar una lata de melocotones, y él se

precipitó a chuparle la sangre con una avidez y una devoción que le

erizaron la piel.

-¡Aureliano! -rió ella, inquieta-. Eres demasiado malicioso para ser un

buen murciélago.

Entonces Aureliano se desbordó. Dándole besitos huérfanos en el

cuenco de la mano herida, abrió los pasadizos más recónditos de su

corazón, y se sacó una tripa interminable y macerada, el terrible animal

parasitario que había incubado en el martirio. Le contó cómo se

levantaba a medianoche para llorar de desamparo y de rabia en la ropa

íntima que ella dejaba secando en el baño. Le contó con cuánta

ansiedad le pedía a Nigromanta que chillara como una gata, y sollozara

en su oído gastón gastón gastón, y con cuánta astucia saqueaba sus

frascos de perfume para encontrarles en el cuello de las muchachitas

que se acostaban por hambre. Espantada con la pasión de aquel

desahogo, Amaranta Úrsula fue cerrando los dedos, contrayéndolos

come un molusco, hasta que su mano herida, liberada de todo dolor y

todo vestigio de misericordia, se convirtió en un nudo de esmeraldas y

topacios, y huesos pétreos e insensibles.

-¡Bruto! -dijo, como si estuviera escupiendo-. Me voy a Bélgica en el

primer barco que salga.

Álvaro había llegado una de esas tardes a la librería del sabio catalán,

pregonando a voz en cuello su último hallazgo: un burdel zoológico. Se

llamaba El Niño de Oro, y era un inmenso salón al aire libre, por donde

se paseaban a voluntad no menos de doscientos alcaravanes que daban

la hora con un cacareo ensordecedor. En los corrales de alambre que

rodeaban la pista de baile, y entre grandes camelias amazónicas, había

garzas de colores, caimanes cebados como cerdos, serpientes de doce

cascabeles, y una tortuga de concha dorada que se zambullía en un

minúsculo océano artificial. Había un perrazo blanco, manso y

pederasta, que sin embargo prestaba servicios de padrote para que le

dieran de comer. El aire tenía una densidad ingenua, como si lo

acabaran de inventar, y las bellas mulatas que esperaban sin esperanza

entre pétalos sangrientos y discos pasados de moda, conocían oficios de

amor que el hombre había dejado olvidados en el paraíso terrenal. La

primera noche en que el grupo visitó aquel invernadero de ilusiones, la

espléndida y taciturna anciana que vigilaba el ingreso en un mecedor de

bejuco, sintió que el tiempo regresaba a sus manantiales primarios,

cuando entre los cinco que llegaban descubrió un hombre óseo, cetrino,

de pómulos tártaros, marcado para siempre y desde el principio del

mundo por la viruela de la soledad.

-¡Ay -suspiró- Aureliano!

Estaba viendo otra vez al coronel Aureliano Buendía, como lo vio a la

luz de una lámpara mucho antes de las guerras, mucho antes de la

desolación de la gloria y el exilio del desencanto, la remota madrugada

en que él fue a su dormitorio para impartir la primera orden de su vida:

la orden de que le dieran amor. Era Pilar Ternera. Años antes, cuando

cumplió los ciento cuarenta y cinco, había renunciado a la perniciosa

costumbre de llevar las cuentas de su edad, y continuaba viviendo en el

tiempo estático y marginal de los recuerdes, en un futuro perfectamente

revelado y establecido, más allá de los futuros perturbados por las

acechanzas y las suposiciones insidiosas de las barajas.

Desde aquella noche, Aureliano se había refugiado en la ternura y la

comprensión compasiva de la tatarabuela ignorada. Sentada en el

mecedor de bejuco, ella evocaba el pasado, reconstruía la grandeza y el

infortunio de la familia y el arrasado esplendor de Macondo, mientras

Álvaro asustaba a los caimanes con sus carcajadas de estrépito, y

Alfonso inventaba la historia truculenta de los alcaravanes que les

sacaron los ojos a picotazos a cuatro clientes que se portaron mal la

semana anterior, y Gabriel estaba en el cuarto de la mulata pensativa

que no cobraba el amor con dinero, sino con cartas para un novio

contrabandista que estaba preso al otro lado del Orinoco, porque los

guardias fronterizos lo habían purgado y lo habían sentado luego en una

bacinilla que quedó llena de mierda con diamantes. Aquel burdel

verdadero, con aquella dueña maternal, era el mundo con que Aureliano

había soñado en su prolongado cautiverio. Se sentía tan bien, tan

próximo al acompañamiento perfecto, que no pensó en otro refugio la

tarde en que Amaranta Úrsula le desmigajó las ilusiones. Fue dispuesto

a desahogarse con palabras, a que alguien le zafara los nudos que le

oprimían el pecho, pero sólo consiguió soltarse en un llanto fluido y

cálido y reparador, en el regazo de Pilar Ternera. Ella lo dejó terminar,

rascándole la cabeza con la yema de los dedos, y sin que él le hubiera

revelado que estaba llorando de amor ella reconoció de inmediato el

llanto más antiguo de la historia del hombre.

-Bueno, niñito -lo consoló-: ahora dime quién es.

Cuando Aureliano se lo dijo, Pilar Ternera emitió una risa profunda, la

antigua risa expansiva que había terminado por parecer un cucurrucuteo

de palomas. No había ningún misterio en el corazón de un Buendía que

fuera impenetrable para ella, porque un siglo de naipes y de experiencia

le había enseñado que la historia de la familia era un engranaje de

repeticiones irreparables, una rueda giratoria que hubiera seguido dando

vueltas hasta la eternidad, de no haber sido por el desgaste progresivo

e irremediable del eje.

-No te preocupes -sonrió-, En cualquier lugar en que esté ahora, ella

te está esperando.

Eran las cuatro y media de la tarde, cuando Amaranta Úrsula salió del

baño. Aureliano la vio pasar frente a su cuarto, con una bata de pliegues

tenues y una toalla enrollada en la cabeza como un turbante. La siguió

casi en puntillas, tambaleándose de la borrachera y entró al dormitorio

nupcial en el momento en que ella se abrió la bata y se la volvió a cerrar

espantada.

Hizo una señal silenciosa hacia el cuarto contiguo, cuya puerta estaba

entreabierta, y donde Aureliano sabia que Gastón empezaba a escribir

una carta.

-Vete -dijo sin voz.

Aureliano sonrió, la levantó por la cintura con las des manos, como

una maceta de begonias, y la tiró boca arriba en la cama. De un tirón

brutal, la despojó de la túnica de baño antes de que ella tuviera tiempo

de impedirlo, y se asomó al abismo de una desnudez recién lavada que

no tenía un matiz de la piel, ni una veta de vellos, ni un lunar recóndito

que él no hubiera imaginado en las tinieblas de otros cuartos. Amaranta

Úrsula se defendía sinceramente, con astucias de hembra sabia,

comadrejeando el escurridizo y flexible y fragante cuerpo de comadreja,

mientras trataba de destroncarle los riñones con las rodillas y le

alacraneaba la cara con las uñas, pero sin que él ni ella emitieran un

suspiro que no pudiera confundirse con la respiración de alguien que

contemplara el parsimonioso crepúsculo de abril por la ventana abierta.

Era una lucha feroz, una batalla a muerte, que, sin embargo, parecía

desprovista de toda violencia, porque estaba hecha de agresiones

distorsionadas y evasivas espectrales, lentas, cautelosas, solemnes, de

modo que entre una y otra había tiempo para que volvieran a florecer

las petunias y Gastón olvidara sus sueños de aeronauta en el cuarto

vecino, como si fueran des amantes enemigos tratando de reconciliarse

en el fondo de un estanque diáfano. En el fragor del encarnizado y

ceremonioso forcejeo, Amaranta Úrsula comprendió que la

meticulosidad de su silencio era tan irracional, que habría podido

despertar las sospechas del marido contiguo, mucho más que los

estrépitos de guerra que trataban de evitar. Entonces empezó a reír con

los labios apretados, sin renunciar a la lucha, pero defendiéndose con

mordiscos falsos y descomadrejeando el cuerpo poco a poco, hasta que

ambos tuvieron conciencia de ser al mismo tiempo adversarios y

cómplices, y la brega degeneró en un retozo convencional y las

agresiones se volvieron caricias. De pronto, casi jugando, como una

travesura más, Amaranta Úrsula descuidó la defensa, y cuando trató de

reaccionar, asustada de lo que ella misma había hecho posible, ya era

demasiado tarde. Una conmoción descomunal la inmovilizó en su centre

de gravedad, la sembró en su sitie, y su voluntad defensiva fue

demolida por la ansiedad irresistible de descubrir qué eran los silbos

anaranjados y les globos invisibles que la esperaban al otro lado de la

muerte. Apenas tuve tiempo de estirar la mano y buscar a ciegas la

toalla, y meterse una mordaza entre los dientes, para que no se le

salieran los chillidos de gata que ya le estaban desgarrando las

entrañas.

XX

Pilar Ternera murió en el mecedor de bejuco, una noche de fiesta,

vigilando la entrada de su paraíso. De acuerdo con su última voluntad,

la enterraron sin ataúd, sentada en el mecedor que ocho hombres

bajaron con cabuyas en un hueco enorme, excavado en el centro de la

pista de baile. Las mulatas vestidas de negro, pálidas de llanto,

improvisaban oficios de tinieblas mientras se quitaban los aretes, los

prendedores y las sortijas, y los iban echando en la fosa, antes de que la

sellaran con una lápida sin nombre ni fechas y le pusieran encima un

promontorio de camelias amazónicas. Después de envenenar a los

animales, clausuraron puertas y ventanas con ladrillos y argamasa, y se

dispersaron por el mundo con sus baúles de madera, tapizados por

dentro con estampas de santos, cromos de revistas y retratos de novios

efímeros, remotos y fantásticos, que cagaban diamantes, o se comían a

los caníbales, o eran coronados reyes de barajas en altamar.

Era el final. En la tumba de Pilar Ternera, entre salmos y abalorios de

putas, se pudrían los escombros del pasado, los pocos que quedaban

después de que el sabio catalán remató la librería y regresó a la aldea

mediterránea donde había nacido, derrotado por la nostalgia de una

primavera tenaz. Nadie hubiera podido presentir su decisión. Había

llegado a Macondo en el esplendor de la compañía bananera, huyendo

de una de tantas guerras, y no se le había ocurrido nada más práctico

que instalar aquella librería de incunables y ediciones originales en

varios idiomas, que los clientes casuales bojeaban con recelo, como si

fueran libros de muladar, mientras esperaban el turno para que les

interpretaran los sueños en la casa de enfrente. Estuvo media vida en la

calurosa trastienda, garrapateando su escritura preciosista en tinta

violeta y en hojas que arrancaba de cuadernos escolares, sin que nadie

supiera a ciencia cierta qué era lo que escribía. Cuando Aureliano lo

conoció tenía dos cajones llenos de aquellas páginas abigarradas que de

algún modo hacían pensar en los pergaminos de Melquíades, y desde

entonces hasta cuando se fue había llenado un tercero, así que era

razonable pensar que no había hecho nada más durante su permanencia

en Macondo. Las únicas personas con quienes se relacionó fueron los

cuatro amigos, a quienes les cambió por libros los trompos y las

cometas, y los puso a leer a Séneca y a Ovidio cuando todavía estaban

en la escuela primaria. Trataba a los clásicos con una familiaridad

casera, como si todos hubieran sido en alguna época sus compañeros de

cuarto, y sabia muchas cosas que simplemente no se debían saber,

como que San Agustín usaba debajo del hábito un jubón de lana que no

se quitó en catorce años, y que Arnaldo de Vilanova, el nigromante, se

volvió impotente desde niño por una mordedura de alacrán. Su fervor

por la palabra escrita era una urdimbre de respeto solemne e

irreverencia comadrera. Ni sus propios manuscritos estaban a salvo de

esa dualidad. Habiendo aprendido el catalán para traducirlos, Alfonso se

metió un rollo de páginas en los bolsillos, que siempre tenía llenos de

recortes de periódicos y manuales de oficios raros, y una noche los

perdió en la casa de las muchachitas que se acostaban por hambre.

Cuando el abuelo sabio se enteró, en vez de hacerle el escándalo temido

comentó muerto de risa que aquel era el destino natural de la literatura.

En cambio, no hubo poder humano capaz de persuadirlo de que no se

llevara los tres cajones cuando regresó a su aldea natal, y se soltó en

improperios cartagineses contra los inspectores del ferrocarril que

trataban de mandarlos como carga, hasta que consiguió quedarse con

ellos en el vagón de pasajeros. «El mundo habrá acabado de joderse -

dijo entonces- el día en que los hombres viajen en primera clase y la

literatura en el vagón de carga.» Eso fue lo último que se le oyó decir.

Había pasado una semana negra con los preparativos finales del viaje,

porque a medida que se apro-ximaba la hora se le iba descomponiendo

el humor, y se le traspapelaban las intenciones, y las cosas que ponía en

un lugar aparecían en otro, asediado por los mismos duendes que atormentaban a Fernanda.

-Collons -maldecía-. Me cago en el canon 27 del sínodo de Londres.

Germán y Aureliano se hicieron cargo de él. Lo auxiliaron como a un

niño, le prendieron los pasajes y los documentos migratorios en los

bolsillos con alfileres de nodriza, le hicieron una lista pormenorizada de

lo que debía hacer desde que saliera de Macondo hasta que

desembarcara en Barcelona, pero de todos modos echó a la basura sin

darse cuenta un pantalón con la mitad de su dinero. La víspera del viaje,

después de clavetear los cajones y meter la ropa en la misma maleta

con que había llegado, frunció sus párpados de almejas, señaló con una

especie de bendición procaz los montones de libros con los que habla

sobrellevado el exilio, y dijo a sus amigos:

-¡Ahí les dejo esa mierda!

Tres meses después se recibieron en un sobre grande veintinueve

cartas y más de cincuenta retratos, que se le habían acumulado en los

ocios de altamar. Aunque no ponía fechas, era evidente el orden en que

había escrito las cartas. En las primeras contaba con su humor habitual

las peripecias de la travesía, las ganas que le dieron de echar por la

borda al sobrecargo que no le permitió meter los tres cajones en el

camarote, la imbecilidad lúcida de una señora que se aterraba con el

número 13, no por superstición sino porque le parecía un número que se

había quedado sin terminar, y la apuesta que se ganó en la primera

cena porque reconoció en el agua de a bordo el sabor a remolachas

nocturnas de los manantiales de Lérida. Con el transcurso de los días,

sin embargo, la realidad de a bordo le importaba cada vez menos, y

hasta los acontecimientos más recientes y triviales le parecían dignos de

añoranza, porque a medida que el barco se alejaba, la memoria se le iba

volviendo triste. Aquel proceso de nostalgización pro-gresiva era

también evidente en los retratos. En los primeros parecía feliz, con su

camisa de inválido y su mechón nevado, en el cabrilleante octubre del

Caribe. En los últimos se le veía con un abrigo oscuro y una bufanda de

seda, pálido de sí mismo y taciturnado por la ausencia, en la cubierta de

un barco de pesadumbre que empezaba a sonambular por océanos

otoñales. Germán y Aureliano le contestaban las cartas. Escribió tantas

en los primeros meses, que se sentían entonces más cerca de él que

cuando estaba en Macondo, y casi se aliviaban de la rabia de que se

hubiera ido. Al principio mandaba a decir que todo seguía igual, que en

la casa donde nació estaba todavía el caracol rosado, que los arenques

secos tenían el mismo sabor en la yesca de pan, que las cascadas de la

aldea continuaban perfumándose al atardecer. Eran otra vez las hojas

de cuaderno rezurcidas con garrapatitas moradas, en las cuales

dedicaba un párrafo especial a cada uno. Sin embargo, y aunque él

mismo no parecía advertirlo, aquellas cartas de recuperación y estímulo

se iban transformando poco a poco en pastorales de desengaño. En las

noches de invierno, mientras hervía la sopa en la chimenea, añoraba el

calor de su trastienda, el zumbido del sol en los almendros polvorientos,

el pito del tren en el sopor de la siesta, lo mismo que añoraba en

Macondo la sopa de invierno en la chimenea, los pregones del vendedor

de café y las alondras fugaces de la primavera. Aturdido por dos

nostalgias enfrentadas como dos espejos, perdió su maravilloso sentido

de la irrealidad, hasta que terminó por recomendarles a todos que se

fueran de Macondo, que olvidaran cuanto él les había enseñado del

mundo y del corazón humano, que se cagarán en Horacio, y que en

cualquier lugar en que estuvieran recordaran siempre que et pasado era

mentira, que la memoria no tenía caminos de regreso, que toda la

primavera antigua era irrecuperable, y que el amor más desatinado y

tenaz era de todos modos una verdad efímera.

Álvaro fue el primero que atendió el consejo de abandonar a

Macondo. Lo vendió todo, hasta el tigre cautivo que se burlaba de los

transeúntes en el patio de su casa, y compró un pasaje eterno en un

tren que nunca acababa de viajar. En las tarjetas postales que mandaba

desde las estaciones intermedias, describía a gritos las imágenes

instantáneas que había visto por la ventanilla del vagón, y era como ir

haciendo trizas y tirando al olvido el largo poema de la fugacidad: los

negros quiméricos en los algodonales de la Luisiana, los caballos alados

en la hierba azul de Kentucky, los amantes griegos en el crepúsculo

infernal de Arizona, la muchacha de suéter rojo que pintaba acuarelas

en los lagos de Michigan, y que le hizo con los pinceles un adiós que no

era de despedida sino de esperanza, porque ignoraba que estaba viendo

pasar un tren sin regreso. Luego se fueron Alfonso y Germán, un

sábado, con la idea de regresar el lunes, y nunca se volvió a saber de

ellos. Un año después de la partida del sabio catalán, el único que

quedaba en Macondo era Gabriel, todavía al garete, a merced de la

azarosa caridad de Nigromanta, y contestando los cuestionarios del

concurso de una revista francesa, cuyo premio mayor era un viaje a

París. Aureliano, que era quien recibía la suscripción, lo ayudaba a llenar

los formularios, a veces en su casa, y casi siempre entre los pomos de

loza y el aire de valeriana de la única botica que quedaba en Macondo,

donde vivía Mercedes, la sigilosa novia de Gabriel. Era lo último que iba

quedando de un pasado cuyo aniquilamiento no se consumaba, porque

seguía aniquilándose indefinidamente, consumiéndose dentro de sí

mismo, acabándose a cada minuto pero sin acabar de acabarse jamás.

El pueblo había llegado a tales extremos de inactividad, que cuando

Gabriel ganó el concurso y se fue a París con dos mudas de ropa, un par

de zapatos y las obras completas de Rabelais, tuvo que hacer señas al

maquinista para que el tren se detuviera a recogerlo. La antigua calle de

los turcos era entonces un rincón de abandono, donde los últimos

árabes se dejaban llevar hacia la muerte por la costumbre milenaria de

sentarse en la puerta, aunque hacia muchos años que habían vendido la

última yarda de diagonal, y en las vitrinas sombrías solamente

quedaban los maniquíes decapitados. La ciudad de la compañía

bananera, que tal vez Patricia Brown trataba de evocar para sus nietos

en las noches de intolerancia y pepinos en vinagre de Prattville,

Alabama, era una llanura de hierba silvestre. El cura anciano que había

sustituido al padre Ángel, y cuyo nombre nadie se tomó el trabajo de

averiguar, esperaba la piedad de Dios tendido a la bartola en una

hamaca, atormentado por la artritis y el insomnio de la duda, mientras

los lagartos y las ratas se disputaban la herencia del templo vecino. En

aquel Macondo olvidado hasta por los pájaros, donde el polvo y el calor

se habían hecho tan tenaces que costaba trabajo respirar, recluidos por

la soledad y el amor y por la soledad del amor en una casa donde era

casi imposible dormir por el estruendo de las hormigas coloradas,

Aureliano y Amaranta Úrsula eran los únicos seres felices, y los más

felices sobre la tierra.

Gastón había vuelto a Bruselas. Cansado de esperar el aeroplano, un

día metió en una maletita las cosas indispensables y su archivo de

correspondencia y se fue con el propósito de regresar por el aire, antes

de que sus privilegios fueran cedidos a un grupo de aviadores alemanes

que habían presentado a las autoridades provinciales un proyecto más

ambicioso que el suyo. Desde la tarde del primer amor, Aureliano y

Amaranta Úrsula habían seguido aprovechando los escasos descuidos

del esposo, amándose con ardores amordazados en encuentros azarosos

y casi siempre interrumpidos por regresos imprevistos. Pero cuando se

vieron solos en la casa sucumbieron en el delirio de los amores

atrasados. Era una pasión insensata, desquiciante, que hacía temblar de

pavor en su tumba a los huesos de Fernanda, y los mantenía en un

estado de exaltación per-petua. Los chillidos de Amaranta Úrsula, sus

canciones agónicas, estallaban lo mismo a las dos de la tarde en la

mesa del comedor, que a las dos de la madrugada en el granero. «Lo

que más me duele -reía- es tanto tiempo que perdimos.» En el

aturdimiento de la pasión, vio las hormigas devastando el jardín,

saciando su hambre prehistórica en las maderas de la casa, y vio el

torrente de lava viva apoderándose otra vez del corredor, pero

solamente se preocupó de combatirlo cuando lo encontró en su

dormitorio. Aureliano abandonó los pergaminos, no volvió a salir de la

casa, y contestaba de cualquier modo las cartas del sabio catalán.

Perdieron el sentido de la realidad, la noción del tiempo, el ritmo de los

hábitos cotidianos. Volvieron a cerrar puertas y ventanas para no

demorarse en trámites de desnudamientos, y andaban por la casa como

siempre quiso estar Remedios, la bella, y se revolcaban en cueros en los

barrizales del patio, y una tarde estuvieron a punto de ahogarse cuando

se amaban en la alberca. En poco tiempo hicieron más estragos que las

hormigas coloradas: destrozaron los muebles de la sala, rasgaron con

sus locuras la hamaca que había resistido a los tristes amores de

campamento del coronel Aureliano Buendía, y destriparon los colchones

y los vaciaron en los pisos para sofocarse en tempestades de algodón.

Aunque Aureliano era un amante tan feroz como su rival, era Amaranta

Úrsula quien comandaba con su ingenio disparatado y su voracidad lírica

aquel paraíso de desastres, como si hubiera concentrado en el amor la

indómita energía que la tatarabuela consagró a la fabricación de

animalitos de caramelo. Además, mientras ella cantaba de placer y se

moría de risa de sus propias invenciones, Aureliano se iba haciendo más

absorto y callado, porque su pasión era ensimismada y calcinante. Sin

embargo, ambos llegaron a tales extremos de virtuosismo, que cuando

se agotaban en la exaltación le sacaban mejor partido al cansancio. Se

entregaron a la idolatría de sus cuerpos, al descubrir que los tedios del

amor tenían posibilidades inexploradas, mucho más ricas que las del

deseo. Mientras él amasaba con claras de huevo los senos eréctiles de

Amaranta Úrsula, o suavizaba con manteca de coco sus muslos elásticos

y su vientre aduraznado, ella jugaba a las muñecas con la portentosa

criatura de Aureliano, y le pintaba ojos de payaso con carmín de labios y

bigotes de turco con carboncillo de las cejas, y le ponía corbatines de

organza y sombreritos de papel plateado. Una noche se embadurnaron

de pies a cabeza con melocotones en almíbar, se lamieron como perros

y se amaron como locos en el piso del corredor, y fueron despertados

por un torrente de hormigas carniceras que se disponían a devorarlos

vivos.

En las pausas del delirio Amaranta Úrsula contestaba las cartas de

Gastón. Lo sentía tan distante y ocupado, que su regreso le parecía

imposible. En una de las primeras cartas él contó que en realidad sus

socios habían mandado el aeroplano, pero que una agencia marítima de

Bruselas lo había embarcado por error con destino a Tanganyika, donde

se lo entregaron a la dispersa comunidad de los Makondos. Aquella

confusión ocasionó tantos contratiempos que solamente la recuperación

del aeroplano podía tardar dos años. Así que Amaranta Úrsula descartó

la posibilidad de un regreso inoportuno. Aureliano, por su parte, no tenía

más contacto con el mundo que las cartas del sabio catalán, y las

noticias que recibía de Gabriel a través de Mercedes, la boticaria

silenciosa. Al principio eran contactos reales. Gabriel se había hecho

reembolsar el pasaje de regreso para quedarse en París, vendiendo los

periódicos atrasados y las botellas vacías que las camareras sacaban de

un hotel lúgubre de la calle Dauphine. Aureliano podía imaginarlo

entonces con un suéter de cuello alto que sólo se quitaba cuando las

terrazas de Montparnasse se llenaban de enamorados primaverales, y

durmiendo de día y escribiendo de noche para confundir el hambre, en

el cuarto oloroso a espuma de coliflores hervidas donde había de morir

Rocamadour. Sin embargo, sus noticias se fueron haciendo poco a poco

tan inciertas, y tan esporádicas y melancólicas las cartas del sabio, que

Aureliano se acostumbró a pensar en ellos como Amaranta Úrsula

pensaba en su marido, y ambos quedaron flotando en un universo vacío,

donde la única realidad cotidiana y eterna era el amor.

De pronto, como un estampido en aquel mundo de inconsciencia feliz,

llegó la noticia del regreso de Gastón. Aureliano y Amaranta Úrsula

abrieron lo ojos, sondearon sus almas, se miraron a la cara con la mano

en el corazón, y comprendieron que estaban tan identificados que

preferían la muerte a la separación. Entonces ella le escribió al marido

una carta de verdades contradictorias, en la que le reiteraba su amor y

sus ansias de volver a verlo, al mismo tiempo que admitía como un

designio fatal la imposibilidad de vivir sin Aureliano. Al contrario de lo

que ambos esperaban, Gastón les mandó una respuesta tranquila, casi

paternal, con dos hojas enteras consagradas a prevenirlos contra las

veleidades de la pasión, y un párrafo final con votos inequívocos por que

fueran tan felices como él lo fue en su breve experiencia conyugal. Era

una actitud tan imprevista, que Amaranta Úrsula se sintió humillada con

la idea de haber proporcionado al marido el pretexto que él deseaba

para abandonarla a su suerte. El rencor se le agravó seis meses

después, cuando Gastón volvió a escribirle desde Leopoldville, donde

por fin había recibido el aeroplano, sólo para pedir que le mandaran el

velocípedo, que de todo lo que había dejado en Macondo era lo único

que tenía para él un valor sentimental. Aureliano sobrellevó con

paciencia el despecho de Amaranta Úrsula, se esforzó por demostrarle

que podía ser tan buen marido en la bonanza como en la adversidad, y

las urgencias cotidianas que los asediaban cuando se les acabaron los

últimos dineros de Gastón crearon entre ellos un vínculo de solidaridad

que no era tan deslumbrante y capitoso como la pasión, pero que les

sirvió para amarse tanto y ser tan felices como en los tiempos

alborotados de la salacidad. Cuando murió Pilar Ternera estaban

esperando un hijo.

En el sopor del embarazo, Amaranta Úrsula trató de establecer una

industria de collares de vértebras de pescados. Pero a excepción de

Mercedes, que le compró una docena, no encontró a quién vendérselos.

Aureliano tuvo conciencia por primera vez de que su don de lenguas, su

sabiduría enciclopédica, su rara facultad de recordar sin conocerlos los

pormenores de hechos y lugares remotos, eran tan inútiles como el

cofre de pedrería legítima de su mujer, que entonces debía valer tanto

como todo el dinero de que hubieran podido disponer, juntos, los

últimos habitantes de Macondo. Sobrevivían de milagro. Aunque

Amaranta Úrsula no perdía el buen humor, ni su ingenio para las

travesuras eróticas, adquirió la costumbre de sentarse en el corredor

después del almuerzo, en una especie de siesta insomne y pensativa.

Aureliano la acompañaba. A veces permanecían en silencio hasta el

anochecer, el uno frente a la otra, mirándose a los ojos, amándose en el

sosiego con tanto amor como antes se amaron en el escándalo. La

incertidumbre del futuro les hizo volver el corazón hacia el pasado. Se

vieron a sí mismos en el paraíso perdido del diluvio, chapaleando en los

pantanos del patio, matando lagartijas para colgárselas a Úrsula,

jugando a enterrarla viva, y aquellas evocaciones les revelaron la

verdad de que habían sido felices juntos desde que tenían memoria.

Profundizando en el pasado, Amaranta Úrsula recordó la tarde en que

entró al taller de platería y su madre le contó que el pequeño Aureliano

no era hijo de nadie porque había sido encontrado flotando en una

canastilla. Aunque la versión les pareció inverosímil, carecían de

información para sustituirla por la verdadera. De lo único que estaban

seguros, después de examinar todas las posibilidades, era que Fernanda

no fue la madre de Aureliano. Amaranta Úrsula se inclinó a creer que

era hijo de Petra Cotes, de quien sólo recordaba fábulas de infamia, y

aquella suposición les produjo en el alma una torcedura de horror.

Atormentado por la certidumbre de que era hermano de su mujer,

Aureliano se dio una escapada a la casa cural para buscar en los

archivos rezumantes y apolillados alguna pista cierta de su filiación. La

partida de bautismo más antigua que encontró fue la de Amaranta

Buendía, bautizada en la adolescencia por el padre Nicanor Reyna, por

la época en que éste andaba tratando de probar la existencia de Dios

mediante artificios de chocolate. Llegó a ilusionarse con la posibilidad de

ser uno de los diecisiete Aurelianos, cuyas partidas de nacimiento

rastreó a través de cuatro tomos, pero las fechas de bautismo eran

demasiado remotas para su edad. Viéndolo extraviado en laberintos de

sangre, trémulo de incertidumbre, el párroco artrítico que lo observaba

desde la hamaca le preguntó compasivamente cuál era su nombre.

-Aureliano Buendía -dijo él.

-Entonces no te mates buscando -exclamó el párroco con una

convicción terminante-. Hace muchos años hubo aquí una calle que se

llamaba así, y por esos entonces la gente tenía la costumbre de ponerles

a los hijos los nombres de las calles.

Aureliano tembló de rabia.

-¡Ah! -dijo-, entonces usted tampoco cree.

-¿En qué?

-Que el coronel Aureliano Buendía hizo treinta y dos guerras civiles y

las perdió todas -contestó Aureliano-. Que el ejército acorraló y

ametralló a tres mil trabajadores, y que se llevaron los cadáveres para

echarlos al mar en un tren de doscientos vagones.

El párroco lo midió con una mirada de lástima.

-Ay, hijo suspiró-. A mi me bastaría con estar seguro de que tú y yo

existimos en este momento.

De modo que Aureliano y Amaranta Úrsula aceptaron la versión de la

canastilla, no porque la creyeran, sino porque los ponía a salvo de sus

terrores. A medida que avanzaba el embarazo se iban convirtiendo en

un ser único, se integraban cada vez más en la soledad de una casa a la

que sólo le hacía falta un último soplo para derrumbarse. Se habían

reducido a un espacio esencial, desde el dormitorio de Fernanda, donde

vislumbraron los encantos del amor sedentario, hasta el principio del

corredor, donde Amaranta Úrsula se sentaba a tejer botitas y

sombreritos de recién nacido, y Aureliano a contestar las cartas

ocasionales del sabio catalán. El resto de la casa se rindió al asedio

tenaz de la destrucción. El taller de platería, el cuarto de Melquíades, los

reinos primitivos y silenciosos de Santa Sofía de la Piedad quedaron en

el fondo de una selva doméstica que nadie hubiera tenido la temeridad

de desentrañar. Cercados por la voracidad de la naturaleza, Aureliano y

Amaranta Úrsula seguían cultivando el orégano y las begonias y

defendían su mundo con demarcaciones de cal, construyendo las últimas

trincheras de la guerra inmemorial entre el hombre y las hormigas. El

cabello largo y descuidado, los moretones que le amanecían en la cara,

la hinchazón de las piernas, la deformación del antiguo y amoroso

cuerpo de comadreja, le habían cambiado a Amaranta Úrsula la

apariencia juvenil de cuando llegó a la casa con la jaula de canarios

desafortunados y el esposo cautivo, pero no le alteraron la vivacidad del

espíritu. «Mierda -solía reír-. Quién hubiera pensado que de veras

íbamos a terminar viviendo como antropófagos!» El último hilo que los

vinculaba con el mundo se rompió en el sexto mes del embarazo,

cuando recibieron una carta que evidentemente no era del sabio

catalán. Había sido franqueada en Barcelona, pero la cubierta estaba

escrita con tinta azul convencional por una ca-ligrafía administrativa, y

tenía el aspecto inocente e impersonal de los recados enemigos.

Aureliano se la arrebató de las manos a Amaranta Úrsula cuando se

disponía a abrirla.

-Ésta no -le dijo-. No quiero saber lo que dice.

Tal como él lo presentía, el sabio catalán no volvió a escribir.

La carta ajena, que nadie leyó, quedó a merced de las polillas en la

repisa donde Fernanda olvidó alguna vez su anillo matrimonial, y allí

siguió consumiéndose en el fuego interior de su mala noticia, mientras

los amantes solitarios navegaban contra la corriente de aquellos tiempos

de postrimerías, tiempos impenitentes y aciagos, que se desgastaban en

el empeño inútil de hacerlos derivar hacia el desierto del desencanto y el

olvido. Conscientes de aquella amenaza, Aureliano y Amaranta Úrsula

pasaron los últimos meses tomados de la mano, terminando con amores

de lealtad el hijo empezado con desafueros de fornicación. De noche,

abrazados en la cama, no los amedrentaban las explosiones sublunares

de las hormigas, ni el fragor de las polillas, ni el silbido constante y

nítido del crecimiento de la maleza en los cuartos vecinos. Muchas veces

fueron despertados por el tráfago de los muertos. Oyeron a Úrsula

peleando con las leyes de la creación para preservar la estirpe, y a José

Arcadio Buendía buscando la verdad quimérica de los grandes inventos,

y a Fernanda rezando y al coronel Aureliano Buendía embruteciéndose

con engaños de guerras y pescaditos de oro, y a Aureliano Segundo

agonizando de soledad en el aturdimiento de las parrandas, y entonces

aprendieron que las obsesiones dominantes prevalecen contra la

muerte, y volvieron a ser felices con la certidumbre de que ellos

seguirían amándose con sus naturalezas de aparecidos, mucho después

de que otras especies de animales futuros les arrebataran a los insectos

el paraíso de miseria que los insectos estaban acabando de arrebatarles

a los hombres.

Un domingo, a las seis de la tarde, Amaranta Úrsula sintió los

apremios del parto. La sonriente comadrona de las muchachitas que se

acostaban por hambre la hizo subir en la mesa del comedor, se le

acaballó en el vientre, y la maltrató con galopes cerriles hasta que sus

gritos fueron acallados por los berridos de un varón formidable. A través

de las lágrimas, Amaranta Úrsula vio que era un Buendía de los

grandes, macizo y voluntarioso como los José Arcadios, con los ojos

abiertos y clarividentes de los Aurelianos, y predispuesto para empezar

la estirpe otra vez por el principio y purificarla de sus vicios perniciosos

y su vocación solitaria, porque era el único en un siglo que había sido

engendrado con amor.

-Es todo un antropófago -dijo-. Se llamará Rodrigo.

-No -la contradijo su marido-. Se llamará Aureliano y ganará treinta y

dos guerras.

Después de cortarle el ombligo, la comadrona se puso a quitarle con

un trapo el ungüento azul que le cubría el cuerpo, alumbrada por

Aureliano con una lámpara. Sólo cuando lo voltearon boca abajo se

dieron cuenta de que tenía algo más que el resto de los hombres, y se

inclinaron para examinarlo. Era una cola de cerdo.

No se alarmaron. Aureliano y Amaranta Úrsula no conocían el

precedente familiar, ni recordaban las pavorosas admoniciones de

Úrsula, y la comadrona acabó de tranquilizarlos con la suposición de que

aquella cola inútil podía cortarse cuando el niño mudara los dientes.

Luego no tuvieron ocasión de volver a pensar en eso, porque Amaranta

Úrsula se desangraba en un manantial incontenible. Trataron de

socorrerla con apósitos de telaraña y apelmazamientos de ceniza, pero

era como querer cegar un surtidor con las manos. En las primeras

horas, ella hacía esfuerzos por conservar el buen humor. Le tomaba la

mano al asustado Aureliano, y le suplicaba que no se preocupara, que la

gente como ella no estaba hecha para morirse contra la voluntad, y se

reventaba de risa con los recursos truculentos de la comadrona. Pero a

medida que a Aureliano lo abandonaban las esperanzas, ella se iba

haciendo menos visible, como si la estuvieran borrando de la luz, hasta

que se hundió en el sopor. Al amanecer del lunes llevaron una mujer

que rezó junto a su cama oraciones de cauterio, infalibles en hombres y

animales, pero la sangre apasionada de Amaranta Úrsula era insensible

a todo artificio distinto del amor. En la tarde, después de veinticuatro

horas de desesperación, supieron que estaba muerta porque el caudal

se agotó sin auxilios, y se le afiló el perfil, y los verdugones de la cara se

le desvanecieron en una aurora de alabastro, y volvió a sonreír.

Aureliano no comprendió hasta entonces cuánto quena a sus amigos,

cuánta falta le hacían, y cuánto hubiera dado por estar con ellos en

aquel momento. Puso al niño en la canastilla que su madre le había

preparado, le tapó la cara al cadáver con una manta, y vagó sin rumbo

por el pueblo desierto, buscando un desfiladero de regreso al pasado.

Llamó a la puerta de la botica, donde no había estado en los últimos

tiempos, y lo que encontró fue un taller de carpintería. La anciana que le

abrió la puerta con una lámpara en la mano se compadeció de su

desvarío, e insistió en que no, que allí no había habido nunca una

botica, ni había conocido jamás una mujer de cuello esbelto. y ojos

adormecidos que se llamara Mercedes. Lloró con la frente apoyada en la

puerta de la antigua librería del sabio catalán, consciente de que estaba

pagando los llantos atrasados de una muerte que no quiso llorar a

tiempo para no romper los hechizos del amor. Se rompió los puños

contra los muros de argamasa de El Niño de Oro, clamando por Pilar

Ternera, indiferente a los luminosos discos anaranjados que cruzaban

por el cielo, y que tantas veces había contemplado con una fascinación

pueril, en noches de fiesta, desde el patio de los alcaravanes. En el

último salón abierto del desmantelado barrio de tolerancia un conjunto

de acordeones tocaba los cantos de Rafael Escalona, el sobrino del

obispo, heredero de los secretos de Francisco el Hombre. El cantinero,

que tenía un brazo seco y como achicharrado por haberlo levantado

contra su madre, invitó a Aureliano a tomarse una botella de

aguardiente, y Aureliano lo invitó a otra. El cantinero le habló de la

desgracia de su brazo. Aureliano le habló de la desgracia de su corazón,

seco y como achicharrado por haberlo levantado contra su hermana.

Terminaron llorando juntos y Aureliano sintió por un momento que el

dolor había terminado. Pero cuando volvió a quedar solo en la última

madrugada de Macondo, se abrió de brazos en la mitad de la plaza,

dispuesto a despertar al mundo entero, y gritó con toda su alma:

-¡Los amigos son unos hijos de puta!

Nigromanta lo rescató de un charco de vómito y de lágrimas. Lo llevó

a su cuarto, lo limpió, le hizo tomar una taza de caldo. Creyendo que

eso lo consolaba, tachó con una raya de carbón los incontables amores

que él seguía debiéndole, y evocó voluntariamente sus tristezas más

solitarias para no dejarlo solo en el llanto. Al amanecer, después de un

sueño torpe y breve, Aureliano recobró la conciencia de su dolor de

cabeza. Abrió los ojos y se acordó del niño.

No lo encontró en la canastilla. Al primer impacto experimentó una

deflagración de alegría, creyendo que Amaranta Úrsula había despertado

de la muerte para ocuparse del niño. Pero el cadáver era un

promontorio de piedras bajo la manta. Consciente de que al llegar había

encontrado abierta la puerta del dormitorio, Aureliano atravesó el

corredor saturado por los suspiros matinales del orégano, y se asomó al

comedor, donde estaban todavía los escombros del parto: la olla

grande, las sábanas ensangrentadas, los tiestos de ceniza, y el retorcido

ombligo del niño en un pañal abierto sobre la mesa, junto a las tijeras y

el sedal. La idea de que la comadrona había vuelto por el niño en el

curso de la noche le proporcionó una pausa de sosiego para pensar. Se

derrumbó en el mecedor, el mismo en que se sentó Rebeca en los

tiempos originales de la casa para dictar lecciones de bordado, y en el

que Amaranta jugaba damas chinas con el coronel Gerineldo Márquez, y

en el que Amaranta Úrsula cosía la ropita del niño, y en aquel relámpago

de lucidez tuvo conciencia de que era incapaz de resistir sobre su alma

el peso abrumador de tanto pasado. Herido por las lanzas mortales de

las nostalgias propias y ajenas, admiró la impavidez de la telaraña en

los rosales muertos, la perseverancia de la cizaña, la paciencia del aire

en el radiante amanecer de febrero. Y entonces vio al niño. Era un

pellejo hinchado y reseco que todas las hormigas del mundo iban

arrastrando trabajosamente hacia sus madrigueras por el sendero de

piedras del jardín. Aureliano no pudo moverse. No porque lo hubiera

paralizado el estupor, sino porque en aquel instante prodigioso se le

revelaron las claves definitivas de Melquíades, y vio el epígrafe de los

pergaminos perfectamente ordenado en el tiempo y el espacio de los

hombres: El primero de lo estirpe está amarrado en un árbol y al último

se lo están comiendo las hormigas.

Aureliano no había sido más lúcido en ningún acto de su vida que

cuando olvidó sus muertos y el dolor de sus muertos, y volvió a clavar

las puertas y las ventanas con las crucetas de Fernanda para no dejarse

perturbar por ninguna tentación del mundo, porque entonces sabía que

en los pergaminos de Melquíades estaba escrito su destino. Los encontró

intactos, entre las plantas prehistóricas y los charcos humeantes y los

insectos luminosos que habían desterrado del cuarto todo vestigio del

paso de los hombres por la tierra, y no tuvo serenidad para sacarlos a la

luz, sino que allí mismo, de pie, sin la menor dificultad, como si

hubieran estado escritos en castellano bajo el resplandor deslumbrante

del mediodía, empezó a descifrarlos en voz alta. Era la historia de la

familia escrita por Melquíades hasta en sus detalles más triviales, con

cien años de antici-pación. La había redactado en sánscrito, que era su

lengua materna, y había cifrado los versos pares con la clave privada del

emperador Augusto, y los impares con claves militares lace-demonias.

La protección final, que Aureliano empezaba a vislumbrar cuando se

dejó confundir por el amor de Amaranta Úrsula, radicaba en que

Melquíades no había ordenado los hechos en el tiempo convencional de

los hombres, sino que concentró un siglo de episodios cotidianos, de

modo que todos coexistieran en un instante. Fascinado por el hallazgo,

Aureliano leyó en voz alta, sin saltos, las encíclicas cantadas que el

propio Melquíades le hizo escuchar a Arcadio, y que eran en realidad las

predicciones de su ejecución, y encontró anunciado el nacimiento de la

mujer más bella del mundo que estaba subiendo al cielo en cuerpo y

alma, y conoció el origen de dos gemelos póstumos que renunciaban a

descifrar los pergaminos, no sólo por incapacidad e inconstancia, sino

porque sus tentativas eran prematuras. En este punto, impaciente por

conocer su propio origen, Aureliano dio un salto. Entonces empezó el

viento, tibio, incipiente, lleno de voces del pasado, de murmullos de

geranios antiguos, de suspiros de desengaños anteriores a las nostalgias

más tenaces. No lo advirtió porque en aquel momento estaba

descubriendo los primeros indicios de su ser, en un abuelo

concupiscente que se dejaba arrastrar por la frivolidad a través de un

páramo alucinado, en busca de una mujer hermosa a quien no haría

feliz. Aureliano lo reconoció, persiguió los caminos ocultos de su

descendencia, y encontró el instante de su propia concepción entre los

alacranes y las mariposas amarillas de un baño crepuscular, donde un

menestral saciaba su lujuria con una mujer que se le entregaba por

rebeldía. Estaba tan absorto, que no sintió tampoco la segunda

arremetida del viento, cuya potencia ciclónica arrancó de los quicios las

puertas y las ventanas, descuajó el techo de la galería oriental y

desarraigó los cimientos. Sólo entonces descubrió que Amaranta Úrsula

no era su hermana, sino su tía, y que Francis Drake había asaltado a

Riohacha solamente para que ellos pudieran buscarse por los laberintos

más intrincados de la sangre, hasta engendrar el animal mitológico que

había de poner término a la estirpe. Macondo era ya un pavoroso

remolino de polvo y escombros centrifugado por la cólera del huracán

bíblico, cuando Aureliano saltó once páginas para no perder el tiempo en

hechos demasiado conocidos, y empezó a descifrar el instante que

estaba viviendo, descifrándolo a medida que lo vivía, profetizándose a sí

mismo en el acto de descifrar la última página de los pergaminos, como

si se estuviera viendo en un espejo hablado Entonces dio otro salto para

anticiparse a las predicciones y averiguar la fecha y las circunstancias de

su muerte. Sin embargo, antes de llegar al verso final ya había

comprendido que no saldría jamás de ese cuarto, pues estaba previsto

que la ciudad de los espejos (o los espejismos) sería arrasada por el

viento y desterrada de la memoria de los hombres en el instante en que

Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos, y que todo lo

escrito en ellos era irrepetible desde siempre y para siempre porque las

estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda

oportunidad sobre la tierra.